ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

REVISTA DE ESPAÑA

REVISTA

DE ESPAÑA

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

DÉCIMOOCTAVO AÑO

TOMO CI.—NOVIEMBRE Y DICIEMBRE

MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION,
calle de Justiniano, número 6,
principal izquierda.

ESTAB. TIP. DE «EL CORREO,»
á cargo de Francisco Fernández,
8 San Gregorio, 8

1884

462996

AP
60
R4
t.101

¿DEBE CONSIDERARSE LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA NATURAL?

Haber pensado, no más que á la ligera, sobre Psicología y confiar el pensamiento concebido á las veleidades de la exposición hablada, abandonar luégo la idea mal vertida á los caprichosos vientos de una polémica imprevista, y escoger á la cultura general, siquiera en el centro más ilustrado, y por lo mismo, sin duda, el más benévolo del país, para primer ambiente de un concepto nacido en los trabajos técnicos de una ciencia especial... hacer todo esto, equivale á convertir en aventura sospechosa lo que, siguiendo los trámites usuales de toda gestión científica, resultaría digno de alabanza, ó por lo menos de consideración.

Pero careciéndose en España de sociedades y publicaciones destinadas á la Psicología; hallándose las numerosas academias facultativas con una verdadera plétora de cuestiones palpitantes por su urgencia; debatiéndose á la sazón en el Ateneo de Madrid el tema que sirve de epígrafe á este escrito, y obligado el autor del mismo á terciar en el debate por compromisos de competencia profesional, tan anacrónicamente suscitados como forzosamente contraídos, ¿no era disculpable (á falta de la erudición necesaria para vestir al día opiniones bien acreditadas) haber aprovechado semejante coyuntura en sacar á

luz algún mal sazonado fruto de la propia, aunque mezquina cosecha?

Tales son los antecedentes de este artículo. Escasamente ventilado su espinoso asunto en la incidental y á la postre mutilada discusión de que ha sido objeto, durante el curso próximo pasado, viene á ser, no un recurso de alzada contra personales fallos, ni una exhibición en demanda de más amplia atmósfera para un pensamiento más ó menos digno de examen; sino el habitual modo de remediar las vaguedades de una alocución, no siempre segura y casi nunca persuasiva, con la firmeza y plasticidad que adquieren las ideas en la forma impresa. Su autor cumple también así con algunas insinuaciones de adicta amistad y con ciertos geniales emplazamientos de siniestra crítica.

A nadie se oculta que en el desarrollo de todo pensamiento científico es muy difícil anticipar boceto alguno como en ciertas concepciones artísticas. El artista es libre de imponer á su obra, antes y después de realizada, todas las exigencias de su propia inventiva, mientras que el aficionado á pensar científicamente necesita subordinarse, en todas las fases de su labor intelectual, á los datos reales y demostrables que la ciencia tiene recogidos, ó á los que logre obtener de la naturaleza ó de la realidad con los medios legítimos de investigación. Por otro lado, y por parecidas razones, los trabajos científicos, cuando están todavía á medio hacer, son en extremo difíciles de resumir, como es bien sabido. Con todo, alguna noticia de estas incipientes elaboraciones puede adelantarse sin gran riesgo á esos lectores considerados que saben no exigir en los primeros materiales, siempre burdos, de cualquier tarea, la solidez y los perfiles de las obras acabadas.

He aquí el asunto. La Psicología necesita, ante todo, no un asilo de préstamo, sino un alojamiento propio en la construcción orgánica. El concepto anatómico de hombre requiere á su vez una idea psicológica, según la cual, el cuerpo humano resulte siendo algo más que una forma escultural muda y perenne, y bastante más que el poste fronterizo destinado á

sustentar el *non plus ultra* viviente de la Creación. Al propio tiempo, estas osadías naturalistas deben engranar con las tradiciones y con las costumbres. La Psicología, por otra parte, considerada como ciencia natural, tiene que buscar nuevas esferas de acción, en las cuales, sin violencia alguna para su índole sutil y penetrante, pueda prosperar como prosperan las ciencias que estudian las obras naturales; para cuyo efecto se hallan á su disposición las obras del hombre, necesitadas de un análisis al estilo de las ciencias naturales. En fin, la sinceridad obliga á declarar la fase filosófica que las anteriores aseveraciones reflejan.

I

La jurisdicción orgánica, por decirlo así, de la Psicología, es muy difícil de fijar. Puede limitarse al cerebro, hacerse extensiva á todo el sistema nervioso, y comprender á todos los elementos anatómicos vivos, sin contar con una psicología inorgánica, todavía imaginable.

Si el alma, objeto de la Psicología, se define por su expresión más noble, la inteligencia, y la inteligencia se designa por su destello más brillante, la idea, la Psicología no puede naturalizarse sino en algún territorio cerebral, quedando los fenómenos cerebrales ininteligentes y los fenómenos vitales no cerebrales bajo el dominio exclusivo de la Fisiología. Siquiera esta opinión no sea la más moderna, ya que es la más generalizada, en ella tomaremos el principal cimiento para nuestros ulteriores desarrollos, que al fin y al cabo se limitan á un aspecto parcial del tema enunciado.

Y en verdad que el cerebro es hoy por hoy un órgano engorroso y supérfluo, así para la Fisiología como para la Psicología. Nadie sabe cómo funciona la misteriosa masa cerebral; y tan desconocida resulta siendo instrumento de las ideas, como si pudiera ser una condensación germinal de las ideas mismas. Mirado desde la Fisiología, el cerebro aparece como un siste-

ma de centros de sensibilidad y de movimiento que, según permiten colegir las noticias hasta el día recogidas acerca de la evolución del sistema nervioso, bien podrían reunirse en un volumen cien veces menor que el de la cabeza. Contemplado el cerebro desde la Psicología, se nos presenta, al través del prisma organicista, como una colección de centros superiores destinados á combinar sensaciones y movimientos más y más complejos; y bajo el criterio espiritualista, reinante hasta la fecha en la ciencia Psicológica, como un surtidor imperceptible de actividades inmateriales en su esencia, y que igual ó mejor podrían brotar de una punta agudísima como lo hacen las chispas eléctricas, que del enorme agregado orgánico en que remata la fábrica corporal humana.

Bajo cualquiera de estas escuelas, huelga lastimosamente el cerebro del hombre en los estudios psicológicos, porque á ningún organicista le ocurre defender hoy al pensamiento como trabajo mecánico, ni al cerebro como máquina, y por su parte los psicólogos, en su inmensa mayoría, á duras penas consideran la idea como una fuerza física, ni siquiera como una parte de vida, y mal podrían necesitar ni desear para sus disquisiciones conceptuosas sustrato material de ningún género, por más que se dejen imponer ante la evidencia de los elementos materiales que contribuyen á la ideación.

Esto, por lo que se refiere al cerebro. En lo que respecta á la inteligencia en sí misma, acaso no se haya obtenido un solo rayo de luz desde los orígenes de la Psicología en la Filosofía clásica griega. Empleando términos de actualidad para traducir aquellas admirables intuiciones, trescientos años más viejas ya que la era cristana, podemos decir que la inteligencia viene á ser para los continuadores de Demócrito, padre del materialismo, como un gabinete fotográfico, donde se obtiene una reproducción pasiva, fiel, material y más ó menos duradera de la realidad; para los partidarios de Platón, verdadero iniciador del espiritualismo científico, un museo de pinturas cuyos innumerables cuadros, pintados ya con antelación por mano divina, no necesitan más que la luz de las sensaciones para revelarse en

todo su esplendor; y para los que prefieran al filósofo de los filósofos, al primero de los organicistas, Aristóteles, como un estudio de pintura con vistas al mundo, y donde varios pintores roban á la naturaleza motivos incesantes de copias precisas, ó de originales producciones, conforme agrada ó conviene á la libérrima espontaneidad y poderosa inspiración de su congénita aptitud.

Pero este símil pierde todo su valor cuando se le aplica á esa materia cerebral que se mira con desvío y se recuerda con repulsión fuera de los anfiteatros anatómicos. Así, pues, lo que procede en fisiología psicológica, es vencer toda repugnancia sensorial é intelectual, para entregarse de lleno al estudio del cerebro, instrumento ó fuente como es de todas las maravillas humanas, y al mismo tiempo reflector escondido de los mayores portentos de la Creación.

El cerebro, por su forma, se parece tenazmente á una semilla gigantesca, con dos como hemisferios simétricos, semejantes á los cotiledones de los gérmenes vejetales dicotiledóneos; con una especie de rejo representado por la médula oblongada, que se continúa con la médula espinal y los nervios esparcidos por todo el cuerpo; con un tallo á modo de plúmula, formado por los pedúnculos, y con un nudo intermedio, que es la protuberancia. Hasta los tegumentos ó meninges y la cáscara craneana acentúan este remedo morfológico. También puede compararse, por su apariencia, el sistema nervioso del hombre bajo otro aspecto á una arborización extraña, provista de tronco radical, único y robusto (médula), desprendimientos medulares anejos (gánglios del trisplánico) y raicillas nerviosas numerosísimas, provista asimismo de un cuádruple pero rudimentario tallo (pedúnculos encefálicos) y que tiene por remate una copa achatada, densa, comprimida (cerebro propiamente dicho, con su franja gris periférica, formada de células multipolares ó estrelladas, su materia blanca interior fibrilar ó tubulosa y de disposición radiada, sus varios núcleos profundos, también grises, como el cuerpo estriado y el tálamo óptico, que pueden tomarse como el más alto peldaño de la escala fisiológica, su

inextricable madeja de fibras blancas con células grises, aprisionadas en lo que se llama el istmo del encéfalo, y todo ello recogido y como doblado en las capas superficiales, descubriendo pliegues y surcos más ó menos numerosos y profundos, que son respectivamente las circunvoluciones y las anfractuosidades).

El cerebro es un órgano verdaderamente excepcional en su ciclo evolutivo. Es el primero que se diseña en el embrión, crece en masa mucho antes que los demás órganos hasta cierto grado: entonces suspende su desarrollo ó le contiene, como para permitir á los restantes órganos, apenas perceptibles todavía, un crecimiento decisivo. Dentro del cláustro materno, la cabeza es relativamente enorme, sin que por ello dé la menor prueba de actividad funcional, en tanto que otros órganos ó tejidos van adquiriendo el aspecto definitivo, y hasta parece que ensayan su aptitud respectiva en tentativas vanas, pero reales, de ejercicio. Al salir á luz el nuevo ser humano, sigue notándose el predominio nutritivo de su encéfalo en flagrante contraste con la silenciosa tardanza funcional del mismo. A la sazón, el cerebro ha presenciado ya impasible y dormido la aparición y atrófia sucesivas de órganos provisionales, como más adelante reservará la mejor parte de sus disposiciones para cuando hayan desaparecido todos los órganos que deben desaparecer, y desarrolládose los órganos más tardíos, inclusos los de la especie. Sólo entonces empieza el cerebro humano á descubrir sus aptitudes mas individuales y características, habiéndose quizá desvanecido al efecto algunos prematuros brotes de la actividad intelectual. A partir de esta época (veinticinco á treinta años), los cerebros vigorosos y bien cultivados, no sólo conservan, sino que van aumentando de energía, salvas oscilaciones incidentales, cuando los demás órganos á duras penas retienen su máximo perfeccionamiento, y muchos hasta lo pierden visiblemente de año en año. Hay más; cuando los órganos sexuales sufren la brusca crisis femenina que los atrofía, ó la más gradual decadencia viril, si desórdenes materiales ó morales no han desnaturalizado el organismo llevándole á la es-

tupidez del libertinaje, en normalidad de las restantes condiciones, el cerebro humano parece experimentar un nuevo impulso de su desarrollo en estas edades que presencian la regresión senil de la mayoría orgánica. Por entonces, cuando ni memoria queda de muchos órganos que fueron, y han pasado largos años desde los últimos retoños visibles de la evolución individual (aparato reproductivo), todavía en la superficie del cerebro aparecen nuevas producciones, siquiera rudimentarias (cuerpos de Pachioni), como para denotar que en aquel territorio no se ha extinguido todavía á la vejez la aptitud proliferativa celular fisiológica.

Otra particularidad del encéfalo. En la inanición absoluta, el autofagismo compensador impone una contríbución extraordinaria á los tejidos y á los órganos, para sostener la precaria existencia del sistema. En tales estados, disminuye primeramente la provisión adiposa ó grasa subcutánea y profunda, adelgázanse luégo los músculos, se encogen después las glándulas, y así sucesivamente la masa corporal amengua; aun que el esqueleto y los tejidos fibrosos secos se sustraen á este impuesto, por razones químicas fáciles de comprender, y el corazón también se defiende de tan gravoso gasto, por motivos fisiológicos de irremplazable persistencia funcional. Pues bien: el cerebro, que no es un órgano seco, que no tiene función mecánica indiferente, sino que lleva á cabo las más activas manifestaciones vitales, y pasa la mitad de la vida en el sueño (al parecer descuidado y mal defendido de las exigencias económicas del conjunto orgánico), durante la inanición, retiene con verdadera avaricia todo el material que codiciosamente se había adelantado á reunir en los primeros tiempos de la evolución intrauterina; y esto es tan exacto, que en una persona muerta de hambre, el cerebro apenas ha perdido un adarme de sustancia, cuando el resto del cuerpo queda reducido á la más lastimosa miseria orgánica. En las enfermedades, el cerebro podrá quedar anémico y causar la muerte por los trastornos funcionales de la anemia cerebral, pero su materia propia permanece invariable. Sobre la mesa de autopsias no se suele encontrar el encéfalo arrugado

y enteco, por desnutrición, bajo la casi incompresible cubierta craneana, y hasta la compresión cerebral de causa intracraneana parece afectar á la densidad, pero no á la masa del órgano prensado. Por otra parte, dentro del suntuoso alcázar anatómico, en que reside muellemente el cerebro, no hay un sólo corpúsculo de grasa (sustento de reserva para las calamidades patológicas), y en cambio, se recibe un copiosísimo riego arterial y el drenaje venoso se efectúa mediante tubos y depósitos primorosamente acondicionados, que contrastan con la basta apariencia de las venas comunes; todo lo cual parece significar la elevada jerarquía del misterioso huésped que llevamos en nuestra cabeza, y lo exquisito de sus gustos y necesidades. En fin, todo el mundo sabe ya que la actividad cerebral es la más cara del organismo; á nadie sorprende notar en un obrero una fuerza muscular enorme bajo un régimen alimenticio poco escogido, ni en el corpulento árabe la más envidiable robustez sostenida con una exígua ración de menudos dátiles; pero, salvas rarísimas excepciones, no se pida al trabajador energía de pensamiento, ni al indolente marroquí tarea intelectual provechosa y duradera, sin una alimentación abundante y escogida con relación al clima y á la raza.

Ahora bien: esta ambición trófica ó nutritiva, este egoismo orgánico verdaderamente tiranizador, no se da en ningún órgano adulto; es condición exclusiva de los embriones, de los tejidos embrionarios ó de las germinaciones parasitarias.

En efecto, el embrión empieza por marchitar la belleza de la madre, y la arrebata los elementos nutritivos más valiosos, con las molestias, trastornos y hasta peligros consiguientes. Verdad es que, en ocasiones, padecimientos mortales de una mujer en cinta interrumpen su marcha destructora y permanecen latentes, para continuar sus destrozos después de terminada la gestación; pero aun este favorable y como providencial influjo del nuevo ser acredita más y más la codiciosa y absorbente condición de los organismos nacientes, que logran acallar hasta las necesidades patológicas de la madre, con tal de asegurar su evolucion, aun cuando después abandonen dete-

riorado y ruinoso el amenazado ó enfermizo cuerpo que les ha dado el ser.

A su vez, los tejidos embrionarios, que llegan á constituir organismos imperfectos, como las monstruosidades, ó agregados orgánicos, también imperfectos, como los neoplasmas, ó tumores que se llaman organoideos (ciertos quistes que contienen dientes, músculos, pedazos de intestino y otros restos orgánicos apelotonados, vestigios probables de un mónstruo parásito no desenvuelto) ó que nunca pasan de simples tejidos más imperfectos todavía, por ejemplo, los neoplasmas comunes (lipomas, sarcomas, etc.), todos estos productos representan con mucha probabilidad una concepción espúrea de una ó varias células, no desarrolladas á su tiempo en el embrión, por tejidos más adelantados en su desenvolvimiento, adultos ó envejecidos, que se constituyen en matriz celular de estas nuevas pseudo-existencias; concepción que produce un fruto patológico, no sólo estéril, sino perjudicial, porque conserva la avaricia nutritiva de toda proliferación y no se halla prevista en los planes ni incluída en los presupuestos económicos de la organización normal. A semejante ó idéntica causa se debe la aparición de los órganos sexuales en la pubertad; con la diferencia de que esta neoplasia obedece á una norma y encuentra la economía bien surtida de los materiales necesarios para sufragar las nuevas obligaciones que al conjunto orgánico hace contraer su desarrollo. Es de advertir que este concepto germinal de los agregados orgánicos ó celulares parciales no presupone necesariamente la retención de una semilla embrionaria palpable ó visible en el interior de los tejidos, sino que puede comprenderse como aptitud puramente dinámica de elementos al parecer normales y adultos (Cohnheim). Buena prueba de ello nos ofrece, entre los órganos tardíos fisiológicos, el seno de la mujer, brotando de células nada embrionarias en su aspecto, y que, sin embargo, conservan indudablemente de sus células progenitoras fetales respectivas la inmanente aptitud para la proliferación, que sólo han de desplegar cuando, por virtud de cierto vigor general orgánico, de cierto grado de presión san-

guínea, ó por el ahorro resultante de haberse terminado el crecimiento de otros órganos, reciben nuevo estímulo y más copiosos materiales nutritivos.

Los gérmenes parasitarios nos ofrecen otro gráfico ejemplo de vitalidad verdaderamente usuraria. Va siendo ya del dominio público, merced á la rápida difusión que hoy adquieren los adelantos en todas las ramas del saber, la idea experimentalmente demostrada de que muchas enfermedades infecciosas, graves y mortales, son causadas por seres microscópicos, los cuales se pueden cultivar en diferentes sustancias, de generación en generación, é inocularse para reproducir, con igual, mayor ó menor fuerza, la enfermedad original ó primeramente originada. Ahora bien, estas enfermedades son efectos dinámicos de una germinación formidable, cuya semilla no hace más que reproducirse y provocar conflictos entre dos seres que ocupan los dos extremos de la escala orgánica; á la manera que los neoplasmas antes citados representan el conflicto entre elementos de diferentes edades en un mismo ser. Esta infección es muy distinta de la infestación por los parásitos antiguamente conocidos, los cuales no se distinguen por lo que germinan, sino por lo que crecen sobre el ser paciente, y sólo perturban las funciones de este último por la sustracción de los materiales precisos á su crecimiento, pero sin provocar reacciones morbosas de importancia.

Por todos estos hechos se colige que la germinación, á más de los prodigiosos efectos que deja entrever, cuando se realiza en el medio cósmico, á expensas de materiales inorgánicos, despliega nuevas y variadísimas cualidades al verificarse en un terreno vivo. Por otra parte, los gérmenes de seres complicados, así como los seres sencillísimos que apenas pasan de gérmenes (microbios de lujuriante reproducción, pero de escasísima y efímera nutrición individual), no poseen órganos visiblemente diferenciados y verifican sus múltiples funciones, ora por la asociación unánime de todos sus elementos para un objeto que se determina por las condiciones del estímulo exterior (movimiento á las excitaciones motoras, absorción al contacto

de líquidos absorbibles, asimilación al tropezar con sustancias alimenticias escogidas, etc., etc.), ora por el ejercicio parcial de algunos de dichos elementos; pero con la particularidad de que éstos saben ejecutar por igual todas las funciones fisiológicas (cada célula de los microbios multicelulares sirve indistintamente para alimentar, para mover, para sentir, etc.) A medida que se avanza en la escala orgánica, se observa una diferenciación celular creciente que preside á la formación de órganos especiales, y, en los organismos superiores, la célula que absorbe no sabe mover ni segregar. Aquí, todas las células se reservan tan sólo dos actividades: la nutritiva, que ha de sostener su individual manera de vivir, y la funcional, que colectivamente con la de sus afines contribuye á la vida del conjunto orgánico.

Pero es muy digno de señalar que, aun en estos organismos superiores, todos los elementos, que no han pasado todavía de la fase embrionaria, presentan muy confundidas las actividades nutritiva y funcional, siendo ambas á dos, sobre todo la última, múltiples, siquiera rudimentarias y aptas á realizarse sin órganos expresos. En una palabra: la actividad embrionaria es de suyo enciclopédica, mientras que el estado adulto es decididamente especialista; buena prueba de que hasta en la naturaleza el principio de la división del trabajo significa perfeccionamiento y progreso, salvas ciertas limitaciones ó excepciones que, para mayor garantía de esta ley, la privan de carácter absoluto.

II

Cambiando ahora de punto de vista para observar la evolución parcial de los distintos órganos y sistemas que componen el cuerpo humano, resulta que el sistema nervioso, por su antelación en el desarrollo embrionario y por la constancia de conformación y de estructura que revela durante la vida indidual, es el que mejor puede tomarse como representación anatómica de la individualidad y de la invariabilidad humana;

porque todos los demás órganos, salva una sola excepción, nacen después, viven más de prisa y gastan su vigor congénito antes que dicho sistema nervioso, ó por lo menos antes que su parte central.

Así, prescindiendo de los órganos propios y anejos del nuevo ser que no salen á luz por haberse atrofiado y desvanecido dentro del cláustro materno; á contar, pues, desde el nacimiento, hay órganos que no viven más que los dos primeros años de la vida infantil, como la glándula tímica; órganos que viven unos veintidos años, como los cartílagos llamados epifisarios, que deciden de la talla ó estatura corporal; órganos que viven unos treinta y cinco años, como los sexuales femeninos, y órganos que viven unos setenta años á lo sumo, como las glándulas seminales. Puede asegurarse que todos estos órganos mueren de veras, porque sus restos atrofiados resultan momias orgánicas retenidas como con respeto por el organismo, pero sin utilidad de ningún género para el conjunto. Ahora bien, todos los restantes órganos y tejidos, exceptuando uno solo, antes aludido, ya que no mueran, sino con la muerte total del organismo nacen, crecen, llegan á su apogeo fisiológico, y arrastran, en fin, con su decadencia gradual ó atropellada, el vigor corporal del ser humano. Los huesos se petrifican, tornándose de flexibles en quebradizos; las cuerdas, ligamentos y demás tejidos fibrosos propenden á la engorrosa dureza del cartílago tardío; muchas glándulas tienden á secarse, y el tejido llamado conjuntivo, que hace el papel de cemento unitivo entre los órganos, pierde á su vez paulatinamente el poder de la regeneración cicatricial.

Sólo la piel, que es el órgano á que venimos aludiendo, en vez de amenguarse, va aumentando de energía vital con los años, hasta el punto de que su aspecto rugoso y seco en los ancianos, lejos de significar regresión atrófica, representa un grado superior de robustez. Verdad es que los apéndices epidérmicos (cabello, prolongaciones ungueales, etc.) son caducos; pero á cambio de estas exuberancias más decorativas que provechosas, la piel curtida de la vejez va adquiriendo las

condiciones vigorosas y activísimas de la corteza de los árboles seculares. Conviene recordar á este propósito que la piel consta de dos hojas firmemente adheridas entre sí, el epidermis y el dermis; porque la creciente vitalidad á que nos referimos no se observa en la capa dérmica, la cual participa de la decadencia general senil, sino en la epidérmica, como lo demuestra palmariamente la terrible vitalidad del cáncer, que no es más que una proliferación del epidermis ó epitelio mal contenida por la barrera del dermis, en las últimas edades debilitada y penetrable.

Volviendo nuevamente á nuestro sistema nervioso, residencia forzada ó natural de las aptitudes psicológicas más nobles, basta reunir los caracteres evolutivos enumerados para comprender de un solo golpe la representación, acaso en la ciencia actual no bien interpretada, que le corresponde en el desarrollo orgánico; y trayendo á la memoria una idea emitida ya por Carus y aceptada por muchos naturalistas, la de que los animales desprovistos de sistema nervioso diferenciado y ostensible están constituídos totalmente por tejido nervioso no diferenciado todavía, las particularidades consignadas adquieren un creciente interés y sugieren desde luégo un nuevo concepto esquemático de las formas zoológicas.

Al abrigo del trasformismo (especie de religión científica más presentida que demostrada, y que domina hoy el mundo intelectual en todas sus esferas, como quizá jamás reforma alguna ha dominado), cabe suponer que el tejido nervioso es el material primitivo que constituye la totalidad de los organismos inferiores; que los órganos que aparecen sucesivamente, según se va complicando la organización, son tejido nervioso diferenciado en muscular, glandular, etc., y que el sistema nervioso de los animales superiores no es resultado de una de tantas diferenciaciones histológicas como se realizan, una tras otra, en los diversos aparatos y órganos, sino un resto del antiguo protoplasma original que tarda en perder aquellas preeminencias (por nosotros calificadas ya de enciclopédicas), y que á duras penas se especializa parcialmente constituyendo nervios,

gánglios y cordones medulares subordinados ó enlazados con la vida especializada ya de los distintos órganos.

Si estas premisas que venimos sentando no son ilegítimas (para lo cual habría que renegar de la doctrina de la evolución y de los conocimientos reinantes hoy en Fisiología y en Patología), nos imponen una conclusión verdaderamente extraña, que lucha al parecer con sentimientos tradicionales antiquísimos, pero que la ciencia actual no puede menos de acoger como corolario lógico. Héla aquí:

El cerebro es una parte del sistema nervioso que se resiste aun á la especialización ó diferenciación de su protoplasma, contra las influencias cósmicas ó contra una finalidad íntima y desconocida, las cuales tienden de continuo á modificar, ó lo que es igual, á distinguir las variadas potencias ó aptitudes englobadas en la materia ó sustrato orgánico primitivo de la creación.

EL CEREBRO HUMANO es un resto germinal destinado á desenvolverse con nuevos rumbos en un medio dinámico, después de haber invertido, durante su ascenso filogénico por la escala animal, una parte más ó menos considerable de su propia sustancia en lograr la diferenciación morfológica (soporte corporal) *más adecuada á sus fines ó á su suerte.*

Así, pues, el cerebro humano germina á su manera, y á nada puede compararse mejor la manera de vivir cerebral que á una germinación dinámica. Comentaremos debidamente estas atrevidas aserciones: haciendo caso omiso del ulterior crecimiento en masa del cerebro que, por lo insignificante, huelga de todo punto en este proceso evolutivo principalmente dinámico, según venimos anunciando.

Por de pronto, según de aquí se desprende, los animales no son otra cosa que gérmenes más ó menos estériles, gastados en confeccionar sustentáculos somáticos ó corporales más ó menos perfectos, y el hombre aparece en cambio como un germen, indudablemente fecundo, de soporte corporal quizá ya imperfectible.

Estas sugestiones llevan á la doctrina del trasformismo la idea de un principio económico, cuyos precedentes patológicos

están bien confirmados, y que explica llanamente, bajo cierto aspecto, la selección de las especies.

Todo lo que se ha diferenciado orgánicamente, envejece con la edad; en cambio, lo que se retiene en el estado primitivo germinal ó enciclopédico, según nuestra calificación, podrá enfermar, podrá morir de muerte violenta, pero no envejece fisiológicamente ni muere de muerte natural. Si vamos logrando demostrar en el cerebro humano el carácter más esencial de los gérmenes, cual es la vida latente indefinida en potencia, el colorario que proponemos pasará de conjetura á probabilidad científica.

Asalta, sin embargo, aquí, una contradicción fácil de advertir. Nos referimos á la mencionada vitalidad creciente de la piel, cuya condición germinal parece imponerse desde luégo por este carácter, despojando á renglón seguido al cerebro del privilegio supuesto en que estamos sosteniendo nuestra tentativa de reforma psico-fisiológica. Verdad es que la piel, como el cerebro, no parece envejecer realmente en el limitado ciclo de la vida individual humana; pero esto no deshace ninguna de nuestras afirmaciones anteriores, porque ¡cosa rara! el cerebro no es primitivamente más que un repliegue de la piel. La diferencia aquí esencial estriba en que la piel se gasta de continuo por descamaciones celulares, mientras que la vida cerebral se retiene ó se emplea más bien dinámicamente, conservando así condiciones de supervivencia orgánica relativa, que con nuestra especial manera de ver pierden algo de su oscuridad.

El cerebro, por consiguiente, no es una especie de eflorescencia germinal, resultado último de la vida orgánica, como los gérmenes reproductores, para cuya suposición no hay apoyo formal en la naturaleza; sino un germen previo, germen de retención que se desenvuelve en parte, y que en otra parte persiste sin desplegar sus dinámicas aptitudes, para cuya idea tenemos antecedentes analógicos aceptables en el desarrollo funcional de los órganos sexuales á la pubertad y en el morfológico de los neoplasmas propiamente dichos.

Hay, sin embargo, que hacer una distinción esencial entre estos elementos germinales que presiden al desarrollo de varios tejidos fisiológicos ó patológicos, y el germen cerebral, según nosotros le comprendemos. El cerebro puede haber alcanzado un desenvolvimiento morfológico que en el orden individual ú ontológico le aleja considerablemente del estado embrionario. Por lo que hasta el presente se ha desarrollado, y aun por las muestras que este desarrollo viene dando en la historia de la humanidad, más bien que germen podríasele llamar término final de la vida orgánica, siguiendo la noción ortodoxa, vulgar y aun científica en esta materia; pero á juzgar por lo que el organismo cerebral y los organismos sociales, que se van esbozando á su propia imagen y semejanza, pueden todavía perfeccionarse morfológica, y sobre todo dinámicamente, es lícito calificar de germen, por no hacerlo con la palabra impropia y demasiado extraña de embrión, al cerebro humano de la época presente.

Esta, al parecer gratuita, componenda de realidades anatómicas impuestas y de presentimientos más ó menos caprichosos, se legitima plenamente con lo que se tiene aprendido acerca de la evolución del sistema nervioso, así en la serie animal como en las diferentes fases del crecimiento ontogénico. Según parece (Hughling Jackson), la naturaleza sigue en este proceso tres diferentes escalas de perfeccionamiento, á saber: una que podemos llamar anatómica, que, partiendo de elementos nerviosos raros, escasos y rudimentarios, va subiendo en complicación hasta lograr centros nerviosos complejos y ricos de células nerviosas; otra, como si dijéramos fisiológica (en ciertos seres y condiciones superpuesta á la anterior), que asciende de centros complejos y voluminosos para ganar en simplificación hasta convertirse en nuevos centros sencillos y finísimos, no ya rudimentarios, sino como sintéticos; una tercera, en fin, verdaderamente psicológica, que hace pasar á centros nerviosos de la más alta y delicada graduación fisiológica, desde la condición automática á la aptitud voluntaria. Ahora bien, el cerebro humano contiene indudablemente elementos

celulares que todavía no han rebasado la escala anatómica ó de complicación, elementos que se hallan recorriendo la escala fisiológica ó de simplificación, y muchos que se encuentran al presente en los peldaños de la escala psicológica. En vista de estos resultados, ¿quién se atreverá á garantir un concepto fijo é infalible de lo que será el cerebro humano cuando estas escalas hayan sido recorridas por todos sus elementos anatómicos constituídos?

Y que las cosas no han de quedar como las encontramos, con esa desigualdad de jerarquía evolutiva y sin diferenciación orgánica expresa, se deduce irremisiblemente, primero, del trasformismo, y segundo, del progreso humano.

Ora se interprete el trasformismo al tenor de la izquierda darwinista (Darwin, Hæckel, Schmidt, etc.), como resultado fortuito é indeterminable de agentes cósmicos, sobre una materia organizada, pero sin rumbo evolutivo fijo; ora se acepte el darwinismo de la derecha (Henle, Cl. Bernard, G. Saint-Hilaire, los ortodoxos, etc.), para explicar la perfectibilidad de las especies como una verdadera trayectoria preestablecida é invariable, que se realiza al concurso, mas no bajo la influencia de las condiciones cósmicas exteriores á la vida, todo este cuerpo de doctrina que hemos calificado más arriba de religión científica, induce necesariamente á esperar ulteriores perfeccionamientos en el organismo humano. Ahora bien: estos perfeccionamientos ¿recaerán en los órganos del cuerpo, en el cerebro, en estos dos ámbitos orgánicos por igual, ó en alguno de ellos con singular preferencia?

Aventurado es contestar de plano á esta pregunta. Con todo, entre las infinitas anomalías musculares que se observan en el hombre, anomalías que debían significar el primer paso de una trasformación definitiva, ó por mejor decir, más estable, acaso no se registra una sola (Testut) que en vez de avance no signifique retroceso (recuerdo ó remedo de formas musculares propias de mamíferos, aves, etc.). Por otra parte, la gimnasia, con ser tan antigua, ni sorprende con novedades exclusivas de los últimos tiempos, ni apenas conserva el tipo

clásico del atleta; la aptitud congénita para la gimnasia no coincide con las razas humanas superiores, sino con las inferiores (chinos, malayos, etc.), ni los gimnastas europeos se hacen envidiables de ordinario por su salud, por su longevidad ó por su inteligencia para poderse decir que hacia ese lado de la actividad humana se vislumbran derroteros de mejora orgánica. Y si esto sucede con el sistema muscular, uno de los más dóciles á la selección, ¿qué nos enseñarán los restantes, como el esquelético y los aparatos de nutrición, que parecen haber pisado ya en el hombre esa escala fisiológica de simplificación de que se ha hecho mérito con motivo de los centros nerviosos?

Así, pues, la forma humana no parece susceptible de mayor complicación ulterior, sino quizá de regresión hacia la atrofía, ó, todo lo más, de esos perfeccionamientos que hemos llamado sintéticos, y, en resumidas cuentas, aislados, por parte de los órganos que forman el soporte corporal.

En cambio, el progreso humano se nos presenta como la mejor prueba de la condición germinativa del cerebro del hombre. Raros son á la fecha los pensadores que nieguen un paralelismo fiel entre la civilización y el desarrollo físico del cerebro humano. Cabe, en verdad, discutir sobre si la cultura es causa del perfeccionamiento cerebral, al modo como el ejercicio es causa del desarrollo muscular, glandular, etc., ó si el desenvolvimiento del cerebro lleva consigo el impulso inicial de los adelantos. Sea de ello lo que fuere, podrá violentarse algo la frase, pero no se violenta lo más mínimo la verdad, diciendo que la cultura es el ambiente necesario de incubación para el desarrollo del germen cerebral humano.

III

Estos atrevimientos inductivos, por extraños que parezcan, pueden afianzarse en la filosofía clásica, en la ciencia, en las costumbres, en los sentimientos y en todas las manifesta-

ciones humanas; y así debe ser, porque toda novedad filosófica resulta ilusoria ó pueril (á lo menos fuera de la prerrogativa de los genios) cuando no puede tomar raíces en la vida real ni encontrar abolengo en la ciencia. Como el cuerpo necesita para el esfuerzo máximo del salto retroceder de antemano en el espacio, así la inteligencia, para realizar cualquier movimiento rápido de progreso, necesita casi siempre tomar carrera en la tradición. Nadie puede ya creer que las ideas se produzcan como por generación espontánea, cuando éste procedimiento ha perdido su crédito hasta en el mundo biológico. El trabajo de los reformistas en el pasado, no es ya hoy de exclusión ó de expurgo, inspirado en antipatías y rencores, sino tarea de elección, aguijoneada por un simpático fervor; pudiéndose abrigar la esperanza, ó por lo menos la ilusión de que va pasando la época de esos pensamientos encastillados y agresivos, que nunca han servido más que para destruir, y que ni para eso sirven bajo la libertad científica que por fortuna disfrutamos. Demoler no es avanzar, y avanzar es bastante más que demoler.

La portentosa intuición de Aristóteles dejó ya como preparada la Psicología para las vicisitudes del trasformismo darwiniano. En su *Tratado del alma* no se limita, como venía haciéndose anteriormente, á estudiar el alma del hombre. Considera este campo harto estrecho y plantea la cuestión sobre el conjunto de los seres organizados, desde el vejetal hasta los animales superiores. Según el filósofo de Estagira, el estudio del alma pertenece exclusivamente al naturalista, ó como diríamos hoy, al fisiólogo.

He aquí los conceptos más trascendentales del gran filósofo sobre Psicología:

El alma es la forma del cuerpo que hace pasar á la naturaleza organizada de la simple potencia á la realidad entera y completa; el alma es, por lo tanto, el complemento del cuerpo, su perfección y su entelequia (finalidad); el alma es la esencia del cuerpo; no es el cuerpo mismo, sino algo del cuerpo, y no puede estar separada del cuerpo. Entre todas las partes del alma debe procurarse distinguir bien aquella que piensa y

comprende la sabiduría; pues que si materialmente no está separada de las otras, racionalmente, por lo menos, se la puede aislar. Así como la sensación es la forma de los objetos sensibles, la inteligencia es la forma de las formas; obra sobre las imágenes como la sensibilidad obra sobre los objetos materiales. La inteligencia es una simple potencia; antes de pensar, no hay inteligencia. Distínguese de la sensibilidad en que la sensación, cuando es demasiado viva, no puede ser percibida, porque agobia al órgano y excede la esfera de acción del mismo; por el contrario, el objeto inteligible, cuanto más inteligible es, mejor le comprende la inteligencia. Como la inteligencia se identifica en cierta manera con las cosas que ella piensa, ella misma se piensa al pensarlas; y como el objeto á que ella se aplica es absolutamente inmaterial, el pensamiento y el objeto que ella piensa no son en el fondo más que un sólo y mismo objeto. Las cosas inteligibles existen ciertamente siempre en las cosas materiales, pero sólo en potencia. Lo inteligible en realidad, en acto, sólo se da verdaderamente en la inteligencia, porque ella es la que lo hace inteligible. Luégo si en la naturaleza es preciso distinguir siempre la materia, que puede indiferentemente ser todo, y la causa que la hace realmente ser lo que ella es, en igual forma, en la inteligencia, es preciso distinguir la parte que puede llegar á ser todas las cosas como la materia, y esa otra parte que hace á todas las cosas inteligibles. Se ignora si esta inteligencia que crea lo inteligible y lo separa de la materia puede existir y pensar independientemente de toda materia.

Ahora bien: por socorrido que sea y desacreditado que se halle el achaque de encontrar en la ciencia antigua precedentes para cualquier conjetura más ó menos caprichosa, no podrá negarse que esas ideas aristotélicas sobre potencia que se realiza, esencia del cuerpo inseparable del cuerpo mismo, limitación sensitiva (como diferenciada y adulta), contrastando con la ilimitación inteligente (diferenciada en parte y enciclopédica en su mayoría), se ajustan bastante bien con la índole germinal ó potencial para el cerebro (órgano del pensamiento)

y el concepto de trasformación consumada para el resto del cuerpo (sustrato del alma no inteligente).

Verdad es que el alma, según Aristóteles, resulta materializada, ó por mejor decir, organizada (forma del cuerpo), desprovista de personalidad (acto cósmico), de inmortalidad (fusión del alma humana con el alma del mundo) y de responsabilidad (atracción del alma hacia las cosas y por las cosas mismas). También es verdad que esta psicología sugiere, á lo sumo, una lógica más ó menos racional, pero nada consiente deducir para la esfera moral, para la artística, y menos para la religiosa; pero precisamente en estos vacíos ó lugares deshabitados se encuentra el mérito mayor de esta construcción psicológica, que parece concebida y realizada con el fin de preparar una mansión propia para la ciencia y departamentos como de prestado para todos los ordenes restantes de la actividad humana.

No nos desmiente en esto la Religión cristiana, que bajo las inspiraciones del gran Santo Tomás, ha logrado instalarse ámplia, cómoda y lujosamente en el edificio psicológico de Aristóteles.

Una vez asida la tradición filosófica, fácil será enlazar nuestro pensamiento con la ciencia actual. La historia natural contemporánea no puede definir ni la ley del progreso ni las diferencias esenciales que existen entre el hombre y los demás seres. En cambio, con el *trasformismo humano* que venimos diseñando, podemos insistir en que los animales no son otra cosa que gérmenes más ó menos estériles, gastados en confeccionar sustentáculos somáticos ó corporales más ó menos perfectos, apenas susceptibles de progreso psicológico, precisamente por invertir su potencia original en progreso fisiológico ú orgánico. Por su parte, el hombre aparece bajo estas ideas como un germen fecundo, es decir, perfectible psicológicamente, por lo mismo que no invierte ya su actividad productora, inmanente, en perfecciones fisiológicas de los órganos, los cuales se han diferenciado hasta un límite insuperable en la forma de soporte corporal.

Por otra parte, no debe ya extrañar que á diferencias mor-

fológicas verdaderamente triviales entre el cerebro del hombre y el de los animales próximos, correspondan psicologías tan inmensamente distintas. Recuérdese al efecto la escala psicológica de evolución antes nombrada. Por lo mismo que los cerebros son agregados celulares todavía germinales, no pueden descubrir su aptitud psicológica, y envuelven, bajo apariencias iguales, disposiciones muy diversas, como se observa hasta en el desarrollo orgánico conocido (muy semejantes de forma, y aun de tamaño, suelen ser los gérmenes de animales ó vegetales diferentes de especie, de género y hasta de familia); con lo cual se desvanece un conocido argumento *ad absurdum*, trasformándose en cuestión científica abordable.

Las costumbres humanas primero, y después las leyes, nos ofrecen á su vez una sanción cumplida del ciclo evolutivo cerebral que venimos trazando. El derecho civil tiene establecida una edad fija, conforme á la naturaleza, para consentir el matrimonio, y otra edad más avanzada para conceder la plenitud de los derechos civiles. Con esto sólo, acredita la jurisprudencia que la finalidad reproductiva en el hombre es distinta de la finalidad social propiamente dicha, lo que traducido á nuestro sistema psicológico quiere decir que el cuerpo y el cerebro manifiestan un ciclo evolutivo diferente. Aún se afirma mejor esta creencia teniendo presente que los derechos civiles, una vez adquiridos, no caducan por la edad más lóngeva, sino por enfermedades, y no del cuerpo, sino de la inteligencia.

Verdad es que tampoco el derecho al matrimonio caduca con la edad; pero el matrimonio abraza otros fines á más del reproductivo. Verdad es también que los Estados y los pueblos cultos tienen asilos para la vejez, y conceden retiros ó jubilaciones; pero ninguna de estas instituciones se funda en motivos de caducidad intelectual, sino en razones relativas á la decrepitud del cuerpo, por lo que tienen de mecánico todos los cargos y servicios sociales. El tradicional respeto á los ancianos, y la existencia de los senados políticos y profesionales nos ofrecen nuevo apoyo en este encomio de la senectud naturalmente desprendido de nuestras proposiciones anteriores. No se falta,

pues, á la noción vulgar, aunque haya que vencer escrúpulos científicos rutinarios, cayendo en la cuenta de que el cerebro humano podrá enfermar ó no desarrollarse plenamente, pero que no envejece, y, antes bien, se lleva al sepulcro aptitudes sin cuento por desenvolver.

No se nos objete haciendo notar los innumerables cerebros de ancianos que participan de la decadencia orgánica general; porque, sobre no haber olvidado la íntima dependencia bajo que vive el encéfalo respecto del cuerpo, tenemos presente que es carácter de toda germinación elegir un germen para hacerle prolífico entre millones de gérmenes semejantes que se esterilizan. Precisamente, el papel como incubatorio de la civilización, se despliega logrando un creciente número de cerebros perfectibles; y sólo en condiciones congénitas ventajosas, abonadas con un cultivo esmeradísimo, es como puede esperarse en el cerebro humano el ciclo normal que nos sirve de norte en estas consideraciones. Poco importa que el ciclo á que nos referimos sea excepcional, para que le hayamos tomado por norma; rara, muy rara es también la muerte llamada natural, y, sin embargo, constituye el tipo de la vida fisiológica.

IV

Ha llegado la oportunidad de aplicar á la Psicología los sorprendentes aspectos que, bajo las sugestiones del trasformismo y ascendiendo sobre datos fisiológicos y patológicos, venimos descubriendo en la constitución corporal, y, sobre todo, en la cerebral del hombre.

Lo primero que aquí necesitamos es un croquis, esquema ó idea general de las funciones cerebrales. Salvando rutinarias tendencias frenológicas que pronto discutiremos brevemente, podemos aprovechar para ello el concepto hoy más generalizado acerca de lo que es la vida, el que ve en este proceso una desasimilación funcional ostensible y una asimilación nutritiva latente (Cl. Bernard).

En efecto, conocemos la vida no más que por los actos vitales, y los actos vitales conocidos no son otra cosa que desprendimientos de energía, gasto orgánico, muerte parcial. Por esto se ha comparado con mucha propiedad el cuerpo vivo á la antorcha que arde y se consume. La vida se nos muestra, pues, por aquello mismo que va dejando de vivir sucesiva y paulatinamente. Pero, contrastando con esta fase patente de la vida, hay otra fase, patente también en su resultado, pero oculta en sus procedimientos, que es la nutrición. Nadie sabe por qué las células orgánicas atraen ciertos materiales y repelen otros; cómo los órganos disocian compuestos químicos estables ó reunen elementos poco afines, y en virtud de qué mecanismo distribuyen estos materiales venidos del exterior para crecer en determinado sentido, para limitar este mismo crecimiento, para conservar su forma y para cambiar esa forma siguiendo un plan determinado.

Pues bien: el cerebro, que tanto se distingue anatómicamente del resto de los órganos, es natural que nos revele asimismo una fisiología característica. Así debe ser; y no faltan datos para poder afirmar que las funciones psicológicas (percepciones, memoria, imaginación, abstracción, generalización, etcétera), son actos de asimilación cerebral, tan emblemáticos ó acaso más todavía que los de la asimilación material de los restantes órganos del cuerpo. El cerebro se nos aparece en esto como un organismo que se nutre de fuerza y no de materia (la nutrición material, de que también disfruta el cerebro, es un carácter orgánico común y separable, como son la contextura nutritiva y funcional respectivamente en los órganos de la respiración, en la glándula biliar, etc.).

El cerebro es, por lo tanto, un órgano de asimilación dinámica parecido á los acumuladores eléctricos, térmicos, etc:, pero distinto de ellos, á la manera que lo es la asimilación nutritiva de materia, de la acumulación física ó depósito de la misma que tiene lugar fuera de la norma nutritiva ó por yustaposición, como decían los antiguos.

De esta consideración se deduce llanamente que la Psicolo-

gía tradicional debe respetarse, porque se funda en actos de resultado conocido, pero de mecanismo por ahora impenetrable.

No se nos oculta que al pensar así cometemos un verdadero atentado contra la nueva doctrina de las localizaciones cerebrales y contra la novísima ciencia llamada Psico-física; pero daremos nuestras excusas.

Las localizaciones cerebrales hasta hoy vislumbradas, se refieren solamente á órganos ó centros de sensaciones ó de movimientos, incluyendo aquí la del lenguaje (tercera circunvolucion frontal izquierda) y no descubren sitio determinado para la memoria, la abstracción, etc. Pero estos mismos órganos cerebrales, al parecer distintos ó diseñados, aun cuando desde el punto de vista fisiológico representen un adelanto provechoso, haciendo conocer relaciones importantes del cerebro con todas las funciones somáticas, bajo el aspecto psicológico, no poseen mucho más valor que las tentativas frenológicas (Gall) y craneoscópicas iniciadas á principios de este siglo.

Dejando á un lado nuestro concepto germinal del cerebro, que excluye toda idea de diferenciación ó de localización definitivas; admitiendo, á lo sumo, tendencias localistas dinámicas ó funcionales, la doctrina de las localizaciones cerebrales, aun bajo el criterio fisiológico reinante, lucha con los siguientes obstáculos: 1.°, la sustitución funcional de unos centros por otros; 2.°, la inhibición ó refrenamiento de los centros ya vislumbrados, entre sí, que oscurece mucho la designación de un centro cualquiera sobre que se esté experimentando; 3.°, la incertidumbre regional que la homogeneidad de la sustancia gris encefálica impone á toda localización, la cual se reduce á fijar zonas ó puntos de superficie y espesor variables, pero de límites indecisos (condición que no se observa en ninguno de los órganos del cuerpo, en los cuales todas las zonas actúan del mismo modo); 4.°, la experimentación en los animales, que consiente muy escasas aplicaciones á la fisiología cerebral humana, como es obvio, y la cirugía, verdadera fisiología experimental del hombre, que sin desmentir todas las localizaciones cerebra-

les hasta la fecha denunciadas, no puede dar valor decisivo ni á la del lenguaje, que es la más garantida.

Por lo que hace relación con la Psico-física, ciencia de las relaciones entre lo psicológico y lo fisiológico, debemos considerar aquí dos aspiraciones diferentes: una, por decirlo así, modesta, que se contenta con avanzar más y más á beneficio del criterio fisiológico en el mundo anímico, pero sin tratar de absorber á este último, en cuya dirección sólo se obtiene acerca del alma un *cognitio circa rem* (González Serrano); y otra más resuelta, que pretende ver en los actos psíquicos más elevados sensaciones de complexidad creciente y reductibles en su día á los elementos sensoriales hoy menos desconocidos, convirtiendo el alma humana en un fenómeno puramente físico, y consiguiendo con la Fisiología un verdadero *cognitio rei* en los más tenebrosos ámbitos de la Psicología.

Respecto de la primera tendencia, sólo diremos que no conviene á la Psicología, la cual, abandonando su parapeto inexpugnable, la inteligencia, para salir al encuentro de la sensibilidad fisiológica, no puede menos de ser absorbida por la Fisiología, dejando aprisionado en las mallas atrayentes del *cognitio circa rem* el tan apetecido como enigmático *cognitio rei*, que á todo trance quiere dicha tendencia conservar libre y desenvuelto.

La segunda de estas promete una nueva clasificación de las funciones cerebrales, con la cual, lo que hoy se llama intuición, por ejemplo, cambie de nombre, tenga un sitio fijo en el cerebro, y se forme con una mezcla de impresiones y de movimientos moleculares trasmitidos ó reflejos; pero aparte de otros reparos, mientras este nuevo programa de confecciones psicológicas físico-químicas no se realice, no nos hemos de deshacer de las palabras imaginación, inducción, etc.

Como se ve, creemos un mal para la Psicología que por hacerse ciencia natural invada el terreno de la Fisiología; porque ciencia por ciencia, esta última tiene más poder que la primera y la anula por completo. Proceder así, es atrofiar la ciencia del alma en vez de incubarla convenientemente para su peculiar

evolución. Tampoco parece razonable invadir con la Fisiología hoy conocida la intimidad de las funciones cerebrales bajo el intento de suprimir la Psicología, que es precisamente la única ciencia que se sabe sin necesidad de haberse aprendido; la que contiene los primeros conocimientos que se adquieren; la ciencia, en una palabra, más *natural* de todas las que existen (artificios lógicos todas ellas, que son á la Psicología como figuras de cera ante la forma natural imitada).

¿Qué hacer, pues, entre tan encontradas rutas y contra dificultades tan tenaces? Nada más sencillo. Cese el empeño de naturalizar la Psicología con el artificio fisiológico; porque lo psicológico no puede ser más natural de lo que viene siendo *ab initio*, y su fisiologización, si se permite el vocablo, la convertiría en una ciencia artificial. Óptese por imitar á la Fisiología y á las demás ciencias naturales, pero eligiendo asunto diferente; y con muy poco trabajo, la Psicología alcanzará nuevos horizontes para su progreso; en una palabra, investigue la Psicología á la humanidad, siguiendo el mismo método que emplea la Fisiología para estudiar la série viviente.

Pensando así, se recuerda desde luégo que la Fisiología, sin renunciar al análisis de la asimilación, se ha entregado principalmente á escudriñar la desasimilación y comienza á estudiar los órganos por sus productos materiales (ácido carbónico respirado, urea segregada, etc.,) y por sus efectos funcionales (movimientos musculares, etc.)

Siguiendo este ejemplo, la Psicología, sin renunciar á la introspección, podría, ante todo, considerar que este, su método favorito, es ni más ni menos que un verdadero autofagismo cerebral, bueno para las épocas y circunstancias de inedia psicológica, cuando al cerebro se le niega el sano y legítimo sustento de la realidad, pero limitadísimo de alcance y tan supérfluo como engorroso, siempre que la inteligencia pueda ejercitarse sobre materiales tomados del mundo exterior.

Por su propio peso se desliza ya desde las reflexiones anteriores el plan (bajo nuestro punto de vista vislumbrado) de la Psicología desarrollada decididamente como ciencia natural.

Dirigiendo sus miras á lo que podríamos llamar la desasimilación psicológica patente de la humanidad, esta nueva Psicología encontraría un mundo entero, hasta hoy desviado de las miradas de los psicólogos, el mundo de las obras humanas, es decir, la vida cerebral que se realiza, la que se consume ó arde como una antorcha, la que deja de ser vida para convertirse en rastro; en fin, la desasimilación creciente del germen cerebral, que hasta el día nos presenta ya no poco que estudiar psicológicamente y á la manera de las ciencias naturales. Si estas ciencias se llaman así porque se entregan al estudio de la naturaleza creada, la Psicología, natural también de origen, puede estudiar la creación, digámoslo así, humanizada. La religión, el arte y la ciencia consideradas como caracteres humanos, nos ofrecen el punto de partida más apropiado para plantear este aspecto naturalista de la Psicología.

A la primera ojeada sobre estas manifestaciones de la aptitud cerebral humana, asalta desde luégo un útil plágio de la Fisiología, sin más que comparar los móviles ó destinos aparentes del cerebro con los destinos ó móviles del soporte corporal. Así, las tres actividades fundamentales citadas representan lazos de diversa consistencia, establecidos de antemano ó logrados ulteriormente, entre el hombre y la naturaleza. La religión es como un apetito desordenado de identificar á la propia esencia la naturaleza toda y dominarla; se parece al instinto nutritivo insaciable del recien nacido. El arte no es otra cosa, siguiendo este simil, que una especie de paladeo de la naturaleza, semejante á la intervención electiva que los sentidos nutritivos llevan á cabo entre las innumerables sustancias capaces de alimentar el cuerpo. La ciencia, en fin, resulta un régimen de sustento racional, que no se abandona al inmoderado afan de abarcar la naturaleza toda, y que tampoco se guía siempre por las instigaciones de sensibilidades peculiares más ó menos viciables; sino que procura irse poco á poco asimilando aquella parte ó aspecto de la naturaleza accesible á su capacidad comprensiva, préviamente limitada.

En la imposibilidad de diluir estas ideas hasta hacerlas per-

der su aspereza original, para lo que necesitaríamos extendernos en comentarios muy extensos, sólo marcaremos otro camino, entre los muchos que podría tomar la Psicología naturalista. Para no referirnos á la evolución, ya que la historia lleva el trabajo principal en este lado de la investigación psicológica, ni tampoco á la Psicología comparada, rama fecundísima y sin explotar todavía, que sepamos, elegiremos el análisis científico de las obras de arte. Pues bien; el sentido vulgar espontáneo se nos adelanta aquí, como en casi todo lo práctico, con el proverbio «el estilo es el hombre,» y la crítica, tanto literaria como artística, tiene reunidos materiales numerosos y escogidos de donde tomar datos sueltos, grupos analógicos, leyes inducidas ó pensamientos de libre intuición para la Psicología humana, no de otro modo que como la ciencia de la vida viene utilizando los descubrimientos químicos desde la Alquimia hasta nuestros días, y, apropiándose estos elementos, ha dado origen á una ciencia nueva, la Química viviente, que sin dejar de ser fisiológica, extiende sus dominios por todas las esferas del mundo molecular.

Siguiendo este derrotero, mientras los críticos artistas realizan una verdadera historia natural de las obras humanas, llegando á recomponer una aptitud artística completa con algún perdido retazo de una de sus producciones, ni más ni menos que como Cuvier alcanzó á reconstruir el megaterio con la inspección de unos huesos de este fósil, los psicólogos acaso pudieran labrar con estas relaciones una representación más ó menos fiel de las funciones cerebrales en su lado más accesible, que según queda dicho es el de la desasimilación cerebral dinámica, desprendimiento, tan formidable como silencioso, del trabajo útil, evolutivo ó de progreso en la humanidad.

Avanzando, en fin, hacia estos ideales, el problema de la Psicología, en lugar de ser antagonista del fisiológico, le serviría de complemento, realizándose así, mejor quizá que en las direcciones hasta el presente trazadas, la simpática aspiración que se abriga en ese ejemplo de los obreros que, siguiendo rutas opuestas á los dos lados de un túnel en construcción, tienden

á encontrarse para que se dé por terminada la obra. En efecto, así como la Fisiología adelanta y seguirá adelantando en el terreno de la Psicología, esta ciencia, en lugar de retroceder al mundo fisiológico, debe invadir á su vez otras esferas, de donde pueda traer al punto de conjunción, fisiología cerebral, nuevas adquisiciones que animen el creciente, aunque para muchos pavoroso, avance del criterio fisiológico hacia las alturas de la idea.

V

No terminaremos este atrevido artículo sin haber tocado, según es de rigor al visitar las posesiones psicológicas, la sempiterna cuestión del materialismo y del espiritualismo. Con autoridad reconocida y espíritu abierto á todos los progresos, se inicia (González Serrano) entre nosotros una tendencia enérgica á individualizar, digámoslo así, los rasgos filosóficos de cada pensador, prescindiendo de los apellidos acabados en *ismo*, que parecen designar sistemas de diferente raza ó especie, cuando, en realidad, apenas permiten distinguir actualmente un solo tipo constante y definido. Trátase, pues, á lo que se nos alcanza, de admitir fisonomías filosóficas personales, en vez de abstracciones típicas, aplicables á colectividades más ó menos numerosas. Nada vale nuestro voto en esta materia; pero desde luégo le emitimos en favor de la nueva desvinculación filosófica, haciendo, sin embargo, una tímida reserva, ó por mejor decir, un comentario, mitad confirmativo y mitad restrictivo, con respecto á la generación de las ideas, que expondremos con la posible brevedad en punto tan difícil de atacar á fondo.

Del materialismo y del espiritualismo no quedan ya dogma, doctrina ni sistema aceptables. Lo único que resta, es la dirección en que respectivamente materialistas y espiritualistas han logrado sus ventajas. Si por esta diferencia de procedimiento se ha de conservar la denominación tradicional, sea en buen hora; pero si ha de necesitarse una diferencia más

esencial que la de método para justificar la separación de las escuelas filosóficas, no se compare ya el materialismo y el espiritualismo á dos fuerzas contradictorias que luchan por dominar el mundo intelectual; tampoco se les compare á dos moldes completos y acabados que rivalizan por encerrar el concepto del Universo; compáreseles menos aún con dos retazos imperfectos necesitados de un eclecticismo que todavía los mutile para obtener un ilusorio modelo plagado de zurcidos; déjeseles con sus caracteres propios; concédaseles la libertad de acción más absoluta, reprimiendo ese contagio político que hace de estas profesiones filosóficas, á la una legal y á la otra ilegal, según los tiempos y según los lugares; en fin, de asemejar el materialismo y el espiritualismo á algo de la vida real, acéptese resueltamente un símil que desde los tiempos más antiguos de la filosofía viene insinuándose repetidas veces, y dígase para siempre ó para mucho tiempo que hay un dicotomismo filosófico equivalente ó correlativo al dicotomismo sexual, característico de los organismos superiores, y que si la generación de un ser algo complicado y aun de sus células más diminutas requiere el concurso de dos sexos, la generación de las ideas y el desarrollo de la ciencia no pueden ser bajo ningún estilo, por decirlo así, unisexuales.

Esta inesperada solución acaso mueva á sorpresa y aun excite la jovialidad de algún buen humorado crítico; pero dejando á la *vis cómica* la parte que de natural derecho le corresponde en todo escarceo más ó menos remotamente dirigido al sexo, no por esto se tema que, después de tanto alarde reformista y antiecléctico, este enmarañado esbozo psicológico termine graciosamente en boda, como las comedias de costumbres.

Aunque así fuese, casar el materialismo con el espiritualismo, y aun presumir tan sólo que ambas tendencias son susceptibles de consorcio, equivale á reconocer paladinamente: 1.°, la diferencia como orgánica que revelan las referidas aptitudes filosóficas; 2.°, el tenaz paralelismo que sostienen al través de siglos; 3.°, el mútuo concurso que para determinados

fines dejan traslucir en ciertas fases del progreso humano; 4.°, el carácter, por decirlo así, hermafródico, y por ende tan monstruoso como estéril, de toda confección ecléctica; 5.°, la inmensa variedad posible de modalidades filosóficas individuales; y 6.°, su cabal identidad en el seno de la especie ó calidad primordial común á todas ellas.

Ayudando, pues, á la reforma individualista entre nosotros iniciada (González Serrano), renunciemos decididamente á esos sistemas filosóficos que parecen tener discernido todo lo pasado y previsto todo lo porvenir. Fieles al principio que nos ha guiado en este embrionario estudio, sustraigamos con la fuerza de la idea la vida de lo que ha dejado de existir; fijemos la edad intelectual de la época presente con la modestia y resignación que infunde la esperanza de ulteriores progresos y venideros bienes; esperémoslos, ó por mejor decir, salgamos á su encuentro en alas de la libertad más amplia y en la dirección que el progreso ya realizado viene señalando; en una palabra: ya que somos evolucionistas en ciencia natural, seámoslo también en filosofía, siquiera de presentimiento, para cuya decisión no faltan en verdad dentro de nuestro mismo país precedentes respetables (Nieto Serrano), y veamos qué es del materialismo y del espiritualismo antiguos sustanciales y conceptuosos, ante la avalancha filosófica evolucionista.

¿Es la idea resultado de fenómenos orgánicos exclusivamente materiales, ó es una aptitud que penetra en el organismo á espaldas de las influencias cósmicas y burlando el vestíbulo de los sentidos? ¿Es la idea, respecto del hombre físico, como la lluvia respecto de la tierra, que parece venida del cielo, siendo no más que una emanación terrestre regresiva, ó es como la luz que nos viene del sol, y que aun en la forma de luz artificial, aparentemente emanada de la tierra, no es más que una reaparición de luz solar, latente, por más ó menos tiempo, en las entrañas moleculares de los cuerpos mal llamados engendradores del lumínico?

El espiritualismo dualista se obstina en suponer á la materia viviente sostenida y animada como desde fuera por un so-

plo recibido del mundo sobrenatural. Esta obstinación es poco provechosa para la Psicología, porque deja los asuntos psicológicos en un desequilibrio inexplicable y tan angustioso para la inteligencia como suele ser para la vista el desequilibrio de esas mariposas de papel que en los juegos de prestidigitación sostienen y dirigen los movimientos de un abanico hábilmente manejado.

En cambio, el organicismo, que así se ha designado (González Serrano) á la tendencia del presente estudio, al fundir en la idea de órgano los aspectos de causa y de efecto, de instrumento y de instrumentista, resulta más firme y aceptable, sin que por esto retenga lo más mínimo el vuelo psicológico más remontado, antes bien proveyéndole de fuerza ascensional propia y parecida á la que (abusando quizá del símil precedente) tiene un globo de papel repleto de hidrógeno, ú otro papel de forma de cometa, con las consabidas entrecruzadas cañas, los cuales, sin soplo misterioso ni abanico mágico, ascienden en los aires por virtud de su propia conformación ó de su contenido especial.

Los órganos no son ni pueden ser como fantoches movidos por cuerdas invisibles, según quiere suponer el espiritualismo tradicional, sino, acotando la comparación, especies de autómatas que llevan en sus celulares contexturas el admirable mecanismo de sus respectivas aptitudes y que reciben del mundo exterior el combustible ó la fuerza que les sostiene, actuando según leyes orgánicas fijas.

Pero sea el cerebro instrumento ó causa del pensar, piense el cerebro por sí solo ó con el aliento del alma, ó pensemos con el cerebro sin ceder en el pensamiento ninguno de los restantes atributos vitales de nuestro ser, espiritualizado ó sin espiritualizar, ¿qué ventaja reporta la Psicología con que el alma se anide como las golondrinas bajo el tejado del edificio fisiológico, si á su natural volandero y suspicaz, como el de estas aves, siempre ha repugnado penetrar en el inextricable laberinto cerebral?

Hay que decirlo sin rebozo: la Psicología no cabe en los

moldes de la Fisiología actual. Los actos psicológicos son algo más ó algo distintos que los fenómenos físicos y químicos, algo más ó algo diferente de la absorción, de la circulación, de la respiración, y aun algo más ó algo distinto que las sensaciones externas y los movimientos. Podrán ser fisiológicos de naturaleza, como son, por ejemplo, algébricas de origen las llamadas cantidades imaginarias; pero muestran cualidades que se salen del carril sobre que se mueve el criterio fisiológico, á la manera que las referidas cantidades descarrilan también del criterio como rectilíneo del álgebra; y así como estas cantidades imaginarias representan cantidades reales en su respectiva dirección, siempre desviada de la primitiva, donde se han originado, así podría encontrarse para los datos psicológicos una dirección propia en que resultaran fisiológicos, pero fuera de la dirección que marca á los fenómenos de la vida la Fisiología adulta que conocemos.

Insistiremos un poco en esta idea. Como quiera que todo cuanto existe puede *referirse*, si no *reducirse* á cantidad, cabe representar los hechos fisiológicos como valores cuantitativos de una sola dirección, el curso de la vida, y de dos sentidos opuestos, uno que contiene los valores vivientes específicos, los de la asimilación, que se podrían llamar valores fisiológicos positivos, y otro que lleva los valores comunes ó cósmicos, esto es, los hechos físico-químicos que se desenvuelven en el proceso desasimilador ó patentemente vivo, á los cuales podríase calificar de valores fisiológicos negativos. Ahora bien; además de estos valores positivos y negativos, hay, sin duda, en la vida, como ha aparecido en el artificio del cálculo matemático, otro tercer género de valores que no corresponden, por decirlo así, á los lugares geométricos de la Fisiología ni á los de la físico-química, y que es lógico designar como imaginarios en el sentido matemático.

He aquí precisamente el valor de lo psicológico. Lo PSÍQUICO *debe, pues, apreciarse como una cantidad imaginaria de lo* FISIOLÓGICO.

La Psicología es, en conclusión, á la Fisiología, lo que es la

geometría del espacio á la geometría plana. Por lo tanto, el pretencioso afán de los fisiologistas en sumar á los actos fisiológicos alguna cantidad homogénea de los mismos para hacer psicología, es tan irrealizable como lo sería á los geómetras deducir un volumen por una operación que aumentara ó disminuyese las dos dimensiones de un plano. A su vez, el abismo insondable que los psicólogos espiritualistas suponen entre lo fisiológico y lo psicológico, no es un foso vacío ó solución de continuidad en el plano fisiológico, sino una nueva dimensión respecto de las anteriores, que convierte lo fisiológico en psicológico, cosa tan diferente de lo fisiológico como un volumen lo es de un plano en geometría. Ya se deja adivinar que investigamos con ardor, acaso esteril, pero persistente, esa nueva dimensión que nada *resta* ni *suma* en lo fisiológico, para *trasformarlo* en psíquico, influyendo á la manera de ciertas labores químicas que trasforman isoméricamente unos cuerpos inertes en otros venenosos, unos de un color en otros de color distinto, etc., sin alterar la composición centesimal de los mismos con sólo invertir ó remover la agrupación de sus moléculas.

No pudiendo ser fisiológica, ni mucho menos física ó química, la Psicología parece excluirse resueltamente de las ciencias naturales. Sin embargo, hay una ciencia naciente, como el objeto á que se dedica, en la cual acaso pueda encontrarse algún día, si no la clave, por lo menos el ejemplo de una Psicología fisiológica. Esa ciencia es la Embriología, que se propone estudiar la formación de los órganos, y hasta donde sea posible la aptitud futura ó fuerza potencial de los elementos anatómicos. Claro es que si la embriología morfológica está todavía por hacer, no cabe más que soñar en esa otra embriología dinámica, donde habrán de ser examinados esos elementos orgánicos que van desarrollando cada vez más fuerza, á expensas también de fuerza creciente asimilada.

Sin embargo, á pesar de lo remoto de esta esperanza, lo poco que sabemos de la germinación ordinaria desprende alguna idea utilizable á nuestro propósito, y acaso nos ofrezca el nuevo factor ó dimensión que buscamos.

Desde luégo, si el cerebro humano es germinal, su acto íntimo á nada puede ni debe compararse mejor que á una concepción. Ahora bien; la concepción no es un fenómeno instantáneo, sino un proceso lento, que comienza en la fecundación y termina cuando el producto concebido ha llegado á su cabal desenvolvimiento, al estado adulto. La concepción, así considerada, es una serie no interrumpida de fecundaciones que la aptitud fecundante, prorrogada en el ser hasta cierto término, realiza de continuo sobre el sustrato fecundable que va pasando á su presencia. Hay un largo período de la vida, el anterior á la pubertad, en que el sexo, vulgarmente entendido, falta. en verdad, pero donde las manifestaciones vitales se muestran en la esencia tan bisexuales como lo hubieran sido en el momento de la concepción á que debiesen su origen. En efecto, descartando apariencias secundarias, así orgánicas como funcionales, resultado incidental de la adaptación natural y de la educación social, el niño y la niña, asexuales de hecho para la reproducción, son idénticos y bisexuales como organismos. El elemento femenino, que había confeccionado la materia germinal primitiva, sigue reuniendo materiales del mundo exterior; y el elemento masculino, desvanecido ó trasformado luégo de la concepción, sigue desenvolviendo su impulso dinámico para dar forma organizada á los materiales asimilados é impulsar su crecimiento. Ocioso es pensar en órganos especiales de esta doble tendencia orgánica: todos los elementos celulares, en más ó menos grado, revelan al desarrollarse este carácter bisexual. Solamente al iniciarse la pubertad es cuando, cada vez más mitigado, el elemento impulsor del crecimiento acaba por extinguirse, y deja á las células orgánicas en un equilibrio nutritivo más ó menos estable, en tanto que determinados órganos asumen para sí solos el poder inmanente de la reproducción, diferenciado de nuevo sexualmente, con el destino de volver á reunirse en otro nuevo ser (á su vez bisexual para el desarrollo colectivo, y unisexual para la reproducción individual, y así sucesivamente).

Los organismos tienden á convertirse en mecanismos. Mien-

tras esta tendencia no se realiza por completo, es decir, en los seres vivos que están creciendo, las prerrogativas de la vida se ejercen en un esplendor, decreciente, sí, á partir del primer impulso vital, pero ostensible. Cuando el desarrollo ha terminado, pudiera decirse que los órganos se han convertido en máquinas perfectamente adaptadas al medio en que han de funcionar, verdaderos autómatas destinados á moverse en virtud de las influencias cósmicas, durante más ó menos tiempo. Pero, por esto mismo, la maquinaria orgánica comienza á deteriorarse desde entonces y dura relativamente muy poco. La máquina supone igualdad entre la potencia y la resistencia; el organismo representa una potencia superior á la resistencia.

De aquí se desprende una división bastante natural de la Fisiología en Embriología, que estudie los seres vivos desde la iniciación hasta el estado adulto, y fisiología propiamente dicha, que se ocupe de esa mecánica y de esa química especial que resultan al haberse apagado el doble impulso vital primitivo de la concepción. Con estas ideas, la Fisiología, bajo esta acepción, podrá convertirse, andando el tiempo, en una mecánica racional. Pero si el cerebro humano no alcanza, según creemos, su estado adulto, la fisiología cerebral se resistirá tenazmente á esta absorción por la mecánica y por la química, siendo, por lo tanto, la Psicología, aun juzgada con el criterio organicista más exigente, una ciencia desprendida, colateral, pero no continuación de la Fisiología adulta de nuestros días.

Ahora bien: ¿qué es ó cómo se llama eso que dirige la formación y el crecimiento del ser vivo, y que se desvanece con la edad adulta? La fisiología más organicista, más materialista y más dinamista, no pretende explicarlo, aunque lo procure sin descanso; el positivismo, por su parte, ni se preocupa lo más mínimo de esta cuestión realmente metafísica. Todos, sin embargo, necesitan admitirlo, y de aquí una sinonimia embarazosa de nombres que se vienen aplicando á ese *algo* que se impone al mundo cósmico hasta cierto día, y que se deja luégo imponer á su vez por las fuerzas exteriores. Entiéndase que no

nos referimos al tránsito entre la vida y la muerte, sino al cambio del estado de crecimiento en estado adulto.

El cerebro humano, que dista mucho, según queda dicho, de convertirse en máquina viva ú órgano adulto, sugiere precisamente una explicación de eso que aun en lo diferenciado y más conocido del organismo se nos oculta de continuo.

En el desarrollo cerebral morfológico, siquiera sea muy limitado, y sobre todo en las funciones cerebrales, cabe distinguir dos fases fisiológicas: una de equilibrio estable entre lo que el cerebro adquiere del mundo real y lo que convierte en sustento ó aptitud propia equivalente; otra de crecimiento ó desarrollo, es decir, de progreso, en que hay un elemento impulsor dinámico y otro elemento receptor más ó menos pasivo, de cuyo mutuo concurso pende la generación de las ideas, verdaderas células dinámicas del mundo intelectual.

Ahora bien; esta fecundación constante que supone el progreso humano, no se favorece con sólo allegar fenómenos de asimilación intelectual (¿materialismo?) ni con sólo estimular la aptitud cognoscente (¿espiritualismo?). Menos se justifica todavía la pretensión de saber distribuir ambos elementos en la justa medida (eclecticismo).

En consecuencia, los trabajos intelectuales pueden no corresponder á uno de los dos tipos diseñados; pero entonces no son evolutivos, sino estadizos. El desenvolvimiento científico necesita esas dos modalidades á que nos venimos refiriendo, y que se pueden expresar, no con las palabras materia y fuerza, conceptos demasiado abstrusos, sino con los términos más comprensibles de idea y realidad.

No intentamos discutir si la idea es realidad, ni si la realidad es idea realizada.

Se lanza un cargo injusto á las ciencias naturales al suponerlas alardeando de haber penetrado en el secreto del pensamiento ó de la conciencia. Las ciencias naturales aspiran, en verdad, á resolver este enigma, acreditándose así, por cierto, de modestas, en comparación con esas otras ciencias que lo dan por resuelto y aun toman como base de sus derarro-

llos esta resolución, no más que presentida ó revelada. Para nuestro objeto basta plantear la cuestión de si se avanza más en la idea estudiando la realidad, ó se consigue mejores resultados en el rumbo contrario; y al decidirnos por lo primero, reconocemos sin violencia alguna que la idea y la realidad son todavía infusibles en el entendimiento, figurando al presente como dos términos más ó menos desequilibrados, pero necesarios á la evolución cerebral humana.

En efecto; dentro de un orden de conocimientos, la realidad fecunda á la idea (observación), y la idea fecunda á la realidad (experimentación). Dentro de un mismo cerebro se pueden observar rasgos de variable predominio por parte de ambos elementos, y sólo después de largos años de ejercicio intelectual es cuando se vislumbra la tendencia preponderante de un entendimiento. Dentro de un mismo individuo puede la tendencia cerebral corresponder ó no corresponder al sexo orgánico (se admiran de vez en cuando cerebros de hombre en mujeres que no dejan por ello de ser madres). En fin, dentro de una generación suele observarse algún que otro cerebro verdaderamente masculino; hay, en cambio, millares de cerebros que se pueden llamar femeninos, porque no hacen más que concebir ajenas impulsiones, y millones de cerebros humanos que son simplemente neutros. En suma: el fraccionamiento sexual de los individuos no afecta á la personalidad en su esencia, cuyo sello más legitimo, la capacidad cerebral, carece de sexo definido constante, precisamente porque es bisexual en potencia, como lo son todos los gérmenes y todos los órganos durante el período de su crecimiento.

El naturalismo y el idealismo reemplazando al materialismo y espiritualismo antiguos, son hoy por hoy, pues, igualmente necesarios para cultivar los dos elementos que se pueden llamar sexuales del desarrollo psíquico, como lo son el vitalismo y el organicismo en medicina, el vulcanismo y el neptunismo en geogenia, etc. Todos ellos, en sus respectivas esferas, van revelando al fin que el acierto no se halla vinculado en una sola de estas tendencias, ni en mezcla persistente

alguna entre las mismas, sino, por una parte, en la oportunidad con que cada criterio intervenga en los problemas científicos ó filosóficos que trata de resolver; y por otra, en la sinceridad con que cada pensador desempeñe su propio papel en la investigación, una vez sacudido el yugo de todo alistamiento sistemático. Oirse, entenderse, respetarse y competir; esto, que no es eclecticismo ni encierra vituperables componendas, es lo que hacen hoy naturalistas é idealistas en gran número, y seguirán haciéndolo mientras no se diseñe mejor (cosa que quizá nunca se consiga) la intensidad funcional exacta y la calidad orgánica verdadera de esta miga encantada que, maravillosamente recogida bajo la más admirable de las cortezas, llevamos, unos lánguida é inconscientemente, otros á conciencia y con nobleza, sobre nuestros hombros.

Alejandro San Martín.

EL TEÓLOGO, POETA Y FISIOGNOMISTA

JUAN GASPAR LAVATER

Decir que *Juan Gaspar Lavater*, ese cura tan respetado del siglo XVIII, cuyo cristianismo era espíritu y fuerza, amor, energía y libertad, el desarrollo más puro de la humanidad moral, la cumplida hermosura de la vida, ha ejercido una influencia poderosa sobre su tiempo y los más insignes de sus contemporáneos, no sería sino decir una pero-grullada; porque es sabido *urbi et orbi* que ningún alemán, desde Lutero, tenía un comercio tan íntimo, una correspondencia tan extensa con hombres y mujeres de todos los países como el que fué el consejero y confesor de media Europa; para pintar con los colores de la verdad á aquel hombre, que vivía en un mundo donde el cielo está próximo á la tierra, y donde los ángeles, sin cansarse jamás, suben y bajan en la escala celestial para ser sus amigos; para pintar al predicador de la justicia en el que se reflejaba la magnificencia de Cristo, y que amaba á cada individuo de la humanidad como si sólo él hubiese de amarlo y no le quedase nada que amar; para pintar al hombre de la cara noble y simpática de San Juan Evangelista, de una tez pálida como el rayo de la luna, de ojos dulcísimos, de apostura noble, caballeresca, regia, y de pasos tan ligeros

como si tuviese alas para remontar hacia el cielo; al héroe de la fe religiosa y de la hazaña que en ella tiene sus raíces; á aquella flor más peregrina de la humanidad; á aquel cedro del jardín de Dios; á aquel vate que, teniendo siempre á su disposición la vivacidad de la imaginación, la fuerza de la fantasía, la copia inagotable de la expresión, trazaba cuadros apocalípticos y alentaba al mundo con su aliento divino; á aquel campeón esforzado de la verdad evangélica, que dió á todos su impulso poderoso, más aun que aquellas cumbres solitarias del siglo XVIII, aquellos luceros del alba que se llaman Hamann, Claudius y Jung-Stilling; á aquel cristiano genuino, que valía más que cien tomos que tratasen de demostrar la verdad de la religión cristiana; á aquel escritor universal y poeta popular y lleno de éxtasis, que con facilidad pasmosa escribió para todas las relaciones de la vida, para cada profesión, para cada edad, libros, contemplaciones, pláticas, plegarias, epopeyas y poesías patrióticas y populares, animando su dicción con las imágenes más frescas; para pintar á aquel hijo de Dios, que buscaba el rayo de la Divinidad hasta en las nubes del rostro más perverso, considerando la fisiognomía como espejo para contemplar al Autor adorable de la naturaleza humana en la aureola de una amabilidad desconocida; para pintar á aquel hombre tan bondadoso como genial, extraordinario y mágico, de que dijo Göethe en su *Verdad y ficción*, al describir su primera entrevista con él: «Es un individuo único, excelente, tal como no se ha visto nunca y no se volverá á ver,» y á quien decía Wiclard: «Es Vd. una de las criaturas más encantadoras del Señor, y amo y reverencio á Vd. como no he amado y reverenciado sino á pocos, y tal vez á ninguno;» en fin, para bosquejar, para pintar á *Lavater*, ese hombre de un alma de niño, de un ánimo de virgen y de fuerza varonil; ese Fenélon helvético, ese doctor angélico de la Iglesia protestante, ese apóstol de la libertad que, profesando la tolerancia más cariñosa y encantándolos á todos por la franqueza de sus sentimientos, por la pureza de su alma, por su mansedumbre serena, trataba al ilustre filósofo judío Moisés Mendelssohn y al ferviente católico

Sailar, pero á quien la amistad no regocijaba sino cuando su alma era el cristianismo, habría menester plumas y pinceles que no son de este mundo.

El mismo *Lavater* decía: «Lo mejor que pudiese producir la tierra, lo encuentra el que halle á un verdadero amante de Dios. Lo que las apariciones de ángeles son para el santo, es un genuino cristiano para los cristianos genuinos.»

En él, que no dependiendo de formas, consideraba la religión como una dirección del corazón hacia Dios en Nuestro Señor Jesucristo y como una aspiración interior á la semejanza con Él, hemos encontrado aquel cristiano genuino. Él escribió en 4 de Diciembre de 1800 á Federico Stolberg, cuando éste había vuelto al seno de la Iglesia Católica: «Los Santos que formaba vuestra Iglesia, son el contrapeso contra innumerables esclavos de las ceremonias que ella produce y que parece que mantiene de intento. Reverencio la Iglesia Católica como una antigua fábrica gótica, ricamente adornada y majestuosa, que conserva preciosos documentos vetustos, y creo que la perdición de esta fábrica sería la perdición de todo Cristianismo eclesiástico.» Si la Iglesia evangélica reconociese santos, ciertamente que llamaría santo á *Lavater*, cuyas hazañas eran palabras benéficas para el pueblo, cuya personalidad grandiosa derramaba por do quier, cual esplendor etéreo, la paz y la calma, y respecto al cual escribió Göethe á Knebel: «Tanta verdad, tanta fe, tanto amor, tanta paciencia, tanta fuerza, sabiduría, diligencia, entidad, variedad y calma, no se encuentran ni en Israel ni entre los paganos.» El mismo Göethe dijo en una carta á la señora de Stein: «él es el mejor hombre y el más sabio y más entrañable de todos los hombres notables é inmortales que conozco.» Al que en su presencia traspasaba los límites que á él le prescribió su delicadeza, le tocaba *Lavater* el hombro exclamando: «*¡Sé bueno!*» y *¡Sé bueno!* dice en cada linea de sus obras, como Calderón en su drama *La Vida es sueño.*

Amaremos siempre al hombre cuyo amor puro á la humanidad y cuya bondad cristiana era el puente levadizo para

unirse como hermano con cualquier amigo de la verdad. El día en que nos ocupemos de *Lavater*, cuyo espíritu, sediento de hazañas, no holgaba nunca en el mercado de la vida, no será un día perdido. Siempre oiremos con respeto las palabras tan hermosas como verdaderas que decía á su comunidad: «Quitadme todo en el mundo, quitadme todos los escritos de los hombres más doctos y más piadosos, y dejadme sólo el Evangelio, y me dejaréis bastante. Aunque el Evangelio sea menospreciado, odiado y objeto de burlas, en él quedará, sin embargo, mi honor, mí alegría, mi vida; me pararé siempre en esta fuente de verdad, beberé en ella, y, teniendo sed de luz, de fuerza y de quietud, hallaré en ella mi regocijo; cuanto más bebo, tanto más alegre, más persuadido y más ferviente exclamo: «Señor, ¿á dónde debo irme? Tú tienes palabras de la vida eterna.»

Se ha caracterizado bien á *Lavater* con estas palabras: «Cuando él hubiese tenido que elegir entre el pectoral adornado de diamantes de un Príncipe de la Iglesia y una pobre cruz de una astilla del leño del martirio del Gólgota, sin duda alguna hubiese asido lleno de gozo el leño, mientras quizá muchos sacerdotes y legos, coloreando su elección, hubiesen besado la cruz, pero puesto en su bolsillo la joya.»

Estar en casa de *Lavater*, equivale á ser feliz. Federico Stolberg escribió acerca de él á Claudius: «Usted tiene que verle; la lágrima más caliente me cae sobre la hoja, y las palabras me faltan cuando quiero hablar de él.»

Cuán grande haya sido su humor, dígalo esta carta que en 1791 escribió á su nieto: «Juanito de mi alma: Me han consultado á menudo respecto á tu nombre. Todos los sabios del mundo creyeron que no debieses llamarte Juan á secas, sino Juan Gaspar, como tu abuelo paterno. ¡Cosa extraña! El nombre Juan ha sido desde un tiempo inmemorial una manzana de discordia para los filósofos y las tías. Pero yo componía la desavenencia diciendo: «Ha de llamarse Juan.» Pero habiendo muchísimas disputas en esa tierra de pescadores, á pesar de la antigua canción: *¡Paz en la tierra y satisfacción á los hombres!;* pudiendo volver fácilmente la disputa respecto á

tu nombre, te diré las razones que me impulsaban á no llamarte Juan Gaspar, sino Juan. Basta ya un solo Juan Gaspar, y dicen algunos que sobra mucho en ese supérfluo Juan Gaspar. Efectivamente (y te lo digo en confianza, *in petto*, á saber, en tu pecho queridísimo), á mí me parece á veces que Juan hubiese salido bastante airoso aun cuando se hubiese suprimido el Gaspar (que añadieron á mi nombre también á causa de un abuelo). Juan, ó sea Bautista, ó sea Evangelista, tenía siempre buenas ideas; pero entonces quería meterse en la conversación el maestro Gaspar, que se llama también el viejo Adan y por lo tanto, había contiendas, y el pacífico Juan dejaba á Gaspar obstinarse en su capricho, y el bondadoso de Juan había de repararlo cuando Gaspar hizo tonterías. Por eso te he bautizado con el hermoso, dulce, antiguo, ilustre y canónico nombre de Juan. ¡Te prueba, pues, bien tu bellísimo nombre, que te ha dado el cielo, lo mismo que la vida!»

Juan Gaspar no perteneció á aquellos cuya religión consiste en llenar su cabeza con una fe solamente dogmática, que deja vacío y frío el corazón, pareciéndose en esto á las vacas vistas en sueño por Faraón, que comian mucho, sin que por eso engordasen.

En las poesías de Juan Gaspar, el autor de los *Fragmentos fisonómicos* y de los *Cantos helvéticos*, la fantasía desborda por todos lados. Pero es desbordamiento del corazón que inflama la mente.

Pero, ¿quién creería que aquél en quien, según dijo Göethe, había la armonía más cumplida entre la profesión exterior y la profesión interior, desarrollándose naturalmente sus cualidades; que el que había sido el hermano de Göethe, fuese después abandonado por éste á causa de su fe continua? El genial Göethe, que se interesaba sobremanera por los *Fragmentos fisonómicos* de Lavater, conoció á éste personalmente en Junio de 1774, y le acompañó de Francfort á Ems, sintiéndose encantado por la persona del amable, espiritual y discreto teológo suizo, que á su vez debía conocer y admirar algo divino en la naturaleza del príncipe de los poetas alemanes. El 18 de Julio

salió Lavater acompañado de Göethe y del reformador de la pedagogia alemana, el revolucionario Basedoco, para Coblenza. Allí comieron los tres en la mesa redonda de la fonda *Las tres coronas del Imperio*, sentándose el poeta en medio de sus compañeros, como un hombre de mundo en medio de dos profetas, y manifestándose en la comida el contraste de la índole distinta de los tres viajeros. Mientras el sabio Lavater explicaba el *Apocalipsis* á un cura de aldea, Göethe disfrutaba de los goces terrestres comiendo un pedazo de salmón. Entre tanto, Basedoco hablaba á un maestro de danzar, diciéndole que el bautismo era una costumbre anticuada, lo cual disgustaba mucho á su oyente. En Colonia se despidieron los tres amigos. En Junio del año siguiente estuvo Göethe en Zurich, derramando la calma y la paz sobre el apasionado poeta el piadoso Lavater, ylo mismo sucedió en 1779, siendo para él y para el Duque Carlos Augusto de Sajonia-Weimar la visita en casa de Lavater el sello y cúspide de su viaje, comparando el vate de Francfort al cura de Zurich con la catarata del Rhin cerca de Schaffhausen que admiraron juntos; pues según decía Göethe, al ver á Lavater y aquella catarata, se cree que no se los haya visto nunca tan imponentes. Pero viendo Göethe que Lavater se dedicaba siempre á enaltecer y adorar lo que él como pagano pertinaz y blasfemador llamaba un cuento necio, á saber: el Evangelio del buen Jesús, se sintió separado del amigo y se burló de las expediciones apostólicas de éste, aunque en Julio de 1786 le hospedó en su casa de Weimar. Cuando el poeta estuvo en Zurich en el Otoño de 1797, no visitó la mansión que antes le había sido tan grata, y Lavater le buscó en vano en la fonda de *La Espada*. ¿Qué se habían hecho las protestas de amor eterno del vate alemán á Juan Gaspar? Pero los ecos de la amistad que los había unido los encontramos, aunque no con la explosión de júbilo de su entrevista primera, con los sonidos melancólicos de un arpa eólica, en el libro de Göethe *Verdad y ficción*.

A Lavater, que cual ninguno tenía el dote de conocer en seguida la naturaleza de hombres extranjeros, pero que era demasiado inquieto y apasionado para la objetiva representación

épica, consistiendo su importancia en su personalidad encantadora más que en sus obras poéticas y prosáicas, aunque éstas tienen gran copia de pensamientos originales y bellos rayos del espíritu y palabras proféticas, le tenía ocupado también la relación del mundo invisible de los espíritus con nosotros, y apoyándose en las historias bíblicas, creía en milagros continuos, en la existencia del diablo, en la aparición de los espíritus, y por lo tanto fué accesible al aventurero siciliano Cagliostro, á Antonio Federico Mesmer, el descubridor del magnetismo animal é inventor de las curas magnéticas. Aunque por eso fluctúa su imagen entre la apoteosis de parte de los unos y las burlas de los otros, el sabio, que cuando niño era extremadamente tímido y pobre en palabras, pero que después sorprendió por su locución abundante y por su afan sin segundo de comunicarse, el sabio que decía: «El amor es el alma del genio,» ha de ser respetado siempre como un sacerdote genuino de verdadera humildad, como el mejor y el más intrépido de los hombres, que se oponía á todo género de injusticia, y á él deben aplicarse las palabras que él mismo decía : «En el mundo visible y en lo que llamamos la naturaleza, la divinidad no puede acercársenos más que en el rostro de un hombre noble y grande. Un cristiano puede decir con justicia: Quien me vea á mí mira al Padre. Por ningun medio puede Dios manifestarse al hombre más que por la presencia de un hombre bueno.»

¡Tú, que hiciste cada día un uso real de tu fe para tí y las necesidades personales; tú, que sonreiste á la muerte como el sereno á la aurora, y que dijiste: «El mayor placer es el flujo y reflujo del alegre dar y tomar,» aparece también á mí para que te exprese mi amor!

Nació *Juan Gaspar Lavater* el 15 de Noviembre de 1741, en Zurich, como hijo décimo segundo del estimado doctor en medicina Juan Enrique Lavater y de la bondadosa y filantrópica, pero un tanto pedantesca y caprichosa Régula Escher. Desarrollándose su espíritu más tarde y pareciéndole negado el don de hablar, mereció el mote de *niño,* ó sea de *pupilo.* La Biblia fué su lectura predilecta, y su fantasía se complació en

construir torres babilónicas, así como cuando anciano amaba las caladas agujas de piedra de la catedral de Strasburgo y subía á la torre bañada de luz de la catedral de Landshut.

Un día el niño volvió de la escuela á su casa diciendo á sus padres: «Quiero hacerme cura,» y de aquí en adelante su celo fué inmenso y extraordinaria su ambición, sobre todo en 1752, cuando el joven poeta Wieland vino á Zurich como huesped del célebre Bodmer, que junto con Breitinger fué el maestro de nuestro Juan Gaspar, despertando el talento poético del joven. Éste sintió cada día más las bellezas de su futura profesión, no conociendo nada más sublime que predicar á Jesús como Nuestro Señor, brillar ante los hombres como una ciudad situada en la cumbre y formar corazones para Dios y el Estado, según las doctrinas de la religión cristiana. En la primavera de 1769, después de haber pronunciado una prédica brillante, se ordenó, y poco después llamó la atención por la atrevida demanda en justicia que dirigió contra el gobernador de Zurich, Félix Grebel, recordando la querella patriótica del esforzado campeón en pró del derecho las muestras de heroismo que nos ofrece el Antiguo Testamento. Venció el intrépido joven; pero para ensanchar el círculo estrecho de su vida, salió acompañado de sus amigos Füssli y Félix Hess, para el Norte de Alemania, conociendo al catedrático y poeta Gellert en Leipzig, al bardo alemán Gleim en Magdeburgo, y á Moisés Mendelssohn en Berlín. Nueve meses pasó en casa del noble teólogo Spalding, residente en Barth (Pomerania), donde aprendió la verdadera tolerancia religiosa y aprovechó sus ocios para dibujar retratos, lo cual había de ser útil para el que fué el fundador de la *fisiognomía* científica. En Marzo de 1764 volvió á Zurich, después de haber conocido en Quedlinburgo á Klopstock, y entonando en la madrugada del 3 de Junio de 1766 el cántico de Gellert: «Mi primer sentimiento ha de ser alabanza y agradecimiento al Señor,» se enlazó con la piadosa Ana Schinz, hija de un honrado mercader de Zurich, con la cual servía al Señor y se consideraba el más afortunado de los esposos, diciendo que Dios no crea en un siglo entero sino dos almas tan acordes.

En 1769 fué diácono de la iglesia del hospital de los huérfanos de Zurich, produciendo una impresión mágica por sus prédicas, cuya edición, publicada en 1773, alcanzó los elogios más entusiastas de Göethe en los *Anuncios doctos de Francfort*; pues el predicador-poeta sabía pintar en sus sermones cada situación y cada disposición del alma con imágenes de fresca sensualidad, y cada prédica tenía el sello de su personalidad; siempre aspiraba á decir algo que no se había dicho todavía de esta manera, y siempre se acordaba de las admirables y profundas palabras del Salvador: «Buscad primero el Reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura.»

Quien escuchaba á Lavater predicar en sus viajes por el Norte de Alemania, olvidó que el orador usaba el dialecto rudo de su patria. Ganó fama como predicador cuando ya ceñía su frente el laurel del escritor y del poeta. Escribió setecientos cantos religiosos, tomando por modelo á Gellert, pero sustituyó á la reflexión de éste el sentimiento. Con facilidad pasmosa brotaban las rimas de su pluma como las hojas que en el otoño caen de los árboles, y sin detenerse hubiera podido improvisar una prédica en hexámetros. Su patriotismo lo demostró en los *Cantos helvéticos*, que salieron á luz en 1767 en Berna. En la primera parte, que contenía cantos históricos, celebraba las batallas que habían tenido lugar hace tres siglos, y en los cantos patrióticos unióse el elemento didáctico con el patriótico. Desde 1768 á 1778 salieron los cuatro tomos de sus *Miradas en la eternidad* (Aussichten in die Ewigkeit), en las cuales, creyendo el estado futuro de las almas en las esferas celestiales análogo al estado actual, y hablando con éxtasis de los nuevos mares de luz y de goces divinos que en cada instante han de brotar en el Reino de Dios, se sumergió á veces en los abismos insondables del misticismo. Pero como testimonio de su amor á la verdad, mencionaremos su *Diario*, cuya primera parte salió anónima en 1771, conteniendo las confesiones más sinceras del autor, como si al mismo Dios le diese cuenta de su vida.

El mismo cuidado que dedicó á la investigación de las aspiraciones más íntimas de su espíritu y de su corazón, lo dedi-

caba también al estudio del cuerpo humano, penetrando siempre más y más en la ciencia fisonómica. Después de su viaje á Ems, que era para él un verdadero triunfo, volvió á sus estudios fisonómicos, publicándose en 1775 el primer ensayo de los *Fragmentos fisonómicos*, á los cuales en 1776 siguió el segundo, terminando la obra con otros dos tomos. Pero antes de dar á la estampa su manuscrito, cuya prosa poética está interrumpida á veces por sublimes odas religiosas, lo remitió á Göethe, permitiéndole cambiase cuanto quisiera. Y no sólo éste, sino que Herder y Hamann admiraron el genio fisonómico de Lavater, que contínuamente completaba su galería con los retratos de sus amigos, á los cuales añadía sus juicios fisonómicos, que escribió en hexámetros. Aquella obra, que contenía un arsenal entero de caracteres distintos, había de producir un efecto grandísimo cuando se empezaba á imitar en la representación verdadera de caracteres humanos á aquel buzo inmortal de los océanos de las almas, el gran Shakspeare. En cambio, los Lichtenberg, Musæus y Knigge combatieron al autor con las armas de la sátira, excediendo los límites de la verdad.

En 1778, Juan Gaspar fué elegido diácono de la iglesia de San Pedro en Zurich, y en 1786 fué párroco de la misma iglesia.

Mientras parecía que se dedicaba exclusivamente al estudio fisonómico, escribió narraciones bíblicas, así en prosa como en verso, y publicó obras ascéticas. En el estío de 1783 vió en Strasburgo á Cagliostro, que le parecía un hombre secular. En 1781 publicó dos tomos de poesías sin rima alguna, imitando á Klopstock; pero jamás penetró en el secreto del ritmo, faltándole todo conocimiento de la música. Mencionaremos también su drama religioso *Abrahám é Isaac*, y sus epopeyas *Jesús ó el porvenir del Señor* y *Jesús ó los Evangelios*. Estas tres obras demuestran el influjo de Klopstock; la primera ostenta los descuidos é incorrecciones del lenguaje popular; en la segunda alterna el hexámetro con ritmos libres, y así en ésta como en la tercera obra convendría que el poeta hubiera prescindido de su opulencia para concretar el pensamiento y preci-

sar las líneas de su forma. Más que estas obras llamó la atención su libro entusiasta y originalísimo, titulado *Poncio Pilatos*, que salió desde 1782 á 1785, haciéndose la historia del protagonista, que es también la historia de la Pasión de Nuestro Señor, un compendio de la Biblia. Llamaba á Pilatos el hombre á la vez más feliz y más desdichado, más justo y más injusto, más universal ó único que como juez del Juez Supremo del mundo, como ejecutor de los designios eternos de su divinidad, hizo el papel más importante de todos los papeles. Desde que Göethe conoció aquella obra, se hizo la primera é incurable ruptura en la amistad que le había unido con el autor. Pero éste, que en vano había tratado de convertir á Moisés Mendelssohn traduciendo en 1769 la *Palingenesia filosófica* del francés Cárlos Bonnet, publicó en 1786 la obra titulada *Nataniel*, que procuraba también convertir á un incrédulo, el cual, sin duda alguna, fué el mismo Göethe.

En 1793 escribió su prolijo diario *Viaje á Copenhague en el verano de* 1793; pero los libelos de sus adversarios turbaron la impresión pura y grata que había recibido en aquella expedición, rica en ovaciones y triunfos. Se me olvidó mencionar que en otro viaje, en 1777, fué honrado con una audiencia particular por el Emperador José II, que hablaba con él detenidamente sobre sus aspiraciones fisonómicas.

En 1787 recogió en pró de su hijo Enrique, que cursó los estudios, los frutos de largas experiencias en el libro titulado *Noli me nolle*, que contiene una copia de sentencias llenas de profunda sabiduría. Sería prolijo enumerar los escritos todos del fecundísimo autor; nos limitaremos, pues, á mencionar su *Biblioteca manual para amigos*, que empezó á fundar en 1790, continuándola hasta Febrero de 1794. ¡Qué riqueza tan grande de ideas trascendentales!

En 1793 escribió su epopeya *Josef de Trimatea*, pintando los sentimientos de Josef y de sus amigos cuando les fué regalado el más hermoso y más santo de todos los cadáveres. La misma libertad de invención que demostraba al representar en aquella epopeya el entierro del mártir de los mártires, encuéntrase

también en el libro que escribió en prosa con el título de *Las últimas palabras de Jesús*. En 1795 publicó *Varias narraciones de un poeta cristiano referentes á Jesucristo*, y en 1800 escribió *Cartas de Saulo y de San Pablo*. En estas epístolas fué poeta de veras, que sabía imitar la locución bíblica, pero echamos de menos el colorido histórico.

En 1793 dió el célebre Fichte en casa de Lavater lecciones sobre la filosofía de Kant, confesando el mismo que no las había comprendido completamente.

El santo amor á la patria que animaba á Fichte al pronunciar sus *Discursos á la nación germana*, alentó también á Lavater, ese héroe de la fe, que en el ocaso de su vida dió un ejemplo singular de la grandeza de su carácter cristiano, luchando en pró de las columnas fundamentales de la vida pública, la justicia y la libertad.

El pueblo que desde el Mediterráneo al Océano, desde las fronteras francesas á las fronteras africanas fué conmovido por el sentimiento de independencia y llevado á aquella lucha tremenda que juntaba las hazañas de los guerrilleros á las victorias de los generales; que ciñó con el mismo laurel el trabuco del Empecinado y la espada de Palafox; que hizo de Mina un Viriato y de Castaños un Gonzalo de Córdova y de Alvarez de Castro un mártir, y elevó más altos los acribillados muros de Zaragoza y de Gerona que la cumbre más altiva del Pirineo francés; el pueblo del Dos de Mayo admirará al heróico Lavater, que el 10 de Mayo de 1798 levantó su voz, que resonaba en la Europa toda, para despertar la simpatía hacia la oprimida Helvecia. Cuando los frutos del nuevo árbol de la libertad no eran sino las bayonetas, la cárcel ó la deportación, Lavater, olvidándose á sí propio, pero no á su patria, lanzó su atrevida *Palabra de un suizo libre á la gran nación*, y remachó el clavo de sus acusaciones diciendo: «¡Nación francesa: en tus páginas todas hablas de la libertad que asegure la vida, la honra, la propiedad de la inocencia fiel; sólo aquella libertad merece tal nombre! ¡La libertad de amenazar, de oprimir, de pretender, de robar, de engañar, de chupar, de matar, es libertad de una

gran nación, sí, pero de la de los Luzbeles! ¡Bendición al que produce la primera! Él no ha de encontrar en la tierra ningún defensor más brioso que el que escribe estas líneas, el cual, Dios lo sabe, entre todos los bienes terrestres, no ansía más que la libertad y la igualdad. Pero, ¡maldición al que predica la otra! él no ha de encontrar en la tierra ningún enemigo más resuelto que yo, el apelante á la nación francesa, al género humano, á las generaciones futuras. ¡Abre los ojos, nación francesa, y libértanos de aquella libertad del infierno!»

El autor remitió su patriótico folleto al Directorio, y después de un mes trascurrido recibió una contestación llena de sofismas. Repitió su protesta, difundiéndose su folleto por el país en cien mil ejemplares, á pesar de las bayonetas francesas.

Con júbilo había saludado Lavater la explosión de la Revolución francesa como el principio de una nueva libertad de los pueblos, y no obstante sus agravios personales, guardó la fe en la importancia nacional de aquella Revolución. El Directorio helvético se hizo el esclavo del Directorio francés, y el 2 de Abril de 1799 sucedió una cosa inaudita: la deportación de diez honrados y beneméritos ciudadanos, ex-miembros del Consejo de Zurich. Aquel terrorismo excitó la indignación de Lavater, que luchaba contra la injusticia con cartas y protestas, con sermones y memoriales, aunque habíase de cumplir á sus expensas el adagio de que «quien ama el peligro, perece en él.» Pero á los que le dijeron que ansiaba el martirio, contestó: «¡Quien vive en el círculo alegre de una familia querida y amantísima, y de los amigos más nobles, más sabios y más ardientes; quien tiene la profesión de presidir una comunidad grande y confiada, debiera haber perdido toda razón si pudiese ocasionar la idea de separarse de todo eso Dios sabe cuánto tiempo, y abrigar el deseo de ser deportado Dios sabe á dónde!»

En Zurich no se atrevió el Directorio á prender al patriota que despojaba de su oropel á la República francesa y la sacaba desnuda á la vergüenza pública; pero en Baden (Suiza), donde buscaba alivio de su reumatismo, le prendieron, y el 16 de

Mayo fué deportado á Basilea. Pero á pesar de que había sido el más implacable de los adversarios de la deportación, era el primero de los deportados que fué puesto en libertad. Eso sucedió el 10 de Junio; pero habiéndose hecho Suiza el teatro de la guerra francesa-austriaca-rusa, no pudo volver á Zurich sino el 16 de Agosto, después de muchas expediciones aventureras. ¡Quién pinta la alegría de los suyos que habían ido á su encuentro!

El 26 de Setiembre, los franceses acaudillados por Massena entraron victoriosos en Zurich. Dos soldados impetuosos pidieron vino delante de una casa en que vivían dos matronas, y procuraron abrir la puerta con su escopeta. Viéndolo, exclamó Lavater: «Sed tranquilos, yo os traeré vino.» Así lo hizo, y uno de los soldados, un granadero, lo despidió con las palabras: «Gracias, buen hombre. Adios, hermano.» Ya quería volver á su casa, donde su mujer fiel tendía los brazos hacia él diciendo: «¿Vienes, mi Daniel, del foso de leones?» cuando otro soldado le pide una camisa; él le da en vez de ésta algún dinero; pero el soldado pide más y continúa amenazándole; entonces Lavater pide amparo al granadero á quien había dado de beber; pero éste le hiere debajo del pecho con una bala mortífera, y desaparece después en medio de la muchedumbre. Lavater perdió el conocimiento... Al día siguiente pudieron llevarle á su casa. Los dolores de la herida no lograron desalentarle, sino que los consideraba como un cáliz de dolencias ofrecido por el Señor, y perdonaba hasta al infeliz que le había herido, dedicándole este sentido recuerdo: «Te abrazo, amigo mío. Hiciste bien sin saberlo. Cuando un día llegue á tus manos este papel, sea para tí una prenda de la gracia del Señor, que perdona al pecador penitente. ¡Que Dios ponga en mi alma plegarias ardientes para que no me quede ninguna duda de que nos abracemos un día ante los ojos del Señor!»

Sentado en su sillón, el enfermo sufrió dolores intolerables, pero jamás tuvo una fe más clara en la inmortalidad del alma que ahora, y pareció que le iluminaba un esplendor vivo del mundo futuro. Su rostro pálido se ponía colorado, sus ojos bri-

llaban, el tono de su voz se hacía solemne y rebosaba en entusiasmo. Hasta en su cama de enfermo continuó sus trabajos literarios escribiendo *Epístolas sobre su deportación* y un *Devocionario.*

A mediados de Diciembre, la gracia de Dios le permitió subir otra vez al púlpito. Su alma entera se hizo un himno al Señor clemente, y si no pudo decir con San Pablo: «Tengo las señales de Jesucristo en mi cuerpo;» decia Juan Gaspar: «Tengo monumentos de la clemencia divina sobre mi pecho. Como si volviese de la tumba, mi existencia ha de ser consagrada á mi Dios y salvador, dedicada á la virtud y al deber, y en holocausto á la patria, á mi comunidad y á todos con quienes tengo relaciones del deber. Cada dolor de mis heridas debe alentarme á seguir con nuevo ánimo, con nueva paciencia y nueva humildad, con nuevo amor y fe, hacia aquél al cuyo amor inefable é indescriptibles dolores han de recordarme cada día mis heridas, mil veces más tolerables que las suyas.»

En el verano de 1800 pasaba, á pesar de sus dolores, algunas semanas alegres en la quinta de un amigo suyo, situada en el pueblecillo encantador de Erlenbach, á orillas del lago de Zurich, y allí escribió su canto de cisne *Ultimos momentos de un moribundo acerca de Jesús de Nazaret.*

El 14 de Setiembre mandó llevarse por postrera vez al púlpito de la iglesia de San Pedro, y, sintiéndose ya á la margen de la tumba, predicaba una vez más el amor divino que ardía en su corazón. Sus miradas, llenas de fuego y de amor, parecía que penetraban ya en los cielos abiertos para recogerle. Decía el moribundo: «¡Oh, hermanos míos, oh, hermanas mías! Desde las puertas de la eternidad, como si hubiese puesto ya mi derecha en la mano de mi Redentor y me fuese dado haceros señas con la otra mano desde el mundo eterno, quisiera repetiros lo que os he dicho mil veces, porque cuanto más me acerco á la tumba, tanto más se me demuestra como verdad, á saber: ¡Tranquila es sólo el alma que se humilla ante el Señor, y que á Él le mira y que á Él le abraza!»

La bendición de Lavater arrancaba mil lágrimas á los ojos de los oyentes.

La última tarde del siglo XVIII recogió todas sus fuerzas para dictar palabras de amor, que un colega suyo debía recitar en su nombre á sus queridos feligreses. El 1.° de Enero de 1801 bendijo á los suyos, y al día siguiente los buscó otra vez con su mirada, exclamando: «¡Orad, orad!» y á las tres de la tarde apuró el cáliz de la muerte. El batallador fiel de Jesús venció al último amigo, y la paz del Señor se derramó sobre su rostro.

Los funerales de Lavater, que se verificaron el 5 de Enero, eran los más solemnes é imponentes que se habrán visto en Zurich. Sus conciudadanos le erigieron un hermoso monumento en el coro de la iglesia de San Pedro, en el que se lee esta bella inscripción: «Cuanto este testigo fiel del Señor hablaba en este templo y cuanto escribía, obraba y sufría, no era sino el aumento del Reino de la virtud y del amor.»

No podría añadir á estas palabras sino las que escribió el autor de las *Siemprevivas sobre la tumba de Lavater*: «Firme como nuestros Alpes está tu honor, tu gloria. Del monumento de tu memoria, el diente de la envidia y de la malicia no podría roer ningún grano de arena; y quien quiera empequeñecer tu gloria, erige á sí propio el baldón del desprecio.»

Juan Fastenrath.

Colonia, 26 de Octubre de 1884.

EL CATOLICISMO SIN ADJETIVOS [1]

II

El mayor mal que motivan al Catolicismo los adjetivos, consiste en relacionarle con sistemas sociales que adulteran su divina esencia.

Grupos de católicos teócratas, de católicos liberales, mestizos, galicanos, ultramontanos, etc., motivan polémicas y disensiones que aprovechan los enemigos del Cristianismo para impugnar la esencia de éste.

Tales impugnaciones salen de distintos grupos sociales, entre todos los que se nota un cierto aire de familia enemiga del Catolicismo.

Grupos de ateismo y de impiedad explícita.

Grupos de racionalismo espiritualista.

Grupos de escepticismo é indiferencia.

Cada uno de estos grupos tiene su bandera anticatólica y se agita en las tendencias sociales.

El grupo ateo se confunde con la democracia socialista.

El grupo racionalista, estado mayor de todos ellos, aparenta respeto por el Cristianismo, pero le desecha por irracio-

(1) Véase la Revista del 25 de Setiembre.

nal é innecesario, contentándose con lo que hoy llaman *moral independiente.*

El grupo excéptico es una especie de mar muerta, como dice Guizot en sus *Meditaciones.*

A todos estos grupos no les importa ni el sustantivo ni los adjetivos.

Todos ellos á una voz nos dicen: «*No escuchéis á esas gentes que se llaman católicos; si os hablan de gobiernos libres como una cosa que aman y quisieran establecer, no creáis hablan de buena fe. Como cristianos creen en el pecado original, y dicen: que el hombre es malo y su doctrina política es el despotismo, que sólo puede contener su perversidad original. Como católicos, creen que la libertad está condenada por la Iglesia. Sed libres pensadores y despreciad á ultramontanos, liberales, galicanos, que no pueden entenderse entre sí. Ateneos solo á la razón, y os basta...*»

Y podíamos decir con Voltaire, á quien pretenden hacer una segunda apoteósis:

La raison te conduit avance à sa lumière
Marche encor quelques pas mais borne ta carrie,
Aux bors de l'infini tu te dois arrêter;
La comence un abîme, il le faut respeter.

Los racionalistas, lejos de respetar ese abismo como consejo de un padre, nos lanzan la grave acusación contenida en el período anterior subrrayado, cuya contestación será objeto de este artículo.

Nosotros, católicos sin adjetivos, contestamos que el pecado original está probado hasta la evidencia, y que es falso que la Iglesia condene la libertad, á no confundir ésta con la licencia.

Tienen razón nuestros contrarios en afirmar que, sin la caída, la redención no tendría objeto, y que sin caída y sin redención, el cristiano se desvanece como un sueño; niegan en absoluto la caída. No pueden negar que el mal martiriza al hombre. Los unos confiesan que dicho mal es debido á una caída,

á una degradación primitiva; los otros á la debilidad misma de nuestra naturaleza, que sería así formada.

Por la teoría de las ideas se resuelve fácilmente tal cuestión; pero no hemos de entrar en ella, por no dar á este artículo una extensión desmesurada. Sólo diremos que Platón, creador de la teoría de las ideas, enseña que el cuerpo es una prisión en el que el alma expía alguna falta cometida en otra vida, en la que existía llena de luz, de ratitud y de felicidad. Quitando el error de una vida anterior y suponiendo el cuerpo creado con el alma, tenemos el pecado original tal como la Biblia lo refiere.

El dogma de la caída de nuestro primer padre y de la corrupción de la naturaleza humana se encuentra por todas partes, y como lo nota Voltaire, es el fundamento de la Teología de todas las naciones antiguas. Todos los teólogos antiguos, según Philolau el pitagórico, decían que el alma está sepultada en el cuerpo como en un sepulcro, en castigo de algún pecado. Esta era la doctrina de los Orficos, que decían: que el hombre había salido bueno de las manos de Dios y había vivido primero en un estado de inocencia, y que el crimen por el que había sido castigado fué posterior á su creación. Los griegos y los romanos representaban la edad de oro como un estado feliz, en el que no había ni trabajos, ni crimen, ni pena, ni enfermedad, ni muerte; el siglo de hierro, como el principio del mal físico y moral.

Los sufrimientos, los vicios, todos los males salieron de la fatal caja de Pandora é inundaron la tierra. Según la doctrina de los Persas, el primer hombre y la primera mujer fueron al principio puros, sometidos á Ormuzd, su autor. Ahrimanes los vió, y celoso de su felicidad, en forma de culebra, les presentó frutos, persuadiéndoles quién era el autor del hombre, de los animales, y de las plantas y del universo que habitaban, y desde entonces su naturaleza fué corroída é infestó á toda la humanidad. Mauricio ha probado que la historia de Adan y de su caída, tal como Moisés la refiere, está confirmada por los monumentos y tradiciones de los indios.

Prueba igualmente que la doctrina del pecado original estaba enseñada por los Druidas. Según los libros sagrados de los chinos, en el estado del primer cielo el hombre estaba unido á la soberana razón y practicaba todas las obras de justicia: reinaba una armonía universal; pero luégo las columnas del cielo se rompieron, la tierra fué conmovida hasta en sus fundamentos... *el hombre insurreccionado contra el cielo*, la armonía fué turbada; los males y los crímenes inundaron la tierra.

La madre de nuestra carne, ó la mujer, ó serpiente, es célebre entre las tradiciones mejicanas.

Lamenais funda la certeza de la caída en el uso universal de los sacrificios expiatorios y por la esperanza general de un reparador. Y porque no se crea en la caída, ¿esa esperanza, esos usos, esas tradiciones, son menos reales? El género humano entero ha gritado, como Job: *Ninguno, ni aun el niño que acaba de nacer está exento de manchas*; y como David: *He sido formado en la iniquidad, mi madre me concibió en el pecado*. Este grito lamentable, resonando de siglo en siglo, ¿es una queja, una mentira, una ilusión? La antigüedad da testimonio de la primitiva catástrofe, demostrando que la religión natural precede á la idolatría, y que es tanto más pura cuanto más se aproxima al origen del mundo. De donde se sigue que el conocimiento de Dios, del alma, de la vida futura, del culto, fué perfecto en la Creación, y que no se alteró sucesivamente sino por el efecto de una degradación del espíritu humano. Esto es lo que proclaman la filosofía y la historia.

Se nos dirá que esa tradición está llena de fábulas, á lo que respondemos: que quien las estudie detenidamente, encontrará que bajo todas las supersticiones hay un fondo común que dichas fábulas encubren, y que resalta la fuerza irresistible con que la fe en la caída se impone á todas las razas, aun las más degradadas, como si fuera una tendencia inherente á nuestra naturaleza.

No creáis, se dice, á esas gentes que se llaman católicos, porque creen supersticiosamente en el pecado original. ¿Supersticiosamente? Es preciso estudiar á Pascal, que examinó

profundamente la cuestión de la caída, que desentrañó con tanta libertad como pudiera haberlo hecho Voltaire. Oigámosle sin prevención de ningún género.

«Viendo la ceguera y la miseria del hombre, y las pasmosas contrariedades que se descubren en su naturaleza, y mirando á todo el Universo mudo y al hombre sin luz, abandonado á sí mismo y como perdido en este rincón del Universo sin saber quién le ha puesto en él, ni lo que ha venido á hacer, ni qué llegará á ser después de muerto, me extremezco como un hombre á quien se hubiera llevado dormido á una isla desierta y temerosa, y que despertando sin conocer dónde está y sin poder salir de ella, admirando cómo no caerá en desesperación en tan miserable estado, ve otros hombres á su lado de la misma naturaleza y les pregunta si están mejor enterados, y dicen que no; y estos miserables, mirando en rededor y viendo algunos objetos agradables, se unen á ellos; yo no he podido imitarles ni asociarme á estas personas semejantes á mí, miserables como yo. Veo que, si no pueden ayudarme á morir, moriré solo, y que es preciso obrar como si solo estuviese. Y si estuviese solo, no edificaría casas, ni me embarazaría en ocupaciones tumultuosas, ni buscaría la estimación de nadie, trataría exclusivamente de descubrir la verdad.

»Pero considerando que debe haber otra cosa que lo que veo, he pensado si este Dios, del que todo el mundo habla, no hubiera dejado algunas señales de Él. Miro por todas partes, y no veo más que oscuridad. La naturaleza no me ofrece más que dudas é inquietudes. Si no viese nada que marcase una divinidad, me decidiría á no creer nada. Si por todas partes viese las señales de un Creador, me fijaría en la fe. Mas viendo demasiado para negar y poco para asegurarme, me encuentro en un estado lastimoso, y he deseado cien veces que si un Dios sostiene á la naturaleza, lo marcase sin equívoco, y que si las señales que da son engañosas, las suprimiese; que dijese todo ó nada para que viese el partido que debía seguir. Pero en el estado en que me encuentro, ignorando lo que soy y lo que debo de hacer, no conozco ni mi condición ni mi deber. Mi corazón

tiende por completo á conocer el verdadero bien para seguirle, y nada me sería caro para esto.» En esta oscuridad del destino humano percibe Pascal la grandeza y la miseria del hombre, y dice: «Las grandezas y las miserias del hombre son tan visibles, que era preciso que la verdadera Religión nos enseñase que hay en él algún principio de grandeza, y al mismo tiempo un gran principio de miseria. Porque es preciso que la verdadera Religión conozca á fondo nuestra naturaleza; es decir, que conozca todo lo que ella tiene de grande y todo lo que tiene de miserable, y la razón de lo uno y lo otro. Es preciso nos dé razón de las pasmosas contradicciones que se encuentran en ella. Y si hay un solo principio de todo y un solo fin de todo, es preciso que la verdadera Religión nos lo enseñe, para no adorar más que á Él. Mas como nos vemos en la imposibilidad de adorar lo que no conocemos y de amar más que á nosotros mismos, es necesario que la Religión, que nos instruye sobre los deberes, nos instruya también de nuestra importancia y nos suministre los remedios.» ¿Qué religión enseña todo esto? El Catolicismo y sólo el Catolicismo, que demuestra que *el hombre sin el pecado original es más inconcebible que el pecado mismo.* Y por esto se ha dicho que con la caída y la redención se explica el mundo moral con tanta certeza como el mundo físico con las leyes de Keplero.

Y lo que debieron reflexionar los *despreocupados*, *muy preocupados*, como Pascal los llamaba, es que, los que creemos en el pecado original, creemos también en la redención, que son inseparables; los que creemos en el mal, creemos en el remedio. Por tanto, pueden aprender del mismo Pascal: «Que la divinidad de los cristianos no consiste en un dios simplemente autor de verdades geométricas y del orden de los elementos; este es el dios de los paganos. No consiste en un dios que ejerce su providencia sobre la vida y sobre los bienes de los hombres para prolongar los años á los que le adoran; este es el dios de los judíos. El Dios de Abraham y de Jacob, el Dios de los cristianos, es un Dios de amor y de consuelos; es un Dios que llena el alma y el corazón que posee; es un Dios que le hace

sentir interiormente su miseria y su misericordia infinita; que se une al fondo de su alma, que la llena de humildad, de alegría, de confianza, de amor...» El conocimiento de Dios sin el de nuestras miserias, motiva el orgullo: el conocimiento de nuestra miseria sin el de Jesucristo, motiva la desesperación. Pero el conocimiento de Jesucristo nos exenta del orgullo y de la desesperación, porque encontramos Dios, nuestra miseria y el remedio único de repararla.

Sin tratar de hacer teología, limitándonos á la cuestión del pecado original, como Pascal la trata, según lo expuesto; concretándonos á la psicología práctica, pensamos que no se entenderá absolutamente nada si se cierran los ojos á la evidencia de este hecho: «Que el mal existe en la naturaleza humana, tal cual nos ha sido dada; que el mal no es solo, pero que es preponderante; que la inclinación más fuerte es la del egoismo, bajo su doble forma de sensualidad y de orgullo; que todo el trabajo de la religión, de las leyes y de la educación consiste en resistir á esa inclinación; que todo el trabajo de la misma educación tiende á hacer más favorables las condiciones de esta lucha, vigorizando la inclinación hacia el bien, creando desde la infancia hábitos á los instintos generosos, hábitos que como estos instintos mismos se convertirán en virtudes cuando la voluntad añada su libre elección y la razón sus luces.»

He aquí por qué un sabio de nuestros días dice: «Si es verdad que la raíz de nuestros males es la incredulidad, y que el principio y la condición necesaria de la regeneración moral, de la restauración social, del progreso político, sea el retorno al Catolicismo; si es verdad que en él solamente podemos recuperar las virtudes perdidas, me atrevo á decir que la cuestión de la educación está resuelta, y que es preciso aceptar como verdadera la proposición siguiente:

«*En la educación popular y primaria como en la educación liberal, en la educación intelectual como en la educación moral, la religión debe dominarlo y penetrarlo todo.*»

Tal es nuestra fe, sin que nos impongan para nada los desprecios de los *despreocupados muy preocupados.*

Queriendo, además de la historia, la psicología práctica, contestar en los sufrimientos del hombre, en los vicios de su espíritu y de su corazón, en las llagas de su alma, la presencia del mal, y no ver en su desgracia el monumento auténtico de su caída y de su reprobación, no comprende nada de su condición ni de los esfuerzos constantes que hace para salir de ella, cierra expresamente los ojos sobre sus necesidades y desconoce en particular el sentido de las instituciones sociales.

La existencia de los gobiernos, de los tribunales, de las cárceles, prueban que, si el amor del bien fuera el resorte inflexible de la voluntad, los gobiernos y las leyes no tendrían objeto. ¿Por qué le tienen? Porque el hombre siente en sus pasiones una fuerza que le arrastra; porque se ve falto de garantía para sus deberes; porque la obligación de cumplirlas le desagrada; y todo esto que nos enseñan la razón y la experiencia, prueba que el hombre no vino de Dios tan degradado. La doctrina que no quiere reconocer el mal echándole por una puerta, le hace entrar por la otra, le hace recaer en el Creador.

Por esto, el hombre que ha sido más honrado con el nombre de filósofo, el antiguo jefe de una escuela, después de haber hecho profundos estudios sobre la naturaleza humana, se detuvo ante la antítesis del hombre, encontrando al género humano indigno del Creador. No pudiendo conciliar su condición desgraciada, sus inclinaciones al mal con la eterna sabiduría, juzgando imposible que tanta perversidad y sufrimientos pudiesen convenir á la bondad ni al poder divino, pensó que el hombre no estaba en su estado natural, que había experimentado un accidente, creyendo que la tiranía de los sentidos que hoy sufre era el castigo de un crimen anterior (Platón).

De modo que, cuando dicen nuestros contrarios: «No creáis á los católicos, que suponen que el hombre es malo porque cree en el pecado original,» debieran decir: «No creáis á Platón, ni á la filosofía, ni al *video melliora probo que et deteriora sequor*, ni á casi todos los filósofos que dicen lo mismo.» Hay que exceptuar al siglo XVIII, que proclamaba: «Todos los hombres nacen iguales; la sociedad crea las desigualdades.» Los católicos de-

cimos: «Todos los hombres nacen desiguales; el gran beneficio de la sociedad consiste en disminuir tal desigualdad, procurando á todos la seguridad, la propiedad, la instrucción, los socorros, etc.»

El mal no es, pues, natural, porque natural quiere decir conforme á las verdaderas necesidades del hombre, á la ley de su conservación y progreso. Porque si todo lo que nace con el hombre fuera natural, no habría regla práctica del bien ni del mal. Por esto, con los ojos fijos en el ideal, observamos los hechos y no llamamos naturales los efectos de la corrupción, los efectos de la caída.

Si el hombre no ha caído; si salió de las manos del Creador lleno de ignorancia; si con tal ignorancia está en la condición que Dios le concibió, en su condición original, lejos de procurar salir de ella, debía encontrarse muy bien; en vez de perder, debió ganar; se encontraba en su estado natural, sin motivo para quejarse. No podía experimentar necesidad de salir de ella, porque tal necesidad sería contraria á su constitución, sería la ruina de su existencia. En una palabra, sería un bien la ignorancia, y no un mal.

Mas si la ignorancia es un bien, una institución soberana, las tentativas del hombre para salir de ella serían un ataque á su bienestar y á los designios de su Autor. Cada vez que tocase á la ciencia, alteraría el plan del Creador. Su deseo de saber sería una tendencia culpable y funesta.

Si, al contrario, Dios ha hecho al hombre para la verdad; si compuso su espíritu de luz, ¿por qué nace en las tinieblas, para qué sus esfuerzos para salir de ellas? Que en la una ó en la otra de estas dos condiciones, la ignorancia ó el saber, se coloque el fin del Creador, está fallido; en la primera, por la ciencia, que el hombre arrebata; en la segunda, porque naturalmente se encuentra privado, y nace y perece sin sospecharlas. La obra acusa una contradicción grave, una impotencia de ejecución que no puede convenir á Dios. El mal no puede serle imputado.

Si el saber es el atributo esencial del hombre; si el pensa-

miento es su privilegio exclusivo, si ningún otro ser estudia ni tiene escuelas, ¿por qué ha venido al mundo inacabado, por qué las facultades de su espíritu no llegan por sí mismas á su complemento?

¿Quién ignora que los bienes de la inteligencia son una conquista larga, peligrosa, incierta? ¡Si al menos la necesidad de conocer que le empuja fuera para el hombre un guía seguro; si la ciencia brotase de su pensamiento como el agua de una fuente!... pero las más veces, la verdad que perseguía no le arroja más que una sombra. Y aún más: el espíritu humano no parece habil más que para adquirir el error, y agota sus fuerzas y consume su vida por entronizarle en el mundo. ¡Vedlo en los inmensos volúmenes que tantas teorías efímeras han derramado sobre los pueblos!

El hombre, en su espíritu y en su corazón, está lleno de defectos que se oponen á sus fines. Las mismas pasiones que le roban el conocimiento de lo verdadero, le roban los goces del bien. Bajo todos sus fines nos hace ver las catástrofes que ha sufrido. No es una armonía, es una lucha de diversas impulsiones; su razón, su conciencia, le mueven á un lado; sus inclinaciones y sus ilusiones le empujan á otro. ¿No reconocemos en este concurso de esfuerzos y de impotencia, en esta mezcla de elementos contrarios, en esta guerra intestina, en la que la humanidad sucumbe, la prueba terrible de su degradación?

Tanto la psicología como la historia patentizan la caída. Esta es un hecho en que hay que convenir, aunque la explicación sea diversa en unos y en otros creyentes.

La de los católicos es la siguiente: Si el hombre está caído, es preciso levantarle; si salió del orden, precisa volverle á él; mas ¿por qué medios podrá recobrar los bienes perdidos? ¿Podría por sí mismo salir del precipicio en que se arrojó? Su caída no fué más que la separación del pensamiento y del amor de su Autor, de Dios mismo, de su venero de luz y de fuerza. ¿Pudo después iluminarse de una luz que había extinguido, ni vigorizarse con una fuerza que había desechado? Fué preciso que un

poder por cima del suyo viniese á su socorro y le librase de su enfermedad.

¿Podía recibirle de los dioses del paganismo que él había forjado? He aquí lo que obligó á reflexionar al gran Pascal, que había dicho: «Si por todas partes viese las señales de un Creador, me fijaría en la fe. Mas viendo demasiado para negar y poco para asegurarme, me encuentro en un estado lastimoso, etc.» ¿Cómo salió de ese estado y se afianzó en la fe? ¿Cómo salió cuando ni la naturaleza ni la filosofía le abrían puerta alguna? He aquí cómo, no citando sus párrafos, sino extractando su pensamiento:

En una pequeña porción del Asia, llamada Palestina, vivía un pueblo muy antiguo y muy diferente de los otros, por todas las circunstancias de su vida. Este pueblo, que se llamaba Judío, tenía un libro, el más antiguo que se conoce; un libro, no como los esparcidos por el mundo, sino un objeto sin veneración; era un monumento sagrado, conservado en un santuario construído expresamente para él. Este libro era para el pueblo á la vez su historia, su religión y su ley: relacionaba el pasado y anunciaba el futuro. Hacía de los judiós, por el gobierno, por las costumbres y las creencias, un pueblo aparte sobre la tierra, decía que el hombre había sido creado en una condición cumplida; que perdió todas sus ventajas desobedeciendo la ley de Dios, es decir, prefiriendo su voluntad á la del Creador, por lo que fué separado de él y privado de su socorro. Que cayó sobre sí mismo como presa de los sentidos, y que después de haberle seducido, le arrastraron á la ignorancia y á los males que hoy sufre.

Supongamos que en el sentimiento de su libertad hubiese ensayado el hacerse independiente, que hubiese cedido á los atractivos de un objeto sensible, á las seducciones de la curiosidad, de cualquier género que fuera; desde el instante que prefiere su voluntad á la de Dios, que deja al Creador por la criatura, se extravía y rompe la relación natural, que somete la una á la otra. En este momento, la acción de Dios sobre el espíritu del hombre, confiado en sí mismo, debió disminuirse

y quedar abandonado á las consecuencias inevitables de su aislamiento. El ojo que huye la luz, ¿puede gozar del beneficio de la visión?

He aquí cómo este precioso libro de los judíos y la antigua tradición de tal pueblo derraman suficiente claridad sobre el problema de la humanidad. Es un monumento que nos ha hecho vencer la dificultad que nos cerrara el camino.

Los que creemos en el pecado original nos fundamos, según se ha visto, en la filosofía y en la historia. Los que no creen en dicho pecado, ni en el claro y racional *Génesis* de la Biblia, que nos digan en qué se fundan. Ya lo han dicho bajo mil formas. La de más influencia de todas ellas y del progresista más autorizado, dice así:

«El hombre, luégo que salió del seno de la naturaleza»—¿quién es esta señora?—«donde había vivido como el niño en el seno maternal, se vió asaltado por el mal, que le era desconocido en el estado embrionario en que había estado hasta entonces. Se vió obligado á luchar, y á medida que lucha, su inteligencia se desarrolla, su instinto social y religioso se desenvuelve y su poder sobre el mundo aumenta. De edad en edad su esencia se purifica y se mejora, y desatado del temor de Dios el día en que recibió la conciencia y la razón, remonta incesantemente por una atracción natural y espontánea que nada detiene. Si, pues, en el origen se ha mostrado lo que llamamos el mal, fué porque era necesario para que una beatitud legítima y sentida pudiese coronar el fin. Esta gran doctrina, de la que comenzaron á preocuparse los espíritus en el siglo XVIII (es preciso confesarlo), está bien distante de su término, pero resuena ya en muchos corazones y forma el campo más fértil de la herencia del siglo XIX.» (Juan Reynaud).

¿Comprendéis este origen del hombre, que se escapa incompleto del seno de la naturaleza, á quien coge el mal para hacer un ser activo y racional, es decir, para hacerle tal hombre? ¿Sabéis cuánto dura su estado embrionario, en qué país la naturaleza le elabora, á qué reino pertenece mientras le lleva en su seno? ¿Podéis adivinar cómo traspasa, aguijoneado por el mal,

la inconmensurable distancia que separa el ser animal del ser inteligente y libre?

»¡Oh, hombre! si es verdad que comenzaste por la felicidad, como dice un célebre mito (continúa el mismo autor), no eras más que un apéndice de tu Creador, tú vivías en su seno. Podías estar en la inocencia, como se dice, pero esa inocencia no era sentida por tí. Si ese mito fuera cierto, no estaríamos *caídos*, como se pretende, porque tuviéramos la felicidad por la actividad, por la personalidad, por el mérito, por la virtud, es decir, por la verdadera vida.»

Es tan extraño todo esto, tan contrario á la razón, tan ridículo á la vez, que disgustaría á todo lector sensato que nos ocupáramos de tales sueños alemanes, que colocan lo imperfecto antes de lo perfecto. Porque tan conforme es á la razón que lo menos venga de lo más, como tan contrario á la razón que lo más venga de lo menos.

«¡Es glorioso para Cristianismo, decía Pascal, tener enemigos tan poco racionales!»

Y volviendo á la acusación que nos ha movido á escribir este artículo, *de que no deben creerse á los cristianos, porque sosteniendo el pecado original, dicen que el hombre es malo y su doctrina es el despotismo*, hemos contestado lo bastante y repetimos que hay mal en la naturaleza humana; que el mal, seguramente, no es solo, pero que es preponderante, que la inclinación más fuerte es el egoismo, bajo su doble forma de sensualidad y de orgullo; que todo el trabajo del Cristianismo consiste en resistir á esa inclinación y hacer más favorables las condiciones de la lucha y más fuerte la inclinación al bien; por esto se ha dicho siempre: *vita militia est.*

Es un absurdo sostener que la creencia en la caída primitiva condena á las sociedades á vivir bajo el despotismo. Es, por el contrario, exactamente verdadero, que la condición primera é indispensable para atraer á los hombres á un estado moral que les facilite la libertad política, es considerar á la naturaleza humana tal cual el Cristianismo la presenta conforme con la filosofía y la historia.

«Yo puedo asegurar sin ningún escrúpulo, dice un filósofo cristiano, que trabajar por hacer á un pueblo cristiano virtuoso, y virtuoso para hacerle digno de la libertad política; indicar á un pueblo así preparado la aptitud, los hábitos, la conducta que debe guardar, para poder practicar útilmente las instituciones libres, no puede menos de atraer las bendiciones de la Iglesia.»

La Iglesia no condena la libertad política, pero distingue la revolución de la libertad. Se encontrarán muchas decisiones de la Iglesia contra la doctrina revolucionaria, pero no se encontrará una sola contra el principio de los gobiernos libres. Toda la gran escuela teológica de la Edad Media, desde Santo Tomás á Suárez, se pronunció formalmente por los gobiernos libres contra los despóticos. Más aún: en la alocución pronunciada por Pío IX en el Consistorio secreto de 19 de Marzo de 1864, leemos: «Es falso que en las cuestiones políticas el Pontífice haya cerrado el oído á las solicitaciones que reclamaban un gobierno más libre. Para no hablar más que de nuestro tiempo, desde que la Italia hubo obtenido de sus Príncipes legítimos instituciones más liberales, Nos mismo, animado de sentimientos paternales, hemos hecho entrar en participación de los negocios públicos á aquellos de nuestros hijos que pertenecían á nuestro Estado pontifical. Hemos hecho concesiones oportunas, calculadas por las reglas de la prudencia. Y más recientemente aún, si nos han dado consejos con relación á nuestro gobierno temporal, los hemos admitido, salvo uno solo que no correspondía á nuestra administración civil, sino que tendía á hacernos consentir en la expoliación de que hemos sido víctima.»

Lo que la Iglesia lamenta, es la falta de respeto que reina en todas las esferas sociales.

La Iglesia cree que esta falta proviene de la falsa noción de la autoridad, y con razón, cuando hoy todos quieren marchar á la luz de su lámpara.

Esa falsa noción procede de las teorías que enseñan que los hombres investidos de los poderes públicos son nuestros man-

datarios, y esto es verdadero, de cierta verdad legal y política. Pero no se enseña que hay en el poder alguna cosa más que nuestro mandato.

Se dice que la nación es la fuente de los *poderes*, y esto también es verdad, entendido de cierta manera. Pero no se dice que ni la nación ni nada de humano es la fuente del poder; que en la sociedad política, como en la doméstica, el *poder* es en sí de derecho natural y divino; que en la última razón de las cosas, el *poder viene de Dios*, y, por tanto, que un hombre puede sin bajeza inclinarse delante de otro hombre; porque aunque éste sea naturalmente su igual, es depositario de esta cosa sagrada y divina que se llama *autoridad*.

Mas sus teorías no nos hacen ver en el poder más que al hombre que la ejerce. Y el hombre, no siendo siempre digno de respeto, extiende á su función el desprecio á su persona.

Y considerando que es nuestro asalariado y nuestro mandatario, hemos trasladado de él á nosotros el respeto, y considerándose cada uno como miembro del soberano, según dice Rousseau, lo mira todo con desprecio desde lo alto de su soberanía.

Se ha repetido que la insurrección contra la tiranía es el más santo de los deberes, y nos ha dispuesto á mirar todo poder como tiránico; la insurrección ha entrado en los espíritus como un principio y en las costumbres como una práctica.

Se dice también que hay un contrato entre los gobiernos y los gobernados, lo que es verdad de cierta manera metafísica; se ha concluído que el poder, traspasando las condiciones del contrato, desliga á los gobernados, y esto es verdad también; pero que el buen sentido prevea los peligros de la aplicación de tal consecuencia y que la limite á ciertos extremos. Por esto, las Constituciones monárquicas más liberales, han proclamado siempre la inviolabilidad del Rey, es decir, de la persona en quien se encarna la perpetuidad del vínculo social, para que la responsabilidad gravite sobre sus consejeros revocables, ofreciendo á los gobernados un medio regular de obtener justicia sin trastornar el Estado.

Mas la resistencia legal es distinta de la idea revolucionaria. El principio fundamental de ésta es la *revocabilidad perpétua del poder, cualquiera que sea*, y no es más que el despotismo popular, tan temible ó más que el despotismo monárquico, porque aquél priva toda seguridad de durar un año, una semana, un día.

No es de extrañar que los escritores revolucionarios enseñen que la *República es de derecho divino*, que está por cima del sufragio universal, y que ninguna nación tiene derecho de establecer la Monarquía, que es un gobierno de esclavos...

Y no queremos reseñar más extravagancias de las que el espíritu revolucionario ha desarrollado hasta el exceso. Basta lo expuesto para hacer ver que la Iglesia no se opone á la verdadera libertad, ni puede aprobar tampoco las doctrinas anárquicas que hoy se divulgan para perdición de los pueblos.

Los puntos que hemos tocado para contestar á la inculpación que se nos hace sobre el *pecado original y la libertad*, nos han impedido tratar de los *adjetivos* que comprometen al sustantivo Catolicismo. Otro día lo haremos.

El Catolicismo es verdaderamente el *ideal de la unidad libre*. Contempladle por fuera de los excesos de los hombres que, amigos ó enemigos, no han podido jamás alterar su pura esencia. Cada uno puede entrar y salir de ella con toda libertad, y no podrá encontrar temor alguno en esta sociedad, porque su solo vínculo es la *fe*, es decir, el *amor*. Sólo el Catolicismo ha realizado esta alianza, reputada imposible y siempre perseguida de los dos principios radicales, de los que la humanidad ha hecho las condiciones esenciales de existencia: *la autoridad y la libertad*. Cuando se niega la caída y la redención, ó lo que es igual, cuando se cesa de considerar al Dios vivo del Cristianismo como origen supremo de toda autoridad, se entra en las vías revolucionarias. Pero Dios restablecido en todos sus derechos sobre el alma humana, nace el respeto en todos los corazones para todo hombre que representa regularmente el poder público.

Así que, reconociendo con los grandes católicos de la Edad

Media que hay en el establecimiento del poder político un contrato expreso ó tácito entre gobernantes y gobernados, hay que reconocer también que hay en la esencia del poder, independientemente de su forma particular un elemento divino, que es objeto del respeto y de la autoridad.

No despreciéis al Cristianismo; meditad sus inmensas ventajas, y escuchad á un escritor elocuente que, sin ser católico, dice: «En nuestro país mismo, ¿cuántos frutos excelentes no produce la Religión, y cuánto no simplifica, por su acción constante, la obra tan espinosa del gobierno de los hombres? ¿Cuántos malos instintos reprimidos, cuántas malas acciones prevenidas, cuántos desórdenes impedidos, cuántas sumisiones obtenidas en provecho de las leyes y del orden general por medio de la Religión?» *(La Francia Nueva.)*

Y en verdad, entre las enfermedades que nos arruinan, ¿se puede señalar una sola que no encuentre en la Religión, sinceramente creída y sériamente obedecida, un remedio capaz de curarlas? No hablemos de las poblaciones que no son cristianas más que de nombre y de rutina, que no conocen los dogmas ni los estudian, sino de los pueblos verdaderamente cristianos, que no han olvidado el *Catecismo*, que, según el racionalista Jouffroi, es el libro de las soluciones filosóficas y teológicas más completas.

Preguntar si la doctrina de la caída y de la redención, si las instituciones de Cristo tienen la virtud de conducirnos á Dios, de hacernos observar su ley, es lo mismo que preguntar si, participando en espíritu y en verdad de tal doctrina, es el hombre sincero, justo y bueno, y si el odio del mal, si el amor del bien reside en él. Porque estos son los caracteres de los verdaderos cristianos marcados con el sello de la Redención.

Por tanto, la conclusión final de estas observaciones es, en nuestro humilde sentir: *Que el reino de Cristo restablecido en las almas, es el reino de la revolución destruído en la sociedad.*

Nicomedes Martín Mateos.

(Continuará)

EL PALACIO ENCANTADO[1]

(AL-CASSR-UL-MASHUR)

LEYENDA ÁRABE-GRANADINA

(701 á 713 H.—1302 á 1314 J. C.)

VI

La oración de al-magrib (2) voceaban desde los alminares de las mezquitas los muedzanos, cuando Mohámmad penetraba en son triunfal por *Bib-Elbira* (3) en Granada, seguido de sus leones de la guerra.

El pueblo se agolpaba á las celosías de los ajimeces y á las bocacalles de la estrecha vía que seguían los triunfadores, lanzando gritos de entusiasmo y de alabanza para el Sultán, cuya primera expedición coronaba el éxito más completo.

Cuando llegaron á la cabeza del puente sobre el Darro, que ponía en comunicación la ciudad con la al-medina de la Alhambra, la muchedumbre era tanta, que fué preciso detenerse.

Al fin, y en medio de las muestras de alborozo de los fieles, pudo pasarse el puente, y subida la cuesta de *Bib-Aluxar*, después llamada de Gomeles, cruzóla en breve el ejército, á cuya cabeza marchaba ufano y gozoso el Sultán, saludando á la multitud.

Allí, excitados los caballos por la pendiente, tomaron el galope,

(1) Véase la Revista de 25 de Octubre.
(2) Oración de la puesta del sol.
(3) La puerta de Elvira, que conserva todavía su nombre en Granada.

y subiendo por *Bib-al-godor* (1), llegaban á las puertas del alcázar, donde esperaban al Amir los guazires que no le habían acompañado en aquella gazúa tan felizmente terminada.

En la esplanada que se abría entre el palacio y el Al-Hissan (2) tendiéronse las tropas, dejando en el centro á los cautivos y los ganados, y después de pasar el Sultán breve revista, entróse en el alcázar, á donde le siguieron sus guazires y kátibes y los caudillos militares que en la empresa de Al-Mantdar le habían seguido.

Hecho el reparto del botín, reservábase de él sólo Mohámmad, como parte del quinto que le correspondía, á la hermosa Mariem, sus hijos y las doncellas de su servidumbre, cediendo generosamente el resto á los caudillos; con lo cual, y habiendo deseado quedar solo, abandonaron la estancia del palacio los cortesanos, no sin haber antes el Príncipe dado órdenes al kátib para que se aposentase en el alcázar á la desdichada cristiana con las demás mujeres de su servicio y en paraje distinto y reservado á los dos mancebos Juan Sánchez y Jimén Pérez.

Larga pareció á Mohámmad aquella noche, durante la cual en vano pidió al sueño que cerrara benéfico sus párpados.

Extraña agitación le dominaba, y presa de poderosa excitación, ansiaba que las primeras luces de la mañana iluminasen el espacio.

Desde el para él feliz momento en que, declarándose Alláh en favor suyo, había postrado en tierra al alcaide de Al-Mantdar, Mariem, aun recobrada del desmayo de que se sintió acometida al contemplar á su señor y dueño de aquella suerte, no había vuelto á dirigirle la palabra, permaneciendo como insensible á sus ruegos y á sus demostraciones de cariño.

¿Sería para el Amir aquella mujer, tanto tiempo codiciada, su desesperación y su tormento?

¿No podrían vencerla las pruebas de cariño que iba él á tributarle, como débil reflejo del amor que le poseía?

¿Sería quizás inútil todo lo hecho, estéril la gazúa é infructuosa la sangre que se había vertido sólo para conseguir Mohámmad apoderarse de aquella celestial criatura?

¡Qué hermosa estaba en medio de su dolor y de su pena!...

No era, es verdad, aquella muchacha alegre y recelosa como la

(1) La puerta y torre de los Siete Suelos, hoy destruida.

(2) Las torres de la Alhambra, donde actualmente se halla constituido el presidio.

gacela, pero modesta y dulce como un ensueño, que él había conocido y amado hacía diez y seis años: su rostro virginal había adquirido cierta graciosa majestad que realzaba sus encantos; sus formas se habían redondeado, ganando en morbidez lo que pudieran haber perdido en frescura.

Pero sus ojos eran siempre los mismos: parecían dotados de fuerza maravillosa, y ora brillasen alegres, ora se mostraran lánguidos, ya esmaltados por el rocío de las lágrimas, ya contraídos por el enojo ó por la cólera, atraían poderosa é irresistiblemente, encadenando la voluntad y aprisionando el alma de aquel que los mirase.

La ocasión en que Mohámmad había vuelto á verla, era bien distinta de aquellas otras en que él solía contarle sus afanes: ni los labios, ni los ojos de Mariem podían, como en otro tiempo, sonreirle, y muy por el contrario, ella le había ultrajado con sus palabras; pero ni los desdenes ni los ultrajes habían aminorado la pasión que el Príncipe sentía por aquella mujer, que era su gloria.

Cuando el sol del siguiente día, que era el 24 de la luna de Xaâban (1), derramó los tesoros de su lumbre sobre la gentil Granada, apresuróse Mohámmad á abandonar el lecho, y aunque el dolor de las heridas que había recibido al luchar con el alcaide Sancho Sánchez de Bedmar le molestaba, no por ello dejó de purificar su cuerpo tomando un baño, con el cual logró alguna calma para su excitada naturaleza.

Después, y habiendo atendido con particular esmero á su persona, encaminóse al aposento, algo distante de la cámara en que él vivía, donde por orden suya se encontraba Mariem con sus doncellas.

No era entonces el alcázar de los Al-Ahmares el suntuoso palacio que después contemplaron con envidioso pasmo los nassaríes, cuando para desdicha del Islam cayó en manos de los Sultanes de Castilla la perla y encanto de los muslimes, la Damasco del Mogréb, la hermosa Granada.

Sobre los muros que guarnecían las estribaciones de la colina donde después Yusuf I erigió la fastuosa y egrégia Torre de Comárex, no se erguían, mirando al bosque, aquellas elegantes construcciones que honran la memoria de Ismaîl I, y sobre todo de Mohámmad V (¡Alláh les haya perdonado!); desnudo el adarve allí construído desde los tiempos de Omar-ben-Hafsun y de Saguar-ben-Hamdun, sólo se

(1) Martes 24 de Abril de 1302.

veían de trecho en trecho algunas torrecillas que parecían defender, como la de *Mohámmad ó de los Puñales*, pequeños *ad-dares* independientes, hallándose reducido el palacio á aquellas otras estancias que más tarde, y para vergüenza de los nassaríes, mandó destruir el Káisar Carlos *Al-Jams* (1) para edificar su alcázar, no terminado aún, y que Alláh no consentirá nunca se termine.

Así, pues, saliendo desde la cobba principal al que hubo más tarde de convertirse en *Patio de la Alberca* y era entonces amenísimo jardín, torció Mohámmad á la izquierda y penetró por una puerta de pequeñas dimensiones en el *ad-dar* donde Mariem se hallaba.

Como todas las construcciones de los muslimes, era el *ad-dar* de planta rectangular y proporcionada. En el centro se abría un patio cuadrilongo, en mitad del cual había un surtidor de agua constante y en cuyos extremos longitudinales se hacían en la planta baja sendas habitaciones por bajo de otras superiores que avanzaban sobre el patio por medio de galerías, soportadas por columnillas de resplandeciente mármol.

Daban paso á las habitaciones inferiores dos graciosos arquillos cairelados, llenos de vistosa decoración de yesería, en cuyas *takas* (2), revestidas interiormente de menudo y gracioso alicatado que parecía fino esmalte, se miraban elegantes jarrones de airosa traza y pintada superficie, conteniendo cada uno de ellos, ora ramos de perfumadas violetas y otras flores de la estación, ora agua fresca y deleitosa de los algibes abundantes de la Alhambra.

Anchos arriates recorrían los lados mayores del patio, y en ellos verdegueaban agradablemente multitud de plantas olorosas, no llegadas aún á la época de su eflorescencia, así como, sobre labrados maceteros de barro, circuían el surtidor central gran número de plantas, entre las cuales, ofreciendo peregrino aspecto, abrían sus hojas anchas, verdes y lustrosas el plátano y el banano.

Cuando Mohámmad penetró en el patio, el sol, brillante y poderoso, resbalaba alegre por el muro de una de las galerías que se adelantaban á los lados de aquél, jugueteando con las ramas de un jazmín trepador que envolvía placentero el ajimez superior y cayendo luégo sobre las losas de mármol del pavimento.

(1) El César Carlos V.

(2) Los nichos que según errada creencia se denominan equivocadamente *babucheros*.

No se escuchaba en el *ad-dar* otro ruido que el murmullo apacible de la fuente; y trasponiendo el Sultán el arco de la derecha, entraba en la cámara á que aquél daba paso, donde le salía al encuentro uno de los esclavos que había puesto al servicio de la hermosa cautiva.

A la presencia del Imám prosternóse en tierra el esclavo con muestras del mayor respeto, y dirigiéndose á él, preguntóle Mohámmad por la dama, procurando contener y disimular la emoción de que se sentía dominado.

—¡Oh, señor y dueño mío!—replicó el esclavo—Seti Mariem, aquella cuyos ojos brillan como el astro del día, aquella en cuyos labios parece haber depositado Alláh el secreto de todos los placeres, aguarda de seguro tu presencia, cuando la luz del sol la ha sorprendido asomada al ajimez de la *cobba* que le has destinado por morada..

Trémulo y agitado subió el Príncipe la estrecha escalera que, abriéndose entre el muro exterior y el interior de la tarbêa, comunicaba con el piso alto, y poco después se detenía delante de una puerta sin osar franquearla.

Al fin, y tras breve vacilación, atrevióse á abrirla haciendo el menor ruido posible, y entonces sus ojos contemplaron un cuadro que conmovió su ser entero.

Cubrían las paredes de aquel aposento riquísimas telas de Damasco, tejidas de oro y sedas, con los colores más brillantes y los dibujos más peregrinos; fingía el zócalo de las paredes vistoso alicatado de geométricas combinaciones, y recorría como un collar el *arrocabe* de la estancia un friso de madera, en el que la mano experta del artista había trazado expresivos letreros, cuyos signos de oro resaltaban brillantes sobre el menudo fondo de gracioso ataurique de variados tonos, que se destacaba sobre otro segundo fondo rojizo y del mejor efecto.

De alerce era la techumbre, dispuesta en forma de artesón con doradas *alohárias* en los ángulos; y las complicadas combinaciones de estrellas enlazadas, en cuyos intersticios brotaban caprichosas flores de oro, mientras las cintas de las estrellas se veían cuajadas de fulgurantes botoncillos; la multitud de colores allí armónicamente empleados, juntamente con la gallarda tena de auríferos encajes que resplandecía en el centro de la techumbre como el sol en medio del espacio, y la elegante corona de luz, cuyos vasos de variados matices giraban en torno de un orbe de cristal, como las estrellas giran

en torno de la luna—producían maravilloso efecto, adormeciendo los sentidos con su magnificencia.

Sedosos y mullidos divanes, de exuberante forma y ricos paños de oro, adornaban la estancia; y el pavimento se hallaba cubierto por hermosa alfombra persiana de preciados dibujos, en tanto que embalsamaban el ambiente graciosos braserillos de azófar levantados sobre pies de calado adorno, braserillos en los cuales se quemaban el ámbar y el almizcle, el incienso y el áloe, que despedían combinados gratísimo perfume.

Allí, vestido aún el traje en que había salido de Al-Mantdar; reclinada sobre los almohadones de un diván; con la cabeza apoyada en la derecha mano, abierta de manera que casi le ocultaba la faz, mientras pendía la izquierda á lo largo del cuerpo; en actitud postrada y sollozante, descubrió Mohámmad á la hermosa Mariem, sintiendo á su presencia renovarse las angustias que le habían atormentado durante la noche.

Sentadas en la alfombra, con la cabeza apoyada en otro de los divanes de la estancia, rendidas de cansancio, dormitaban otras dos mujeres de la servidumbre de Mariem, cubiertas aún con el traje cristiano como lo estaba su ama.

Fué tan leve el ruido que hizo el Sultán al abrir la puerta y penetrar en la estancia, que ninguna de aquellas tres mujeres hizo el más ligero movimiento.

Acallando los latidos de su corazón y el rumor de sus pasos, que amortiguaba sobradamente la espesa alfombra, llegóse Mohánmad á las dos muchachas dormidas, y despertándolas con el mayor cuidado, indicóles con imperioso ademán la puerta.

Alzáronse en silencio las cautivas atemorizadas, y obedeciendo al Príncipe, salieron del aposento sin que la hermosa Mariem pareciera advertirlo.

Cuando Mohámmad quedó solo con la castellana, cruzóse de brazos contemplándola, sin osar despertarla.

Al fin, cediendo á los impulsos de su pasión, adelantó un paso y cayó de rodillas á los pies de la bella, apoderándose de aquella mano blanca, fina y modelada que pendía inerte.

VII

Como herida del áspid, irguióse de un solo impulso la cristiana

rechazando al Sultán; y poniéndose de pie y mirándole con ojos llenos de sangrientos reproches, exclamó con reconcentrado acento:

—¡Cómo! ¡Vos! ¡Todavía vos! ¡Dios mío, esto es horrible!

Y entrecortando su voz las mal comprimidas lágrimas, rompió á llorar en silencio, cubriendo el rostro con ambas manos.

—Sí—replicó Mohámmad sin alzarse del suelo.—¡Todavía yo, siempre yo, hermosa Mariem! ¡Mírame aquí, á tus plantas, como el esclavo delante de su señor, como el siervo de Alláh delante del Misericordioso! ¿No me esperabas? ¡Podría yo vivir sin contemplarte? ¡Aquí, siempre aquí, á tu lado, a tus plantas como ahora, para que mis ojos se recreen en tu belleza; para que mi aliento se empape en el suave y celestial perfume de tu hermosura; para que mis labios te digan siempre cuán grande, cuán inmenso es el amor que me devora!

—¡Me dáis horror! ¡Callad, callad, asesino! ¿Cómo osáis insultarme hablándome de esa pasión maldita, cuando habéis dado muerte ante mis ojos á mi señor y dueño, cuando mis hijos gimen bajo el peso del cautiverio que vuestra desatentada impiedad les ha impuesto? ¡Salid de mi presencia! ¡Salid, y no volváis jamás delante de esta infeliz mujer á quien tanto daño hacéis, y cuya única culpa fué la de haberos oído cuando traidoramenre os fingísteis cristiano para seducirme!—dijo Mariem ahogando sus lágrimas y cayendo sin fuerzas sobre el diván de que se había levantado.

—¿No volver á verte?—repuso el Sultán alzándose y tomando asiento al lado de la cautiva.—¡Deliras, Mariem! ¿No sabes que estás en mi alcázar, en mi poder, que eres mía y que no podré consentirte que hables delante de mí de otro señor que yo, que lo soy tuyo para siempre? ¡He implorado á tus pies compasión, alentado por la vaga esperanza de que mis palabras pudieran conmoverte; he evocado en tu memoria los recuerdos de un pasado que yo no olvidé jamás, y has permanecido y permaneces á mis súplicas y á mis llantos dura como la roca, implacable como el destino! ¡Y sin embargo, Mariem, aquel á quien tratas tan cruelmente, puede mandar y puede hacerse obedecer! ¡Pero yo no emplearé jamás contigo la violencia, aunque la fuerza está en mi mano! ¡Quiero que así como por el contacto la lumbre se propaga, se propague á tí el inextinguible fuego que me consume há tanto tiempo; quiero que seas mía queriendo tú serlo... Anhelo que me ames como yo te amo, porque para mí nada hay fuera de tí en el mundo!

Y enardecido y estimulado por sus propias palabras, el Sultán procuró rodear con sus brazos el talle de la cristiana Mariem.

Pero ésta le rechazó enérgica, y abandonando con un movimiento rápido el diván, corrió hacia el ajiméz que daba sobre el bosque.

—¿Huyes de mí?—exclamó con amargura Mohámmad.—¿Por qué desoyes mis súplicas? ¿Por qué me rechazas, si nadie, nadie en el mundo puede amarte como yo te amo? ¡Oh, Mariem, Mariem! ¿No te basta el verme postrado á tus piés; no te basta el verme humillado ante ti, á mí, el Sultán de Granada, que te brinda, no sólo con su amor, sino con un mundo desconocido de placeres que habrán de durar tanto como nuestra peregrinación por el valle de la vida, y que se perpetuarán luégo en las mansiones deleitosas de *Al-Chánát* (1), donde nos encontraremos para no separarnos nunca? ¡Que tus ojos, tus divinos ojos, donde parece haber reconcentrado Alláh todo su poder, me miren como me mirabas hace tantos años! ¡Que tus labios, tan puros, tan placenteros cual entonces, se entreaban para mí en agradable sonrisa! ¡Que tu voz resuene otra vez en mis oídos con aquella dulce armonía con que contestabas á mis frases de cariño, cuando aún no se había ajado la flor de tu pureza!...

—¿No me oyes?—prosiguió con exaltación progresiva.—¿No hay para mí siquiera leve señal de que acoges benévola mis insinuantes palabras? Ven, ven aquí, Mariem—añadió, levantándose y dirigiéndose al lugar donde la cautiva continuaba trémula.—¡Ven, tú que eres mi encanto, el tesoro de más valía de cuantos pueden existir en la tierra; tú, que has sido, eres y serás mi amor único! ¿No habrá nada que pueda borrar de tu memoria cuanto has debido olvidar, cuanto debes considerar como una pesadilla, para no acordarte sino de la pasión que encendiste há tanto tiempo en mi ser, enloqueciendo mi cerebro, y que me trastorna y hace el más feliz de las criaturas?

Y como continuase Mariem silenciosa, llegó hasta ella el Príncipe extendiendo sus brazos, al propio tiempo que sentía extremecido el corazón de extraño modo.

—¡Atrás!—gritó Mariem, conteniendo á Mohámmad.—¡No intentes que ceda nunca á tus reprobados intentos! ¡Ya sé que no tengo nadie que me defienda, que estoy en tu poder y que eres dueño de mi vida! ¡Pero no consentiré que tus manos, teñidas con la sangre de mi

(1) El Paraíso.

desventurado señor y esposo, cuyo cuerpo abandonaste á las aves en el campo, no consentiré que me toquen! ¡Tú no puedes calcular, no puedes comprender, cegado por la pasión brutal que te domina, la horrorosa repugnancia que me inspiran tus palabras y tu presencia! ¡Asesino de mi esposo, atrás, ó antes de que te acerques á mí sabrás á dónde llega el valor de los cristianos!

—Basta de súplicas—rugió el Sultán, enardecido y colérico por aquella resistencia que no esperaba.—¡Basta ya de humillaciones, Mariem! ¡Oh, tú no me conoces cuando desafías así mi coraje, cuando contestas con ultrajes mis palabras de cariño, cuando me rechazas tan duramente! ¡Yo te amo con locura, con ceguedad, con delirio! Para tí sólo hay en mi corazón tesoros de amor... ¡Ay de tí, Mariem, si haces que este avasallador sentimiento que me posee y me subyuga se trueque por tu mal en aborrecimiento! ¡Ay de tí entonces, porque haré que vengas á mis plantas humilde y desolada, que te postres á mi presencia invocando mi piedad y me brindes con tu amor y con tus brazos, que ahora me niegas con implacable saña! ¡No me conoces, no, Mariem! ¡No despiertes al león que duerme tranquilo y confiado en la selva espesa! ¡No me rechaces destruyendo mis sueños, mis esperanzas, mis ambiciones de toda la vida, que tú hiciste germinar en mi alma y que son mi dicha!

—¡Nada conseguirán de mí vuestras amenazas! Sóis el más fuerte, sóis el más poderoso y me tenéis en vuestras manos! ¡Podéis disponer de mi vida, de esta vida que para mí es carga harto pesada! ¡Y así como antes he rechazado vuestras súplicas, así como antes sólo han conseguido éstas mi indignación, vuestras amenazas no lograrán tampoco de mi pecho cosa distinta!

—¡Alláh te ampare, insensata!—replicó el Príncipe.—¡Tú misma eres la causa de tu perdición! ¡No te quejes luégo de tu destino! ¿Crees, infeliz mujer, que el Sultán de Granada carece de medios y de fuerza para vencerte? ¿Tan pronto te has olvidado de tus hijos?

—¡Mis hijos!... ¡Dios mío!... ¿Qué intentáis?... Decid, señor, ¿que horrible amenaza encierran vuestras palabras?... ¿Todavía puede haber para mí tormentos mayores que los que estoy sufriendo?—exclamó la cautiva con ronco acento, secos los ojos y el seno palpitante, volviéndose angustiada y sorprendida al Sultán.

—¿Lo ves, Mariem?—dijo éste sin deponer su enojo—¡Qué bien sabía yo que en breve cederían tu obstinación y tu fortaleza! ¡Tus hijos, sí! ¡Ellos harán mejor que yo que te rindas á mis deseos! ¡Ellos

harán que aquí, de rodillas, implores de mí lo que no estoy dispuesto á concederte mientras me niegues lo que tanto y tan ardientemente codicio!

—Pero—añadió la dama, no vuelta aún del estupor que se había apoderado de ella al ver mezclado el nombre de sus hijos en aquella intriga, y pasando las calenturientas manos por el rostro—pero no haréis nada contra mis hijos... ¿Qué daño os han causado ellos? ¿Qué culpa tienen esos pedazos de mi alma para que cebéis en ellos vuestra sangrienta furia?

—¡Y me lo preguntas, Mariem!—dijo el Sultán.—¡Me lo preguntas, y esos engendros abominados de *Xaythán* son la causa de los acerbos dolores que experimento y me trastornan! ¡Ah, Mariem! ¡Tú no has amado nunca! ¡Si hubieras amado, conocerías lo horrible de la batalla cruenta que están librando en el fondo de mi pecho los celos! ¡Por ellos, por el que llamas tu señor y tu esposo, y cuyo recuerdo es mi mortal enemigo, te niegas á mi amor y me preguntas qué culpa tienen tus hijos para excitar mi cólera!

—Oye—prosiguió lentamente y con duro acento, haciendo que cada una de las palabras que pronunciaban sus labios penetrase como un puñal en el angustiado pecho de la dama.—Voy á dejarte á solas con tu conciencia... Voy á librarte de la presencia de este hombre á quien tanto aborreces y que tanto te ama... Dentro de dos horas, ¿lo oyes? de dos horas, volveré de nuevo, y volveré con tus hijos... Si entonces no premias el afán que me devora, la pasión que me enardece y atormenta; si entonces no me prometes ser mía para siempre, por Alláh (¡ensalzado sea su nombre!) por Alláh el excelso te lo juro! ¡Ay de tus hijos, Mariem! ¡Ay de tus hijos!

—¡Detente!...—exclamó la castellana, viendo que el Sultán se alejaba con calculada lentitud hacia la puerta.—¡Detente, hombre cruel! ¿Qué has dicho?... ¡Mis hijos! ¿No te basta la sangre que has derramado de su padre? ¿No te basta con la desolación que has llevado á mi alma? ¿No te basta con la noche tristísima y oscura en que has trocado el día esplendente de mi vida? ¡Mis hijos! ¡No! ¡No tocarás uno solo de sus cabellos! ¡No es posible que tu locura llegue á ese extremo! ¡No! ¡Tú no puedes decir eso con verdad; tú no puedes gozarte en el martirio de esta infeliz mujer que te amó un tiempo! ¡Sí! ¡Recuerda, Mohámmad, recuerda aquellos días serenos y apacibles! ¡Recuerda aquellas dulces horas que trascurrían como ensueños, en que decías que eran para tí leyes mis palabras! ¿No compren-

des que todo ha concluído, que aquella mujer murió, y que ésta que tienes delante de los ojos debe sacrificarse por el honor de su nombre y de sus hijos? ¿No comprendes el abismo que nos separa?

Había doña María pronunciado estas frases atropelladamente, como si no quisiera meditarlas, como si no alcanzase su sentido y le quemaran los labios, con la esperanza de que aquel hombre que se decía su adorador ferviente se sintiera conmovido. Pero el Amir de los muslimes de Granada, haciendo alarde de su enojo, volvió el airado rostro, y con brusco ademán separó á la cautiva sin darle respuesta.

—¿Quieres verme á tus plantas? ¿Quieres que implore á tus piés la clemencia que en tu corazón no debe haberse extinguido?—decía Mariem.—Pues bien—añadió arrastrándose por el pavimento—mírame de rodillas, sí, de rodillas, mira mis lágrimas, que me ahogan; mira mi angustia, que me mata; mira mi desesperación, que me enloquece, Mohámmad! ¡Ten piedad de mí! ¡Ten piedad de mis hijos!

—¡No, Mariem! ¡No hay piedad, no puede haber piedad en mi corazón para quien no la tiene de mí—contestó el Príncipe, no sin sentirse conmovido.—¿Crees que yo no he sufrido nada en estos diez y seis años? ¿Crees que mis dolores, que mis tormentos nada valen? ¿Crees que sólo tu sufres? ¡Ah, no, no, Mariem! Es preciso que vuelva á lucir espléndida y brillante la estrella de nuestros amores! ¡Es preciso que pagues el amor insensato que has hecho nacer en mi alma! ¡Es preciso que seas mía, mía para siempre, ó la sangre de tus hijos será en tu presencia vertida por la mano del verdugo!

Y lanzándose á la puerta de la estancia, llamó desde ella Mohámmad al esclavo, dándole órdenes reservadas para el kátib Isahack-ben-Chabir, su predilecto.

El dolor, la desesperación, el asombro, la indignación, el orgullo ofendido, la cólera, el sobresalto, confundidos con la duda, la esperanza, la ansiedad, y otros sentimientos de análoga y encontrada naturaleza, fluían y refluían alternativamente y de golpe, ora separados, ora juntos, en el quebrantado corazón de la cautiva, reflejándose en su divino semblante, que expresaba la más horrible de las angustias.

No era, en verdad, Mohámmad hombre sanguinario y cruel: no se hallaba exhausto su pecho de compasión, ni dejaba tampoco de conmoverle la situación horrible de aquella mujer, á quien adoraba; pero arrastrado por la pasión, enloquecido por la resistencia, enojado por

la contrariedad, carecía de aquel sosiego y natural reposo necesarios para comprender cuánto había de odioso y de repugnante en la conducta que seguia con la cautiva castellana de Al-Mantdar, atento sólo al logro de sus deseos.

Las súplicas, los lamentos, los arrebatos más ciegos, todos cuantos medios ha puesto á Alláh en las mujeres para persuadir, convencer y desarmar á los hombres, todos fueron empleados por Mariem al escuchar las últimas palabras del Sultán y comprender el sentido de las órdenes comunicadas al esclavo.

Ceñudo, imponente, silencioso como la estátua implacable del destino, Mohámmad, con los brazos cruzados sobre el pecho, enconada la mirada y el semblante airado, permanecía en el centro de la estancia, teniendo á sus pies á la cristiana, cuyos hermosos ojos anublaban gruesas, amargas, iguales y trasparentes las lágrimas continuas que por ellos salían á raudales.

Al cabo de no largo tiempo oyóse el ruido de la puerta que abría el esclavo, quien después de comunicar al Príncipe que sus órdenes estaban cumplidas, se retiraba del aposento.

Entonces, descorriendo con mano trémula Mohámmad la celosía del ajiméz que daba sobre el patio del *ad-dar*, aproximóse á Mariem, y asiéndola duramente de una mano, exclamó:

—¡Ven, ven y verás tus hijos!... ¡Ahí están, y esperan la sentencia de tus labios! Tú, tú que les diste el ser, tú serás quien disponga de su vida... Si eres mía para siempre, serán libres y volverán á Castilla colmados de riquezas y serán dichosos... Pero si te niegas, como hasta aquí lo has hecho, á mi amor, entonces...

—¡Sella tus labios!... ¡No pronuncies esas palabras!...—gimió ya sin fuerzas Mariem, á quien el Sultán arrastraba hacia el ajiméz abierto.

Asomó por él la faz desencajada la cautiva, y reprimiendo la agitación inmensa que la poseía, á través de las lágrimas que la cegaban, pudo ver allá en el patio, sujetos con fuertes cadenas de hierro, lívido y demacrado el semblante, degarrado el traje y con señales evidentes de dolorosa postración, á sus hijos Juan Sánchez y Jimén Pérez, al lado de quienes se mostraba un personaje sombrío y espantable, de negro rostro, corpulento y de poderosa contextura, en cuyas manos brillaba á los reflejos del sol ancha y cortante espada.

—¡Escoge—dijo Mohámmad desesperado—escoge para ellos ó la vida ó la muerte!

No pudo reprimir Mariem la emoción que se apoderó de su espíritu, y lanzando penetrante grito, se apartó vacilante del ajiméz, antes de que los donceles pudieran verla.

—¡Hijos míos! ¡Almas de mi alma! ¡Espejos hermosos en que miraba, en horas para mí felices, que ya pasaron, reflejada mi ventura!—Sollozó la infeliz retorciéndose sobre el diván en que había caído.

—¡Escoge!—repitió el Sultán interrumpiéndola.

—¡Señor, señor! ¡Tened piedad de mí! ¡Tened piedad de ellos!—murmuró Mariem cayendo de nuevo á las plantas del Príncipe y abrazando con sus torneados y temblorosos brazos las piernas del granadino.

—¡Escoge!—volvió á repetir éste extremeciéndose al contacto de aquella mujer.

En vano fué toda resistencia por parte de la castellana; en vano fueron sus súplicas insinuantes: que al postre, desatentada, loca, fuera sí, en medio de sollozos y de lágrimas, la altiva Mariem, estenuada y sin fuerzas, agotada toda la energía de su alma y de su cuerpo, cayó desvanecida en brazos del Sultán, dando de nuevo con su caída el ser á aquellos seres que debían ignorar siempre lo inmenso, lo sublime del sacrificio que por ellos hacía su pobre madre.

—¡Al fin triunfé!—exclamaba Mohámmad estrechando el cuerpo inanimado de la cautiva é imprimiendo en largo y ardiente beso sus labios enardecidos sobre los labios secos y pálidos de la mujer por él tanto tiempo codiciada.—¡Alabado sea Alláh!

VIII

Algún tiempo después, y casi á la par que llegaba á Castilla por medio de los hijos de Mariem la nueva del inesperado rebato de Al-Mantdar, sorprendiendo al joven Ferrando en medio de las deliberaciones de las Córtes de Medina del Campo, allí congregadas para residenciar á la ilustre doña María de Molina—desembarcaba desde Chezira-Tharifa en Sebta (1) un caballero, cuyo traje y maneras despertaban la curiosidad más viva entre los musulmanes africanos.

Bajo el ferrado capacete que cubría su cabeza, brillaban intensa y sombríamente sus ojos; y aunque lo negro y poblado de su barba

(1) Ceuta.

demostraba que aún era jóven, hallábase tan demacrado, que no parecía sino que por milagro especial del mismo Alláh había sido librado de las garras de *Malak-al-maút* en el momento de ir este enviado del Señor del Trono excelso á separar su cuerpo de su alma.

Retratábase en el semblante del caballero la expresión inequívoca de amargos dolores y de terribles tormentos, los cuales se traslucían en todos sus ademanes, revelando el decaimiento de un espíritu otro tiempo animoso y oprimido ahora, sin duda, bajo el peso de cruelísimos quebrantos.

Desprendiéndose de los que le cercaban con curiosidad algún tanto impertinente, y en quienes producía notoria extrañeza su persona, incorporábase en cambio el caballero con uno de los fieles muslimes que en su compañía habían cruzado el estrecho de *Az-Zocác*, y después de cambiar con él breves palabras, seguíale en silencio, sin parecer cuidarse de otra cosa que de sus propios pensamientos, llegando tras no largo andar á la alcazaba donde residía el *al-caide*, y en cuyo edificio penetraban el cristiano y el muslime sin haber entre sí pronunciado frase alguna.

A la mañana del siguiente día abandonaba el caballero la plaza de Sebta escoltado por fuerte número de ginetes, y tomando el camino de Tethuán, hacía en esta ciudad breve parada, prosiguiendo luégo su marcha hacia la nueva población de Fez, donde se hallaba el Sultán de los Beni-Merines, Abú-Thaleb, de regreso de la fenecida expedición contra Abú-Zeyyan el de Tremecen, con quien había al fin concertado paces, poniendo término de tal modo á la sangrienta guerra que hasta entonces tuvo divididos á los muslimes del Ifrikia.

Tras de algunas jornadas más ó menos fatigosas, así por lo accidentado del terreno como por lo avanzado de la estación, llegaba el desconocido á las puertas de la córte de Abú-Thaleb, y penetrando en aquella ciudad á la caída del décimo día, presentábase sin pérdida de momento en el palacio del guazir, á quien hacía entrega de las cartas que para él llevaba del *al-caide* de Sebta, consiguiendo al siguiente ser recibido por el joven Sultán, cuya benevolencia hubo de captarse desde luégo, y más aún después de haber leído aquél la misiva que puso en sus manos el caballero.

—¿Vienes, pues, de Al-Andálus, oh nassarí?—preguntó Abú-Thaleb fijando sus miradas en el cristiano.

—De allí, señor, me traen los vientos de mi desdicha, impulsado

por la fama de vuestra magnanimidad y de vuestra clemencia—replicó el desconocido con sombrío acento.

—¡Por Alláh, que no vienes engañado! Esta carta atestigua de tu valor, y plácenme los leones de la guerra como tú al lado mío—dijo el Sultán acariciando su larga y poblada barba.—Pero has dicho que te traen á mí los vientos de la desdicha, y yo quiero que por mí se truequen en vientos bonancibles, precursores de la lluvia que fertiliza los campos. ¿Cuáles son, pues, tus desdichas?—añadió el Príncipe, acomodándose en la almartaba sobre que se hallaba sentado.

—Señor, mis desdichas, ya que las queréis saber, son tales, que juzgo no podréis oirlas sin que vuestro corazón clemente se apiade... ¡Más grandes son que el hemisferio, más negras que las sombras de la noche, más horribles que el vendabal del desierto, más profundas que los profundos senos de la tierra! ¡Y conmueven de tal modo mi ser, que á su sólo recuerdo, señor, siento que el corazón se ahoga en sangre, y que me faltan para luchar las fuerzas!—exclamó el caballero con voz opaca y preñada de lamentos.—¡Cuáles serán mis penas—prosiguió al cabo de breve páusa—cuando por ellas abandono mi patria, cuando desnaturado de Castilla dejo el servicio de mi Rey y señor don Ferrando, á quien Dios guarde, y fiando la vida á las pérfidas olas del Estrecho, salvando riesgos y peligros, vengo á vuestras plantas, señor, para implorar de rodillas que me concedáis vuestra protección y vuestro amparo, á cambio de mi vida!

—Habla—repuso Abú-Thaleb interesado.

—Yo tenía, señor, cuanta ventura puedan codiciar las humanas criaturas en la tierra! ¡Dios, clemente conmigo, habíame deparado la dicha de darme por compañera á la mujer más hermosa de Castilla! ¡Nunca fué mujer alguna amada con igual pasión que la que había encendido ella mi alma, y jamás halló hombre esposa más dulce, más fiel, más honrada ni más virtuosa! Dos hijos, ambos varones, habían sido fruto bendito de nuestro amor, y todo parecía sonreir para nosotros en la vida, cuando tuvo á bien el Adelantado de la frontera castellana poner bajo mi guarda una de las fortalezas más próximas al territorio del enemigo de la patria. ¡Desde aquel momento, señor, comenzaron mis desdichas! Sorprendido cuando menos podía esperarlo, falto de fuerzas para impedir el triunfo de los granadinos, ví con el terror de la desesperación asaltada la villa, asesinados sus defensores, incendiados los hogares, saqueadas y robadas sus riquezas, violadas las mujeres, devastados los campos y trocado en espantable ruina lo que

poco antes era próspera y floreciente población en la que todo sonreía! En vano, señor, luché; en vano mis soldados trataron de resistir: ¿hay fuerza alguna que contenga el huracán? ¿Hay dique que refrene el ímpetu asolador del mar embravecido en la tormenta?

Y Sancho Sánchez de Bedmar, pues él era quien se hallaba en presencia del Sultán de los Beni-Merines, con acento cada vez más sombrío, refirió á Abú-Thaleb las peripecias de aquella terrible noche en que Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada había logrado apoderarse de doña María Jiménez, sin ocultarle el caballeresco desenlace, al cual debía encontrarse en Fez, pues herido en la lid á que el granadino le había concitado, sólo deseaba ya vengarse de quien le ultrajaba de modo tan horrible en lo que más quería.

Quedó el Beni-Merín largo tiempo silencioso al escuchar la relación de Sancho Sánchez, conociéndose que se hallaba realmente conmovido por ella; y al fin, levantando la mirada sobre el rostro oscurecido del antiguo alcaide de Al-Mantdar, exclamó con acento breve y pausado:

—Tienes razón ¡oh nassarí! en quejarte de la aciaga suerte que parece perseguirte; pero la clemencia de Alláh es infinita, su poder es incontrastable y su piedad tanta, que es el más misericordioso de los misericordiosos! ¡Ensalzado sea! ¡Vuelve á Él tus ojos y no vaciles! ¡Pídele consejo en el apurado trance en que te hallas, y Él te amparará, porque todo cuanto hay en los cielos y en la tierra es suyo, y no hay rincón alguno de la tierra que para Él no permanezca manifiesto y claro!

—¡Ya lo he hecho, señor!—repuso Sancho Sánchez.—Ya lo he hecho, y por eso, porque él me ampara, llego á vos, para que seáis, como su representante, intérprete también de su voluntad divina!

—¡Por Alláh! (¡ensalzado sea!) que no te has engañado al dirigirte á mí!—exclamó Abú-Thaleb.—Dime, pues, qué deseas, y yo te juro en nombre de Alláh, el único, que ni engendró ni fué engendrado, y en nombre de su santo profeta Mahoma (¡la bendición de Alláh sea sobre él!) satisfacer tus deseos.

—Pues bien, señor—dijo Sancho Sánchez, conmovido ante la promesa del Sultán:—conociendo las grandes obligaciones que tiene para con vos el Amir de Granada, á quien Dios maldiga, ¿no podréis exigirle que os entregue la prenda más querida de mi corazón, por él robada en Al-Mantdar, para restituírmela? Poco es mi vida, ¡oh generoso Príncipe! para pagar merced de tal cuantía; pero no tengo, en

cambio, nada que ofreceros.. Tomad, señor, mi vida, pues eternamente será de gratitud y reconocimiento para con vos y vuestros sucesores.

Tras breve momento de pausa, en que el generoso Abú-Thaleb pareció meditar profundamente, alzóse del asiento, y dirigiéndose al caballero, en cuyo semblante se retrataba cruel incertidumbre, pronunció estas palabras:

—Descansa, ¡oh nassarí! de la pena que tan hondamente te aflige. Mi corazón responde á los latidos del tuyo, y verás tus esperanzas satisfechas. Yo te prometo que recobrarás el bien perdido, y quiera Alláh derramar sobre tí los tesoros de sus misericordia, como yo deseo complacerte. Mañana partirá de Fez mi guazir para Granada, y no serán muchos los días que tarde en florecer de nuevo el jardín de amores que en tu alma vive marchito. ¡La paz sea contigo!

—¡Bendito, bendito seáis, señor, una y mil veces!—exclamó Sancho Sánchez, cayendo de rodillas á las plantas de Abú-Thaleb, y besando su mano, mientras surcaban sus mejillas abundantes lágrimas de reconocimiento.—¡Oh, no me habían engañado, no, al decirme que eráis, señor, el Príncipe más magnánimo de la tierra! ¡Que Dios os proteja, que Dios os ayude en cuanto emprendiéreis! ¡No me extraña el amor que os muestran vuestros vasallos, porque Vuestra Alteza es digno del amor de todas las criaturas!

Hizo Abú-Thaleb un ademán de despedida al caballero, y levántándose éste presa de la más viva emoción, corrió á la antesala de la *cobba* donde le había recibido el Sultán, y salió del palacio presuroso y con el corazón henchido de esperanzas, dando crédito á las palabras del Príncipe.

Al día siguiente, con efecto, salía de Fez en larga caravana el guazir Abú-Xohaid, á quien acompañaba gran número de ginetes y algunos camellos cargados de riquezas destinadas como regalo á Mohámmad III de Granada.

Bien hubiera querido Sancho Sánchez formar parte de la expedición; pero estaba en aquel momento á su lado el mismo Abú-Thaleb, quien recibiéndole en su confianza, le había hospedado en su propio palacio, como prueba de distinción y de aprecio.

Tal vez, sin aquella circunstancia, el desdichado alcaide de Al-Mantdar se habría arriesgado á partir para Al-Andálus; quizás hubiera tenido alientos para soportar la odiosa presencia de su victorioso enemigo; pero no hubiese sido dueño de sí propio al contemplar á su esposa, y entonces todo para él se habría perdido.

Cuando la caravana que mandaba Xohaid hubo cruzado el río Sebú y se hubo internado en la pintoresca llanura que habitaban las tríbus bereberes de los Benu-Yusuf, los Fandalagua, los Bahlul, los Zuagua, los Machassa, los Guiyata y los Salalchun—Saucho Sánchez lanzó un suspiro y con el corazón palpitante se apartó del ajiméz del palacio, desde donde había contemplado la partida del guazir de Abú-Thaleb.

—¡Que Alláh, que es el más misericordioso entre los misericordiosos—exclamó el Sultán—proteja á Xohaid, y que su clemencia infinita consienta el logro de tus esperanzas!

IX

Mientras demandando en balde en Castilla el auxilio y la protección del Rey Ferrando, Juan Sánchez y Jimén Pérez esperaban en Medina el término de las Córtes congregadas, y el infortunado alcaide de Al-Mantdar, aún no repuesto de las heridas recibidas en el personal combate sostenido con Abú-Abdil-Láh Mohámmad de Granada, veía desde el alcázar de Fez partir la caravana de Xohaid—apartada en la fastuosa córte de los Al-Ahmares, la hermosa Seti Mariem había cedido, más bien que á los ardientes ruegos del enamorado granadí, á la imperiosa ley de la necesidad, guardando en el fondo de su alma, como en sagrado santuario, el venerado recuerdo de su esposo, á quien juzgaba difunto, y el melancólico y agradable de sus hijos, á quienes había vuelto á dar la vida á costa de su honra.

Desde el alto mirador del *ad-dar* para ella destinado en el palacio de la Alhambra, había uno y otro día visto tendida á sus plantas, bajo el hermoso cielo de primavera, insensible á los halagos del sol resplandeciente y de las frescas aguas del tranquilo Darro, con sus diseminados y blancos edificios, en cuyas azoteas y terrados reverberaban fuertemente los rayos del sol; con los altos alminares de sus mezquitas, cuyos domos, exornados de brillantes azulejos y de doradas tejas, así como las manzanas que les servían de gallardo remate, parecian fundirse; con sus cármenes exuberantes de verdura, de lozanía y de agradable frescor—había visto la pintoresca ciudad del Genil y del Darro, la elegante Damasco del Mogréb, cuya hermosa y dilatada vega se columbraba apenas tras del cerro del Albaycin, y cuyo guardián constante, el elevado Chebel-ax-Xolair, parecía, con su

eterno manto de irisada nieve, colocado en tal paraje por la clemencia del enviado de Alláh (¡la paz sea con él!) para defender de los infieles aquel, el último baluarte del Islam en Al-Andálus.

Correspondiendo á la melancólica tristeza que dominaba el apenado espíritu de Seti Mariem, durante la luna entera de Ramadhán el engrandecido, aquellas estrechas y tortuosas calles que alineaban en pintoresca y desordenada formación, como senderos impracticables ó grietas no cerradas, el caserío de Granada, habían permanecido silenciosas y solitarias, semejando por tal modo la población un vasto cementerio, una *ráudha* abandonada ó una ciudad desierta.

¡Cuántas veces, al contemplar aquel panorama, se había juzgado Seti Mariem víctima de alguna pesadilla invencible, y dejando volar el pensamiento reconstruía el pasado, lleno para ella de felicidad y de ventura! ¡Cuántas otras, apoderándose de su alma combatida los genios maléficos, había invocado en su desesperación al mismo Iblis y había sonreído en el oscuro lecho del manso Darro, cuya corriente besaba los píes de la colina *al-hamrá*, al ángel Azrael, que la llamaba desde aquellas profundidades!

Después, cuando con su manto bordado de lucientes estrellas cobijaba benéfica la noche la ciudad de los Al-Ahmares; cuando confundidas en la sombra desaparecían las caprichosas líneas del caserío, el silencio imponente se interrumpía, el aliento vital renacía en Granada con extraños y rumorosos latidos, y á través del oscuro ramaje de los patios y de las apretadas celosías de las ventanas, brillaban con agudos tonos, resplandecientes y vivaces fuegos en las casas, y se escuchaba el resonar constante, la respiración contenida de los fieles, que se desquitaban por la noche del ayuno inquebrantable observado rigurosamente por ellos mientras el sol irradiaba en el espacio.

Durante aquella luna bendita, consagrada á las severas prácticas religiosas de la Cuaresma y festejada en memoria del *Forcán*, Abú-Abdil-Lah Mohámmad (¡Alláh le haya perdonado!), cumpliendo en parte con la ley, había discretamente dejado cierta libertad á Seti Mariem, principalmente por el día, rodeándola de las atenciones más exquisitas, por medio de las cuales trataba de reconquistar el corazón de aquella mujer á quien rendía adoracion constante.

No se habían en él con la posesión entibiado los sentimientos ardorosos que le dominaban, ni había tampoco palidecido la amorosa llama que en su corazón ardía; pero algún tanto calmado con la rea-

lización de aquella aspiración de toda su vida, nunca por él abandonada, aun en medio de los árduos estudios á que se había consagrado antes de heredar el reino granadino—sentía la necesidad de vencer la resistencia de su adorada, de granjearse su cariño, de consolidar su señorío sobre ella por otros medios distintos de aquellos hasta allí empleados.

Con el auxilio de los libros y el de la ciencia de su insigne guazir Abú-Abdil-láh Mohámmad Al-Lahmí, conocedor de las ocultas y manifiestas, no habría sido difícil, sin duda, para el granadino triunfar de la esquivez con que á pesar de todo le recibía Seti Mariem en su presencia, por más que el ánimo de la hermosa cautiva, ya harto trabajado por los acontecimientos de que había sido víctima, se hallase en cierto modo dispuesto á favor del Sultán; pues el constante espectáculo que á los ojos de la nassarena ofrecía aquella ardiente pasión inspirada por ella, alimentada largo tiempo de recuerdos en la ausencia, y de cuya magnitud atestiguaban, más bien que las protestas del Amir de los muslimes, la decisión con que éste, al conocer la presencia de su amada en Al-Mantdar, se había determinado á recuperar su amor, y sobre todo la nobleza y la hidalguía con que había cuerpo á cuerpo disputado el granadino á Sancho Sánchez la presa con tantas ansias codiciada, no podía menos de impresionarla.

Sólo en el último extremo, cuando á despecho de las muestras indudables y continuadas de su pasión, de los testimonios vivísimos del insensato amor que Alláh había encendido en el corazón del muslime por la nassarena, permaneciese Seti Mariem sorda á las quejas, á los lamentos y á las delicadas atenciones del Sultán, era cuando Mohámmad pensaba utilizar aquella fuerza misteriosa que le habían enseñado los libros y la naturaleza.

¡Pero ¡ay! que los secretos del corazón humano sólo para Alláh el excelso permanecen manifiestos y patentes! ¡Alláh sólo es el que conoce lo que pasa en las entrañas de las criaturas! Por eso, en tanto que Abdil-Láh no había osado interrumpir con enojosa frecuencia las meditaciones á que Seti Mariem debía hallarse entregada en el *addar* donde vivía, durante la luna entera de Ramadhán, el engrandecido—la esposa de Sancho Sánchez, aunque inclinada á la benevolencia respecto del Sultán, no había en manera alguna consentido en ceder á la voluntad de éste, huyendo de su lado é invocando fervorosa el nombre de Isa.

Cuando las sombras de la noche hubieron borrado por completo las últimas tintas del crepúsculo y la voz del muedzin, desde el gallardo minarete de la Mezquita de la Alhambra, convocaba á los muslimes para la oración de *al-âtema*, pregonando á grandes voces el *al-idzan*, en aquel día memorable, en que daba comienzo la luna de Xagual y terminaba la de Ramadhán con la *Al-âid-as-saguir* (1)—después de cumplidas las ceremonias religiosas y las litúrgicas, y de hechas las limosnas que prescribe el rito—con paso furtivo, solo, sin que le acompañase nadie, ni aun su kátib Isahack, cruzaba Abú-Abdil-Láh Mohámmad la distancia que separaba su palacio del *ad-dar* en que, aún rodeaba de su primitiva servidumbre, habitaba la desdeñosa cautiva por quien ardía en crueles ansias.

Como en los días de su pasada juventud, aquellos hermosos días iluminados por la luz encantadora del recuerdo que todo lo embellece, y que no habrán de volver más, latíale el corazón al granadino al solo pensamiento de que iba á volver á ver á Mariem, y de que en aquella noche suprema iba tal vez á decidirse su suerte para siempre.

Sin hacer caso alguno del esclavo que á la puerta vigilaba, atravesó el dintel y penetró en el *ad-dar*, solitario y sombrío á la sazón, como si Malak-al-maut hubiera agitado allí sus aterradoras alas, como si el asolador aliento del *simun* hubiera sofocado allí toda existencia.

Fuera, allá, á lo lejos, lo mismo del lado de la al-medina que de la otra orilla del cáuce silencioso del Darro, escuchábase el rumor constante y la algazara con que celebraban los fieles la fiesta de *Al-Fithra*, aquella *fiesta pequeña*, que era como preludio de la *al-âid-al-kabir* ó *grande* con que principia la Pascua de Dzu-l-Hicháh.

El alegre ruido de las sonajas y el bullicioso del adufe, el no menor, aunque más grave, del bondir, el melancólico de la dulzáina, el lánguido y prolongado de los cánticos y los agudos gritos de los lelilíes, formaban extraño y singular concierto, que se reproducía en todas las calles y xareas de la población, confundido con el de la axxabeba y el de la quitara, instrumentos todos, con el rabé y el albogue, que tañían regocijados los granadinos para solemnizar la fiesta que ponía término á la abstención y al ayuno.

Sin detenerse un momento, traspuso el patio y el labrado arco de

(1) 30 de Mayo de 1302.

yesería, y subiendo lentamente la escalera que conducía al camarín de Seti Mariem, abrió la puerta de repente.

Echada de pechos sobre el alféizar del ajiméz, contemplando desde aquella altura la animación que reinaba en Granada y aspirando con deleite las perfumadas ráfagas que subían hasta ella desde el lecho del Darro y los cármenes de sus orillas, permaneció Seti Mariem inmóvil sin advertir la presencia del Sultán, á quien volvía por completo la espalda.

Conteniendo la respiración, sofocando el ruido de sus pasos sobre el alcatifado pavimento, llegóse á la nassarena el Amir, y antes de que ella hubiera podido impedirlo, rodeó con sus brazos la esbelta cintura de la dama, cuyo puro contorno se dibujaba incitante á través de la ceñida túnica de seda que la envolvía, y depositó un beso ardoroso sobre su ebúrneo cuello.

Un grito de sorpresa salió, agudo y vibrante, de los labios de Mariem, y volviéndose ésta rápida, trató en vano de rechazar á Mohámmad.

—No me esperabas, ¿es cierto, luz de mi vida?—exclamó éste, estrechándola sobre su corazón.

—No, en verdad, señor—contestó Mariem forcejeando.—No esperaba de vos este nuevo acto de alevosía, y así os ruego que respetéis mi soledad y mi abandono.

—¿No logran conmoverte la verdad de este amor, que es mi vida, y la desesperación á que me condenas? ¡Por Alláh, Mariem, ten piedad de mí! ¡Mira mi sumisión, mira cómo he obedecido tus órdenes durante la luna trascurrida, y no sigas siendo cruel para quien tanto te ama!

Al pronunciar el Amir estas palabras, habíase, en efecto, apartado de la cautiva, aunque sin abandonar las menudas y blancas manos de Seti Mariem, que temblaban en las suyas.

Con la mirada fija en los azules ojos de la nassarena, Abdil-Láh permaneció largo rato silencioso; enarcadas las cejas, erguido, oprimiendo dulcemente las manos de su amada, sin desplegar los labios, parecía, no obstante, que una corriente extraña se establecía entre la voluntad dominadora de aquel hombre y la debilidad de la mujer que, á pesar suyo, recibía, temblorosa y agitada, el fluído misterioso que brotaba de los centelleantes ojos del granadino.

—¡Mariem, Mariem!—exclamó por fin el príncipe, soltando las manos de su amada.—¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Mise-

ricordioso, que ni engendró ni fué engendrado, que no tiene semejante alguno! ¡Díme si es cierto que se han borrado de tu corazón y de tu memoria aquellos días de celestial ventura que gozamos amándonos en Ixbilia! ¡Díme si me amas ahora como entonces!

Sin moverse del sitio mismo en que se hallaba, sin que sus ojos se extremeciesen ni el divino rostro de aquella criatura, formado por Alláh para martirio de los hombres, sufriera alteración alguna; con aquella voz argentina, acariciadora y llena de promesas que trastornaba al Sultán—la cautiva, cual insensible estatua de pórfido, al escuchar tales palabras, replicó lentamente:

—No se han borrado ¡oh Mohámmad! de mi corazón ni de mi memoria los recuerdos que evocas. ¡Aún te veo gallardo, apuesto, enamorado y loco ante las celosías de mi ventana; aún escucho tu acento trémulo y conmovedor, que extremecía todo mi ser! Yo te amaba, te amaba con delirio, y ni en los días de prosperidad he olvidado aquellos momentos de ternura, que fueron largo tiempo mi dicha.

—El espíritu de Alláh (¡ensalzado sea!) habla ¡oh Mariem, por tus labios!—dijo Mohámmad, en cuyo semblante se retrató placentera sonrisa.—¿Luégo es cierto que me amas?

—Sí—repuso Mariem con el mismo acento.—¡Sí, es cierto que te amo! Te amo porque á este amor va unido el recuerdo de los hermosos días de mi juventud; porque eres generoso y valiente, y porque veo lo profundo de la pasión que agita tus entrañas. Sólo tú, amándome como me amas, hubiera acometido la empresa de Al-Mantdar; sólo tú habrías sabido dar á mi espíritu la libertad que para gozar de tu amor necesitaba, de la manera noble y leal que lo has hecho; sólo tú, en fin, podrías mirar con buenos ojos á mis hijos, darles la vida, cual lo has ejecutado, en señal de tu magnanimidad y tu grandeza.

Y como si la hermosa nassarena hubiera sido movida por un resorte, avanzó lentamente hacia el Sultán, y echándole al cuello los brazos, le besó fría y reposadamente en los labios.

Ébrio de placer, agitado, trémulo y ardoroso, llevó el Príncipe á Mariem al próximo diván, y sentándola en sus rodillas, le devolvió frenético centuplicadas sus caricias, que recibía la nassarena con la imperturbable serenidad que hacía de ella un ser extraño y distinto de lo que hasta entonces había sido.

Al cabo de algunos momentos, trascurridos para Mohámmad en completa locura, dejó á la cautiva sobre el diván, y antes de levantarse él, aplicando sus manos temblorosas á la frente de la bella, mi-

róla con insistente fijeza y murmuró á sus oídos estas palabras con acento imperativo:

—¡Díme siempre que me amas! ¡Que tus caricias bienhechoras caigan como ahora sobre mí, á la manera que el rocío benéfico desciende de las alturas para fecundar la tierra! ¡Que tus labios se unan en delicioso arrebato con los míos! ¡Que se borren para siempre de tu memoria los recuerdos sombríos que anublan tu existencia, como al aparecer el sol se borran las huellas de la tormenta! ¡Que el afán que yo siento por tí se apodere de tus entrañas, y que tus ojos me sigan como tu cuerpo deberá seguirme, y me pertenezca tu alma como me perteneces toda entera!

Y alejándose lentamente, estuvo largo rato contemplando á Mariem, cuyos ojos permanecían abiertos, cuyo aliento parecía lleno de fatigas y cuyos músculos, rígidos, le daban, tendida en el diván, las apariencias de un cadáver.

Después, inclinándose el Príncipe sobre ella, besó larga y apretadamente aquella boca, de la que parecía haber huído la vida, y aspirando deliciosamente el perfume embriagador que de ella se exhalaba, arrojó sobre el rostro de la bella todo el aire que había aspirado. Dirigiéndose después á la puerta de la estancia desapareció por ella rápidamente.

Rodrigo Amador de los Ríos.

(Continuará)

LAS ESTATUAS VIVAS [1]

A mi distinguido amigo D. Rafael Andrade.

I

Cuadra tan bien que á ciertos días se les llame tristes, que triste llamaremos aquel en que comienza el primer suceso de nuestro relato. Amontonáronse por el Oriente nubes parduzcas que velaron, al extenderse, entoldando el espacio, la luz del sol, y tan débil hubo de ser el calor, que rara vez descendió por las grietas de nubes en pálidos rayos, que no pudo servir sino para hacer más viva la ingrata sensación producida por el frío cierzo constante y helado.

Parecían grises las blancas tapias de las casitas diseminadas acá y acullá, entre Madrid y el pueblecillo de la Guindalera; oscuros todos los campos, lo mismo aquellos en que verdeaban ya las puntitas del trigo, primicias de la siembra, como los otros en que aún amarilleaban las últimas huellas ó rastrojos de la pasada recolección, así las tierras aradas recientemente como las alzadas para dejarlas en barbecho, el terreno rojizo arcilloso que aquellos en los que pudiera encontrar el ganado el pasto otoñal; manchas negras eran las alamedas y bosquecillos, y borrosos los montes lejanos, como la gran masa de edificios en que se mostrara á los ojos el extenso Madrid.

(1) Cuento de la colección inédita titulada *Un manojito de cuentos*, del mismo autor.

Todo se daba en un monótono claro-oscuro, y á todo faltaba la magia del color.

De una de las casas más apartadas del pueblecillo citado salía, dirigiéndose á éste, un chicuelo sucio, pobremente vestido, peor calzado, royendo con los dientes un mendrugo que, por lo duro, era difícil de roer. Pendiente de un cordón cruzado á pecho y espalda, llevaba una bolsa en forma de cartera. La tal bolsa-taleguillo había sido hecha de dos pedazos de alfombra vieja; en ella guardaba algunos librejos medio deshechos, rajados y destrozados los cartones de la pasta, arrolladas y sucias las puntas de las hojas, y la mayor parte desprendidas del cosido y rotas. El chicuelo iba á la escuela.

A lo lejos, veíanse dos hombres con el cuerpo doblado á la tierra, trabajando en ella; multitud de manchas cenicientas divisábanse más allá, en un campo; era un rebaño. Del pueblo venían unos tras otro por el sendero, en dirección contraria á la que el niño llevaba, una mujer cargada con un gran canasto de verduras, sin duda, y un obrero, con su chaquetón sobre la blusa y una bolsita, en que llevaría su pobre almuerzo, á la mano derecha.

El niño tenía su rostro amoratado por el frío, y en sus ojos había una marcada expresión de atontamiento. No se hubiera esperado de él, al verle, gran despejo de inteligencia; seguía automáticamente su camino.

El hombre y la mujer pasaron. Tras el hombre iba un perrillo; esto fué lo único á que prestó atención el niño.

El perro se le había acercado como para reconocerle olfateando; había tenido el atrevimiento de aplicar el hociquillo á los calzones del chico, y produciendo un ruído semejante á leve estornudo, lanzóse á todo correr tras el obrero.

El niño había puesto en resguardo su pedazo de pan, temiendo una acometida de aquel animalejo, que podía ser un perrillo hambriento y ratero.

Tal vez, si hubiese sido aquel día un día de cielo despejado á sol descubierto, el niño no habría ido á la escuela; las *novilladas* eran aún tentadoras; vivían algunos insectos que perseguir, y todavía se podían cazar, además, algunos pajarillos como en primavera; pero en día como aquél, ofrecíase la escuela cual un lugar de abrigo, aun á riesgo de pasar largas horas en la monotonía y el martirio de su encierro.

¡Oh, si la escuela tuviera atractivo para esas pequeñas almas ávidas de luz y de alegría!

De pronto el niño se detuvo; en medio del sendero había un papel casi totalmente blanco y muy bien encuadrado; acercóse, lo tomó, y vió que era un sobre cerrado; era una carta; leyó con gran dificultad el sobre:

«Al Sr. D. Plácido Marcial.»—¡Es para *el Oso*!—exclamó; entonces cayó en la cuenta de que la mujer que había pasado junto á él debía de ser la criada de don Plácido, un señor que habitaba uno de los hotelitos más próximos al pueblo. La criada volvía de hacer su compra en éste y de recoger el correo de su señor, que el peatón cartero solía dejar en el estanco; la pobre vieja había perdido una carta, por lo menos.

El chico entonces pensó dar alcance á la anciana; pero ya había desaparecido, había entrado en la casa...

El niño pareció meditar un momento, al cabo del cual se dijo:

—Me dará *el Oso* algunos cuartos—y echó á correr con la carta en dirección al hotel de don Plácido, á quien todo el mundo llamaba *el Oso*, sin duda por el retraimiento en que vivía.

II

—¿Quién diablos ha dejado entrar á este muñeco aquí? ¿Qué te duele, pillete? Has visto la puerta entornada, empujaste, y aquí me cuelo. ¡Si vieras lo que me gustan á mí los nenes! ¡Largo!

Esto decía con aire imperioso al niño, un hombre de barba corrida, blusa oscura, fisonomía enérgica, cabello un tanto encanecido y voz llena de bajo profundo.

El niño estaba temblando de espanto. Razón tenían para llamar *el Oso* á aquel señor, que le miraba con ojos tan fieros y parecía que iba á solfearle con una disparada de mojicones.

—¿Quién eres tú, bigardo?

—Soy—y el niño dijo una palabra tan fundida en un aliento, mejor, tan mezclada á un temeroso quejido, que no pudo el hombre oirlo... ni lo oyera el cuello de la camisa del pequeño.

El hombre se dulcificó cuanto era posible, dado su genio brusco y su natural aspereza. Aquellos ojuelos, que le miraban demandando piedad, aquella carita estirada por el miedo, aquel pobre atavío... le

impresionaron, y en tono menos fuerte, y así como con un acento que daba á su pregunta una inflexión de tolerancia, volvió á preguntarle:

—Vamos, dí: ¿quién eres, rapazuelo?

—Mariano.

—¿Mariano qué?

—Mariano... y traigo una carta de Vd.

—¿Cómo? ¿Que traes una carta mía, ó una carta para mí? ¿Qué diablos dices? ¿A ver?

—Eso...

—¿Eso qué?... ¡Eres un leño de torpe!...

—El niño, temblando aún más, sacó de su pecho la carta y alargósela á don Plácido. Tan violento fué el ademán que éste hiciera para tomarla, que Marianillo retrocedió por un vivo movimiento de espanto; ¡creyó que sobre él iba á descargar un golpe el feroz caballero!... Este, al notarlo, se echó á reir sin poderlo remediar. Después, su rostro, medio oscurecido por el cabello, que caía en desorden sobre la frente y por la pobladísima barba, marcáronse rápidas las más contrarias expresiones: primero, extrañeza; no llegó á dibujarse bien esto, cuando tal vez al inferir rápidamente que el niño había encontrado perdida la carta, se manifestó la cólera; luégo trocóse ésta en viva curiosidad al comenzar á leer los primeros renglones, acreciendo, por último, de un modo exagerado, el ceño más oscuro y adusto.

Marianillo miraba con espanto aquel rostro de tantos cambiantes, punto donde parecían haberse dado cita todos los gestos posibles.

Mas pronto le distrajo el sitio donde se hallaba; ¡qué lugar tan extraordinario aquel! Por lo alto parecía una iglesia, por lo destartalado un almacen; y lo que más excitaba el asombro del niño, era una multitud de grandes estatuas de mármol de gran talla y en terribles actitudes, desnudas como gimnastas, con los brazos levantados en ademanes amenazadores unas, otras tendidas como hombres moribundos y mortalmente heridos. Luégo notó que en el suelo reinaba atroz desbarajuste: objetos de hierro, mazos, redules de madera, pedazos de piedra, un gran montón de barro, cosas todas nunca vistas en un salón tan hermoso... El niño comprendió que aquello debiera ser un taller de marmolista. Tal sería el oficio del caballero; lo que más provocó la atención del niño fué una gran piedra, en la cual había escultado un pie formidable; parecía que en ella había un gi-

gante hundido, que no había logrado sacar del duro peñasco sino el enorme pie.

Para el niño un escultor era un marmolista, y no cabía duda, don Plácido era un marmolista. El escultor, en tanto, volvió á dar miedo al muchacho; paseando desatentado y furioso, estrujaba la carta, hablaba en alta voz, tiraba al suelo cuanto cogía un momento en sus manos; vociferaba contra la anciana, descuidada y torpe, que perdía las cartas á lo mejor, y luégo hablaba de multitud de cosas á la vez.

—¡Envidiosos!—exclamó...—¡Dichosa exposición!... ¡Necios!—Sin duda se refería á lo que en la carta había leído; mas luégo encaróse con el muchacho, que tiempo hacía deseaba escapar de allí, y mirándole fijamente, como pensando en hacer con él alguna maldad, que no otra cosa creía el pobre Marianillo:

—Mira—le dijo—¿ves esta mano? Pues te la sentaré si no... ¡Vaya bestia!... ¿ahora te me echas á llorar? Borrico, ¿tú crees que voy á pegarte?... ¡Bueno va!... Te digo que si no le das esto á tu madre, si lo pierdes, te solfearé: ¿lo entiendes?—y alargó al chico una moneda de dos pesetas.

—Sí señor—murmuró entre lágrimas el niño.

—¿Tienes madre?... ¿Qué es tu madre?

—Lavandera, señorito.

—Bien, hombre... ¡No me llores más! ¿No le dará vergüenza de llorar al muy?... ¿Tienes hermanos?

—Sí, señorito, una hermana más pequeña. Madre no quiere que vaya á la escuela cuando hace frío...

—¿Y padre?

—Murió, cayó allá de una obra... hace no sé cuanto; el año éste no, ni el otro; el otro.

La vocecilla dulce del niño ejercía, sin duda, gran influjo en la salvaje naturaleza de don Plácido: sin abandonar éste su tono acostumbrado, fué haciendo al niño preguntas acerca de su madre, de cómo y cuándo había él encontrado la carta... hasta le preguntó algo referente á la escuela y á lo que en ella aprendía; el niño vióse obligado á contestar pronto y bien, por temor á irritar al caballero. Éste, al fijarse en la ropa pobrísima del niño, pareció encolerizarse de nuevo contra él, como si fuera culpable de su pobreza; luégo le encargó que fuese á llamar á su madre; lavaría la ropa de la casa y ayudaría á su criada, «que cada día era más sorda y más bestia,» según repetía mil veces; y por último, llamó á la anciana, hízola traer

pantalones, chalecos, casacas, ropas viejas, pero en buen estado y de magnífico paño; hizo un lío y se lo dió al muchacho para que su madre le hiciese algo de ello, y luégo dióle un duro, y luégo un empellón, y un «anda vete, cernícalo!»

Más contento que unas pascuas largóse con su dinerillo y su carga el muchacho, en tanto el furibundo y ceñudo artista decía con acento terrible á su criada:

—Por ser Vd. tan animal, ya se me cuela gente en casa...

—No haya miedo que vuelva, señor... No volverá á entrar.

—¡Otra barbaridad!... ¡Siempre toman Vds. las cosas por el forro!... ¡Bestias, más que bestias! ¡Estoy desesperado!

III

No era la placidez la cualidad de don Plácido; más bien como castigo por *dón*, era tempestuoso; ya entrado en años, de vida laboriosa y temperamento ardiente para el trabajo, no se había ocupado de otra cosa sino de trabajar constantemente; muy joven aún perdió á su padre, cuando ya comenzaba á lograr como escultor fama y dinero; perdió á su madre, que fué seguramente el ser adorado por él; casóse, no tuvo hijos y vió morir á su esposa, á quien amó extraordinariamente. Duro para ejecutar, osado en concebir, franco hasta ser áspero, impresionable y apasionado á punto de que era impetuoso é impaciente, bebedor y fumador. Parecía malo, y por tal pasaba. Había ganado mucho dinero, y vivía retraído, oscuro y huraño; la mayor parte de los hombres eran para él autómatas, por lo adocenados é insensibles; ¡si hubiera podido hacer de sus formidables y *miguelangelescas* estatuas una nueva raza!... Como artista, había ido perdiendo la grandiosidad y haciendo que ésta se trocase en extravagancia; excesiva robustez en las formas, y sobre todo, un exagerado alarde en la aparente movilidad que determinaban sus actitudes.

Por esto le había enojado la carta que le entregara Marianillo; en ella un amigo tenía la franqueza de señalar los defectos de la obra por don Plácido presentada en la Exposición de París...

No la comprendían; él quería marcar en sus estatuas aquel punto que en el ser vivo se da entre el movimiento cuando se inicia y an-

tes que á la vista se cumpla, la imperceptible vibración de la fuerza vital á impulso de la voluntad... hacer las estatuas, no sólo plásticamente reales... sino vivas.

¿Quiénes ignoran que los más extremados delirios del pensamiento suelen tener raíces en lo más hondo del corazón? Aquel pobre escultor hubiera dado glorias y triunfos, sus obras todas por un hijo; trocóse en delirio su pena, y tomaba á sus creaciones, á las piedras que labraba un afecto paternal; dábales forma, luégo expresión... y luégo ¡si les hubiera podido dar vida! No paraba en su camino tras lo perfecto, al buen diseño, á la cumplida forma, á la actitud académica, la movilidad, y luégo la sensibilidad, y luégo una suprema perfección, aun á ser posible... ¡el pensamiento!

A bien que la forma resulta artificiosa sin la actitud, está fría sin la expresión... hallábase loco, pero de las manías más dignas de compasión; era que se mostraba deforme por el exagerado y constante esfuerzo de una facultad, elemento poderoso de las artes; era que la vejez agranda las promesas y empequeñece los medios para el logro; que le engañaba la última mirada en el camino de la vida... germen del despecho ó del arrepentimiento! El hombre no emplea sino parcialmente su actividad; el todo verdad, bien y belleza, son la armonía, la perfección, la meta imposible para el arte.

IV

La madre de Marianillo era una mujer de treinta años, aviejada por el trabajo; siempre mostraba en su cara una humilde y atractiva sonrisa; de ésta había hecho una constante expresión, por la cual parecía pedir y esperar de todos el bien para sus hijos; en aquella fisonomía vulgar había aquel luciente rasgo de belleza, como si á la máscara deforme que le habían dado los años y los dolores la hubiera dotado la maternidad con la gracia más conmovedora. Hacía un mes que se hallaba aquella mujer en casa del escultor; había conquistado el afecto de la vieja y celosa criada; lavaba, fregaba los suelos y prestaba multitud de servicios rudos y útiles por demás.

Habíase acostumbrado á los constantes reproches, al malísimo humor del señor, como esas aves de los trópicos que viven en re-

giones tempestuosas y entre los terribles estruendos del trueno prosiguen su canto dulce, entonado en lo más escondido de los bosques.

Guardóse muy bien la madre de llevar allí sus hijos; pero el fiero don Plácido una mañana comenzó á regañar. La buena mujer hacía las cosas demasiado deprisa, sin duda inquietada por la impaciencia de ver á sus hijos; para evitar esto, llegó el señor á permitir que fueran allí; poco después, los dos pequeñuelos se hallaban en el jardín, pero tímidos y recelosos; no se movían del punto donde su madre lavaba en una ancha tina. Un día, con unas pajuelas, tomaban del jabonado gris del agua sorbos que luégo despedían en esferas diáfanas irisadas, leves globos lindísimos que elevándose se rompían en lo alto. La niña, con sus ojillos azules, seguía encantada las bolas de jabón; echada atrás su cabeza, cayendo sus rizos blondos á la espalda, mostraba su graciosa frentecilla, entreabierta su boca de carmin... era un rostro alegre y encantador... el escultor la miraba desde sus ventanas; sintió un movimiento de ternura y una complacencia inexplicable; tiró vivamente su pipa, y exclamó:

—¡Que suban los pequeños! ¡No parece sino que yo me como los chicos crudos! ¡Qué gentes más bestias!...

Estaba vencido. Desde entonces fué para ellos un gran amigo; guardaba para el pequeño su aspereza habitual, pero la niña llegó á ser su idolatría; bien pronto el niño dominó también. Pensó en vestirlos, dió habitación á la madre y á los niños; luégo, de servidores pasaron á ser casi los dueños... don Plácido sentíase alegre, á veces cantaba en su taller, corría con los chicuelos en el jardín. Pensó sériamente en darlos educación. La niña sería una señorita: ¿por qué no? él había querido dar vida á los mármoles: ¿por qué no dársela á aquellas criaturas incultas, tan torpes como leños si la educación no les dotaba de la energía vital del pensamiento y de la fuerza divina del corazón?

Dos años después, el pobre escultor fué víctima del mayor infortunio; había comenzado por sentir dolores en todas sus articulaciones, y un día quedó sin poderse mover; una paralisis le dejó inmóvil, casi inanimado como sus estatuas; no podía darse peor tormento al que siempre había querido trasmitir la movilidad á lo inerte... En un gran sillón de ruedas conducíanle de una á otra habitación, le bajaban al jardín á las horas de sol; Marianillo, ya fuerte como un hombre, impulsaba el carricoche; Gloria le daba de comer, como un pájaro á sus hijuelos, según decía tartamudeando el pobre enfermo. Miraba exta-

siado á los dos jóvenes: qué vida, qué gratitud, qué risas tan dulces le prodigaban, qué miradas tan tiernas!... No záfios, como cuando entraran, ni recelosos, sino entrañables, confiados, dotados de la vida más rica y vigorosa... ¡Eran las estátuas vivas que él había animado... su última obra!

¡Ay, tarde de hermoso cielo, teñido de fulgores rojo vivo, rosa brillante, oro lucentísimo, en los que fijos quedaron los ojos del escultor; brisas que con sus perfumes envolvieron su último suspiro... no serán olvidadas!

V

Los jóvenes señorita doña Gloria y don Mariano Martín, habían conquistado por oposición las plazas de maestros de párvulos de una escuela sistema Frœbel... De una parte, multitud de niños, llenando de rumores el jardín, bullían alegres; de otra, los ancianos senadores de grave aspecto abrían aquel paraíso de luz á las inteligencias de los niños en nombre de nuestra madre España.

—¡Oh, si nos viera don Plácido!—se decían los hermanos—¡si nos viera madre!...

—Al lado del busto de Frœbel pondremos el de nuestro protector. ¡Estas sí que son estátuas vivas para nosotros, esculturas de inteligencias que han de hacer hombres ilustres, cuyas almas darán vida eterna á los mármoles!

J. Zahonero.

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

8 de Noviembre de 1884.

Por ausencia del Sr. Albareda, vamos á dar cuenta á los lectores de la Revista de España del movimiento de la política durante la quincena última. Entre esta *Crónica* y la del número anterior, notarán un gran desnivel; no porque los asuntos dejen de ser interesantes, sino porque es escasa nuestra autoridad para tratarlos, sobre todo escribiendo bajo la impresión que han producido en la prensa y en los círculos políticos los artículos del Sr. Albareda.

Un partido conservador que, más que una fuerza política activa, es una teoría constitucional; unas Cortes que representan poco más que nominalmente la opinión pública; un Gobierno, en las apariencias de Gabinete, pero en la realidad de secretarios de despacho, y una prensa ministerial que pone á discusión la primera y más esencial de las prerrogativas del Rey—la de nombrar y separar libremente los Ministros—para venir á deducciones tan singulares como la de que «el mejor baluarte de la libertad y el principal apoyo de los »Reyes son los partidos conservadores,» no pueden producir más que agitaciones, temores y peligros. Así se explica que, en el Consejo de Ministros celebrado el viernes 30 de Octubre bajo la presidencia de S. M. el Rey, se hablase del fracaso de la conspiración que tenía preparada D. Manuel Ruiz Zorrilla, y de las medidas que el Gobierno

había adoptado para asegurar la paz pública en la Península; del fracaso de la conspiración de Máximo Gómez para resucitar en Cuba la guerra separatista, y no sabemos por qué dejó de hablarse de la situación de Filipinas, cuando se ha hecho público que, en la cabecera del Archipiélago de las Marianas, ha estallado una insurrección, de la cual ha sido víctima el gobernador político militar, D. Angel Pazos, y cuando también se sabe que en Manila se han hecho recientemente numerosas prisiones, en personas de relativa importancia, acusadas de filibusterismo. Así se explica que nuestros valores públicos estén cada día más despreciados en Lóndres y en París, en Madrid y en Barcelona, y que para levantarlos tenga el Gobierno que apelar inútilmente al recurso de anunciar, por medio de la prensa oficiosa, «que el Rey está como nunca de robustez y que »goza de una salud exuberante;» recurso que, si no fuera imprudente, sería soberanamente ridículo. Así se explica, en fin, que la situación económica de Cuba sea desesperada; que la de Filipinas no sea buena, y que la Hacienda de España haya entrado en un período de dificultades y de angustias insuperable de todo punto para el señor Cos-Gayón.

Discutir la prerrogativa del Rey un partido que cuantas veces ha sido llamado á la dirección del poder bajo esta Monarquía lo ha sido por virtud exclusivamente de esa misma prerrogativa, y discutirla cuando ningún periódico liberal ha provocado esta cuestión grave y delicada, es revelar que el Gobierno no se considera bastantemente asegurado en el ánimo de S. M. y que se prepara á defenderse, haciendo de la mayoría parlamentaria una especie de barricada. Y es el caso que, cuantas veces han tratado el Sr. Cánovas del Castillo y los escritores de su partido de limitar doctrinalmente las prerrogativas de la Corona, ya sosteniendo, como sostenían en 1878, que aquellas Cortes—las primeras de la Restauración—debían vivir cinco años, ya proclamando, como proclamaban en 1880, que aquel Gobierno no podia caer en mucho tiempo, por que contaba con una gran mayoría en las Cámaras, tantas otras la ejerció el Rey en el sentido que los conservadores habían impugnado. En estos precedentes, que atestiguan una gran unidad de carácter en el Rey y una gran conciencia de sus derechos personales, está la mejor respuesta que en estos momentos pudiera darse á la prensa ministerial; pero la cuestión está planteada en el doble terreno de la doctrina y de la política práctica, y fuerza es entrar en ella.

Casi lo que va de siglo llevan los partidos españoles discutiendo el fundamento del sistema parlamentario y la naturaleza del poder real en este sistema, y por fin se ha convenido por todos en que la base del gobierno es la opinión pública; en que la opinión pública está representada en las Cámaras; en que esta representación no es permanente; en que puede darse el caso, y se da con harta frecuencia, de que esté divorciada del Parlamento, y en que el Rey tiene la misión augusta de examinar cuidadosamente si la opinión está en las Cámaras ó si late en los colegios electorales, para seguir dispensando su confianza á los ministerios responsables ó para separarlos y nombrar otros, para mantener las Cortes en sus funciones ó para disolverlas y consultar al país. Esta es la doctrina que, después de largas y dolorosas luchas, se ha proclamado como dogma, y este es el principio de los gobiernos parlamentarios.

La libertad de los gobernados para quejarse de sus agravios, y la disposición de los gobernantes para remediarlos, constituyen el ideal de un Estado libre. La libertad de la opinión, perseguida por la Iglesia en materia religiosa; perseguida por el Estado en materias políticas; resistida siempre por la autoridad, por considerarla como hostil á sus derechos, ha sido la última conquista de la civilización. La opinión pública es, pues, el criterio ilustrado de un pueblo libre y la suprema ley por que se gobierna. Cuando no reside en las Cortes, «se expresa—dice un sabio comentarista de la Constitución »inglesa—no con los clamores de un coro compuesto de la multi»tud, sino con las mesuradas voces de todas las clases, partidos é »intereses. Se declara por la prensa, la Bolsa, el club y la sociedad »en general. Está sujeta á tantas trabas y contrapesos como la »Constitución misma, y representa la inteligencia nacional más bien »que la voluntad popular.» Pues bien; si el Rey estima, en un momento dado, en el actual momento histórico, por ejemplo, que la opinión no está en las Cámaras, porque así lo declaran la prensa, la Bolsa, el comercio, las asociaciones políticas y económicas y el sentimiento general del país, cuyas voces y cuyos latidos pueden llegar y llegan directamente al Jefe del Estado, ¿debe el Rey constitucional separar sus consejeros responsables, encargando la formación de un nuevo gobierno al jefe del partido que con más autoridad represente la opinión, ó debe, á despecho de ésta, mantener á sus ministros? Para el ejercicio de esta altísima función, las Constituciones no han podido dar reglas á los Reyes, porque los Reyes dejarían de

ser libres. Sus reglas se reducen á su prudencia, y esta es la única garantía que tienen las Cortes y los Ministros contra las pretensiones injustificadas de los partidos que les combaten, y la garantía que tienen la inteligencia y la voluntad nacional contra los gobiernos y las Cortes.

Que los Reyes deben mirarse mucho antes de ejercitar esta prerrogativa, es incuestionable, porque el abuso de ella puede acarrearles y acarrear á la nación grandes males. «Los Estuardos—dice un »historiador inglés—habían abusado tanto de ella, que dos veces se »quebró entre sus manos. Uno pagó la pena con su cabeza, otro con »su corona, y su raza quedó para siempre proscrita.» Pero el dejar de ejercitarla por miedo, por aversión á un partido ó por sistema, puede producir y produce idénticos resultados, porque sobrevienen, como dolorosas necesidades, las agitaciones y las revoluciones.

Es, como hemos dicho, una cuestión grave y delicada, siquiera se trate en la esfera de los principios y de las especulaciones científicas, la del ejercicio de la regia prerrogativa; porque no pudiendo discutirse sobre reglas preestablecidas, se tiene que poner sobre el tapete forzosamente el único criterio regulador, que es la prudencia del Rey, y no creemos que un partido cuya misión debía ser la de fortificar el principio monárquico, enalteciendo la prerrogativa del Soberano, tenga mucha razón para afirmar, después de haber planteado este debate, que *el principal apoyo de los Reyes son los partidos conservadores*. Quizá, y sin quizá, el partido liberal hubiera tenido razón para discutir, bajo la responsabilidad de este Gobierno, la oportunidad del ejercicio de esta facultad en la crisis parlamentaria de Enero; porque entonces se dió el caso verdaderamente extraño de que, derrotado un ministerio porque el Parlamento había desaprobado su política, dejara de encargarse la formación del nuevo gabinete al jefe de la mayoría, siendo esta homogénea, constituyendo un partido de gobierno y teniendo elementos y medios sobrados para dirigir el poder político y la administración; quizá, y sin quizá, hubiéramos podido preguntar á los ministros responsables á qué criterio se había obedecido para decidir que la opinión pública no estaba ya en las Cámaras, y si la prensa, la Bolsa, el mercado y la sociedad en general declararon entonces, con las mesuradas voces de todas las clases, partidos é intereses, que estaba de parte de los conservadores; pero estas discusiones hubieran favorecido bien poco el prestigio del poder moderador, y un partido sinceramente monárquico no podía

provocarlas con la crudeza que ahora lo han hecho los escritores que defienden la política del Sr. Cánovas del Castillo.

La idea de que los partidos liberales, ó no deben gobernar, ó deben hacerlo muy poco tiempo, porque con su política pueden comprometer la libertad y las monarquías, es otra de las conclusiones que se defienden por los escritores del partido conservador en los artículos de *El Noticiero*, que tanto y tan justamente han llamado la atención pública. Para sostener esta idea, sobre todo con relación á España, se necesita un valor heróico, ó no conocer bien la historia de los partidos y lo que á cada uno de ellos deben la patria, la libertad, la Monarquía y la dinastía.

Los partidos, en su acepción técnica, son grandes asociaciones de individuos que profesan uno ó varios principios y que están acordes en la forma y en los procedimientos con que han de plantearlos en el gobierno. Todos los intereses, todas las opiniones, todas las teorías y todos los sentimientos encuentran en ellas su adecuada expresión. Sin estas agrupaciones, dirigiendo la una el poder público é interviniéndolo la otra, ó las otras, el sistema representativo no podría existir.

Los Reyes no pueden prescindir de los partidos de gobierno, ni siquiera manifestar predilecciones por uno de ellos, sin exponerse y exponer á las naciones á grandes desventuras. Si las ciencias políticas no proclamasen esta verdad, la historia, con sus enseñanzas, por desgracia frecuentes, nos convencería de ella; y es tan demente, ó tan enemigo de los Reyes constitucionales, el que pretenda proscribir, perpetua ó temporalmente, al partido liberal, como el que intente proscribir ó cerrar el paso al conservador. Los méritos de los partidos, cuando no son de propaganda, y sus títulos á la consideración de los pueblos y de los Reyes, no están simplemente en la virtud de sus principios de gobierno, sino en la aplicación que de ellos han hecho para promover ó retardar el progreso moral y material por medio de una ilustrada legislación. No pretendemos, ni sería propio de esta *Crónica*, trazar el balance de lo que á cada uno deben la patria y las instituciones; pero nos sería fácil demostrar que al partido liberal, que siempre ha sostenido con orgullo la causa de la libertad y del progreso, dirigiendo, más bien que siguiendo, la opinión pública, y representando constantemente el espíritu y el sentimiento del siglo, se debe todo ó casi todo lo que, en el orden político, en el económico

y en el judicial, nos asimila á las naciones civilizadas. No presentará los mismos preclaros títulos, ni ahora ni desde hace cuarenta años, el partido conservador, porque su historia es la historia de las agitaciones y de las luchas. Lo que sucede hoy bajo el Gobierno del Sr. Cánovas del Castillo, sucedía bajo los gobiernos de Narvaez, de González Brabo y del Conde de San Luis. Zorrilla, en el breve período que gobernó el partido liberal, bajo la presidencia del Sr. Sagasta, no fué un peligro para la paz pública que, si un momento se turbó en Badajoz por un delirio del ejército, en un momento quedó restablecida por el esfuerzo del Gobierno y del pueblo; y Zorrilla es hoy un fantasma aterrador, cuyos paseos por Europa y cuyas conferencias con los periodistas de Londres ó de París determinan un alza ó una baja en nuestros valores, y cuyo nombre basta para producir el pánico entre los pusilánimes. Y nada tiene esto de extraño, porque en las Cortes, á ciencia y paciencia del Sr. Cánovas del Castillo, han hecho la apoteósis de este agitador y le han dado armas y motivos los Ministros de Gracia y Justicia y de Fomento, pensando, quizá, que de esta manera defendían mejor la causa de la Monarquía y del Rey.

No sabemos, porque el Gobierno no lo ha dicho, cuándo reanudarán las Cortes sus tareas; lo que se sabe es que el Sr. Ministro de la Gobernación está terminando sus proyectos de ley electoral, municipal y provincial, y que tiene el propósito de llevarlos á la deliberación de las Cámaras. Vagas son las noticias que tenemos acerca de estos trabajos legislativos; pero si es verdad lo que de ellos se ha dicho; si es verdad que al municipio se van á dar facultades omnímodas, sustrayéndolo por completo de la tutela del Gobierno; si es verdad que las Diputaciones provinciales van á perder gran parte de las facultades que hoy tienen, á fin de que las corporaciones municipales recobren su independencia; y si es verdad, por último, que las elecciones de diputados á Cortes se harán sin la intervención de los alcaldes y de los jueces, para que el cuerpo electoral sea más libre, habrá llegado el momento de una crisis en el Gobierno, á menos que los Ministros de Gracia y Justicia, Fomento y Ultramar hagan un gran esfuerzo, y acepten ahora como bueno lo que siempre han condenado como funesto. Y no les censuraríamos por esta rectificación en sus ideas y en sus convicciones, que, después de todo, acusaría un progreso en los hombres del partido conservador, como no hemos censurado al Sr. Silvela por haber declarado en el Congreso, á fines de 1880,

que lo único que le separaría del partido conservador y de su jefe, el Sr. Cánovas del Castillo, sería que éste abandonase los principios de su escuela, aceptando, por ejemplo, el de que los alcaldes fuesen nombrados por los Ayuntamientos, principio con el cual ha transigido el Sr. Cánovas y su partido, porque á su vuelta al poder lo halló planteado.

De todos modos, en la próxima campaña parlamentaria, que promete ser fecunda en sucesos, cuando el Sr. Silvela presente los títulos del Código penal que definan y penen los convencionales delitos de imprenta y de vagancia, y cuando el Sr. Pidal presente sus proyectos sobre instrucción pública, veremos qué es lo que acepta el señor Romero Robledo de sus dos colegas los Ministros de Fomento y Gracia y Justicia, y qué es lo que éstos aceptan del actual Ministro de la Gobernación.

La posición del Sr. Cos Gayón viene siendo, desde hace dos meses, muy difícil, porque el estado de la Hacienda es poco lisonjero. El Sr. Cos Gayón, que es indudablemente un hombre de mérito, tiene la peor de las condiciones que puede tener un Ministro de Hacienda: la de ser impresionable y apasionado como hombre político, condición que le lleva, tal vez contra su conciencia, á subordinar los intereses de la Hacienda á las conveniencias, no siempre justas, de su partido. No es, como el Marqués de Orovio, un carácter dócil hasta la humildad; porque, en ocasiones dadas, tiene arranques y hasta genialidades; pero no es tampoco un carácter entero, varonil, como el señor Camacho, que sabe arrostrar la impopularidad y hasta prescindir de las simpatías de su partido y de sus amigos para preparar un plan económico ó financiero y para llevarlo á cabo. La campaña del señor Camacho durante el Ministerio liberal del 8 de Febrero, es y será la página más brillante de la historia de nuestra Hacienda; porque ni el mismo Bravo Murillo, cuyas condiciones de hacendista tanto se han encomiado, demostró la inteligencia, el sentido práctico y el valor del Sr. Camacho. El actual Ministro de Hacienda, mortificado por la emulación personal y aguijoneado por la pasión política, combatió los planes de aquél de una manera exagerada, olvidando, sin duda, que en materias de Hacienda es precisamente donde los partidos conservadores deben ser más circunspectos estando en la oposición. Esta actitud, que hubiera podido modificar, en aras del interés público, cuando fué llamado á los Consejos de la Corona en el mes de

Enero, y que no modificó por sus especiales condiciones de carácter, le condujo á desechar unas veces y á bastardear otras los principios y los procedimientos del Ministro liberal, llevando su intransigencia hasta el extremo de declarar en el Congreso, en una interrupción célebre de que tomaron acta los hombres de administración y los hombres de negocios, que *ninguno, absolutamente ninguno de los planes del Sr. Camacho había tenido que aceptar* este *Gobierno.* Fruto de esta política económica y financiera, que no encontrará muchos panegiristas, es la situación anómala de la Hacienda, la baja en la recaudación de las rentas é impuestos, la depreciación de los valores públicos, los preludios de empréstitos ruinosos, los temores de que deje de pagarse el cupón con puntualidad, y, como complemento de todo, la desconfianza y malestar en todas las clases. El Sr. Cos Gayón sabe todo esto, y hasta se duele, á sus solas, del fracaso de su gestión; pero, ¿tendrá bastante sinceridad para declarar en las Cortes, cuando éstas reanuden sus tareas, que no hay salvación posible sin que se acepten resueltamente los planes y los procedimientos del Sr. Camacho? Hay quien cree que sí, y hasta se dice que esta manifestación la ha hecho ya en dos Consejos de Ministros presididos por el Rey, y aun se añade que este será el fundamento de una crisis que colocará al señor Cánovas en el caso de retirarse del Gobierno, por no considerarse con autoridad bastante para completar la obra de la reorganización de la Hacienda.

Hemos dicho al principio que la situación económica de Cuba es desesperada, y deberíamos añadir que esta gravedad trasciende á la política y al estado social más sériamente de lo que se cree. El Gobierno ha hecho mucho por dominar esta situación. Para obrar con más desembarazo, casi dictatorialmente, empezó por pedir á las Cortes una ley de autorización; pero los decretos que ha dado, ó han sido inútiles, ó han dado resultados contraproducentes. Y no se diga que en el Ministerio de Ultramar faltan hombres que conozcan la administración cubana; porque precisamente el Sr. Conde de Tejada, Jefe de este departamento, ha sido Consejero de la gran Antilla, y los Directores de Hacienda interino y propietario, Sres. Loren y Castro y Serrano, han sido en ella Intendentes ó Directores de Hacienda, y han podido apreciar sobre el terreno los vicios de su organización y los recursos que se pueden obtener por medio de un plan económico maduramente estudiado. El Ministro de Ultramar cree

que ha hecho algo con acordar algunas economías insignificantes, sin comprender que hay economías onerosas, como hay gastos reproductivos, y que no es el mejor hacendista el que elimina unas cuantas pesetas del presupuesto de gastos, quizá perjudicando los servicios públicos, sino el que sabe procurar ingresos sin arruinar el país y sin apartarse de las leyes de la equidad. El Ministro de Ultramar cree que con el decreto de condonación de deudas ha resuelto un problema difícil, y no sabe que esta clase de medidas no pueden dictarse sin que sobrevengan perturbaciones que desprestigian la administración. El Sr. Conde de Tejada cree que con la franquicia de derechos para la importación de los azúcares de Cuba en la Península fomentará rápidamente la producción y el comercio de aquella isla, y, por la forma en que lo ha hecho, sólo ha conseguido levantar protestas en los productores de Málaga y Granada, sin dejar satisfechos á los cubanos.

Ya sabe el Gobierno que todas sus medidas salvadoras han sido insuficientes, si es que no estériles, y que la falta de recursos es tan grande, que á los empleados civiles y militares se les adeudan seis ó siete mensualidades, y que servicios de carácter perentorio están desatendidos por falta de recursos. ¿Qué virtudes se pueden exigir á los empleados cuando se les abandona en brazos de la usura ó de la miseria? ¿Qué se puede esperar de Jefes y Oficiales del ejército que no cobran sus haberes? No queremos discutir á fondo este punto, porque el patriotismo nos lo veda. El Gobierno cree que es más justo destinar los ingresos del Tesoro, y especialmente la renta de Aduanas, al pago de la Deuda, que á pagar sus sueldos á los empleados, porque con los capitales de los acreedores se hizo la paz, y porque de este modo se salva el crédito nacional. Y los hombres de gobierno creen que esta política, si así puede llamarse, es más, mucho más funesta para Cuba que una nueva guerra, porque con ella se rebaja la dignidad de los peninsulares á los ojos de los cubanos, se desmoraliza la administración y se prostituye el ejército. El crédito se salva con crédito cuando no hay otros recursos; lo que no tiene salvación posible, es empujar á los empleados civiles y militares á la corrupción; porque una administración corrompida y corruptora, es la peor de las desgracias que pueden afligir á un pueblo.

Respecto de Filipinas, sólo diremos que la situación política no ofrece ni puede ofrecer, por ahora, gran cuidado, á pesar de que en

lo que va de año han ocurrido tres sublevaciones: la de Samar, la de Pangasinan y la de Marianas, á pesar de que en esta última ha muerto el Coronel Pazos, Gobernador político-militar, á pesar de que á consecuencia de los sucesos de Pangasinan se han hecho muchas prisiones en personas de alguna importancia en el país, á pesar de que en el año último se hicieron también prisiones en el arrabal de Tondo por sospechas de que se conspiraba. En Filipinas es posible todo, menos que el país se levante en armas contra España proclamando otra dominación ó proclamando su independencia; porque ni el indio piensa en esto, ni tiene medios, ni elementos, ni siquiera carácter para rebelarse. Todas las insurrecciones que han ocurrido en el país, y han sido varias, han reconocido causas completamente ajenas al filibusterismo. En 1815 se sublevaron los ilocanos por haberse abolido la Constitución de 1812, que los declaraba españoles, y porque se les exigieron los polos y el tributo, que ellos creían abolidos por la Constitución; en 1841 se sublevaron en Tayabas porque un lego fanático les inspiró la idea de fundar una cofradía, lo mismo que en este año ha ocurrido en Samar; en 1870 se sublevó la guarnición de Cavite, y aunque esta vez se dieron gritos de independencia, los promovedores de la rebelión fueron unos clérigos que odiaban á los fráiles, porque á la vuelta de los jesuitas se privó al clero secular de los curatos que venía disfrutando, alguno de ellos tan rico, como el de Antípolo, que produce una renta fabulosa. Cuantos conocen las islas Filipinas, su posición, los antagonismos de sus razas, y, sobre todo, el carácter del indio y del mestizo, saben que en mucho tiempo no hay que temer por la soberanía de España, que está muy arraigada en el sentimiento general.

Lo que Filipinas necesita para ser un rico imperio indiano, como en cierta ocasión dijo nuestro ilustre amigo el Sr. Sagasta, son ministros de Ultramar del temple del Sr. León y Castillo, cuyo nombre se pronuncia por aquellos sencillos habitantes como el de un gran bienhechor, porque con el desestanco del tabaco ha hecho la felicidad de aquel pueblo, digan lo que quieran los enemigos de esta gran reforma. Lo que Filipinas necesita, es una administración ilustrada como la que ahora tiene; una administración que estimule las ciencias y las artes; que fomente la producción, el comercio y el consumo; que simplifique los procedimientos para que todos los intereses se desenvuelvan, y que acometa con valor las reformas políticas, judiciales y administrativas que tan imperiosamente reclama el in-

terés de aquel rico Archipiélago. Algo ha hecho en este sentido el actual Ministro de Ultramar, Sr. Conde de Tejada de Valdosera, con su decreto aprobando el presupuesto de 1884-85, y con su decreto de 25 de Octubre último creando tres nuevas plazas de Magistrados en la Audiencia de Manila; pero es preciso hacer más, para que de una vez quede deslindada la administración civil, la económica y la de justicia, y cese la confusión y cese el cómico espectáculo de que un Alférez ó un Teniente del ejército sea el Gobernador civil y Gobernador militar de una provincia, el Capitán de puerto, el Administrador de Hacienda, el Administrador de Correos, Juez de primera instancia, Juez municipal, Notario público y no sabemos cuántas cosas más.

Pocas veces habrán gobernado y dirigido la administración de Filipinas autoridades de tantas y tan relevantes cualidades como las que ahora se hallan al frente del Gobierno general, de la Intendencia y de la Dirección general de Administración civil; pero todos los esfuerzos se estrellan contra el nepotismo del Ministerio de Ultramar, que casi siempre es el panteón donde se sepultan las reformas de más interés para nuestras colonias, cuando no se resuelven con un criterio desdichado. Sería un gran bien para Cuba, Puerto-Rico y Filipinas que se suprimiera el Ministerio de Ultramar.

F. Calvo Muñoz.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

Elecciones por todas partes y elecciones de todas clases es lo que se ofrece á nuestra vista al tender la mirada sobre la situación presente de las naciones extranjeras, poniendo de relieve este hecho la manera de ser de las sociedades modernas (nos referimos á las que verdaderamente merecen este nombre), en todas las cuales impera y no puede menos de imperar el régimen de gobierno del país por el país.

Elecciones legislativas en Alemania y Holanda, y poco hace en Dinamarca; elecciones municipales en Bélgica; elección presidencial en los Estados-Unidos; tales son los hechos recientes más culminantes de la política exterior.

Podráse discutir y sostener diferentes puntos de vista respecto á la sinceridad electoral, á la mayor ó menor influencia inmediata de las elecciones, á si esa influencia es buena ó mala, á sus detalles y consecuencias, en una palabra; pero no podrá menos de haber conformidad, salvo siempre las preocupaciones de secta, en lo fundamental, es á saber: en la preeminencia que cada vez con más fuerza y de una manera más absoluta ejerce la opinión pública en el gobierno de los pueblos.

Aunque no la única, pues frecuentemente la prensa y las reuniones la reflejan con exactitud, la forma de expresión más directa y más natural de la opinión pública es la electoral; y de aquí el interés con que se sigue el resultado de esas consultas nacionales que se llallaman elecciones. El carácter de éstas, y, por lo tanto, sus conse-

cuencias, depende naturalmente de las circunstancias del país en que se verifican, y basta observar ligeramente las que hemos apuntado para apreciar las profundas diferencias que entre unas y otras existen. No se debe, por esta razón, juzgarlas con igual criterio, sino tener muy en cuenta las condiciones de cada Estado y su manera de ser, si se quiere formar un juicio exacto é imparcial de ellas.

Sería absurdo, por ejemplo, equiparar los resultados de las elecciones de Alemania á los de las de otras naciones donde rige verdaderamente el sistema parlamentario. Sabido es que éste, en la acepción exacta de la palabra, dista mucho de ser una realidad en Alemania, y que ni siquiera es allí una aspiración general de los partidos políticos, pues sólo los liberales lo defienden como bueno, encontrándolo detestable el Príncipe de Bismarck, á quien siguen los conservadores, y, aunque útil para sus fines, malo también en su esencia, los socialistas y los revolucionarios. Con recordar que el Gobierno imperial, ó sea el Canciller, único funcionario responsable del Imperio, no es en lo más mínimo responsable ante el Parlamento, y sí sólo ante el Emperador, están contados los grados de parlamentarismo que tiene el régimen político del Imperio alemán. Existe allí, sin embargo, un Parlamento elegido nada menos que por sufragio universal directo; pero su influencia en la gobernación del Estado es muy pequeña, pues sólo puede tener el carácter negativo de impedir hacer, sin pretender siquiera imponer su voluntad en nada, porque sería empeño inútil, no teniendo en su mano ni dependiendo de él en nada el Poder Ejecutivo. El recurso supremo, único que podría emplear, que sería negarse á votar el presupuesto, sólo existe en teoría, pues en la práctica, hoy por hoy, no se le ocurre á nadie que pudiera el Reichstag atreverse á semejante cosa, ni será posible ese conflicto mientras vivan y gobiernen el Imperio los fundadores de la unidad nacional, el Emperador Guillermo, Bismarck, Moltke, cuyos nombres pesan más en Alemania que cualquier Parlamento, y que, si éste pretendiera imponérseles, le arrollarían fácilmente por su inmenso prestigio é insignes merecimientos.

El Reichstag que acaba de ser elegido, lejos de dar motivo para pensar en la posibilidad de una lucha con el Poder Ejecutivo, promete, por su composición, ser un instrumento aún más dócil que los anteriores en manos del Príncipe de Bismarck. Los dos rasgos salientes de las últimas elecciones, son la derrota de los liberales, que han perdido la tercera parte de los puestos que tenían en el anterior

Parlamento, y el triunfo de los socialistas, que casi han duplicado su número. Sería un error atribuir este resultado tan sólo al desarrollo de las ideas socialistas y al decrecimiento de la influencia liberal. Sin negar la parte que en él han tenido estas causas, es preciso recordar que la persecución de que por parte del Gobierno han sido objeto los socialistas, sujetos desde hace siete años á los rigores de una legislación excepcional, ha rodeado, como sucede siempre y no se aprende nunca, de una aureola de popularidad á muchos de sus principales jefes, quienes, además de las ventajas que esta situación personal les daba, han aprovechado el rencor implacable que el Príncipe de Bismarck profesa á los liberales, que constituyen la verdadera oposición, para unirse en muchos puntos contra éstos á los conservadores, decidiendo con esta extraña alianza la derrota de muchos candidatos liberales. Y lo mismo que por los conservadores, han sido también favorecidos los socialistas por los ultramontanos, quienes, en los distritos donde no podían aspirar al triunfo de un candidato propio, daban sus votos al socialista contra el liberal ó el conservador, prefiriendo á la victoria de cualquiera de éstos la del socialista, cuyo partido, por la distancia que le separa de las esferas del gobierno, viene así á beneficiarse de esa especie de oposición platónica en que aparece colocado, explotando, merced á su neutralidad entre ellos, los odios que separan á los partidos gubernamentales, y que la misma relativa proximidad de éstos hace más enconados é irreconciliables.

Por otra parte, la oposición del partido liberal, que, por bien de Alemania, es de esperar dé sus frutos con el trascurso del tiempo, aparece hoy como poco práctica, por lo ininteligibles que son todavía para la masa del país muchos de sus principios. Una política no agresiva en el exterior, la libertad de comercio, el *self-government* local, la responsabilidad ministerial, son ideas que tardarán aún bastante tiempo en adquirir base ancha y sólida en el campo de la política alemana. Mucho más que todas ellas juntos, apasionan los ánimos las aspiraciones de engrandecimiento colonial que ahora con tanto afan persigue el Príncipe de Bismarck.

Todavía, pues, más fácilmente que al anterior manejará el Canciller al nuevo Reichstag, pnes aunque no constituyen mayoría las diferentes fracciones más ó menos conservadoras que le apoyan incondicionalmente, no puede oponerle seria resistencia una oposición en que figuran liberales, ultramontanos, socialistas y cuatro fracciones dis-

tintas de particularistas, los alsacianos-loreneses, los polacos, los güelfos y un dinamarqués. Motivo tiene, por lo tanto, para estar satisfecho el Príncipe de Bismarck, nunque no á nuestro juicio Alemania, que más ó menos pronto sufrirá las consecuencias de las aficiones socialistas y de las aversiones liberales de su gran Canciller.

Contrastando con la poca influencia de unas elecciones legislativas en Alemania, vemos en Bélgica unas elecciones municipales producir la caída de un Gobierno que hacía sólo tres meses que había subido al poder á impulsos de un movimiento de opinión que se reveló con gran fuerza por dos veces: primero en las elecciones para renovar la mitad de la Cámara de los diputados, y después en la renovación total del Senado. Como en Bélgica, sin embargo, la opinión pública tiene tanta fuerza y al mismo tiempo es tan sensible, á los tres meses de nacer estaba tan gastado el ministerio Malou, por su política excesivamente reaccionaria, que el partido liberal, rehecho de su última derrota, ha podido tomar en tan corto plazo una brillante revancha, bastando este hecho para hacer imposible la continuación de aquel Gobierno. Es verdad que el actual es también conservador; pero hay que tener en cuenta que están aún muy recientes las elecciones de diputados y de senadores, tan desastrosas para los liberales, y que la opinión pública sólo ha tenido ocasión hasta ahora de mostrar lo reaccionada que está en sentido liberal en unas elecciones municipales.

En un país como Bélgica, el papel de un Monarca constitucional, siempre delicado y árduo, se encuentra así facilitado por la seguridad del guía que tiene que consultar y de la norma que tiene que seguir: una opinión pública sensible y enérgica al mismo tiempo.

Aunque todavía no se sabe de una manera definitiva, parece que al fin el Presidente de los Estados-Unidos será el demócrata Mr. Cleveland.

La lucha entre el partido republicano y el demócrata ha agitado al país todo lo que puede agitarle una cosa en la que la masa de aquél apenas tiene interés. Aunque parezca extraño, la política apasiona muy poco en circunstancias normales al pueblo norte-americano, y viene á ser del dominio casi exclusivo de los políticos de profesión, que son quienes riñen esas al parecer gigantescas contiendas, á que sólo falta, para merecer en realidad aquel calificativo, una causa grande

que divida á los contendientes. La cuestión más importante que hoy separa á demócratas y republicanos, es la del régimen comercial, y basta decir esto para comprender el carácter relativamente modesto que ha de revestir una lucha que sólo versa sobre protección y librecambio, cuyos principios, además, no son sostenidos con exageración por sus respectivos defensores.

El espacio nos falta para extendernos sobre esta cuestión, y además, la falta de noticias definitivas nos hace preferir dejar para la próxima *Crónica* las consideraciones que puede sugerir el cambio político que la victoria de los demócratas producirá en los Estados Unidos.

Por las mismas razones no hablamos de la cuestión de Egipto ni de la guerra franco-china, que no han tenido variación notable desde la anterior *Crónica*.

Angel de Urzáiz.

DRAMÁTICA

LAS CRIATURAS DEL GENIO Y LAS CREACIONES DEL PUEBLO. DON JUAN TENORIO.

> Oui, Don Juan. Le voilà, ce nom que tout répète,
> Ce nom mystérieux que tout l'univers prend,
> Dont chacun vient parler, et que nul ne comprend.
> Si vaste et si puissant qu'il n'est pas de poete
> Qui ne l'ait soulevè dans son cœur et sa tête,
> Et pour l'avoir tenté ne soit resté plus grand.
>
> *Namouna.*—MUSSET.

Don Juan, el rebelde sevillano Don Juan, ha vuelto á cruzar la escena, gallardo y pendenciero.

Difícil, y acaso interesante bajo ciertos puntos de vista, sería el esclarecer la causa de que los primeros días de este mes, los días en que la Iglesia católica y la generalidad de sus fieles, asociando la veneración de los santos al recuerdo de los muertos, se entregan piadosamente á solemnidades y prácticas religiosas, sean los elegidos por el gentil seductor, escándalo de las almas devotas, para favorecer con su esperada y anual visita á un auditorio siempre numeroso, ante el cual no tiene reparo en hacer gala de su arrojo; pero si es dudosa la oportunidad, no es dudosa, en cambio, la complacencia, mezclada á cierta inquietud y sobresalto fugaces, con que el pueblo que llena en esta época nuestros teatros se interesa en sus engañosos

galanteos y le perdona sus atrevimientos y sus perjurios. ¡Es tan airoso, tan vehemente, tan español y, sobre todo, tan suyo!

Porque el tipo de Don Juan no ha brotado de la literatura. Estamos en desacuerdo con los escritores españoles que han asegurado que Don Juan «es creación de Tirso casi exclusivamente, puesto que de la tradición popular sólo pudo tomar un vago rasguño del personaje,» y nos maravilla, casi nos irrita, la imperdonable ligereza con que muchos críticos franceses aseguran que «el Don Juan de Molière es el verdadero y sólo Don Juan.» Nó; el aventurero arrogante, dotado por la naturaleza de un cuerpo bello y vigoroso y de una inteligencia rápida y viva; el libertino contumaz que, abusando de los dones de la juventud y de la fortuna, ha corrido tras el placer todos los países con la burlona sonrisa en los labios; el verdadero y original Don Juan, no ha surgido uno y distinto al conjuro poderoso de la inspiración de un día, sino que es la obra lenta de las edades; no es la criatura de un genio, es la creación de un pueblo.

¡La creación del genio y la creación del pueblo! No es posible llegar á estas cimas del pensamiento y de la fantasía sin sentirse súbitamente sobrecogido por un temor que tiene algo de supersticioso. ¿Cuáles fueron y dónde dormían las semillas misteriosas? ¿De dónde vino la chispa de fuego celeste que las hizo fecundas? ¿Qué jugos las nutrieron en estas gestaciones difíciles? ¡Quién lo sabe! Quizá las causas de estos alumbramientos sean eternamente desconocidas á la inteligencia humana; la una se agarra con tenacidad á las profundidades insondables de la conciencia; la otra pierde sus raíces en los recónditos senos á donde no penetró nunca la luz de la historia.

Pero aunque la Psicología no haya logrado todavía conocer la esencia íntima del genio; aunque el sociólogo se haya esforzado vanamente hasta hoy por descubrir con precisión el origen de las leyendas que el tiempo esconde cuidadoso, es legítimo y es posible ya diferenciar á grandes rasgos las creaciones del pueblo impresionable y fantaseador, y las creaciones del hombre predestinado que recibió en la frente el beso fecundísimo de la inspiración.

Es indudable que el genio se halla constantemente expuesto á las variables influencias del medio físico y social en que se desarrolla; pero puede afirmarse sin recelo que el sello característico de sus obras artísticas es el sello que les imprime su propia personalidad emocionada. Para él, la verdad de las cosas es la verdad de sus impresiones

y sentimientos; todas las ideas recibidas, vengan de donde quiera, las trasforma espontáneamente, tiñéndolas con los ricos colores que le presta su imaginación vivísima; y cuando de la fusión perfecta de estos primeros elementos apropiados, que trabajan sordamente su corazón y su inteligencia, surge la imagen seductora que espera con anhelo y que ha de ir á poblar el mundo de la Poesía, el genio, sorprendido, la contempla desde luégo una y definida, original é inmutable. El lazo firme, aunque invisible, que asocia estrechamente unas partes á otras, una vez encarnada la idea, no consiente disonancias, ni admite yustaposiciones, sino que forma organismos completos que atestiguan la potencia del espíritu que les infundiera el primer aliento.

Gracias á esta *unidad* de concepción y á la maestría con que el genio las hace sensibles, sus criaturas nacen vivas, perdurables; sus creadores, al entregarlas á la corriente de los siglos, han dicho á las generaciones del porvenir: *Esos son mis hijos, queredlos ó maldecidlos; pero no os atreváis á mutilarlos; me pertenecen.* Por eso, cuando otros artistas se han acercado á estos hombres cuasi divinos; cuando los poetas han querido dar á conocer en su patria las sublimes visiones que engrandecen extrañas literaturas, no lo hacen corrigiéndolas y trasformándolas, de lo cual se reconocen incapaces, sino procurando trasladarlas fielmente, para que continúen iluminadas con los fulgores en que las bañara el genio. El escultor quiere despertar en el mármol el mismo sentimiento de vida que palpita en su seno; el pintor intenta aprisionar su alma en las bellas combinaciones de sus brillantes colores; el músico derrama sobre ellas el torrente inagotable de sus ricas armonias; pero todos cifran su orgullo en conservarlas religiosamente con el encanto puro con que salieron por vez primera á la luz de la gloria. Basta recordar cómo á través del himno que levantan en su alabanza las Bellas Artes de la edad moderna, desfilan inalterables en sus sentimientos y en sus formas los seres ideales que la Poesía de los últimos siglos ha popularizado, dotándolos de tanta y quizá más rica vida que la que gozamos nosotros mismos.

Perdimos hasta las cenizas de Cervantes, y Don Quijote, incansable, recorre todavía la tierra buscando aventuras inverosímiles, sin que nadie haya osado desfigurar la figura del triste caballero, ni desmontar á Sancho del pacífico jumento que lo completa; Hamlet pasa ante nuestros ojos como en el día primero, inquieto, receloso, pensativo, con la calavera en la mano y la eterna pregunta en los labios;

Lear, delirante, reprocha hoy mismo á sus hijas la ingratitud y la crueldad, que no se atreve á reprochar á las tempestades desencadenadas sobre su cabeza; el Otello que nosotros conocemos es aquel ardiente negro que recogió en Venecia su ventura para arrojarla en el abismo que de consuno abrieron en Chipre la traición y los celos; Macbeth, empujado por la ambición, aún rueda de crimen en crimen; Shylock, Yago, Falstaff, Werther, todos son los mismos; el tiempo no ha podido cambiar la llama que arde en sus entrañas, y no ha logrado tampoco extinguir la pura luz que llevan escondida en sus corazones Ofelia, Desdémona, Julieta, Cordelia, Miranda, Carlota, Margarita, el coro divino de las amorosas desdichadas que todavía embellecen las páginas de la literatura, firmes en su fe y sostenidas por la esperanza.

Los hijos de la fantasía popular no alcanzan nunca esta realidad y esta fijeza. Prosiguen su carrera con las edades, trasformándose según se trasforman las generaciones que los arrastran. No viven enteramente la vida particular de una época, pero jamás podrán quejarse de la soledad, porque adaptándose en cierta medida á la de todas, se mueven constantemente entre sus contemporáneos. Lo que pierden en plasticidad y exactitud como carácter personal, lo ganan en extensión y grandeza como tipo humano. Y es porque el pueblo, que no se propone, como el genio, encerrar desde luégo sus concepciones en una forma acabada y reguladora, porque si posee poderosas facultades poéticas, desconoce, en cambio, los procedimientos técnicos de que se vale el Arte, deja que su imaginación se esplaye por la región de lo desconocido, sin advertir, en su desvarío, que ha franqueado quizá los límites de lo natural y de lo verosímil. El primero que conociera el hecho, cierto ó dudoso, que le interesó con viveza y que originó la tradición, lo llevó guardado en su pensamiento pocas horas, pero fueron bastantes para que, al llegar á oídos de los que le escucharon, ávidos de lo extraordinario, fuera ya engrandecido y coloreado con las tintas, frescas ó sombrías, con que lo contempló su espíritu; y como necesariamente se hizo en forma tosca, este primer relato no pudo impresionar á los oyentes más que por las extrañas ideas que en ellos suscitara. Cada uno suplió á su manera los defectos que descubría; y así, según que la leyenda ha ido completándose y extendiéndose, ha ido también extendiéndose por distintos modos el número de sus anónimos é inconscientes colaboradores. En ella dejaron: la juventud su alegría, la

vejez sus temores, el ingenio sus chispas, el valor sus empresas, la fé sus anhelos, el amor sus arrebatos, la sabiduría sus consejos, y la melancolía sus éxtasis, y el pecado sus dudas, y la angustia sus extremecimientos, y la religión sus misterios, y sus plegarias y sus consuelos; que en esta composición fantástica y trabajosa de los siglos, todas las emociones y todos los instintos se juntan y se entrecruzan, no compenetrándose y persiguiendo una armonía análoga á la que guardan en un hombre determinado sus instintos y sus emociones, sino en la misma variedad y oposición que existe entre los hombres de un pueblo entero.

Y por encima de esta masa caótica, en que contrastan todos los afectos y todas las ideas en aquello que tienen de mudable en el individuo, ¡qué estrecha y qué maravillosa conjunción en cuanto hay de permanente, nacional ó humano en las hechuras del pueblo! Aquellos rasgos fundamentales que son comunes á la colectividad, ninguno puede desvirtuarlos ni corregirlos, que esto sería corregir y desvirtuar su propia naturaleza; pasan y se afirman en el trascurso de los años, llegando á constituir, en día más ó menos lejano, las cualidades predominantes y características del tipo legendario. Este, pues, no es ni podrá llegar á ser nunca una persona, es un símbolo. No ha tomado, como las criaturas del genio, todos sus atributos de uno, sino que va recogiendo en el tiempo uno de todos. Y no de todos los que vivieron, sino también de los que viven y vivirán. Si es casi imposible descubrir en el pasado el origen de estas ficciones, ¿quién será osado á señalar su término en el porvenir? La época que espira al legarlas á las que llegan, no dice, como el genio: «contempla;» les grita: «continúa.» Y así, el moralista, el crítico, el artista, intentarán siempre en vano aprisionar en un cuerpo de líneas ó colores de palabras ó sonidos las exuberantes é inmortales creaciones que hizo famosas el pueblo. Cada uno se apropiará de entre su rico contenido aquello que más le ha impresionado, según su temperamento, el carácter de su patria y el gusto de la época, dejando en la sombra ciertas cualidades, exagerando otras y aun dotándolo de algunas nuevas, con arreglo á sus preferencias. Si un artista con gran capacidad para sentir y gran potencia para expresar, los contempla y los comprende bajo aspectos variados, y consigue prestarles el relieve y el vigor de los seres vivos, habrá producido un gran carácter que puede considerarse hijo de su poderoso númen casi exclusivamente; pero no habrá logrado, no, encerrar en tan estrecho molde, por entero, el espíritu

rebelde de los tipos engendrados por la imaginación del pueblo, los cuales, rompiendo la cárcel en que se les creyó contenidos, irán á pedir otros más ámplios á nuevos artistas y á nuevas generaciones; que si es posible interpretarla en determinado momento, no es posible cristalizar y encender en el fuego de la vida una cifra irreductible y cambiante.

Por eso, tentadores é indefinidos; á través de mil encarnaciones incompletas; de teatro en teatro y de poema en poema: sin renegar de su nombre ni de su patria, aunque adoptados con cariño en otras, vagan por el mundo las dos figuras más vastas que el pueblo haya inventado en los tiempos modernos; los eternos Proteos á quienes el Arte ha prestado el ardor de todas las pasiones y el brillo de todos los prestigios: el arrebatado caballero sevillano, y el solitario pensador de Alemania: Fausto y Don Juan (1).

Decir que Fausto es el hombre que vive en la inteligencia, y Don Juan el hombre que vive en los sentidos; que el uno personifica la duda y el otro personifica el libertinaje, es no decir nada. Fausto y Don Juan son dos naciones, dos razas, y al lado de esto y por encima de esto, son dos fases opuestas de la humanidad entera. En la sombría leyenda del hombre que, aislado del mundo, á solas con su razón, anhela recoger en su alma, como premio de angustiosos afanes, un rayo siquiera de la verdad eterna, y, después de haberlo interrogado todo, siente que su desfallecida inteligencia vacila, y arrastrado por el deseo mal dormido, y á cambio de nuevos y terribles sacrificios, se hunde resuelto en la vida bullidora de que se creyera hastiado; bajo la aparente sencillez con que se desarrollan los sucesos en que interviene y que precipita aquel otro que, cerrando sus tardos oídos á los avisos de la conciencia, se lanza tras los placeres sensuales, y cuando ya lo ha gozado todo, sin alcanzar la suprema satisfacción que ansiaba, es sorprendido por las pavorosas sombras de la muerte, que siempre creyó lejos, palpita, sí, el temeroso problema que, en medio de sus miserias y con levantada elocuencia, planteara Job en el desierto: el problema de nuestro destino. Y como las naciones cambian y las razas se modifican, y la humanidad errante, como el Ahasverus de Quinet sigue su marcha á través de

(1) ¿Qué extraño que asociemos estos nombres, si en su tragedia *Don Juan y Fausto* Grabbe ha tenido la singular idea de presentarlos frente á frente?

los siglos; como cada uno de los recién venidos trae un pensamiento que debe ser conocido y una frase que debe ser escuchada, cada poeta también lleva guardado en su corazón un tipo ideal que referir á esos dos nombres, que vienen á ser como palabras de mágica virtud que despiertan en cada cual una cadena de ideas y de sentimientos personales y distintos.

Fausto, en toda su austeridad y su grandeza, no es el Fausto de Marlowe, ni el Fausto de Lessing, ni el Fausto de Soden, ni el Fausto de Schunck, ni el Fausto de Klingeman. El mismo Göethe revistió con formas imperecederas la creación poética de la sin par Margarita, que había nacido como flor de aroma inextinguible en el corazón del gran poeta, pero no pudo hacer vivir para siempre con una misma vida al extraño ser en quien cifró todas sus creencias y todas sus pasiones el alma inmensa de un pueblo que se renueva.

Y Don Juan, Don Juan, que es el que ha motivado en nosotros las reflexiones que con precipitación acaso temeraria vamos exponiendo, no es tampoco, ya lo decimos al principio, creación inspirada de uno de los artistas numerosísimos que le han dedicado obras más ó menos notables. Antes que todos ellos existía, y bien puede asegurarse que seguirá existiendo, no en la forma y con el carácter que quiso atribuirles cada cual, sino con absoluta independencia de la extensa literatura que engendrara. Si la popularidad de que goza desde hace siglos la debiera, como ha venido suponiéndose, á ese prodigioso dón del hombre privilegiado que, como la luz, anima y abrillanta cuanto toca; si un elegido, aun recogiendo los primeros elementos del pueblo, lo hubiera sentido agitarse dentro de su seno con las agitaciones de toda concepción artística, que pide imperiosamente aire y movimiento é identificándose con él, y después de haberlo nutrido con su propia sangre hubiera logrado mostrarlo por entero al mundo con una forma en donde lucieran la sencillez y la verdad, la vida y la belleza de que circunda el genio sus hechuras, Don Juan habría recorrido la tierra derramando los atractivos de una juventud inalterable, y al volver á su patria idéntico á como la abandonara y con el agradecimiento en la mirada, se habría acercado á su progenitor con los laureles conseguidos, para decirle cómo lo admiraron todas las gentes y cómo conservaba sus cualidades y sus vicios sin temor al tiempo.

¿Ha sucedido así? ¿Es el mismo Don Juan que nació entre nosotros el que á nosotros ha vuelto? No; su cara ha cambiado tanto, pasio-

nes tan extrañas en él agitan hoy su corazón, que aun aquéllos que se deleitaron tratándole en sus mocedades, le han vuelto la espalda recelosos, diciéndole con despego: tú no eres Don Juan. ¿Qué países ha visitado, á qué costumbres ha tenido que adaptarse, qué relaciones sociales sostuvo para que inopinadamente haya trasformado así su manera de ser y su género de vida? Siguiendo sus pasos, hagamos nosotros con rapidez vertiginosa el viaje en que él invirtiera tantos años. No nos detengamos ni un momento en aquellos lugares por donde cruzó como un relámpago, y en ocasiones de rigoroso incógnito; la peregrinación sería interminable; lleguemos únicamente á aquellos otros en que, por haber trabado amistad, alguna vez perniciosa, con altos personajes, fué retenido por más tiempo. Pero antes, hagamos, en señal de reconocimiento, una reverencia cariñosa ante la faz picaresca y al par meditabunda de Fray Gabriel Téllez.

Con aquella agilidad y agudeza de entendimiento que le consentía penetrar con mirada de poeta en el fondo de los asuntos más grandiosos y descubrir el lado bello de las costumbres villanescas, Tirso fué innegablemente el primero que con deliberación manifiesta de prohijarlo y definirlo recogió de la plaza pública al decidido mancebo que tan variadas leyendas motivara entre las sencillas gentes, á un tiempo prendadas de su bizarría y temerosas de sus desacatos. No entra en nuestro propósito discutir el acierto con que Tirso realizara el suyo; nos basta por hoy apuntar la manera que tuvo tan claro ingenio de comprender é interpretar el carácter y las aficiones de aquel pecador. Y con decir pecador, quizá lo hemos dicho todo. Don Juan mientras viviera bajo la dirección espiritual de un católico tan sincero como Fray Gabriel Téllez, no fué otra cosa que un gran pecador de apuesta figura, sangre hirviente, corazón voluble y cabeza ligera. Cree en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma, en la resurrección de la carne y el perdón de las culpas; cree en la gloria, cree en el purgatorio, cree en el infierno, sólo que no hay fuerzas humanas que le obliguen á pensar en todas estas cosas formalmente. Si alguno intenta promover su arrepentimiento y su enmienda amenazándole con los rigores de la justicia inexorable que vela tras los umbrales de la muerte, él se complace con la benignidad de estas amonestaciones, que le prometen todavía una jornada tan larga; y como quiere hacerla lo más alegremente que pueda, prosigue su carrera cada vez con más brios, burlando por la astucia ó arrollando

con la espada los obstáculos que le apartan de los placeres sensuales y persiguiendo otros tenaz, sin consentir jamás que agarren en su pecho las amargas raíces del recuerdo, ni echar sobre su conciencia el peso de los remordimientos. Tal era Don Juan al partir de España.

Olvidemos sus correrías por Italia, busquémosle en los días en que hizo su conocimiento con Molière. ¡Qué cambio! Su entusiasmo se apaga; aquella espontaneidad y aquella resolución de que antes diera muestras en sus arriesgadas empresas, ya no le ayudan; prevé el peligro, y lo evita; no obra, calcula; á sus antiguos vicios ha juntado otros vicios ruines, y los ha rociado todos con algunas gotas de liviana filosofía; desprecia la autoridad paterna, y se entretiene en asegurar que no cree en nada; lo único que sabe, es que dos y dos son cuatro, es decir, dos mujeres aristocráticas y dos pescadoras, son cuatro mujeres lindas que lo solicitan; pero como el gozar de todas trae consigo compromisos y enredijos que él ya no sabe desatar fácilmente, suelta la espada, baja los ojos y admite sobre su rostro la careta de la hipocresía.—¿Hipócrita Don Juan?—Sí, hipócrita aunque teórico; en los momentos en que lo dibujaba, Molière vislumbró en sus ensueños de poeta el perfil de Tartuffe. Veía cómo se arrojaban al surco dispuesto las semillas podridas que engendraron aquella sociedad corrompida y corruptora del siglo XVIII, de entre cuyos vicios habría luégo de levantarse el espíritu á su más alto grado de independencia, y quiso lanzar al rostro de sus contemporáneos estas palabras candentes: «*L'hypocrisie est un vice à la mode, et tous les vices á la mode passent pour vertus... Aujourd'hui, la profession d'hypocrite a de merveilleux avantages.*» ¡Pero cómo mancharon tales afirmaciones la lengua de don Juan!

Bien hizo el maravilloso pintor de los sonidos al rejuvenecerlo y purificarlo en el Jordán cristalino de sus frescas armonías. Ved cómo en la obra de Da Ponte y de Mozart Don Juan recobra algo de su nativo ardor y de su hidalga nobleza, cómo es más alegre sin ser grosero, cómo es á veces pensativo sin ser razonador; oid cómo á su lado el drama se lamenta con solemnidad y la pasión suspira con languidez; sorprended, si podéis, el alma de las melodías que brotan de sus labios, y oiréis quizá la voz emocionada del gran músico, que con la vaguedad de su lenguaje os dice entre las risas y los sollozos que en aquella oscura conciencia germina silenciosamente la fe, y que el amor puede despertarse en aquel corazón enfermo.

Pero si el amor se despereza, la fe no arraiga. El Don Juan de By-

ron es tierno y amoroso junto á las bellas que el azar coloca en su camino; lleva guardada entre sus memorias queridas la imagen encantadora de la última que le prodigara sus caricias, hasta que otra más apasionada la borra con sus besos; mas si no es un ateo, como el de Molière, tampoco es un creyente, como el de Tirso; el don Juan de Byron es un escéptico: que exista ó no exista Dios, ¿qué le importa? No se toma la molestia de inquirirlo; apura el placer donde le sale al paso, pero no se compromete jamás por encontrarlo; es casi adolescente y ya es discreto, en ocasiones melancólico; piensa que no son estos los tiempos en que sus hermanos en la literatura se entregaron á tantos desafueros, y concluye por creer que ahora no es oportuno ni es higiénico buscar un pasatiempo en la práctica asídua del libertinaje, de donde surgen sin remedio los raptos y los duelos, en los cuales no siempre queda airoso el burlador.

Pero no; no se le diga por esto: «tú no eres Don Juan. «Nació hermoso en Sevilla; dejó pasar la niñez á las márgenes del «noble río que llaman Guadalquivir;» «aprendió á cabalgar, á manejar la espada y las armas de fuego, todo aquello que parece indispensable para asaltar una fortaleza... ó un convento de monjas;» interviene á los diez y seis años en escandalosas aventuras de amor; emprende luégo dilatados viajes, y desde el día en que arriba náufrago y sin aliento á las costas de las islas Cicladas y abre los ojos para encender con su mirada el dormido corazón de aquella Haidée poética que le prestase abrigo—como el Don Juan de Tirso al arribar al mundo de la escena abrasara el de la crédula Tisbea en las playas de Tarragona—sigue también una senda sembrada de seducciones y de riesgos, dejando en todas partes recuerdos de su ánimo y de su altivez. Sólo que «Don Juan, desde países romancescos, en donde la pasión afronta los peligros de la muerte y no los de un proceso, y en los que el amor es perpétuo delirio, habíase trasladado, aún joven, á una sociedad en que la galantería es sólo capricho y objeto de moda, mitad mercantilismo, mitad pedantería;» y así como á su paso por Francia no pudo evitar sus íntimas relaciones con Tartuffe, en llegando á Inglaterra oyó hablar de Lovelace y fué el inseparable de Childe-Harold.

¡Cuántas trasformaciones! Pero también, ¡qué revolución tan profunda se ha operado en las costumbres y en las ideas desde Tirso á Molière y desde Molière á Mozart y á Byron! El vasto tipo legendario en quien el pueblo andaluz, España entera, había cifrado bajo deter-

minado aspecto sus pasiones y sus rebeldías, al mismo tiempo que los anhelos y los temores de toda la humanidad, ha ido abandonando ó recogiendo una cualidad en cada nación y un atributo en cada siglo; todos los poetas lo encontraron bastante ámplio para encerrar en sus entrañas la maldición ó la duda, las sonrisas ó las lágrimas que brotaron espontáneamente de sus entrañas propias, y de esta suerte Don Juan, como Fausto, asombroso en sus mismas contradicciones, llegará quizás á edades remotas, para decir y mostrar que él no ha surgido completo y resplandeciente de los ocultos talleres en donde el genio forja sus criaturas, sino que en la atmósfera libre de las ciudades y los campos va elaborándose y engrandeciéndose, como se elaboran y engrandecen los sentimientos y las aspiraciones del pueblo.

Y puesto que es tan grande la vitalidad de estas creaciones, dispóngase, aquel que se sienta con alientos para tal empresa, á unir una página gloriosa á las innumerables páginas que ha inspirado Don Juan en la época moderna. La generación que llega recogiendo la herencia de las pasadas, debe alzar también la voz en este concierto de todas las inteligencias. España, sobre todo; España, que puede identificarse como ninguna otra nación con el espíritu de una leyenda que tuvo su origen en la encantadora Andalucía, está obligada á llamar otra vez la atención de propios y extraños presentándoles una obra que, ya que no pueda ser coronamiento, sea florón preciado de aquella literatura y norma de los cambios sobrevenidos en el gusto, en la razón y en la fantasía popular. En ella encontraríamos con seguridad una revelación de los instintos artísticos que trabajan calladamente nuestro corazón, y volverían á plantearse y discutirse interesantes problemas que algunos dan por resueltos, pero que en realidad no lo están todavía. ¿Qué otra ocasión más oportuna y más solemne para que la crítica y el arte, recogiéndose en sí mismos, se diesen cuenta exacta de su estado, y, midiendo el camino recorrido y las dificultades salvadas, se asegurasen de la dirección más conveniente en el porvenir?

Pero esa obra novelesca, lírica ó teatral, si ha de conseguir la adhesión de todos y hacer fructuoso su estudio, no debe proponerse, como han aconsejado algunos escritores de nuestra patria, la refundición de otras conocidas que pueden saborear los enamorados en sus reposadas fuentes. En todo tiempo los artistas más aplaudidos y más grandes lo fueron precisamente porque no imitaron á los otros.

El poeta futuro que, comprendiendo la trascendencia del intento lo acometa, debe obrar con absoluta independencia de los que le han precedido. Cuando después de interrogar al mundo que le rodee, haya averiguado dónde se encuentra en esa fecha incierta Don Juan y cómo piensa y qué hace; cuando lo haya concebido tan verdadero y tan vivo que pueda tener la convicción de que hemos de interesarnos por él, olvide que otros autores han procurado repetidamente encarnar en una forma poética ese tipo legendario; piense que la espontaneidad del artista es la única que puede producir un arte original y sincero; abandónese confiado á sus propios pensamientos y emociones, y fundida al calor de la pasión y del entusiasmo, bella con las galas purísimas que derrama sobre sus obras la fantasía, muéstrenos una figura vigorosa que pueda llamarse con justicia el don Juan del siglo xx. ¡Dichosos los poetas inspirados que pueden hacer estas cosas!

¡Y dichosos aquellos escritores que han sabido conquistarse la autoridad que presta la opinión á los críticos avisados, si logran provocarlas!

Interpongan para ello su influencia, y procuren que los artistas jóvenes, en vez de volver los ojos al pasado, estudien el presente y escudriñen el porvenir; no les señalen como modelo el drama de Tirso, ni otro alguno de los muchos que ha engendrado la tradición sevillana, y, sobre todo, no insistan en pedir á Zorrilla que purgue su obra de los defectos que la empañan, porque le piden lo imposible.

Zorrilla—¿hubiera sido posible terminar estas páginas sin nombrarlo?—es el pintor inimitable de la naturaleza, pero conoce poco al hombre. Preguntadle cómo titila la gota de rocío en el pétalo afelpado de las flores; preguntadle cómo hablan los confusos rumores de la llanura y qué responden los ecos de la montaña; preguntadle cómo arrolla el vendaval las olas y cómo desgarra las nubes el rayo; pero no le preguntéis por qué tiemblan las lágrimas en los párpados enrojecidos y qué murmuran nuestros instintos inquietos, y cómo los domina la razón severa; no le preguntéis cómo agita la sangre el huracán de la pasión, ni cómo huyen las sombras de la inteligencia al relampaguear de la idea; que preguntarle á él estas cosas, es lo mismo que preguntar al pájaro por los secretos que guarda en sus profundidades el Océano: Zorrilla vuela, pero no bucea.

Si á pesar de este defecto, el más grave de cuantos puede tener un dramático, algunas de sus obras teatrales se han popularizado en

España, es porque, á más de expresar maravillosamente las armonías de la naturaleza, Zorrilla es el bardo errante de los recuerdos amados de la patria, el cantor de *Granada* y del *Legendario del Cid.* Ha sabido plegarse como ninguno á las exigencias de la multitud, hablándole de aquello que todos sentían con viveza en una forma deslumbradora, y por eso escribió *Don Juan Tenorio*, y por eso se justifica el aplauso interminable que alcanza con esta obra, á pesar de sus errores.

Jamás habló Don Juan un lenguaje parecido. La música más dulce no llega á los corazones con el ritmo y la suavidad con que va cayendo en los oídos la miel de sus palabras. Sabe en ocasiones prestarles el acento de una emoción sincera, y no puede evitar en otras que broten empapadas en el jugo que destila su tristeza. Y es que ya Don Juan ama; no con el amor brutal de los sentidos, que abrasa al que lo padece, sino con ese otro sentimiento profundo y duradero que conmueve y purifica todo nuestro ser, derrama nuevos encantos sobre los que nos rodean y puede despertar en lo íntimo de la conciencia la aspiración á lo infinito. Por eso se salva. Y ¡cuántas inquietudes debieron asaltar el espíritu acongojado de Zorrilla al acercarse la hora suprema! Él, que había domado el recio corazón del libertino, infundiéndole algo de su propio corazón enamorado, no podía entregarlo á las amarguras de una terrible condenación sin graves vacilaciones. Oyó distintamente aquel áspero *Ya acuerdas tarde*, que pronunciara Tirso inflexible; vió escrita con caracteres de fuego en el espacio la severa palabra del angel de Dumas: *Justicia;* pero acaso en el instante mismo en que quiso arrancarse del pecho las hondas raíces de un amor culpable, llegó á su alma, confusa como si viniera de los trémulos labios de todo un pueblo que implora por su hijo, la voz divina de *¡Misericordia!*, y Zorrilla fué misericordioso. ¡Hiciste bien, poeta!

Julio Barrocál.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La casa y la calle.—*Crónica contemporánea*, por D. José M. Matheu.—Madrid, 1884.

Engañaríase ciertamente el que, al juzgar por el título de este libro, pensara que se trataba de una novela de las muchas que hoy salen á luz tomando por objeto nuestras costumbres. No es esto la obra del Sr. Matheu, aunque muy bien pudiera haberlo sido, porque algunos de los cuadros que contiene *La casa y la calle*, dan derecho á su autor para intentar, con esperanzas de éxito, empresa de mayor vuelo.

Se trata de una colección de pequeñas narraciones de hechos de la vida ordinaria, que no tienen relación unas con otras ni todas entre sí; pues el título general puesto al frente del libro para darle cierta unidad, pudiera ser sustituído por otro cualquiera, sin que afectara en lo más mínimo á su contenido. Obedece esto, sin duda alguna, en parte, á ser trabajos aislados que vieron la luz en diversas publicaciones con otro intento, y que ahora el autor reune para formar un volumen. Mas sea por lo que fuere, *La casa y la calle* no puede decirse que es un libro bueno ni malo, ni que está bien ni mal escrito; sus cuadros pertenecen á ese género de literatura que se lee cuando se desea que trascurra un poco de tiempo y, no hallamos, entre tanto, otra cosa que nos distraiga, pero que ni deja su lectura en el ánimo impresión alguna favorable ó adversa acerca de su mérito, ni pasadas algunas horas puede decirse lo que se ha leído, porque no queda nada en la memoria. Y es porque lo insignificante é incoloro de todo ello no ha logrado que el lector fije suficientemente la atención.

Deben convencerse los que aspiran á ser escritores de novelas. Relatar cualquier clase de sucesos ó acontecimientos y en cualquier forma, podrá ser bueno para comunicado particularmente á un amigo, porque el autor haya tenido parte en ellos ó por otra circunstancia análoga de esas que despiertan el interés de los allegados y deudos, siquiera el fondo sea lo más futil y baladí, pero no para darlos á conocer al público pretendiendo haber hecho una obra literaria. Escritas estas composiciones en estilo fácil y natural, y predominando en ellas un buen sentido, puede afirmarse que, si este autor no es de los destinados á conseguir grandes triunfos, es de aquellos que están llamados á adelantar, aunque lentamente, en cada nueva obra que produzcan.

BIBLIOTECA DE LAS TRADICIONES POPULARES.—Director, D. Antonio Machado y Alvarez.—Tomos IV y V.—Madrid, 1884.

Ya dimos cuenta á nuestros lectores en el número de la REVISTA correspondiente al 25 de Setiembre de este mismo año, de la aparición de la *Biblioteca de las Tradiciones populares*, y del carácter especial de estos estudios, que, en verdad, precisa reconocerlo, adquieren cada día mayor importancia y solicitan con más fijeza la atención de los estudiosos, por cuanto son producto propio de la nueva dirección científica, con su más prolija búsqueda y más ámplio propósito. Hemos recibido posteriormente los dos tomos IV y V, de los cuales habremos de hacer un examen rápido, ya que su especial contenido no nos permite detenernos en una exposición suficiente.

La primera parte del tomo IV está dedicada al *Folk-Lore Gallego*, en forma de miscelánea, á que han contribuído la señora doña Emilia Pardo Bazán y los Sres. F. Casares, J. Sieiro, M. Valladares, J. Pérez Ballesteros, B. Fernández Alonso, R. Somoza Piñeiro y A. Machado y Alvarez, todos perfectamente penetrados de lo que son estos estudios; merecen muy especial mención los trabajos de la señora doña Emilia Pardo Bazán.

Conocida la insigne novelista por su claro talento, vivaz imaginación, poderoso sentimiento y galano y castizo estilo, del mundo literario, como gloria patria, no tenemos por qué decir que así en el discurso leído en la sesión inaugural del *Folk-Lore Gallego,* en la Coruña, el 1.º de Febrero del presente año, inserto en primer término, como en la por todos conceptos bellísima descripción de *La Gallega*, que lo está más adelante, se muestra tal cual la justa fama la ha encumbrado. He aquí cómo explica la tarea es-

pecial del Folk-Lore: «Todas cuantas personas se hallan congregadas en este recinto, han oído quejarse, ó se han quejado alguna vez, de que desaparecen las antiguas costumbres, de que los pueblos pierden su fisonomía, su carácter, su tipo propio, igualándose bajo la mano niveladora de la civilización, que borra todo lo tradicional.—Pues bien; el Folk-Lore quiere recoger esas tradiciones que se pierden, esas costumbres que se olvidan y esos vestigios de remotas edades que corren peligro de desaparecer para siempre. Quiere recogerlos, no con el fin de poner en uso lo que cayó en desuso, que sería empresa insensata y superior casi á las fuerzas humanas, sino con el de archivarlos, evitar su total desaparición, conservar su memoria y formar con ellos, por decirlo así, un museo universal, donde puedan estudiar los doctos la historia completa del pasado.»

Forma la segunda parte de este cuarto tomo la traducción de la obra de Nyder, *De los maleficios y los demonios*, también traducida en estos últimos capítulos, como ya apuntamos que lo fué en los anteriores por el señor D. J. M. Montoto, y una interesante descripción hecha en excelente castellano de las *Costumbres populares andaluzas*, por D. Luis de Montoto y Rautenstrauch, en la cual, si hay que aplaudir muchas bellezas, quizá se hallará también alguna desviación de lo que este estudio del saber popular sea.

El quinto tomo está enteramente redactado por el Director de la *Biblioteca de las tradiciones populares*, Sr. D. Antonio Machado y Alvarez, y comprende preciosos trabajos sobre las coplas populares, cuentos, adivinanzas, modismos, refranes, cantes flamencos, endevinallas, enigmas populares vascongados, fonética andaluza, y algunos estudios y artículos comparativos, bibliográficos y de propaganda.

Ciertamente, el nombre conquistado por propio valer por el Sr. Machado como cultivador de estos estudios del *saber popular*, nos exime de emitir parecer sobre cada uno de los trabajos que publica en este último tomo: la mayor parte los creemos perfectamente ajustados al especial carácter que por todos se le ha atribuído en el mundo civilizado; sí trascribiremos algunas de sus palabras en el prólogo, que explican las diferencias de propósito que se nota en ellos. «Los artículos de este libro—dice el Sr. Machado—anteriores al año de 1880, en que tuve la primera noticia de la existencia de la sociedad londonense *La Folk-Lore Society*, corresponden á dos períodos ó épocas de mi pensamiento, respecto á lo que entonces denominaba aún *Literatura popular*.» «Al primero de estos períodos pertenecen los artículos de cantares y los cuentos...» «En estos artículos, según observará el lector, predomina la tendencia krausista, que con manifiesto bene-

ficio de la ciencia, atendía más al fondo y forma interna de las producciones literarias que á su mero traje ó adorno exterior.» Posteriormente «no era el valor ideológico desentrañar el sentido oculto de sus producciones, sino únicamente probar la importancia de recogerlas fiel y exactamente para ulteriores fines científicos, lo que me preocupaba.»

TRADICIONES PERUANAS, por D. Ricardo Palma.—Edición completa.—Lima, 1884.

Hace treinta años próximamente que los periódicos de Lima empezaron á insertar en sus columnas algunas Crónicas romancescas, debidas á la fecunda y galana pluma de D. Ricardo Palma; y desde aquella fecha, rara ha sido la publicación política ó literaria de Méjico, Colombia, Venezuela, Plata, Chile, Bolivia, el Ecuador, y aun de aquellos Estados en donde excepcionalmente se habla y escribe el castellano, que no las hayan reproducido elogiándolas.

Tal aceptación movió al autor á coleccionar sus tradiciones por séries, dándoles así una vida más duradera que la que logran alcanzar los trabajos periodísticos; y como estas ediciones parciales, de las cuales se hicieron, en parte, algunas traducciones al inglés, francés, alemán, italiano y portugués, fueron agotadas con una rapidéz en los Estados americanos desusada, se ha hecho necesario darlas por segunda vez á la estampa, al mismo tiempo que se publicaban algunas inéditas; de esta necesidad ha nacido la idea de recoger en un solo volumen, que es el que señalamos, la obra entera del aplaudido peruano.

Y en verdad que es digna de alabanza la diligencia con que el nuevo editor Sr. Prince ha procurado coleccionar todos estos trabajos; porque si considerados aisladamente podrá parecer á algunos escasa su importancia, vistos en conjunto acusan un propósito digno gallardamente realizado. Embebido el Sr. Palma, como dice un ilustrado literato de su país, en la contemplación y estudio de los tiempos coloniales, los menos atendidos por los escritores de América, y hallando en ellos tesoros que explotar con harto provecho no sólo de la bella literatura, sino de la crítica social y política, dedicó exclusivamente su pluma al relato de cuantas tradiciones acreditan los documentos de los archivos ó la versión popular; y como para triunfar en tal empresa el autor ha necesitado comprender el espíritu de aquellos tiempos, desentrañar su filosofía en los acontecimientos que narra, prestar á éstos colorido local y hacer hablar á sus interlocutores un lenguaje apro-

piado sin ser indigesto, claro es que, á más de ser laudable la intención, puede ser también meritorio el vencer tantas dificultades.

La lectura, aun siendo superficial, de este libro, interesante bajo aspectos variados, demuestra cumplidamente que el autor ha sabido salvarlas. Los cuadros breves, pero frescos del Sr. Palma, están llenos de originalidad en cuanto á la composición, de sencillez encantadora en el desempeño, y avalorados con riquísimo colorido. Su estructura, su doctrina y su lenguaje, nada dejan que desear en algunas páginas. Y sobre todo, éstas son tan variadas, que bien puede asegurarse que son capaces de satisfacer los deseos del lector más despegado. Junto á una tradición de la época de los Incas, como *Palla-Huarcuna*, en donde son de advertir la verdad de las descripciones y la propiedad del estilo, se coloca un cuadro de género, como *Las Cortinas*, que rebosa gracia y espontaneidad: al lado de un cuento de viejas, tan encantadoramente relatado como el *De cómo un escribano le ganó un pleito al demonio*, va un artículo tan importante para la literatura americana como el dedicado al ingenioso fray Francisco del Castillo, conocido generalmente por *El ciego de la Merced*; y al par de éstos, verdaderos estudios de trascendencia para la historia, como los titulados *Anales de la Inquisición*, y *Monteagudo y Sánchez-Carrión*, que tan recia polémica motivara poco después de ser conocido.

No cabe duda, sin embargo, que donde mejor se refleja la personalidad literaria del autor, es en la copiosa colección de tradiciones que ocupan, casi enteramente el grueso tomo publicado en este año, y que han valido al Sr. Palma la fama y la popularidad de que goza en su país y en las otras Repúblicas hermanas. Son la historia íntima, las confidencias de una época que dista algunos siglos de la nuestra; unen la gracia al vigor, la seriedad del erudito á la amena volubilidad del curioso cronista, y, sobre todo, la dicción es tan pura y tan agradable, que no es extraño, por esta y las otras cualidades apuntadas, que Palma haya tenido muchos imitadores entre los poetas peruanos que han querido explotar el mismo filón, aunque con escasa fortuna comparativamente á la que premió la obra del primero, y no es extraño tampoco, antes bien justísimo, que la Academia Española le otorgara el año 1878 el título de académico correspondiente en el extranjero.

Los Consejos del Rey durante la Edad Media; su formación, autoridad y principales acuerdos en Europa, y singularmente en Castilla, por el Conde de Torreanáz.—Tomo I.—Madrid, 1884.

A la intensa é investigadora mirada de la crítica, guiada por los docu-

mentos que contienen en su expresión el génio de la raza, noticias del lento caminar del hombre en la obra de su constante mejora, y datos de la manera de ser del hogar de la familia, como de las más encumbradas esferas de la sociedad y de los gobiernos, nada hay que se escape; la historia de las instituciones, la historia general, como estudiada en muy diverso sentido hoy del que antes se le atribuía, ha adquirido señalada importancia, merced al convencimiento íntimo que la experiencia suministra de que en la vida únicamente se camina por sucesivas evoluciones, de las cuales las unas son antecedentes necesarios de las otras, sin que puedan comprenderse saltos ni divisiones, ya que en el hombre y el mundo todo, una sola fuerza se distribuye, formando por sus posiciones, antecedentes ó sucesivas las causas ó los efectos.

En la historia, acaso más que en ninguna otra rama de la ciencia, la elucubración que pudiéramos llamar aérea, sin base ni límites impuestos por la realidad de lo observado, ha clavado su aguijón y ha levantado teorías y sacado consecuencias tan ideales como compuesto el medio en que los hechos se han reflejado, y que ha solido consistir en el sentimiento levantado por una escuela ó profesión religiosa, la preocupación por un error de crítica y una aprehensión incompleta de los hechos mismos. Para evitar estos males, el estudioso de nuestros tiempos, el que tiene sinceridad científica, reune datos, los agrupa, saca de ellos sus relaciones comunes, y sin exceso de generalizaciones ofrece á sus lectores trabajo útil, como lo hace el señor Conde de Torreanáz en su libro *Los Consejos del Rey durante la Edad Media*, de que vamos á ocuparnos.

Carácter propio de la Edad Media es el predominio de la autoridad enfrente de la libertad, del interés de lo general sobre lo individual, de la idea y el principio del deber por cima del derecho, como condiciones de estabilidad y apego á la tradición, necesariamente requeridas para el movimiento libre á que se entrega y en que progresa el hombre de la edad moderna; por ello «las justas nacionales pierden su fuerza y la realeza llega á su mayor poder en los primeros siglos de aquella época, y el Monarca no está sujeto á un Consejo fijo y con atribuciones propias, sino que, si lo celebra, queda á su voluntad el reunirlo.» Pero la naturaleza propia de la gobernación del Estado, cuando éste ha adquirido fuerza y consistencia, obliga al Rey á «rodearse de guías y sujeciones.» «El espíritu de deliberación se abre al momento paso; y si encuentra cerrada la Representación nacional, retrocede y sube hasta las gradas del Trono.» «Así sucede que de las clases superiores se destaca un pequeño grupo de los más poderosos, influyentes ó favorecidos por la confianza personal del Monarca, que le rodea y sigue á

todas partes.» Cuando el Trono deja la condición ambulatoria y ambulante, renace el *Sacrum Palatium* de los Emperadores romanos con los oficiales mayores de la Corona y altas dignidades de la Iglesia, «que es la administración central y suprema del país y sirve de Consejo perenne al jefe del Estado.»

Los centros de actividad se multiplican, adquieren propia vida, y como de justicia se requiere, no pueden ser ya los mismos consejeros del Rey «aquellos á quienes sólo recomienda la calidad de magnates.» «Las nuevas asambleas solicitan y obtienen que ciertas funciones se confien á hombres conocedores de las verdaderas necesidades públicas y del derecho, asíduamente ocupados en desempeñar su oficio.» «De tal clase de personas comienzan á salir los auxiliares más activos del Poder Real, preparándose la institución de un Consejo, con planta fija de letrados, que resuelva las dificultades de la gobernación.» Así se agregan á los primitivos consejeros del Rey otros, «pertenecientes en general al estado llano y adornados muchos con un título que denota pericia en el derecho.»

La influencia del derecho romano comienza á dejarse sentir, y conforme á los textos muy hábilmente comentados y aducidos por los jurisconsultos de la época, sirven para levantar el Poder Real á título de reivindicación, sobre el poder feudal, que va siendo considerado en la opinión general como atentado y fráude de Estado. Las mayores atribuciones del Poder Real traen como consecuencia precisa distribuir en el Consejo, ya de planta fija, «las tareas, pues aumenta el número y la gravedad de los negocios.» «Su índole heterogénea pone de manifiesto la necesidad de que ciertas materias especiales sean tratadas por hombres facultativos.»

Cuando la Monarquía ha unificado los países y ha adquirido su mayor poder y esplendor, llega el Consejo á su apogeo, «y dominado por los jurisconsultos seglares, es ya la sola junta que «platica» desahogadamente sobre los intereses del país, y el postrer asilo para la justicia y el derecho cuando sucumbe la libertad.»

Comprende el primer período del libro de que damos cuenta los pueblos anglo-sajones y normandos, borgoñones, longobardos, francos y visigodos, probando que no existieron Consejos regulares en el espacio comprendido entre los siglos VI al XII, por más que de ordinario el Príncipe sometiera á deliberación los asuntos que resolvía, sobre todo en la España visigótica, y el segundo las vicisitudes de aquella institución en Inglaterra, Francia, Alemania, León, Castilla y la Monarquía aragonesa.

Una investigación escrupulosa é ilustrada, é independiente y ajena de toda preocupación, que ha contribuído á desvanecer no pocos errores, ava-

lora grandemente la obra del Conde de Torreanáz, que ha venido con ella á prestar señalado servicio á esta parte de la ciencia, y una forma de expresión clara y elegante al par, la hacen de gran utilidad y de amena lectura.

La nación y la realeza en los Estados de la corona de Aragón.—Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Bienvenido Oliver y Esteller.

La brillante colección de estudios históricos que la Academia atesora en los discursos de recepción, se ha enriquecido con los trabajos de los Académicos Sres. Oliver y Madrazo, leídos ante la docta corporación con motivo de la recepción del primero. Y en verdad que pocas materias más dignas de estudio pudo escoger el Sr. Oliver para dar gallarda muestra de sus vastos conocimientos, que el examen de los principios jurídicos que han informado la vida política de un pueblo. Trabajo es este que, para llevarlo á cabo, necesita gran cultura y espíritu crítico muy imparcial, y ambas cualidades las posee el distinguido autor de la *Historia del Derecho en Cataluña, Valencia y Mallorca;* es una prueba evidente el discurso del cual vamos á dar sucintamente cuenta á los lectores de la Revista.

El fuero de Alcázar-Rey, escrito por primera vez en las compilaciones del siglo XIII, es la primitiva y más fundamental constitución política de los antiguos reinos de Aragón y Navarra; y según este primer monumento legal y las demás leyes y costumbres comunes á aragoneses y pamploneses, conocidas con el nombre de fuero de Sobrarbe, el pueblo, antes de la casa de los Condes de Barcelona, aparece imponiendo pactos y condiciones á los Reyes al conferirles la investidura; la nación se mostraba siempre soberana; la idea de libertad estaba tan arraigada en el pueblo aragonés, que asombra la facilidad con que se extienden las instituciones municipales y los obstáculos con que tropieza en su desarrollo el feudalismo, reducido durante los primeros tiempos de la Monarquía á los beneficios en la parte estrictamente precisa para la defensa del territorio.

Aragón y Barcelona se unieron más tarde, poniéndose en contacto íntimo dos nacionalidades distintas: la ibero-romana ó aragonesa, y la gótico-feudal ó catalana, cada una de las cuales tenía diferente organización social y política. La soberanía en Barcelona residía en el Príncipe, y en Aragón la nación era la soberana; en las Cortes aragonesas estaban representadas todas las fuerzas del reino; las de Cataluña eran Juntas ó reuniones feudales.

No obstante estas diferencias, en los comienzos de la dinastía de los Condes de Barcelona, las leyes de Aragón, no sólo fueron respetadas, sino que influyeron, y aun modificaron las de Cataluña, que llegaron á conceder representación normal en las Cortes á los burgueses y ciudadanos. Pero este respeto á las leyes desapareció, y con él la armonía entre la Monarquía y el pueblo aragonés, que ya niega en Cortes á Pedro II el pago de excesivos tributos indebidamente exigidos, ya opone fuertes resistencias á las confiscaciones decretadas por D. Jáime, precursoras del planteamiento de las ideas y tendencias de la Monarquía romano-feudal, que simbolizaban los *Usatges* de Cataluña, ya forman robusta liga todas las clases sociales para resistir tenazmente los ataques dirigidos á las leyes patrias por Pedro III y Pedro IV, logrando imponer al primero el *privilegio general*, que afirmó el derecho de negar obediencia á los Reyes que faltaran á su palabra.

Esta parte interesantísima de la historia política y jurídica de Aragón es la que, con brillante estilo y gran abundancia de datos, expone el señor Oliver, y comenta y amplía el Sr. Madrazo en sus respectivos discursos. De ellos se deduce, á la simple vista, que, para estudiar históricamente el sistema representativo, es necesario recurrir á la historia de Aragón, en cuyas leyes, antes que en las de Inglaterra, se consignaron principios constitucionales dignos de ser admirados en los tiempos modernos.

Ampliación de la Psicología y nociones de Ontología, Cosmología y Teodicea, por el Dr. D. Delfin Donadiu y Puignau.—Barcelona, 1884.

El autor, al escribir esta obra, se ha propuesto formar un libro de texto con espíritu marcadamente católico, que pueda servir á la vez á los alumnos de la Facultad de Derecho en la asignatura de *Ampliación de la Psicología y Nociones de Ontología y Cosmología*, creada por Real decreto de 2 de Setiembre de 1883, y á los alumnos de *Metafísica* en la Facultad de Filosofía y Letras, así como también á los que se disponen á seguir los estudios teológicos.

Convencido de que la Psicología entra de lleno en la Filosofía, por cuanto ésta abarca tres objetos: Dios, el mundo y el hombre, cree el Sr. Donadiu que estos estudios exigen «alguna razón del asentimiento que se presta á una proposición cualquiera; pero no exige que esta razón proceda siempre de evidencia; sólo sí exige que se acepte lo verdadero, cualquiera que sea la fuente donde se tome y el medio por que se muestre.» «Si puede la razón demostrar, como efectivamente lo demuestra—afirma—que la autori-

dad de Dios es infalible; que es, no sólo posible, sino hasta moralmente necesaria una revelación primitiva, y que real y verdaderamente esta revelación ha existido; ningún derecho tiene el racionalista moderno á rechazar todo esto como antirracional y antifilosófico, por el único motivo de que no pueda ser visto con su razón individual.» Estudia, pues, la Psicología con un criterio enteramente filosófico y escolástico, que informa todo su ulterior desarrollo, y con erudición y gran suma de conocimientos de los trabajos llevados á cabo en esta rama de la ciencia en épocas anteriores y en la actual, se extiende en elucubraciones—que este es el carácter dominante de la obra que analizamos—acerca de que la Psicología es ciencia, acerca de que la facultad intelectual es *principium quo*, definiéndola como el poder que el alma tiene de obrar con conciencia y libre determinación de sus actos; aduce el razonamiento de Santo Tomás de «que el alma verifica ciertas operaciones sin tener necesidad de órganos corpóreos, como el entender y el querer,» para calificar de erróneas las conclusiones de los positivistas «que, guiados por Spencer y Taine, sostienen que no sólo las facultades vegetativas, sensitivas y locomotivas, sino también las cognoscitivas y apetitivas, dimanan de la disposición adecuada de los órganos...»

Afirmada el alma y su naturaleza entera; dejando el estudio de la *vegetativa*, «porque su principal objeto es más bien propio de la Fisiología que de la Filosofía,» y también, porque se ocupa de ella en la Cosmología, pasa á exponer, sus cuatro restantes facultades, la *sensitiva*, la *cognoscitiva* de orden inferior y superior, la *apetitiva*, ya sensitiva, ya racional, y la *locomotiva*. La primera es *el principio próximo con el cual el alma experimenta una emoción;* la segunda, la que *nos da á conocer los objetos é ideas generales;* la tercera, la *inclinación á algo que se considere bueno;* y la cuarta, *la facultad orgánica por medio de la cual el alma puede mover el cuerpo de un lugar á otro.*

Estas cuatro definiciones bastan por sí solas para dar á entender la exposición que el Sr. Donadiu hace de la primera parte, *Psicología empírica*, de las tres en que divide la ciencia del alma. Tal como lo impone el cerrado marco de la escolástica, se ocupa sucesivamente de la sensibilidad física, intelectual y moral; de la percepción externa; del sentido común ó íntimo; de la estimativa y cogitativa; de la memoria y reminiscencia; de la imaginación ó fantasía; de la naturaleza y objeto del entendimiento; del entendimiento agente y del posible; de sus operaciones; de las ideas, su naturaleza, clasificación y orígen; del instinto; del apetito sensitivo; las pasiones; el temperàmento; el apetito intelectual ó voluntad, de la libertad humana y del hábito; y, por último, de la facultad locomotriz.

En la segunda sección de la Psicología, la *Psicología racional*, que define la *que trata de la naturaleza, atributos, origen y demás cuestiones racionales del alma humana*, expone, como atributos del alma, la unidad, identidad, actividad, simplicidad y espiritualidad; estudia la manera de unión del alma con el cuerpo, el sitio que ocupa, su origen y su estado y fin último.

En la tercera sección, de *Psicología comparada*, se ocupa de la naturaleza del alma de los irracionales y de su origen y fin.

Completa el libro unas nociones de Ontología, Cosmología y Teodicea, en las que abundan sólo las especulaciones y faltan muchas de las verdades adquiridas hoy ciertamente por la ciencia, de las cuales no puede prescindirse, á menos de incurrir en el gravísimo defecto de encerrarse en círculos tan estrechos que imposibiliten todo movimiento de avance, carácter de la ciencia, que no podrán negar ni aun los *escolásticos*, con haber creído que poseen sus principios fundamentales por medios de fe y dialectológicos.

En la obra de que tan á la ligera hemos dado cuenta, se encuentra, ciertamente, algo bueno, y es la fijeza de la doctrina escolástica, una exposición metódica, clara y sencilla, y gran número de conocimientos filosóficos; pero la obra del Sr. Donadiu y Puignau no es la obra de nuestros tiempos; es la expresión de ideas pasadas, y las mayores energías pegadas á la tradición no serán nunca bastantes á detener el libre paso de la inteligencia humana; acaso sean la garantía y contrapeso necesarios para su firmeza, pero jamás conseguirán negar los adelantos, por que los modernos se dejan imponer por la realidad; creen menos en lo sobrenatural y misterioso y presencian el grandioso espectáculo de la caída de las antiguas, primeras y simbólicas generalizaciones ante el poder de otras más próximas á la verdad, que al fin y al cabo, es el objetivo que todos persiguen.

Biblioteca biológica.—Estúdios sobre la teoría de Darwin.—*La lucha por la existencia y la Asociación para la lucha*, por M. J. L. de Lanessan.—Traducción de D. Romualdo González Fragoso, precedida de un prólogo del señor D. Antonio Machado y Núñez.—Madrid, 1884.

Los Directores de la *Biblioteca biológica*, de la cual es el primer tomo el que lleva por título el epígrafe que encabeza estas líneas, han tenido, en verdad, un pensamiento acertado. Los estudios biológicos, que vienen en cierta manera á sustituir las antiguas especulaciones de la Filosofía, han adquirido tal importancia, que se han hecho indispensables para todo hombre

que haya de vivir al par de sus demás semejantes en la vida moderna. Más afanoso el ser humano cada día de su mejoramiento, pide á la ciencia los medios y ésta se los ofrece, dándole á conocer su propia naturaleza, la que le es exterior y la experiencia pasada, para que con ellos pueda entregarse en condiciones de mejores éxitos á la lucha eterna. Facilitar y extender, pues, estos conocimientos, es una tarea digna de aplauso y que habrá de obtener resultados lisonjeros.

Lanessan es uno de los apóstoles que más se han distinguido en Francia en la propaganda de las modernas ideas, y su conferencia *La lucha por la existencia* y *la asociación para la lucha*, traducida fiel y castizamente por el Sr. González Fragoso, un trabajo excelente y abundoso en interesantes puntos de vista. La doctrina que desarrolla, apoyándola en hechos del mundo mineral, vejetal y animal, puede concretarse en estas conclusiones: existente la lucha por la vida, la asociación de fuerzas se impone para la victoria; de entre los victoriosos se destaca el dominador, que lo es, á su vez, á costa de los más débiles, por natural selección; la inteligencia en el más elevado de los seres, el hombre, debe perseguir para bien de la especie la fortaleza de todos. Y habiendo llegado al terreno de la sociología, el autor, inspirado en aquellas enseñanzas, propone los medios para alcanzar un estado de perfeccionamiento humano en las siguientes palabras: «Devolver á cada hombre el ejercicio pleno de todos sus derechos; prodigar de igual modo á cada uno la instrucción que desenvuelve la inteligencia, arma suprema en el combate por la vida; suprimir la propiedad familiar, la cual constituye el obstáculo más temible para la desaparición de las castas por las alteraciones que lleva á la lucha sexual; dar á todas las inteligencias y á todas las fuerzas los medios de agruparse para que produzcan el bienestar y el progreso de los individuos y de la especie.»

Va la traducción precedida de un prólogo debido á la pluma del señor D. Antonio Machado y Núñez, catedrático de la Universidad Central. Con estilo brillante y elevación científica, expone el Sr. Machado, con la seguridad de juicio y apreciación del hombre encanecido en el estudio, la marcha de la teoría evolutiva desde su primera demostración por Darwin hasta sus últimos y en extremo complejos progresos de hoy, indicando, por último, los puntos capitales del libro traducido.

I Partiti-Osservazioni di Cimbro, per Giovanni Faldella.—Torino.—Roux é Favale, 1884.—Un vol. en 8.º

Constituye este libro la quinta y última parte de la obra *Salita á Montecitorio* (1878-1882), en la cual, bajo una forma amena, con diálogo movido y animado, trata el autor las cuestiones políticas que en Italia se hallan planteadas, los problemas que los partidos están llamados á resolver, y la actitud que en los últimos años han tomado los hombres que en aquel país figuran á la cabeza de las agrupaciones políticas.

Tal es el pensamiento y cuadro general de la obra, desenvuelto en el libro de que damos cuenta, y en las cuatro partes anteriores tituladas: *Il Paese di Montecitorio*, *I pezzi grossi*, *Caporioni* y *Dai fratelli Bandiera alla dissidenza*; pero están hechas de suerte que cada parte forma una obra independiente y completa.

En la quinta parte, consagrada á los partidos, se ha limitado el Sr. Faldella á hacer un estudio de los que existen en Italia, empleando para ello un método meramente expositivo, y valiéndose de las declaraciones hechas en las Cámaras italianas por los jefes de aquellos y por los hombres políticos de más talla, con ocasión del debate político suscitado por la contestación de Depretis á las interpelaciones que al Gobierno italiano se dirigieron al reanudarse las sesiones, después de un período de vacación, en 7 de Mayo de 1883.

A esto, que constituye realmente el fondo del libro, preceden algunas consideraciones acerca de los partidos en general, de las ventajas é inconvenientes de su existencia y de su significación en el gobierno de los pueblos, y siguen indicaciones sobre la formación y desenvolvimiento de los actuales partidos políticos italianos, y juicios inspirados en un sentido ámpliamente liberal acerca de los problemas que en el horizonte de la política de Italia se presentan para el porvenir, ya que las cuestiones papal y territorial, resueltas felizmente y de una vez en el terreno de los hechos, tienden á convertirse, la primera en una cuestión social, y la segunda en una cuestión agraria.

El mérito de este libro estriba en la claridad de la exposición. Fórjase el autor el tipo de una mujer cuya educación y estudios no le permiten mostrarse indiferente á los intereses más altos del país, sin dejar de ser por ello una buena madre de familia, tipo ideal, igualmente apartado de la mujer ignorante que, como dice Faldella, mientras el marido se preocupa por la

suerte del país y á él se consagra en la capital del Reino, permanece en el villorrio consagrada á la cría de cerdos y gallinas, y de la señora bizantina, de la dama intrigante que desprecia los gustos vulgares y se dedica á la grave ocupación de dar y quitar á su antojo los cargos públicos de mayor importancia.

Con esta señora—tipo que desgraciadamente es ideal todavía—sostiene el autor *(Cimbro)* largas conversaciones acerca de los asuntos indicados en la magnífica biblioteca que dicha señora posee, y de la cual no están excluídos los libros políticos.

El pensamiento del autor acerca de los partidos, está condensado en las siguientes líneas, en que Faldella recuerda á Jerónimo Paturot.

«Existen ciertas teorías que, á fuerza de ser repetidas y por el solo efecto mecánico de su repetición constante y universal, llegan á convertirse en axiomas y no pueden ser discutidas.

»Tal ha sucedido con la teoría de la necesidad de dos partidos en un Gobierno constitucional que deban ejercer las funciones de los dos platillos de la balanza y del $a + b$ del binomio.

»El pseudo-binomio que tenía curso forzoso y legal, era el siguiente: *derecha + izquierda*, ó sea *partido ministerial + oposición = gobierno constitucional.*

»Y yo decía cuando era niño, anticipando la invención del *transformismo* y del *confusionismo*: creo que nada hay más ilógico y menos matemático que esta pretendida teoría; porque establecer una agrupación de hombres venidos al mundo para decir siempre que *sí*, y otra creada por el Supremo Hacedor para llevar sistemáticamente la contraria diciendo que *no* á determinado Ministerio, parecíame, más que otra cosa, un espectáculo de bazar chino.

»¿Propone el Ministerio cosas que de buena fe creemos útiles y honestas? Pues en ese caso estamos con él; si no, nó.

Este es todo mi viejo derecho constitucional.»

Presentada así la opinión del autor, recae la conversación en las teorías expuestas por los más afamados escritores acerca de los partidos, y aprovechando la oportunidad de hallarse en una biblioteca, expone Cimbro las opiniones consignadas en los libros acerca de las ventajas y de los inconvenientes de las agrupaciones políticas. Maquiavelo, Melchor Givia, Rosmini, César Balbo, Burke, Brougham, Minghetti, Marselli, Guerit, Blüntschli, Gioberti, Spencer, Fox, Darwin, Macaulay, D'Azeglio, Erskine May, Thiers, Clemenceau, Montesquieu; todos son interrogados por Cimbro, el cual deduce que en la ciencia, vistas las capitales diferencias de criterio que

entre esos autores existen, no es punto resuelto definitivamente todavía la conveniencia ó inconveniencia de los partidos políticos, y expresa su opinión manifestando que, si los partidos han de producir más bienes que daños, deben inspirarse en las corrientes sociales, y considerarse á sí mismos como medios, como instrumentos de trabajo para procurar el bien público, inflamados por el amor al país, por el amor que, como dice Dante,

..... muove il sole e l'altre stelle.

Excluída esta parte del libro, en la que, en facil y animado diálogo condensa Faldella las opiniones de los tratadistas de Derecho político más eminentes de Italia y del extranjero, todo lo demás es de interés puramente particular de la nación italiana. Pero se recomienda desde luégo esta obra, y deben leerla los que quieran conocer el movimiento político que actualmente se verifica en Italia, por la claridad con que están expuestas las opiniones de los partidos que se disputan el poder y la precisión con que están presentados, valiéndose casi siempre el autor de documentos auténticos, de periódicos y de discursos, los movimientos de trasformación que el partido conservador de Italia viene realizando desde el año 1883.

Un defecto podrá señalarse en el libro del Sr. Faldella, á saber: que no se exponen siempre en él juicios del autor acerca de las particulares cuestiones en el mismo tratadas; pero esta omisión, dado el asunto del libro, es una cualidad recomendable; porque limitándose muchas veces á la mera exposición, deja libre al ánimo del lector, para formar juicio propio, sin que pueda hacer presión sobre él el criterio del autor que, tratándose de cuestiones candentes y de grande actualidad en la política italiana, pudiera resultar apasionado.

Como obra literaria es también digna de ser leída, distinguiéndose por la galanura de la frase y la sencillez del estilo propia del diálogo, que jamás degenera en ese tono pseudo-elevado y declamatorio que tan mal sentaría en una conversación familiar.

Publicaciones varias.—*Discurso leído en la solemne apertura del curso de* 1883 *á* 1884, *en el Instituto de Segovia*, por D. Manuel García y García.—Escoge el catedrático de Agricultura, para tema de su trabajo, las *Ventajas y utilidades del conocimiento de las ciencias*, que desarrolla con rapidez y galanura de estilo, enumerando sólo las grandezas de las exactas, físicas y naturales.

Memoria acerca del estado del Instituto de segunda enseñanza de Segovia durante el curso de 1882 *á* 1883, leída por D. Eduardo Mateo de Iraola.—Fué leída esta Memoria en la apertura del curso de 1883-84 en dicho Instituto, y comprende una exposición clara y metódica de las variaciones de personal, número de alumnos matriculados y examinados, los frutos obtenidos de la enseñanza, las mejoras hechas en el edificio, el aumento del material científico y la situación económica del establecimiento.

Discurso leído en la Universidad de Salamanca en la solemne apertura del curso de 1884-85 por el Dr. D. Santiago Martínez y González.—Se propone demostrar el Dr. Martínez en su discurso que *la enseñanza universitaria fué grande mientras fué libre; pero que desde que los Gobiernos la subyugaron* bajo el pretexto de protegerla, *se halla llena de vicios incurables;* y después de haber asentado que la enseñanza debe ser libre, porque el entendimiento es una facultad necesaria, únicamente determinada por la evidencia de la cosa conocida, pasa en detenido examen á reseñar las grandezas de las antiguas Universidades independientes, y á trazar el cuadro de aquellas otras caídas en manos de los Gobiernos, inquiriendo, con erudición suficiente, las causas de este hecho, y presentando al auditorio, por último, la libertad de la enseñanza como la única que puede hacerla recobrar su entera dignidad.

Universidad literaria de Salamanca.—Memoria sobre el estado de la instrucción en esta Universidad y establecimientos de enseñanza de su distrito, correspondiente al curso académico de 1882 *á* 1883. Estadística muy completa y hecha con método y acierto.

Discurso leído en el solemne acto de la apertura del curso académico de 1884 *á* 1885 *en la Universidad literaria de Oviedo*, por D. Adolfo G. Posada y Biesca.—El catedrático de Derecho político, Sr. Posada, acomete el tema de *la enseñanza de derecho*, considerándola desde el punto de vista pedagógico y de educación; y estudiando los distintos problemas que encierra, con sentido práctico é ilustrado, llega á convenir en la necesidad de reformar radicalmente su organización actual, en que es perentorio indicar y discutir de todos modos los puntos de la reforma, mucho más hondos y trascendentales de lo que el legislador aparenta creer, y en que hace falta quitarle el carácter oficial de hoy, por ser preciso, absolutamente, que no se crea que en la Universidad sólo existe el propósito de hacer *hornadas anuales* de Abogados.

La prensa como poder del Estado, por D. Telesforo Maroto Canora.—Madrid, 1884.—Memoria presentada en 11 de Diciembre de 1883 á la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, en la que su autor considera á la

prensa como el primer poder del Estado, en cuanto le corresponde: primero, conocer á fondo y reflejar en lo posible la verdadera opinión pública en todo aquello que sea justo, razonable y legítimo, sin apasionamientos ni vacilaciones; segundo, atacar, combatir y desarraigar las preocupaciones y los errores del pueblo, armonizando, en cuanto sea dado, los ideales sociales y políticos con la realidad histórica del momento; y tercero, adelantarse á estudiar concienzudamente todos los problemas de importancia vital para el país, á fin de que, ilustradas convenientemente las cuestiones que han de exigir solución más ó menos breve, la opinión pública esté lo mejor preparada y dispuesta á adoptar sin trastornos, sin violencias y con el menor daño posible de los que sientan lastimados derechos adquiridos, las oportunas determinaciones, convirtiendo en leyes los proyectos correspondientes.

Sobre las esculturas de barro cocido, griegas, etruscas y romanas del Museo Arqueológico nacional, por D. José Ramón Mélida.—Madrid, 1884.—Después de haber publicado el joven y conocido arqueólogo Sr. Mélida su estudio *Sobre los vasos griegos, etruscos é italo-griegos del Museo Arqueológico nacional*, hacíasele preciso, para completar su obra, ocuparse de las esculturas de barro cocido existentes en el mismo, y lo realiza en el folleto de que damos cuenta, seguramente con gran acierto, y dando á su trabajo marcado interés. Lo divide en dos partes: una que titula *La plástica en general*, en la que trata del lugar que ocupa en la ciencia el estudio de la plástica, los procedimientos empleados en la confección de estos objetos artísticos, de las aplicaciones que daban los antiguos á las figuras de barro y de la clasificación de las mismas; y otra, *La colección del Museo*, en la que detalla las esculturas griegas, etruscas, italo-griegas, romanas y romano-ibéricas que la componen.

Cartilla métrica, por D. Félix de Eseverri.—Vitoria, 1884.—Fin eminentemente práctico tiene el libro del Director del Instituto de segunda enseñanza de Vitoria, ya que hoy, efecto del uso inveterado del *Sistema de Castilla*, y á pesar de las vigentes disposiciones, el sistema métrico legal de pesas y medidas es poco aplicado en general, y, por consiguiente, olvidado ó desconocido. Empieza el ilustrado catedrático su obrita haciendo la historia de la parte legislativa sobre esta materia; expone luégo el sistema métrico decimal de pesas y medidas, el sistema monetario español, la correlación entre las unidades métricas; estudia los calendarios y presenta las unidades de tiempo, y por último, publica útiles tablas de equivalencias entre los sistemas hoy empleados en España.

Revistas.—Séances et travaux de L'Académie des Sciences Morales et Politiques.—París, Octubre.—Cuaderno 10.º—*La Emigración de Francia*, por Gustave Lagneau. Hoy, que tanto preocupan á todas las corporaciones científicas de nuestro país aquellos asuntos que más ó menos de cerca afectan á la cuestión social, es de oportunidad, sin duda, este trabajo. Comienza el Dr. Lagneau reconociendo que la importancia de la emigración, sus causas y sus consecuencias interesan, no sólo al demógrafo, sino también al hombre de Estado. Expone luégo los caracteres de las antiguas emigraciones en Francia y los que reviste en la actualidad, así como el incremento que ha tomado en los últimos años; pasa después á las causas que la motivan, y afirma, por último, como conclusiones, que el móvil de la emigración es el deseo de procurarse en país extranjero una situación social más venturosa que la que pueden esperar en su propio país, y que la frecuencia de las relaciones internacionales y la facilidad en las comunicaciones y de los medios de trasporte determinan á menudo la emigración

Revue Historique.—Noviembre-Diciembre, 1884.—París.—*Estudio sobre el Poder Real en tiempos de Carlos V*, por Ernest Lavisse.—No trata el autor de este artículo de la persona de Carlos V en Francia, ni de la administración de este Rey, sino que, penetrado del moderno sentido histórico, busca en los documentos de la época la marcha de la institución real, sirviéndole tan sólo el nombre del Príncipe como de dato para fijar un período en el cual la realeza ha dominado y ha constituído estado, después de grandísimos desastres para el país, producidos por sus luchas contra el feudalismo. La historia de los progresos realizados por el Poder Real, dice Mr. Lavisse, en detrimento de los feudatarios y comunes, es la historia misma de la unificación de Francia, y con efecto, después de mucho tiempo, el Monarca extiende, con precauciones, su autoridad en esta época sin contradicción, en los dominios feudales en materia de justicia, de guerra y de hacienda. Así vemos que toda causa puede ser apelada ante sus bailios y senescales ó ante su Parlamento, sometiendo así á todos á su justicia, que adquiere el derecho de imponer la paz entre sus vasallos, y que, fundándose en la fidelidad debida por estos al señor, reclama ayudas que no le pueden ser negadas por virtud del fundamento mismo de la petición. Tras estas conquistas vienen la sumisión de instituciones, personas y cosas al Rey, y algunas iglesias, la Universidad, la moneda, las gentes necesarias para esta moneda, el derecho de dar salvoconductos, de otorgar cartas de estado y de conceder legitimaciones é indultos, pasan á estar exclu-

sivamente en sus manos, sirviéndole de apoyo la ley romana que, estudiada por las gentes del Rey, le inspiran la idea de la reivindicación en nombre del Estado. De la manera que los feudos, en nombre de los mismos principios y por los mismos medios, la realeza ataca la independencia de los comunes que, con sus derechos y deberes consignados en las cartas de fundación, compartían también la autoridad real. De tal modo, y luchando siempre con la forma antigua, el Rey llega á ser un elegido de Dios, nacido de una raza privilegiada, la cual tiene confiado el honor y el deber de gobernar soberanamente, pero con sabiduría, el reinado de la Francia: consultar, deliberar, gobernar, es, en tiempo de Carlos V, la ocupación principal del Rey y de su corte, seria y laboriosa por entonces, entregada, con sus desgraciados Príncipes, más tarde, á placeres, esplendores y locuras.

La lectura católica.—Madrid, 29 Octubre.—*La Antropología y la ciencia social.*—Después de exponer el autor de este trabajo cuáles son los fundamentos de estas ciencias y las relaciones que entre ellos existen, manifiesta que el derecho se funda en la idea de justicia, por consecuencia en la moral, y que es inmutable como ella. No hay, según él, país alguno en donde no se den los tres capitales principios de derecho: el respeto á la propiedad, el respeto al lazo conyugal y el respeto á la vida humana, variando sólo en la manera de interpretarlos y aplicarlos. Al hablar de la ley del trabajo, la estima como una de las principales á que está sometido el hombre, y encuentra en ella el origen de las desigualdades, así como en la riqueza el de la corrupción. Es la propiedad, en su sentir, el fruto del trabajo, y responde á las necesidades naturales de la previsión y se la halla en todas las razas. Sus formas diversas que dependen de los medios naturales y de la vida distinta que hacen los hombres, pueden encerrarse en tres tipos principales: comunal, familiar y personal, siendo ésta, en su sentir, la superior y la preferible. Considera, al llegar á este punto, de deplorables efectos las medidas restrictivas adoptadas por muchas legislaciones en la trasmisión de la propiedad, y fecunda, por el contrario, la más amplia libertad de testar, recomendada por la práctica de los pueblos más prósperos. Luégo que ha examinado la formación y modo de funcionar las sociedades, señala, como las instituciones más recomendadas por la experiencia y favorables al progreso, un Gobierno fuerte, responsable y personal, y una Constitución fundada en la descentralización administrativa y en la independencia de la vida privada. Por último, combate el naturalismo y la doctrina de la evolución, si bien afirma resueltamente su creencia en el progreso. Completo este estudio, aunque no muy extenso, está hecho con conocimiento de las teorías más nuevas, y refutadas las doctrinas contrarias, si no de un modo con-

vincente, con argumentos de más empuje que los que acostumbran á aducirse de ordinario.

Revue Philosophique de la France et de l'Etranger.—Noviembre.—París.—I. *¿Qué es una sociedad?* por G. Tarde.—No satisface al autor de este notabilísimo artículo la definición, generalmente aceptada, que se da de la sociedad al decir de ella que es un grupo de individuos distintos que se prestan mútuos servicios. De esta definición, tan falsa como clara—dice—han nacido todas las confusiones frecuentes entre las llamadas sociedades animales, ó la mayor parte de ellas, y las únicas verdaderas sociedades. A esta concepción, económica puramente, se ha intentado sustituir otra jurídica que, estrechando demasiado los límites, carece también de exactitud. La participación en una misma fe y unos mismos deseos patrióticos, tampoco, aunque más exacta, cree M. Tarde que es una definición completa. Estudiando sus especiales caracteres, llega á representarse el grupo social como «una colectividad de seres, en tanto que están en camino de imitarse entre sí, ó en tanto que, sin imitarse actualmente, se asemejan, y sus rasgos comunes son copias antiguas de un mismo modelo. La sociedad, como la vida, tiende á propagarse ante todo, y se propaga imprimiendo idénticos caracteres. La imitación, pues, es el principio de la sociedad. En qué consista ésta, toca resolverlo al psicólogo, y M. Tarde, abandonando el campo de la sociología, entra á hacer este estudio con verdadera originalidad.—III. *La Biología aristotélica*, por Georges Pauchet.—Continuación del notable trabajo que recomendamos á nuestros lectores en el número correspondiente al 10 del pasado mes, y en el que sigue exponiendo metódicamente la anatomía general consignada en Aristóteles. Este erudito artículo comprende el estudio de la piel, del sistema piloso, del esqueleto, de los dientes y del corazón, y es tan interesante como el primero, por los curiosos datos que atesora respecto al saber que alcanzó sobre tales asuntos el filósofo de Estagira.

Revue Internationale.—Florencia, 25 de Octubre.—III. *La Hungría en sus relaciones internacionales,* por Charles Keleti. El autor, miembro de la Academia húngara, presentó en la sesión pública que ésta celebró el 8 de Junio último una buena Memoria sobre el asunto expresado, y esa Memoria es la que ahora ve la luz en esta Revista. En ella procura demostrar el Sr. Keleti que Hungría, independientemente considerada, ocupa un lugar distinguido entre los Estados europeos, bajo el punto de vista de su sociedad y de su situación económica, agrícola y literaria, por más que no pueda ser llamada potencia de primer orden más que unida con Austria; y después de hacer un curioso estudio comparativo con las demás naciones,

concluye solicitando de todos el juicio sano y favorable que merece su país.

Bibliothéque universelle et Revue Suisse.—Noviembre 1884.—Lausan.—I. *Giordano Bruno y sus últimos biógrafos*, por M. Mare-Monnier.—Detenido trabajo biográfico del filósofo de Nola, en que el autor se extiende en minuciosas investigaciones acerca de algunos puntos dudosos de su vida, como su estancia en Ginebra y otros, prometiendo estudiarlo en sus obras á la conclusión de este artículo.

JOSÉ LUIS ALBAREDA,
PROPIETARIO-FUNDADOR.

L. A. RUIZ MARTINEZ,
PROPIETARIO-DIRECTOR.

EL ORDEN PÚBLICO [1]

Necesidad de la tranquilidad en el seno de las sociedades.—Prejuicios á propósito del orden público; distintos respectos en que éste puede ser perturbado; el orden *material* y el orden *legal*; alteración de éste por los poderes oficiales y sus consecuencias.—Dos clases de enemigos del orden público.—El orden de *derecho*; su relación con el orden *legal* y con el *material*.—Influjo de la viciosa práctica del régimen parlamentario en el orden público.

Es la tranquilidad condición tan necesaria para la vida de los pueblos, que nada de extraño tiene que Hobbes, Herbart y otros, no acertando á explicarse la existencia de las sociedades como un hecho natural, hayan atribuído el origen y motivo del Estado al ansia de la paz sentida en medio de una guerra continua é interminable. De igual modo, se comprende bien que los individuos y las colectividades consideren el mantenimiento del orden público como algo cuya conveniencia es indiscutible, y en cuyo servicio deben hacer los ciudadanos toda clase de sacrificios y los gobiernos todo género de esfuerzos.

Pero ha sucedido en el concepto del *orden público* lo mismo que con otros no menos claros y evidentes; es á saber, que por virtud de una serie de prejuicios, que han sabido utilizar el interés, el miedo y el egoismo, ha llegado á corromperse y

(1) De un libro inédito sobre *El régimen parlamentario en la práctica.*

mutilarse hasta el punto de ver tan sólo en él una parte, la que se refiere á lo más exterior y tangible. Así, por lo general, se atiende exclusivamente al orden que significa paz y tranquilidad, obediencia y disciplina, y se olvida aquél otro que significa ley, regla, relación debida, disposición de las cosas según la cual cada una está en su sitio y lugar, de donde resulta, con relación á la vida jurídica y política de los pueblos, el olvido de una cosa muy importante, cual es la de que el *orden material* es expresión del *orden legal*, y que de éste es fundamento, y por tanto también de aquél, el *orden de derecho.*

Desde el momento en que una sociedad dicta las leyes que han de ser reglas de su vida, claro es que sólo mediante el no interrumpido imperio de las mismas es posible la existencia ordenada y racional de aquélla; y por eso, tan pronto como alguien las vulnera produciendo un *desórden*, el Estado pone fin al mismo restableciendo el derecho. Pero éste puede ser perturbado de distintos modos, y de aquí la diversidad de formas que revisten las transgresiones del orden. Hay unas que son ruidosas, por ir acompañadas de la fuerza, y otras que se llevan á cabo á la callada y en silencio; unas que son individuales, y otras que son colectivas; unas que son obra de los particulares, y otras que lo son de las autoridades, de los funcionarios públicos, del poder mismo. Y, sin embargo, por una singular aberración hay partidos y clases sociales que se alarman ante los estragos de una partida de revolucionarios, y se avienen y transigen fácilmente con las más graves que pacíficamente causa un ejército de vividores de cierto género; que piden castigo y represión á voz en cuello para los ciudadanos que conculcan las leyes, y á la vez llegan hasta á celebrar la violación sistemática de éstas por los poderes públicos; en una palabra, que se satisfacen con el *orden material*, y les importa poco ó nada el *orden legal.*

Así, cuando se trata de los funcionarios públicos, fuera de los delitos *comunes* que cometan, como el cohecho, la malversación de caudales, etc., no se estima que puedan ser ellos fautores del *desorden*. Que Ministros, Gobernadores y Alcaldes fal-

seen las elecciones; que el poder ejecutivo usurpe facultades del legislativo ó del judicial; que llegue á considerarse como un apotegma que «las leyes y los reglamentos no se entienden con los amigos;» que el Jefe del Estado acate la legalidad en apariencia y la infrinja en realidad... nada de esto es *desorden*, y ni siquiera cabe sospecharlo, si por acaso manda á la sazón un partido que tenga siempre el *orden* en los labios.

Y, sin embargo, cuando el poder, cuya misión consiste precisamente en mantener el imperio de la ley, es quien la viola, resulta una cosa muy repugnante, como que es una mezcla de abuso de confianza y de deslealtad respecto de los ciudadanos y de la comunidad toda, y resulta además un gravísimo conflicto, una situación extraordinariamente anormal, puesto que el derecho es perturbado por quien debía sostenerlo y ampararlo. Cuando la transgresión procede de uno ó de muchos individuos, la autoridad restablece con facilidad el imperio del derecho; cuando éste es infringido por uno ó varios funcionarios públicos, los tribunales pueden imponer á los delincuentes la pena á que se han hecho acreedores; y hasta cuando uno de los poderes del Estado se sale de la legalidad, cabe que los demás dispongan de medios para obligarle á volver ella. Pero ¿qué hacer cuando son todos los poderes los que infringen las leyes, no quedando, por tanto, recurso alguno ordinario para impedirlo? Siendo el mantenimiento de aquéllas una condición esencial de vida para las sociedades, no tienen éstas, cuando ese caso llega, otro remedio que restablecer y reparar *por sí mismas* el derecho violado, ya que los poderes oficiales, contradiciendo su propio fin, son los que lo perturban. De aquí una de las causas que legitiman las revoluciones, las cuales, en tales circunstancias, revisten un carácter verdaderamente *penal*.

Resultan así dos preocupaciones en esta materia: una que consiste en reducir y limitar el *orden público* á la paz, á la tranquilidad, al sosiego material; otra, consecuencia llana de la anterior, en suponer que el desorden procede siempre de los ciudadanos y nunca de los gobiernos. El primero de estos prejuicios conduce por de pronto á esa especie de culto que se

rinde al *orden material*, al cual se estima necesario y lícito sacrificarlo todo, invocando el *salus populi suprema lex*, de donde resulta luégo, como consecuencia, que el poder está dispensado de atenerse á formas jurídicas, así como de sujetarse á ley alguna cuando se trata de restablecer el derecho de esa suerte perturbado. A su vez, quizás por lo mismo que la atención se fija casi exclusivamente en ese aspecto parcial del *orden público* y se preocupa con él, forman extraño contraste la importancia desmedida que se da á los trastornos de la paz material y la pasiva indiferencia con que se miran y contemplan las leyes infringidas, eludidas, falseadas, conculcadas por los ciudadanos ó por los gobiernos, como si esto no constituyera el más grave de los desórdenes.

Véase, si no, el concepto que á determinados individuos y aún clases sociales enteras merece el político, que por instinto, por hábito ó por instigaciones de su conciencia, conspira para derribar al Gobierno, y aquel otro que se agita y se afana para hacer carrera y dinero sin parar en los medios, escamotea votos, elude el pago de los impuestos echando la carga sobre el vecino, persigue al enemigo con encarnizamiento y colma de favores al amigo á costa de la comunidad, hace que la ley se ensanche ó se estreche, según los casos, ó la elude y la infringe cuando le conviene. El primero es á sus ojos un enemigo manifiesto de la sociedad, un criminal que inspira hasta repugnancia. El segundo es un ciudadano que sabe abrirse camino en la vida, un hombre de mundo que toma éste tal cual lo encuentra y se aprovecha justamente de las circunstancias; pero, ¿cómo sospechar siquiera que él sea causa de *desorden* alguno, sobre todo si por acaso está afiliado al *partido del orden?* Y, sin embargo, no sería difícil, siguiendo paso á paso las consecuencias de la conducta de ambos, mostrar cuánto más graves son en el segundo caso que en el primero. Por de pronto, el extravío del conspirador es tan manifiesto y tan público, cuando realmente es injustificada su actitud, que el remedio no se puede hacer esperar, mientras que las malas artes del político vividor se desenvuelven en el si-

lencio y el misterio, las transgresiones legales de que se aprovecha se suceden unas á otras, porque impide hábilmente que queden huellas de las mismas, y resulta de todo un éxito final que estimula el apetito de los poco escrupulosos al ver, no sólo que por ese camino no se corre el riesgo de tropezar con una compañía de soldados ó con el Código penal, sino que la sanción social, en vez de salirle al encuentro, le abre los brazos ó permanece indiferente y muda. Luego en el país más indisciplinado y levantisco del mundo, las alteraciones materiales del orden público tienen que ser por fuerza excepcionales y pasajeras, mientras que el desorden producido por las ilegalidades pacíficas y silenciosas puede llegar á generalizarse y hasta á hacerse endémico, torciendo y atrofiando el *sentido jurídico* de la sociedad.

Y en cuanto á la otra preocupación, que consiste en no considerar que los funcionarios y las autoridades pueden perturbar el orden público, baste observar que esto sólo se estima que tiene lugar en el caso de que aquéllos conspiren, haciendo traición al Gobierno para derribarlo por la fuerza. Ahora bien; los que tuercen, eluden y falsean las leyes, ¿no hacen una manifiesta traición á la sociedad de la que han recibido el encargo de mantener el imperio de las mismas? ¿No reconocen y declaran la exactitud de esta afirmación aquéllos que, por ejemplo, hablan á toda hora, para lamentarlo, del *desórden administrativo?*

Podemos, por tanto, dejar sentado que el mantenimiento de la paz es tan sólo una parte del orden público; que éste, lo mismo resulta alterado cuando se perturba por la fuerza que cuando por la astucia; y, finalmente, que la primera condición para que en un país haya paz estable y duradera, es que los funcionarios encargados de hacer efectivo el imperio de la ley, sean escrupulosos cumplidores de ésta, y no sus conculcadores. Y como resulta de cuanto queda dicho en los capítulos precedentes, que una de las deplorables consecuencias que producen la torcida y viciosa práctica del régimen parlamentario es el sistemático falseamiento de las leyes, el entronizamiento de la

arbitrariedad, claro y evidente es que todo ello implica un *desorden*, el cual, aun cuando pacífico, no deja de ser por eso menos grave y trascendental que los ruidosos y tumultuarios, únicos que al parecer preocupan á los partidos reaccionarios y á las clases llamadas conservadoras.

Mas para que reine el *orden* en un pueblo, no basta que haya paz y que la ley sea respetada, esto es, que sean una verdad el *orden material* y el *orden legal*; es preciso, además, que éste último sea manifestación de la justicia, expresión del *orden de derecho*. Por eso no lo hay en realidad de verdad, por ejemplo, allí donde está consagrada la esclavitud, ni en un país que ha perdido su independencia y está sometido al extranjero. Y por eso toda la historia jurídica y política de la humanidad no es otra cosa que una lucha tenaz y porfiada sostenida con este lema por bandera: *pro jure contra legem*.

En efecto, el hombre no crea arbitrariamente las reglas que han de presidir á la vida jurídica y política de las sociedades, y cuyo conjunto forma el *orden legal*, sino que las estatuye y declara por estimar que corresponden á lo que en razón y en principio *debe de ser*. De otro modo, no habría nunca *criterio* para juzgar las establecidas, ni *ideal* para proyectar otras nuevas. Por esto, como esas leyes pueden ser imperfectas, esto es, injustas, en cuanto no conforman con ese orden ideal de derecho, ya porque se incurrió en error al dictarlas, ya porque las circunstancias hayan cambiado y demanden otras adecuadas al caso, la incesante reforma en las mismas es una exigencia que se impone á la naturaleza finita y perfectible del hombre y de la sociedad. Mientras la modificación del derecho positivo por el derecho racional, del *orden legal* por el *orden de derecho* es posible y hay medio de llevarla á cabo, el mantenimiento del primero implica que está informado en el sentido del segundo. Pero, por el contrario, donde eso no sucede, es imposible discernir si el derecho positivo subsiste por su virtud intrínseca ó sólo por ministerio de la fuerza. De modo que, si es condición precisa del *orden legal* que sea expresión del *orden de derecho*, claro es que, así cuando se prohibe la propaganda

de los principios que constituyen el segundo, como cuando se declaran indiscutibles é irreformables los que informan el primero, se hace imposible esa relación esencial entre uno y otro y se determina un *desorden* real y positivo, en cuanto queda estorbada la sucesiva realización de la justicia en la medida que ésta se va revelando y encarnando en la conciencia social. ¿Cabe *desorden* más repugnante que el que ha tenido lugar, no ya en tiempos remotos, sino en nuestros mismos días, en ciertos países donde ha sido lícito defender la esclavitud y un delito el atacarla?

Pues bien; entre estas tres esferas del *orden público:* el material, el legal y el de derecho, hay tan estrecha relación, que donde el último es tenido en cuenta y el segundo es respetado, el primero se mantiene fácilmente y es duradero y estable, mientras que, por el contrario, donde eso no sucede, la sociedad vive en una constante anarquía, mansa ó encrespada, y se encuentra como fuera de su asiento, fuera de su centro de gravedad. ¿Cómo es posible pedir á los hombres que acaten las leyes y vivan en paz á su sombra, lo mismo cuando en ellas se consagra su libertad que cuando por virtud de ellas son esclavos? ¿Cómo es dado exigir de todos el mantenimiento de la paz en nombre de la ley, lo mismo cuando las autoridades son fieles custodios de ésta que cuando son los primeros á menospreciarla y vilipendiarla? ¿Cómo, finalmente, esperar de los individuos y de la comunidad el mismo respeto para la legalidad, la misma buena voluntad para vivir conforme al derecho positivo, cuando éste es justo que cuando es injusto ó acaso inícuo?

Tan cierto es esto, que allí donde la relación entre esas tres esferas del orden se mantiene en la forma que la razón pide, las revoluciones son casi imposibles, y si por acaso hay alguien que intenta turbar la paz pública, la sanción social le condena como verdadero delincuente y no como hombre extraviado. Por el contrario, donde se cierra la puerta á la sucesiva encarnación de los nuevos principios en las leyes, y donde éstas caen en un manifiesto desprestigio, porque los ciudadanos y los poderes públicos, en vez de rendirles escrupuloso acatamiento, las

eluden, ó las violan y falsean, resulta, de un lado, que los patrocinadores de las ideas amordazadas y perseguidas piensan y sueñan constantemente con la remoción del obstáculo material que se opone al triunfo de aquéllas, y de otro, que el entronizamiento de la ilegalidad y el ejemplo de la arbitrariedad en las alturas, no solamente engendran la indisciplina en la sociedad y despiertan el instinto revolucionario en los mejor dispuestos á darle alientos, sino que al cabo determinan una verdadera revolución en condiciones de perfecta legitimidad. Porque la experiencia enseña que esos grandes y provechosos movimientos estallan cuando, á causa de la guerra que se hace á las ideas progresivas y del menosprecio de las leyes, del cual son consecuencias naturales la inmoralidad en la esfera de los poderes oficiales y la injusta distribución de los impuestos, resultan heridos á la vez una idea, un sentimiento y un interés; esto es, cuando llegan á coincidir el desorden político, el moral y el económico; porque si el primero afecta sólo á algunos, el segundo afecta á muchos y el tercero á todos.

Por esto, cuando la práctica del régimen parlamentario se inspira en errores como el ya famoso de los *partidos ilegales;* cuando consagra vicios y corruptelas que conducen á una conculcación sistemática de las leyes y á una tiránica arbitrariedad, y cuando, por último, se distingue y señala por la completa ausencia de aquella sinceridad, que es la primera condición exigible al hombre público en la gobernación de los Estados, no hay para qué decir cómo, lejos de favorecer la causa del *orden*, constituye un verdadero *desorden*, cuya remoción toma á su cargo, más pronto ó más tarde, la sociedad misma.

G. de Azcárate.

LAS TEORÍAS MODERNAS

ACERCA DE LA EDUCACION FÍSICA DE LOS NIÑOS

En la trasformación laboriosa y por más de un concepto fecunda que actualmente experimenta en todas partes la educación primaria, entra por mucho la creciente importancia que hasta los más exagerados idealistas atribuyen hoy, con sobra de razón, á la cultura del cuerpo, el que, colaborador con el alma en lo tocante á la realización de nuestro destino, merece y necesita ser considerado así en la obra tan compleja como delicada de la educación humana.

Por más que duela á los sistemáticos impugnadores de toda teoría, á los miopes ó ciegos de ocasión que han acometido la peregrina empresa de declarar guerra á muerte á todo pensamiento que trascienda de la esfera del más pedestre rutinarismo, hay que declarar paladinamente que los principios han alcanzado un nuevo triunfo en los dominios de la Pedagogia, en los que por ello se han determinado y empiezan á realizarse grandes y beneficiosos adelantos, los cuales, como es consiguiente, no pueden menos que traducirse en mejoras positivas para la práctica de la educación; puesto que teoría y práctica, pensamiento y obra, son dos factores que se completan y presuponen y juntos constituyen la realidad de la vida.

La idea que con otros ilustres pensadores expresara ya el sa-

bio Bossuet (1) al señalar las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, idea cuyo abolengo hay que buscar en el antiguo aforismo *Mens sana in corpore sano*, y que en la Edad Media hubo de tenerse, no sólo como utópica, sino también como pecaminosa (lo declara así bien elocuentemente el desprecio y la enemiga con que se trató al cuerpo; al que á su vez se consideró como enemigo del alma); esa idea, decimos, ha recibido en los tiempos actuales la más brillante confirmación, merced á los maravillosos progresos que han hecho y hacen en el vasto campo de la ciencia la especulación y la experimentación concertadas en estrecho y fecundísimo maridaje.

Siguiendo el camino trazado por la especulación científica y las experiencias fisiológicas, se ha venido á parar á conclusiones de la mayor importancia para el conocimiento del hombre y el régimen á que ha de someterse toda su cultura. Y al aforismo que unánimes aceptan psicólogos y fisiólogos, según el cual *no podemos mandar á la naturaleza física y moral del hombre sino obedeciendo sus leyes* (lo que ha venido á dar una base científica y sólida á la ciencia y al arte de educar), ha seguido otro en cuya virtud se declara que *toda ley de la naturaleza del hombre se puede convertir* (como de hecho se convierte) *en una máxima de la educación humana* (2).

Y si esto es así, por fuerza hay que considerar como otras tantas *máximas* ó *principios* de educación las siguientes *conclusiones* á que conducen los modernos estudios relativos á la composición de la doble naturaleza del hombre; conclusiones que no son otra cosa que consecuencias naturales del pensamiento de Bossuet, y que virtualmente se hallan contenidas en el antiguo aforismo antes citado; hélas aquí:

a) El espíritu y el cuerpo se hallan unidos esencial y to-

(1) Bossuet. *Del conocimiento de Dios y de si mismo*. cap. III. Versión castellana (Madrid, 1880) de Navarro y Calvo, publicada, con el *Tratado del libre albedrío*, bajo el título general de *Estudios filosóficos por*, etc.

(2) G. Compayré. *Histoire critique des doctrines de l'education en France depuis le seizieme siecle* (París, Hachett, 1879), tomo II, lib. 9.°, cap. II, pág. 427.

talmente en estrecha unión y perenne convivencia, de modo tal que toda la vida fisiológica se halla animada por el espíritu y toda la vida anímica condicionada por el cuerpo, lo cual se ha formulado diciendo que «inside todo el espíritu en todo el cuerpo, y recíprocamente» (1). Semejante unión, que no es pegadiza, se revela en todos los hechos de la vida humana y se observa en lo más rudimentario y primitivo de sus manifestaciones.

b) El espíritu y el cuerpo viven unidos en una acción y reacción recíprocas y constantes, experimentando el primero las influencias del cuerpo y recibiendo sus determinaciones, é influyendo y determinando á su vez la vida del cuerpo también constantemente.

c) La unión y el paralelismo de que se trata es de tal manera, que no hay estado, cambio ó movimiento anímico que no tenga su correlativo material en el organismo, como no hay estado ó determinación del cuerpo que no encuentre su resonancia en el alma.

d) Todos los fenómenos anímicos tienen en el organismo su condición necesaria, por lo que debe considerarse el cuerpo en general como ofreciendo al alma su *base orgánica* para la manifestación de su vida, á cuyo efecto ofrece al espíritu un organismo de instrumentos mediante el sistema nervioso; á su vez el alma es como la *forma activa* del cuerpo, y manifiesta su realidad en toda la vida corporal mediante la unión de la fantasía con dicho sistema, y por medio también del lenguaje, por el cual se sirve el alma del cuerpo para expresarse y manifestarse.

Estas conclusiones, aceptadas por la Psicología moderna, que no desdeña, sino que antes bien tiene muy en cuenta los resultados de la experimentación fisiológica (2), legitiman so-

(1) U. González Serrano. Sobre estas cuestiones de la unión del alma y el cuerpo y la *Psico-física*, deben consultarse sus obras: *La Psicologia contemporánea* (Madrid, Hernando, 1880) y *Manual de Psicologia* (Madrid, Hernando, 1880.)

(2) Consúltense, por ejemplo, las obras de Spencer, Bain, P. Janer, H. Joly, H. Marioni y Siciliani.—Entre nosotros, los psicólogos que más atención prestan á los resul-

bradamente la importancia que en nuestros días se reconoce á la educación física, harto desatendida, no obstante, en la práctica, sobre todo en la vida escolar, por causas que más adelante señalaremos. Lo que ahora importa dejar consignado, es que en las conclusiones expuestas encuentra la Pedagogia su más firme apoyo para sostener que la cultura del cuerpo debe llevarse á la par que la del alma, y que en la escuela deben alternar los ejercicios corporales con los intelectuales, y la higiene física con la moral. A ello obligaría desde luégo esa compenetración en que hemos visto que se dan en nuestra naturaleza la vida del espíritu y la del cuerpo, si no es que no se nos impusiera semejante precepto por la mera consideración de las necesidades que implica en sí misma la vida corpórea, necesidades que, aun reduciéndolas á lo puramente material, trascienden á toda la vida del individuo y de las sociedades, como es nuestro propósito mostrar en las consideraciones que á continuación exponemos.

I

Antes de pasar á adelante, fijemos la idea de lo que es y debe entenderse por *educación física*.

Para ello no debemos perder de vista lo que hemos dicho que la Psicología ha confirmado y, como dice Joly (1), el buen sentido hace presentir á todo el mundo, á saber: «que si el desenvolvimiento de la vida del espíritu es el coronamiento de nuestra compleja existencia, la buena conservación de la vida corporal es la base.» En tal sentido, la necesidad de mantener el cuerpo en un estado de vigor y de salud todo lo perfecto que

tados de la experimentación fisiológica, son Giner de los Ríos (D. F.) y González Serrano, que es el que más presente hemos tenido al formular las anteriores conclusiones antropológicas.

(1) Joly, *Notions de pedagogie* (París, 1884), cap. II, pág. 11.—Las obras de este autor, á que hemos aludido en la nota precedente son, entre otras: *Nouveau cours de philosophie*, y *Elements de Morale*, precedés de *Notions sommaires de Psicologie*.

sea posible, se impone tanto como la de poner sus órganos en condiciones de que puedan satisfacer debidamente las exigencias del espíritu.

Así, pues, se dice que la educación física tiene por objeto desenvolver los órganos y las fuerzas del cuerpo, dando á éste la belleza, la ligereza y la agilidad de que sea susceptible, conservando al mismo tiempo su salud y restableciéndola cuando por alguna causa se haya alterado; y que todo esto se hace, no sólo mirando al cuerpo y sus necesidades, sino en vista también de los intereses del alma, para que el desenvolvimiento y la cultura de ésta puedan realizarse en las debidas condiciones y tengan base completa y adecuada, la base que se pide en el *Mens sana in corpore sano* de Juvenal. Añadamos, para completar estas ideas, que el desarrollo del cuerpo debe llevarse á cabo en armonía con el del espíritu, en cuanto sea posible, se entiende, dentro de las condiciones peculiares de cada uno; pues mientras que el cuerpo llega pronto, si no á la plenitud de sus fuerzas á un grado en que no necesita protección, el espíritu se desenvuelve con más lentitud, pero en cambio es capaz de un desenvolvimiento indefinido. De estos dos hechos se ha deducido que la educación física debe comenzar y concluir más pronto que la educación psíquica ó del espíritu, lo cual es exacto, si no se toma la afirmación en un sentido lato y absoluto; pues, por ejemplo, la Higiene—que, como se ha visto, forma parte de la educación física—debe ser nuestra compañera inseparable durante toda la vida, y desde que el niño abre por vez primera los ojos á la luz del día, comienza el alborear de su inteligencia.

No parece que deba discutirse la posibilidad de la educación física; los ejercicios gimnásticos y los cuidados higiénicos, mediante los cuales damos cierto desarrollo á tales ó cuales partes del cuerpo ó á todo él, se corrigen algunas deformidades congénitas ó adquiridas; y se previenen y aun curan determinadas enfermedades, ponen tan de manifiesto esa posibilidad como el hecho, que está al alcance de la observación más vulgar y somera, de que los miembros empleados en un trabajo

constante, adquieren un desenvolvimiento notable, mientras que los que quedan inactivos son más pequeños y débiles; de donde resulta, por ejemplo, que los sastres y los zapateros tienen los brazos fuertes y las piernas flojas, al paso que á los peones camineros les sucede lo contrario, y que los herreros y caldereros, que emplean en su trabajo más contínua y enérgicamente el brazo derecho, tienen la espalda, el brazo y la mano de este costado más fuertes, más desarrollados que los del izquierdo.

Lo que sí debe tenerse en cuenta, es que el cuerpo, como el espíritu, en cuanto que es un ser activo y causa, en lo tanto, de los hechos que produce en la realización de su vida, se desenvuelve en parte por su propia virtualidad, sin necesidad de la ayuda exterior que constituye la educación propiamente dicha; en lo cual no hace el cuerpo más que someterse á la ley general de los organismos, que, refiriéndola al caso presente, formula M. Ruegg afirmando que *todo organismo, y, por consecuencia, el organismo humano también, trae en sí el gérmen espontáneo de su desenvolvimiento*, el cual necesita, como el del espíritu, de una ayuda exterior, de una dirección que lo encauce y haga más fecundo, que es el papel que corresponde á la educación, la cual implica, por lo tanto, un desenvolvimiento regular (por oposición al espontáneo) de fuera adentro, y no de dentro afuera, como es éste. Añadamos, para completar esta idea, que, según se deduce de los hechos que hemos apuntado, el cuerpo, lo mismo que el espíritu, es susceptible de perfección, y, en lo tanto, capaz de ser educado.

Las divisiones que se hacen de la educación física completan la idea que de ésta pretendemos dar, y en cierto modo determinan el plan de ella. La más generalmente seguida se funda en la consideración de las funciones que dicha educación está llamada á realizar, según el fin á que *especial* ó *predominantemente* se atienda. Estas funciones, que son las mismas de toda educación—así del cuerpo como del espíritu, intelectual como estética y moral—se pueden reducir á tres, y consisten: una en *desenvolver* (Exagógia), otra en *precaver* (Higiene) y otra en *restablecer* (Medicina).

Pero en relidad, tanto esta división como la general que se hace de la cultura de nuestra naturaleza—en *física*, *estética*, *intelectual* y *moral*—si no puede decirse que sea arbitraria, cabe al menos afirmar que se resiente de formalismo, pues que en la práctica no es posible distribuir la tarea de la educación á la manera que se distribuye en los capítulos de un libro. En el fondo esa tarea es siempre la misma, una, como una y la misma es constantemente la naturaleza que mediante ella se trata de cultivar, no obstante la variedad y complejidad de sus manifestaciones, á las cuales responden las divisiones indicadas, las que por otra parte se hacen precisas por cuestión de método, porque *es necesario dividir para aprender.*

Así es que en la práctica no puede hacerse la separación que semejantes divisiones implican. Cabe, sí, obrar en determinados casos más *directa* ó *predominantemente* sobre el cuerpo ó sobre el espíritu, sobre la sensibilidad, la inteligencia ó la voluntad; pero sea cualquiera la esfera de nuestra naturaleza sobre que deliberadamente obremos, la influencia de ese trabajo se dejará sentir de un modo positivo ó negativo en las demás, por virtud del enlace y la compenetración que entre todas existen, según antes hemos visto; esto, aparte de que no hay verdadera educación cuando no es *integral* ó completa, es decir, cuando no se desarrollan armoniosa y paralelamente todas nuestras fuerzas y facultades, y de que los procedimientos que la educación emplea con especialidad respecto de unas, son también, en muchas ocasiones, apropiados para el desarrollo de todas las restantes ó de parte de ellas.

Concretándonos á la división que mirando á las funciones llamadas á desempeñar la educación física hemos dicho que se hace de ésta, surgen análogas consideraciones á las que acaban de exponerse. Porque harto se echa de ver desde luégo que, desarrollando ordenadamente el organismo, se precaven sus enfermedades, y precaviéndolas se desenvuelven sus fuerzas, así como, corrigiendo los vicios de algunas de las partes que lo constituyen ó restableciendo la normalidad de sus funciones, se fortalecen y aun desarrollan esas mismas partes y varias

otras; de aquí el hecho elementalísimo de que los medios higiénicos son muchas veces terapéuticos, y hasta de desarrollo á la vez, como acontece, v. gr., con la Gimnástica, que, al propio tiempo que desarrolla el organismo, preserva su salud, y se emplea también para corregir ciertos vicios y curar determinadas afecciones.

En el molde que se origina de considerar y estudiar separadamente estas tres funciones, que en la práctica se confunden y con frecuencia resultan conglobadas, está vaciado el plan que casi toda la Pedagogia prescribe para la educación física, la que es lo común dividir en dos partes ó secciones principales, consagrada una á los *ejercicios* y destinada la otra ó los *cuidados higiénicos*, entre los que se incluyen los relativos á la tercera función (restablecer, Medicina), cuando no se omiten, pues es lo corriente que sólo los tenga en cuenta la Pedagogia escolar. Cuando ésta se sale de dicho molde y tiene presente el enlace que existe entre las funciones que nos ocupan, eleva un poco más el punto de vista, y, fijándose en el provecho que de la educación física puede reportar, de una parte el cuerpo y de otra el alma, toma esta división como base, y con arreglo á ella determina las clases de ejercicios y cuidados que deben constituir todo el contenido de la educación física.

Aunque, como toda división, esta última no deja también de tener algo de facticia, la estimamos digna de tenerse en cuenta, pues que revela un sentido realmente antropológico é implica la idea de relación á que antes nos hemos referido. La educación física *para bien del cuerpo*, quiere decir mantener el organismo en ese estado de salud general que proviene de un feliz equilibrio de sus funciones vitales, y que hace del cuerpo entero un instrumento pronto á todo fin para que sea llamado por el espíritu. La educación física *para el bien del alma*, designa más precisamente el concurso especial que demanda á nuestros órganos el ejercicio de tal ó cual de nuestras facultades anímicas (1). Tal es el sentido de esta nueva división, de la cual se

(1) No sólo las intelectuales, como dice Joly (obra citada, pág. 13), tomando la in-

puede deducir desde luégo toda la importancia que entraña y todo el alcance que tiene la educación física, por lo que conviene que nos detengamos á considerarla.

II

Descansa, ante todo, la educación física *para el bien del cuerpo*, en el principio incontrovertible de que *la salud corporal es un bien*, una fuerza que se destruye frecuentemente porque la abandonamos, porque ignoramos ó menospreciamos las leyes naturales que rigen al cuerpo mismo ó á los elementos exteriores á él, como el medio natural, el tiempo, las estaciones, etcétera. A ese principio se junta otro, cual es el *deber* que tenemos de mantener esa salud, de no disminuir por nuestras faltas dichas fuerzas ni dejarlas comprometer por agentes que, al menos, deberíamos conocer, y que en muchas ocasiones podemos modificar; y se nos impone este deber—que, como es sabido, es uno de los primeros de que la moral individual se preocupa—porque esforzarse en mantener la salud del cuerpo, cultivar el propio organismo, es una de las condiciones necesarias para el cumplimiento de nuestro destino, cuya completa realización en la vida constituye la primera y total obligación del hombre.

Sin duda que la salud depende, en gran parte, del nacimiento; pero esto mismo depone en favor de la educación física, pues que las generaciones que prepara viven más. Es un hecho, que todas las estadísticas ponen de manifiesto, que la mayor mortalidad en los niños tiene lugar durante el primer año de la vida (1); pero al mismo tiempo se ha probado que en

teli gencia por el espíritu todo, como todavía es muy común ver en la Psicología francesa, que no acaba de desechar este error la Psicología tradicional, é hijo de la filosofía de Descartes, que consideraba el alma sólo como pensamiento, por lo que se la llegó á definir *inteligencia servida por órganos*.

(1) Así resulta de todas las estadísticas. En Francia mueren anualmente 204 niños por 1.000 de 0 á 1 año, 34'65 de 1 á 5 y 8'65 de 5 á 10. Según nuestra estadística *demo-*

comarcas donde esta mortalidad es menor que en otras, por virtud de sus buenas condiciones de salubridad, es mayor el número de niños que mueren de la edad de uno á cinco años, lo cual no puede atribuirse á otras causas que á la ignorancia de la Higiene y de la Medicina, á la falta de precauciones y á hábitos viciosos en la educación. A estas mismas causas hay que atribuir el hecho, mostrado también por las estadísticas, de que sea la mortalidad mucho más considerable en las clases pobres que en las acomodadas (1). Y claro es que no puede tener otro origen el fenómeno puesto de manifiesto por numerosos y exactos viajeros, así como por las indagaciones comparadas de la historia, de que las razas salvajes se hallen más expuestas que las civilizadas á enfermedades y á la muerte frecuente; así, y abstracción hecha de ciertas cualidades de agilidad ó destreza y de vista á larga distancia, desenvueltas por la vida errante y la caza, ha podido decir Herbert Spencer, que «el hombre no civilizado es menos fuerte que el hombre civilizado, siendo incapaz de dar de pronto una suma tan grande de fuerza como éste, así como de soportar la dispensa de ella por igual tiempo» (2).

Este último hecho, y el que antes hemos señalado respecto de la mayor mortalidad de niños de uno á cinco años en comarcas de reconocida salubridad, quitan toda razón al sistema de abandono á la naturaleza, preconizado por Rousseau y que tan en boga estuvo durante el último siglo, en que tanto se

gráfico-sanitaria, desde 1.º de Setiembre de 1879 á 30 de Junio de 1880, murieron en España 110.857 niños menores de un año, 69.073 de 1 á 5, y 14.148 de 5 á 10.

(1) Según una estadística formada por M. Casper, cincuenta años es, por término medio, la vida probable del rico, y treinta la del pobre, en Alemania.—El economista M. Villermé ha probado, respecto de Francia, que la muerte no arrebata anualmente más que un individuo por 46 en los departamentos ricos, mientras que esta proporción es de 1 por 33 en los departamentos pobres; diferencia que es mayor con relación á los distritos de París; pues así como en el segundo, que es el más rico, sólo mueren 18'73 por 1.000 habitantes, en el 9.º y el 12, que son los más pobres, el número de los que fallecen se eleva á 30'29 y 30'65 respectivamente, por 1.000.

(2) Herbert Spencer, *Sociologie*, tomo I, cap. V.

alardeó de la infalibilidad de la naturaleza y de la influencia corruptora de la civilización. Hoy no encuentran eco estas ideas, porque se reconoce que la naturaleza, por mucho que pueda, no lo puede todo; que en su seno mismo hay elementos que contrarían el desarrollo natural de los seres vivientes—de aquí la necesidad que éstos tienen, para desarrollarse y vivir, de adaptarse al medio ó de adaptar este medio á sus necesidades, lo que implica la llamada *lucha por la existencia*—y que todo desarrollo en el hombre requiere una ayuda y una dirección exteriores que vengan como á completar y fecundar, rectificando en muchos casos la obra de la naturaleza. Y esa adaptación del medio á las necesidades de nuestro desarrollo, implica la muerte de multitud de seres y revela que la naturaleza se halla preñada de agentes nocivos para la salud del cuerpo, agentes que son especie de fuerzas contrarias á ese desarrollo y que el hombre, en su lucha por la vida, se ve precisado, si no á destruir, á trasformar por lo menos.

Cuantos hechos hemos señalado, y otros muchos que pudieran aducirse, imponen la necesidad de una racional y sistemática educación física, siquiera no sea más que mirando al cuerpo; bien entendido que semejante educación no puede consistir meramente—como algunas veces se ha pensado y entraba por mucho en el sistema espartano—en el *endurecimiento* del organismo, que por lo menos hay que mirar con cierta circunspección. Porque probado el hecho de que ahora nacen menos niños y que también mueren menos que antes (1), hay que admitir, no sólo que, para que esto último ocurra, se cuida hoy mejor á los que nacen—lo que constituye un nuevo alegato en favor de la educación física—sino que, entre los que sobreviven, hay probablemente un gran número de

(1) Joly, en su obra citada (págs. 17 y 18), dice que en esta apreciación están casi unánimes estadísticos y moralistas; y, por lo que respecta á Francia, afirma que al comienzo del siglo nacía mayor número de niños por familia, no siendo raras las que tenían diez hijos, y que en todo caso eran menos raras que ahora, si bien es verdad también que morían más niños.

esas organizaciones poco robustas que el sistema de otros tiempos hubiera eliminado bien pronto del número de los vivientes; de donde resultan, como dice el citado Joly, dos hechos á primera vista contradictorios, pero perfectamente explicables el uno por el otro, á saber: que el vigor de la raza sobreviviente ha disminuído, y que la longevidad media ha aumentado.

Débese esto último á los progresos de la educación física, entendida en su más lata acepción, que así se preocupa de vigorizar el organismo, alimentando su actividad y mediante ella regularizando las funciones vitales y conservando la salud, como de preservarlo contra los agentes exteriores á él que por uno ú otro modo pueden serle nocivos. Así, es un hecho, puesto también por Spencer de manifiesto, que cuando los niños son bastantes robustos para soportar el frío, se habitúan sin duda á él, y si se quiere, se *endurecen* en el sentido de no sentir tan vivamente la impresión que produce; pero esto tiene lugar á expensas de su crecimiento (1). En comprobación de este aserto, cita el filósofo inglés varios hechos (2), de los cuales deduce la gran importancia del vestido, que es para

(1) Herbert Spencer. *De l'Education intellectuelle, morale et physique* (París, Germer Baillière, 1878), pág. 260.—Dice esto el reputado filósofo para probar el error, tan generalizado en Inglaterra, en que incurren los que, sin tener en cuenta circunstancias ni condiciones algunas, creen muy higiénico, un medio excelente de salud, tener á los niños casi desnudos, para *endurecer el cuerpo*; idea que considera como «una ilusión impertinente,» porque, añade, «á muchos niños se les endurece tan bien, que se van de este mundo, y los que sobreviven sufren, por causa del sistema con ellos seguido, ya en su salud, ya en su crecimiento.»

(2) Obra citada, la misma página y siguiente.—«Esta verdad—dice—es tan evidente en el animal como en el hombre. Los caballos de las islas Shetland, soportan una temperatura más dura que los del Mediodía de Inglaterra, pero son enanos. Los carneros de las montañas de Escocia son desmirriados en comparación con los ingleses. En las regiones árticas y ecuatoriales, la raza humana no alcanza la talla ordinaria. Los lapones y los esquimales son muy pequeños; y los indígenas de la Tierra de Fuego, que viven bajo un clima frío, son—dice Darwin—tan deformes y desmirriados, que apenas podemos creer que sean nuestros semejantes. La ciencia explica este empobrecimiento por la sustracción de calor animal...»

nosotros, como ha dicho Liebig, por lo que á la temperatura del cuerpo concierne, «el simple equivalente de cierta suma de alimento;» pues disminuyendo la pérdida de calórico, disminuye la necesidad de combustible para mantener esa temperatura; y cuando el estómago tiene menos que trabajar para reponer el combustible, puede hacer más para preparar otros materiales. Y si todo esto nos dice que en educación física no basta con atender al endurecimiento, también conduce á igual resultado la consideración de algunos de los efectos que produce el ejercicio mismo. «No nos alimentamos por lo que se come, sino por lo que se digiere,» ha dicho un médico, á lo cual añadió Trousseau: «Se dirigiere con las piernas tanto como con el estómago;» lo que equivale á afirmar que el ejercicio responde á algo más que á desarrollar y fortalecer los órganos, los cuales, incluso los internos, participan de la parálisis general cuando el cuerpo está inactivo.

Hay, por lo tanto, que ejercitar el organismo, pero no ejercitarlo con el pensamiento de endurecerlo por una insensibilidad aparente ó por un menosprecio fingido del dolor; sino que la actividad á que se le someta debe tender á excitar y regularizar todas las funciones y sus movimientos; debe ser una actividad que permita fortificar el organismo ejercitándolo, y que al propio tiempo le habitúe á reobrar contra las acciones enemigas del exterior y á colocarse él mismo en el estado que le convenga; actividad que, como se ve, no es sólo función de desarrollo, sino que es además preservadora, ó sea higiénica, lo cual no obsta para que requiera los cuidados de la *Higiene* propiamente dicha, sin la que la educación física quedaría incompleta.

Tal es lo que presupone la educación del cuerpo por el bien del cuerpo mismo.

En cuanto á su consideración en vista de los intereses del alma, el principio fundamental hay que buscarlo en el hecho, que ya hemos señalado, de la mutua penetración de la vida corporal y la espiritual, del comercio en que viven en nuestra naturaleza lo moral y lo físico, que recíprocamente se influ-

yen, comercio que se completa y hace más patente por virtud de la correspondencia y relación que existen entre los órganos del cuerpo y las facultades del alma.

En tal sentido, el fin que principalmente debe perseguir la educación física es el de hacer tomar á los órganos del cuerpo—á los de las funciones de relación especialmente, por ser ésta como el nexo en que se adunan la vida espiritual y la corporal—el hábito de los movimientos y de los estados que puedan asegurar mejor, por su parte, el cumplimiento de las funciones propias de las facultades anímicas, toda vez que mediante esos órganos se expresa y manifiesta toda la vida espiritual. Se impone por esto la necesidad de mantener los órganos de la sensibilidad y el movimiento—incluyendo en éstos los del lenguaje—en el estado de mayor perfección posible, al intento de que puedan llevar á cabo en las mejores condiciones las delicadas tareas á que están llamados, como instrumentos que son del espíritu, á la realización de cuya vida colaboran con toda la realidad anímica.

Al efecto, todo lo que se haga por favorecer el desarrollo armónico del cuerpo y mantener nuestro organismo en perfecto estado de salud, redundará en beneficio de esos órganos, y, en lo tanto, de las funciones á que sirven de instrumentos (1). Y

(1) Aun los que menos alcance conceden á la influencia de lo fisiológico en la educación y de ésta sobre lo fisiológico, no pueden negársela en absoluto. Así, por ejemplo, Bain, que dice que el desenvolvimiento de las fuerzas corporales es una acción esencialmente distinta de la educación propiamente dicha, y que el punto de contacto de ésta con la Fisiología y la Higiene es muy limitado, afirma que «el arte de la educación supone la existencia de un cierto medio de salud física,» y «que habría ingratitud en desconocer los servicios prestados á la educación por la doctrina fisiológica de la base física de la memoria.» Y después de hacer notar que «la memoria depende de una propiedad ó facultad nerviosa, alimentada por la nutrición como las demás facultades físicas, y sometida á alternativas de ejercicio y reposo, y que la plasticidad del cerebro puede detenerse en su desenvolvimiento por la falta de ejercicio ó agotada por el exceso contrario,» viene á parar á estas conclusiones: «Para acrecentar la propiedad plástica del espíritu, es preciso nutrir el cerebro, y es muy natural pensar que se obtendrá este resultado nutriendo el cuerpo todo.» V. su obra *La science de l'education*. París, Germer Baillière, 1879, cap. II, páginas 8-10.

no debe olvidarse, por otra parte, que, mientras se ejercitan las fuerzas físicas, descansan y se reponen las intelectuales y morales; por lo que, atendiendo á la educación del cuerpo, proporcionamos un reposo necesario al trabajo del espíritu, una especie de contrapeso del que no puede prescindirse si se aspira á que la educación sea completa y verdaderamente armónica, esto es, que se lleve á cabo con el equilibrio, la ponderación, el ritmo, y, en una palabra, la armonía con que en su estado normal funciona y se desenvuelve nuestra naturaleza psico-física.

La educación física por bien del alma, hay que mirarla todavía bajo otros aspectos no menos interesantes que los señalados.

Los hábitos que mediante ella pueden contraerse, influyen de una manera positiva ó negativa en la naturaleza moral del individuo, y contribuyen á la formación de su temperamento y de su carácter. No se trata ya sólo de dar al pensamiento medios adecuados de expresión, ni á la voluntad instrumentos prontos y ágiles para obedecer sus ordenes; sino de algo más. Mediante el concurso de la educación física, pueden corregirse hábitos y maneras que revelan en quien se dan falta de cultura y aun vicios de carácter, y que á veces privan de su genuina expresión al pensamiento y al sentimiento, y hasta á la palabra misma: tal sucede, por ejemplo, con los gestos exagerados, la tendencia á reir inmoderadamente, á gritar en vez de hablar y á ahuecar la voz. Y es que, como dice el citado psicólogo, «los movimientos externos, según el grado en que se les excite, se les prolongue ó se les modere, comunican algo de su ritmo á los movimientos internos y á las funciones que esos movimientos aseguran, y unos y otros crean necesidades y hábitos generales de motilidad, que vienen á ser como la base de la voluntad propiamente dicha. El hombre, en efecto, quiere según el sentimiento que tiene de lo que puede, y con arreglo á esas tendencias y esos hábitos irreflexivos forma, sin apercibirse de ello, el sentimiento continuo de lo que puede» (1).

(1) Joly, obra citada, pág. 28.

Cosa análoga cabe decir de las actitudes en particular, las cuales, si desde luégo tienen importancia por lo que respecta al crecimiento corpóreo, no la tienen menos en lo tocante á la vida intelectual y moral. Observemos que si, como hemos dicho al señalar las relaciones entre espíritu y cuerpo, no hay estado interior que no se traduzca por otro correlativo externo, por un movimiento, por un gesto, por una actitud involuntaria, resulta también, según oportunamente lo ha hecho notar el fisiólogo Gratiolet (1), que una actitud imitada, una idea preconcebida, como son frecuentemente en los niños pequeños, despierta en el espíritu ciertas tendencias correlativas; así, si no cabe duda que la doblez y la hipocresía dan el hábito de mirar oblícuamente y hacia abajo, no deja de ser cierto que los niños que por imitación ó por violencia se habitúan á mirar de ese modo están expuestos á hacerse solapados y mentirosos. Así, pues, como dice el fisiólogo mencionado, «es bueno, aun bajo el punto de vista moral, obligar á los niños á mantener recto el cuerpo, porque esta es la actitud de la acción libre; mientras que las espaldas caídas y abandonadas, ó encogidas y contraídas, expresan pereza ó estúpida terquedad.»

Da todo esto idea de los *efectos morales* de la educación física, que no hay motivo para atribuir exclusivamente, como es común hacer, á la Higiene, puesto que, como queda mostrado, se deben también al ejercicio, mediante el cual se corrigen ciertas actitudes y se adquieren algunos de los hábitos que más arriba hemos indicado como favorables á la cultura del alma. Pero á pesar de esto, constituyendo la Higiene parte de la educación física—especialmente cuando se trata de los niños y de la vida de la escala—es evidente que los efectos morales que á

(1) Gratiolet. *Anatomie comparée du systeme nerveux y de la Physionomie.* A propósito del punto que nos ocupa, dice que es menester habituar á los niños «á mirar con ojos moderadamente abiertos, sin fruncir las cejas, y á llevar cortos los cabellos, ó al menos peinados hacia atrás para que la frente quede bien descubierta. Debe desconfiarse de la sonrisa precoz, sobre todo cuando la acompañan guiños de los ojos, porque esta es una actitud de doblez; el niño debe reir á carcajadas y con los ojos abiertos.»

ella se atribuyen pueden desde luégo referirse á la educación física en general. En este sentido, encajan dentro del cuadro que de la educación del cuerpo por bien del espíritu trazamos, los efectos morales que higienistas y psicólogos están conformes en reconocer al aseo, por ejemplo, el cual, si por una parte favorece la salud del cuerpo y aun su desarrollo, es, por otra, signo de cierto respeto á las conveniencias sociales y de un sentimiento habitual de la propia dignidad; de aquí que el hábito del aseo sea colocado por alguien en la categoría de las virtudes (1). No se olvide que, como ha dicho una ilustre propagandista de las doctrinas pedagógicas de Frœbel—la Baronesa de Marenholtz—«el equilibrio físico ejerce su acción sobre el equilibrio moral, y la armonía y la gracia del cuerpo influyen sobre la armonía de las facultades del alma.»

Las consideraciones que preceden, relativas á la importancia que entraña la educación física, así por lo que respecta á los intereses del cuerpo como á los del alma, nos llevan á concluir que, si la afirmación que hace Herbert Spencer al declarar que «la primera condición de éxito en este mundo es la de *ser un buen animal*» (2), peca de exagerada en la forma, implica en el fondo una gran verdad. Porque si, como al principio de este trabajo notamos, el cuerpo ofrece al alma su base orgánica y un organismo de instrumentos para la manifestación de su vida; si por esto depende el espíritu de algún modo del cuerpo,

(1) Volney, por ejemplo, coloca el aseo en el rangò de las virtudes; para Rousselott (*Pedagogie á l'usage de l'enseignement primaire.*—Paris, 1881) es la mitad de una virtud, ó, al menos, el signo exterior de la dignidad humana. Bacon, por su parte, afirma que hay razón para mirar el aseo del cuerpo y un exterior cuidado como el efecto de cierta modestia de carácter y de cierto respeto, primero hacia Dios, de quien nosotros somos las criaturas, y después hacia la sociedad en que vivimos, y, en fin, hacia nosotros mismos, para quien no debemos tener menos respeto que para los demás. Por el contrario—añade el pedagogo citado—la negligencia del cuerpo y de los vestidos, inspirando el despego y el disgusto, aproximan el hombre al animal; pues parece que el desaseo sea como la envoltura natural del cuerpo, y esta idea, que concluye por implantarse en el espíritu, es como un velo echado sobre todo lo que es puro y bello.

(2) Herbert Spencer, obra citada, pág. 233.

y la energía moral supone en cierto grado la energía física, se sigue que la cultura corporal debe ser base y medio de la espiritual, que toda educación ha de preocuparse desde un principio de dar á dicha base, á dicho organismo de instrumentos, las condiciones necesarias para el buen desempeño de los servicios que debe prestar con relación al espíritu, así como para mantenerse en el estado que le corresponde. Notemos que, como atinadamente dice Rousseau, «cuanto más débil es el cuerpo, más manda; cuanto más fuerte, más obedece» (1).

III

De las consideraciones expuestas se desprende la mucha importancia que tiene la educación física para el *individuo*, cuya aptitud para toda clase de trabajos—muy especialmente para los corporales, de los que depende la subsistencia de la inmensa mayoría de los hombres—estriba, sobre todo, en los cuidados que demos á nuestro organismo; cuidados que aseguran nuestra salud, cuyo quebrantamiento, no sólo nos imposibilita para dichos trabajos (corporales é intelectuales), con lo que nos priva de sus naturales rendimientos, sino que pone en grave peligro la vida, que tan cara nos es y cuya conservación tanto anhelamos. La vida y el bienestar, particularmente bajo el aspecto económico, dependen para el individuo en gran manera de la educación física.

Y lo mismo que del individuo puede afirmarse respecto de la *familia*, toda vez que cuanto afecta á los individuos que la constituyen tiene precisamente que afectarle á ella, y en particular en lo que dice relación á la esfera económica, que tanto se perturba por la ausencia de condiciones físicas para el trabajo. Y no deben olvidarse, por otra parte, las gravísimas perturbaciones que se originan á la familia por la aterradora mor-

(1) Rousseau *Emilio*.—Novísima traducción castellana. Madrid, librería de Novo, 1879, libro I, pág. 29.

talidad que produce, en los niños sobre todo, la falta de cuidados físicos.

Todo esto que decimos refiriéndonos al individuo y á la familia, tiene su resonancia en la *vida social* y lastima sobremanera los *intereses nacionales*. Tratando este mismo punto, hemos dicho en otra parte (1).

«La pérdida de sus individuos antes de tiempo, es un mal para las naciones por más de un concepto. Aparte de que implica descenso ó menos progreso del que debiera en la población, es causa, como en la familia, de perturbaciónes económicas. Téngase presente que, como dice un profundo pensador contemporáneo, en las luchas industriales la victoria va siempre unida al vigor físico de los productores. ¡Y quién sabe, por otra parte, los servicios que hubieran podido prestar á su país esos millares de individuos que mueren prematuramente por falta de cuidados físicos! Sin llegar al caso extremo de la muerte, es cosa sabida, pues hoy constituye una de las mayores preocupaciones de médicos, higienistas y estadistas, que la falta de esos cuidados origina la degeneración de las razas; pues mientras más débiles y enfermizos son los individuos á ellas pertenecientes, más débiles y enfermizos son los pueblos y las naciones, las cuales son tanto más vigorosas cuanto más fuertes y robustos son sus miembros. He aquí la razón de que en muchos países se preocupen hoy tanto los gobiernos de la educación física de las nuevas generaciones, máxime cuando, como más arriba queda dicho, de esta educación depende en gran parte la intelectual y la moral. Añadamos que la educación física tiene relación muy directa con todo lo relativo á la seguridad é independencia de las naciones; pues mientras más fuertes y vigorosos sean los ciudadanos, mejor podrán defenderlas cuando la necesidad lo exija, y más fácil es encender la llama del entusiasmo patrio en organizaciones apocadas. Así lo comprendieron los pueblos de la antigüedad,

(1) *Teoría y práctica de la educación y la enseñanza*, tomo V. Madrid, Gras y compañía, 1882, páginas 9 y 11.

robustas y enérgicas, que en naturalezas débiles, entecas y y de aquí la importancia tan grande que daban á la educación física de los jóvenes, según de ello nos ofrecen elocuente testimonio Esparta y Atenas, pueblos en que la Gimnástica y otros medios de educación física ocuparon lugar muy preferente, predominante hasta tocar en lo exagerado, podríamos decir, en los sistemas de educación nacional.»

En suma, cabe afirmar con Joly (1) que, «atendiendo á la educación física de un niño, no se trabaja sólo por el individuo presente, sino por una familia futura, tal vez por una larga serie de descendientes, y, finalmente, por la nación entera. La duración de las familias, que da tanta fuerza á los individuos por la continuidad de las tradiciones, de los recuerdos y de un honor común, supone evidentemente la riqueza y la pureza de la sangre que se trasmite de padres á hijos. Y es todavía más claro que la buena salud de los jóvenes es necesaria al poder de la patria.» Por esto, sin duda, la afirmación que hace Spencer, como complemento de otra análoga que hemos trascrito más arriba (respecto de la que reproducimos aquí lo que con ocasión de ésta apuntamos), de que «la primera condición de la prosperidad nacional es la de que la nación esté formada de *buenos animales.*»

IV

No puede ser indiferente la Pedagogia á los puntos de mira que acaban de señalarse para determinar la importancia de la educación física. Pero todavía queda por considerar otro aspecto cuyo interés es para ella más inmediato, y su consideración le incumbe más de lleno, por las conexiones tan íntimas que tiene con la *vida escolar*. Nos referimos al influjo que ejerce la cultura del cuerpo en los resultados de la enseñanza que los

(1) Obra citada, pág. 14.

niños reciben en la escuela, y en el régimen y la disciplina de esta institución.

Desde luégo debe tenerse en cuenta que atendiendo, en la medida que ya se ha indicado, á la educación del cuerpo, se crea en quien la recibe hábitos de aseo, de sencillez y de orden que por fuerza son una garantía en las escuelas primarias para el régimen disciplinario y el aprovechamiento de las lecciones. Porque si la sencillez habitúa á rehuir todo lo que es vana satisfacción del orgullo y la fatuidad, y contiene á cada cual en el límite que le señalan sus fuerzas y aptitudes, por su parte el orden da el hábito de hacer las cosas oportunamente, no descuidando las prácticas útiles é introduciendo en todo la regularidad y la armonía, con razón llamadas *madres del bienestar*. Conocidos ya los efectos que produce la costumbre del aseo, nos resta sólo, para dar el relieve que nos proponemos á la afirmación que hemos hecho, llamar la atención respecto de la importancia que para la vida de la escuela tienen los hábitos, puesto que en formarlos buenos consiste, en último término, toda la educación de la niñez; pues sabido es que *todo en la vida es hábito* y que éste llega á formar en nosotros una *segunda naturaleza*. Y si los hábitos corporales engendran hábitos intelectuales y morales, ó al menos dan bases necesarias á la educación de la inteligencia y la voluntad, no hay para qué decir el influjo que en la escuela puede ejercerse en la cultura total de los niños, mediante una aplicación inteligente de los ejercicios físicos y los cuidados higiénicos.

Pero no es sólo esto. La educación física en las escuelas supone desde luégo alguna clase de ejercicios corporales, los que á su vez implican, si semejante educación es lo que debe ser, las *recreaciones*, y, en lo tanto, el *juego*, en el que existe hoy una dirección muy pronunciada á resumir los mencionados ejercicios, sobre todo los llamados gimnásticos, que desde luégo no dejan de ofrecer inconvenientes, y que son dados á que se les tome con un formalismo impropio de la escuela, en la que vienen á ser, como muy oportunamente se ha dicho, *una lección más*. De aquí la tendencia á sustituirlos por el juego, que desde

algún tiempo á esta parte se advierte en la Pedagogia (1), tendencia que por el motivo indicado, y por otros de más trascendencia, tenemos como muy saludable y saturada de un verdadero sentido educador.

Pues bien; el ejercicio físico, especialmente si consiste en el juego y reviste, como tal, el carácter de recreaciones, ejerce evidente influencia en el aprovechamiento de la enseñanza, en cuanto que viene á satisfacer la necesidad imperiosa que siente el niño de moverse, de poner en acción su naturaleza física. Así, es un hecho que todos los que educan niños pueden comprobar que, cuando se somete á un alumno más tiempo del que su naturaleza consiente á ejercicios intelectuales, cualesquiera que ellos sean, sucede que al cabo de cierto tiempo, cuando la pobre criatura no puede resistir más la forzada y tenaz pasividad fisiológica á que tan inconsideradamente se le tiene sometido, cuando se siente cansado de estar quieto, de *no hacer nada*, aunque quiera no puede prestar atención á las lecciones, las cuales escucha, por lo mismo, con indiferencia y hasta con enojo; y en semejantes condiciones la enseñanza pierde más que gana, y se hace rutinaria y mecánica, por lo mismo que quien la recibe nada pone de su parte, si no es el disgusto y la aversión que hacia ella le inspira el estado de violencia contra su naturaleza á que se le tiene reducido. Por el contrario, saben muy bien los buenos maestros que, cuando el niño ha satisfecho la necesidad de movimiento, cuando ha puesto en ejercicio su cuerpo y éste pide algún descanso, es mucho más fácil de conseguir que preste atención á los ejercicios intelectuales, los cuales no le cansan ni enojan tanto y le son más provechosos, por ende. Por esto ha podido decirse con razón que «nunca se trabaja mejor que á continuación de esas recreaciones (los juegos), tan buenas para el espíritu como para el cuerpo;» y es que la actividad física refresca la inteligencia

(1) Sin remontarnos á Frœbel, que tanta importancia concede á los juegos de la infancia, en cuyo favor tanto ha hecho, véanse las obras y trabajos de Spencer, Joly, Guilliaume, Pecaut, Giner de los Ríos (D. F.) y otros muchos que pudieran citarse.

y le da nuevos bríos para volver al trabajo, disponiendo para él la atención y animando el espíritu todo mediante la placidez que siente el que acaba de satisfacer una necesidad imperiosa (1).

Por lo que á la disciplina escolar respecta, también saben bien los buenos maestros que es mucho más fácil someter á los alumnos á un buen régimen disciplinario cuando los ejercicios físicos no faltan, en cuanto que, una vez mitigada la sed de movimiento y de acción libre y espontánea que siente el niño, después de largos ratos de quietud forzada y de obligada atención á las explicaciones y los trabajos escolares de índole intelectual, es tarea fácil la de hacerle guardar orden y compostura, por lo mismo que se ha dicho respecto de la enseñanza. Empero cuando el ejercicio físico brilla en la escuela por su ausencia—como desgraciadamente es muy común que brille;—cuando la apremiante necesidad de poner en ejercicio su organismo impulsa á los escolares tenaz y vigorosamente á moverse, á hablar, á *no estarse quietos*, no hay orden ni compostura posibles, á pesar de todos los mandatos, de todas las exhortaciones, de todos los premios y de todos los castigos que imaginen los educadores, los cuales se esfuerzan inútilmente, *se mueven en el vacío*—pudiéramos decir—cuando esto sucede, sin lograr otra cosa que violentarse y violentar á sus educandos, y concluyendo con lamentable frecuencia por acudir á medios disciplinarios que nunca les es lícito emplear.

De las sumarias indicaciones que acabamos de hacer se colige fácilmente que también, por lo que respecta á la enseñanza y la disciplina escolares, la influencia de la educación

(1) M. Alexi, Director del Gimnasio de Saargemünd, emitía con gran laconismo esta opinión en el *Congreso internacional de la Enseñanza* celebrado en Bruselas en 1880, contestando al tema: *¿Son necesarias las recreaciones en la escuela?* He aquí sus afirmaciones: «La experiencia prueba que la disminución hecha en las lecciones con el objeto de encontrar el tiempo necesario para las recreaciones es una ventaja positiva, pues el éxito de las lecciones no depende tanto de su duración como de la buena disposición de espíritu de los niños; y para mantenerlo en esa disposición, son absolutamente necesarias las recreaciones.»

física es notoriamente provechosa y constituye una verdadera necesidad, cuya satisfacción entraña un deber para el Estado y los educadores, por más que uno y otros lo desconozcan con harta frecuencia, y hasta lo infrinjan á sabiendas, según declara una experiencia tan lamentable como impropia de un país que blasona de culto, que aspira á tener buenas escuelas y que se preocupa de la suerte de las nuevas generaciones, de las cuales depende su propio porvenir.

V

A pesar de la importancia que por varios conceptos tiene la educación física para individuos y pueblos, y de que la salud corporal es asunto que á todos nos preocupa sobremanera, fuerza es confesar que ni en el hogar doméstico ni en la escuela se atiende en la medida conveniente á la cultura del cuerpo. Si paramos mientes en el carácter predominante de nuestras sociedades, tan afanosas por afianzar el bienestar material y tan idólatras del trabajo, no podrá menos que verse en semejante abandono un contrasentido digno en verdad de que los hombres pensadores fijen en él la atención.

En la familia se observa á este respecto un abandono extraño. Sin tener para nada en cuenta aquéllas para las que su estado de miseria suministra disculpas, sucede en la mayoría de las que no pueden amparar su desidia bajo el manto de la pobreza que, no obstante ser la salud de los niños lo que más vivamente preocupa á los padres, suelen éstos no acordarse de Santa Bárbara hasta que truena; es decir, que no se acuerdan de lo mucho que esa salud vale y les interesa hasta que la necesidad llama apremiante á sus puertas y no hay ya más remedio que echarse en brazos del médico. Por desidia unas veces y por ignorancia las más, es lo cierto que los medios preservativos de la salud, los ejercicios físicos y los cuidados higiénicos brillan por su ausencia en el seno de esas familias, las cuales crian á sus hijos mientras que los creen sanos (en lo que

suelen vivir con lamentable frecuencia muy engañadas), sin acordarse para nada de que rodea al niño una multitud de agentes que constantemente conspiran contra su salud, si no es que ésta se halla socavada por causas que tienen su asiento y arraigo en el organismo mismo. Y con esto se olvida también que hay necesidad de muchos cuidados, de muchas precauciones y de no menos atención y diligencia para sacar á adelante á esas tiernas y delicadas plantas que con tan punible descuido cultivan, y á las que ni siquiera se prestan las atenciones que el jardinero menos celoso prodiga á las que le están confiadas.

Esta falta de atención con que suele mirarse por las familias la educación física de los niños, la censura ya con harta justicia y no poco tino el filósofo inglés Herbert Spencer (1), el cual se extraña de la existencia de semejante hecho, cuando, por otra parte, tanto preocupa á muchas de las personas que á su producción cooperan la crianza y el mejoramiento de determinados animales, siendo tal asunto objeto preferente de las conversaciones diarias, mientras que nunca hablan ni se ocupan de los alimentos y los cuidados higiénicos que reclama la salud de sus hijos, menos interesante para ellas, por lo que se ve, que el mayor ó menor grado de robustez y pujanza de sus caballos. Y no hay que perder de vista que la fina crítica que á este propósito hace Spencer es tanto más digna de tenerse en cuenta, cuanto que recae sobre un país como el inglés, en el que la educación de la juventud se halla bastante atendida, y en el que abundan, como en ningún otro, los niños hermosos y bien desarrollados. Pero es que allí, como aquí, la educación física dista mucho de lo que debe ser, y necesita que pensadores de la talla del citado la auxilien con las armas de su acerada y autorizadísima crítica, nunca mejor empleadas que con ocasión del asunto origen de estas observaciones, puesto que cuanto se insista respecto de él será siempre poco, en cuanto que al abandono de que tratamos se debe la aterradora mortali-

(1) Obra citada, cap. IV, páginas 229-233.

dad de niños á que antes nos hemos referido, el raquitismo de muchísimos que más vegetan que viven, y la endeblez y pobreza de fuerzas físicas que tan comunes son en las personas mayores.

Análogo abandono al que hemos notado en la familia hay que lamentar en la escuela por lo que respecta á la educación física. Ausencia absoluta de ejercicios corporales; descuido inaudito respecto de los cuidados higiénicos más elementales; locales en que todo se ha tenido en cuenta menos las exigencias pedagógicas é higiénicas; un mobiliario adecuado para que el alumno se acomode en él lo peor posible, y un material de enseñanza digno emulador de todas esas malas condiciones: tal es el cuadro, verdaderamente desconsolador, que ofrece la inmensa mayoría de las escuelas. Aun en las mejor acondicionadas se echa de ver, por punto general, cierta negligencia, que tiene no poco de inveterada, en lo que etañe á las exigencias de la cultura del cuerpo.

Señalado el mal, interesa señalar las causas que lo producen y cooperan para que persista. Y concretándonos á la familia, todo el mundo sabe que las principales causas á que se debe el abandono en que hemos visto que se tiene en ella la educación física, son la *miseria* y la *ignorancia*, estas dos fuentes de males sin cuento y de dolores infinitos, que consumen lentamente la vida de las poblaciones, comprometen su salud y son un instrumento terrible de degradación física y moral y de muerte. Mientras que la miseria hace imposibles las prácticas que requiere la cultura corporal, la ignorancia esteriliza sus saludables prescripciones, afirmando en el hogar doméstico la influencia deletérea de la *rutina* y de los *prejuicios* y matando, mediante ella, la iniciativa personal. Surge de todo esto un culto exagerado á la tradición y á la costumbre, en brazos del cual muchas personas se abandonan dulce y tranquilamente, dejando á otro—este *otro* suele ser el Estado—el encargo de pensar por ellas y de hacer lo que á ellas incumbe, ó de guiarlas por la corriente de hábitos viejos, importándoles poco que les puedan ser nocivos, con tal de que halaguen su criminal pere-

za. Combatir, pues, las plagas terribles de la miseria y la ignorancia, es trabajar en favor de la educación física de un pueblo.

No cabe en los límites de este artículo tratar de los medios que deben emplearse para combatir la miseria, punto que, por otra parte, entraña los más árduos problemas sociales de los que actualmente traen preocupados á los más ilustres pensadores de Europa y América. Pero harto se alcanzará á nuestros lectores que, aparte de las instituciones de previsión y asistencia que hoy funcionan en muchas partes, y de leyes que armonicen los intereses legítimos del capital y el trabajo, un buen sistema de educación, en el que se mire especialmente á difundir las luces en las clases populares, puede contribuir poderosamente á contener, dentro de ciertos límites, la invasión y los efectos de esa plaga social llamada miseria; pues sabido es que el hombre es tanto más fuerte contra el mal cuanto mayor y más clara es la conciencia que tiene de su dignidad, de sus deberes y de sus derechos. Añadamos, y con ello precisaremos algo el carácter que debe imperar en el sistema de educación á que nos referimos, que, como con gran sentido se ha dicho, «la libertad, que parece no tener otro fin que el de proporcionar satisfacciones morales, es el mejor y más seguro instrumento de los progresos materiales.» Combatiendo por los medios indicados la miseria, se combate al propio tiempo la ignorancia, que es la amparadora de todas las rutinas y de todos los prejuicios y errores. Llevar á todos los espíritus aquella *luz* que al despedirse del mundo pedía para el suyo el gran poeta Göethe, es lo que hay que hacer para ahuyentar de todas partes las tinieblas de la ignorancia.

El agente con que más eficazmente puede contarse para la realización de esta fecunda y santa empresa, es la escuela primaria (1), dentro de la cual se oponen al progreso de la edu-

(1) Claro es que al efecto debe pensarse en las Escuelas Normales de Maestros y de Maestras, si se aspira á que los educadores dirijan convenientemente los respectivos ejercicios. Comprendiéndolo así y teniendo en cuenta la necesidad de que éstos tengan

cación física las mismas causas que, según hemos visto, estorban su acción en la familia. La falta de recursos por una parte, y por otra la ignorancia con su obligado cortejo de rutinas, errores y prejuicios, son, en efecto, los elementos que han contribuído á levantar dentro de la escuela esa barrera—especie de muralla de la China—que, á pesar de los progresos actuales, opone tenaz resistencia á los medios y las prácticas que la cultura del cuerpo requiere. Por falta de recursos muchas veces, y por sobra de ignorancia no pocas, carecen las escuelas de los medios necesarios para los ejercicios físicos y de las condiciones higiénicas más indispensables. Los que desconocen su misión bienhechora, le niegan los recursos que pródigos malversan en pólvora y otro linaje de festejos, como los que no tienen conciencia clara de sus fines la instalan en cualquier parte y de cualquier modo, sin cuidarse para nada de la salud de los niños que á ella deben concurrir, entre los que acaso se encuentran sus propios hijos.

A estas causas que señalamos como negaciones en la escuela primaria de la educación física, hay todavía que añadir otra, que en cierto modo es producto de algunas de ellas, á las que, al menos, debe su persistencia y el predominio que hoy ejerce en la educación de la niñez. Nos referimos al *intelectualismo*, que aún constituye la nota más característica de los sistemas de educación, y que por lo mismo y por los obstáculos que implica para la cultura del cuerpo, merece que lo consideremos con algún detenimiento.

en la escuela verdadero sentido pedagógico y estén en armonía con los demás, el Sr. Albareda introdujo la gimnasia de sala en la Escuela Normal Central de Maestras, por la nueva organización que dió á la misma en 13 de Agosto de 1882, siendo de notar que esa enseñanza ha quedado subsistente en la contrarreforma llevada á cabo en dicha Escuela por el señor Pidal (decreto de 3 de Setiembre de 1884), quien, incurriendo en una contradicción incomprensible y lamentable, hace caso omiso de la cultura física en su reforma de las escuelas de párvulos (decreto de 4 de Julio de 1884), en las de que desde muy antiguo se atiende, en una ú otra forma, á la cultura del cuerpo, que en dichas escuelas de párvulos es más fácil y no exige tanta preparación por parte del maestro.

VI

Como reacción contra la decadencia á que vinieron á parar los estudios durante la Edad Media, debe considerarse el *intelectualismo* á que aludimos, que, exagerando el sentido que correspondía al renacimiento clásico de que era hijo, olvidaba que la antigüedad, á la que en materia de estudios se volvían los ojos, dió gran importancia—á veces exagerada, como aconteció en Esparta—á la cultura del cuerpo, que asimismo se abandonó en la Edad Media, por lo que hubiera sido más lógico que también á ella hubiese alcanzado la reacción á que aludimos. No fué así, ciertamente, y olvidándose el buen ejemplo que en materias de educación diera el pueblo griego, cuyo sentido en este punto sintetizó Platón—el fundador de la Pedagogia antigua—al decir que la educación tiene por objeto *dar al cuerpo y al alma toda la belleza y toda la perfección de que son susceptibles*, se cayó en lamentable exclusivismo, no pensándose en otra cosa que en la enseñanza y dejando cruelmente abandonados los intereses del cuerpo y hasta los de casi todas las facultades anímicas. Porque es de advertir que el carácter que se dió á la enseñanza fué casi exclusivamente didáctico (y á mayor abundamiento asaz formalista y dogmático), y no genuinamente educador, como requiere la cultura de la niñez y hoy declaran todos los pedagogos.

Imbuída la escuela primaria de ese tradicional intelectualismo, viene desde muy antiguo, y aun continúa en casi todas partes, dando exagerada preponderancia á la mera enseñanza, á cuyo éxito todo lo sacrifica y subordina. De aquí que todo el desarrollo que en la inmensa mayoría de las escuelas se da al niño se lleve inconsideradamente á la cabeza, con lo que viene á establecerse entre ella y el cuerpo un desequilibrio espantoso, que no sólo es perjudicial para el cuerpo mismo, á expensas del cual tiene lugar ese recargo de trabajo tan impremeditadamente impuesto al cerebro, sino también para la inteligen-

cia que se trata de favorecer, y que al cabo concluye por resentirse de esa falta de armonía en la educación total del individuo; que al fin la inteligencia depende en gran parte del estado del cerebro, y éste se halla sujeto á las condiciones de vida que le presta el resto del organismo, el cual necesita, para su completo y normal desarrollo y funcionamiento de los ejercicios y cuidados que la educación física presupone. Y para que se comprenda mejor todo el alcance del desequilibrio que entraña el intelectualismo, bueno es tener presente que á las cualidades que le caracterizan en general, de ser *dogmático* y *verbalista*, como buen hijo del escolasticismo, reune la circunstancia, no ya de atender meramente á la inteligencia (lo cual constituye su vicio de origen), sino también la de mirar en ella ante todo, cuando no exclusivamente, á la memoria, con lo que, rompiendo el equilibrio de la inteligencia misma, priva á la cultura de esta facultad del sentido educador que ante todo debe tener, singularmente tratándose de los alumnos que asisten á las escuelas primarias, y relega la actividad del pensar á una pasividad absurda, como negación que es de la espontaneidad con que el espíritu se manifiesta y que tan cuidadosa é insistentemente debe y necesita alimentarse en el niño.

Bajo el imperio de ese tradicional sentido intelectualista, las escuelas se han mirado como meras aulas de instrucción, por lo que no se ha pensado en el espacio y los medios necesarios para los ejercicios físicos, y atendiendo sólo á las necesidades más perentorias de la enseñanza—no siempre á las más legítimas y racionales de toda buena cultura—se han olvidado las que se refieren á la salud, por lo que en las clases apenas si se ha pensado más que en hacinar como se ha podido á los alumnos, aunque sea infringiendo todas las leyes de la Higiene, cuyo valor no se ha tenido presente y cuya trascendencia moral se ha desconocido. Y con arreglo á las tiránicas exigencias del malhadado intelectualismo se han redactado los programas escolares y se ha ordenado la distribución del tiempo y el trabajo, sin preocuparse de otra cosa que de suministrar instrucción, *mucha instrucción,* puedan ó no digerirla los niños, los que,

por las malas condiciones en que la reciben, se ven con demasiada frecuencia expuestos á sufrir verdaderas indigestiones intelectuales, á la vez que respiran un aire envenenado y el cuerpo se entumece y debilita por falta de ejercicio.

Tal es el estado de cosas que el intelectualismo tradicional ha creado en la escuela primaria. Cabe en él no pequeña parte de responsabilidad á las familias que arrastradas, como en el lugar antes citado hemos dicho, por una vanidad que podrá ser todo lo legítima que se quiera, pero que tiene mucho de pueril é irracional, además de nociva para los escolares; movidas por lo común de punible egoismo y procediendo con una ceguedad que sólo es disculpable cuando se halla engendrada por la ignorancia—como desgraciadamente lo está en gran número de casos—sólo se ocupan de pedir al maestro con afanoso y terco empeño que sus hijos aprendan mucho en poco tiempo, aunque por las condiciones en que lo aprenden hayan de olvidarlo al punto; que ejerciten el cerebro de las pobres criaturas, y lo ejerciten mucho y de prisa, siquiera lo hagan á expensas y con detrimento del cuerpo y de la misma inteligencia, y que en el menor espacio posible de tiempo, y sin consultar aptitudes, les entreguen formados sabios en miniatura, confeccionados al estilo de los papagayos, en los que los padres puedan contemplar, no hombres sanos y robustos, aptos para toda clase de trabajos y empresas, sino esos entecos y liliputienses doctores tan al uso en el día que, en fuerza de caminar de prisa, gastan prematuramente toda su savia y concluyen por no servir para nada útil y serio, si no es para ir á pasar lo mejor de la vida arrinconados en una oficina pública, cuando no toman la revancha de no tener *oficio ni beneficio*, poniendo ufanos la detestable cultura que han recibido á servicio de esa política de café y campanario á que tan locamente se entrega una gran parte de nuestra juventud, que por ella desatiende otras esferas en las que podría prestar más fecundos y positivos servicios á la patria.

VII

El tiempo no pasa, sin embargo, en vano, ni los pueblos pueden dejar de prestar atención á las declaraciones de la ciencia ni á las advertencias de los hombres pensadores que se interesan y trabajan por su bienestar. Débese á esto, sin duda, la saludable reacción que, contra el exceso y la precocidad intelectuales en los niños y en favor de su educación física, se opera al presente en todas partes, alcanzando lo mismo al hogar doméstico que á la escuela, y muy en particular á esta última. Hoy empieza á considerarse por todo el mundo como el *desideratum* en estas materias, la fórmula de Herbert Spencer de «poner el régimen de la habitación de la nodriza y el de la escuela de acuerdo con las verdades de la ciencia moderna.» Porque, como muy oportunamente afirma dicho ilustre filósofo, ya es tiempo de que de los beneficios que han reportado los carneros y los bueyes de los descubrimientos hechos en los laboratorios, disfruten nuestros hijos; porque sin pretender poner en duda la gran importancia de la cría perfeccionada de los caballos y de los cerdos, pensamos que, como la crianza de buenos hombres y de buenas mujeres no deja de tener también alguna importancia, las conclusiones dadas por la teoría y confirmadas por la práctica deben servir de guía en el segundo caso tanto por lo menos como en el primero (1).

Los esfuerzos y los trabajos que se hacen de algún tiempo á esta parte para divulgar los conocimientos higiénicos, para introducir en las escuelas los ejercicios físicos y para procurar á los locales y el mobiliario de éstas las condiciones que los principios de la Higiene aconsejan como necesarias para preservar la salud de los niños, constituyen el testimonio más elocuente que podríamos aducir en apoyo de nuestra afirmación. Hoy no se habla ya sólo de *enseñanza*, sino que todo el

(1) Herbert Spencer, obra citada, pág. 234.

mundo habla de *educación*, cuando de los niños se trata, y nadie se olvida, por ende, de preconizar los ejercicios y cuidados que reclama la cultura del cuerpo. El recinto de las escuelas se ensancha para dar cabida á los ejercicios físicos, y los locales y el mobiliario de ellas experimentan las trasformaciones aconsejadas de consuno por pedagogos é higienistas. Y aunque toda esta fecunda labor se lleve á cabo con más lentitud de la que fuera de desear—especialmente en determinados países—bien puede afirmarse que, planteado el problema de la manera resuelta que lo está ya, no ha de tardar mucho en obtener cumplida solución en el terreno de la práctica. Así, al menos, debe esperarse del movimiento que por do quier se observa, y cuya tendencia es armonizar la educación del cuerpo con la del espíritu, haciendo que se pondere el influjo de la una por el de la otra y que ambas se acomoden en la práctica á las conclusiones dadas por la ciencia moderna, la cual rehuye todo género de exclusivismos y aspira á que sea un hecho positivo el aforismo antiguo antes de ahora citado: *Mens sana in corpore sano.*

P. de Alcántara García.

EL SIGLO XIX

CONSIDERADO BAJO EL PUNTO DE VISTA MEDICO-SOCIAL

Todo el que se dedica á observar la marcha de las ideas modernas, la trasformación de nuestro orden social, la vida febril de nuestro siglo y el cambio radical de la situación física y moral de los pueblos, habrá de fijar su atención en el considerable aumento que en los últimos cincuenta años han tenido los padecimientos nerviosos.

Recórranse ambos hemisferios de Este á Oeste y de Norte á Sur; los climas fríos como los cálidos; las grandes ciudades como las pequeñas poblaciones, y no se oirá más que un grito: «padezco de los nervios.» No hay rama de industria, no hay profesión, sexo ni edad que esté al abrigo de los padecimientos del sistema nervioso; y si el hombre, cuya condición es sufrir, viéndose á veces impresionado por algún dolor ó perturbación de las funciones orgánicas, tiene que apelar al oráculo de Esculapio, éste se limita frecuentemente á contestarle con acento consolador: «lo que Vd. tiene no es más que nervioso.»

¿Será, acaso, que las enfermedades de los centros nerviosos se han multiplicado, revistiendo distintas formas en nuestro siglo, bajo la influencia de un cambio radical de las costumbres,

del modo de ser, de pensar y de sentir de la sociedad, ó se deberá, tal vez, esta multiplicación de las enfermedades de los centros nerviosos á que, merced al progreso constante en la época contemporánea de las ciencias naturales en general, y de las biológicas en particular, muchas de las funciones del sistema cerebro-espinal, que eran antes desconocidas, son estudiadas hoy en todos sus detalles y al par las perturbaciones y las alteraciones nutritivas de sus elementos constituyentes?

No es admisible esta última hipótesis; pues á pesar de que los progresos de las ciencias biológicas han sido muy grandes en nuestros tiempos, y de que muchos fenómenos que estaban antes envueltos por misterioso velo, hasta dar lugar á ser explotados con frecuencia por la superstición, hoy se explican de un modo sencillo y racional, es, sin embargo, innegable que los médicos antiguos, aun privados del auxilio poderoso de las ciencias naturales, estaban dotados de un espíritu de observación tan profundo, que llegaron á relatar los hechos y las manifestaciones de la naturaleza, tanto en su estado normal como anormal, aunque sin explicarlos satisfactoriamente. De este modo conocieron perfectamente la diabetes sacarina, la epilepsia, la corea y la tabes dorsal, sin darse cuenta exacta de su orígen y causa, tal como en nuestro tiempo se ha hecho, gracias á los descubrimientos de Claudio Bernard, Schiff, Brown-Sequard, Schrœder van der Kolk, Remak, etc., mientras que no se encuentran mencionadas en las obras de los médicos célebres antiguos, como Hildebrand, Franck, Bœrhave y Sydenham, la Parálisis diftérica, la Ataxia locomotriz progresiva, la Parálisis labio-gloso-faríngea, la Atrofia muscular progresiva, la Enfermedad de Parkinson, la de Basedow, la Tetania, la Parálisis general de los dementes y las diferentes formas de la Esclerosis cerebro-espinal, enfermedades sumamente frecuentes en el día. Por consiguiente, nos parece mucho más verosímil que esté el sistema nervioso más sujeto á toda clase de alteraciones funcionales y materiales en este siglo que en los anteriores. Por lo menos, estas enfermedades

han debido ser tan raras en aquellos tiempos, que pasaron desapercibidas á la perspicacia de los observadores más sagaces y concienzudos.

Aparte de la frecuencia de los padecimientos nerviosos en general, merece aún más llamar la atención un hecho asombroso, que consta en los anales de la medicina contemporánea y en las estadísticas oficiales de la mayor parte de los países de Europa, y es el aumento rápido que han tomado las enfermedades mentales en los últimos veinte años. El censo de Francia en 1.° de Enero de 1861, arrojó nada menos que 60.000 dementes, esto es, 1'67 por 1.000 de su población; el de los Estados-Unidos 31.300, ó sea 1'55 por 1.000. Hay que advertir que entre los 60.000 enajenados en Francia, se encuentran calculados 35.000 locos y 25.000 idiotas, y en los Estados-Unidos 15.600 y 15.700 respectivamente. En el año 1871, Francia contó ya en 89 manicomios públicos y privados, 39.000 locos, es decir, 1 por 1.000 de seres peligrosos para la sociedad, sin incluir los afectos de idiotismo. Lo mismo sucede en Irlanda, que en el año 1861 figuraba con 0'76 por 1.000, y en el 71 llegó al 1'35. En conjunto, hay hoy en Francia, entre las diferentes clases de enajenación, 1 por cada 412 habitantes, ó sea 2'37 por 1.000; en Prusia, 2'21; en Inglaterra, 2'62; en el Gran Ducado de Oldenburgo 3'64, y en Italia hasta 17 por 1.000: verdad que en esta nación la elevación del guarismo es debida á la frecuencia de la pellagra en muchas provincias, enfermedad que va acompañada generalmente de trastornos mentales.

Según los datos publicados por el *Anuario Estadístico de* 1883, se calculan en 85.000 el número de enajenados existentes en toda la Francia, tanto en los manicomios como en las casas particulares; de ellos 47.000 propiamente llamados locos y 38.000 idiotas, de los cuales solamente 5.000 se hallan encerrados en asilos; de éstos cuenta la República vecina 61 públicos y 42 privados. De los últimos únicamente 17 admiten gente pobre, y los demás sólo pensionistas. He aquí el movimiento de entradas y salidas en los mismos:

Años.	Existentes en 1.º de Enero.	Entrados.	Total en tratamiento.	Salidos y muertos.	Quedaban en 31 de Diciembre
1875	42.348	13.030	55.378	12.381	42.997
1876	43.125	13.948	57.109	13.100	44.005
1877	43.967	13.345	57.312	11.886	45.326
1878	45.326	13.434	58.760	12.594	46.166
1879	46.079	13.340	59.419	12.507	46.912
1880	47.063	16.535	63.598	16.042	47.558

Respecto á España, según los datos oficiales publicados por la Dirección general de Beneficencia y Sanidad, en el año 1880 el número de dementes acogidos en los establecimientos públicos y privados de toda la Península no pasaba de la pequeña cifra de 3.790, de los cuales 3.215 eran considerados como pobres y sólo 575 como pensionistas, no contando los asistidos en sus casas ni los llevados á establecimientos extranjeros. Según el censo de 1847, fueron calculados los locos en 7.277, de los cuales 1.626 estaban acogidos en establecimientos, y el resto asistidos en sus casas. Hoy no existe estadística que dé cuenta más ó menos exacta del número de enajenados en toda la Península, lo que hay que lamentar bajo los diferentes conceptos económico-social y antropológico. De todos modos, aunque quisiéramos colocar á España entre los países más privilegiados, admitiendo sólo el 1 por 1.000 de individuos de ambos sexos afectados de enfermedades mentales, resultaría un total de 18.000, lo que prueba que la mayor parte de ellos andan sueltos por las calles, sin vigilancia, y algunos otros, muy pocos, encerrados en sus casas sin la asistencia adecuada ó llevados á establecimientos extranjeros.

Otro hecho no menos importante y que merece fijar la atención, tanto de los moralistas como de los higienistas, es el predominio en nuestro siglo de una forma de enfermedad mental que se caracteriza por grandes accesos de excitación cerebral y concluye por el aniquilamiento completo de las fuerzas psíquicas y físicas, conocida bajo el nombre de demencia paralítica ó paralisis general de los dementes, que se considera fa-

tal en su marcha progresiva é incurable, y es padecida por la cuarta ó quinta parte de los acogidos en los asilos de enajenados de todos los países de Europa y aún más en América. Hay que tener en cuenta que esta enfermedad aparece de un modo muy insidioso en su período largo de incubación, y se distingue en sus comienzos, en la mayor parte de los casos, por el delirio de ambición ó de grandezas, con grande actividad mental y corporal, y concluye por el decaimiento gradual de las facultades intelectuales y de las fuerzas físicas hasta llegar á la demencia; siendo, en una palabra, imagen fiel de la tendencia de nuestro siglo.

Todavía hay otra enfermedad, hija del siglo XIX, que se extiende cada día más en Europa y hace tiempo es muy conocida en los Estados-Unidos de América con el nombre de *Neurastenia*, ó debilidad del sistema nervioso, enfermedad que, á pesar de ser muy común entre los habitantes de los grandes centros de población, apenas es descrita con el detenimiento que merece en las obras generales de Medicina. Los Doctores americanos Weir Mitchell y Beard son los únicos que la han encontrado digna de extensas monografías, mientras que los médicos especialistas europeos la han confundido siempre, unos con la histeria ó con la cloro-anemia, otros, ya con la anemia cerebral, ya con la irritación espinal; aunque muchos síntomas les son comunes, sin embargo, en el fondo es distinta de cada uno de estos padecimientos, pues en ninguno de ellos la tendencia á los actos reflejos está pronunciada en tan alto grado, ni la sensibilidad física y la impresionabilidad moral tan exaltada y pervertida como en aquella forma de perturbación del sistema nervioso.

El mayor número de las víctimas de esta cruel enfermedad se cuenta, tanto entre los que prematuramente han gastado una gran parte de sus fuerzas nerviosas por excesos *in venere*, como entre las mujeres que han empobrecido su economía con numerosos embarazos, seguidos después por lactancias; entre los que han sufrido grandes adversidades de fortuna y profundas emociones acompañadas de insomnios ó de vigilias muy

frecuentes, y de igual manera en los que desde tierna edad han estado sometidos á estudios que exigen grande tensión intelectual, superior á sus fuerzas físicas, sustrayendo muchos materiales necesarios para las fuerzas plásticas del organismo. Llega el momento en que sienten la necesidad de luchar contra las dificultades que se les presentan en su carrera y pierden la confianza de sí mismos; creen imposible vencer los obstáculos más ó menos serios que se les interponen, pues por falta de energía vital les parece todo difícil é insuperable; descubren siempre en las cosas de la vida el lado oscuro, y nunca la parte alegre, y experimentan en todo lo que sirve de distracción para los demás el *tedium vitæ*.

El cuadro de los síntomas que presenta esta enfermedad es muy complejo, pues no sólo varía de un enfermo á otro, sino en un mismo enfermo en sus distintos períodos. Cada neurópata tiene su individualidad mórbida propia: en unos son los síntomas cerebro-espinales, en otros cardiacos, en estos viscerales, en aquellos perturbaciones afectivas, ó ya consisten en una serie de neuralgias periféricas ó profundas que los atormentan y los colocan en un estado de abatimiento físico intenso y de sensibilidad moral excesiva, de modo que se hallan ineptos para el cumplimiento de sus obligaciones y el desempeño de cualquier cargo que exija algún esfuerzo mental ó responsabilidad, por falta de voluntad y por agotamiento de las fuerzas nerviosas.

Como satélite de la *Neurastenia*, y como ella también engendro de nuestro siglo, aparece la *Morfiomanía*. Apenas hace veinte años que los médicos alemanes empezaron á ocuparse de ella, dando cuenta de casos aislados de intoxicaciones crónicas por la morfina; fué en el año 1875 cuando apareció la primera monografía, debida á un distinguido médico de Berlín, al Dr. Levinstein, en la que dió á conocer aquella enfermedad como una neurosis psíquica consistente en la necesidad ineludible, adquirida por el organismo, de hacerse inyecciones de morfina, so pena de caer en un gran colapsus nervioso. Los

motivos que dan lugar en su principio á este deseo irresistible, son varios; unas veces lo ocasionan neuralgias tenaces que ceden, en los primeros accesos, á pequeñas cantidades de morfina, pero que á medida que se reproducen las exigen cada vez mayores; otras veces son insomnios prolongados, que también se alivian al principio con una dósis relativamente pequeña de aquel somnífero, necesitando á la larga, por haberse embotado con la costumbre la sensibilidad, cantidades colosales para conseguir su objeto. Algunos buscan en la morfina un medio poderoso de modificar los estados meláncólicos, como los que tratan de ahogar en las bebidas alcohólicas sus penas y disgustos: el bienestar y los ensueños agradables que á los adeptos produce, es causa de que recurran á las inyecciones hipodérmicas aun en las impresiones más leves que destemplen el organismo.

La experiencia ha demostrado que las personas que rinden culto á la morfina pertenecen generalmente á la mejor y más inteligente clase de la sociedad, son excéntricos y casi todos descendientes de familias que se distinguen por una organización cerebral particular, con gran excitabilidad psíquica, y en las cuales predominan las perturbaciones del sistema nervioso bajo sus diferentes formas: á tales individuos falta de ordinario la fuerza moral y el dominio sobre sí para poder luchar con éxito contra el vicio adquirido.

Son hechos curiosos que más de la tercera parte de las víctimas de esta enfermedad pertenece á la profesión médica, probablemente por la facilidad que tienen para adquirir la morfina, y que el bello sexo da un contingente del 26 por 100, desplegando siempre gran astucia para la obtención de este remedio universal y gran habilidad para practicarse las inyecciones.

Si la embriaguez por el ópio se conoce, desde hace muchos siglos, como vicio nacional en el extremo Oriente, en India, China y Turquía, el abuso de la morfina en forma de inyecciones hipodérmicas es propio de la Europa culta, y particularmente de Alemania, Francia é Inglaterra; en estas naciones

las clases sociales superiores pagan un tributo considerable á la morfiomanía, mientras que el alcoholismo cuenta, por lo común, sus víctimas en las capas inferiores. Levinstein cita entre los afectados de morfiomanía hombres de Estado, militares, médicos, y, en general, personas conocidas como muy notables y que han obtenido hasta el fin de su vida la admiración del mundo científico.

Últimamente se han creado en varios puntos de Alemania casas de salud ó de refugio para los morfiomanos que desean perder tan degradante vicio; pero, sin embargo, una gran parte, por no decir la mayoría de los que salen curados en apariencia, no tardan en recaer en su antiguo hábito, que les servía de estímulo y de consuelo en momentos de depresión mental ó cuando se hallaban bajo impresiones morales desagradables. Como este período estimulante tiene también sus límites, al cabo de cierto tiempo pierden los adeptos su sensibilidad moral, sus aspiraciones y sus ambiciones, huyen de la sociedad y sus solas distracciones son los ensueños y alucinaciones engendradas por el ópio; caen en laxitud, sintiéndose como niños sin fuerza moral para levantarse, y gradualmente disminuyen todas las secreciones, las excresiones se hacen lánguidas, las combustiones intersticiales imperfectas, el corazón pierde algo de su energía contractil, la circulación sanguínea se hace cada vez más lenta, y la hematósis más defectuosa, hasta ocasionar una disminución sensible del poder termogénico del organismo; y si el individuo no recurre á medios artificiales, se hiela bajo sus mantas, y así, por grados sucesivos, se paralizan todas las funciones vitales, y poco trabajo cuesta á la muerte imprimir su sello sobre un ser artificialmente animado como la planta en el invernadero.

Otra enfermedad que puede llamarse con razón degenerativa de la raza humana, es el *Alcoholismo*, también engendro del siglo XIX, pues el incremento que ha tomado desde hace medio siglo el consumo de bebidas espirituosas en todos los países civilizados es tan grande, que el Dr. Lancereaux apre-

cia la mortalidad en los hospitales de París por el Alcoholismo en el 5 por 100.

No hay nación en Europa que no se halle invadida por este vicio social, que marcha de Sur á Norte, y siempre creciendo, de modo que el consumo medio en Francia en el año 1876 ha llegado á ser de cuatro litros por cabeza, en Alemania de cinco, en Inglaterra de seis y en Rusia de 10, 12 y hasta 20 litros, según las provincias y según las profesiones. En veintidos cantones de Suiza llegó el consumo del alcohol á siete litros por año y por habitante, y el de cerveza y vino á 120 y 200. En Lóndres el mal es aún mayor; el abuso de licores fuertes causa muchos miles de víctimas anuales. Escocia fabrica y consume cada año cerca de 600.000 hectólitros de alcohol; los Estados del Zollverein consumen por año 360.000.000 cuartillos de aguardiente, es decir, 10 litros por individuo. Según los datos publicados por la Prefectura de policía de Berlín, el número de personas arrestadas por embriaguez el año 1880 se elevó á 7.895, 7.313 hombres y 582 mujeres. En Suecia, según datos oficiales también, el consumo anual de alcohol, fué en 1841 de 44 millones de litros, y ha llegado en 1876 á 200 millones. En todos los países las estadísticas hacen constar el aumento anual de las personas muertas por el alcoholismo. Todo el mundo sabe la influencia desastrosa que ejercen las bebidas espirituosas en la economía humana, perturbando la armonía de sus funciones y las condiciones de su nutricion, y conduciendo al individuo á una muerte prematura, después de haber destruído sus fuerzas orgánicas y de haber pervertido sus facultades intelectuales y morales.

Concurre á estos resultados deplorables otra circunstancia agravante, y es que en los últimos años, con el desarrollo colosal de la industria de este ramo, multiplicando las fuentes de la producción de bebidas alcohólicas obtenidas de las frutas y raíces amiláceas, han desaparecido casi los verdaderos espíritus de vino, que apenas se emplean para la fabricación de los buenos vinos; la baratura de los alcoholes amílicos rechaza del mercado los etílicos, que son mucho más caros; y

según demuestran las investigaciones de los higienistas más distinguidos, la potencia tóxica de los primeros se halla con los últimos en una relación como 8 á 1,7, y su presencia en el organismo ocasiona con mayor rapidez las lesiones orgánicas conocidas bajo el nombre de *alcoholismo crónica*.

Los datos estadísticos de los distintos países de Europa y América, están todos contestes en que el Alcoholismo es una de las causas más poderosas del aumento anual de casos de enajenación mental y de los crímenes y delitos cometidos, sea en estado de embriaguez ó sea por efecto de la intoxicación crónica. En fin, consta que en algunos países donde el servicio militar es obligatorio para todos, el número de los jóvenes útiles decrece visiblemente, y buscando la causa de este hecho lamentable bajo todos conceptos, se encontró que la mayor parte de ellos son descendientes de padres que se han embrutecido por el Alcoholismo, ó ellos mismos se han entregado á este repugnante vicio desde su primera infancia.

Los higienistas de todos los países del Continente europeo y de América, están conformes en que el Alcoholismo es una de las enfermedades sociales degenerativas de la raza humana. El Congreso de Higiene Internacional que se celebró en Ginebra en 1882, ha dedicado una de sus sesiones á este problema tan árduo, proponiendo diferentes medios para cambatirlo por la ingerencia directa del Estado. Desgraciadamente, todos los vicios sociales obedecen á costumbres impuestas por la necesidad del nuevo orden de vida de la sociedad moderna—que en el alcohol y otros estimulantes busca fuerzas auxiliares para suplir la alimentación defectuosa en sustancias nutritivas—y poder continuar la lucha por su existencia y la de su familia.

Al lado del Alcoholismo, aunque en grado mucho menor, merece ser colocado el abuso excesivo que se hace en nuestro siglo del *Tabaco*, abuso que ha invadido todas las clases de la sociedad y que crece cada día en proporciones colosales, hasta tal punto, que llega en ocasiones á constituir un artículo de primera necesidad, así para el trabajador del campo, como para

el de la ciudad; para el soldado en campaña, como para el literato en su gabinete de estudio: al uno sirve de estimulante, al otro de sedante de los nervios, y para todos de pasatiempo, siendo muy contadas las personas que pueden prescindir de él.

No deja de ser extraño que el hombre propagador de la civilización europea entre los salvajes del continente americano haya podido faltar á su dignidad imitando y adoptando las costumbres de aquellos que consideraba inferiores en cultura y capacidad intelectual. Nada dará mejor idea del desarrollo que ha tomado el vicio del tabaco en los cuarenta últimos años, que la estadística de la renta de los gobiernos de España y Francia por este artículo de lujo.

He aquí una lista de los rendimientos al Estado español por tabaco, desde el año 1846 hasta 1882:

Años económicos.	Pesetas.	Años económicos.	Pesetas.
1846	35.721.654,33	1863-64	88.809.143,52
1847	37.636.531,59	1864-65	91.390.253,87
1848	39.429.907,48	1865-66	90.270.378,40
1849	41.593.472,47	1866-67	86.930.876,06
1850	43.968.979,45	1867-68	80.036.762,24
1851	46.792.435,63	1868-69	68.132.977,09
1852	47.120.824,08	1869-70	55.926.512,64
1853	47.925.662,10	1870-71	61.211.951,61
1854	50.100.274,57	1871-72	69.695.681,19
1855	51.706.295,94	1872-73	71.374.913,61
1856	55.751.682,21	1873-74	64.249.582,77
1857	61.605.182,77	1874-75	65.876.687,19
1858	66.017.730,89	1875-76	78.776.875,93
1859	68.467.193,45	1876-77	91.810.613,82
1860	72.653.314,23	1877-78	97.589.109,85
1861	77.632.693,61	1878-79	102.515.129,03
1862 y seis primeros meses de		1879-80	106.625.828,37
		1880-81	114.711.289,56
1863	124.819.892,11	1881-82	119.921.937,21

Fijando la atención en los datos de esta estadística, sorprenderá á primera vista el descenso considerable en la renta de

tabacos desde el año 1868-69 hasta 1875-76. Esta diferencia se debe á que, durante los años trascurridos desde la Revolución de Setiembre hasta la Restauración, fué considerada la venta de tabacos como industria libre y sujeta únicamente al pago de contribución al igual de las otras, lo que produjo disminución de las rentas en el concepto de estancadas.

A fines del siglo pasado se calculaban las rentas del Gobierno francés por la venta del tabaco en 25 á 30 millones de francos; después del año 1810, con el establecimiento del monopolio de este artículo, aumentó aquélla en proporciones colosales. He aquí la lista formada por el Dr. Jolly del producto quinquenal hasta el año 1860:

Períodos de cinco años.	Total.	Término medio anual.
1811 á 1815	307.000.000	62.000.000
1816 á 1820	311.000.000	62.000.000
1821 á 1825	327.000.000	65.000.000
1826 á 1830	336.000.000	67.000.000
1831 á 1835	350.000.000	70.000.000
1836 á 1840	431.000.000	86.000.000
1841 á 1845	522.000.000	104.000.000
1846 á 1850	589.000.000	118.000.000
1851 á 1855	696.000.000	139.000.000
1856 á 1860	892.000.000	178.000.000

Las ventas de 1861 se elevaron á 215 millones.

Según el *Anuario de Estadística* del año 1884, los productos de la venta de tabaco en los últimos diez años fueron los siguientes:

	Francos.		Francos.
1873	290.258.788	1879	334.304.160
1874	298.189.282	1880	343.067.487
1875	311.497.287	1881	352.485.223
1876	321.861.319	1882	362.224.574
1877	328.738.833	1883	371.217.489
1878	331.543.426	1884	373.590.000

Agréguese á esto todavía la gran cantidad de tabaco del extranjero introducida por particulares, y los utensilios, como pipas, boquillas, cajas de fósforos, papel, etc., y no bajará seguramente de 500 millones lo que gasta la nación francesa en el vicio del tabaco, y que se va en humo sin aprovechar á nadie, ni á los mismos que lo usan. ¡Cuánto más valdría destinar esta contribución voluntaria al mejoramiento de la instrucción pública, á dar mayor impulso á los trabajos relacionados con la higiene urbana, y, particularmente, los que atañen á las habitaciones de las clases obreras, que viven hacinadas en casas-jaulas que constituyen focos de mefitismo en todos los grandes centros de población!

Aunque el abuso del tabaco no produce enfermedades orgánicas determinadas, sin embargo, no admite duda que en gran número de personas causa perturbaciones funcionales de la vista y del corazón, que pueden confundirse con alteraciones orgánicas de los respectivos aparatos. He tenido numerosas ocasiones de observar casos de esta índole en personas que han pasado una existencia triste durante muchos años y que se curaron simplemente con la supresión de este vicio. Además, es innegable que ejerce una influencia depresiva sobre el sistema nervioso, aunque su uso moderado, según dicen los fumadores, sirve de estímulo para los trabajos mentales; pero dadas las diferentes individualidades, es muy difícil determinar dónde cesa el uso y comienza el abuso.

Otra enfermedad digna de nuestra consideración, aunque ya conocida desde hace muchos siglos, es la *Sífilis*, por su generalización sorprendente en el nuestro. Es verdaderamente asombroso su incremento desolador en los últimos cincuenta años, invadiendo todas las capas sociales, todas las edades y sexos, ya por trasmisión, ya por herencia; y por lo tanto, puede llamarse una enfermedad social propia de nuestro siglo, constituyendo uno de los agentes debilitantes y degenerativos de la raza humana. Con mucha razón dice de ella Parent Duchatelet, en su obra *De la Prostitution dans la ville*

de París (t. I, pág. 603): «De todas las enfermedades que pue»den afectar á la especie humana por vía de contagio y que traen »perjuicios á la sociedad, no hay ninguna más grave, más pe»ligrosa ni más temible que la sífilis; bajo este concepto, no »temo ser desmentido si digo que los desastres que produce su»peran á los estragos que han causado las epidemias que de »tiempo en tiempo han venido á traer el pánico en la sociedad, »pues aquellos no tienen interrupción. Se ceba con preferencia »en la parte de la población que por su edad representa la fuerza »y la riqueza de los Estados; aún más, la enerva en el momento »de su existencia en que se halla apta para procrear seres vigo»rosos, y si no la hace estéril, al menos los desgraciados que »engendra forman una raza endeble, impropia para las funcio»nes civiles y el servicio militar; en fin, la inocencia y la virtud »de los más puros, no está al abrigo de sus asechanzas. ¡Cuán»tas víctimas hace todos los años entre las nodrizas mercena»rias, las esposas virtuosas y los niños de pecho!» Y ¡cuán numerosas son aquellas enfermedades del sistema nervioso que tienen su origen en la diatesis sifilítica!

Pero, desgraciadamente, los múltiples esfuerzos hechos hasta hoy, tanto por los distintos congresos médicos internacionales, desde el de Bruselas, en el año 1835, hasta el de Turín, en 1880, como por las asociaciones filantrópicas, con el objeto de restringir la prostitución y limitar la propagación de la sífilis, han sido estériles. Todos han tropezado con inmensas dificultades para suprimir las causas que producen y alimentan estas plagas sociales; pues mientras mayor sea la lucha por la existencia y más imperiosas sean las exigencias sociales, más difíciles y en menor número serán los casamientos, y mucho más si sigue imponiéndose cada vez con mayor fuerza el sistema moderno de los ejércitos permanentes y el servicio militar obligatorio para todos los jóvenes de cierta edad, y, en su consecuencia, las causas de la prostitución aumentarán, y con ésta se multiplicarán las fuentes de las enfermedades sifilíticas.

Después de las enfermedades características de nuestro siglo, que hemos llamado degenerativas de la raza humana, tenemos que mencionar todavía otras, llamadas distróficas, ó aberraciones de la nutrición, que han tomado mucho incremento en los últimos veinte años en todos los países civilizados, y que pueblan cada año más ciertos establecimientos termales, como Vichy y Carlsbad. Una de ellas es la *Diatesis úrica*, cuya manifestación principal es la gota. Los médicos antiguos en sus tratados clásicos, calificaron á ésta como enfermedad de los ricos; hoy, en nuestro siglo democrático, se halla tan generalizada, que ha dejado de ser patrimonio exclusivo de una clase social; pues con el sistema moderno de alimentación variada y dos veces más abundante que lo necesario para el desgaste diario de la economía humana, sin distinción de clima y de ocupación, la diátesis úrica ha llegado á ser una enfermedad general; sus manifestaciones predilectas en nuestros tiempos no son tanto las localizaciones articulares como las del aparato urinario, donde aparecen bajo la forma calculosa, renal ó vexical. Este hecho tiene su explicación en que esta diátesis tiene su origen en una hipernutrición ó sobrealimentación, ó sea en la introducción en el organismo de mayor cantidad de materias combustibles de la que puede quemar fisiológicamente, y esta desproporción entre las sustancias azoadas y el oxígeno disponible, produce forzosamente restos de desasimilación detenidos en la sangre, que deben ser eliminados, y entre estos figura en primer lugar el ácido úrico. Si los riñones, encargados de esta eliminación, se hallan en estado congestivo, desempeñarán sus funciones de unmodo deficiente, lo que dará lugar á concreciones calculosas, renales ó vexicales. Otras veces sucede que no son el aparato urinario ni las articulaciones por donde se elimina el ácido úrico, sino en otras vísceras ó en los tegumentos internos ó externos donde se localizarán aquellos restos de desasimila ción, y en este caso darán lugar á perturbaciones funcionales ó alteraciones materiales de los distintos órganos que afecten, produciendo unas veces dispepsias, gastrálgias, ataques asmáticos, hemicráneas ú otra clase de neurálgias, conforme al

concurso de las circunstancias que coadyuven al desarrollo de las distintas dolencias.

Otra enfermedad de la nutrición, que se ha generalizado en nuestros tiempos, es la *Diatesis sacarina*, vulgarmente la *Diabetes*, que consiste: primero, en la excesiva formación de glucogena por el organismo, á expensas de las sustancias albuminoideas, en mayor cantidad de la que el oxígeno de la sangre puede quemar, y que á falta de oxigenación se convierte en glucosa ó azúcar que se elimina por los riñones; segundo, en la pérdida de la facultad de poder asimilarse las sustancias amiláceas, lo contrario que sucede en la diatesis úrica, en la cual el organismo pierde de su energía vital para poder asimilarse las sustancias azoadas, teniendo ambas de común una oxigenación imperfecta de la sangre que impide la combustión completa de todas las sustancias que deben componer una alimentación mixta.

Aunque las causas patogénicas de esta enfermedad no están aún bien determinadas, todos los autores que se han ocupado especialmente del estudio de ella, y que han podido hacer numerosas observaciones sobre enfermos están contestes en que impresiones morales deprimentes, emociones y toda tensión de espíritu, así como trabajos mentales excesivos, sufrimientos físicos prolongados, insomnios y todo lo que debilita las funciones cerebrales y agota la actividad del sistema nervioso, puede dar lugar al desarrollo de la diatesis sacarina. Así se comprende que la mayor parte de los diabéticos que concurren á las aguas minerales son sabios, hombres de bufete, artistas, banqueros, hombres de Estado y muchos de aquellos que han pasado gran parte de su vida en medio de las luchas políticas y sociales.

Desde el descubrimiento de Claudio Bernard, todo el mundo está conforme en que el hígado es el productor de la glucogena en su estado fisiológico, y, por consiguiente, la formación excesiva de ésta hace suponer que sea debida á una alteración nutritiva de este órgano tan importante; pero las in-

vestigaciones más minuciosas no han podido descubrir una lesión material ó nutritiva, habiendo, por lo tanto, que atribuir su perturbación funcional á la inervación pervertida del centro nervioso que preside la formación de la glucogena. En otras palabras: hay que considerar la diabetes como una *neurosis del hígado*, y merece ocupar un lugar preferente entre las diversas afecciones nerviosas que dominan en nuestra época.

Todavía nos queda que hablar de una enfermedad, la más terrible de todas aquellas á que está sujeta la raza humana, que es la *Tisis pulmonar*. A pesar de ser ya conocida desde los tiempos más remotos, y probablemente tan vieja como la sociedad misma, sin embargo, ha tomado en los tiempos modernos un incremento tan espantoso, cebándose inexorablemente en todos los países civilizados, en todas las latitudes y en todas las clases sociales, que figura, por término medio, en la mayor parte de los países de Europa, por la quinta parte de la mortalidad general, y mata anualmente, como mínimum, más de el 4 por 1.000 de los habitantes, creciendo con la densidad de las poblaciones y con la aglomeración de muchas gentes en locales circunscritos, como sucede en las cárceles y en los cuarteles. Tocante al ejército, este hecho es tanto mas importante' cuanto que se trata de una población escogida por los consejos de revisión, los cuales eliminan, no sólo los tísicos, sino los que tienen predisposición para esta enfermedad, como los de torax estrecho, y, á pesar de esta selección previa, hay entre los jóvenes, después de hallarse cuatro años en el servicio, una mortalidad, por *tisis*, muy superior á la de la población civil en iguales circunstancias. En el ejército inglés y en el francés, el número de muertos por *tisis*, ó declarados inútiles por la misma causa, alcanza 7 y 8 por 1.000, mientras que en la población civil no pasa de 4. Por lo tanto, debemos considerar esta enfermedad como una plaga social, como un mal inherente á la organización viciosa de nuestra sociedad, sirviendo de medio de eliminación de los individuos degenerados; del mismo modo que las sustancias no asimilables son expulsadas del organismo

humano, los individuos degenerados son eliminados del seno de la colectividad viviente.

Tocante á las causas que determinan la extensión asombrosa de esta enfermedad á todos los países civilizados, dándole carácter ubiquitario, mencionaremos particularmente aquellas que corresponden á nuestro objeto, que son las sociales, á las cuales atribuímos la mayor importancia; pues ninguna de las otras por sí solas, tanto las meteorológicas como las climatológicas, serían suficientes para explicar satisfactoriamente la generalización de este mal, que ocasiona anualmente tan numerosas víctimas entre la juventud, la savia de las naciones de Europa. Todos los autores están conformes en que, fuera de los factores de la herencia y la trasmisión directa, la *diatesis tuberculosa* se adquiere por la influencia prolongada de las malas condiciones higiénicas, tales como concurren en todos los grandes centros de población: habitaciones estrechas y mal ventiladas, aglomeración de familias numerosas en estas casas-tumbas donde muchas veces no penetra un rayo de sol, en donde nunca se renueva el aire, y, si alguna vez se abre la ventana, penetra una atmósfera saturada de las emanaciones de patios inmundos; agrégase á esto una alimentación insuficiente en cantidad y en calidad, y nunca en relación con las combustiones que exigen los trabajos fuertes impuestos por la necesidad á la clase obrera. En circunstancias análogas vive una gran parte de la clase media, hacinados en viviendas estrechas, desprovistas de luz y de aire y de los medios necesarios para poder luchar contra los elementos hostiles que debilitan la resistencia vital, particularmente en la edad adolescente. Además existen numerosas influencias características de la edad moderna que obran fatalmente sobre las organizaciones débiles de gran parte de la juventud, aun de las familias más opulentas, tal como el sistema defectuoso de educación en los colegios públicos y privados, donde los vicios solitarios, que tanto predominan en estos centros de enseñanza, destruyen gradualmente la constitución, debilitando las condiciones de la vida nutritiva, y merman las fuerzas orgánicas an-

tes de que lleguen á su desarrollo completo, formando así el terreno propicio en que pueden germinar la *diatesis tuberculosa* y todas aquellas enfermedades llamadas degenerativas de la raza humana.

Pollitzer, profesor del Hospital de niños de Viena, dice, con mucha razón, que los límites entre salud y enfermedad son cada vez menos marcados, porque existen hoy numerosas condiciones que son una desviación del estado normal de salud y, sin embargo, no pueden llamarse enfermedad, por ser compatible con una salud relativa. La enfermedad todavía no se ha dibujado claramente para el médico inexperto, aunque el enfermo siente disminuir cada día sus fuerzas y su energía, hasta desaparecer lentamente su gordura y sus carnes. Bajo esta forma aparecen varias enfermedades constitucionales y degenerativas que son hoy características de nuestra época, como la *cloro-anemia*, la *spau-anemia*, la *leucocitoemia*, la *sífilis*, las *escrófulas*, la *degeneración amiloidea*, *albuminosa* y *adiposa*, estados morbosos designados por el Dr. Lyons con el nombre colectivo de *Histolisis ó disolución*, ó *metamorfosis retrógrada de los tejidos*. Todos estos padecimientos, aunque diferentes en sus manifestaciones, tienen un origen común en una *hematosis* pervertida ó imperfecta, que produce á su vez una alteración ó disminución de la plasticidad, y, por consiguiente, de la vitalidad de la sangre, la cual, viciada en la constitución de sus elementos, es el centro de donde nacen una variedad de padecimientos que se caracterizan por falta de actividad vital, á causa de insuficiencia del estímulo necesario á las funciones del organismo.

Fundados en este orden de ideas los doctores Alison, Watson y Bennet, pretenden que durante los últimos cincuenta años y en las diferentes partes del globo, la inflamación, fenómeno muy importante de las enfermedades locales, se presenta rara vez con síntomas tan violentos que exijan ó justifiquen una intervención activa por medio de la sangría, como ha sido practicada anteriormente. No sólo no encontramos pocos ejemplos de inflamación esténica del aparato respiratorio, sino que

también el tipo de calentura que generalmente acompaña á esta clase de inflamaciones ha variado en nuestros días. Este cambio radical en los fenómenos característicos de la fiebre inflamatoria, no puede ser explicado por un estado anterior de debilidad individual, pues tenemos muchas veces ocasión de observar inflamaciones lentas de los órganos respiratorios formarse y desarrollarse sin la más mínima reacción febril en personas que antes gozaron buena salud. Los médicos más eminentes de nuestra época en todos los países, son de opinión que el tipo inflamatorio que predominaba tanto al principio de este siglo ha sido reemplazado gradualmente por el tipo adinámico ó tifoideo, independiente de toda influencia epidémica ó miasmática. El Dr. Handfield Jones dice haber observado muchas afecciones del corazón caracterizadas por falta de actividad muscular, sin alteración orgánica y acompañadas de síntomas de depresión del sistema nervioso en general. Estos casos le parecen bastante frecuentes, y que necesitan la aplicación de los estimulantes en vez de los medicamentos antiflogísticos, puesto que atribuye su causa á una influencia de materia inherente á las malas condiciones higiénicas de los grandes centros de población.

Otros creen que este cambio de carácter de las enfermedades es debido á la aparición del cólera morbo en Europa, el cual, por su influencia perniciosa sobre el principio vital, ha ejercido tal efecto depresivo en el sistema nervioso, que se disminuyó la reacción vascular en el organismo humano y se redujo al mínimum el elemento inflamatorio de las enfermedades.

Además del cólera morbo, indígena del Asia, hay otras enfermedades, de origen miasmático y expresión de una intoxicación pútrida, que han nacido espontáneamente en Europa y se han extendido después, trasportadas por los europeos, á América, Asia y algunos puntos del África, particularmente Santa Elena. Aunque esta enfermedad contagiosa fué ya descrita por los médicos antiguos bajo el nombre de calenturas malignas pútridas, y en España por el *tabardillo de las tripas*,

sin embargo, ni su anatomía patológica, ni su naturaleza ni sus causas patogénicas fueron conocidas hasta nuestro tiempo, gracias en gran parte al concurso de los médicos franceses, Louis, Andral, Chomel y Bretonneau. No cabe duda que, debido á la tendencia de nuestra época á formar grandes grupos, al aumento continuo de grandes ciudades, y al crecimiento vertiginoso de los numerosos centros de industria, se forman cada día mayor número de focos de putrefacción animal, donde toman origen los gérmenes del tífus abdominal, los cuales, introduciéndose en el organismo humano, encuentran un terreno favorable para su cultura y reproducción dentro del intestino, propagándose á otros individuos por medio de las deyecciones y dando lugar al desarrollo de verdaderas epidemias de tifoideas.

Según una estadística recogida por Jaccoud, en 50.000 casos hay una mortandad, por término medio, de 20 por 100 de los atacados. Merece llamar la atención que el tífus abdominal no había llegado jamás á reinar epidémicamente antes del año 1820 en Suecia, Dinamarca, Finlandia, Alemania, Bélgica y Francia. Tocante á Inglaterra, dice Bennet, profesor que fué de Clínica en Edimburgo, que antes del año 1846 el tífus abdominal era tan raro en Escocia, que sobre 500 autopsias hechas en personas muertas del tífus exantemático, no encontró más que tres con lesiones patognómicas del tífus abdominal, mientras ésta es hoy la forma más predominante en aquel país. Resulta, además, de los datos oficiales de diversos países, que la fiebre tifoidea reviste más el carácter adinámico, atáxico ó pútrido, á medida que se acerca al Mediodía de Europa.

También es hijo del siglo XIX el tífus meningo-espinal, que hizo su aparición epidémicamente por primera vez en Francia en el año 1837, eligiendo á Bayona como foco, desde donde se extendió durante los años 38, 39, 40 y 41 á los diferentes departamentos; llegó después á aparecer en Sicilia, Argelia y Gibraltar en el año 1844-45; se presentó con mayor intensidad en el año 55 en Suecia y Noruega, donde se mantuvo hasta el 60; llegó á reinar en el año 1865 en Rusia y Norte de Alemania,

donde ha hecho grandes estragos en las diferentes clases de la sociedad. Lo mismo se puede decir del tífus puerperal, que aunque reinaba ya en las últimas decenas del siglo pasado, no ha tomado un desarrollo importante y generalizado hasta este siglo, particularmente en los grandes centros de población, como Viena, San Petersburgo y París, donde dió lugar á grandes y acaloradas discusiones en las respectivas Academias de medicina.

Otra enfermedad, que era desconocida á principios de este siglo, es la paralisis difterítica, cuya primera monografía, escrita en el año 1834, debemos al Dr. Orillard, que ha observado esta complicación después de una epidemia de angina cuanosa en el departamento de la Vienne en Francia, pero que durante el quinquenio de 1855 á 1860 se ha generalizado tanto en los diferentes países, que habrá pocos médicos que no tengan observado un cierto número de casos; y esto es tanto más extraño, cuanto que la epidemia difterítica era ya conocida en el siglo XVI y había sido descrita, aunque bajo otro nombre, por médicos españoles, como Nuñez, Herrera, Villareal, Villalba, en sus monografías sobre las epidemias que reinaron en Sevilla, Granada y otros puntos de Andalucía desde el año 1583 hasta el 96.

Otro hecho de no menor importancia es la frecuencia con que se presentan en los últimos años en todos los grandes centros de población ciertas dolencias con el carácter maligno. En todas partes se ven, particularmente en las grandes ciudades, calenturas y neuralgias que revisten formas tíficas y perniciosas. ¿No se observan hoy más muertes repentinas, fuera del tiempo de grandes epidemias, en personas á quienes no se les conocía antes ninguna clase de dolencias y padecimientos que pudiese hacer sospechar la existencia de una lesión de un órgano importante para la vida?

La afluencia, cada vez mayor, de los distritos rurales á las grandes ciudades, el aumento creciente de población en éstas y la necesidad imperiosa de abrir calles nuevas y de ensanchar las antiguas, de construir mayor número de casas más espa-

ciosas y de demoler otras, lo cual exige remover el suelo, saturado de sustancias orgánicas putrefactas, es una de las circunstancias más relacionadas en nuestro orden social moderno con aquellos hechos que explican la frecuencia del carácter de perniciosidad que revisten muchas dolencias en nuestra época.

En el mismo sentido y con un lenguaje muy gráfico se expresa el Dr. Watson, Presidente que fué del Colegio de Médicos de Londres: «Estoy completamente persuadido—dice—por mis propias observaciones y por los hechos conservados en los *Anales de Medicina*, que hay olas de tiempo en los cuales sucesivamente prevalecen el carácter *esténico* y *asténico*, y que ahora vivimos en una de esas fases de *adinamismo*.»

Todos estos hechos hablan en favor del cambio de tipo en las enfermedades de nuestro siglo, tema que hemos desarrollado hace tiempo en una Memoria presentada al *Congreso Médico Andaluz* en el año 1876, probando que ha concluído el reino de las sangrías y métodos antiflogísticos sistemáticos, habiendo sido sustituido por el de los estimulantes, ayudado por un régimen alimenticio tónico con objeto de ayudar á la naturaleza en su lucha constante con los organismos infinitamente pequeños que constituyen la causa morbígena de las enfermedades que dan el mayor contingente á la mortalidad general, conocidos por el nombre colectivo de enfermedades zimóticas, entre las cuales se cuenta hoy también á «la tísis pulmonar.»—Tésis que nos proponemos corroborar con consideraciones nuevas en las páginas que han de seguir.

Dr. Ph. Hauser.

(Continuará).

ESTUDIOS POPULARES DE FILOSOFÍA POSITIVISTA [1]

EL CÓSMOS

La Astronomía, la Geografía y la Física nos han demostrado suficientemente que la Tierra en que vivimos es redonda como una naranja, y aislada en el espacio como una burbuja de jabón; que rueda sin cesar sobre sí misma, recorriendo á la vez una órbita elíptica en torno del astro del día; que los demás planetas giran también en curvas cerradas alrededor del centro incandescente; que el sistema planetario marcha sin descomponerse á través del espacio con una velocidad aproximada de 8 kilómetros por segundo; que las estrellas visibles á simple vista, son otros tantos soles, análogos, en su mayor parte, al que nos alumbra, bajo el punto de vista de su constitución física; que forman todos ellos una gran aglomeración de 18.000.000 ó más de estrellas, llamada *vía-láctea*, en la cual aparece nuestro sol como uno de tantos puntos luminosos confundido en la masa total; que existen otros sistemas de mundos formados ó en formación, denominados nebulosas, separados entre sí por inmensos espacios vacíos de materia.

(1) Véanse las Revistas de 25 de Marzo y 10 de Julio últimos.

Pues bien; este innumerable conjunto de planetas, estrellas nebulosas y espacios intermedios, con todo lo que contener pudieren, es lo que constituye el Universo sensible, ó sea el *Cósmos*.

La ciencia en general se ocupa de escudriñar los arcanos del *Cósmos*, esforzándose por esclarecer los problemas que se imponen acerca de la composición química de los astros, la velocidad y sentido de sus movimientos, magnitud y peso de sus masas, etc.

Pero la Filosofía, ó por mejor decir, la parte de la Metafísica especial denominada Cosmología, en su deseo de avasallarlo todo, trata de resolver *à priori* las indescifrables incógnitas que rodean á la Materia. A su gusto formula argumentos puramente subjetivos, para hacernos comprender sencillamente cómo el Universo no puede ser infinito, porque se opone á la infinidad de Dios, ó bien que es infinito porque no puede comprenderse que tenga límites; cómo los mundos no pueden estar habitados por seres inteligentes, considerando que el hombre es el rey de la Creación, ó bien que todos los astros están poblados de espíritus encarnados ó sin encarnar, que tienden hacia Dios en progresión ascendente, pasando por sucesivas encarnaciones; cómo los elementos del Cósmos se resuelven en uno solo, porque la idea de unidad es la que domina en la Creación, ó por el contrario, que no puede haber una sola sustancia universal, puesto que esta atrevida suposición nos conduce al panteismo y en cierto modo á negar la causa suprema del mundo.

Para nuestro objeto, prescindiremos de los problemas puramente científicos, y nos limitaremos á examinar, por medio del análisis didáctico y racional, el valor que tuvieren tales aseveraciones metafísicas dentro de un criterio práctico y positivo.

El Universo, ¿es *uno* en esencia y múltiple en sus efectos, ó consta de diversos elementos armónicos distintos en su origen? Tal es el primer concepto que debemos analizar, con ayuda de los estudios químicos y astronómicos contemporáneos.

Unos 65 cuerpos, llamados simples ó irreductibles, conoce la

Química en la actualidad, divididos en 50 metales y 15 metaloides. Con ellos podría reconstruirse la Tierra con todos sus habitantes, dado caso de que desapareciese de la escena del mundo y de que fuese posible operar en tan inverosimil como grandiosa escala. Pero estos cuerpos no son realmente tan simples como parecen. Se sabe que tres de ellos, el *cloro*, el *iodo* y el *bromo*, presentan una comunidad tal de propiedades y caracteres, que hacen considerárseles por los químicos como un solo cuerpo, afectando tres diversos estados alotrópicos. Otros tres del grupo de los metales, el *bario*, el *estroncio* y el *calcio*, se encuentran en el mismo caso. M. Lockyer ha podido convertir, mediante la influencia de la corriente eléctrica, el *calcio* en *estroncio* y el *nikel* en *cobalto*.

Esto demuestra que la clasificación de los cuerpos simples es tan sólo convencional y de base incierta, expuesta siempre á falsear ante el progreso del análisis y la síntesis experimental. Partiendo de semejanzas de esta índole, entre los demás cuerpos simples reconocidos, trataron eminentes hombres científicos de formar una nueva clasificación por familias de los que reunen entre sí mayores condiciones de parentesco. Este cuadro consta de 13 familias, en cuyo corto número aparecen incluídos todos los elementos materiales que conocemos al presente. Nos parece oportuno presentarlo aquí tal cual lo da á conocer M. Girardin en su interesante obra de Química elemental (1):

FAMILIAS.	CUERPOS SIMPLES.
1.ª.....	Cloro, bromo, iodo, fluor.
2.ª.....	Oxígeno, azufre, selenio, teluro.
3.ª.....	Azoe, fósforo, arsénico, antimonio.
4.ª.....	Carbono, boro, silicio, titalo, estaño, tántalo, niobio, ilmenio.
5.ª.....	Cromo, vanadio, molibdeno, tungteno.
6.ª.....	Oro, platino, paladio, iridio, rutenio, rodio, osmio.

(1) Leçons de chimie, tomo II.

FAMILIAS	CUERPOS SIMPLES
7.ª.....	Aluminio, glucinio, zirconio, torio, cerio, lantano, didimio, itrio, terbio, erbio.
8.ª.....	Hierro, manganeso, uranio.
9.ª.....	Magnesio, zinc, cadmio, indio, cobalto, nikel, cobre.
10.....	Bismuto, plomo, plata, mercurio.
11.....	Bario, estroncio, cálcio.
12.....	Potasio, sódio, litio, rubidio, césio, talio.
13.....	Hidrógeno.

Ya hemos podido apreciar cómo las familias 1.ª y la 11 pueden considerarse como un solo cuerpo, exhibido respectivamente bajo cuatro formas distintas en la primera y bajo tres en la última. También hemos indicado cómo el *nikel* de la 9.ª se convierte en *cobalto*, quedando todavía en pie y sin fundir hasta ahora los demás elementos de la familia. ¿Nos reservará el porvenir la resolución del problema de simplicidad de los cuerpos? ¿Seguiráse reduciendo los individuos de cada familia á un solo tronco común, y más tarde cada uno de estos 13 troncos á un solo progenitor universal?

Todo es de esperar del progreso científico contemporáneo. Esto, no obstante, nada podemos asegurar sobre lo futuro, aunque racionalmente nos inclinemos á la fusión originaria de la materia, en vista de los pasos ya adelantados sobre este punto, inaccesible al presente.

Si de la Tierra nos elevamos al cielo para estudiar su composición, veremos que los mismos componentes materiales que aquí conocemos aparecen también formando parte de la materia extratelúrica. Examinado por medio del análisis espectral el globo solar, se ha podido reconocer en él la existencia del potasio en estado de vapor, de sodio, magnesio, hierro, nikel, cobre, zinc, cobalto, cromo, estroncio, cadmio, etc., además de una inmensa cantidad de hidrógeno, origen de las erupciones gigantescas que agitan sin cesar la superficie del Sol. Todos estos componentes del astro del día los conocemos en la Tierra suficientemente en estado libre ó con ayuda de la química ana-

lítica. En cambio no existen en el Sol los metales estimados en nuestro planeta, como el oro, plata, mercurio, estaño y plomo.

La construcción física de los planetas es más dificultosa de estudiar, puesto que la luz que de ellos llega á nosotros es reflejo de la del Sol, por lo cual tan sólo se han podido dirigir las investigaciones espectroscópicas al estudio de sus atmósferas respectivas. De ello resulta que afectan una composición análoga á la de la Tierra, abundando en unas el vapor de agua, reconociéndose en otras el sódio, carbono, nitrógeno y aun oxígeno.

Los cometas aparecen compuestos, en su mayor parte, de carbono é hidrógeno, existiendo también en algunos oxígeno combinado con el primero de los referidos gases formando óxido de carbono.

Las estrellas presentan diversos caracteres, según sean blancas como *Sirio*, amarillas como *Procion* ó rojas como *Alfa* de Orión y *Antares* de Escorpión. Se distingue un último tipo en las denominadas rojas de sangre, las cuales son de ínfima magnitud. Las primeras presentan un espectro en el cual domina el hidrógeno en unión del sodio, el hierro y el magnesio; las amarillas son análogas en composición á nuestro Sol: las rojas contienen sódio, magnesio, cálcio, bismuto é hidrógeno; por último, las rojas de color de sangre acusan la presencia de una gran cantidad de carbono, y parece que deben estar rodeadas de atmósferas de gran poder absorbente.

Las nebulosas propiamente tales, como la de *Orión*, de los *Perros de caza,* etc., se componen, según el análisis practicado hasta el presente, de hidrógeno, azoe y oxígeno (?), aparte de otros cuerpos todavía no bien determinados (1).

Este ligero resumen de los trabajos espectrales contemporáneos nos da á conocer, con base segura, cómo la materia del Universo sensible ó accesible á la investigación científica es de la misma naturaleza y cualidad en todas partes, ya se examine en el Sol, ya en las lejanas nebulosas ó en los fugitivos co-

(1) Huggins, Müller, Lockyer, Zöllner, Secchi.

metas que cruzan nuestro sistema rodeados de su proverbial misterio.

Con estos datos podemos ahora determinar el verdadero estado de la cuestión relativa á la unidad sustancial en el Cósmos. La Química, por un lado, tiende á la fusión de todos los cuerpos simples, y ya lleva conseguido importantes resultados; la Astronomía, por otra parte, trata de democratizar el cielo, haciendo ver á los grandes sistemas astelares y planetarios cómo todos los mundos son iguales ante el análisis imparcial verificado por medio del espectro. De aquí la tendencia de la ciencia á la unidad. Esto, no obstante, no podemos todavía afirmar rotundamente que la sustancia universal sea *una*, afectando diversos estados ó posiciones que la hacen parecer múltiple. Por todas partes queremos percibir los rayos homogéneos que se dirigen hacia un foco invisible á los ojos de nuestra inteligencia. Estamos trazando cuerdas en este gran arco de círculo, para después elevar perpendiculares y determinar el centro que se nos oculta en las tinieblas. La operación será larga y dificultosa; ¡pero la ciencia es grande!

Después de la unidad de la sustancia cósmica, se nos presenta el problema de su *infinidad*, el cual comprende á su vez dos grandes cuestiones: el *infinito de espacio*, y el *infinito de tiempo;* la eternidad.

Entendemos por espacio lo que se entiende vulgarmente por tal abstracción, esto es, el lugar que ocupan los cuerpos y todo el que no ocupan los cuerpos. Supongamos ahora que de la cúpula del Observatorio astronómico de Madrid, por ejemplo, partiese una línea recta hacia el Oeste, sin desviarse jamás y avanzando por el espacio indefinidamente, es decir, sin tropezar en el menor obstáculo, empleando en ello toda la *eternidad*. Esta línea, ¿sería infinita?

—Claro está—podrá responderse—que si no termina nunca, si no tiene fin, será infinita.

Pero de la misma cúpula enlazamos otra línea con el extremo de ésta, y la encaminamos en dirección diametralmente opuesta, hacia el Este, en análogas condiciones que la anterior.

Ya tenemos así otra línea infinita igual á la primera; mas, para hablar con certeza, ninguna de ellas sería infinita, puesto que por uno de sus extremos se detiene en la cúpula del Observatorio. Solamente ahora, cuando forman ambas una sola línea, cuyos dos extremos se pierden en el infinito, es cuando podemos considerarla infinita. Luégo puede existir una línea infinita por un lado y finita por otro, ó limitada é ilimitada á la vez: el ser y el no ser á un mismo tiempo.

¿No parece que ya empieza á bambolearse ante nuestra vista la idea tan firmemente admitida generalmente acerca de una extensión infinita?—Avancemos un poco más en el anterior ejemplo. Supongamos que la línea, en vez de ser absolutamente recta, es quebrada en zic-zac, siguiendo siempre una resultante recta y paralela á la dirección primitiva. Será también infinita, porque nunca acabará de desarrollarse por ambos extremos; mas como en cada metro ó kilometro de recorrido de la línea directa habrá lo doble ó lo triple de extensión por parte de la línea quebrada, ésta siempre será proporcionalmente doble ó triple en longitud que aquélla, y en último término dos ó tres veces *más infinita* que la línea recta. Y como no se puede comprender que una cosa sea doblemente infinita de otra, puesto que esto equivale á negar la infinidad de ambas, henos aquí con el entendimiento en tortura para resolver incógnitas de carácter metafísico, que se presentan indescifrables.

Si apretamos todo lo posible los ángulos formados por la línea quebrada en su desarrollo sucesivo, llegaremos á constituir una *superficie infinita*, la cual sería mayor que todas las anteriores extensiones lineales; y si en lugar de ser la línea quebrada la sustituimos por una espiral sin fin, tan unida que constituya un verdadero cilindro, resultará mucho mayor en longitud ó más infinita todavía que la superficie plana. Así llegaríamos á considerar en difinitiva el conjunto de la extensión en todos sentidos, ó sea el espacio, prolongándose por todos lados infinitamente, como la verdadera norma de la idea del infinito.

Mas de esta suerte podrá objetarse con fundamento: ¿acaso una línea recta que nunca se acaba, no es infinita también? Dos paralelas que se prolongan eternamente por ambos lados, ¿no son infinitas? Si decimos que es infinito aquello que no tiene límites, estas líneas, que marchan sin encontrar fin en su dirección, tienen que ser infinitas. Pero como de esta manera resultarían, existiendo á la vez varios, ó *infinitos*, *infinitos*, lo cual es incomprensible y hasta ridículo, nos encontramos en medio de las nubes metafísicas de siempre, sin que logremos disiparlas jamás con ayuda de la razón.

Hasta aquí hemos partido del supuesto tan generalmente admitido de que, en cualquiera dirección que se camine por el espacio, aun dado caso que se tropezase con masas celestes ó vallas de cualquiera otra índole, siempre detrás de ellas ha de haber algo, y, por consiguiente, nunca podrá encontrársele fondo al piélago incomensurable del Cósmos. Semejante concepción de nuestro cerebro está formada por una serie de asociaciones de ideas ó percepciones anteriores, que llevan el sello de la relatividad. Sabemos que hay astros sobre nuestras cabezas á muchos millares de leguas de la Tierra, y que detrás de éstos hay otros más distantes; que nadie ha encontrado límites al Universo visible, y que el espacio se extiende por todos lados indefinidamente. Inducimos, en consecuencia, que colocando distancia tras distancia, marchando sin cesar con la velocidad de la luz ó del pensamiento, mientras haya espacio, habrá distancia y habrá extensión, y después de millares de leguas, habrá otros tantos, y triples y cuádruples, y así hasta el *infinito*. Como se ve, la palabra infinito representa el cansancio de la imaginación, el tapa-faltas de la inteligencia y el amor propio de la razón humana, en su deseo de abarcarlo todo, inventando ideales donde le faltan ideas. Es una resultante de asociaciones de ideas finitas puestas en fila y echadas á andar por el espacio sin darles jamás la voz de ¡alto!

Así, pues, si por un lado no concebimos que existan barreras en el espacio universal, porque si existen ó son á la vez infinitas, ó tienen un límite, y por tanto, detrás de ellas habrá

todavía algo, aunque sea vacío-espacio; por otra parte nos consta que esta idea abstracta de infinidad es una asociación de ideas concretas sin apoyo propio para su existencia. Podría, por tanto, acontecer que verdaderamente no hubiese espacio infinito, ni sustancia infinita en el Universo. Lo que le pasaría al ser inteligente que llegase á convencerse por sí mismo de la no existencia de tal abstracción, ya queda indicado en otro lugar (1): experimentaría una sensación nueva, de carácter desconocido hasta entonces, á la manera que ocurriría con un filósofo de Atenas si volviese al mundo en pleno siglo XIX y observase con un telescopio las maravillas ocultas del cielo, viese descomponerse la vía-láctea, considerada como leche de los pechos de Juno, en millones de estrellas aisladas, ú oyese por medio de teléfono la voz de un amigo lejano que le confiase algún secreto de cuya veracidad no pudiese dudar.

Como vamos viendo, la Metafísica no puede resolver el problema de la infinidad del espacio; y ni los espiritualistas, que niegan la cualidad de ser infinito al Cósmos para poder atribuirla de lleno á Dios, ni los materialistas y panteistas, que la afirman sin vacilar como atributo esencial de la sustancia, conseguirán jamás convencerse de tales gratuitas conclusiones. Dejémoslos entregados á su interminable lucha, y escojamos otro reducto que dominar con las sencillas armas del positivismo filosófico.

Después de la idea de lo infinitamente grande, se impone lógicamente la idea de lo infinitamente pequeño. Se dice generalmente que no sólo el espacio en conjunto es infinito, sino que la materia dividida y subdividida no tiene fin; que un grano de sal, por ejemplo, es un compuesto infinito de sustancia salada, y uno de arena una reunión infinita de elementos de arena. Parece, en efecto, que, si fuera posible, con los instrumentos de que podemos disponer, dividir en mil diminutas partes un grano de arena, cada una de ellas, por pequeña que fuese, podría dividirse á su, vez cuando, menos en dos, y éstas en

(1) Véase *Dios* en la REVISTA de 10 de Julio último.

otras dos, y así infinitamente; pues aun dado por supuesto que se llegase á aislar un átomo elemental, cuya naturaleza es tan problemática, éste, por pequeño que fuese, sería algo susceptible de partirse en diminutos fragmentos, y estos en otros, etc. Pero la razón que esto concibe, tampoco puede menos de comprender que, en un círculo accesible fácilmente á nuestros sentidos, que se reduce paulatinamente; en un objeto al que se le despoje por todas partes de la materia que lo compone, el infinito parece imposible: en el espacio anchuroso del Universo, siempre hay campo abierto á la imaginación por donde extenderse para aseverar la idea de lo infinito; mas en el espacio que se aprieta y aminora sin cesar, ¿cómo es posible que no se acabe y se convierta á la mínima expresión, á *cero-espacio?*

Confesemos que tanto lo infinitamente grande como lo infinitamente pequeño, son dos problemas irresolubles ante nuestra razón, la cual se encuentra aquí, como en otros muchos casos, con fuerzas iguales y contrarias, entre las que no sabe á quién atribuir la victoria.

El infinito de tiempo, ó la eternidad, es una idea todavía más generalizada que la del infinito de espacio. Aquí se confunden generalmente los términos de la cuestión, dando lugar á recriminaciones injustas. Hay quien afirma que el mundo no tuvo principio ni tendrá fin, refiriéndose al principio del Cósmos y entendiéndolo los impugnadores por el planeta que nos lleva, y hay quien asegura que el mundo perecerá sin remedio, entendiendo por *mundo* la Tierra que habitamos, y comprendiéndolo los demás por el Cósmos, ó sea el Universo mundo.

Respecto al principio del mundo ó globo terráqueo, y de los demás planetas y soles que pueblan el Universo, tenemos datos científicos en que apoyarnos para considerarlos como nacidos, y no como eternos. Todos los planetas del sistema solar, incluso la Tierra, describen órbitas de forma elíptica en torno del astro luminoso; todos se dirigen en una misma dirección en sus movimientos diurno y anual, esto es, de O. á E.; todas las órbitas tienen por uno de los focos de la elipse al Sol; guardan los planetas una relación de distancias al Sol que parece

estudiada de antemano, y que encuentra su explicación en la mecánica racional. Estas y otras análogas condiciones de unidad de plan, demuestran que el sistema solar aparece á la vista como una verdadera familia de astros, en donde la madre debe ser el foco incandescente central, los hijos lòs planetas y los nietos los satélites. El eminente Laplacce, partiendo de estas consideraciones y marcadas relaciones astronómicas entre los orbes planetarios, formuló una teoría que explica suficientemente el origen común del sistema. Supuso racionalmente que al principio el Sol, en estado nebuloso todavía, ocupaba todo el espacio que hoy llena el sistema planetario, quizá hasta más allá de la órbita de Neptuno; que poco á poco fué condensándose, y á consecuencia del movimiento de rotación que animaba á tan grande masa, se desprendieron por el plano de su ecuador anillos gaseosos, los cuales, reuniéndose después en forma de bola, dieron origen á los planetas, continuando moviéndose alrededor del astro nebuloso central; que una cosa parecida aconteció con la materia de los planetas, dando lugar al desprendimiento de los satélites; que quizá los anillos de Saturno no son más que un precioso y aislado ejemplo de lo indicado, representando algún futuro satélite en estado de larva ó en embrión.

Pues bien: esta especie de sueño astronómico, forjado por el poderoso genio de Pedro Simón, vino á confirmarlo un ilustre y desdichado físico contemporáneo, M. Plateau, reproduciendo exactamente la formación de los mundos según Laplacce en un simple vaso de agua alcoholizada, y demostrando así que lo que en pequeño puede representarse en la Tierra, pudo muy bien verificarse en gran escala en el cielo (1).

(1) M. Plateau echó en un vaso trasparente una mezcla de agua y alcohol, de modo que la densidad de este líquido fuese creciendo de la superficie al fondo. En tal disposición, vertió cautelosamente un poco de aceite en masa, que después de descender y subir se detuvo á cierta altura en una capa de igual densidad á la suya, formando así una pequeña bola Introduciendo entonces con mucho tino en esta esferita un disco metálico, de cuyo centro salía una varilla fija, é imprimiéndole un movimiento de rotación, notó

Además de esto, se conocen con el auxilio del telescopio y del espectroscopio verdaderas masas nebulosas en el espacio que denotan la existencia de mundos en formación. Algunas, como la célebre de *Orión*, varían de forma y de intensidad de luz de una manera notable; otras, como la de los *Perros de caza*, cerca de la cola de la Osa mayor, afectan la figura de una espiral con varios núcleos secundarios gaseosos y anillos algo enlazados, que hacen recordar con admiración las famosas predicciones cosmogénicas de Laplacce.

Por lo que hace al Universo en conjunto, á la materia ó sustancia cósmica en general, no puede la ciencia afirmar cosa alguna acerca de su eternidad de origen. Sabemos que de la nada no sale la menor cosa, y, por tanto, que el Cosmos, ó procede de una sustancia anterior preexistente, ó existió siempre con las incesantes trasformaciones que se verifican en su seno, permaneciendo uno todo el conjunto.

En cuanto al fin de los mundos, incluso al del que habitamos, poseemos suficientes datos para resolver la cuestión. La Astronomía nos muestra ejemplo de mundos que perecieron y de soles que pierden el calor en su superficie. Los asteroides—pequeños planetas entre Mercurio y Júpiter—tienen sus órbitas tan entrelazadas, son en tan grande número (200), tienen diámetros tan pequeños y formas tan irregulares, que hacen suponer á muchos ilustres astrónomos su procedencia de un gran planeta destruído por algún cataclismo físico. Hay en el cielo estrellas de color rojo oscuro, cuyo espectro, como queda indicado, da á conocer una gran cantidad de carbono, siendo todas ellas de pequeña magnitud; aparecen rodeadas de una atmósfera de gran absorción luminosa, y si recordamos que el rojo es el color del fuego sin llama y de las materias inflamadas próximas

que, cuando el movimiento era débil, la esferita se achataba hacia los polos como los planetas; cuando era mayor, se acercaban más y más los polos, acabando por desaparecer, convirtiéndose en anillo la esfera de aceite; acelerando la rotación, el anillo se rompía y sus fragmentos formaban esferitas, que continuaban por algún tiempo moviéndose alrededor del disco.

á apagarse, podrá comprenderse cómo tales mundos no son otra cosa que soles próximos á apagarse. Las llamadas estrellas nuevas, como la que se vió en la constelación de Casiopea en tiempo de Thicho Brahe, la de la Corona boreal y la de Keplero, no son más que estrellas cambiantes que aumentan de tiempo en tiempo la intensidad de su luz, brillando así durante algunos meses, para extinguirse luégo con mayor premura, permaneciendo después ocultas á las miradas del vulgo, aunque no á las de los astrónomos, que las siguen en sus desgracias fotométricas. Estas semejan mundos, que lanzan de vez en cuando sus resplandores postrimeros, como una bujía que se apaga. Según M. Meunier, los aerolitos que caen frecuentemente en la Tierra son los restos de un satélite roto que alumbró en mejores días á nuestro globo. Está demostrado, por otra parte, que los astros nacen de materia nebulosa, dividida y subdividida como la célula embrionaria; por consiguiente, es necesario reconocer que lo que tiene principio debe tener fin.

En cuanto á la Tierra que habitamos, muchas causas pueden dar lugar á que desaparezca de su órbita destruída para siempre. En nuestro sentir, puede sobrevenir la catástrofe por alguno de los acontecimientos siguientes:

1.° Un cataclismo geológico que haga saltar la corteza terrestre como una bomba explosiva. Bastaría, en efecto, que las bocas por donde respira el fuego central—los volcanes—se obstruyesen, ó que las capas de la corteza sólida perdiesen el equilibrio, ó que una combinación inesperada de gases tomase incremento en el interior, ó que una atracción poderosa de masas celestes hiciese chocar la materia flúida incandescente contra la costra sólida, para que nuestro pobre planeta dejase de existir.

2.° La caída de la Luna, aunque pueda parecer á primera vista ridículo el suponerlo. Si se tiene en cuenta que este satélite acelera cada siglo su movimiento de revolución en unos doce segundos, lo cual coincide necesariamente con una disminución en la distancia á la Tierra; si se para la atención en que las masas meteóricas que caen en nuestro planeta al cabo

de un año, representan un peso considerable, y que este número debe ser también de un valor apreciable en la superficie lunar, se comprenderá cómo aumentando las masas de ambos astros deben tender á acercarse mútuamente, en virtud de la ley de Newton.

3.° Choque con otro cuerpo celeste, sea con una masa meteórica de extraordinaria potencia, sea á consecuencia de colisión ó destrucción del Sol. Se sabe que unas estrellas se acercan al Sol y otras se alejan con velocidades vertiginosas, aunque inapreciables á la vista simple. ¿Sería aventurado suponer que pudiera algún día encontrarse con uno de estos poderosos rivales del espacio, destruyéndose mútuamente con sus cortejos de planetas y satélites?

Tales conjeturas, como se ve, caen bajo el dominio de la ciencia, y pueden tratarse con más ó menos fundamento, apoyándonos siempre en hechos y verdades adquiridas.

En lo relativo á la eternidad del Cósmos, debemos hacer otra distinción. Si se atiende al conjunto de sistemas y nebulosas que pueblan el espacio, nadie podrá asegurar si existirán eternamente tales mundos, bien que trasformándose y naciendo unos después de la extinción de los otros, ó si la sustancia cósmica se convertirá definitivamente en fuerza latente, en materia informe, llenando el espacio y guardando en su seno la potencia generadora universal. Si nos referimos á la eternidad de esa sustancia *en sí*, sea fuerza, materia, *X*, ó Dios, sin hacer cuenta de las múltiples formas que en ella se desarrollan y perecen, la razón que no concibe la idea de la nada, no puede comprender tampoco que el Gran Todo deje de existir y desaparezca de su propia esencia para reducirse á la nada. En este sentido es, pues, como podemos afirmar que el Cósmos es infinito en el tiempo; esto es, que es *eterno*.

La habitabilidad ó no habitabilidad de los mundos, es uno de los asuntos de más moda en nuestros días. La mayor parte de los campeones de esta doctrina son entusiastas espiritistas, según los cuales están habitados hasta los soles incandescentes por espíritus superiores que no participan de la condición

material y grosera de arder en medio de la llama. Todo es digno de respeto en este siglo de los milagros científicos, por lo que no estará por demás que nos detengamos un tanto á examinar los *espíritus* en estado de libertad, antes de analizar el concepto de la habitabilidad universal.

Al emprender la lectura de las voluminosas obras de Allan-Kardec, aunque sea por mera curiosidad, es lo cierto que insensiblemente se les va tomando un afecto literario especial, que acaba por hacerlas interesantes en alto grado. Decimos que los hombres somos tan sólo espíritus encarnados que al morir recobramos la libertad de acción, pudiendo recorrer el cielo sin estar sujetos á las leyes de la materia; que en proporción del bien que se practique hacia la perfección en general, así avanzaremos en la carrera de los espíritus, acercándonos á Dios, donde nos detendremos para servirle directamente gozando de su gracia divina; que el único infierno de las almas consiste en los remordimientos del espíritu después de la muerte, al reflexionar en el bien que ha dejado de practicar moral é intelectualmente durante su peregrinación por el mundo en que ha habitado, son otros tantos poderosos alicientes de la imaginación y de la razón, para que cualquiera desee su realización inmediata después de traspasar el dintel de la tumba. Por desgracia, no es dable asegurar al presente ni siquiera la existencia de tales seres espirituales en el Universo. Verdad es que sus partidarios afirman, con una convicción admirable, que los espíritus escriben, dan golpes, y hablan con ellos durante las misteriosas veladas que les dedican; que sabios como Williams Crockes aseguran haber presenciado cuerpos humanos vivos, suspendidos en el aire, sin el menor artificio mediante la influencia de *mediums* poderosos, á más de otras manifestaciones extraordinarias, convirtiéndose así de enemigo en partidario de las doctrinas de Allan-Kardec; que el famoso norte-americano M. Home hizo ver al Emperador Napoleón III, en su palacio de las Tullerías, una mano radiante y fantástica que trazó algunas líneas sobre un papel completamente aislado, repitiendo este experimento en las habitaciones del Príncipe impe-

rial (1). Pero, por otra parte, también es de notar que, siendo tan fáciles las evocaciones y exhibiciones de los espíritus, debían manifestarse á todos los que quisiesen probar su verdadero poder, lo cual no sucede generalmente.

El que estas líneas escribe ha pasado tres noches consecutivas en compañía de un amigo espiritista, en León, el cual se había comprometido á hacerle experimentar los efectos de tales seres invisibles, con las manos apoyadas en una tapa de sombrerera que debía moverse sobre la mesa de la habitación y contestar después á nuestras preguntas por medio de golpes. Pasaban las horas y los espíritus no venían, á pesar de evocarlos en debida forma y de estar yo medio poseído de que aquello fuese verdad. Después de esta decepción, todavía probé yo algunas noches, con un lápiz en la mano colocada sobre un papel, por ver si se manifestaban por este medio, llamado *escribente*. El resultado fué tan negativo como el anterior; sin duda debía yo tener muy malas condiciones para *medium*.

Hay quien opina que estos movimientos de mesas ó sillas, por medio de cuyos golpes hablan los espíritus, son producidos por un estado nervioso especial de los operantes, en cuyo fenómeno interviene por mucho la excitación cerebral del agente. De todos modos, mientras tanto que por una Academia de Ciencias como la de París no se declare que hay una fuerza en el Universo distinta de todas las físicas conocidas,

(1) Este célebre espiritista recorrió Italia y Francia, llamando la atención de todos por sus extraordinarios prodigios. Uno de los más notables consistía en evocar la mano de un difunto y hacerla tocar á una persona viva. «La otra noche—dice una crónica de París de aquel año, 1857—en una reunión del gran mundo, hubo una señora viuda que quiso someterse á la prueba: colocó su mano bajo el tapete y dijo que deseaba viniese á tocarla la mano de su marido, que falleció hace poco tiempo Inmediatamente la dama se puso pálida como un cadáver, y dijo con acento trémulo que una mano fría estrechaba la suya.—Sí—exclamó—siento la mano; pero ¿cómo conoceré que es la de mi marido?—Pronto se lo probará á Vd. con alguna señal particular—respondió M. Home. La señora llevaba varias sortijas en sus dedos, y entre ellas una que le había regalado su esposo; la mano fría tomó este anillo y le hizo dar una vuelta en el dedo.—¡Oh, ya no me cabe duda, es mi marido!—exclamó la viuda prorrumpiendo ensollozos.»

capaz de mover mesas, suspender objetos en el aire contraviniendo la acción de la gravedad y comunicarse con los vivos con señales ostensibles de inteligencia, nadie está obligado ni autorizado para aseverar la existencia de los espíritus, que por lo demás se oponen abiertamente á las adquisiciones científicas modernas referentes á las funciones del cerebro como causa inmediata de las intelectuales, á los conocimientos de fisiología comparada, que hacen á los demás animales capaces de análogas manifestaciones psicológicas á las nuestras, aunque en menor escala; aparte de otras graves objeciones relativas al nacimiento de mónstruos humanos, de idiotas, de niños que mueren al nacer, quienes no han podido practicar las *pruebas* espirituales en este mundo, y, por consiguiente, no tendrían razón de ser tales encarnaciones, cuyo único objeto es, según el espiritismo, perfeccionarse durante la vida, á fin de adelantar en la carrera espiritual después de la muerte.

Dejando, pues, á un lado la problemática doctrina espiritista, trataremos de examinar, bajo el punto de vista científico, la cuestión no menos debatida de la pluralidad de mundos habitados.

Siendo nuestra Tierra un simple planeta que tiene por superiores en magnitud á Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno; poseyendo una sola Luna para alumbrar sus noches, mientras éstos tienen hasta ocho; presentándose siempre torcida ó inclinada hacia el Sol, de cuya imperfección ó vergüenza se mofaba Voltaire, mientras que algunos de aquéllos, como Júpiter, apenas se inclinan sobre su órbita, no dando, por consiguiente, lugar á los cambios perniciosos de las estaciones, parece natural deducir que no es nuestro globo el privilegiado del sistema solar, y que habiendo otros planetas que reunen mejores condiciones de vida, en ellos debe haber también habitantes como en la Tierra. Pero conviene no dejarse alucinar en absoluto con esta idea de habitabilidad. Sin duda que hay muchos astros como los soles incandescentes, incluso el que nos alumbra, los cometas, las nebulosas propiamente tales, algunos satélites y varios planetas que no poseen condiciones de vida, y por lo

tanto, no deben estar habitados. No conocemos en la Tierra forma alguna orgánica—aparte de ciertos seres fabulosos—que pueda vivir en el fuego, y raciocinando en vista de tales datos, debemos creer que en nuestro Sol, como en las demás estrellas llamadas fijas, donde la temperatura se eleva á millones de grados, no puede haber organismos de ningún género.

Los cometas y nebulosas afectan, por lo general, una composición análoga físicamente; esto es, masas gaseosas de mayor ó menor densidad, consistentes en carbono, ázoe y otros elementos. Nos consta que en esta clase de sustancias gaseosas no se mantiene la vida en nuestro planeta, puesto que el ázoe es un gas antivital, impropio para las funciones orgánicas; y en cuanto al carbono, es un gas deletéreo, si bien mantiene la nutrición de las plantas; mas como quiera que en tales medios sutiles no es dable suponer organismos vegetales, parece que debemos excluir de seres vivientes á estas aglomeraciones de sustancia cósmica en su estado primitivo, quizá de concentración real.

Nuestra luna carece de atmósfera protectora: no tiene agua en sus concavidades; noches eternas y heladas de catorce días terrestres se suceden en su superficie, después de días interminables que duran otro tanto, con un sol abrasador en los puntos expuestos á él directamente, sin penumbra, crepúsculos ni medias tintas que amortigüen tales rigores. Además, las investigaciones del telescopio no nos han podido dar á conocer vestigios de habitabilidad en dicho satélite; se le considera como un mundo muerto orgánicamente.

En cuanto á los planetas, es preciso caminar con esmerado tino antes de aventurar ideas halagüeñas, aunque probables, sobre este particular. Saturno, por ejemplo, con sus ocho lunas, sus dos ó tres anillos concéntricos que le rodean á distancia en el sentido de su ecuador y su escasa densidad con relación á su masa—es unas siete veces mayor que la tierra—presenta envidiables condiciones para ser habitado; sin embargo, la Astronomía nos ha dado un terrible desengaño; según ella, es más que probable que Saturno esté todavía en sus primeros

períodos geológicos, librándose sobre su superficie una lucha titánica entre su fuego central, su película periférica y su atmósfera candente, trastornada por grandes perturbaciones, una cosa parecida á lo que pasaría en el Globo terráqueo hace cerca de un millón de años durante la edad arqueolítica ó primordial. Del propio modo piensan muchos astrónomos acerca de Júpiter, con sus cuatro lunas y su inmensa atmósfera agitada por terribles ciclones, presentando ciertas manchas achocolatadas que revelan al telescopio una naturaleza ígnea, creyéndose por algunos, con algún fundamento, que despide luz propia, aunque débil, como si se encontrase en su primera formación planetaria, próximo á apagar sus fuegos en la superficie semilíquida incandescente.

Respecto de Urano y Neptuno, se encuentran tan lejanos de nosotros, que apenas sabemos más que algunos detalles relativos á sus masas, dándose por averiguado que la del primero es tan ligera como el hielo, y la del segundo como el agua del mar, pareciendo, por tanto, que acaso no se hayan condensado lo suficiente para formar un todo más compacto y pesado, aunque más reducido á la vez. La misma deficiencia de datos tenemos con los *asteroides*, aunque en algunos se ha creído percibir dilatadas atmósferas, y en otros variaciones de intensidad de luz que pudieran acusar la existencia de fuego en su superficie.

Descartando así condicionalmente á Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, además de los asteroides, nos quedan por analizar en este concepto los tres planetas más análogos y más próximos al nuestro, Marte, Venus y Mercurio, puesto que en cuanto á Vulcano, cuya existencia aún no está completamente acreditada, no existen noticias científicas que arrojen la menor luz sobre el asunto que nos ocupa.

Marte es cuatro veces menor en superficie y la mitad en diámetro que nuestro planeta. Mirado con el auxilio del telescopio, se han observado manchas blancas en sus polos que denotan la existencia de hielos, extensiones de color verde oscuro que acusan la presencia de mares mediterráneos, y continentes

rojizos ó anaranjados, que proporcionan al planeta ese tinte especial, semejante á un topacio incrustado en el cielo de la noche. Las variaciones de intensidad del color rojizo y otras circunstancias de observación, hacen creer que la vegetación en dicho mundo debe ser anaranjada, así como en la Tierra es verde en conjunto. En su atmósfera domina el vapor de agua. Posee dos lunas ó satélites: el uno á la corta distancia de 6.050 kilómetros, girando tan de prisa en torno del planeta, que en vez de salir por el horizonte de Levante, sale por el de Poniente; el otro se mueve á la distancia de 20.115 kilómetros, y tiene de diámetro 10 kilómetros. Los cuerpos pesan en la superficie de Marte tres veces menos que en la Tierra. El año de Marte es doble que el nuestro, puesto que tarda en recorrer su órbita unos 668 días. Añadamos á todo esto que, según la ya mencionada teoría de Laplacce, este planeta salió del Sol antes que la Tierra, por lo cual ha tenido más tiempo de evolucionarse en su superficie y en su masa.

Ante este cúmulo de circunstancias ventajosas, ¿á quién no se le ocurre, pensando imparcialmente, suponerlo habitado por seres más ó menos inteligentes, con igual ó superior derecho que nuestro globo terráqueo? Así como al ver en el horizonte una nave con las velas desplegadas al viento, aseguramos sin temor alguno que habrá tripulantes en su interior, por más que no alcance nuestro anteojo para divisarlos, del propio modo es racional suponer que allí donde se observan condiciones de vida habrá vida; donde se ve una habitación convenientemente decorada y amueblada, se cree fundadamente que ha sido hecha para contener moradores que la disfruten.

Venus es un mundo muy parecido al nuestro, hasta en volumen, pues solamente es algunas millas inferior en diámetro. Su suelo es accidentado, como generalmente lo es en la Tierra, y hay quien pretende haber medido montañas por medio del retículo, extraordinariamente más altas que las del Himalaya y diez veces mayores que el Mont-Blanc. Está rodeado de una atmósfera de gran extensión, donde igualmente se ha reconocido el vapor de agua. Grandes manchas oscuras se extienden

por su disco visible, las cuales, según unos, pudieran ser mares, y continentes las más blanquecinas, y según otros, no revelan más que mares de nubes inmensas, de las que aparece continuamente cubierta su superficie. Su inclinación sobre la órbita es mayor que la de la Tierra, y su desensidad de unas nueve décimas la de nuestro planeta, es decir, que los cuerpos pesan allí un poco menos que en este suelo. Se le supone provisto y acompañado de un satélite; pero todavía no se ha comprobado suficientemente este aserto, de observadores como Casini, Lambert, etc.

Tampoco aquí se han percibido señales directas de habitantes; pero del mismo modo que con Marte, puede suponerse que los haya, aunque en este caso probablemente inferiores en desarrollo á los terrestres, dado que este planeta es mas joven que el nuestro, según la cosmogonía precitada.

Mercurio, demasiado próximo al Sol, casi siempre se confunde con sus rayos, por lo cual poco provecho ha podido sacar de su estudio el telescopio y el espectroscopio. Sábese que se encuentra rodeado de una atmósfera muy extensa, y según parece muy pura, que presenta una banda ecuatorial oscura, como si toda su zona tórrida fuese acuosa, y algún observador (1) asegura haber percibido un punto brillante que pudiera ser un gran volcán en actividad. Es indudable que tiene altas montañas, aunque no esté probado que sean tan elevadas como suponen algunos, hasta considerarlas de 19 kilómetros de altitud. Serían precisos 17 Mercurios reunidos en una masa, para formar otra igual á la de nuestro globo. Los cuerpos pesan en su superficie $\frac{3}{50}$ de lo que pesan en la Tierrra. Este planeta es mas joven que Venus y que la Tierra, por lo cual ya pudiera dudarse de que se halle en tan buenas condiciones como ellos para mantener seres vivientes en la superficie.

Tal es todo lo que podemos decir de positivo acerca de nuestro sistema planetario, en cuanto á las probabilidades de habitabilidad de los mundos que le componen. Los demás soles, á

(1) Schrœter.

juzgar por analogía, deben estar rodeados de planetas, y quizá de satélites. Si esto es así, sin duda habrá también entre ellos mundos habitables y no habitables, según las circunstancias que les rodeen. En grado más elevado podrá suceder algo parecido con los soles de toda una nebulosa, pues no sería imposible la vida sobre la superficie de un Sol apagado, mientras llegase á ella calor suficiente para mantener las funciones orgánicas. Pero esto ya es traspasar los límites de la investigación científica.

Resulta, en consecuencia, que no hay motivo alguno para considerar que sólo nuestro planeta sea privilegiado para mantener seres inteligentes sobre su periferia; que existen mundos en tan buenas y en mejores condiciones que el nuestro; que es, por tanto, fundada la creencia en otros astros habitados por organismos superiores ó inferiores en desarrollo á los de la Tierra; que al presente no nos es dable determinar su verdadero carácter; que debemos confiar en los adelantos científicos, esperando que algún día podrá afirmarse *à posteriori* lo que al presente es tan sólo una probabilidad científica muy racional y fundada.

Tales son los principales problemas trascendentales que encierra el Cósmos en su misterioso seno. Al presentarnos ante su vista, se nos mostraban como montañas inaccesibles que sería locura pretender escalar. Hemos seguido otra ruta más práctica, y que ofrecía menos peligro: faldearlos por su base, apreciando así sin grandes esfuerzos los diversos accidentes, bellezas y quebraduras que les rodean, desistiendo definitivamente de poner en práctica tan insuperable ascensión, en la cual todos han caído sin lograr alcanzar el anhelado término.

Octavio Lois.

CULTURA DE LAS CLASES OBRERAS EN ALEMANIA

Fíjanse hoy las miradas de todos los pensadores, y con emulación las de los estadistas, en aquella parte del viejo imperio germánico que, bajo la hegemonía de Prusia, forma por ahora la nación alemana. Inquiérense las razones de su poderío y de su prosperidad, á la verdad más aparente que real, imaginando muchos que el verdadero y natural fundamento de su fuerza, puramente mecánica y artificial, se halla en la virtualidad y grandeza de la raza germánica, y no faltando hombres expertos y de clarísimo juicio que han llegado á creer que ella tiene la llave del porvenir y en su mano los destinos del mundo. Exageraciones éstas, y muchas otras, sin otro motivo que un éxito inestable y fugaz, que muy pronto quizá, sin dejar de serlo, cambiarán de dirección, cuando hechos ruidosos, pero tal vez sin raíces hondas en la naturaleza de las cosas, modifiquen radicalmente el actual estado de las naciones.

Alemania, ó mejor dicho Prusia, núcleo de las fuerzas del Imperio, ha tenido la fortuna de lograr grandes y esclarecidos estadistas y políticos patriotas, que han sabido constituir, con materia no muy acomodada para realizar grandes empresas, un vigoroso Estado, alma vital de la nación, sin el cual ésta queda reducida á mínima expresión de valor. En Alemania, al

revés de lo que hace algunos siglos acontece en España, lo mejor han sido los gobiernos. Pasa Inglaterra, como modelo de pueblos y cifra y compendio de buenos gobernantes; mas, si lo primero es cierto, en lo segundo supérale sobremanera el todavía incompleto Imperio germánico, el cual no parece sino que se propone, por misión histórica realizar el ideal de un Estado perfecto, que lo es tanto más, cuanto que todo lo hace él y con escasa ayuda de la sociedad. Examinando atentamente la situación en que la Alemania se halla, adviértese el contraste inmenso que existe entre las leyes y los organismos y la materia por ellos informada. Comenzando por el orden administrativo, ejemplo sin semejante en Europa, y concluyendo por lo último que según parece, puede hacer el Estado, la legislación industrial, la nación alemana ha llegado á punto que nosotros tardaremos siglos para tocar. A pesar de esto, de la influencia ejercida en la política internacional y de las ventajas obtenidas á consecuencia de sus victorias sobre Francia, su prosperidad real es inferior á la de ésta, y en muchos puntos no para envidiada de nosotros, con ser uno de los pueblos más míseros y abatidos del mundo.

No obstante lo dicho, y aunque el salario medio de los obreros no pasa de 2 pesetas 50 céntimos, llegando entre los jornaleros del Este á descender hasta una peseta para los varones más robustos y ágiles, la situación del trabajador alemán es siempre más holgada que la del español, y en muchos puntos, como Baviera y Wurtemberg, mejor que la del francés y tan buena como la del inglés, á pesar de que éstos ganan doble salario por lo común. Algunos economistas han explicado este extraño fenómeno por los prodigiosos resultados obtenidos con la multitud de asociaciones difundidas en todo el suelo alemán y por la general instrucción de ese pueblo, considerado modelo de cultura popular y aun científica.

No faltan, sin embargo, autores de mucha nota, como Lavollee, D'Orcet y otros, que consideran esa cultura deficiente y rígida que se da á la gente plebeya, la raíz y perpetua ocasión del socialismo, en ninguna parte como en Alemania

organizado y fuerte. Sea lo que fuese de esto, y siendo cosa averiguada que la extraña y anómala situación del que Lassalle calificó de cuarto estado, se origina en varia y diferente muchedumbre de fenómenos económicos y sociales, no pienso discurrir por ahora acerca de la parte que la cultura popular, tal como se alcanza en Alemania, pueda tener en el crecimiento y fuerza del socialismo; pues no negando que tenga alguna, salta á la vista que, procediendo con tal lógica, nada habría pasado en el mundo, desde los inventos más provechosos hasta las doctrinas filosóficas y religiosas más sanas, sin influir en un fenómeno social que tiene mucho de natural, y cuyas leyes sociológicas y fundamentos eternos pueden á poca costa señalarse.

Influya adversa ó favorablemente la instrucción en las masas—yo juzgo que lo segundo—únicamente me propongo en este trabajo hacer notar su grado y desarrollo, y el esfuerzo laudabilísimo que desde el gran estadista y reformador Stein vienen haciendo los gobiernos y los políticos por acrecentarla, propagarla y darla condiciones de que sea germen fecundo de prósperos resultados.

Cierto que en ningún país de Europa ha echado tan hondas raíces, aunque en otros haya producido mayor estrago, el socialismo, como en Alemania; pero tampoco existe otro en que con mayor celo y solicitud hayan cuidado los gobiernos de esas clases explotadas que constituyen la materia informe de las sectas socialistas. Mucho antes de que éstas, copiando utopias de los franceses, hubiesen aparecido en Alemania, ya los estadistas y los economistas de ese felicísimo país habían creado innumerables asociaciones, muchas de las cuales pasman hoy por los resultados obtenidos. Acerca de este punto hay entablada una verdadera competencia entre los políticos, y los librecambistas de la escuela de Manchester, con Schultze-Delitzsch al frente, mantenían nobilísimo pugilato con los economistas católicos y con los secuaces del naciente socialismo, correspondiendo galardón grandísimo al primero, por la soberana importancia que dió á las asociaciones cuyo objeto era extender

y afianzar la cultura del obrero. Este pensamiento informó las leyes en aquel tiempo, que los individualistas influyeron en el gobierno con el partido político llamado progresista; es cosa digna de notar en los hombres públicos de Alemania la inalterable conformidad de ideas y sentimientos acerca de ciertos puntos prácticos y de absoluta necesidad para la vida de la nación que entre ellos existen; la unidad y prestigio de la patria, la protección á la clase menesterosa, cada cual desde su punto de vista, y la instrucción general, son cuestiones en que á veces se ha confundido, hasta en los detalles, el pensamiento de Bismarck con el del fogoso agitador Lasalle, y el de uno y otro con los de sus adversarios los progresistas y católicos.

Bajo los auspicios de los liberales se promulgó el Código industrial de 21 de Junio de 1869, ó sea la *Gewerbe Ordung*, tan combatida después por los socialistas y trasformada en 1881, 1883 y 1884 con adiciones de carácter comunista por el gran canciller del Imperio, legislación toda ella que prueba evidentemente la importancia concedida á una clase en otros países completamente abandonada. No pienso examinarla en su conjunto ni criticarla por la radical trasformación que introdujo en la organización de los oficios é industrias, dando al traste con los gremios y dejando al trabajador encomendado á su propia iniciativa y en las despiadadas manos de los capitalistas; fué esta reforma originada por la moda, y ya en los demás pueblos habíase ultimado, y en Alemania misma se había realizado en algunos puntos, como Sajonia, la cual suprimió los gremios en 1862. Aún existían éstos en Prusia cuando el Barón de Stein llevó á cabo su gran reforma de instrucción pública, por lo cual fué preciso alterar lo dispuesto en ella conforme al nuevo estado de la industria y de las clases trabajadoras, no habiendo llegado á tal extremo la preocupación individualista de los legisladores de 1869, que se atreviesen á sacar las conveniencias lógicas de sus principios en lo tocante á la vigente ley de enseñanza; antes bien, llevaron al nuevo Código lo concerniente á la clase obrera que encontraron en

las leyes de 1839 y 1854, extremando hasta cierto punto la protección en el sentido de la enseñanza que á los jóvenes trabajadores prestaba el Estado.

Consecuencia inmediata de la abolición de los gremios fué perder la afición artística, el gusto y la inventiva el obrero, el cual ya no trabajaba en nombre, y puede decirse que por la gloria de su corporación, sino que, contratado como mercadería su trabajo, sólo atendía á producir mucho para ganar más, siendo necesario buscar un remedio á la ignorancia técnica, hasta entonces evitada merced á las ingeniosas y variadas maneras con que las costumbres y reglamentos gremiales propendían al perfeccionamiento de los respectivos oficios: surgió, pues, la necesidad de aumentar á la vieja legislación sobre enseñanza popular algo que impidiese, mediante severas limitaciones á los abusos del patrono, el abatimiento intelectual del obrero, que iba degenerando en fuerza mecánica é inhábil autómata. No fué suficiente, empero, la severidad de la ley para impedirlo, por lo cual, como después veremos, las numerosas asociaciones que fueron formándose procuraron remediar con admirables instituciones un mal que, aun hoy, parece endémico, de los industriales alemanes. Han contribuído principalmente á impedirlo las uniones cooperativas (Junung), cuyo fin es proveer lo concerniente á la educación técnica, moral y aun artística del aprendiz. No era otro el objeto de la ley al determinar las horas de trabajo, á fin de que los obreros jóvenes pudieran acudir á las escuelas profesionales, abiertas por tarde y noche, y al decretar la medida desamortizadora y con sabor socialista del párrafo 24 del citado Código, según la cual, los bienes de los disueltos gremios se destinaban á la fundación de escuelas y centros de enseñanzas técnicas. El párrafo 97, á su vez, al señalar los objetos de las nuevas corporaciones que libremente habían de crearse, indicaba preferentemente entre los objetos de ella la creación y mantenimiento de escuelas profesionales y la fundación de instituciones para favorecer la educación industrial de aprendices y oficiales, no olvidándose tratar de una cosa ajena al sistema planteado y propia de las corporaciones

gremiales, cual era la reglamentación de los exámenes de capacidad industrial.

Para muestra del rigor y escrupuloso celo con que los Gobiernos alemanes han atendido á la enseñanza del obrero, voy á recapitular la vigente legislación alemana en lo referente á esta cuestión. Ningún joven menor de doce años podrá entrar en manufactura, fábrica ó taller alguno como no sean del padre, y con prévio certificado escolar; los mayores de doce años y menores de catorce sólo pueden trabajar seis horas, habiendo de invertir otras tres en la escuela; los que habiendo cumplido catorce no llegan á diez y seis, podrán trabajar diez horas, pero que se reducirán á seis si todavía están sometidos á la obligación de asistir á la escuela. Además, á todos ellos, según el párrafo 136 del *Gewerbe Ordung*, hay que dejarles libre el tiempo que los pastores juzguen preciso para enseñarles la doctrina y prepararlos á la confirmación. Añádese á esto el derecho absoluto que los municipios tienen para obligar á los menores de diez y ocho años á que en los domingos y días festivos asistan á las *Fortbildungsschulen* ó escuelas de perfeccionamiento.

Contenido en el mismo Código hállase un perfectísimo reglamento de policía industrial, en el cual resplandecen á un tiempo la previsión más última y la más completa justicia. Todo lo preceptuado sobre la materia, redúcese, sin embargo, á tres párrafos, los 137, 138 y 139. Según esta parte de la citada disposición legal, ningún menor será admitido en taller, fábrica ó centro industrial alguno sin un certificado expedido por las autoridades administrativas, en el cual conste el nombre y la edad del aprendiz y la religión y el domicilio del padre. Unida á esta certificación oficial ha de presentar otra del maestro, en la cual se especifique detalladamente el estado de cultura del joven, siendo obligación del profesor determinar en columna especial las obligaciones escolares del individuo á cuyo nombre se expide el certificado.

Es deber ineludible de todo industrial que recibe á su servicio un menor el de dar inmediatamente noticia de ello á la po-

licía, organizada en Alemania, como supondrá el lector, de muy diferente modo que aquí. Además, ha de fijar en el taller una lista en que se consignen los nombres, edad y circunstancias especiales de cada obrero, de la cual tiene que trasladar copia firmada á las autoridades locales y escolares.

El Gobierno, por su parte, mantiene inspectores especiales encargados de vigilar fábricas y talleres, de cuidar que se cumpla la ley de velar por la salud y moralidad de los jóvenes, y de averiguar si se deja tiempo á quienes la necesitan para procurarse la educación primaria y religiosa.

Las penas impuestas á los dueños de los establecimientos por la infracción de cualquiera de esas prescripciones son pecuniarias, cuando no existe además delito común, y las impone y hace efectivas la autoridad gubernativa. El máximum de multa es 2.500 pesetas, y 37 el mínimum.

Alguna otra modificación favorable á la educación de los obreros ha introducido la reforma famosa de 1883, aunque indirectamente, por incidencia y más relacionada con los derechos económicos de las corporaciones creadas, que con la enseñanza en sí misma.

Los resultados prácticos obtenidos varían mucho, según las diferentes regiones y el relativo bienestar de sus habitantes, lo cual prueba que aun en países como el alemán, tan interesados por la enseñanza, el desarrollo de ésta no depende únicamente de su organización y perfeccionamiento, sino también de las condiciones psicológicas del individuo, y principalmente del estado de prosperidad en que se halle. Examinadas las deficientes estadísticas que respecto al desarrollo de la instrucción popular existen, viénese en conocimiento de que la miseria es una causa segura é inevitable de ignorancia; pues siendo unas mismas las leyes y mayor el celo, si cabe, en las provincias del Este y Nordeste de Alemania, se advierte en ellas un aumento proporcional de los que no saben leer, en relación directa con la pobreza de los habitantes. Así acontece que, mientras entre los prusianos se encuentra un 14 por 100 en absoluta ignorancia, en la Sajonia, país con el Wurtemberg

el más próspero de la nación, no alcanza una vigésima por ciento, habiendo puntos, como el ducado de Herse-Darmstadt, en que la proporción de los ignorantes es ínfima, á juzgar por las estadísticas militares de 1871. Según éstas, en dicha provincia, entre 4.528 reclutas, sólo hubo 14 que no supieran leer y escribir.

Así como la miseria es causa de la ignorancia en las provincias orientales, la ignorancia á su vez aparece como ocasión necesaria de la criminalidad, la cual se halla en igual proporción que la que hemos señalado respecto á la cultura, bien que en lo tocante á este punto la estadística moral de Alemania no concuerda con su gran cultura, puesto que los delitos van tomando proporciones desmesuradas.

Quieren explicar algunos este fenómeno por la deficiencia de la educación elemental, dirigida exclusivamente á la inteligencia, abandonando el corazón, por el escepticismo religioso, que se va apoderando de las masas, y por el positivismo práctico, que viene á formar hoy el dogma y regla de conducta de ellas.

No son estas cuestiones para tratadas aquí, bastando con señalar el fenómeno, á fin de que se tenga en cuenta, pues acontece á menudo que se concede excesiva importancia á la instrucción, sin considerar que á veces puede ser perjudicial. Si la elemental suele serlo en Alemania, no así las escuelas de perfeccionamiento y técnicas, fundadas para los obreros, casi siempre por ellos mismos. Cerca de veinte años hace que sostenía Proudhon, en su libro *Filosofía de la miseria*, la paradoja de que la máquina hace un esclavo al obrero y le quita el pan; y aunque la experiencia y la razón han demostrado lo contrario, es lo cierto que las máquinas, si no un esclavo, hacen del trabajador un autómata; consecuencia ésta, así como las que resultan de la división del trabajo en las fábricas, que aún no han podido impedirse. En evitación de ellas y de las anomalías psicológicas que resultan de la rigidez y mecánica estructura de la enseñanza elemental, se han creado multitud de las escuelas mencionadas arriba, de las cuales sólo en Prusia exis-

ten 445 con unos 30.000 discípulos. Estas suelen estar abiertas al anochecer y los días feriados, y tienen un doble objeto: acrecentar y dar firmeza á la instrucción adquirida, y hacerlo conforme á las aptitudes y condiciones personales de los obreros. Generalmente se enseña en ellas teneduría de libros y cálculo mental.

Al lado de estas escuelas se han fundado las *Handwertrsehnlen*, de carácter técnico, cuyo origen data del año 1837, en que se crearon las dos primeras en el ducado de Herse. Después han ido aumentando y perfeccionándose en casi todas las regiones de Alemania, con diferencias en su constitución, pero inclinándose todas á un mismo fin. En Wurtemberg, la asociación general para la educación de los obreros ha creado verdaderos centros científicos, en los cuales, mediante un dividendo de 40 céntimos mensuales, el trabajador encuentra numerosa biblioteca, periódicos, veladas y á veces recreos, y recibe lecciones de dibujo, caligrafía, matemáticas y canto. En Sajonia viene á suceder lo mismo, con la diferencia de inspirarse las asociaciones en fin más científico y práctico, enseñándose dibujo, gramática alemana, física y química aplicadas. A este tenor se hallan instituciones parecidas en los demás puntos de Alemania; pero hasta hoy, las que han producido prácticos y reconocidos beneficios, son las llamadas escuelas de la tarde; en ellas existen clases de dibujo, de escritura, de química, de geometría, de estilo, de estenografía, de historia y geografía, de comercio, y alguna otra con aplicación á las industrias más florecientes del país. Respecto á la distribución de materias, copiaré la noticia de un sociólogo eminente ya citado, y cuyos trabajos sigo en gran parte.

«El curso de dibujo, dice hablando de una de esas escuelas, se divide en dos secciones: dibujo propiamente dicho, y lineal ó mecánico. En la sección primera hay seis clases sucesivas; en las dos inferiores se enseñan elementos del dibujo; en la tercera y cuarta, dibujo según el método de Dupuis; en la primera y segunda, dibujo de ornamentación. Cada curso dura seis meses. En la sección segunda hay tres clases. En la tercera, los discí-

pulos se familiarizan con los nombres y el uso de los instrumentos, y aprenden á trazar sencillas figuras geométricas. La segunda clase dibuja máquinas y partes de ellas, siendo también seis meses la duración de estas clases. En la primera clase, donde los discípulos permanecen un año, aprenden á dibujar los objetos que han de presentárseles en la profesión que han de seguir.»

No pequeña porción de estas instituciones son creadas y mantenidas por los obreros mismos, así como las conferencias técnicas, gabinetes de lectura, lo que llamaríamos aquí Ateneos obreros ó Academias industriales, y las excursiones que á nombre de la asociación suelen hacer para adquirir datos y conocimientos aquellos que son designados entre los trabajadores.

Aunque no con el fervor y en la proporción que en Suiza, alguna vez los dueños de grandes manufacturas y establecimientos, por iniciativa propia y á su costa, crean, mantienen y dirigen instituciones encaminadas á proporcionar á sus obreros perfeccionamiento moral é intelectual, bienestar material y hasta honestas diversiones, siendo muchos los nombres de beneméritos y dignísimos fabricantes que se pudieran citar como ejemplo, pero que omitimos por no hacer empalagoso este artículo. Generalmente estos casos acontecen en las provincias occidentales, siendo de notar que, donde existen caritativos y generosos patronos, no arraigan nunca las utopias socialistas, manifiesta señal de que no todo lo malo de las aspiraciones insensatas de los infelices trabajadores se origina en salvajes pasiones y apetitos egoistas, sino que la conducta de los capitalistas tiene no pequeña parte en las exageradas pretensiones del obrero. Cuando aquellos se consideran tutores de sus obreros, cuando meditan acerca de la gran responsabilidad moral que sobre ellos pesa y no se trasforman en explotadores villanos, acontece lo que en Kuchen, Nüremberg, Friburgo y otros puntos, en donde, obrando el rico como padre, encuentra siempre en los pobres que á su servicio tiene, no siervos llenos de ódio el corazón y de envidia el alma, sino hi-

jos que miran la hacienda de su amo cual si fuera propia y como respetable y sagrada.

Mas lo cierto y triste es que tales dueños son escasos, bien que supla en Alemania á la caridad de los fabricantes la solicitud, nunca bien ponderada, del Estado; así que, no satisfecho con haber legislado sábiamente y con mantener severa y constante policía en pró del obrero, ha dado ejemplo laudable de conducta en los centros industriales de su pertenencia, como las minas de Laarbrück, Harz y otros establecimientos industriales de la nación. En ellos, no sólo ha fundado escuelas técnicas y de perfeccionamiento para sus obreros, sino bibliotecas públicas, salones de lectura y mil otros medios de cultura. Pero lo más digno de merecimiento, á mí juicio, ha sido la fundación de jardines de la infancia para los niños de los mineros y escuelas de cocina y costura para las niñas, ejemplo este que se va siguiendo en otros centros fabriles de sociedades industriales ó de particulares.

Las asociaciones de obreros, por su parte, no satisfechas con estos beneficios graciosamente concedidos, organizan á porfía centros de cultura, en los cuales se aprenden cosas que en España se darían por muy contentas si las conocieran medianamente las que hemos dado en llamar clases ilustradas. Frecuentes son aquellos en que se estudian los clásicos mejor que en ciertas Universidades, y en los cuales el obrero de aspiraciones levantadas sale conociendo la lengua, y á veces la literatura de tres ó cuatro países. La formación de orfeones y la afición á la música, son características de los trabajadores alemanes, y son muchos los centros fabriles donde además verifican, para regocijo é ilustración propios y solaz de sus compañeros, representaciones dramáticas.

El trabajador alemán es, como indicaba al principio, inferior al de otros países en iniciativa, en fantasía, en habilidad, en gusto y en espíritu creador, pero en cambio tiene clara conciencia de su valor personal; reflexivo y poco vanidoso, reconoce sus faltas y procura suplirlas con los viajes, con porfiado y atento estudio, y sobre todo con la asociación, á la

cual por innata é irresistible tendencia se muestra inclinado. Aparte de estas condiciones personales, ha tenido la rara fortuna de vivir en un país gobernado desde hace años por hombres como Federico II, el Rey actual, Stein, Bismarck y casi todos sus estadistas, puesto que faltando á pocos el talento, á ninguno ha faltado lo que vale más que el genio: la honradez política, el patriotismo, quizá exagerado, y el deseo de extender la cultura en el pueblo y de procurar á éste el bienestar que permite la progresiva elaboración, necesaria en aquella sociedad para desairragar los vicios del feudalismo, vivo todavía en el espíritu de muchos.

Tan favorables circunstancias explican que la plebe menos vivaz de ingenio y menos inteligente de Europa sea, sin embargo, la más docta del mundo, y alcance un grado de cultura á que tardarán mucho en llegar nuestras masas populares, creadoras en otro tiempo de hermosísima literatura y ricas de ingenio é imaginación, pero que hoy, sumidas en crasísima ignorancia y en oriental abandono, han olvidado hasta sus viejos cantares, y cuya cultura no llega más que al conocimiento de toros y toreros y al de algunas voces exóticas de política vana, con que á veces se les excita para hacerlas instrumentos de las más torpes y mezquinas pasiones.

B. Antequera.

EL PALACIO ENCANTADO[1]

(AL-CASSR-UL-MASHUR)

LEYENDA ÁRABE-GRANADINA

(701 á 713 H.—1302 á 1314 J. C.)

X

Breve tiempo después de haber abandonado el Sultán la lujosa cámara de Mariem, como el quejido de un laud, dulce, prolongado y armonioso, repitieron los ecos un suspiro; agitóse lánguidamente el cuerpo de la nassarena, y á la templada luz que derramaba sobre todos los objetos el orbe de cristal suspendido de la labrada techumbre, pudieron verse ligeramente coloreadas las mejillas de aquella mujer, cuyo abandono la hacía aún más encantadora é irresistible.

Adquirieron sus lindos ojos la acostumbrada movilidad, y poco á poco fué calmándose la agitación de su pecho, cuya incitante exuberancia dibujaba entre finas gasas de sedosa trasparencia la escotada túnica que vestía.

Pasó una y otra vez las manos por su frente, como si en ella sintiera algún peso, é incorporándose en el diván, paseó sus miradas con cierto asombro por la cámara, interrogando, sin duda, á los objetos que la rodeaban; el aroma penetrante del braserillo de calado azófar, que á sus pies exhalaba ténues espirales de humo, parecía trastornarla, y poniéndose al fin de pie, corrió al ajiméz abierto, por donde pe-

(1) Véanse las REVISTAS de 25 de Octubre y 10 de Noviembre.

netraban juguetonas las brisas nocturnas, y cuya cairelada y doble curva se recortaba limpia, así como el esbelto partelúz sobre el azul oscuro del firmamento, salpicado de estrellas relucientes.

Escuchábase desde allí, mezclado al rudo murmullo del río, el rumor no interrumpido del *âid as-saguir*; y el resonar de los adufes, de las sonajas, de los albogues y de los demás instrumentos con que significaban su alegría los fieles granadinos; el entrecortado y agudo grito de los lelilíes y el cadencioso canto que de cuando en cuando llevaba en sus alas el viento hasta la elevada cima de la colina donde tenía su morada Mariem, producían en el ánimo de la nassarena extraña y desconocida emoción, nunca antes sentida, que le causaba singular efecto.

No era tristeza lo que semejante emoción engendraba en su espíritu, ni, como otras noches, la contemplación de aquel límpido celaje, donde parecían engarzadas las estrellas, traía á su imaginación el melancólico recuerdo de la patria y del bien perdido: sentía extrema debilidad en todo su cuerpo, cansancio inexplicable y no definido, laxitud incomprensible, de la cual ni podía ni sabía darse cuenta.

Ya, cual en otras muchas ocasiones, no veía flotar en el cielo la imagen para ella tan querida de sus dos infortunados hijos; no era el rostro de Sancho Sánchez, demudado por la angustia, la duda y la zozobra, lo que sus ojos veían con dolor en el espacio: en medio de aquel manto de trasparente y pronunciado zafir, veía, cercado como por un nimbo luminoso, donde quiera que levantaba la mirada, el rostro apasionado del Amir de los muslimes, y hasta el susurro de la brisa le parecía la enamorada y trémula voz de Mohámmad, que murmuraba en sus oídos palabras deliciosas de cariño.

Dos ó tres veces volvió á pasarse las manos por la frente, como para ahuyentar aquella pesadilla y evocar recuerdos que la voluntad del Sultán había para siempre dormido en su alma; y al fin, vacilante, sin fuerzas, dirigióse al *al-hamy* (1) y dejóse caer fatigosa y agitada por extraño modo sobre el lecho, donde quedó dormida.

. . . . . .

La noticia del desembarco en *Chebel Thâriq* (2) del guazir africano

(1) Departamento abierto por un arco, donde sobre una tarima de azulejos estaba el lecho.

(2) El monte de Thâriq, hoy *Gibraltar*.

Xohaid, llegaba á la córte de Mohámmad III poco tiempo antes de que el enviado del magnánimo Sultán Abú-Thaleb penetrase en el amurallado recinto de la sin par Granada, y cuando, merced á la influencia de los buenos genios y al poder de la ciencia, inspirada por el mismo Alláh, la hermosa Seti-Mariem y el Príncipe granadí gozaban las inefables alegrías del Paraíso (¡Alláh haya en él perpetuado sus días!)

Para desdicha de los fieles resignados al Islam, los vientos execrables de la discordia habían más de una vez soplado entre los meriníes y los granadinos, colocando frente á frente en el combate á los siervos del Misericordioso de una y otra parte del *Bahr-az-Zocác* (1), con provecho de los nassaríes; pero desde que el Sultán meriní Abú-Yacub había en tiempos anteriores hecho cesión al hijo de Al-Ahmar I de todas las posesiones que tenía en tierra de Al-Andálus, —ya con el propósito de desembarazarse de aquel enemigo, ya con el de consagrar toda su atención á sofocar las frecuentes rebeliones de que era víctima su reino, y ya también con el de apoderarse del de Tremecén, á fin de extender su poderío en Ifrikia y recoger íntegra la herencia de los antiguos y para siempre derruídos imperios de almoravides y almohades—las relaciones entre los Sultanes de Granada y de Fez parecían algún tanto entibiadas, si bien continuaban, á pesar de todo.

Obligados, en cierto modo, los Al-Ahmares á los merinitas, en virtud de la cesión indicada, y fiando en que Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada no habría, en manera alguna, de mostrarse sordo á la voz del reconocimiento, no había vacilado el generoso Abú-Thaleb en acceder á las vehementes súplicas de Sancho Sánchez, evocando discretamente en el corazón de aquel descendiente de los Anssares el recuerdo de la obligación contraída, con la esperanza de que habría de ser su demanda cumplidamente satisfecha.

No dejaba de producir extraña y verdadera sorpresa en el ánimo del Jazrechita Abdil-Láh (¡Alláh le haya perdonado!) la llegada de aquel emisario del Príncipe meriní, cuya misión debía ser de importancia, dada la alta categoría de Xohaid, primer guazir de Abú-Thaleb; mas ignorando lo que pudiera significar, daba á su guazir Mohámmad Al-Lahmí las órdenes oportunas para que con el debido ceremonial

(1) El Estrecho.

salieran á recibirle á Atharf, en la falda de Chebel-el-Beyra (1), no sólo los guazires de su reino, sino todos los dignatarios y magnates de la córte, incluyendo los arrayaces y jefes del ejército granadino, á fin de honrar al enviado de Fez como su representación y alta investidura demandaban.

Cerca de Atharf se verificaba el encuentro de africanos y granadíes, y cumplidas las ceremonias de etiqueta, uníanse ambas tropas, penetrando juntas por la elegante *Bib-el-Beyra* (2), al caer la tarde del sábado, once días andados de la luna de Xagual (3), siendo aposentado el guazir Xohaid en la morada de Mohámmad Al-Lahmí, con quien pasó conversando las primeras horas de la noche.

En vano, después de terminada la opípara comida que en obsequio del guazir de Abú-Thaleb, y para más honrarle, había servido por sus propias manos Al-Lahmí, invocaba éste la ciencia aprendida para sorprender y poder comunicar á su señor algo del fin de aquella embajada, cuando el granadino carecía de intereses en Ifrikia, y el africano parecía ya no tenerlos desde los días de Abú-Yacub en Al-Andálus.

Risueño y comunicativo, dentro de su reserva, no podía, en verdad, ocultar Xohaid la satisfacción que le poseía, por la esperanza de conseguir sin dificultad el objeto de su largo viaje; había escuchado, al saltar en *Chebel-Thériq* á tierra, durante el camino y al penetrar en Granada, favorables augurios, y confiaba que éstos se confirmasen plenamente al siguiente día, cuando pusiera el pie en el recinto de la Alhambra.

Cumplidas por él en la Mezquita-Aljama de Granada, cuya grandeza y cuya magnificencia no dejó de admirar, las prescripciones religiosas del *ssalat-ul-fachrí* ú oración del alba, y llegada la hora de *adh-dhuha* (4), hallábase preparado para la ceremonia de ser recibido por el Sultán, y dispuestos todos los presentes que Abú-Thaleb enviaba á Mohámmad. En la extensa plaza que se abría delante de la casa del guazir Al-Lahmí, veíase dispuesta sobre sus caballos, enjaezados vistosamente, lucida tropa de ginetes que debían acompañar

(1) Sierra Elbira.

(2) La puerta de Elbira.

(3) 9 de Junio de 1302.

(4) Tiempo del día entre las diez y las doce de la mañana.

á Xohaid hasta el palacio del Amir de los fieles; y cuando la comitiva tomó sosegada y lentamente el camino de *Bib-al-Lauxar* (1), parecía bajo los rayos del sol el centelleo de las bordadas sillas, de las armas, de los alquiceles y de los almalafas, espléndido torrente de oro fundido que bajaba á borbotones de la falda de la colina roja.

Detrás, cubiertos por ricos paños de oro y sedas, iban los camellos cargados con los regalos de Abú-Thaleb, y en pos todavía, la servidumbre entera de Al-Lahmí en traje de ceremonia.

Al pasar delante de la última de las casas del pintoresco barrio del *mauror*, Xohaid, que iba silencioso, se irguió de repente sobre su cabalgadura, y, con los ojos levantados al cielo, se detuvo breve instante.

Cubierta por tupido y vulgar *al-haryme* el rostro y vistiendo sencillamente una alcandora de lana, había en pie, á la puerta de aquella casa, una mujer, cuyas piernas desnudas asomaban por bajo del oscuro ropón, y dirigiéndose á ella Xohaid, demandóle una jarra de agua.

—¡Que la paz sea contigo, oh, señor mio!—exclamó la mujer al escucharle, besándole el estribo y corriendo al interior de la vivienda, de donde volvió en breve, trayendo en sus manos una jarra blanca y porosa, llena de agua trasparente y fresca, que aproximó á los labios del merinita.

Bebió Xohaid de ella un sorbo, y limpiándose la boca después de dar gracias á la mujer, preguntóle con acento cariñoso:

—¿Cómo te llamas?

—Saîda, señor—replicó la desconocida (2).

—¡Alláh te bendiga, ¡oh Saîda! y veas realizadas todas tus esperanzas!—exclamó Xohaid en tono profético; y dejando en manos de la mujer una bolsita llena de zequíes, picó espuelas al caballo, penetrando entonces bajo el arco elegante de *Bib-al-Lauxar* con el corazón palpitante.

. . . . . .

No habían pasado inadvertidos para Al-Lahmí ni la reserva de Xohaid durante la comida de la noche anterior, ni tampoco el augurio favorable que acababa de recibir el guazir de Abú-Thaleb á la

(1) Puerta que daba al foso de la Alhambra, cerca del sitio en que fué después construída la llamada *Puerta de las Granadas*.

(2) Saîda significa *la venturosa*.

puerta misma del alcázar, confirmando con él las vagas dudas que había despertado en su espíritu la venida del africano.

Por su parte, Mohámmad, avisado de la presencia de Xohaid y de que estaba hospedado en casa de Al-Lahmí, no había perdido el tiempo.

Existía por aquel entonces en la hermosa Granada un marabut notable por su piedad, respetado por su ciencia y querido de todos por la fuerza eficaz de sus talismanes; habitaba en una de las más oscuras cavernas de Chebel-el-Beyra, y deseando Abdil-Láh conocer el objeto de la embajada de Abú-Thaleb, hizo ir á su presencia al religioso, recibiéndole á solas en una de las cámaras más reservadas del palacio.

Cuando el marabut se halló delante del Amir, prosternóse lleno de respeto, esperando á que el Príncipe le dirigiera la palabra.

—¿Eres tú, por ventura—dijo el Amir—el hombre venerable, escogido de Alláh (¡reverenciado sea su nombre!) que, á través de las sombras del pasado y de las nieblas del porvenir, lee en uno y otro el destino de las criaturas?...

—¡Sólo Alláh es grande!—replicó el marabut—¡Él es el principio y fin de todos los seres! ¡Cuanto hay en los cielos y en la tierra le pertenece! ¿Quién sino Él puede ver en los tiempos venideros, ni volver á la vida á aquellos que yacen en los brazos de Malak-al-maut? ¡Alabado sea Alláh, el excelso, el clemente, el Único!

—¿Podrás—siguió Mohámmad preguntando—saber lo que se oculta en mi pensamiento y lo que vive en mi alma?

—¡Oh, señor y dueño mío! ¡Sólo Alláh tiene las llaves de las cosas ocultas y Él sólo las conoce! ¡Sabe cuanto sucede sobre la haz de la tierra y en el fondo de los mares! ¡Las cosas invisibles y las visibles son del dominio del Señor de las criaturas! ¡Alabado sea!

—Habla, pues, buen anciano—repuso el Sultán con alguna impaciencia.

—Préstame tu oído ¡oh, mi señor Mohámmad! (¡glorificado sea tu imperio!); que así como en el fondo de los mares se oculta la perla dentro de la humilde concha, así dentro de tu pensamiento se oculta vivo y poderoso el afán de conocer el objeto con que Alláh ha guiado á tu corte los pasos del guazir Abd-ur-Ráhim-ben-Xohaid de parte del muy alto y magnánimo Sultán de Fez (¡Alláh le proteja!); y así como en el fondo de la nube se esconde brillante y esplendente el rayo, así también la omnipotencia de Alláh ha hecho que en el fondo de tu

alma, viva brillante y esplendoroso el amor, como dueño absoluto de ella.

—Por mi cabeza y por la tuya, ¡oh, anciano! que has dicho verdad y que son ciertas tus palabras... Díme, pues lo sabes todo, el objeto con que Xohaid llega á mí, y serán colmados tus deseos...

—Señor—prosiguió el marabut, incorporándose—Alláh lo ha dicho: «No os caséis con mujeres idólatras hasta tanto que crean. Una esclava creyente vale más que una mujer libre idólatra, aunque os agrade más» (1).

Permaneció pensativo un momento Mohámmad ante la enigmática respuesta del religioso, cuya trascendencia comenzaba á comprender, y alzando al postre la cabeza, repuso:

—También ha dicho: «Os es permitido el casaros con mujeres honradas creyentes, judías ó cristianas, siempre que les dotéis» (2); y si prohibe el matrimonio con las mujeres casadas, lo permite con las que caigan en manos de los fieles como esclavas (3)... Pero contesta claramente á mi pregunta.

—Pues bien, señor; la fama de la belleza de la cautiva que guardas encerrada en este alcázar ha llegado á oídos del Sultán Abú-Thaleb (¡prospere Alláh sus días!). Xohaid viene á rogarte en nombre de su dueño que se la cedas.

—¡Que Alláh le maldiga tantas veces como arenas arrastra el Darro!—exclamó alzándose colérico Mohámmad.—Si has dicho verdad ahora como antes, que Alláh te premie; pero si la mentira ha manchado tus labios, borre Alláh tus huellas para siempre en este mundo y en el otro—añadió, dirigiéndose al anciano.

Y despidió con airado ademán al marabut, quien se retiró temblando de la estancia.

XI

Sentado en amplio diván, con la faz severa, aunque agradable, rodeado de todos los guazires y oficiales de su casa, ceñido á las sienes el bonete verde y cubierto por riquísimo manto de igual color, bor-

(1) *Korán*, sura II, aleya 220.

(2) *Korán*, sura V, aleya 7.

(3) *Korán*, sura IV, aleya 28.

dado en sedas y oro y recamado de brillante pedrería, ostentando en la fimbria del mismo, bordado en oro fino, el mote característico de su raza, que se leía entre los delicados adornos de yesería del espacioso salón, hallábase Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada (¡haya acogido Alláh propicio su espíritu!) pocos momentos antes de que Abd-ur-Ráhim-ben-Xohaid hubiese traspuesto lleno de alegría la puerta de *Al-Lauxar* en la Alhambra.

Ricos paños de sedería, con los más vivos colores y variados dibujos, adornaban los muros del salón, á cuya entrada, sobre elegantes maceteros, se erguían, olorosas y agradables, multitud de plantas aromáticas, exparciendo en torno, suave y apacible, su perfume. Con las espadas desnudas, derechos, en pié, á uno y otro lado de la puerta por donde debía penetrar en el salón el enviado del magnífico Sultán de Fez, hallábanse gran número de soldados, cuyos abigarrados y lujosos trajes hacían que su vista se asemejara á un jardín en la estación de la primavera.

Al aparecer Xohaid en la explanada que se abría delante del alcázar y frente al Al-Hissan, multitud de ginetes, lujosamente dispuestos, corrieron al encuentro del enviado de Abú-Thaleb, esgrimiendo ardorosamente sus lanzas, sus broqueles y sus espadas, y haciendo alarde de su habilidad y de su destreza, así en el manejo del caballo como en el de las armas.

En la puerta misma del alcázar apeóse el guazir Xohaid de la cabalgadura, teniéndole el estribo, para más honrarle y en señal de deferencia, el guazir Mohámmad Al-Lahmí; y mientras los demás de la comitiva imitaban el ejemplo de ambos guazires, éstos entraban en el hermoso patio que precedía á la cámara donde esperaba Mohámmad III la visita del enviado de Abú-Thaleb.

Iban delante, llevando en anchos azafates de alambre de oro los presentes que el meriní ofrecía al granadino, hasta una docena de etíopes, cuyo color oscuro destacaba poderosamente sobre los blancos trajes que vestían y formaba singular contraste con la faz rubicunda de la mayor parte de los nobles granadíes allí congregados. Detrás, y acompañadas también por otros dos etíopes con las anchas espadas desnudas, marchaban envueltas en riquísimos velos blancos de seda y adornadas con gran número de collares, brazaletes y pendientes, así como infinidad de sartas de perlas que ostentaban en el prendido de la cabeza, hasta seis mujeres, con el rostro velado por tupido al-haryme, y dejando sólo ver sus ojos brillantes y expresivos,

animados de la curiosidad más viva unas veces, y entornados otras por la modestia.

Constituían aquellas mujeres parte, la no menos estimable y rica, de los regalos del meriní, y habían sido cuidadosamente escogidas entre las más bellas del harem del Sultán para captarse la benevolencia del granadino, á fin de obtener con menos dificultad lo que Abú-Thaleb apetecía.

En pos de aquel grupo, que semejaba una pléyada de estrellas fulgurantes, veíase á los nobles guazires, los arrayaces y los jefes de la córte granadí, caminando detrás, algunos pasos delante de Al-Lalamí, Abd-ur-Ráhim-ben-Xohaid, cubierto de las más ricas vestiduras y haciendo gala de su ostentación y de su riqueza.

A los acordes de los instrumentos bélicos, hizo en esta disposición su entrada el africano en la *cobba* donde el Sultán de Granada le esperaba; y mientras los esclavos etíopes se repartían por igual á uno y otro lado de la estancia, descubriendo los regalos contenidos en los azafates de que eran portadores, Xohaid se prosternó delante de Mohámmad respetuosamente, llevando sus manos á la boca, después de haber tocado el suelo y la orla del manto del Amir de los muslimes andalusíes.

—¡Venido seas, oh Xohaid, á mis dominios, como la lluvia que envía el Omnipotente sobre los campos agostados; como el sol, en primavera, á la tierra humedecida por las aguas del invierno! ¡Que la paz de Alláh sea contigo!—exclamó el Sultán en voz alta y ceremoniosa.

—¡Alabado sea Alláh, el Señor del Trono excelso! ¡Nada hay en los cielos y en la tierra que no le pertenezca! ¡Suyo es el imperio de todas las cosas! Glorificado sea, ¡oh, Sultán pío, generoso, magnánimo, esforzado y valeroso, tu imperio! ¡Alláh perpetúe tu felicidad y abra para tí las puertas del Paraíso eterno! ¡Que Alláh te bendiga y bendiga á los tuyos, y sea tu nombre repetido con temor por tus enemigos! ¡Oh, *Sidí!* El muy alto, muy poderoso, muy noble, muy generoso, muy magnífico, el conquistador de las ciudades, el defensor de la ley de Alláh, el siervo de Alláh, el Sultán engrandecido Amir de los muslimes Abú-Thaleb-ben-Amir-ben-Yacub-ben-Yusuf (¡glorifiquele Alláh y le proteja!), señor de Ifrikia desde Ax-Xamal hasta Al-Quibláh y de Ax-Xarq á Al-Mogreb (1), desde el mar de Ax-Xams

(1) De Norte á Sur y de Este á Oeste.

al de las Tinieblas (1), te envía conmigo sus saludos y te desea toda prosperidad y ventura! Él te ruega aceptes como testimonio de su amor y de su cariño estos presentes, que son débil muestra de amistad, esperando que los recibas bondadoso. Y así como tu augusto progenitor (¡Alláh le haya hecho partícipe de su misericordia!) el Amir de los muslimes Abú-Abdil-Láh Mohámmad (¡complázcase Alláh en él!), de la tríbu de los Anssares esclarecida (2), hizo al augusto antecesor del Sultán de Fez, mi señor, el presente inestimable del *Mushaf* de Otsman (¡Alláh le bendiga!), así también mi señor y dueño Abú-Thaleb (¡que Alláh le sea propicio!) te hace el presente de esas ricas armas, templadas en las aguas de Damasco, de esas vistosas adargas vacaríes, labradas en Túnez; de esas preciadas telas, tejidas en Fez, y de esas preciosas muchachas, gloria y honor de su harem, más hermosas que la luna llena, cuyos cabellos son más negros que las plumas del avestrúz macho, cuyas cejas son arcos del país de los negros, cuyos ojos son espadas brilladoras á los rayos del sol, cuyos labios son rubíes, cuyos dientes son blancos cual la leche de la camella, cuyo cuello es elegante como el del cisne y terso como el cristal. Sus brazos parecen espadas incrustadas en plata, su pecho es como la nieve de los montes, su talle delicado cual la palmera del Egipto, su vista cura todas las enfermedades, y no hay en la tierra hermosura que pueda á la suya compararse! ¡Bendito sea Alláh que las ha criado!

—¡Que Alláh prospere los días de tu señor y dueño, el excelso Abú-Thaleb, y guíe sus pasos por el camino derecho! ¡Que Alláh acreciente sus favores para con él y haga eterna su permanencia en la tierra!—replicó Mohámmad en el mismo tono solemne y declamatorio empleado por Xohaid en su larga arenga.

Y mientras ofrecían dos esclavos al guazir del merinita, como presente del Sultán Abdil-Láh, riquísimo albornoz, tejido en las famosas fábricas de Granada y todo él recamado de oro, y Xohaid se apresuraba, en señal de acatamiento, á suspenderlo sobre sus hombros—cambiaba Mohámmad expresiva mirada con el jefe de los oficiales de su palacio, apareciendo en breve por una de las puertas de la *cobba* gran número de sirvientes llevando en azafates de singular

(1) Desde el Mediterráneo (mar de Siria) al Océano.

(2) Los Al-Ahmares pretendían descender de los Anssares, ó sea los compañeros del Profeta, especie de apostolado que siguió por todas partes á Mahoma.

riqueza armas, vestidos y elegantes jarrones de sin igual belleza y de gran tamaño, producto de las celebradas fábricas de Málaga y de Granada, y todos ellos cubiertos de oro resplandeciente.

Cambiados los presentes y después de las fórmulas de costumbre, retirábase con el mismo ceremonial de la cámara del granadino el guazir Xohaid—encontrando á la puerta del alcázar hasta una docena de hermosos caballos, espléndidamente enjaezados, á los cuales tenían del diestro otros tantos esclavos, y que formaban parte de los regalos de Mohámmad.

Cuando al día siguiente volvió el mensajero de Abú-Thaleb á la Alhambra, expuso ya con toda confianza al granadino el objeto de su embajada, que no era desconocido para el enamorado Príncipe, á pesar de lo cual, fingiendo dolorosa sorpresa, pareció resistirse un momento el descendiente de los Anssares.

—¡Así como el fuego devora en el verano las agostadas mieses, y crece y se propaga con el soplo de la brisa, así el amor ha prendido en el corazón de mi señor y dueño Abú-Thaleb (¡Alláh le proteja!), y ha crecido impetuoso en la ausencia por la hermosa nassarena de quien te apoderaste en Al-Mantdar!—exclamó Xohaid con voz doliente.—¡La fama de tu magnanimidad y de tu sabiduría—prosigió—llena los orbes! ¡No hay en ellos siervo del Misericordioso que no te bendiga y no pronuncie tu nombre con alabanza, ni deje de ponderar tu generosidad, que no tiene límites, como el mar de las Tinieblas, cuyo término sólo es conocido de Alláh! Extrema, oh, Sultán magnífico, la grandeza de tu alma, y devuelve la salud y la vida al Sultán, mi señor, que sin ellas está desde que su corazón, como el caballo indómito del desierto, no obedece al freno de la razón, ni se somete á la voluntad de quien lo manda! ¡Alláh, el excelso, te recompensará en el cielo, y cuando llegue la hora de que te sean abiertas las puertas del Paraíso, irán á tí las huríes regocijadas, aclamándote como el más generoso de los hombres!

Dejó el granadino que Xohaid terminase su arenga, y así que hubo concluído de hablar, levantóle del suelo, donde había permanecido postrado, y haciéndole sentar en un diván al lado del suyo, respondió de este modo á su demanda:

—Sabe Alláh, para quien nada hay oculto en los cielos ni en la tierra, que mi deseo no es otro sino el de complacer á tu señor y dueño Abú-Thaleb, ¡oh prudente Xohaid! ¡Todo bien procede de Alláh! Y aunque también el amor ha clavado sus flechas en mi alma

respecto de la nassarena, tómala, yo te la concedo de buena voluntad con tal de que se salve el descendiente del Profeta, el magnánimo Abú-Thaleb! ¡Cúmplase la voluntad de Alláh, el Único! ¡Ensalzado sea su nombre y alabada su misericordia!

—¡Que Alláh derrame sobre tí los tesoros de la resignación! ¡Alláh conoce el bien que se hace en la tierra, para recompensarle luégo en el Paraíso! ¡Tú eres, señor, como aquellos que emplean su generosidad en el deseo de agradar á Alláh, cuyas almas semejan un jardín regado por abundantes aguas, y cuyos frutos son, por esto mismo, mayores! ¡No como aquellos otros, cuyo corazón es de roca, apenas cubierta de tierra, y que al menor soplo del viento pierden la tierra, quedando desnuda y al descubierto la roca de que se hallan formados!

A una señal del Príncipe penetró en la estancia el jefe de los *thaguaxíes* (1), y dándole orden de que hiciera venir á la cautiva después de vestidas sus más ricas joyas, volvióse á Xohaid, ponderando melancólico las excelencias y las gracias de la cristiana, y recitando los siguientes versos:

«¡Ay! ¡Mariem se va! ¡Lleno de angustia
deja mi corazón, de amor herido
y con terribles vínculos sujeto!
¡Mariem! ¡Delicada, refulgente,
de cuerpo enhiesto, pecho relevado
como líquida plata rebruñida!
¡Su cuello, ornado en torno de collares,
al de hermosa gacela se parece
cuando ufana pompea por el prado!
Sus cabellos, adorno de sus hombros,
son rubios como el oro, y tan espesos
cual los densos racimos de la palma.
Su cintura, un cordón en lo delgado;
su pierna, como ramo de palmera
regado de continuo por el agua!
Esclarece las sombras de la noche
cual la sagrada lámpara esplendente
de oculto vigilante solitario!
Su faz, como la perla roji-blanca
alimentada en aguas cristalinas,
no turbadas jamás del viajero!» (2)

(1) Eunucos.

(2) Estos versos son en parte del poeta Sohair y en parte del Moallakah de Imr-ul-Cais, y están traducidos en verso castellano por el conde de Noroña, (*Poesías árabes y persas*, páginas 61 y 62 de la edición hecha en Granada el año de 1866).

Cuando concluyó Mohámmad, con lágrimas en los ojos, de recitar estos versos, entraban en la *cobba* el jefe de los thaguaxíes y una mujer, cuyo rostro ocultaba espeso al-haryme, y cuyas formas elegantes aparecían veladas por el amplio solham que, cubriendo sus hombros, caía hasta las plantas en anchurosos y profundos pliegues.

Iba profusamente exornada de valiosas alhajas, y apenas si por entre las tocas que envolvían su cabeza se advertían algunos rizos rubios de su cabellera. Azules eran sus ojos, anublados por el llanto, y parecía trémula y sorprendida en aquel lugar y delante de Mohámmad y Xohaid, quienes la miraban en silencio.

Mientras por indicación del Sultán, el jefe de los eunucos desprendía el velo que ocultaba las facciones de la dama, volvió Mohámmad la cabeza á otro lado, grandemente conmovido, exclamando sollozante:

—Dí, ¡oh Xohaid! á tu señor y dueño, cuán grande es para mí el sacrificio que la amistad me impone. ¡Contempla su rostro: es como el de la luna llena al lado de las estrellas! ¡Es como el del sol al lado de la luna! ¡Dime ahora si hay otra mujer más hermosa que ésta, que ha cautivado mi corazón!

Y aprovechando el momento en que Xohaid volvía admirado á cubrir el rostro de la cautiva con el velo, Mohámmad abandonó la estancia con muestras de gran sentimiento.

Conmovióse, en verdad, el guazir de Abú-Thaleb, al considerar lo penoso que era para el granadino desprenderse de aquella mujer; pero las órdenes que tenía recibidas del meriní eran terminantes, y tomando por la mano á la cautiva, salió también del aposento.

A la puerta del alcázar esperaban una litera y ocho esclavos para conducirla al palacio de Al-Lahmí, donde continuaba aposentado el guazir de Abú-Thaleb, y montando en ella á la dama con todas las muestras del mayor respeto, saltó él en su cabalgadura y emprendió el camino de su posada.

Aquella noche, y siguiendo la misma ruta que trajo al venir de Ifrikia, salía de Granada la caravana en que Xohaid llevaba al Sultán de Fez los riquísimos presentes del nasserita, y entre ellos, en una litera de viaje que conducían dos camellos, la cautiva de Al-Mantdar, cuyo regreso aguardaba en el alcázar de Fez el desdichado Sancho Sánchez.

XII

Cuando el barco en que cruzaron el *Bahr-az-Zocác* tocó en el puerto de *Medina-Sebta*, apresuróse Xohaid á proporcionar en la casa del Cadhí sosiego á la cautiva, cuyos labios sólo se habían desplegado por el camino para lanzar suspiros prolongados, y cuyos hermosos ojos azules no habían cesado de derramar abundantes lágrimas.

Aprovechando el fresco de las noches y armando en el camino sus tiendas para el reposo por el día, al cabo de algunos, la caravana, escoltada por fuerte número de ginetes, llegaba á la vista de Fez, á cuyas puertas, avisado por el mensaje que Xohaid desde Medina-Sebta había enviado á Abú-Thaleb, esperaba con febril impaciencia Sancho Sánchez, en compañía de algunos de los oficiales de la córte del Sultán merinita.

En el momento en que la caravana, cruzando por última vez el río Sebú, penetraba en la campiña y daba vista á la población, Sancho Sánchez, sin poder contenerse, picó espuelas á su cabalgadura, y veloz como el viento, se dirigió hacia Xohaid inquieto y palpitante.

A la aproximación del caballero puso al trote Xohaid su caballo, y emparejando al propio tiempo con Sancho Sánchez, saludóle afectuosamente, revelándole la buena nueva que para él traía.

—¡Dios premie benéfico, buen Xohaid, el bien que me habéis hecho con vuestras palabras! ¡Oh! ¡Quisiera verla, quisiera leer en sus ojos, lánguidos y serenos, los terribles martirios á que la habrá sujetado el infame Sultán de Granada, á quien Dios castigue! ¡Quisiera saber cuál ha sido la suerte de aquellos dos pedazos de mi alma, nacidos en mal hora, cuando tan mal logrados han visto mis ojos sus juveniles años!

Y apartándose del lado del guazir de Abú-Thaleb, dirigíase hacia la caravana, en medio de la cual se veía la litera que conducía á la cautiva castellana; pero Xohaid, comprendiendo el intento de don Sancho, apresuróse á detenerle con estas palabras:

—Sólo el Sultán engrandecido, mi señor y dueño Abú-Thaleb (¡derrame Alláh sobre él la paz y la ventura perennes!), podrá, ¡oh ilustre caballero! levantar las cortinas de esa litera. Sé paciente y aguarda, pues ya es corto el camino que nos falta para llegar á la presen-

cia del Sultán, de cuyas manos habrás de recibir el bien que ansías!

—¡Por Dios te ruego, ¡oh Xohaid! que me permitas siquiera verla! ¡Tú no puedes comprender los tormentos que sufre mi alma en este instante! ¡Tú no sabes lo que es la separación violenta de dos almas que, como la de mi esposa doña María y la mía, se amaban tiernamente! ¡Mira la impaciencia que me devora, como el león del desierto devora las entrañas de su víctima!

Sin atender el guazir las lamentaciones del castellano, siguió su marcha, y penetrando al cabo en la población, dirigióse con la caravana al alcázar, donde Abú-Thaleb esperaba conocer el resultado de la embajada que había enviado al granadino.

Haciendo comprender á don Sancho lo inconveniente que habría de ser para la nassarena el que sus ojos le viesen de pronto, cuando, según confesión del mismo caballero, debía juzgarle muerto, retiróse el desventurado alcaide de Al-Mantdar á una habitación cercana á la *cobba* donde Abú-Thaleb hizo conducir á la dama, y mientras admiraba, no sin satisfacción, los ricos presentes que le regalaba el Sultán de los muslimes de Granada, hacía descubrir la cautiva, cuya hermosura desde el principio interesó vivamente el corazón del Sultán (¡Alláh le haya perdonado!).

Pero al mismo tiempo que la dama se descubría, toda temblorosa, ignorando cuál fuera la suerte que le aguardaba en aquel país, para ella desconocido, y en poder del Príncipe de los merinitas, oyóse un terrible lamento, y atropellando los guardias y los esclavos penetró con la celeridad del rayo en la presencia del Sultán el nassareno, con la faz descompuesta y la seña de la más espantable cólera, expresión á que se unía la del dolor más profundo.

—¡Por Alláh, nassarí, que no comprendo la causa por la cual atropellas mis órdenes!—exclamó Abú-Thaleb, levantándose de su asiento y dirigiéndose á don Sancho, en tanto que la dama prorrumpía en amargos sollozos y caía sin sentido sobre el pavimento.

—¡Traición! ¡traición!—exclamaba don Sancho, desesperado, sin escuchar las advertencias del Príncipe.

—¡Está loco!—dijo el Sultán, apartándose del caballero con marcadas señales de disgusto.

—¡No, no estoy loco, señor!—gritó el nassarí.—¡No estoy loco! ¡Es que la perfidia y la infamia son los únicos dones que en cambio de tus halagadoras promesas he recibido! ¡Es que la mujer que has mandado traer del otro lado del Estrecho no es mi María! ¡Es que

Mohámmad de Granada se ha burlado de tí como de mí se ha burlado!

—¡Qué dices! ¡Por tu alma que te expliques!—rugió colérico Abú-Thaleb, aproximándose de nuevo al caballero.

—¡Señor—dijo entonces don Sancho, tratando de contener los latidos de su corazón—Señor, la mujer que miras ahí privada de sentido, aquella por quien has hecho que tu guazir haya atravesado el mar y penetrado en Al-Andálus; aquella por quien has hecho tantos y tan ricos presentes al traidor Sultán de Granada, no es la madre de mis hijos, no es el ángel que Dios me había confiado para hacer su felicidad y la mía! ¡No es doña María Jiménez á quien cautivó Mohámmad en mi castillo de Bedmar! ¡Esa que miras ahí es una de sus sirvientes, y ella misma, cuando haya recobrado el sentido, te confirmará mis palabras, ya que de ellas dudas!

—¡Será posible!—exclamó el Sultán desconcertado...—¡Será posible que el Sultán de Granada haya despreciado así mis súplicas, haya contestado así mi mensaje! Xohaid, Xohaid—añadió, encarándose en el guazir—¿no ha dado el Sultán de los andalusíes respuesta alguna á la misiva que le entregaste en mi nombre?...¿Qué aguardas para entregármela?

—¡Oh, señor mío!—dijo Xohaid, temblando ante la cólera del Sultán, y sacando del *asfil* que pendía de su cintura un papel enrollado. —Tú, que eres el Príncipe más generoso de la tierra, perdona magnánimo mi olvido... Aquí está la respuesta del Sultán de Granada.

Y entregó el papel á Abú-Thaleb, retirándose él discretamente.

—¡Maldígale Alláh!—expresó el merinita, en cuyas facciones, después de haber leído la carta, se retrató la indignación más grande.—Oye, don Sancho, oye lo que el Amir de los granadíes me dice, y así podrás formar idea de la generosidad con que yo he procedido contigo.

Y sin aguardar á que don Sancho, quien permanecía sumido en hondo abatimiento se acercase, leyó en voz alta:

«¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso! ¡La bendición de Alláh sea sobre nuestro señor y dueño Mahoma, sello de los profetas, y sobre los suyos! ¡Salud y paz!

»¡Alabado sea Alláh, el Único! La protección de Alláh sea contigo, ¡oh Abú-Thaleb! el de esclarecido linaje, el Sultán poderoso de toda Ifrikia (¡Alláh te esfuerce y bendiga, y perpetúe tus días en la tierra!) Ciertamente que recibí tu carta, y queriendo complacerte y

establecer prenda de amistad entre tú y yo, aunque Alláh había inclinado mi corazón hacia la hermosa nassarena Seti-Mariem, sabedor de tus designios, te entrego por medio del guazir Abd-ur-Ráhim-ben-Xohaid á la nassarena... ¡Alláh recompensará en el Paraíso, con su infinita misericordia, la grandeza del sacrificio que por tu amistad y la de los muslimes he impuesto á mi alma! ¡Que Alláh te recompense también por haberme proporcionado el placer de servirte!

»Del alcázar de Medinat-al-hamráa, día lunes, catorce andados de la luna de Xagual del año 701 (1).

»El Amir de los muslimes, Abú-Abdil-Láh Mohámmad-ben-ul-Amir de los muslimes el Sultán Abú-Abdil-Láh Mohámmad, Al-Faquíh, ben-ul-Amir de los muslimes el Sultán Abú-Abdil-Láh Mohámmad, *Al-Gálib-bil-láh.*»

—¡Miente! ¡Miente!—volvió á repetir don Sancho, mientras los circunstantes permanecían presa del mayor asombro y volvía en sí la mujer que en lugar de Mariem había entregado á Xohaid el Príncipe granadino.

—¡Alláh castigue á los impostores con las penas terribles del *chahanem*! ¡El fuego del infierno se apoderará de su alma en la hora suprema, é irá su espíritu, maldito de Alláh, á reposar entre *Zacum* y *Guislin*! ¡No tendrá otro alimento que el fruto del *Dhariâ* (2), que no extinguirá su hambre, así como se ahogará de sed, devorado por su propia infamia!—exclamó por su parte Abú-Thaleb, lleno de indignación.

(1) 12 de Junio de 1302.

(2) *Zacum*, *Guislim* y *Dhariâ*, son árboles cuyo fruto sirve de alimento á los condenados, según el Korán (sura XXXVII, aleya 60). Las siguientes de la misma sura lo expresan claramente diciendo: «Es un árbol que brota en el infierno.—63. Sus copas son como si estuvieran formadas de cabezas de demonios.—64. Los réprobos se alimentarán con el fruto de este árbol, y se llenarán el vientre.—65. Allá arriba beberán agua hirviendo.—66. Y después volverán al fondo del infierno.»—Las aleyas 43 á 46 de la sura XLIV, dicen textualmente:—«43. El árbol de Zacum—44. Será el alimento del culpable.—45. Hervirá en sus entrañas (las de los culpables) como un metal fundido,—46. Como hierve el agua hirviente.»—Por lo que hace á Guislim, tiene igual significación, así como el *Dhariâ*, del cual dicen las aleyas 6 y 7 de la sura LXXXVIII, refiriéndose á los condenados:—«6. No tendrán otro alimento que el fruto del *Dhariâ*.—7. El cual no les bastará ni satisfará su hambre.»—El *Dhariâ* es un arbusto espinoso que produce un fruto muy ágrio, equivaliendo en general esta palabra á los cardos silvestres.

—¡Señor!—repuso don Sancho, dirigiéndose al Sultán—permite que interrogue á esta muchacha en tu presencia, y por ella tendremos conocimiento de todo lo que ha pasado en Granada.

Hizo el meriní un signo de aprobación con la cabeza, y tomando el alcaide de Al-Mantdar por la mano á la joven, acercóse en esta disposición al Príncipe.

—¡Señor! ¿Soís vos?... ¿Es verdad lo que ven mis ojos?—preguntaba en tanto la sirviente, arrancándose de un golpe el al-haryme y dejando al descubierto su bello semblante.

—¡Sí, vivo estoy, Constanza! ¡Vivo, para vengar mi ultraje!... Pero, ¡habla por Dios! ¡Dime lo que ha sido de tu señora doña María, cuyo lugar ocupas; lo que ha sido de mis hijos! ¡Oh! ¡No me ocultes nada, por piedad! ¡Por terrible que sea, dímelo!

Hízolo así, en efecto, la gentil Constanza, refiriendo cuanto sabía, que era bien poco, ponderando la fortaleza de doña María, la asiduidad del granadino, el regalo con que la tenía en la misma Alhambra, y, sobre todo, la generosidad con que había dejado libres el Sultán, al día siguiente de su cautiverio, á los jóvenes Fernan Sánchez y Ximén Pérez, de quienes sabía que habían llegado felizmente á la córte del Rey don Ferrando de Castilla, donde continuaban.

Había la joven discretamente ocultado á don Sancho aquello que más hubiera podido mortificarle; cosa que, por otra parte, no le constaba, pues el granadí tenía buen cuidado de alejar del lado de Seti-Mariem á sus sirvientes cuando iba á visitarla. Mas el aguijón de los celos permanecía clavado en el corazón del caballero, y aunque dió á grandes voces gracias á Dios por haber salvado la vida de sus hijos, encarándose con la doncella, preguntó zozobrante:

—Pero, ¿y mi honor, Constanza, y mi honor? ¿Qué ha sido de él? ¿Guarda doña María incólume la fe que me juró en los altares? ¿Ha olvidado quizás á aquel á quien sin duda juzga muerto y cuya sangre vió correr, derramada por la maldita mano del Sultán de Granada? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué estás tú en el lugar de tu ama? ¿Qué ha sido de ella?

—Señor—replicó la joven—en cuanto á vuestro honor, sólo doña María podrá contestaros con exactitud, que yo más no puedo deciros de lo que os he dicho. Si hubiérais visto las lágrimas que han derramado los ojos de mi señora, la desesperación que se había apoderado de su alma, las horribles torturas que ha sufrido, podríais mejor estimarla!... Yo no sé, sin embargo, qué filtro ó bebedizo le han hecho

tomar, que ha cambiado en extraña languidez su energía de antes, y ha secado el llanto de sus ojos, como ha arrebatado el carmín de sus mejillas... Como yo, como vuestros hijos, como todos los que fuimos contra nuestra voluntad testigos del combate que sostuvísteis con el Sultán de Granada, cree mi señora doña María que reposáis desde entonces en brazos del Señor, y sus labios no han cesado de pedir á Dios en favor vuestro... Por lo que hace á explicaros la causa en virtud de la cual me hallo en presencia vuestra en lugar de mi señora, ¡oh señor mío! sólo podré deciros que yo misma no me sé dar cuenta de lo que ha pasado. Hasta el momento en que os he visto, no he sido dueña de mí misma... Parecía que dentro de mi ser había algo extraño é incomprensible que ahogaba mi voz como perturbaba mi juicio. ¿Cómo he venido aquí? No lo sé... ¿Dónde estoy? Lo ignoro. ¿Qué suerte me aguarda? La desconozco, aunque la presencia en este sitio de mi señor me tranquiliza.

Así habló la doncella nassarí, dejando maravillados con su relato al Sultán Abú-Thaleb, á su primer guazir Xohaid, y á todos los presentes, que comentaban los sucesos referidos, mientras dominando esforzadamente su emoción el castellano, permanecía apartado y en actitud reflexiva.

Por fin, compadecido en medio de su indignación el merinita, aproximóse al caballero, y mientras hacía aposentar á la doncella entre las mujeres del harem, exclamaba:

—¡Ten confianza en Alláh! ¡Él sólo es grande! ¡Él sólo es sabio! ¡Todo bien procede de Alláh! ¡El mal procede de los hombres! ¡Yo te juro por el Profeta, por la madre que te concibió y te llevó en sus entrañas, oh nassareno, que serás vengado, como sabré yo vengarme de la perfidia del granadino! El sabio lo ha dicho: si quieres ver pasar el cadáver de tu enemigo, siéntate á la puerta de tu casa, y espera.— Espera, pues, y no desmayes, que el día llegará en que puedas devolver á Mohámmad (¡disperse Alláh su familia!) la ofensa que te ha hecho... ¡Perdonar el ultraje, es merecer el desprecio!

Bajó en silencio don Sancho la cabeza, y dando al fin las gracias á Abú-Thaleb por sus consuelos y por cuanto había hecho en obsequio suyo, salió de la cámara y del palacio como loco, acosado por la duda, que batallaba poderosa en su espíritu y acibaraba su existencia, por más que, en medio de su dolor, sintiese en el fondo de su alma vivísima alegría por haber salvado Dios la vida de sus inocentes hijos.

XIII

Así que el marabut hubo partido de la presencia del Sultán Mohámmad, el kátib Isahack volvió á la estancia de que por orden del Príncipe había salido, y prosternándose delante del Amir, le dijo:

—¡Oh señor y dueño mío! ¡No he perdido una palabra de cuantas, inspirado por Alláh, han pronunciado los labios de ese hombre, y he creído adivinar tus deseos si lo que te acaban de manifestar es cierto. ¡No lo permita Alláh!—Dime, ¡oh señor! si me ha extraviado el afan de servirte, ó si he acertado, para tranquilizar mi espíritu.

—Habla, ¡oh buen Isahack!—replicó el Amir componiendo su semblante.

—¡Señor! ¡Que la paz de Alláh sea contigo perpétuamente! Creo que tú no podrás, sin que Malak-al-maut separe tu alma de tu cuerpo, consentir en separarte de Seti-Mariem (¡Alláh la proteja!) y que no habrás de entregarla al mensajero de Ifrikia.

—Has dicho verdad. Prosigue.

—Creo, ¡así Alláh me salve en la hora suprema! que tampoco querrás dejar de satisfacer la voluntad del Amir de los fieles de Ifrikia, y que hay un medio para cumplir con él sin que te prives tú del amor de la nassarena—prosiguió Isahack fijando sus miradas en el Príncipe.

—También dices verdad—repuso éste.

—Pues bien, ¡oh señor mío! ¡Ten confianza en Alláh! ¡Él me ha inspirado! Tu voluntad y tus deseos serán cumplidos—añadió el kátib.—Dame tu sello, y no te extrañes de nada de lo que ocurra mañana en la entrevista que tengas con el guazir Xohaid.

Vaciló algún tanto Mohámmad antes de decidirse á entregar su sello; pero determinado al postre, por las muchas señales de fidelidad que su kátib favorito le tenía dadas, despojóse de él con estas palabras:

—Toma, Isahack; que Alláh te inspire y te proteja en cuanto hicieres. No soy yo, bien lo sabes, del número de los ingratos, y premiaré tu solicitud si el éxito corresponde á tus esperanzas.

Volvióse á prosternar el kátib, y reiterando al Sultán las seguridades de que la empresa que meditaba habría de alcanzar el éxito apetecido, salió de la cámara dirigiéndose sin pérdida de momento á

las habitaciones que en el mismo alcázar tenía el jefe de la guardia del Príncipe, á cuya presencia llegó en breve.

—De orden del Sultán, Príncipe de los muslimes, ¡oh Abú-l-Hasan!—exclamó—manda ensillar dos de los más veloces y resistentes caballos que tuvieres, y haz que esta noche, veinte hombres de los más escogidos de la guardia, se hallen dispuestos y montados á la hora de *al-âtema* (1) fuera de *Bib-Guadi-Ax* (2). A esa hora llegaré yo con otro compañero, para quienes son los dos caballos, y tu gente deberá obedecerme.

Llevó en silencio Abú-l-Hasan las manos sobre la cabeza en señal de obediencia, y apartándose el kátib del alcázar, bajó por *Bib-Al-Łauxar* á Granada, y se encaminó derechamente á su casa, situada cerca de las márgenes del Darro.

Poco tiempo después tornó á subir por el mismo sitio, y penetrando en el palacio, dirigióse sin vacilación al *ad-dar* donde Seti-Mariem vivía, rodeada siempre de las doncellas que habían sido con ella cautivadas en la sorpresa de Al-Mantdar.

Al cruzar el umbral de la puerta, fiel como un perro, presentóse ante el kátib el esclavo negro bajo cuya custodia estaba la nassarena, cortando el paso á Abú-Isahack; pero mostrando éste en silencio el sello del Sultán al etíope, quien le examinó escrupulosamente primero á la luz del candil que llevaba, franqueóle la entrada, poniéndose á sus órdenes con el mayor respeto.

—Oye, Abú-l-Asuad—le dijo el kátib—es preciso que te hable sin que pueda escuchar el rumor de mis palabras otro que Alláh, el alto, (¡ensalzado sea!)

Cerró el negro la puerta, y sin desplegar los labios, echó á andar delante del favorito del Amir, conduciéndole á una pieza subterránea que comunicaba por uno de sus extremos con la sala del baño del *ad-dar*.

—Habla, ¡oh *sidí!*—exclamó entonces el esclavo, dejando sobre una tarima de aliceres el candil, cuya débil luz esclarecía penosamente las tinieblas.

Sacando del asfil que pendía de su cintura un pequeño frasco de vidrio, lleno de una sustancia clara y trasparente como el agua, y presentándolo al etíope, habló entonces Isahack, diciendo:

(1) Las ocho de la noche.

(2) La puerta de Guadix.

—El Sultán, nuestro señor (¡esfuércele Alláh!), de cuya orden vengo á tí, ¡oh fiel Asuad! y cuyo sello has visto, quiere que esta misma noche una de las muchachas que sirven á Seti-Mariem beba la mitad del líquido contenido en este pomo. No es Malak-al-maut, no es Iblis quien lo ha puesto en mis manos, sino la voluntad del Señor de los dos mundos.

Asuad permaneció silencioso, y sin manifestar extrañeza alguna tomó el frasco cuidadosamente entre sus manos.

—Escucha, y graba mis palabras en tu memoria como graba el lapidario las alabanzas de los Amires en el *xaguahid* de sus sepulcros (1): mañana, cuando la virtud de este agua haya producido su efecto, subirás al *mechle* (2) de Seti-Mariem, y encontrarás allí sus vestiduras. Cógelas sin reparo, así como los collares y las alhajas que allí tendrás manifiestas, y haz que la doncella de Seti-Mariem se engalane con ellas, y oculte su rostro con el *al-haryme* de la nassarena. Teme, sino, la justa cólera del Amir (¡ayúdele Alláh y le proteja!).

Hizo el esclavo un signo afirmativo con la cabeza, y el kátib prosiguió:

—Cuando de orden del Sultán vengan á buscar á Seti-Mariem, entregarás al jefe de los *thzguaxíes* la doncella, sin pronunciar palabra. ¡Alláh sabe y conoce todo! ¡Él te recompensará largamente en el Paraiso!

—¡Amén!—exclamó entonces Asuad.—Será obedecido el Príncipe de los fieles—añadió, llevando el frasco sobre su cabeza, y una de sus manos al pecho y después á los labios.

—Ahora—continuó Isahack—vas á franquearme la puerta del *mechle* de Seti-Mariem, y aunque veas lo que veas y oigas lo que oigas, tus ojos permanecerán ciegos, y sordos tus oídos. ¡Tal es la voluntad del Príncipe excelso, sombra de Alláh, señor de tu vida y de la mía!

Silencioso y grave, como comprendiendo la importancia de sus

(1) Las piedras que á manera de *stellas* se colocan á la cabeza y á los pies de los sepulcros. Llámanse *testimonios*, porque en ellas se hace constar que la persona allí enterrada murió confesando el dogma fundamental del islamismo, contenido en la frase «*La-iláh-ila-Alláh guahduhu-La Xariqun-lahu-Gua Mohámmad rasúl-Alláh.*» No hay otro Dios que Alláh el Único. No tiene semejante. Mahoma es el enviado de Alláh.

(2) Aposento, lugar de residencia donde se toma asiento.

funciones, inclinóse Asuad, y tomando el candil de hierro, caminó en dirección al patio del *ad-dar*, seguido del kátib.

Después, subiendo la escalera que conducía al camarín, donde reposaba quizás á aquellas horas la hermosa cautiva, abrió en silencio la puerta y se apartó respetuosamente á un lado, para dejar paso al favorito de su señor Mohámmad.

Sentada negligentemente en uno de los taburetes de la estancia, hallábase Mariem inmediata á las caladas celosías del ajiméz, aspirando con delicia el perfume de la brisa, que oreaba su rostro y traía al par en sus alas el rumoroso eco de las aguas del Darro, y el sordo y lejano murmullo de la población de Granada, en aquel momento solemne del crepúsculo en que la vista no acierta á distinguir al amigo del enemigo.

En actitud meditabunda, tenía apoyada la frente en la columnilla de alabastro sobre la cual volteaban los dos arcos del ajiméz, y no pareció advertir la presencia de Isahack, abismada, como estaba, en cavilaciones que nada seguramente debían tener de risueñas ni de alegres, cuando el arco de sus cejas aparecía contraído y fruncidos los labios.

Permaneció Isahack un momento contemplándola en aquella disposición; y abandonando sin hacer ruído el aposento, volvió á descender la escalera, dejando antes la puerta entornada.

Con el auxilio de Asuad abrió la que ponía en comunicación el *ad-dar* de Seti-Mariem con el espeso bosque sobre el lecho del río, y siguiendo allí la oscilante vereda que costeaba la colina por aquel lado, llegó sin ningún tropiezo á las últimas estribaciones de la Almedina, donde le aguardaba, oculto ya por las sombras de la noche, un hombre envuelto cuidadosamente en los oscuros pliegues de su albornoz.

Cambiada entre ambos la seña, sin duda de ante mano convenida, trepaban en silencio por las pendientes sendas, y cuando lograban penetrar en el *ad-dar* de la nassarena, habíanse ya borrado por completo en el firmamento los últimos y enrojecidos destellos del sol poniente, reinando la oscuridad en el espacio.

Evitando todo ruído y guiados por el etíope, llegaron á la antecámara de Seti-Mariem, subiendo la escalera y entrando finalmente en el aposento de la amada del Sultán, cuya actitud no había en nada variado, sin que Isahack y el desconocido hubiesen cambiado entre sí palabra alguna.

Ya en aquel sitio, desembarazóse el embozado de su albornoz, y á la templada luz de la lámpara habría en él podido reconocerse al anciano marabut que pocas horas antes había sido consultado por el Amir respecto de la misteriosa embajada de Xohaid.

Mientras el kátib se recogía en uno de los extremos de la estancia, erguíase el marabut, y adelantando un paso en actitud solemne, levantaba ambas manos en dirección á Mariem, fijando en ella la mirada y pronunciando en voz baja y misteriosa la sagrada invocación:

—¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso!

Pendían de la oscura túnica que llevaba vestida multitud de amuletos de varias formas y tamaños distintos, unos encerrados en pequeñas bolsas de cuero, otros á manera de rosario, y otros, por último, cosidos en el mismo ropón, con lo cual se acrecentaba por extremo el respeto que desde luégo imponía la presencia del religioso.

A medida que éste, con los brazos siempre tendidos hacia la cautiva y las manos abiertas, avanzaba en la oración que confusamente murmuraban sus labios, Seti-Mariem, sin variar la postura en que se hallaba, extremecíase sensiblemente, como si oculta y misteriosa mano agitase su cuerpo; y como si los genios se hubiesen apoderado de su espíritu, separándolo de su terrestre envoltura, cerráronse sus ojos, encorváronse sus miembros, y rígida al fin, cual un cadáver, habría sin duda caído sobre el pavimento, si el marabut, adelantándose rápidamente, no la hubiese recibido en sus brazos.

Imponiendo una mano en la frente de aquella hermosa mujer, que Alláh creó para martirio del Amir y que el anciano estrechaba sobre el pecho, miróla fijamente, y al cabo de algunos minutos de terrible angustia para Isahack, cuyos ojos apenas se atrevían á dar crédito á cuanto presenciaba, oyó la voz clara y distinta del religioso preguntando á la nassarena:

—Mariem, ¿duermes?

Acercóse el kátib en aquel momento y pudo ver el rostro de la hermosa, en el cual había impreso el sueño sus huellas, y cuyas facciones, así como cuya respiración, parecían completamente tranquilas.

A la pregunta del marabut contrajéronse los músculos del semblante de Mariem, moviéronse sus labios, y, al fin, con dificultad y con acento extraño, oyósela contestar afirmativamente.

—En el nombre del Todopoderoso—volvió á decir el anciano—yo te mando, ¡oh Seti-Mariem! que penetres en las sombras del pasado,

y volviendo los ojos al palacio del guazir Mohámmad Al-Lahmí (¡Alláh sea en su guarda!) me digas quién es la persona que allí se hospeda, de dónde viene y qué misión trae á la córte del magnífico Mohámmad, mi señor y dueño, á quien Alláh preserve de todo mal y proteja con su clemencia.

Notaron Isahack y el marabut que la cautiva, haciendo poderosísimos esfuerzos, de que era señal evidente el fruncimiento de sus cejas, procuraba cumplir lo ordenado, y que, al fin, correspondiendo á las esperanzas de ambos, sus ojos penetraban á través de las sombras, contemplando allí al guazir Xohaid, cuya figura describió menudamente, siguiendo después las huellas de su camino hasta Granada y viéndole salir de la hermosa población de Fez para encaminarse á Al-Andálus.

De pronto, y cual si todos los músculos de su cuerpo se hubiesen roto de un solo golpe, violenta conmoción se apoderó de ella, exhalando agudísimos lamentos.

—¿Qué ves?... ¡Habla!—ordenó el anciano con acento imperioso.

Presa de horribles contracciones, Seti-Mariem guardó silencio, y, al cabo, sus labios dejaron escapar terrible grito.

—¡No puedo! ¡Nó! ¡No puedo!—exclamó Mariem con angustia.

—¡Habla!—volvió á ordenar el marabut solemnemente.

—¡No es posible! ¡Dios mío! ¡Piedad!

—¿Qué ves?—preguntóla en tono imperativo el anciano.—¡Habla! ¡Yo lo quiero!

Agitóse de nuevo el cuerpo de la cautiva, y, lanzando prolongado suspiro, moviéronse sus labios torpemente.

—Veo—dijo—á mi esposo y señor don Sancho Sánchez... Le oigo hablar con el Sultán Abú-Thaleb de Fez, y...

—¿Qué dicen? ¡Oye!

—Ya oigo: Abú-Thaleb le promete que recobrará su esposa, y Xohaid recibe el encargo de venir por ella á Granada.

—¿Luégo no es que Abú-Thaleb desee la posesión de la nassarená?—interrogó el marabut.

—¡Nó, nó! ¡Que Dios le bendiga! ¡Desea que Sancho Sánchez recobre su esposa, y Sancho Sánchez despide á Xohaid con lágrimas en los ojos! ¡Vive! ¡Vive don Sancho! ¡Bendito sea Dios!

—Ya sabemos bastante—dijo Isahack al religioso—y pues la embajada del africano reconoce ese origen, si es verdad lo que Seti-Mariem acaba de manifestar, es preciso tomar una determinación.

—¡Alabado sea Alláh!—exclamó el marabut.—Puedes, ¡oh, Isahack! hacer lo que desees. Esta mujer no se opondrá á tus designios; el genio del bien se ha apoderado de ella, y no despertará hasta que yo quiera.

Llamando entonces el kátib al esclavo, dióle orden para que despojase de sus galas á Seti-Mariem; y así que hubo ejecutado lo dispuesto y hubieron las esclavas vestido á la cautiva traje distinto, cargaron Isahack y el marabut con el rígido cuerpo de la hermosa, y así, alumbrados por el etíope, salieron del *ad-dar*, internándose en el bosque sobre el río.

A la hora prefijada llegaban ambos á *Bib-Guadi-Ax*, donde esperaban al kátib un grupo de jinetes y dos caballos ensillados, cada uno de los cuales ocuparon Isahack y el religioso; y sujetando el primero el cuerpo de Mariem, clavaron los acicates en los ijares de sus cabalgaduras, y al galope se perdieron por el camino de Guadix, seguidos en la sombra por los jinetes.

Rodrigo Amador de los Ríos.

(Continuará)

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

24 de Noviembre de 1884.

Apartando por un momento la vista de las determinaciones especiales de cada departamento gubernamental, para fijarla en la representación política del Gobierno que preside el Sr. Cánovas del Castillo, y estudiando con desapasionada atención, así los escritos y discursos de sus enemigos, como las ardientes lucubraciones de sus partidarios y defensores, resulta que la tésis, inconscientemente quizá, puesta á discusión hoy, podría formularse del siguiente modo:

¿Es en los partidos conservadores, ó es en los liberales, donde deben principalmente apoyarse, según las enseñanzas de la historia, las Monarquías modernas para perpetuar su existencia y labrar la felicidad de los pueblos?

Preciso sería un verdadero trabajo histórico, que no guarda proporción con las naturales dimensiones de estas Revistas, y menos aún con la escasa inteligencia del que ahora las redacta, para deducir, como legítima consecuencia, indiscutible contestación á la pregunta formulada.

Nadie negará, por de contado, que en el desenvolvimiento de los pueblos influyen, cualesquiera que sean las instituciones bajo que hayan existido, dos fuerzas sociales agitándose constantemente en su seno. Cuando ninguna de ellas ha extremado su influjo y dominación, el equilibrio existe y el progreso se realiza en medio de la paz pública; y cuando, por el contrario, las pasiones, ó los intereses, han

coronado con un éxito privilegiado una contra la otra, el peligro nace, las reacciones se suceden, las revoluciones, más pronto ó más tarde, triunfan.

En el terreno, pues, de la perfección ideal, dispuestos los partidos políticos, representantes en la acción de aquellas dos fuerzas, á cumplir estrictamente sus respectivos deberes, el problema no hubiera existido nunca, y una armonía permanente habría dividido la responsabilidad, desde que el mundo existe, por igual entre todos.

Pero el estado actual de Europa presenta harto de relieve que las Monarquías en que las ideas conservadoras han triunfado por más tiempo; aquéllas, justamente, cuyos esenciales derechos venian justificados por el trascurso de siglos; las que habían llegado á ser parte integrante, por decirlo así, de la estructura y fisonomía especial de las naciones cuyos destinos simbolizaban, han corrido mayores peligros, han perdido representación é influencia en el concierto general de los pueblos modernos, si no han dejado de existir por un tiempo cuyo fin no se divisa, como en Francia sucede, sin que sirviera de defensa contra la ruina de su dominación gloriosa, su grandeza histórica, el apoyo de la Iglesia en el país dominante, el influjo social de una aristocracia legitimista, el sostén de cuantiosos capitales á su sombra creados, la moda, la distinción, el buen gusto, el refinamiento en las costumbres, cuanto, en una palabra, había sido hasta ahora más contrario á la vida de la República.

No levantemos la mirada más allá de la gran Revolución de 1789, cuyos errores y crímenes nadie podrá ciertamente disculpar, ni desconocer tampoco la grandeza de sus ideas.

Los poderes nuevamente levantados fueron á su vez olvidando aquella en realidad bárbara y execrable enseñanza, y un desconocimiento fatal de la marcha general del mundo los arrastraron sucesivamente á incurrir en las mismas faltas, sin que lograran salvarlos tardíos y efímeros arrepentimientos.

El hombre más importante del siglo, aquel de quien Donoso Cortés decía en su grandilocuente estilo, que era tan grande como César y más grande que todos los otros Césares de la tierra; el que durante su gloriosa y omnímoda dominación se había reído de los ideólogos y consideraba como la más ridícula de las patrañas el gobierno de los pueblos por los pueblos mismos; el restaurador de la centralización administrativa, irreconciliable enemiga de la libertad; el que había llegado á decir, con orgullo verdaderamente satánico,

ante la primera contrariedad de los campos de batalla: «Más necesita Francia de mí, que yo de Francia,» buscaba su salvación, cuando la experiencia le había puesto de manifiesto la volubilidad de la fortuna terrenal, en aquel mismo gobierno representativo antes tan escarnecido, en aquellas concesiones liberales antes tan execradas, que constituyen el mérito mayor del *Acta adicional*, calificada por M. Thiers como la mejor de las Constituciones de Francia.

La Europa, coaligada, coloca, como revancha de sus derrotas, sobre el trono de sus mayores, al hermano del Rey decapitado por la Revolución; Francia, escarmentada y desangrada por los sacrificios que en hombres y dinero le había exigido el primer Bonaparte, sentía nacer nobles esperanzas al ver restaurada la Monarquía; la siempre liberal Inglaterra, Austria, baluarte perenne de las ideas conservadoras, Prusia, encarnación del genio de la reforma, España, apegada todavía á su característico tradicionalismo, Rusia, autoritaria impenitente, y una parte de la misma Italia, que si había sacudido el yugo de los extranjeros que de antiguo la tenían humillada, no había recobrado su soñada nacionalidad, apoyaban, por intereses distintos, esta Monarquía central de Europa, hija del Congreso de Viena, pero que entroncaba personal y directamente con la Monarquía de los pactos históricos, de los símbolos sagrados, de las tradiciones legendarias, de cuanto podía, en fin, representar el amor á la patria. ¿Qué institución ha existido en la tierra tan rodeada de intereses conservadores? Nación ninguna—dice un escritor moderno, francés, de gran talento—ha creado una leyenda más perfecta que la de esta gran Monarquía de los Capetos, especie de religión nacida en San Dionisio, consagrada en Reims por el Concilio de los Obispos, con sus ritos, su liturgia, su óleo santo y su oriflama.

A cada nacionalidad—añade—corresponde una dinastía en la cual encarnan el genio y los intereses del país; la conciencia de los pueblos sólo es firme cuando ha contraído lazos indisolubles con una familia que jura no representar otros intereses que los de sus súbditos, y nunca identificación semejante parecía más perfecta que la existente entre su Monarquía tradicional y la Francia. Aquella institución, afirma Renan, tenía algo de sagrada: Sacerdote-Rey, como David, el soberano de Francia llevaba manto y ceñía espada. Dios mismo inspiraba sus determinaciones. Francia había creado un octavo sacramento, que se administraba en Reims, el sacramento de la Monarquía. El Rey consagrado es al mismo tiempo una entidad eclesiástica del

más alto rango; discute con el Soberano Pontífice; una vez le declara fuera de la Iglesia, otra le amenaza con la hoguera; apoyado en sus doctores de la Sorbona, le amonesta y le depone; y, sin embargo, el tipo por excelencia del Soberano, en la Nación vecina, es San Luis, tan humilde, tan modesto y tan fuerte.

¡Por cuántas vicisitudes no habrá pasado el mundo, para que nada quede, fuera de los libros, de tanta grandeza! El principio monárquico de la tradición muere, sin que hayan podido salvarle la inocente expiación del generoso Luis XVI, ni el reconocido tacto de Luis XVIII.

Al trono de la Soberanía Nacional le ha tocado suerte análoga, á pesar de las virtudes de Luis Felipe y del valor indiscutible de sus hijos. El segundo Imperio militar tuvo un fin tan aciago como el primero, y, como éste, fué á buscar tarde su salvación en el pasajero ejercicio de instituciones parlamentarias.

Más han trabajado por la República Richelieu y Luis XIV, con sus despóticos mandos, que todos los escritores de la Enciclopedia y todos los filósofos del siglo XVIII. El contraste exacto—afirma un gran escritor moderno, enemigo de todo radicalismo, por cierto—de la absorbente Monarquía de Luis XIV es la República de 1793, con su concentración de poderes, mónstruo inconcebible como no presenta igual la historia del orbe entero.

Las luchas de la Revolución han dejado en Francia unas semillas que no han podido arrancar las Monarquías posteriores á 1789, y, sin embargo, esta era la necesidad principal si se habia de establecer un gobierno representativo sinceramente parlamentario. El régimen liberal es de necesidad absoluta para las naciones modernas; toda institución, cualquiera que sea su grandeza histórica, perecerá si no puede soportarlo.

La predilección exagerada de Carlos X por los partidos conservadores, le arrasta hasta la formación del Ministerio Polignac y la aprobación de las Ordenanzas, que dan por resultado inmediato el movimiento de 1830. Sube al trono Luis Felipe, con el título de Rey de los franceses, buscando, sin duda, una fórmula que diferenciara la naturaleza del poder que iba á crearse de la naturaleza de la derrocada Monarquía, y como si un sino fatal presidiera los destinos del poder real del lado allá de los Pirineos, pronto se separa el popular Monarca de sus Ministros liberales, para entronizar el Gobierno permanente de los conservadores. Cae Laffitte en desgracia; Thiers

se hace repugnante al Soberano; Odillon-Barrot es considerado en palacio como un demagogo. El imperio absoluto de los conservadores, con su natural jefe á la cabeza, se perpetúa, y parecía irremplazable si los gritos de la Revolución, rugiente en la plaza pública, no hubieran llegado hasta las últimas estancias de las Tullerías. ¡Tercera repetición de análogas sorpresas y de tardíos arrepentimientos!

Los soldados valerosos de África permanecen inactivos; los generales más aguerridos no se baten contra el pueblo; los Príncipes más brillantes, más instruídos, más pundonorosos, más populares, horas antes, se encuentran abandonados: su personal denuedo es ineficaz á todas luces.

Un poeta, legitimista en su juventud, aristocrático por clase, educación y carácter, sin partido, sin prosélitos, sin grupo ni fracción en la Cámara, triunfa, con su palabra, de la fuerza pública leal, y puede más que el principio monárquico representado por una madre que pide á la Asamblea la corona para sus hijos, huérfanos del legítimo heredero del Rey que abdicaba y representantes de los derechos del primer caballero de Francia.

Esta es la cuenta que ofrece, en el balance definitivo de la historia de una de las más grandes Monarquías del mundo, el partido conservador, dueño absoluto casi por treinta años del poder bajo dos diferentes dinastías.

Todo ha sido posible después: la efímera República de 1848, el golpe de Estado del 2 de Diciembre, el Imperio autoritario, el democrático y la República representativa que hoy impera.

En un rincón de la Italia del Norte, al pie de los Alpes, existía un territorio de estrechos límites con poco más de dos millones de habitantes, condado antes de ser Monarquía, como el reino de Castilla; ocupaba entre los pueblos de Europa un lugar menos que secundario; pobre de recursos, escaso de población, vive largo tiempo al servicio y bajo la dominación de altivos dominadores.

Era parte integrante, y no la principal, de una gran nación agobiada bajo el peso de su antigua grandeza, dividida y subdividida por encontradas banderías y teatro de guerras perennes en que desapoderadamente luchaban todas las ideas que caben en el cerebro de los hombres y todas las ambiciones de la tierra.

El espíritu de discordia parecía herencia sucesiva de las edades. Los intereses permanentes de la Iglesia, en lucha con el Imperio,

dividían las poblaciones italianas, las familias, los hogares, en Güelfos y Gibelinos, sin que en otra parte de la tierra pueda encontrarse ejemplo de lucha tan encarnizada como la que sostenían estos partidarios de la dominación papal contra el gobierno de los vicarios y deudos de los Emperadores.

Las ciudades pelean entre sí; las familias poderosas se dividen en odiados bandos; nobles y pecheros tienen por ocupación diaria la guerra, y no la guerra noble de ejércitos beligerantes, sino una lucha de asesinatos, de envenenamientos, que crea el tipo nacional del *bravo*, no habiendo historia, novela, poema, ni leyenda en que no aparezcan el veneno de los Borjas y la maldita agua Tofanna.

La desgracia envilece á los pueblos; del antiguo ciudadano romano sólo quedaba un recuerdo á las generaciones contemporáneas en las estátuas de los Museos ó en otras manifestaciones menos serias del arte; la imaginación no alcanzaba, sin contemplar los clásicos monumentos que recuerdan las glorias pasadas, que Italia hubiera sido el principal teatro de la vida intelectual, artística, jurídica, guerrera de la humanidad. Dominada por extranjeros, sus propios Reyes inventaban frases denigrantes para sus soldados, que corrían luégo entre burlas de boca en boca por la Europa entera. Si algún cercano recuerdo de bienestar, grandeza y gloria podía consolarlos, se presentaba á los ojos del pueblo bajo la forma de las turbulentas Repúblicas de la Edad Media.

El italiano del siglo XIX era para muchos un ser rebajado, inferior á los demás mortales, que nada conservaba de la grandeza de sus mayores, y escasamente sensible á los encantos de la armonía. La música, en el sentir del vulgo, resultaba la escena única de sus triunfos.

En la región pura de la inteligencia todavía tenían sucesores de alguna notabilidad los antiguos jurisconsultos romanos y los poetas célebres del Renacimiento; pero en el terreno práctico de los hechos, jamás conseguirían su soñada unidad, sobre todo considerando que se levantaba como insuperable muro delante de tan utópicas aspiraciones el poder temporal del Soberano Pontífice.

El Norte, el Centro y el Mediodía de la península vivían, con escasa diferencia, bajo idéntico desprecio, y del Piamonte mismo, que parecía en ocasiones resistir algo á la común decadencia, dice César Cantú que, después de la fracasada primera revolución, el jefe del Estado «dejaba á sus Ministros que reorganizasen el feudalismo y nom-

braran una caterva de empleados supérfluos, cuyos destinos eran otras tantas trabas para la Administración.»

«Había, además, por perezosa costumbre, repugnancia á las innovaciones; las hipotecas, las reformas administrativas, la jerarquía de los jueces no existía; mal pagados estos, sacaban su estipendio legal de los litigantes y un sueldo ilegal de las dilaciones y de la corrupción; intervenían los decretos del Rey en los asuntos privados para imponer moratorias y transacciones á los acreedores, para suspender los procedimientos contra los quebrados, para rescindir ó alterar los contratos, para abrir de nuevo juicios ya fenecidos. Agréguese á ello, añade el célebre historiador, una nobleza cortesana y privilegiada, una policía arbitraria y un ejército dispendioso. El poder absoluto no tenía, pues, barrera alguna; hasta la facultad del Senado de intervenir los edictos reales había caido en desuso, y así pudo exclamar con razón un Ministro: *Aquí no hay más que un Rey que manda, una nobleza que le sirve y una plebe que obedece.*»

Tales eran, pálida y desaliñadamente expuestos, los elementos con que el Rey Carlos Alberto soñó realizar la obra de que Italia sacudiese el yugo extranjero; para mayor desesperación, fué derrotado en Novara, y perdiendo el cetro en holocausto de sus pueblos, abdica en favor de su hijo, que se había cubierto de gloria en aquella, para la libertad de su patria, tristísima jornada.

Recibe la corona Víctor Manuel cuando los pasados y recientes desastres daban la razón á los enemigos de las innovaciones. El pueblo, herido en su fibra patriótica, no podía ver con buenos ojos al joven Rey, casado con una dama de la regia familia de la nación vencedora y educado por los jesuitas. A pesar de esto, jura, en el primer momento, el Estatuto que antes había jurado su padre. Se rodea de los hombres más importantes del Piamonte, nombra Presidente del Consejo de Ministros á Massimo d'Azeglio, bajo cuyo gobierno se ponen en vigor las leyes aboliendo el fuero eclesiástico, y el derecho de asilo, y restringe los privilegios de las corporaciones eclesiásticas. El Conde de Cavour, que desempeña el departamento de Comercio, forma al poco tiempo un Ministerio liberal, emprendiendo una marcha activa y resuelta en los negocios públicos. Investido de la confianza del Rey y rodeado de una gran influencia popular, este inteligente hombre de Estado se declara campeón de la independencia italiana, y separándose de los conservadores, se une con la izquierda y con Rattazzi, á quien coloca en el Ministerio

de la Gobernación, y lleno de confianza en los destinos futuros de la casa de Saboya abre las puertas del Piamonte, con denuedo, á todos los emigrados de los diferentes Estados de Italia. El Rey, á pesar de la resistencia que encuentra en su propia familia, persigue con rara firmeza su patriótico propósito; celebra entrevistas frecuentes con Depretis, el actual Presidente del Consejo de Ministros, con Valerio y Brofferio, demócratas odiados del Austria.

Las contrariedades que en el interior y en el exterior encuentra ni le detienen, ni amenguan su valor; con una mano sostiene vigorosamente el orden público, y con la otra abre ancho camino á las aspiraciones de los liberales italianos. Su reinado es una serie no interrumpida de triunfos, con gran chasco de los conservadores de la Europa entera. Los grandes maestros de la política gubernamental por excelencia critican la conducta del Rey Víctor Manuel y auguran derrotas donde su espíritu generoso presiente nuevas victorias. Los hombres de acción, como los liberales de principio, se unen á Víctor Manuel; sólo Mazzini, uno de los miembros del triunvirato romano, queda, aislado, sin crédito, de defensor de la República. Al pasar la corte de Turín á Florencia, los sabios de la escuela conservadora deciden *ex catedra* que las envidias de las principales ciudades de la Península italiana crearían obstáculos insuperables á la loca ambición del Rey; y al anunciar éste al mundo que sólo cuando entre en Roma la unidad italiana será un hecho, no hay personaje serio que deje de augurar la pérdida irremediable de la gigante empresa por el antiguo Soberano del Piamonte acometida, y los ultramontanos del orbe entero vomitan sobre él todo linaje de dicterios.

La fe inquebrantable de Víctor Manuel y sus Ministros, el influjo avasallador de la civilización moderna, su generosa confianza en los procedimientos de la libertad, su devoción nunca desmentida por el régimen parlamentario, su convencimiento de que no valía ser Rey para contrariar la voluntad de sus pueblos, lo llevan, á pesar de las derrotas de Custozza y de Liza, á realizar el fin soñado de su obra gigantesca.

El día 1.º de Julio de 1871 el Gobierno y el Parlamento se instalan solemnemente en Roma, y Víctor Manuel preside triunfante la apertura de las Cámaras.

Entonces se levanta un nuevo rumor entre los chasqueados. La unidad de Italía es una obra efímera y contraria á intereses perma-

nentes y sagrados, que sólo puede durar mientras exista el mortal afortunado que ha sabido llevarla á cabo. Primero, su efímera existencia dependía de la duración de la vida del Conde de Cavour; después, de la del Rey Víctor Manuel; y hoy, al ver á su hijo, el que fué Príncipe Humberto, tranquilo en el Quirinal, adorado de sus súbditos, en relaciones amistosas con los jefes de todos los Estados civilizados de la tierra, al frente de una nación de primer orden, con 35 millones de habitantes, próspera, rica, libre, cuyos hombres políticos pueden dar lecciones á aquellos liliputienses estadistas presagiadores de eternas catástrofes, ¿quién, fija la vista en la República de Francia y en la Monarquía italiana, titubeará en contestar á la pregunta de si es en los partidos conservadores ó es en los liberales donde deben apoyarse los Reyes, según las enseñanzas de la historia, para perpetuar su poder y lograr la prosperidad y grandeza de los pueblos?

Prusia busca y encuentra remedio á sus males pasados en las reformas liberales que lleva á término feliz el Barón de Stein; Austria restaña las heridas de Sadowa, entregando el Emperador las riendas del Estado al Baron de Beust, que, apoyado por los liberales, reforma la organización del Imperio, establece el matrimonio civil, contradiciendo el antiguo espíritu clerical dominante, admite los judíos al desempeño de los cargos públicos, no sin ser rudamente combatido por el Conde Belcredi, que capitanea los elementos conservadores, y por el partido ultramontano, encerrando el Ministro reformista su conducta al defenderse en los más escrupulosos medios legales; con disposiciones liberales, combatidas por los conservadores impenitentes, Inglaterra consolida y aumenta su poderío universal. La emancipación de los católicos de Irlanda; la reforma de la ley de cereales; las leyes que aumentan el número de electores y dan participación á las clases industriales en la dirección del país, son las medidas que caracterizan la política interior del Reino Unido, merced al patriotismo de Peel, Palmerston y Gladstone, que se separan, uno después de otro, del partido *tory*, para contradecir sus errores, engrosando las filas de los *whigs*.

No queremos decir una palabra sobre el desarrollo constitucional de la nación española; porque recientes los acontecimientos más importantes de nuestra regeneración política, vivos los personajes que han intervenido directamente en ellos, ó sus parientes y deudos más cercanos, elevadas consideraciones detienen nuestra pluma y sellan nuestros labios; pero no es, sin duda, en el respeto á las leyes

donde han de encontrar preciados timbres que ostentar los partidos conservadores españoles, siendo así que educar al país, crear costumbres públicas, fijar el derecho, enaltecer la justicia, debían ser su principal misión, atrayendo, ya que cuando mandan hacen tanto alarde de despreciar la popularidad, el amor público sobre los poderes irresponsables y responsables del Estado.

No serán los tristes recientes acontecimientos modelos de buen gobierno que seduzcan, ni resoluciones que enaltezcan la autoridad, levantando en los ánimos simpatías en favor del Ministerio. El elocuente discurso pronunciado por el Sr. Cánovas del Castillo al discutirse en el Congreso de los Diputados la conducta del Gobierno presidido por el general Narváez, después de la noche de San Daniel, es la más brillante exposición de las leyes sobre orden público vigentes entre nosotros.

Cita su ilustre y esclarecido autor, en el discurso á que nos referimos, por vía de exordio, las elocuentes palabras de Saavedra Fajardo, afirmando «que si la ley hablara, no se necesitaría Rey, no se necesitaría Gobierno; si la ley hablara, en opinión de este hombre ilustre, el Gobierno estaría de más, porque el verdadero Gobierno es la ley;» y eso que el Introductor de Embajadores del Rey Felipe IV no escribía en tiempos de Ministros responsables, ni de Cámara representativa, ni de derechos individuales garantidos por la Constitución; texto que presentaba el Sr. Cánovas enfrente de las altivas frases con que el Sr. González Brabo repetía en el banco azul que cien veces, en casos análogos, obrarían sus agentes del mismo modo que obraron ante los perturbadores del orden público, sin que escrúpulos de legalidad pudieran detenerlos.

«Abrid los Códigos de las naciones extranjeras—decía el Sr. Cánovas contestándole—abrid las leyes que en todas las naciones rigen sobre órden público. ¿Son las inglesas? Allí encontraréis el famoso *riot-act*, con arreglo al cual se hace una proclamación y se concede el plazo de una hora para que los curiosos se retiren á sus casas, siempre que un tumulto amenaza; sólo después de desobedecido el bando, y trascurrido el plazo, puede hacerse uso allí de la fuerza pública. Abrid las leyes francesas, y encontraréis acerca de los *atroupements* disposiciones idénticas á las del Código penal español. Registrad la ley de orden público de Italia, y encontraréis la misma forma de intimación para disolver los *asembramenti*, como allí se llaman, que contiene la ley francesa. ¿Y por qué, Sres. Diputados, exclamaba el ora-

dor esclarecido de la minoría unionista? Porque esta es la única garantía que existe, el único medio de evitar que puedan ocurrir á los ciudadanos pacíficos las desgracias que han sufrido en Madrid... (póngase aquí el día de Santa Isabel en vez de «en la noche tristísima del 10 de Abril,» y el cuadro resultará perfecto).

Ahora bien; ¿qué delitos cometían los estudiantes al dirigirse reunidos, en mayor ó menor número, al Gobierno civil, al Colegio de San Carlos, á casa del Sr. Morayta ó á donde creyeran conveniente, para hacer pública manifestación de sus opiniones y propósitos? ¿Eran reos de rebelión, autores de sedición, ó miembros de reuniones ilícitas? El espíritu y la letra de nuestra legislación es terminante, y establece que únicamente después de las intimaciones establecidas puedan los agentes de la autoridad hacer uso de la fuerza.

Dejando aparte la eterna cuestión de si la ley de 17 de Abril está ó no abolida, ni ella ni el Código permiten que los ciudadanos puedan ser atacados por la fuerza sin noticia oficial que lo anuncie ó intimación que lo avise en la forma y modo que el Código penal previene y señala, siendo de ello concluyente prueba el bando publicado por el Sr. Villaverde. Pero ¿cuándo? El día después de haber sido los estudiantes perseguidos por calles y plazas como dañinas fieras; ¿qué decimos por calles y plazas? en los atrios, en las escaleras de la Universidad, en las aulas destinadas á la ilustración de la humana inteligencia, bajo los escaños de las cátedras, sobre los tablados en que se colocan los sitiales de los profesores.

¡Bendito sea el Señor! ¡Tanto interés porque no perviertan su virginal espíritu, máximas y doctrinas, y tanta fiereza contra sus personas! ¡Es grande, en verdad, el espiritualismo del Gobierno que rige hoy la nación española!

El principio doctrinal á la sazón en boga en materia de instrucción pública es, no cabe dudar, el consignado en aquel antiguo adagio, emblema de una época de feliz recordación en los anales de la cultura española: *la letra con sangre entra.*

La política triunfante, en suma, camina demasiado precipitadamente por derroteros á cuyo final no se descubren días de paz ni de bienandanza, y las oposiciones liberales dinásticas tienen grandísimo interés en no contribuir á esta obra de demolición social, iniciada por las pasiones conservadoras, relativamente más airadas, y con menos explicación, que los ímpetus violentos de los demagogos.

A una lucha electoral exacerbada, no sólo por las armas en uso

para sacar triunfantes los candidatos adictos al Gobierno, pública ó solapadamente, que obligó á dimitir, contra su voluntad, á la mayor parte de los Ayuntamientos de España, siguieron las injustificadas y arbitrarias suspensiones de Municipios y centros provinciales, cuya nueva organización ha respondido exclusivamente al imperio más desenfrenado del caciquismo, teniendo, por consecuencia, en no pocas localidades, verdaderos crímenes y, lo que es aún más perturbador, escándalos jurídicos de resultados tanto más desastrosos en el orden moral, cuanto los pueblos, por la creación del juicio oral y público y las Audiencias territoriales de lo criminal, se interesan como nunca en la administración de la justicia.

Las mismas medidas sanitarias, tomadas con motivo de una epidemia, hasta ahora benigna por fortuna para nosotros, en vez de ser, como en Italia sucedía, ante un verdadero y triste azote, gimnasio de emulación nacional que ennoblecía la misión del Gobierno y atraía las bendiciones de niños y mujeres, de ricos y pobres, sobre la simpática y valerosa figura de su Soberano; las mismas medidas sanitarias, repetimos, han levantado aquí discordias, por la distinta manera con que han sido tratadas las ciudades populosas y las villas de escasa importancia.

Y, por último, la pastoral de un Obispo, la circular de un Vicario eclesiástico, con una tramitación de sucesos los más inconexos y extraños, han sido causa de desgracias personales, y, lo más sensible, de que Europa haya visto con asombro á este pueblo español, cuya altivez de carácter rayaba en la fábula, dando el envilecido espectáculo de que, durante cinco ó seis días mortales, los agentes de la autoridad apaleen, sable en mano, á ciudadanos españoles en la vía pública, cualquiera que sea la falta ó delito que hubieren cometido. El efecto producido con la ilegalidad de la medida, aumenta por los medios con que se ha ejecutado. Los disparos que la autoridad ordenó, con razón ó sin razón, en ocasiones críticas, han podido hacer más daño, pero envilecían menos; las balas matan, pero no humillan; el acto de levantar, no ya un arma blanca, sino la mano, un hombre fuerte sobre un ser más débil, producirá indignación general mientras quede un átomo de decoro en el corazón de la criatura humana, y el espectáculo traerá siempre á la memoria los tiempos del más repugnante absolutismo.

Esto explica la protesta de los dignísimos catedráticos que han visto invadidos los establecimientos docentes por la fuerza armada;

pero si nuestra voz modesta llegase hasta ellos, si su acendrado patriotismo necesitase, que no lo necesita, un humilde consejo, nosotros les pediríamos que, aun á costa de los mayores sacrificios, procuren encauzar las corrientes desbordadas, para que las Universidades vuelvan á recobrar la tranquilidad que han tenido bajo una libertad de enseñanza prudente y una tolerancia de principios que estrechaban los vínculos de compañerismo, sin distinción de colores políticos, entre todos sus esclarecidos miembros. No contribuyan, no, en lo más mínimo á aumentar este estado de lucha que ha inundado la sociedad española.

Pugnas en los pueblos, por cuestiones electorales; discordias en los Municipios, por ambiciones que se logran en el campo de la administración; antagonismos en las Diputaciones provinciales, por celos de influencia; peleas entre las ciudades, por cordones sanitarios y lazaretos, que hieren sus intereses respectivos; luchas entre las oposiciones, azuzadas á destrozarse por el Gobierno mismo; guerra y sangre en el tranquilo recinto destinado al perfeccionamiento de las facultades más nobles del ser racional... La patria exige, la Monarquía necesita, los intereses materiales del país demandan un esfuerzo de juicio por parte de todos, partidos, oposiciones, corporaciones científicas, centros colegiados, simples ciudadanos; el mal comienza y brota con envenenadas raíces; pisotéelo y anonádelo el patriotismo de todos.

Seguros estamos—y esta idea servirá de consuelo á los buenos españoles—de que no serán estériles las protestas que en la opinión pública levanta la conciencia individual de cada hombre ante el ejercicio arbitrario de la fuerza, y que el esclarecido y noble espíritu que nuestra propia fortuna ha colocado á mayor altura en la sociedad española, sufre por los males de todos y lamenta más que nadie los errores de los gobernantes.

José Luis Albareda.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

El fracaso de la Conferencia que pocos meses hace se reunió en Lóndres para tratar de la cuestión de Egipto, hace temer á muchos que sufra la misma desgraciada suerte la que á propuesta de Alemania ha inaugurado en esta quincena sus sesiones en Berlín.

Tratándose de estas reuniones internacionales, sin embargo, nosotros preferimos pecar de optimistas.

El hecho solo de que se celebren acusa un progreso inmenso en la manera de ser de las relaciones internacionales. Sus resultados es cierto que son generalmente bastante limitados y que se preparan, al menos en sus líneas generales, por negociaciones anteriores entre las potencias; es cierto también que su celebración no ha concluído ni promete concluir en breve plazo con las guerras ni con las conquistas; antes al contrario, vienen muchas veces los Congresos y las Conferencias internacionales á sancionar solemnemente iniquidades consumadas por la violencia, en provecho siempre de los fuertes y en daño de los débiles. Pero á pesar de esto, y mejor diríamos que precisamente por esto, percíbese claramente el terreno que han ganado en las relaciones internacionales, como en todo, las ideas del derecho y de la justicia; porque, ¿qué mayor homenaje á éstas por parte de la fuerza, que venir á pedirlas la consagración de sus actos como medio para merecer respeto y acatamiento universales? Y no otra cosa significan, después de todo, esas reuniones de representantes de los pueblos, en que cada uno de éstos expone sus derechos y recuerda á los demás sus deberes, procurando todos llegar á un acuerdo co-

mún y sintiéndose todos observados y juzgados por el mundo entero, cuyo fallo, por platónico que parezca, mirando superficialmente las cosas, influye considerablemente en las resoluciones de aquéllos.

Lejos, muy lejos está el momento de que una guerra se considere un crimen contra la humanidad; pero mientras tanto, consuela el ánimo ver apurar los medios de evitarlas é intentar, cuando es posible, suavizar sus consecuencias. Y pese á todos los escepticismos diplomáticos sobre las virtudes y efectos de los Congresos internacionales, es indudable que alguna eficacia tienen éstos para proteger el derecho de los Estados débiles contra la violencia de los fuertes, y para impedir que un conflicto de intereses se resuelva por una guerra.

No queremos con esto decir que la reunión de los Congresos nazca siempre de un amor desinteresado á las ideas de justicia por parte del Gobierno que los provoca. Como todas las ideas, la de las consultas internacionales, concebida primero por espíritus generosos que se apasionaron de ella por creerla una garantía eficacísima de justicia, ha necesitado, para realizarse, persuadir de su utilidad y conveniencia á los espíritus prácticos que la han dado forma y vida, no tal como aquéllos la soñaran, llena de perfecciones y virtudes, sino en las proporciones limitadas que la realidad de las cosas y los egoismos nacionales lo consienten.

Así, pues, sería cándido buscar el origen de la Conferencia de Berlín en otra cosa que el interés de los que han preparado su reunión, siendo muy verosímil la creencia de que se debe ésta al propósito del Príncipe de Bismarck de ahondar las diferencias ya existentes entre Francia é Inglaterra, á fin de aislar más y más á ésta, privándola de toda alianza y poniendo de relieve su soledad en el mundo. La habilidad y trascendencia del plan se comprenden. Segura de la fidelidad de Austria, contando con ésta para tener á raya á Rusia, tranquila respecto á Francia, Alemania tiene la conciencia de su fuerza en el Continente, y puede contemplar sosegada las eventualidades del porvenir. ¡Pero siempre la historia del elefante y la ballena! El poderío marítimo de Inglaterra quita el sueño á los hombres de Estado de Alemania, que querrían recabar para su patria la soberanía de los mares, como ya tiene la supremacía entre las naciones continentales. Igual aspiración acarició para Francia Napoleón I, como antes la había acariciado para España Felipe II. ¿Será más afortunada Alemania que lo fueron España y Francia?

Dejando este problema, cuya solución, de todos modos, no puede estar próxima, y viniendo al momento presente, ¿se prestará Francia á ser dócil instrumento de la política alemana, haciendo el juego contra Inglaterra á la nación que más cruelmente la ha humillado, desmembrando su territorio y arrebatándola el primer lugar entre los pueblos europeos? ¿Podrá más que este recuerdo, que parecía imborrable, la rivalidad que en estos últimos tiempos se ha despertado entre Francia é Inglaterra con motivo de la cuestión de Egipto y de la guerra franco-china? Ciegos necesitarán estar los gobernantes de Francia para no ver á dónde se les lleva por ese camino, y para no comprender que por él, sin obtener nada de Alemania, lo único que lograrán será enemistarse con Inglaterra, única nación que, tanto por simpatía como por interés propio, ha dado en estos últimos tiempos pruebas de buena voluntad hacia Francia.

En si resultará ó no de la Conferencia el aislamiento de Inglaterra estriba, pues, el interés capital de aquélla, y preciso es reconocer la habilidad con que el Príncipe de Bismarck ha preparado su plan. La cuestión del Asia Central le asegura la hostilidad de Rusia contra Inglaterra. El conflicto franco-chino y las complicaciones de Egipto le prometen el mismo resultado respecto de Francia. Otro tanto espera, sin duda, de los Estados-Unidos (única nación no europea invitada á la Conferencia), por esa profunda antipatía que rivalidades comerciales y de todo género han creado en aquel país hacia la Gran Bretaña. Igual esperanza habrá abrigado el Canciller alemán en cuanto á Portugal, por la ira que brotó en este país contra Inglaterra con motivo del tratado convenido, pero no firmado, entre ambas naciones sobre la navegación del Congo. Para hacer frente á todas estas hostilidades, más ó menos enconadas, Inglaterra no cuenta con ninguna alianza, pudiendo sólo esperar indiferencia por parte de las demás naciones. Además, por causa de su inmensísimo imperio colonial, siempre tiene alguna ó algunas complicaciones pendientes, y en la actualidad, además de la grave cuestión de Egipto, tiene encima dificultades no insignificantes en sus posesiones del Sur de África, sin contar con la situación de la India, siempre muy delicada y amenazadora.

Las circunstancias, como se ve, no pueden ser más favorables para el Príncipe de Bismarck, ni éste, para emprender su cruzada anti-británica, podía haber escogido mejor terreno que una Conferencia internacional para tratar cuestiones africanas. La libertad de na-

vegación del Niger, la libertad de comercio y navegación del Congo y las condiciones que han de ser en adelante necesarias para tomar válidamente posesión de territorios africanos, que son los tres puntos que abarca el programa de la Conferencia de Berlín, son cuestiones, en efecto, hábilmente elegidas para dar á Inglaterra la batalla diplomática que aspira á ganar el Canciller alemán; porque además de afectar á los intereses de muchas naciones, radican en ese continente africano, en dos de cuyos puntos, sobre todo en Egipto, Inglaterra se ve ya envuelta en graves complicaciones.

Es demasiado pronto para predecir el resultado de la contienda preparada por el Príncipe de Bismarck. Tal como se presentan hoy las cosas en el terreno diplomático, Inglaterra lleva la peor parte; pero no creemos que el proyecto de coalición continental ideado por el príncipe de Bismarck sea más eficaz contra aquélla que la armada invencible de Felipe II ó el bloqueo continental de Napoleón I.

Los peligros que amenazan su seguridad en el exterior, no impiden á Inglaterra dedicar su atención á las cuestiones interiores y resolverlas con la serenidad de juicio y el espíritu práctico que caracterizan aquella nación, y en los que quizá principalmente hay que buscar esa fuerza y esa confianza en sí misma que tan poderosa y tan respetada la hacen en el exterior.

Al fin puede considerarse como un hecho la gran reforma electoral presentada por Mr. Gladstone al Parlamento que, al cabo de una resistencia de muchos meses, la opinion pública ha impuesto á la mayoría conservadora de la Cámara de los Lores. Esta es la tercera vez, en lo que va de siglo, que el sistema electoral inglés se modifica profundamente, siempre en el sentido progresivo de ensanchar la base del sufragio, tan ámplia ya con la actual reforma, que la próxima no podrá ser otra cosa que el establecimiento del sufragio universal. ¡Afortunado país donde lentamente, pero sin retroceder nunca, el progreso se realiza con el concurso de todos, partiendo de los liberales el impulso, conteniendo los conservadores las precipitaciones é impaciencias, pero acatando unos y otros la voluntad del país, cuyos servidores y no amos son, sin acudir nunca los primeros á las vías de fuerza con el pretexto de hacer triunfar la justicia, ni salirse tampoco nunca los segundos de la legalidad, alegando los peligros de las reformas! De este modo, comprendiendo los liberales que la evolución vale más que la mejor de las revoluciones, y los conserva-

dores que el único medio de evitar éstas es no oponerse á aquélla, es como ha llegado á ser Inglaterra el modelo de los países bien gobernados y la nación donde está mejor garantido el ejercicio de todos los derechos, al mismo tiempo que el cumplimiento de todos los deberes.

También Francia está introduciendo una importante modificación en el sistema electoral del Senado. La supresión de las senadurías vitalicias, acordada por el Congreso Constituyente de Versalles, ha planteado la cuestión de por qué medio deberán ser elegidos los Senadores que hayan de ocupar las 75 plazas que en la actualidad ocupan los vitalicios, y que se habrán de ir cubriendo conforme vayan éstos faltando.

Tres sistemas se presentaban, los tres conformes en que el mandato legislativo de los nuevos Senadores había de durar nueve años, lo mismo que el de los 225 elegidos por los departamentos, pero muy diferentes en cuanto al modo de elección. El proyecto de ley presentado por el Gobierno los hacía elegir por las dos Cámaras juntas. El Senado no ha admitido tal pretensión, y afirmó su derecho á elegirlos él sólo, como lo hacía con los vitalicios, modificando en este sentido el proyecto ministerial. Por último, los partidarios de la simetría sostienen que todos los 300 Senadores deben ser elegidos de la misma manera y en las mismas condiciones, y que, por lo tanto, los nuevos 75 electivos deberían serlo en la forma ya establecida para los 225 que desde la creación del Senado son elegidos por los departamentos.

El primer sistema, el del Gobierno, no tiene otra razón de ser que el egoismo del grupo de la Unión Republicana, que querría con él monopolizar en su provecho, gracias á la mayoría con que cuenta y espera seguir contando en la Cámara de los Diputados, las nuevas 75 senadurías electivas. El tercero, el de los simetristas, es el más puramente democrático; pero en esto pueden consistir quizá sus mayores inconvenientes, sobre todo tratándose de un país como Francia, donde, más que nuevos estímulos, lo que necesita el espíritu democrático, allí tan poderoso, son frenos que lo contengan. La razón fundamental contraria á dicho sistema es, al mismo tiempo, la fundamental favorable al segundo, ó sea el de la elección por el Senado. Esta razón es la de conservar á este alto Cuerpo el concurso de las eminencias del país que, por el sistema de los simetristas, sería muy

difícil que entraran en el Senado, no siendo, como generalmente no lo son, personas de influencia en los departamentos. Conservando, por el contrario, á la alta Cámara la prerrogativa de elegir cierto número de sus miembros, podrán seguir aspirando á ocupar un puesto en ella hombres ilustres, cuyo concurso es siempre importante en la gobernación de un Estado, que es el primer perjudicado en que le falte, y los cuales, sin embargo, con frecuencia se ven postergados cuando solicitan los sufragios de cuerpos electorales numerosos. Por esto, si prevalece el criterio del Senado, éste conservará, á cambio de un poco menos de tinte democrático, la respetabilidad que le ha granjeado el ver formar parte de él á muchas de las primeras figuras de Francia en todas las esferas de la vida social. Por lo pronto, el desacuerdo entre las dos Cámaras es seguro, pues la de los Diputados adoptará, como su comisión, la solución más democrática, que haría á todos los Senadores elegidos por los departamentos. Pero como el Senado se mantendrá firme, vendrá el conflicto que, por bien de Francia, es de desear se resuelva en el sentido que defiende la Alta Cámara.

Angel de Urzáiz.

REVISTA LITERARIA

LA ORATORIA DEL SEÑOR MORET Y SU DISCURSO EN LA APERTURA DEL ATENEO

No somos los españoles dados á esas prolijas investigaciones científicas que, seguidas durante toda la existencia del individuo, sólo rinden su fruto después que han sido continuadas por varias generaciones; ni tampoco á elaborar un pensamiento que dé por resultado una construcción filosófica de aquellas que conmueven hasta los cimientos de las sociedades por espacio de varios siglos. La fantasía, que absorbe la mayor suma de nuestras energías, y la excitabilidad nerviosa, bastante exquisita, nos hace por todo extremo impresionables é imprime un sello de volubilidad que nos arrastra á una perpétua mudanza. Por eso nos inspira tan poca consideración la trascendencia de la vida, nos apasionamos por la gloria del momento y no vivimos más que para el presente.

Siendo esto así, no es de admirar que en esta tierra de España alcance más alto predicamento el arte que las ciencias, tenga aquél más fervientes cultivadores y se rinda tan general culto al éxito. Mas con sentir tan marcada predilección por aquellas formas del arte que, como la literaria, mejor satisfacen sus anhelos, á ninguna se sienten tan inclinados ni logra triunfos tan tangibles, porque ninguna tampoco reune condiciones tan acabadas para colmar sobre la

tierra la vanidad de los hombres, como el arte de la oratoria. Y la cosa es evidente; no se trata de una obra que va llegando poco á poco al público, su juez, y cuyo juicio llega tarde y frío al que la produjo; ni, como sucede en otros casos, la obra se da á conocer por personas extrañas al autor, sino de la concurrencia en un mismo punto y en un solo instante de todos los elementos que pueden contribuir á una producción literaria, y de la coincidencia del aplauso con la expresión de la belleza. Cierto que el triunfo es fugaz, el público limitadísimo, y que pronunciada la última palabra, no queda el más leve rumor que indique que momentos antes vibró allí el eco de la elocuencia; pero, en cambio, ¡qué verdadero, qué real y qué legítimo es su poder y qué bien ganados sus lauros! No va el orador, como el poeta, hacia un público amigo ó cuyos gustos le son conocidos, ni descansa en el mérito de obra quizá juzgada de antemano, ni goza de la serenidad que presta el poder ofrecerla tal como se ha elaborado al calor de la reflexión y del estudio, sino que va acompañado de las inquietudes y zozobras que trae consigo la incertidumbre de lo inesperado y desconocido, como que á veces ignora de lo que se va á tratar, y con frecuencia tiene enfrente temibles adversarios. Su vida es una serie de campañas, una batalla cada uno de sus actos. De aquí que despierten tanto interés los movimientos de estos hombres y que se necesite por parte de ellos un temple de alma especial para emprender esa carrera y acabarla. Mas si es verdsd que experimenta más hondas amarguras, porque sus derrotas son más patentes y reciben personalmente las heridas, en cambio sus triunfos son más notorios y más halagadores para su amor propio, por obtener la sanción de la victoria allí, sobre el terreno mismo del combate.

Únese á esto el que, de la misma manera que en la naturaleza, los fenómenos, en donde hay oposición y choque de los elementos atraen y seducen más á los espíritus, del mismo modo la mayor fuerza y vida que se desarrolla en la lucha viva de las ideas por medio del lenguaje, explica naturalmente el inmenso favor que entre nosotros se concede á los artistas de la palabra.

Así como de otros dones se mostró avara con nosotros la naturaleza, en punto á oradores lo fué tan pródiga, que más que agradecidos debiéramos estarle quejosos, toda vez que tanta abundancia, más bien que beneficios, es causa quizá de perennes perturbaciones. Sin embargo, hay que declarar que si bien son muchos los llamados, son pocos los escogidos, grande el número de los que se permiten

hablar, pocos los que pueden merecer con justicia el título de oradores.

Entre los pocos dignos de este nombre, el público hace tiempo que señala lugar distinguido al Sr. Moret y Prendergast.

Sea la que quiera la opinión que se tenga de este hombre público, hay una consideración que se impone por encima de todas, y es que su personalidad se destaca de entre las muchas que han alcanzado esta categoría, y obliga, por tanto, á que le reconozcámos altas cualidades y singulares merecimientos; que nadie llega en estos tiempos de libertad y de crítica á mantener durante una vida entera lugar preeminente entre sus conciudadanos sin fuerzas propias y aptitudes muy sobresalientes. Aun cuando no parece encajar aquí muy bien el hablar del hombre, dado el principal objeto de estas líneas, está tan íntimamente ligado á él el orador, que hay necesidad de indicar primeramente algo de lo que aquél sea. A pesar de ser Moret uno de aquellos de nuestros hombres cuyos pasos son de todos conocidos, todavía el público no ha podido formarse idea clara de lo que piensa ó quiere acerca de las muchas cosas en que emplea su vertiginosa actividad. Esto explica por qué el país apenas ha salido del asombro que le origina una de sus sorprendentes evoluciones, cuando ya está otra vez perplejo, porque no sospecha ni remotamente el rumbo que se propone seguir. De este modo se comprende que tenga admiradores, pero no partidarios; que se haga aplaudir por donde quiera que pasa, pero sin apenas arrastrar á nadie en pos de sí.

Dotado de una actividad física é intelectual de que hay pocos ejemplos, el tiempo le cunde de manera que le permite atender durante el día á un cúmulo de asuntos para cuyo despacho otra persona necesitaría una semana, y encontrarse en varios sitios conversando ó discutiendo, ó disertando sobre los puntos más heterogéneos y contradictorios. La política, la ciencia y la industria lo solicitan á toda hora, y en todas estas esferas brilla y sobresale, y es encanto de cuantos le rodean ó le escuchan. Quizá por ser múltiples sus aptitudes, no llega en ninguna esfera á dominar, á ser de los primeros, ya que no el único. Hubiéralo sido en la política, para la cual reune especiales condiciones, si no tuviera asimismo defectos graves que se lo impiden, siendo entre todos el principal la falta de carácter.

Con efecto, la propiedad de referir todas las facultades y estados y elementos que han venido á constituir el ser moral, á un solo punto, á un centro común, y de hacer que todos los actos y pensamientos

del sujeto se contengan dentro de una unidad superior que sea la ley que lo rija y lo gobierne, que es lo que constituye eso que se llama carácter y lo que determina la fijeza y firmeza de propósito y la entereza de voluntad, en una palabra, lo que distingue á los hombres superiores, no existe en Moret. Sus facultades andan sueltas, insubordinadas; obran independientemente del todo. Tal división de fuerzas y tal falta de dirección, engendra por necesidad en él la consiguiente debilidad, que es el origen de los desaciertos que forman el tejido de su historia política y de la infecundidad de su vida toda. A esto se debe que no haya podido dirigir jamás los acontecimientos que parecían tenerle por centro y motor, sino que haya sido siempre el movido y el impulsado. No es, pues, maravilla que le arrebaten la dirección de un partido que á él y sólo á él correspondía de derecho; que gentes allegadizas definan el credo de su comunión y que lo abandonen aquellos que vinieron á la vida pública ó revivieran al calor de su propaganda. No se lamente nadie por esto de su desventura: si semejantes contratiempos serían suficientes á quebrantar el ánimo de hombres más fuertes, en Moret no pasan de la epidermis, y á seguida de ellos vésele tan satisfecho y sonriente como si se encontrara en el mejor de los mundos posibles. Es que no se interesa en ninguna causa lo bastante para unirse á ella y defenderla hasta sacarla triunfante ó sucumbir en la demanda. Toma la política como el objeto más adecuado al empleo de las energías que sobran á su cuerpo y á su espíritu, y que reclaman los ponga en ejercicio. Pero grande interés ó sacrificios no esperéis; sabe que donde quiera que plante sus tiendas tiene un lugar distinguido, y que donde quiera que predique su doctrina puede formar un núcleo que lo reconozca por cabeza, y esto le basta. Concepción de un plan político, estudio de medios para realizarlo ó decisión de ánimo para emprenderlo, no le pidáis nunca, porque no está en sus condiciones. No de otra manera se comprende que, no ya en la política, pero ni en la ciencia, haya hecho nada, ni sea de esperar que deje profunda huella. Su cultivo á esta última es sólo en la medida que lo necesita para el fin de allegar materiales que le sirvan para la oratoria.

Esclavo de las circunstancias, es un hombre diferente en cada lugar y situación en que se encuentra, siendo, contra las inclinaciones nativas de su espíritu, algo áspero, formulista y reservado cuando pasa de ciudadano á Ministro; respetuoso y quizá humilde en sus re-

laciones con los superiores, y afable, espansivo y democrático cuando se agita como simple mortal entre sus iguales. Resulta, por consiguiente, que Moret, bajo ninguno de estos puntos de vista que se le considere, merece especial atención, y nosotros no tendríamos que hablar de él si no fuese más que esto. El público lo comprende así, y por eso no se ocupa de él principalmente más que como notable orador, ni estima en él otra cosa. Y de lo contrario, sí que no habría medio de persuadir á nadie que lo haya oído una sola vez.

Cierto que, para encontrar en toda su integridad este concepto de Moret como orador sin segundo, hay que ir á determinado público, que en esto, como en todo lo que al arte se refiere, las condiciones del público que ve ú oye influyen de un modo poderoso en el dictamen que da acerca de la obra. Sin negar por nuestra parte que, tal como es, es uno de nuestros primeros oradores, nos hemos de permitir decir algo que explique la causa de que entre el público más culto no sea tenido por grande orador, y á señalar algunas de las condiciones de que carece para ser así calificado.

Ha pasado como cosa corriente para la generalidad, que orador, tanto quiere decir como hombre que habla mucho; y si á esto se agrega fácil palabra, gran desparpajo y tono dogmático al hablar de cuantas cosas sean menester, entonces no hay para qué decir los puntos que como orador se le señalan. Mas sucede con esto de la oratoria lo que con todas las manifestaciones de la actividad intelectual; los adelantos en todos los órdenes han hecho que aumenten las potencias humanas á tal extremo, que nuestra generación no puede contentarse con la producción de obras que, aun siendo iguales ó superiores á las de otras edades, están muy por bajo de lo que se puede exigir y de lo que pueden dar las inteligencias de nuestros días. Demóstenes, Esquines, Cicerón, con haber sido en todo tiempo los oráculos del arte de la oratoria para los preceptistas y educadores de la juventud, no podrían pronunciar hoy ningún discurso á tenor de las oraciones que los hicieron inmortales sin ser tachados de fríos, artificiales, ampulosos y aburrir á los que les oyeran; porque no es en los antiguos Tópicos, ni en los tratados posteriores de retórica, ni en las contrahechas posturas ó en las imágenes rebuscadas donde ha de hallar el orador idea y forma para su discurso, sino en los ricos arsenales de la ciencia y en los sentimientos que broten del choque de los opuestos principios y tendencias. Pues bien; de la misma manera que hoy la ciencia no se satisface con hipótesis ni el arte con-

sidera bastante los primores de la forma, sino que trata de expresar ideas y pensamientos y de reflejar con verdad los estados del espíritu, así también la oratoria tiende cada día á nutrir las formas vacías de los antiguos discursos con doctrina fundada en principios generales y con conocimientos últimos y universales. No se halla esto en Moret, porque como consecuencia de su carácter, de su modo total de ser, carece de idea superior, de algo comprensivo y general de donde dimanen y en donde estén contenidas las doctrinas que expone en sus discursos y pretende aplicar á la realidad. Por eso se echa de menos en sus peroraciones esa firmeza de conviccion que da vigor á los raciocinios y que, comunicándose en ciertos momentos al corazón, sacude involuntariamente todo el ser, produce las grandes explosiones de elocuencia y hace al orador apoderarse del entendimiento y el sentimiento de sus oyentes é imponerse y conquistar el más profundo respeto del auditorio.

A pesar del acento apasionado y de los movimientos correctos que acompañan á su palabra, se descubre que no son verdaderos, que no brotan espontáneos del fondo de su conciencia emocionada, sino que son hijos de un largo aprendizaje y han venido, con el ejercicio repetido, á constituirse en hábito. La perfección misma del tono y ademanes, tan graduados y acompasados en medio de la aparente agitación, denuncian su falta de sinceridad.

De natural impresionable y de más imaginación que pensamiento, no tiende á hacer daño con su palabra: su corazón franco dice todo lo que piensa, y ni penetra en las intenciones de los hombres ni en los móviles de su conducta. Esto explica que sus discursos no hayan demostrado nunca nada, ni herido ninguna institución, ni puesto en peligro la vida de ningun Ministerio. Moret es un orador inofensivo. Óyese con gusto, retoza el placer en el cuerpo y se está deseando termine para prodigarle un aplauso; pero después de este desahogo, no se piensa en lo que ha dicho. Su lenguaje no es escogido, en muchas ocasiones peca de vulgar, no es cuidadoso de la propiedad de las palabras, ni de la buena ley de los giros, ni tampoco en sus discursos hay esas frases que condensan el pensamiento del orador ó se gravan por su plasticidad y especial hechura en los que le escuchan. Su facundia prodigiosa, en la cual parece vincular su mayor gloria, es su perdición, porque le impide dar relieve á lo que dice; la aglomeración de imágenes y la sonoridad de los períodos, le seduce, y halagado por tanta armonía y

tantos colores, es arrastrado muchas veces á donde no quisiera ir; y si sabe donde empieza, no sabe donde va á terminar.

¿Cuál es, entonces, el secreto de Moret para que, á pesar de lo mucho que se prodiga, haya tanto empeño en oirlo siempre que habla? Pues es porque posee en alto grado cualidades de que carecen en absoluto oradores que se cuentan entre los más grandes. Moret tiene el don especial de relacionar las ideas más remotas y discordes al parecer con las que sirven de materia á sus discursos, y esta facilidad maravillosa permite á su exuberante fantasía tomar las más ricas y variadas tintas con que pintar cuadros, mediante los cuales, las verdades más prosáicas se hacen agradables y se presentan con una diafanidad tal, que la inteligencia más rebelde á la comprensión de las cosas queda completamente satisfecha.

Además de esta cualidad tan preciada, la rapidez de concepción, en virtud de la cual Moret halla instantáneamente idea oportuna para un discurso, la palabra fluída y abundante, que parece se adelanta al pensamiento, y su gran poder de asimilación, que le permite utilizar como cosa propia y no aprendida cuanto lee ú oye, hacen de él el orador más propiamente digno de este nombre; el improvisador. En efecto, Moret habla de la misma manera que canta el pájaro; está en su constitución como cosa esencialísima; su elemento es la oratoria. Si alguna vez calla, es porque está solo; colóquesele en donde haya siquiera cuatro personas, y prorrumpe en discurso. El día que hizo su entrada en el Ministerio de la Gobernación, recorrió todas las dependencias y pronunció un discurso á los empleados de cada una de ellas, y durante su permanencia en aquel departamento, su vida fué un discurso no interrumpido á las numerosas comisiones que de las provincias venían á demandar facultades discrecionales.

Nadie está de esto tan penetrado como el público, y por eso, cuando éste concurre á alguna solemnidad y ve en ella á Moret, se pronuncien ó no discursos, asista con carácter oficial ó como uno de tantos particulares, trátese de lo que se trate, cree que debe hablar, que la fiesta no puede concluir sin dirigirles la palabra; piensan que este orador les debe un discurso en cada uno de estos casos. Y alguna vez hemos visto al público murmurar su descontento y abandonar cariacontecido el local, como si hubiese sufrido la mayor de las decepciones.

Pero tanto estas y otras envidiables facultades que debe á la naturaleza, como las que son hijas del estudio y del arte, necesitan un

medio conveniente para alcanzar todo el desarrollo de que son susceptibles. Hablar sentado, es para él un tormento. Quien le haya visto en esta situación, comprenderá lo que debe sufrir su cuerpo, que parece el de un hombre encadenado que forcejea por romper las ligaduras. Su mímica, que tanto realce presta á su palabra, queda muerta, y privado su discurso de la mitad de sus encantos. Su voz de timbre metálico y su precipitación en el decir, no se compadecen con la severidad y aplomo que requieren los trabajos académicos debidos á la meditación y al raciocinio. Las reverberaciones de su fantasía, y sus pensamientos más brillantes que profundos, piden un auditorio variado y menos sesudo que el de las corporaciones doctas, más ganosas de la exactitud y alcance del concepto que de la belleza de la forma. Su estatura aventajada, la soltura y elegancia de sus movimientos, reclaman lugar en donde todas estas cosas, que influyen en el éxito del discurso, sean apreciadas y estimadas como corresponde. Ni en la cátedra ni en el Parlamento puede, por consiguiente, poner en juego todos sus recursos, ni producir todo el efecto de que es capaz como orador. Moret necesita, para llegar á su apogeo, el teatro. Allí es donde despliega todas sus facultades y consigue sus más señalados triunfos.

Jamás le hemos visto arrancar aplausos más espontáneos ni más unánimes que los que obtuvo en el teatro Real la noche de la velada literaria celebrada por el Ateneo con motivo del Centenario de Calderon, ó aquella en que tuvo lugar en el Español la dedicada al difunto Sr. Moreno Nieto. Los brillantes colores de los trajes, la viveza de la luz, la animación de los rostros de las señoras, lo heterogéneo del auditorio, el lujo del decorado y la amplitud misma del local y del espacio libre que tiene para moverse, todo este conjunto de cosas contribuyen á que Moret crezca, se agigante y se muestre en toda su plenitud. Para comprobar la exactitud de esto, hay que ver la serenidad y valentía con que, cual si obedeciese á una evocación, surge de repente en medio del escenario, y desviándose de la mesa que á otros sirve de apoyo y parapeto, se adelanta con paso firme y resuelto ademán hacia el centro de la sala. Cuando se le contempla en este momento, ocurre la idea de que, á haber vivido Moret en la antigüedad, habría ganado por su figura el premio en los juegos olímpicos ú obtenido el cargo de sacerdote del sol en algún templo del Oriente, á semejanza de Heliogábalo; tan gentil y gallarda es su apostura, y tan radiante

aparece su rostro en el que se refleja toda la lozanía de su naturaleza.

Convencido del valor é influjo de todo esto en el auditorio, da rienda suelta á todos sus recursos y, ya hiende brioso el espacio con las manos, ó cruza trágicamente los brazos en señal de desconsuelo; ora eleva la vista á las alturas, ora la clava en el pavimento, como si con él hablara; ya adelanta, ya retrocede, pero correspondiendo todo ello á los sentimientos expresados, á pesar de la velocidad del pensamiento y la palabra, de modo que su oratoria adquiere todo el vuelo que le es dable alcanzar, y el público, subyugado, lleva su entusiasmo hasta el delirio.

Como todos los hombres de varias aptitudes y grande actividad, Moret no se ha contentado con esto. Colmadas sus satisfacciones en este terreno, y ocupadas por él muchas de las principales posiciones que se ambicionan en la política, deseaba conquistar alto lugar en otra esfera, y puso los ojos en uno de los puestos más altos si no el primero de los que pueden ocupar los hombres científicos en nuestro país, en la presidencia del Ateneo. Habría convenido que hubiese tomado parte en los interesantes problemas que en estos últimos años han sido objeto de debate en aquella alta corporación, para que se le conociese como tal; porque á la verdad, no traía principalmente otros títulos que lo recomendaran al favor del Ateneo que su resonancia en la política; y es lo cierto que, si en la política es frecuente que no guarden relación alguna los conocimientos ó aptitudes del agraciado con el puesto á que aspira, porque casi siempre se trata sólo de premiar los servicios prestados á la *causa* del partido, en este otro orden de la vida no cabe recompensar otros servicios ó tener en cuenta otros méritos que los que se fundan en los trabajos científicos, por ser la ciencia la causa común.

Se ha saltado, sin embargo, por esta consideración tan natural, más de una vez, porque el Ateneo gusta también de que los que se hallen á su frente vengan precedidos del ruido que acompaña á los políticos—y hasta pudiéramos decir que por obedecer todo aquí á los planes de la política—y el Sr. Moret ha sido elegido, y ocupa con gusto de todos el sillón presidencial.

El alto concepto de que aquí y fuera de aquí goza esta corporación, hasta ser considerada como el centro en donde se refleja la más alta cultura de la patria, motiva que el acto de la apertura de sus cátedras revista para todos las proporciones de una verdadera solemnidad científica de altísima significación, y que el discurso que se lee en esa no-

che deba ser exacta representación del saber del Ateneo. Es, pues, este trabajo la obra de más empeño que puede acometerse, y pocos los que la han llevado á digno remate. No puede ser de otra manera. El auditorio no se compone, como el que suele asistir á otros sitios, de hombres profanos ó meramente aficionados á los trabajos de la corporación, sino de jóvenes estudiosos que están al tanto de las últimas ideas, ó de veteranos curtidos en la enseñanza y probados en las rudas batallas de la ciencia, y no sólo de cultivadores de una rama de conocimientos, sino que desde la epigrafía y la numismática, hasta la más abstrusa filosofía, todas tienen en él numerosos y muy legítimos representantes. Para concurso de tal naturaleza, claro es que, sea el que quiera el tema escogido, no pasa inadvertida, desde la más leve incorrección gramatical, hasta las fuentes de conocimientos que se han tenido á la vista para la composición del discurso; todo se depura y aquilata en el momento. Lógico es, por tanto, que esta obra requiera alientos muy superiores y exija meditaciones serias por parte del que á ella se compromete, si no quiere sufrir un desencanto. Era, pues, natural la espectación con que muchos esperaban este trabajo, y las diversas conjeturas que acerca del mérito del mismo se hacían antes de conocerlo. La agitada vida del Sr. Moret le impedía, en opinión de los más, dedicar á su estudio el tiempo suficiente y encontrar el reposo y la calma que exige la exquisita labor de trabajos de esta índole, en que hay que pesar y medir los pensamientos y las palabras, si no ha de exponerse el autor á caídas y desastres.

Hay que confesar, sin embargo, que, aparte de las contradictorias opiniones que circulaban y los temores que asaltaban á muchos, todos convenían en un punto—que acredita cómo se tiene más fe y se espera y confía más en las facultades naturales que en aquéllas que se han formado mediante el esfuerzo y labor continuada—cual era, que Moret no había de hacer un discuso despreciable, que el talento eso tiene, la virtud de salvar con arte los precipicios manejándose de manera que resulte un trabajo con profundidad bastante á no merecer la nota de ligero en demasía, y con la superficialidad conveniente á decir sólo aquello de que se está seguro para no comprometerse en aventuras.

Esto ha acontecido con el Sr. Moret y su discurso. Dadas sus particulares preferencias, el ánimo se inclinaba á creer que escogería un tema de los muchos que preocupan actualmente á la ciencia económica, lo cual le habría permitido dominar mejor la situación y pro-

porcionado más desembarazo. Pero nó; el Sr. Moret quería dar á entender que las tareas políticas, á las cuales parecía por entero consagrado, no le habían alejado del movimiento intelectual hoy más en boga, é imbuído, por otra parte, de la creencia exacta de que la Sociedad de que era Presidente cifra su mayor gloria en ser órgano de todo lo nuevo que se da á luz en el mundo científico, y que prefiere á otros asuntos los más árduos de entre los que pueden ser objeto del pensamiento, se decidió á desarrollar un punto para el cual se necesitaba buen caudal de conocimientos especiales. No otras pueden haber sido las consideraciones que tuvo presentes para entrar en un terreno en que es profano. También nosotros reconocemos que ellas son atendibles; pero hemos de manifestar que, sin desatenderlas, había otra porción de temas ofrecidos por las ciencias morales y políticas que llenaban aquellas condiciones, y de los cuales habría salido más airoso, sin duda alguna. Hubo, no obstante, habilidad, y se trató de conseguir con el punto adoptado dos cosas: demostrar que se tienen fuerzas para acometer tales empresas, y que apareciese desenvuelto con carácter elevado un tema que realmente lo exigía. De aquí que hayan salido como dos discursos: uno, el menos importante, al que se ha dado más extensión, que trata de las causas que motivan el predominio de las ciencias naturales; y otro, de más interés, en el que se aprecia muy ligeramente el valor de algunas importantes afirmaciones de las ciencias experimentales. No es, pues, este discurso el planteamiento de una tésis y su resolución, ni la manifestación fundada del pensamiento propio, favorable ó adverso á una doctrina científica, sino la exposición de varias cuestiones relacionadas más ó menos entre sí.

Quizá esta incoherencia y extraña composición de su discurso se debe á no haber tenido el Sr. Moret concepto formado acerca de la parte más sustancial de su trabajo; mas no puede alegarse esto como una disculpa, aun cuando él mismo se declarase incompetente en la materia de que hablaba. Todos los cargos de esta clase piden condiciones peculiares en el que los ha de desempeñar, y por eso, en el hecho de solicitarlos se considera que los reune, y no es lícito declararse profano respecto de un asunto que se ha elegido libremente y en el momento preciso en que ha de justificarse la elevación. Son estos momentos culminantes en la vida de los hombres, y se juega en ellos la reputación, pudiéndose quebrantar si se tiene ya cimentada, ó perderla totalmente.

Estamos seguros de que el Sr. Moret no se hizo cargo de las circunstancias, ó las interpretó torcidamente. Acostumbrado á los fáciles triunfos que en otros lugares consigue el mágico poder de su palabra, se olvidó de que ésta debía dejar plaza al pensamiento, y le preocupó más de lo conveniente el aplauso; en todo se descubría este deseo principal.

Nada hemos de decir respecto del trabajo en su fondo, porque planteado el tema en preguntas á guisa de formulario, y eludiendo contestaciones categóricas, francamente, no era muy difícil y no se necesitaba ser pensador para la exposición de la doctrina, por hacerlo también sólo en aquella parte que puede decirse es ya hoy del dominio común. Obligados estamos, no obstante, á manifestar que resplandece en el conjunto la claridad que en todos los discursos de su autor; que las observaciones que se hacen á ciertas atrevidas inducciones de la metafísica positivista, se han pensado bien; y que si el lenguaje no es rico, lo cual se nota siempre en el Sr. Moret, en cambio es más escogido y el estilo más elevado que de costumbre.

Orlando.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

El Parlamentarismo, por D. Telesforo Ojea y Somoza.—Madrid, 1884.

Parécenos que el objeto perseguido por el Sr. Ojea y Somoza al dar á la estampa el trabajo que titula *El Parlamentarismo*, ha sido el de propagar afirmaciones concretas de determinada escuela política, y no el de presentar doctrina elaborada por método científico en presencia de hechos agrupados por relaciones de semejanza; así es que sus condiciones todas revisten el carácter de principios hallados y demostrados por anteriores procesos de investigación, sistema más adecuado al afán de arrastrar por la brillantez de las proposiciones, que dirigido á evidenciar por juiciosas y severas indagaciones y deducciones.

Con rapidez que acaso peque de excesiva y sea más propia de la polémica diaria que del libro, expone el autor el régimen representativo y los sistemas constitucional y parlamentario, tratando de fijar la significación de cada uno de ellos. Pasa á consignar la conveniencia y razones de dividir los poderes del Estado en legislativo, ejecutivo y judicial, en virtud de la ley de la división del trabajo y en evitación de las tiranías que pudieran originarse de su concentración en una sola mano, hallando que esta división es ficticia en las Monarquías; y tras de un exámen breve de la aparición del régimen representativo en la Edad Media y de cómo se convierte en parlamentarismo en el siglo XVIII, y principalmente en el reinado de Jorge III, pasa á enumerar sus inconvenientes, revistando uno por uno y con detención que no corresponde á la brevedad de los otros números, todos los falseamientos á que puede hallarse expuesto el sistema, entre los que señala

sucesivamente los amaños electorales, la ingerencia del Gobierno en al discusión de actas, la elección de Presidente de la Cámara adicto á la política del Ministerio y por esta razón votado por las mayorías, la discusión del Mensaje, como dado á estériles debates, las preguntas á interpelaciones, que pueden estar inspiradas por bastardos móviles, los votos de censura y de confianza y las autorizaciones al Gobierno. Pone fin á su tarea el señor Ojea y Somoza desarrollando por medio de algunas aseveraciones las facultades que deben tener los Parlamentos y los poderes ejecutivo y judicial, según la conocida teoría del Sr. Pí y Margall.

En suma, *El Parlamentarismo*, más bien que una discusión de Derecho político sobre el asunto enunciado, es una enumeración clara y sencilla de las aspiraciones del partido que aboga por las instituciones republicano-democrático-federales.

El Socialismo Alemán.—*Estudio de Política contemporánea*, por D. Eduardo de Huertas.—Madrid, 1884.

No dudaremos, ciertamente, en calificar de interesante el folleto del señor Huertas. La preponderancia militar del Imperio alemán sobre los otros pueblos del Continente europeo, atrae, ávidas de sorprender el secreto de su grandeza, todas las miradas de los pensadores y estadistas modernos, y cuantos trabajos se encaminen á darlo á conocer, ya en sus elementos de poder y fuerza, ya en los males que le afligen como amenaza para el porvenir, á más de ser datos que deben reunirse á la propia experiencia, pueden ser de gran utilidad y provechosa lectura, si, como *El Socialismo Alemán*, están hechos con seriedad y conocimiento del asunto.

Cita el Sr. Huertas las dos escuelas que principalmente se disputan el derecho á la reforma en Alemania, la revolucionaria y la conservadora; la una, con sus ideales de reorganización de la sociedad, abolición de la ley del salario, la distribución de riquezas y otro sinnúmero de reformas á las cuales quiere llegar por la revolución; la otra, que se declara capaz de resolver la cuestión social sólo mediante reformas que los órganos existentes de los Gobiernos pueden introducir en la ley positiva. Y para hacer el estudio de estos dos partidos, se ocupa primero del socialismo revolucionario, reseñando detenida ¡y minuciosamente su historia y estado actual; inquiere luégo el estado moral de la capital de Prusia, en la que la miseria, á pesar de sus grandezas, clava sus garras, hasta el punto de que el número de personas que recibían socorros del comité de beneficencia durante el año 1872,

se elevaba á 150.000, y la asistencia pública por sí sóla gastaba un millón de thalers; estudia el socialismo conservador ó del Estado, cuyo representante moderno es el Príncipe de Bismarck, que, siguiendo la senda abierta por las moratorias concedidas por los soberanos en defensa de los deudores cuando lo consideraban necesario para los pueblos, pretende resolver la cuestión social de su país por medio del seguro obligatorio y administrado por el Estado, con objeto de constituir una renta destinada á que el obrero pueda prevenir sus necesidades y las de sus hijos en los días en que no le sea posible hacerlo con los productos de su trabajo; y concluye con una serie de atinadas observaciones sobre la intervención del Estado en aquellas que parecen atribuciones exclusivas de la iniciativa individual.

Revistas.—Revue des Deux Mondes.—París. 15 de Noviembre.—*Las industrias artísticas*, por C. Lavollée.—Tiene razón el distinguido autor del artículo que señalamos: toda obra humana necesita y atestigua la intervención del arte. Los arqueólogos, comparando las formas y el color de los más modestos utensilios encontrados en las ruinas de las edades pasadas, descubren en ellos el grado de civilización que alcanzara la sociedad á que pertenecieron. El arte no es sólo el cooperador de la industria; cuando las sociedades se enriquecen y tienen la necesidad y el gusto del lujo, la industria se pone al servicio del arte tomándole sus procedimientos y sus fuerzas; la industria, en muchas de sus producciones, persigue entonces más bien lo bello que lo útil. Así el progreso de ella está íntimamente enlazado al progreso de las bellas artes, y en medio de la universal concurrencia, la superioridad artística procura al país que la posee tanto honor como provecho. Esta superioridad, según Lavollée, ha pertenecido largo tiempo á Francia, pero empiezan á disputársela hábiles rivales. ¿Qué causas han motivado la posibilidad de esa concurrencia en los mercados? He aquí lo que convenía esclarecer y determinar para el estudio de los medios apropiados de mantener la industria francesa en su esplendor. La investigación ha sido llevada á cabo por una comisión que el Ministerio de las Artes nombró en 1881 para que examinase «la situación de los obreros y de las industrias de arte.» De sus trabajos que acaban de publicarse en una información, se deducen una serie de hechos de enseñanzas y consejos que han fijado la atención del autor de este artículo, en el cual se exponen y comentan, aunque sucinta, razonablemente. Desde que en la Exposición universal de Lóndres en 1851, Francia obtuvo con los productos de su industria artística un triunfo halagüeño, todas las naciones quisieron imitarla; en muchas de ellas se fundaron Museos y

Escuelas y se organizaron exposiciones locales; Inglaterra, particularmente, hizo esfuerzos considerables á fin de levantar sus industrias de arte, creando el Museo Kensington, donde acumula numerosos y bellos modelos. Este deseo general ha hecho que, aunque los productos de Francia, por el gusto y habilidad nativa en sus obreros, sean todavía apreciados con preferencia á otros, esta nación vea hoy en peligro su reinado. Concurren para ello diversas circunstancias: en primer lugar, las escuelas de aprendices están, según las estadísticas presentadas, cada día más desiertas; el salario, por consiguiente, ha llegado á elevarse notablemente sobre el de otras naciones, como Alemania, Suiza y Bélgica, y el producto francés es más costoso que el de aquellos países en donde el empleo creciente de las máquinas en las industrias artísticas facilita y aumenta la obra. Los individuos de la comisión nombrada y el autor del articulo á que nos referimos, entran en el estudio de las causas que han motivado estas variaciones y allegan datos que nos es imposible recoger en esta noticia, pero que son bastante interesantes para que puedan consultarlos aquellos que se propongan el conocimiento de este asunto, de vital importancia para España, en donde desgraciadamente el arte decorativo y ornamental que nos sedujo en alguna época, arrastra hoy una lánguida vida, si es que el optimismo puede consentirnos decir que vive.

Le Livre. — París, 10 de Noviembre. — *La literatura mural.* — *Estudios sobre los carteles literarios en Francia,* por Gustavo Fustier.— Comprendiendo que los variados anuncios fijados en los sitios más públicos de una capital dan idea de la historia de un país, de su vida política y de sus costumbres, sus duelos y sus fiestas, M. Fustier reune en este ingenioso y curiosísimo artículo interesantes datos, que podrían servir al que se propusiera escribir la historia de los reclamos bajo todas sus formas en Francia. Describe, aunque necesariamente de un modo sucinto, la colección única de *affiches* ilustrados, en que M. Dessolliers ha gastado tanto tiempo y tanta paciencia, y en que figuran ilustraciones de Gavarin, Gustavo Doré, Grandville, Bertall y otros grandes artistas; estudia el modo como se forman estas colecciones, que exigen, á más de las condiciones generales para todas, astucia y audacia; habla del cartel enigma y de las portadas de las novelas de folletín, trabajos en los cuales tanto ingenio han demostrado los franceses, y se ocupa luégo de los dibujantes de los *affiches*, á la cabeza de los cuales coloca á M. Jules Chéret, de la instrucción que el vulgo recoge de estos coloreados pedazos de papel que ve al pasar en las esquinas, y dedica algunas líneas á aquellos que se dedican exclusivamente á fijarlos, cuyo número, según el autor, asciende hoy á 200 en París.

Archives de Physiologie normale et pathologique.—París.—Octubre.—I *Sobre el desenvolvimiento de los elementos de la médula de los mamíferos*, por M. W. Vignal. El artículo de que muy á la ligera damos cuenta, es notable, por cierto, y versa en la parte publicada sobre la morfogénesis de la médula. Despues de consignar su autor los objetos sobre los cuales su trabajo ha recaído, y de reseñar los métodos empleados para la experimentación, presenta en resumen los trabajos de Remak, Bidder y Kupffer, Besser, Robin, Lubinoff, Boll, Eichhorst, Hensen y Kœlliker acerca del desenvolvimiento de las células nerviosas; investiga el objeto de la formación de la médula hasta la aparición de las células nerviosas, examinando sucesivamente el tubo neural primitivo, que se presenta en casi todos los vertebrados primero como un repliegue del ectodermo situado en medio del embrión, y después en forma de tubo cerrado; la aparición de la sustancia grís, el modo de la génesis de los elementos de la misma y su estructura en los embriones de los mamíferos; y describe, por último, la médula desde la aparición de las células nerviosas hasta el nacimiento y evolución de estas últimas.

JOSÉ LUIS ALBAREDA,
PROPIETARIO-FUNDADOR.

L. A. RUIZ MARTINEZ,
PROPIETARIO-DIRECTOR.

OMNIPOTENCIA DEL PODER EJECUTIVO [1]

Dos citas del Sr. Posada Herrera.—El poder *ejecutivo*; antinomia entre la humildad de su nombre y su omnipotencia efectiva.—Distinción entre la función propiamente ejecutiva, la administrativa y la gubernativa.—Extensión y carácter de la administrativa.—Origen histórico de aquella omnipotencia.—Escasa eficacia de la intervención del Parlamento en la marcha del poder ejecutivo.—Cómo sucede lo contrario con la intervención de éste en la función de aquél.—La centralización, la burocracia, la empleomanía, el expedienteo y el caciquismo.—Por qué los abusos del poder ejecutivo producen peores consecuencias que los del legislativo.—La arbitrariedad como resultado final.

Según el Sr. Posada Herrera, el derecho administrativo se ha convertido, en nuestra patria, «en un montón de escombros, bajo cuyo peso gimen todos los españoles que no gozan del favor de quien á la sazón gobierna,» á lo cual añade, que el escándalo en este punto ha llegado á ser tal, que «es casi un apotegma que las leyes y los reglamentos no se entienden con los amigos.»

En cambio, Fischel escribía, hace años, lo siguiente: «la administración inglesa es como una base de bronce sobre la cual puede colocarse uno ú otro Ministerio sin aplastarla; sea jefe del Gobierno Lord Russel ó séalo Lord Derby, el pedestal permanece inmóvil.»

Trascritos estos dos textos, tentados estamos á hacer aquí

(1) Capítulo de un libro inédito sobre el *Régimen parlamentario en la práctica.*

punto y dar por dilucidado el tema de la omnipotencia del poder ejecutivo.

Lo que llama ante todo la atención en esta materia, es la contradicción entre la humildad de la función que implican los términos *poder ejecutivo*, y lo extenso y absorbente de la que desempeña en realidad, contradicción que nace de la impropiedad de aquel nombre y de lo inexacta é incompleta que es la doctrina corriente respecto de la división ó clasificación de los poderes.

Parece á primera vista que toda ley, después de hecha por el poder legislativo, necesita, para vivir, del auxilio del ejecutivo, por lo cual, sin duda, se considera la facultad de dictar reglamentos como una de las más características é importantes de éste. Y, sin embargo, lejos de ser exacto semejante supuesto, las más de las leyes, comenzando por los Códigos casi en su totalidad, rigen y se desenvuelven sin intervención alguna del poder ejecutivo. Lo que sucede es que éste, al lado de la función implicada en los términos de su denominación, desempeña otras dos más trascendentales y á las cuales debe su importancia y su predominio, es á saber: la *administrativa* y la *gubernativa*.

Para apreciar el carácter y extensión de la primera, basta atender al contenido del llamado *derecho administrativo*, de esta «congestión del Estado moderno;» y hablamos de su contenido y no de su concepto, porque éste, después de tanto como sobre él se ha escrito, parece como la cuadratura del círculo de la ciencia jurídica. Pero observando las materias que de ordinario se supone ser de su jurisdicción, encontramos que es una suma de cosas tan heterogéneas como éstas: organización del poder ejecutivo (clasificación de servicios, empleados públicos, etc.); vida del Estado (Hacienda, ejército, policía, etc.); prevención general (registro civil y de la propiedad, notariado, etc.); tutela de los distintos fines de la actividad (culto y clero, enseñanza oficial, beneficencia, museos y exposiciones, obras públicas, etc.); y por añadidura, lo referente á organización municipal y provincial, que manifiesta-

mente pertenece al derecho político; lo relativo á ciertas materias, como aguas, minas, montes, etc., que, sin duda alguna, corresponde al derecho civil, y lo respectivo á establecimientos penitenciarios, que toca al derecho penal.

Y para estimar en su justo valor la función *gubernativa*, basta atender á que ese llamado modestamente *poder ejecutivo* tiene la iniciativa para proponer leyes al legislativo, y es inspirador y director de la política general que impera en el país bajo la acción del partido á cuya cabeza se halla.

Ahora bien, de aquí resulta que, dada la índole de cada una de estas funciones, la *ejecutiva* es la que menos importa, y la *gubernativa* y la *administrativa* son las más interesantes, como que á ellas es debida la *omnipotencia* ministerial en que vamos á ocuparnos, y la cual, en nuestro juicio, tiene sencilla explicación histórica.

Al establecerse el régimen representativo en los países en que imperaba el absolutismo, se cercenó de la plena y absoluta autoridad que ejercían los Monarcas, la que se atribuyó al Parlamento, quedando investidos aquéllos con todo el poder restante. Pero como al propio tiempo se afirmó la doctrina de la irresponsabilidad del Rey y de la responsabilidad de los Ministros, y se dijo que aquél *reina* y *no gobierna*, resultó que, entre los tres poderes generalmente admitidos, el ejecutivo fué el que vino á ser heredero y sucesor del antiguo *poder real*. Y como si esto no fuera bastante, contribuyeron á que las cosas marcharan por ese camino dos circunstancias: una, la confusión, todavía sobrado imperante, del poder ejecutivo con el propio del Jefe de Estado; y otra, que la Revolución cometió el grave error, como ha observado Tocqueville, de matar el absolutismo político dejando en pie el administrativo, y poniendo así la cabeza de la libertad sobre un cuerpo servil. «La máquina admirable inventada para destruir el franco absolutismo del antiguo régimen, dice César Balbo, no ha servido más que para producir uno nuevo é hipócrita.» Y como á la vez, por virtud de la suerte que tuvieron los organismos históricos á cuyo cargo corría el cumplimiento de varios fines sociales, el

Estado tomó de su cuenta el atender á los más de éstos, ha resultado un ensanche tal de la esfera de acción de aquél, ó, mejor, del llamado poder ejecutivo, que Minghetti, con razón, dice que la *Administración* envuelve al ciudadano por todas partes, y que, tomando en las sociedades modernas el puesto que antes ocupaba la Iglesia, acompaña al hombre desde la cuna hasta el sepulcro. Únase á esta extensión extraordinaria de atribuciones los vicios de la *centralización* y de la *arbitrariedad*, heredados del antiguo régimen, y se comprenderá fácilmente por qué en ciertos países el poder ejecutivo es *omnipotente*, con grave daño de la pureza del régimen parlamentario.

Hemos visto en el capítulo anterior, que una de las funciones del Parlamento consistía en ejercer sobre el gobierno y la administración del país una constante inspección, la cual puede parecer quizás un tanto incompatible con la independencia que se estima condición esencial de todo poder, y, por tanto, del ejecutivo, y acaso sería innecesaria si los servicios públicos tuvieran una organización popular y corporativa en vez de la unitaria y burocrática, que es la más frecuente; si fuera cosa fácil exigir la responsabilidad civil y criminal á los funcionarios ante los tribunales de justicia, y si la opinión pública tuviera la fuerza y la energía que son necesarias para imponer el eficaz correctivo de su sanción á las demasías de las autoridades y de los empleados. Pero sea de esto lo que quiera, la experiencia demuestra la escasa eficacia de esta intervención del Parlamento en la marcha del poder ejecutivo, aun dependiendo la vida de éste del apoyo de aquél. Las Cámaras pueden mantener ó derribar un gobierno; pero mientras lo sostengan, su acción en la esfera administrativa será libérrima, sin que las preguntas é interpelaciones de los representantes del país sirvan para gran cosa, fuera de las trabas que la publicidad pone siempre á los excesos que revisten el carácter de escandalosos.

En cambio, la intrusión del poder ejecutivo en la esfera de acción del legislativo, es la causa principal de la influencia decisiva que á costa de éste ejerce aquél en el régimen po-

lítico de los pueblos. Si los gobiernos se limitaran, en sus relaciones con el Parlamento, á recabar de éste el apoyo de que necesitan, por buenos medios y para fines desinteresados, cada cual ocuparía el puesto que le corresponde. Pero ya hemos visto más arriba que no sucede eso, sino que, por el contrario, el interés de partido y el afan de conservar el poder, conducen á una serie de mistificaciones del régimen parlamentario que, comenzando por el falseamiento de las elecciones y continuando por hacer casi todas las cuestiones de gabinete y por apelar á todos los medios para procurarse una mayoría compacta y servil, concluye por convertir el Parlamento en una como á modo de oficina del poder ejecutivo, ó, cuando más, en una especie de Consejo de Estado.

Una vez los gobiernos en este camino, lejos de servir el Parlamento de freno á su arbitrariedad, la ampara y facilita, sacrificando así la justicia y el crédito de las instituciones políticas al interés de partido y al egoismo individual, porque halla aquélla un estímulo y un acicate donde debía encontrar una sanción y un correctivo. ¿Cómo han de ponerlo las Cámaras á las extralimitaciones del poder ejecutivo en cuanto al cumplimiento de las leyes, al despacho de expedientes, al nombramiento ó deposición de funcionarios, etc., cuando precisamente tienen por objeto tales abusos premiar servicios electorales á que deben sus puestos los *soi disant* representantes del país, ó favorecer á los caciques que los apoyan en los distritos, ó tenerlos á ellos mismos contentos y satisfechos para que sigan prestando un apoyo incondicional á la situación? Resulta así que entre ambos poderes se celebra implícitamente uno de aquellos contratos innominados que expresaban los romanos en los términos: *do ut des*, *facio ut facias*, cuyo fin no es seguramente el imperio del derecho ni el bien de la patria, y cuyo resultado es el completo desprestigio del régimen parlamentario.

Así no es maravilla que la Administración pública adolezca de vicios y defectos como la *centralización*, la *burocracia*, la *empleomanía*, el *expedienteo* y el *caciquismo*, que todos los

partidos censuran severamente desde la oposición y á que ninguno procura poner remedio eficaz desde el poder.

No desaparece la *centralización,* según dijimos en otro lugar, porque ella da á los que mandan esas *funestas facilidades* que tan útiles y provechosas son para *hacer* las elecciones, pues que los ministros y los gobernadores tienen de ese modo en sus manos un conjunto de facultades y atribuciones que, en vez de ponerlas al servicio de la justicia y del procomun, las convierten con frecuencia en fuente copiosa de favores y bendiciones para los amigos, y en caja de Pandora, de donde sale todo género de males y de daños, para los adversarios.

No desaparece la *burocracia*, este nuevo poder, que ha surgido en las sociedades modernas al propio tiempo que morían el de la aristocracia y el de la teocracia, porque siendo todo lo dúctil y maleable que es preciso para conservar su imperio, en cierto modo secreto, pero no por eso menos eficaz, se presta admirablemente á servir de dócil instrumento de todas las situaciones.

No desaparecerá el gravísimo mal de la *empleomanía*, mal á la vez administrativo, político y social, en cuanto los servicios públicos no pueden marchar bien con funcionarios cuya suerte está á merced del capricho de un cacique; la política pende á veces del hambre de los empleados pasivos ó del miedo á la cesantía de los activos, y la vida social está perturbada por el insano afán de vivir de un sueldo del Estado, como si la agricultura, la industria y el comercio fuesen profesiones poco honrosas; no desaparecerá, decimos, porque de los destinos, creados para la mejor administración del país, se dispone anchamente para premiar con largueza los servicios prestados en las elecciones á los candidatos oficiales, ó en el Parlamento á los gobiernos.

No desaparecerá el *expedienteo*, ese procedimiento arbitrario, sin formas precisas y sin términos fijos, que, según que se trata de amigos ó de enemigos, anda ó se para, se abrevia ó se alarga, porque es cómodo para el poder ejecutivo que la ley tenga dos caras: una, muy severa y rígida, la que mira á los

adversarios; otra, muy bondadosa y placentera, la que mira á los adeptos.

No desaparecerá, en fin, el *caciquismo*, este feudalismo de nuevo género, cien veces más repugnante que el guerrero de la Edad Media, y por virtud del cual se esconde bajo el ropaje del gobierno representativo una oligarquía mezquina, hipócrita y bastarda, porque los *caciques* hacen las elecciones á medias con los gobiernos, y si éstos necesitan de aquéllos y aquéllos de éstos, de unos y otros necesita el diputado para *cultivar su distrito*.

¿Es que todos estos males son de tal naturaleza que no hay remedio posible para ellos? ¿Es que implican problemas para los cuales la teoría no ofrezca solución? Nada de eso.

La *centralización* es censurada y condenada por todos los partidos, sobre todo bajo el punto de vista de sus relaciones con el sistema representativo. «Sin libertades provinciales y municipales, dice Laveleye, la República es un libro sin título.» «Sin autonomía local y sin tribunales independientes, escribe Bunsen, el régimen parlamentario es una *mauvaise plaisanterie*.» «Es preciso introducir en la administración mucho *federalismo*,» escribía Benjamin Constant. «Cuando el poder supremo tiene á la vez la misión de gobernar con la libertad y de administrar con la centralización, la obra es casi imposible,» decía Guizot. ¿Cuáles son los medios de corregirla? Cuatro: primero, consagrar la autonomía local, respetando la libertad de acción, dentro de su propia esfera, de los Ayuntamientos y de las Diputaciones provinciales; segundo, crear nuevos organismos que, extendiéndose por todo el país y constituídos en una forma colectiva y popular, tomen á su cargo la realización de aquellos fines sociales que por razones históricas están bajo la tutela del Estado; tercero, sustituir la organización unitaria y burocrática de la administración con otra en que se ensanchen las facultades de los funcionarios inferiores y se haga efectiva la responsabilidad de éstos; y cuarto, sustraer á la acción del Estado todo aquello que sin peligro ni inconveniente puede fiarse á la libre actividad individual y social.

En cuanto á la *burocracia*, la *empleomanía* y el *expedienteo*, estos tres vicios que se dan la mano, desaparecerán el día en que se establezca un procedimiento administrativo con trámites precisos y plazos fijos y sin secretos para nadie, y en que se organicen debidamente las carreras del Estado. Entonces se cortarán los vuelos á la burocracia, porque todo su poder estriba en la arbitrariedad y en la irresponsabilidad de hecho de que gozan los funcionarios públicos, escudados con la ilusoria responsabilidad de los ministros; y entonces se evitará lo que constituye, como decía Montalembert, la peor de las enfermedades sociales, esto es, el deseo universal é inmoderado de los destinos públicos, «el cual esparce por todo el país un espíritu venal y servil, que no está reñido, ni aun en los mejores, con el espíritu de facción y de anarquía; él crea una muchedumbre de hambrientos, capaces de todos los furores con tal de satisfacer su apetito, y de todas las bajezas cuando están hartos. Un pueblo de pretendientes es el último de los pueblos; no hay ignominia por la que no se le pueda hacer pasar.» Así vemos cómo partidos que se fabrican en el poder por obra y gracia de la hartura, se disuelven en la oposición por ministerio del hambre.

Y remediados todos estos males, quedará herido de muerte el *caciquismo*; porque, ¿cómo ha de ser posible, cuando no dependan de la arbitrariedad de los ministros ó de los gobernadores el despacho de los expedientes y el nombramiento de empleados, y cuando se pueda exigir la responsabilidad debida á todos los funcionarios que infrinjan las leyes? El día en que al habitante de la aldea más insignificante le sea dado acercarse al alcalde, al gobernador, al delegado de Hacienda ó al jefe de Fomento sin más compañía ni recomendación que la de su derecho, y sin necesitar para nada el favor y el apoyo de los caciques que imperan en las capitales ó de los caciquillos que mandan en los pueblos, habrán desaparecido el poder y la influencia de esta oligarquía mezquina y bastarda, que viene á ser una parodia ridícula y odiosa de la feudal de otros tiempos.

Mientras no se corrijan estos vicios, el régimen parlamen-

tario, en vez de ser una garantía del derecho, será todo lo contrario. En primer lugar, resulta de aquéllos una *administración de partido*, la cual, como dice Minghetti, es «la negación de la esencia y del fin del Estado,» en cuanto lo que debe de ser medio de amparar los intereses legítimos de todos los ciudadanos, se convierte en instrumento de injusticia, siéndolo unas veces del favoritismo y otras de la persecución, por donde puede suceder lo que teme Arcoleo: *que la política mate al derecho.* Luégo, como son tantos los servicios que corren á cargo del Estado, el desórden administrativo trasciende á todas las esferas de la vida, resultando así que aquél, en vez de dirigir, proteger é ilustrar la actividad individual y social, la extravía y la corrompe. Y como todo esto se hace para satisfacer el egoismo individual ó el interés de una comunión política, y por virtud de todos esos errores y corruptelas se apodera del país un partido, del partido el gobierno, y del gobierno un hombre, sucede que muchos, al parecer partidarios de la libertad son, según decía Tocqueville, servidores ocultos de la tiranía, la cual viene á ser permanente, cambiando tan sólo las personas favorecidas con su ejercicio.

Y nótese que en este punto, lo mismo que en los anteriores, el mal procede mucho más de los vicios y corruptelas que de los errores y preocupaciones. Podrá haber algo de esto último en lo referente á la función *gubernativa*, sobre todo en sus relaciones con el Parlamento; pero en una buena parte en cuanto á ésta, y en todo por lo que hace á la *administrativa*, los males más arriba indicados son fruto exclusivo de la perversión de la voluntad, y prueba de ello es que nadie los defiende y todos los censuran. Precisamente por esta circunstancia son más graves y sus consecuencias más perniciosas; porque cuando de otros se trata, todavía logran los políticos de oficio ocultarlos á los ojos de la generalidad de las gentes, haciéndolos pasar unas veces como males necesarios, cuando no como corolarios de los sofismas que deslizan con el nombre de doctrina constitucional, y consiguiendo otras que la conciencia pública se quede perpleja, sin acertar á discernir el uso del

abuso; pero nada de esto es posible en este otro caso, porque no hay argucia que sirva ni baste para convencer al ciudadano más lerdo de que son cosas justas, buenas y convenientes la arbitrariedad, el expedienteo, la empleomanía y el caciquismo.

Y nótese además que estos abusos en el ejercicio de las varias funciones que desempeña el poder ejecutivo, producen de hecho consecuencias más lamentables que los abusos en el ejercicio de la función legislativa. En primer lugar, un proyecto de ley, desde que se formula hasta que se promulga, recorre una serie de trámites cuya duración es una garantía, mucho más por la circunstancia de ser todos aquéllos públicos. Así vemos que los gobiernos, aunque cuenten con una mayoría complaciente en las Cámaras, se miran antes de poner á prueba su adhesión en este respecto. Por el contrario, cuando obran en la esfera administrativa, principalmente si lo hacen en uso de facultades discrecionales, todo pasa poco ménos que en el secreto y sin incurrir en ninguna responsabilidad efectiva. Por esto, los ciudadanos pueden á veces sentirse lastimados por una nueva ley dictada por la preocupación de escuela ó por el interés de partido; pero contra lo que claman indignados es contra las extralimitaciones y arbitrariedades de esa administración, con la que están á cada momento en contacto, por lo mismo que con ella tropiezan por todas partes, desde que nacen hasta que mueren. Prueba de ello es el cambio repentino que tiene lugar cuando una situación pública es sustituída por otra, aun cuando sigan rigiendo la misma Constitución y las mismas leyes. ¿No hemos visto, por ejemplo, que continuando en vigor las referentes á la imprenta y al derecho de reunión, sólo por el hecho de ser llamado á la gobernación del Estado el partido conservador, ha sido ilícito lo que antes no lo había sido, resultando así dos modos contrarios de *ejecutar* una ley?

Para comprender mejor la gran diferencia que hay entre los abusos del poder legislativo y los del ejecutivo, basta atender á lo que pasa en materia de impuestos; porque grave es, en verdad, que el primero consagre algunos de éstos que son

manifiestamente injustos, pero lo es mucho más la ilegalidad con que el segundo los reparte, ó lo que es lo mismo, la dificultad con que se tropieza en la práctica para hacer que prospere una reclamación de agravios. En este, como en los demás casos, es posible resignarse y transigir con lo que es fruto de un error de escuela ó de una preocupación de partido, porque deja siempre á salvo la buena fe de los hombres y la respetabilidad de los gobiernos; pero no cabe conformarse ni resignarse con lo que es efecto de una ilegalidad cometida, astuta ó paladinamente por los encargados de mantener el imperio de la ley.

En el fondo de todos estos abusos y extravíos hay una cosa con la cual no pueden resignarse los pueblos, es á saber: la *arbitrariedad*. Con profundo sentido decía el gran orador romano: *servi legum esse debemus, ut liberi esse possimus*. En todos los órdenes y esferas, la ley implica fijeza, estabilidad, regularidad, con la diferencia de que, si en la vida de la Naturaleza estos efectos se producen necesariamente, en la vida social puede estorbarlos la libertad del individuo, y por eso la misión del Estado, de la autoridad, consiste en hacerlos efectivos. Ahora bien: ¿no es una aberración inconcebible y un verdadero atentado que el poder, en vez de ser una garantía de orden, sea causante del desorden; en vez de protector del derecho, sea su inculcador, y en vez de mantener su imperio le viole y vulnere caprichosamente? Donde la ley es respetada, el ciudadano, con atender á ella y á su conciencia, vive tranquilo; donde, por el contrario, la autoridad misma la inculca é impera la arbitrariedad, aquél vive en una constante é incesante zozobra.

En una palabra, la teoría declara que el poder ejecutivo debe arrancar y proceder de las entrañas del legislativo y vivir por virtud de la adhesión y el apoyo de éste; y la práctica muestra que, por el contrario, son los gobiernos los que fabrican los Parlamentos, los cuales, en vez de ser los jueces y censores de aquéllos, se convierten en sus ciegos é incondicionales servidores. Únase á esto la absoluta irresponsabilidad de

que de hecho gozan los ministros, y la arbitrariedad casi ilimitada con que gobiernan y administran, y se comprenderá cómo ha podido decir recientemente un periódico monárquico-liberal español, que «las instituciones representativas, según hoy juegan y se mueven, irradian una ficción grosera, una mentira repugnante y un peligro pavoroso.»

G. de Azcárate.

EL SIGLO XIX

CONSIDERADO BAJO EL PUNTO DE VISTA MEDICO-SOCIAL [1]

II

Después de haber bosquejado la historia médica de nuestro siglo, describiendo sucintamente la serie de enfermedades nuevas que han adquirido derecho de domicilio en nuestras ciudades modernas, y poniendo de relieve el incremento fabuloso que han tomado otras ya conocidas en tiempos anteriores, vamos á estudiar los efectos que ha producido la gran revolución político-social desde el principio de este siglo en el desarrollo de las facultades intelectuales de las nuevas generaciones; la influencia que han tenido, tanto los grandes descubrimientos científicos en el comercio y la industria, como el derrame de la instrucción entre las masas populares, en la modificación de sus costumbres é ideas, así como los resultados inequívocos de la educación física, intelectual y moral de nuestra juventud en el modo de ser, pensar y sentir de los pueblos y la cultura de éstos, á su vez, que en la marcha progresiva de las naciones hacia el ideal de la perfección humana.

(1) Véase la REVISTA del 25 de Noviembre.

El primero y el más grande acontecimiento de nuestro siglo, es indudablemente la Revolución francesa, que destruyó los principios que formaron la base de la civilización europea durante muchos siglos. Francia fué la cuna de las grandes reformas sociales y el primer país donde cundieron las ideas fundamentales que rigen la sociedad moderna, como la igualdad de todos ante la ley, la participación igual de todos los ciudadanos en los deberes y derechos civiles y políticos, la libertad del trabajo y de la industria, la libertad de conciencia y del pensamiento, etc.

Hay sólo que deplorar para la humanidad que el progreso tenga algunas veces que realizarse por medio de la violencia; que las personas que dirigen las corrientes opuestas busquen su apoyo en la fuerza de la tradición y de la costumbre, que quiere el *statu quo* de la inmovilidad, y que la colisión de las ideas é intereses encontrados produzca generalmente combates y luchas sangrientas.

Cualquiera que sea la opinión que cada uno tenga sobre el valor y la verdad de los principios modernos, es innegable que pocos períodos históricos ofrecen tanta trascendencia para la vida de los pueblos de Europa como la Revolución francesa; pues ninguna de las otras anteriores y posteriores han dejado sentadas tan profundamente sus huellas como aquélla, que no sólo produjo un cambio en las tendencias y los fines de la sociedad, sino que, además, modificó las condiciones de su existencia moral y política. A partir de aquella época, la humanidad entró en una nueva fase de vida, proclamando, como dice el Sr. Castelar, «el derecho humano como base de todos los derechos, como objeto de todas las leyes, como alma del derecho á la libertad y como condición de la libertad á la igualdad.»

Un cambio tan radical de principios, tenía por consecuencia natural un cambio de ideas, de costumbres y de organización social; porque viendo el hombre dilatarse el horizonte para las aspiraciones inherentes á su naturaleza, y reconociendo que el terreno de la lucha era igual para todos, se pro-

puso mejorar su posición social por medio del trabajo y de la cultura de su inteligencia; los unos se dedicaron á las ciencias y á las artes, los otros al comercio y á la industria, y otros á cultivar la tierra y á enriquecerse con sus productos; cada uno se esforzó en contribuir por su parte á fomentar el progreso. El hombre no se contentó ya con servir de instrumento brutal para el trabajo; al contrario, trató de inventar instrumentos y máquinas con que suplir los brazos, que eran insuficientes para satisfacer su genio explorador. Los elementos constituyentes de la actividad humana se han dividido y multiplicado con innumerables disposiciones físicas é intelectuales de cada individuo por medio de la división del trabajo. Los diferentes ramos del saber humano progresaron, perfeccionándose cada día más, hasta llegar á una altura desconocida en los siglos anteriores. El trabajo y el deseo del trabajo son los signos característicos de nuestra época; ya no es el trabajo forzoso del esclavo y del siervo, sino el libre y espontáneo; ya no es el trabajo brutal y estéril de otros tiempos, sino el inteligente y productivo; pues antes se necesitaban brazos ó fuerzas de animales para moler el trigo y dar vuelta al molino, y hoy el pensamiento humano ha reemplazado aquéllos con el vapor y el aire; de modo que en nuestro siglo materialista, pensar es trabajar y trabajar es pensar, y nuestro materialismo se distingue del de los siglos pasados en que, mientras que éstos materializaron la idea, aquél idealiza la materia y estudia sus propiedades físicas y químicas para utilizarlas en beneficio de la industria. Es el progreso del trabajo intelectual, dice Pelletan, el que ha redimido al esclavo y emancipado al siervo, y ha levantado al ciudadano al nivel de aquéllos que creyeron tener el derecho exclusivo de dirigir el destino del género humano; ya no es el trabajo el que degrada al hombre en nuestra época; al contrario, es el que le levanta; pero, bien entendido, es el trabajo unido á la inteligencia cultivada por medio de la instrucción, por el cual llega el hombre á crear y multiplicar las fuentes de la producción y de la riqueza pública. Por lo mismo es necesario que el trabajador del siglo XIX, si no quiere ser el

apéndice de la máquina, lea, reflexione, discuta y se interese por el progreso de las artes y las ciencias, pues todas las conquistas modernas no son otra cosa que emanaciones de la ciencia aplicada.

Los adelantos de las ciencias físico-químicas de los últimos treinta años han ejercido una influencia tan perturbadora, así en la industria y la clase trabajadora, como en el comercio y sus agentes, que ya no es posible que gocen de la vida tranquila de antes; pues expuestos de continuo á fluctuaciones de toda especie en el valor de sus productos, por la instabilidad de las condiciones del consumo, se hallan siempre sobreexcitados imaginando nuevos medios para conseguir el lucro á que aspiran; particularmente desde que el vapor y la electricidad se aplicaron al comercio y á la industria, acortando las distancias de tiempo y espacio, se ha dado un impulso inmenso á aquéllos y á toda clase de movimiento social; las vías de comunicación, no sólo se han multiplicado, sino que han llegado además á hacerse con tal rapidez, que las horas se han trasformado en minutos, los meses en días y los años en meses; y debido á estas fuerzas vivas é inagotables del movimiento que, disminuyendo las distancias, han facilitado las relaciones en un momento dado entre los antípodas del globo que se comunican los progresos, pensamientos y hechos instantáneamente, el hombre se ha visto obligado á trabajar sin descanso en el cultivo de las artes y de las ciencias, y á poner en juego todas sus fuerzas intelectuales para poder luchar ventajosamente con sus respectivos rivales en los diferentes países; porque la concurrencia no está ya limitada á un mismo pueblo y á un mismo país, sino que se ha extendido y ramificado por todos los pueblos del globo, y especialmente á aquellos que se hallan en condiciones más favorables de producción y de trabajo. Además, el genio del hombre no se contentó con inventar el telégrafo y la máquina de vapor; también construyó túneles debajo de los montes gigantescos, y canales en medio del desierto y regiones pantanosas, con objeto de facilitar las comunicaciones entre las distintas partes

del mundo y de favorecer así el cambio de los productos de sus tierras, de su trabajo y de su inteligencia.

Resultados de las comunicaciones rápidas y múltiples entre los distantes países y entre las naciones y razas heterogéneas son: primero, la difusión de las ideas de la civilización moderna entre las masas y la tolerancia hacia las opiniones más opuestas; segundo, la mayor necesidad de instruir á las clases inferiores, inspirándoles respeto á la personalidad humana, y elevándolas á la dignidad del ciudadano, haciéndoles conocer al mismo tiempo sus deberes y sus derechos.

Otra de las conquistas de este siglo, debida al progreso de las ideas niveladoras, es el haber conferido á la mujer la igualdad social con el hombre; á pesar de que estos principios morales ya fueron reconocidos por algunos Padres de la Iglesia y expuestos en los escritos de San Pablo, San Agustín y San Jerónimo, la sociedad no había consagrado en ninguno de los siglos anteriores un solo artículo en sus Códigos, aboliendo el principio de la inferioridad de la mujer y emancipándola de su situación humillante, hasta en el nuestro, que tiene la gloria de haber inscrito aquellos principios morales en el Código civil, formando una de sus leyes fundamentales. El siglo XIX, no sólo ha devuelto á la mujer su libertad social, concediéndole derechos iguales al hombre y haciéndola accesible á muchos empleos públicos, sino que también le ha concedido la grande y sagrada misión de educar á sus hijos, de formar su corazón, de inculcarles temprano los principios de moral, de enseñarles el amor al trabajo y el odio al vicio, y de regenerar así la sociedad moderna. Anteriormente, ninguna legislación de cualquier país se hubiera atrevido á dar á la madre una parte activa y directa en la educación de sus hijos. Este encargo incumbía sólo al padre; lo más que ha llegado á permitirse á la madre, ha sido coadyuvar en algo, pero con sumisión á la voluntad omnímoda del padre. Todo el cuidado de la madre consistía en ocuparse de las primeras necesidades físicas de sus hijos; pero no tenía el derecho de influir sobre su educación, encomendada exclusivamente al padre; aun

cuando éste no cumpliese su misión como debiera, la madre no tenía derecho para suplirle; mientras que hoy, en el Código de Napoleón, se reconoce derecho á la madre para exigir del esposo la educación de sus hijos, si la descuida, teniendo acción á pedir el alimento intelectual para aquéllos lo mismo que la manutención material. Otra disposición contienen las legislaciones modernas desde la introducción del matrimonio civil, y también la legislación española, concediendo la patria potestad á la madre cuando el padre falta ó se halla incapacitado para ejercerla.

Como consecuencia lógica de su nueva posición social con derechos iguales al hombre, la mujer se encuentra obligada, para hallarse á la altura de la misión de que está encargada, á cultivar más su inteligencia é instruirse en todas las cosas necesarias á la economía doméstica para poder dirigir la educación física y moral de sus hijos; pues para cumplir con este sagrado deber necesita ser educada primeramente, y así vemos que todos los países de Europa, reconociendo esta imperiosa necesidad, hacen cada día mayores esfuerzos, gastando sumas considerables, para aumentar el caudal de los conocimientos de la mujer, aumentando el número de escuelas superiores y elementales, en donde darle nociones teóricas y prácticas, indispensables en su posición futura de esposa y madre. Todas estas medidas prueban la tendencia de nuestro siglo á mejorar la suerte de la mujer, á darle más independencia y proveerla de armas de defensa en el gran combate por la vida, procurando cultivar sus facultades intelectuales y morales. Hay que esperar que se multiplicarán cada vez más las asociaciones dedicadas á la enseñanza de la mujer, uniendo todos sus esfuerzos para enaltecer su destino, con el objeto de regenerarla y con ella á la sociedad misma.

III

Hasta ahora hemos visto solamente los lados brillantes de la revolución político-social de este siglo, fijando nuestra atención más en las ventajas conseguidas por la colectividad bajo

los diferentes puntos de vista, que los que atañen al hombre invidualmente, sin ocuparnos de los puntos negros que se descubren analizando las consecuencias de este cambio tan completo en las condiciones del movimiento social y de la modificación simultánea que se ha verificado en el modo de ser, pensar y sentir del hombre en particular. Esto es tan natural como lógico, pues sucede lo mismo en las grandes guerras internacionales, donde el vencedor después de numerosos combates, ébrio con sus victorias, festeja los días memorables, entona himnos nacionales para inmortalizar sus hechos de armas y la grandeza de la nación, olvidándose de los sacrificios inmensos, de los millares de individuos muertos en los campos de batalla, de los miles de inválidos por heridas y por enfermedades, de las numerosas viudas y huérfanos que han producido estos actos de fuerza brutal que llaman glorias nacionales. Esto prueba una vez más que la colectividad no puede realizar ningún progreso en beneficio suyo sin causar grandes perjuicios á muchos de sus individuos, y que todas las cosas de la naturaleza miradas en perspectiva tienen sus lados de luz y de sombra, y que lo uno es siempre consecuencia forzosa de lo otro. Así es que nadie dudará del desarrollo pasmoso del cerebro humano en el siglo XIX y del incremento diario de las fuentes de producción por medio del trabajo físico é intelectual; en cambio no se puede desconocer tampoco que la acumulación de fortunas colosales por una parte, y la fuerza moral de la supremacía del talento por otra, han engendrado un sin fin de pasiones que antes estaban limitadas á una clase muy reducida, como el amor excesivo al poder y á la reputación, el deseo inmoderado de distinciones y dignidades, la sed insaciable de riquezas y el amor al lujo y al placer; en una palabra, la ambición bajo sus diferentes formas. Es incontestable que nunca ha estado tan generalizado el delirio de grandezas y de reputación como en la última mitad de nuestro siglo; jamás esta terrible pasión ha causado tantas víctimas entre la juventud y la edad viril como en nuestros días, particularmente entre los artistas, sabios y militares.

Aunque es cierto que esta pasión nace algunas veces de un sentimiento noble y generoso, que sacrifica sus intereses y hasta la propia existencia en bien del progreso, viene acompañada en frecuentes ocasiones por la vanidad que la empaña, la desvía de su fin y la ridiculiza, dando lugar á excitaciones nerviosas que degeneran en aberraciones mentales. ¿Qué causa reconocen estos desórdenes intelectuales y morales? La tendencia de nuestra sociedad á deslumbrar á la juventud con el esplendor de la celebridad, representada como el fin principal de la actividad humana, como el máximum de felicidad á que el hombre puede y debe aspirar. El Estado mismo, con el objeto de aumentar el número de los ciudadanos distinguidos, alienta la vanidad y el amor propio de una juventud inexperta con recompensas lisonjeras y efímeras distinciones; y después de haberle inspirado ciertas ilusiones de un risueño porvenir, al entrar en la vida real para empeñar la lucha contra los azares de la vida, le abandona á sus propias fuerzas, en vez de ofrecerle garantías que le permitan cumplir con los deberes de una carrera honorífica.

Como consecuencia natural del progreso de las ideas democráticas, del hecho de la participación igual de todos los ciudadanos, de los derechos políticos y del afán de distinguirse en las arenas de los combates parlamentarios, cada día se generaliza más el deseo excesivo del mando y del poder, bajo el pretexto de buscar la realización de ideales políticos que deben hacer, según ellos, la felicidad de la mayor parte de los ciudadanos. Esta forma de la ambición humana, que estaba antes limitada á la estrecha esfera de los círculos aristocráticos, se ha apoderado hoy día de toda nuestra juventud, sin distinción de clases, que gasta una gran parte de su actividad cerebral en defensa de ideas y doctrinas que encuentran de facil aplicación mientras combaten en las filas como simples soldados, y que ven erizadas de mil dificultades cuando se hallan en el caso de practicarlas en el mando; y á medida que avanza el espíritu democrático, penetrando cada vez más nuestras leyes y nuestras costumbres, gana también más terreno esta clase de am-

bición tan característica de nuestro siglo, la *Político-manía* y, lo que es natural, encuentra condiciones tanto más favorables para su desarrollo en aquellos países donde la jerarquía social está menos respetada y las funciones altas del Estado son menos permanentes.

Bajo la sombra de la ambición política crece otra pasión social, que es el deseo inmoderado de distinciones y de dignidades, aunque sin razones para justificarlas. A su vez, el aumento en la distribución de honores sin discernimiento es causa de que se rompa el sentimiento de justicia, se mate el estímulo, se ahogue el talento antes de su desarrollo, y de que se despierte la envidia y sucumba el mérito ante el favoritismo.

Estos desórdenes sociales no reconocen otro origen que la falsa educación y los principios erróneos que se inculcan á la juventud, haciéndole ver la conquista de honores y dignidades, aunque sin merecerlos, como el mayor de los triunfos y como el fin supremo de la actividad humana, resultando que los unos aspiran á una fortuna como medio para llegar á los honores, y los otros al esplendor de éstos como medio de llegar á la fortuna. Las ciencias y las artes sirven á muchos como pedestal para lograr altas posiciones sociales, que facilitan á su vez los medios para la riqueza. ¡Tal es el círculo vicioso en que se mueven y se agitan las ambiciones de nuestra época, bajo la influencia de los sistemas democráticos reinantes!

La ambición de riqueza, al mismo tiempo, engendra el amor al placer y al lujo, que toma cada día mayor incremento en todas las clases sociales. A pesar de que éste dimana más de la vanidad que de la ambición misma, no deja, sin embargo, de ejercer decisiva influencia en el desarrollo de aquel vicio social. No entendamos aquel lujo que es el barómetro de la fortuna y de la opulencia, el que es manifestación de una existencia desahogada, consistente en la posesión de un conjunto de objetos de arte más ó ménos exquisitos, antigüedades ar-

queológicas de distintos países, etc., pues éste, lejos de ser un mal, es la expresión genuina de la prosperidad é inteligencia de un país que brilla por su buen gusto y su amor á las artes y á la industria, sino de aquel que crea necesidades ficticias, exagera las verdaderas y suele servir de rico manto para encubrir la miseria bajo sus pliegues, empleándose unas veces de medio de especulación sobre la credulidad pública, para poder abusar después de la confianza y no pocas veces de recurso para fundar el porvenir de una familia, lo que es con frecuencia uno de los tristes refugios de nuestros tiempos, á los cuales acuden las profesiones más honradas y las industrias más respetables.

La asociación, la aplicación por el hombre de uno de los principios biológicos más importantes á la industria y que puede considerarse como uno de los mayores triunfos de nuestro siglo, fué causa de la formación de grandes empresas para explotar y aumentar las inmensas fuentes de la producción, así como de la fundación de compañías de crédito y de sociedades cooperativas para la industria; pero también, si ha contribuído á fomentar por un lado la riqueza pública, por otro ha ayudado á esterilizar los esfuerzos aislados del individuo y á engendrar la miseria de muchas familias. También el descubrimiento de las minas auríferas de California y Australia, habiendo traído al comercio más oro del indispensable para la circulación, ha hecho bajar su precio y aumentar el valor de los objetos industriales y de los artículos de primera necesidad; lo que á su vez ha creado los más serios obstáculos que se presentan al hombre en su lucha diaria por la existencia. Así, la acumulación de grandes capitales, por un lado, y la formación de grandes sociedades de industria y de crédito, por otro, han engendrado al par la opulencia y la miseria, y para todos un vacío que, como el tonel de las Danaidas, nunca se logrará llenar; pues á medida que la esfera de nuestra actividad se extiende, el fin de ésta se aleja, y cada vez se perturba más el equilibrio entre nuestros deseos y nuestros medios, y al paso que aumentan las necesidades gastamos mayor actividad vital

y mayor cantidad de fuerzas nerviosas. Esta falta de equilibrio tiene á la larga que conducir á un estado degenerativo físico y moral de la raza humana. Es verdad que el amor al lujo ha existido desde los tiempos más remotos y en las naciones más antiguas; pero también ha sido siempre manantial permanente de desgracias públicas y privadas, y lo será mucho más en los tiempos modernos; pues en los siglos anteriores el lujo era privilegio de las clases aristocráticas, mientras que en el nuestro bajó, con otras prerrogativas de las altas esferas de la sociedad, para invadir la clase media, que se levantó sobre las ruinas de aquéllas; y como ésta es más numerosa y tiene mayores puntos de contacto con las capas sociales inferiores, ninguna queda al abrigo del gusano corroedor que vive de su savia.

Desgraciadamente, vemos todos los días que el espíritu de imitación y el deseo de dejarse ver por un cristal de aumento ha invadido hasta la choza del pobre trabajador, que quiere dar á su familia la apariencia del bienestar. Estamos tan acostumbrados á tomar la sombra por la luz y la apariencia por la realidad, que muchas veces la verdad tiene que ocultarse tras el manto luciente de la mentira para lograr el fin á que aspira.

Mientras que la instrucción no se halle más difundida entre las masas, mientras que las clases trabajadoras y productoras no sean guiadas por el verdadero conocimiento de sus intereses, habrá siempre credulidad que será fácilmente explotada por gente ambiciosa, y siempre el lujo servirá de instrumento para extraviar la opinión pública; pues necesitando de continuo nuevos recursos, acude á maniobras que pueden proporcionarle riquezas sin trabajo, por medio del agiotaje ó juego de bolsa, cuyo arte consiste en influir sobre las imaginaciones de algunos hombres, haciendo nacer confianza ó desconfianza en ciertas situaciones, según sus intereses, abusando de la credulidad de algunos inexpertos por medio de falsos rumores, con el fin de enriquecerse á expensas de los ahorros de algunas familias honradas.

Fácilmente se comprenderán las consecuencias fatales del agiotaje sobre la moralidad pública; pues por el mero hecho de

aumentar el imperio del dinero se debilita el sentido moral, se desvía la actividad de la inteligencia humana de su verdadero fin y se mata el estímulo para el trabajo, pues los mejores éxitos de las carreras ordinarias parecen deslucidos comparados con las promesas lisonjeras de la especulación. Por otro lado, el ejemplo de fortunas rápidamente hechas despierta la codicia de muchos que antes se contentaban con los productos de su trabajo y de su propiedad, y que merced á ello se engolfan en el peligroso abismo del agiotaje, que es la causa de la ruina de infinitas fortunas y de la desgracia de numerosos padres de familia. Las memorables crisis financieras de Viena, Berlín y París en los últimos diez años, desde 1873 á 1883, que han causado numerosas víctimas personales en la clase media y alta de la sociedad, dan sobrado testimonio de las funestas consecuencias del agiotaje, que es hijo legítimo del lujo y de la vanidad desenfrenada de nuestra época.

Dado este estado de cosas, no es posible imaginarse la perturbación de una colectividad en el orden moral sin que se debilite el sentimiento de la conservación social, sin que se sobreexcite la sensibilidad de numerosas familias, y sin pérdidas de las fuerzas nerviosas de aquellas personas que se dejan arrastrar por el vertiginoso torbellino del juego y del amor al lujo, resultando, por la ley de la herencia y la trasmisibilidad de los vicios orgánicos de los padres á los hijos, generaciones con mayor desarrollo del sistema nervioso, pero también de menor resistencia vital y más expuestas á todo el cortejo de enfermedades materiales y funcionales del centro cerebro-espinal, tan frecuentes en nuestra época.

Otra de las causas muy poderosas que contribuyen á exaltar y agotar la sensibilidad nerviosa inherente á las exigencias de la civilización moderna, es nuestro sistema de educación en las escuelas públicas y privadas. Sabido es que todas las naciones que desean hallarse al nivel del progreso, y todavía más las que pretenden ponerse á su cabeza, hacen cada día mayores esfuerzos, gastando sumas enormes, para dar el mayor número

de conocimientos posibles á la juventud, aumentando las escuélas, mejorando el material y ensanchando cada vez más el círculo de las materias, tanto de la primera como de la segunda enseñanza, y aun mucho más las de la superior en las Universidades y en las carreras facultativas, imponiendo de continuo mayor trabajo intelectual en una edad en que las funciones plásticas de la economía absorben gran parte de los materiales que ingieren para la nutrición general, de modo que los estímulos nerviosos frecuentes é intensos, utilizando por su cuenta gran cantidad de los productos de la combustión orgánica, contribuyen directamente á debilitar las que presiden á las funciones vegetativas, produciendo perturbaciones en la asimilación y en el desarrollo del organismo; pues por un lado, el estado fisiológico del cerebro depende de la cantidad y calidad de sangre que reciba, y por otro, la actividad cerebral espontánea ó provocada modifica la circulación de la sangre y viceversa, hallándose ambos en relación directa, de lo que resulta que el cerebro se congestionará bajo el esfuerzo de una atención constante y de trabajos intelectuales prolongados.

Según otra ley fisiológica, la energía de las facultades intelectuales depende de la cantidad de oxígeno que la sangre lleva al cerebro, é *ipso facto*, un aire puro y bien oxigenado unido á una actividad pulmonal perfecta, son las condiciones indispensables para la integridad de las funciones cerebrales. Faltando una de estas condiciones, la sobreexcitación de los centros nerviosos, producida por trabajos mentales prolongados, en ciertas constituciones y en ciertas edades debilita la circulación y conduce gradualmente á una anemia cerebral y agotamiento de la actividad intelectual, empezando por no poder fijar la atención en cosas serias por falta de memoria, y concluyendo con una impotencia de las facultades mentales. Sucede con el sistema nervioso lo mismo que con la extenuación física del organismo procedente del ejercicio muscular exagerado, que se halla después en un estado de debilidad ó parálisis más ó menos duradera. Por regla general, el cerebro no se desarrolla jamás prematuramente sino con detrimento de la nu-

trición de otros órganos: primero, á consecuencia del agotamiento de la inervación; y segundo, á causa de gastar para el exceso de sus funciones mayor cantidad de fosfatos á expensas de los glóbulos sanguíneos y del sistema óseo, que se eliminan después con los productos de la combustión por la orina; pues es sabido que todos los jóvenes dedicados á trabajos intelectuales intensos y continuados están sujetos á la cárie dental, y también encontraron el Dr. Mairet y otros alienistas cantidad considerable de fosfatos en la orina en ciertas formas de enagenación mental. ¡Cuántos jóvenes se ven en la edad del crecimiento afectos de un estado cloro-anémico acompañado de gran susceptibilidad nerviosa con predisposición á toda clase de neurosis, á consecuencia de estudios hechos durante muchas horas en habitaciones de poca ventilación!

Estos estados neuropáticos son todavía más frecuentes en la mujer en la edad adolescente; pues los estudios impuestos á éstas por las exigencias sociales, de un lado, y la costumbre tradicional, de otro, la obligan á pasar la mayor parte del día dentro de la casa, y ya se sabe que en los grandes centros de población las casas están siempre faltas de aire puro y oxigenado, y desgraciadamente, las escuelas públicas, como las privadas, no están aún montadas sobre un pie verdaderamente científico. Los establecimientos de gimnasia, tanto los particulares como los agregados á los colegios, en su mayor parte se hallan instalados en habitaciones bajas con una cubicación insuficiente de aire respirable, y no están bajo la vigilancia de una autoridad competente encargada de inspeccionar todos los establecimientos destinados á la enseñanza pública y privada; por lo tanto, no tiene nada de extraño que los órganos respiratorios no lleguen á su máximun de desarrollo por falta de ejercicio funcional. De aquí nacen una infinidad de deformidades y actitudes viciosas, como la miopía y las desviaciones de la columna vertebral, tan frecuentes en los jóvenes de ambos sexos en el período de la pubertad.

Según se ve, aunque la marcha progresiva de nuestra civilización consciente é inconscientemente influye de una ma-

nera poderosa en el desarrollo intelectual de las generaciones presentes y venideras, teniendo por fin el perfeccionamiento del hombre, los Estados europeos no han llegado todavía á disponer de los medios adecuados para conseguir tan bello ideal y todavía nos encontramos en el período de ensayo; mientras tanto, el perfeccionamiento del cerebro humano se efectuará á expensas del resto del organismo, y éste, debilitado, reflejará á su vez sobre aquél por medio de una hematosis imperfecta.

Este círculo vicioso, con su tendencia á generalizarse tiene forzosamente que producir en constituciones débiles numerosas perturbaciones orgánicas y funcionales del sistema nervioso, según la ocupación, sexo y edad. En los jóvenes serán los excesos de estudio, unidos algunas veces á abusos de los placeres, y en la edad viril la lucha por la existencia ó las diferentes formas de la ambición á posiciones sociales, las que minarán la base de las fuerzas dinámicas, y otras veces las pasiones políticas, que absorbiendo su actividad física y moral y debilitando el organismo con emociones y excitaciones de todo género, contribuirán á agotar la energía de las facultades cerebrales. En resumen, cada una de estas causas por sí, y todas en conjunto, han modificado el modo de ser, sentir y pensar, con detrimento del sistema nervioso, del hombre del siglo XIX.

Se dirá, con razón, que con el progreso de la civilización moderna, el hombre ha aprendido á ponerse al abrigo de muchos males por medio de la aplicación de las leyes fisiológicas, que es la higiene á todos los actos de la vida privada y social; pero no hay que olvidar que antes, cuando aquéllas eran desconocidas, los endebles sucumbían por falta de estos medios de defensa contra los elementos hostiles que les rodeaban, mientras que los fuertes, que se habían aguerrido en la lucha, sobrevivían á causa de la selección natural, engendrando seres como ellos, dotados de gran resistencia vital, aptos para llegar á una edad muy avanzada, mientras que hoy día la selección natural ha sido reemplazada por una artificial, ó sea las múltiples é infinitas formas de la beneficencia oficial y privada,

como las casas de lactancia, de socorros, asilos y hospicios para huérfanos, establecimientos de sordo-mudos, cajas de ahorros, etc.; la sociedad protege á los enfermos, pobres, idiotas, endebles y á todos aquellos que no tienen medios ni fuerzas para luchar, resultando que muchos de éstos, que hubieran sucumbido en la primera infancia, viven, crecen y se desarrollan en un ambiente artificial, como la planta en el invernadero, y muchas veces llegan á reproducirse, engendrando otros seres tan endebles como ellos, aunque algunas veces fuertes de inteligencia, pero físicamente sin vigor, que necesitan también medios artificiales para prosperar, trasmitiendo á su vez á las generaciones venideras vicios orgánicos, que las hacen ineptas para alcanzar el término medio marcado para la vida del hombre, predisponiéndolas á la serie de innumerables enfermedadas nerviosas que afectan en nuestra época á la raza humana, especialmente á los habitantes de los grandes centros de población.

El Dr. Finkelnburg, miembro distinguido del Consejo de Higiene de Berlín, en una conferencia pública dada en el año 1880, probó, por medio de la estadística oficial de un quinquenio, que entre los estudiantes que se presentaron para el voluntariato de un año, fueron declarados el 80 por 100 inútiles para el servicio militar.

Además de las causas antes expuestas, inherentes al orden social de nuestra civilización, que contribuyen por un lado á exaltar las facultades intelectuales, imponiendo al cerebro la necesidad de funcionar siempre con la presión máxima, y á enaltecer, por otro lado, los sentimientos patrióticos y humanitarios, buscando de continuo nuevos ideales para el perfeccionamiento de su raza y complaciéndose en las emociones que produce la lucha constante para realizar proyectos gigantescos encaminados al mismo fin, hay todavía otras, debidas también á la nueva organización que ha sufrido nuestra sociedad en el orden económico; pues con el afán de buscar siempre nuevos recursos para la satisfacción de sus necesidades, el hombre no se contenta ya con fomentar las producciones naturales del suelo,

sino que crea cada día nuevas industrias, para las cuales ocupa millares de brazos y mantiene número crecidísimo de familias, resultando cada vez una afluencia mayor de los distritos rurales á los centros industriales, creciendo éstos en proporciones colosales, á medida que aquéllos menguan; y como no puede concebirse la aglomeración de muchos individuos sin el mefitismo engendrado por sus emanaciones, inmundicias y deyecciones, mefitismo que está en relación con el número de individuos de que aquellos centros se componen y la cantidad de desperdicios y detritus que eliminan, tampoco es posible imaginarse la existencia de grandes centros sin el mefitismo moral, que constituye la prostitución, el pauperismo, los vicios y pasiones, el libertinaje y la criminalidad; pues nadie ignora que en todas las grandes ciudades se multiplican desmesuradamente los lugares de diversiones públicas, los casinos, cafés, casas de juego, tabernas y lupanares, donde los unos gastan sus ahorros en el juego, los otros en bebidas espirituosas ó en la satisfacción de sus apetitos venéreos, viéndose cada día disminuir la vida íntima de la familia. Muy pocos son los que disfrutan del hogar doméstico; los casinos y los cafés se han impuesto como una necesidad para punto de cita, tanto para el comerciante como para el hombre de letras, y lugar de descanso para el obrero en sus momentos de ocio. Las costumbres sencillas de los tiempos antiguos han sido reemplazadas por otras más ostentosas y menos naturales, llevando todas más el barniz de la apariencia que el sello de la verdad.

Este signo característico de nuestro siglo se refleja en todos los actos de la vida social é individual, hasta en nuestro sistema de alimentación; pues la facilidad y rapidez de las comunicaciones por una parte, y las tendencias progresivas del sensualismo por otra, han trasformado la necesidad *nutritiva* en una *sensitiva*, es decir, que el hombre, para satisfacer los deseos gustatorios, traspasa los límites de la sobriedad, despierta un apetito ficticio por medio de condimentos especiales é introduce una cantidad de alimentos demasiado variados y más abundantes de lo necesario para la conservación de la ar-

monía de las funciones orgánicas que representa la salud. El arte culinario refinado de hoy día, por la facilidad de las comunicaciones, ha penetrado en todos los países, ha hecho adoptar igual método de vida en los climas más opuestos, cambiando los productos del Mediodía con los del Norte y mezclando los unos con los otros para satisfacer los múltiples caprichos del paladar, estimulado por medios artificiales, sin tener en cuenta la incompatibilidad individual ó climatológica con un sistema alimenticio tan extravagante.

Con mucha razón dice Fonsagrives que de lo que muchos hombres comen hay que hacer tres partes: una para la necesidad nutritiva, otra para la sensualidad, y la tercera para las enfermedades venideras: *Plures occidit gula quam gladium, est enim fons omnium malorum*—ha dicho Cicerón—(más víctimas que la espada ha causado la gula, que es la fuente de todos los males), pues los gastrónomos se dejan guiar más por las sensaciones gustatorias que por la necesidad nutritiva, y acaban por acostumbrarse á una repleción gástrica que tarde ó temprano llega á ser causa de gastralgias ó de otras formas dispépticas, acompañadas de dilatación mórbida del estómago; otras veces á ser origen de una plétora abdominal, que á su vez engendra un sin fin de enfermedades: en primer lugar, las congestiones viscerales pasivas, y con predilección del hígado; en segundo lugar, la gota; pues el organismo, imposibilitado de quemar ni asimilarse tantos materiales inútiles acumulados en la sangre, se satura con productos destinados á ser eliminados, como el ácido úrico; y si por cualquier razón se halla impedido para deshacerse de ellos, aquél se depone, ya en las articulaciones bajo la forma de accesos gotosos, ó ya bajo la forma de concresiones calculosas en el aparato urinario.

En corroboración de este aserto, basta citar el hecho de los millares de personas que concurren anualmente á las aguas minerales llamadas alcalinas en Francia, Alemania y España. Vichy solo acoge todos los años cerca de 30.000 enfermos, y Carlsbad otros tantos, sin hablar de otras numerosas fuentes alcalinas de gran reputación en cada uno de estos países; y

cada vez crecerá más el número de estos peregrinos, mártires del nuevo sistema alimenticio y de los refinamientos culinarios; pero, desgraciadamente, no por eso al volver á sus casas se corrigen, cambiando de método de vida; al contrario, confiando en la virtud de aquellas aguas, continúan con su sistema favorito, no privándose de lo sobrante á sus necesidades nutritivas y á su bienestar físico, hasta que alguna perturbación de la hematosis ó alguna alteración orgánica llega á hacer ineficaces sus virtudes medicinales. Entonces suelen rendirse á la lógica de la razón y á la razón de los hechos, pero algunas veces demasiado tarde.

Otra circunstancia agravante acompaña la vida del hombre de las grandes ciudades, y es que pasa la mayor parte del día, el uno en el taller, el otro en el bufete, éste en su gabinete de estudio, aquél en su oficina; todos trabajando sin cesar, el uno con sus brazos, el otro con su inteligencia, quién empujado por la competencia, quién por las exigencias sociales para llegar á un fin determinado, todos gastando una gran parte de sus fuerzas nerviosas en trabajos mentales y ansiedades por el éxito de su especulación, y que, muchas veces, ni come á sus horas, ni tiene después de comer el descanso necesario para la digestión, ni hace el ejercicio indispensable para la regularización de sus funciones nutritivas, ni conoce otra distracción para gastar sus horas de ocio que la concurrencia al café y al teatro, donde respira una atmósfera saturada de óxido y de ácido carbónico y otros gases unidos á las emanaciones mefíticas de muchos centenares de individuos reunidos en locales cerrados, no sólo faltos de ventilación y de capacidad conveniente de aire respirable, sino calentados é iluminados por numerosas bocas de gas que enrarecen el aire. Todo ello forma un conjunto de causas muy poderosas de perturbaciones funcionales de los órganos digestivos, que, á la larga, producen una asimilación imperfecta y una hematosis defectuosa, y, la sangre, á su vez, formada por un quilo viciado en la constitución de sus elementos, forma el terreno propicio donde nacen multitud de enfermedades orgánicas degenerati-

vas, entre las cuales figura en primer lugar la diatesis tuberculosa.

IV

De lo expuesto en las páginas que anteceden, resulta que la influencia del progreso intelectual en los principios fundamentales de la sociedad, en las costumbres públicas y privadas, en la educación física y moral del individuo, desde el principio de este siglo han modificado insensiblemente las condiciones de nuestra vida orgánica; pues en virtud de la facultad que tiene el organismo humano de acomodarse al medio en que vive, de luchar, cuando puede, contra todos los elementos que le rodean, de adaptarse á las circunstancias favorables á sus intereses y de cambiar sus hábitos según sus conveniencias, el hombre ha sido conducido por grados á modificar insensiblemente su organización individual y sus condiciones vitales; pero como éstas están íntimamente ligadas con las funciones de la nutrición, y hallándose éstas bajo la influencia directa del sistema nervioso, ambas han tenido que sufrir forzosamente una desviación de su armonía anterior, restableciéndose el equilibrio fisiológico en condiciones distintas de las que existían anteriormente tocante al orden físico, por medio de una alimentación más *nutritiva*, más *plástica* y más *estimulante* que en los siglos anteriores; y tocante al orden moral, por medio de una *cultura intetectual* más *elevada*, susceptible de goces más *ideales*, por medio de una *educación* de los *sentidos*, para que sean capaces de disfrutar de todo *lo bello*, tanto en la *naturaleza* como en el *arte*.

Pero todos estos medios, constituyendo la base de la sociedad moderna, no dejan de ser estímulos, tanto en el sentido material como en el moral é intelectual. No cabe duda de que la estimulación por sí misma es un placer; ya Aristóteles dijo: «El hombre quiere y busca la sensación, pues agrada al ojo ver, al oído escuchar, á la piel tocar, al paladar gustar y al olfato oler.» El ejercicio de los sentidos desarrolla la sensibilidad y aumenta

la vitalidad, que se manifiesta por el sentimiento de bienestar; pero cuando la estimulación pasa ciertos límites, como sucede en nuestro tiempo, tanto respecto á las cosas materiales como intelectuales, constituye un gasto de fuerza nerviosa que se traduce por una sensación de dolor ó de postración, y el bienestar no vuelve mientras el organismo no recupera la fuerza vital malgastada. Esta ley fisiológica no se limita sólo á las cosas que afectan al estado material, sino también á lo que atañe al orden moral; pues es sabido que el primer efecto palpable de una impresión moral dolorosa es la inapetencia, sequedad y, muchas veces, amargor en la boca, rarefacción de las secreciones bucal, estomacal, intestinal y urinaria; porque, á consecuencia de una sobreexcitación del centro sensitivo, se produce una contracción espasmódica de los conductos excretorios, de las glándulas salivares, estomacales, biliares y urinarias, reflejándose al mismo tiempo en el gran-simpático, que comunicando el estímulo á los nervios vaso-motores, hace contraer los capilares, y, por consiguiente, priva á las glándulas de la cantidad habitual de sus secreciones y excreciones, de modo que aquéllas se hallan perturbadas en su función y éstas viciadas en sus elementos constituyentes.

Otro efecto fisiológico suele producir una excitación psíquica al traspasar cierto límite, tanto en intensidad como en duración, y es el agotamiento temporal ó definitivo de la sensibilidad de las células nerviosas. Diariamente tenemos ocasión de observar a personas sometidas durante algún tiempo á privaciones, disgustos domésticos, ó influídas por violentas emociones, y á otras que, víctimas de la ciega fortuna, han sido arrojadas de la opulencia á la miseria, caer de repente en un estado de postración profunda, de tal modo que, después de haber desplegado durante su vida una gran actividad en todos los momentos de la vida, vienen á ser presas de una falta de energía moral, acompañada de facil irritabilidad de carácter por las cosas más leves, de insomnios, de impaciencia; y con el desequilibrio de las facultades mentales no tarda en llegar el de la vida vegetativa, que consiste en la disminución de las

fuerzas digestivas y la inapetencia; pues habiendo disminuído las corrientes nerviosas, la esencia de la vida animal, la nutrición molecular de estos centros languidece, las células nerviosas no se renuevan con la rapidez acostumbrada, y en su consecuencia, la circulación y la respiración son más lentas que antes; la hematosis no se efectúa en condiciones fisiológicas; y permaneciendo largo tiempo el sistema nervioso en estado exhausto, sin recibir nuevos impulsos para entrar en equilibrio, tarde ó temprano se formarán alteraciones moleculares en la extructura de la masa cerebro-espinal, padecimientos de que han sido víctimas tantos hombres eminentes, así en la política como en la ciencia, de nuestra época.

La sociedad, presentando cada día ejemplos nuevos que demuestran lo defefectuoso de su organización y la insuficiencia de los medios de que dispone para mitigar los efectos del movimiento vertiginoso del progreso, é impulsada, de otro lado, por el instinto de su propia conservación, ha comprendido la imperiosa necesidad de llamar en su socorro á todos los hombres de ciencia y á los más inteligentes de aquellos ramos que intervienen en los asuntos de la salubridad pública y privada, para que se reunan y estudien la solución de este problema social tan complejo. Este pensamiento, correspondiente á un fin muy elevado, encontró pronto eco en la opinión pública, y es la Bélgica la nación que tuvo primero el pensamiento de convocar Congresos de Higiene internacionales en los años 51 y 52, donde todos los países europeos estuvieron representados. Animado por el gran éxito obtenido, volvió á hacer otra Exposición de Higiene y Salvamento Internacional en el año 1876, donde asociados los hombres más competentes de todos los países, higienistas, arquitectos, ingenieros, mecánicos, fabricantes de productos químicos y alimenticios, armadores, y navieros, expusieron cada uno los medios más adecuados y los métodos más ingeniosos para poner al abrigo de la atmósfera nociva, tanto al trabajador en el taller, como á todos los consumidores contra las falsificaciones de todas las sustancias ali-

menticias. El segundo Congreso tuvo lugar en 1878, durante la Exposición Internacional, en París, y así sucesivamente cada dos años se reunen los higienistas más eminentes de todas las naciones del mundo, cada vez en distinta capital de Europa, unas veces en Turín, otras en Ginebra y otras en la Haya, etc.; el próximo será en Viena.

Con objeto de facilitar el estudio y la discusión de las cuestiones y el modo de resolver los problemas más árduos que atañen al mejoramiento físico y moral de nuestra raza, los Congresos se dividen en varias secciones, según la especial competencia de los hombres que constituyen cada grupo. Unos se ocupan más de las cuestiones demográficas ó lo que se refiere á la estadística del movimiento general de las distintas poblaciones de cada país, causas de mortalidad en la primera infancia ó en los ejércitos; otros de las enfermedades infecciosas y de los medios profilácticos contra ellas. Los unos estudian el hombre profesionalmente, es decir, en el ejercicio de las distintas industrias, en los talleres y en las fábricas donde se manejan sustancia nocivas para el trabajador, así como los efectos tóxicos de diferentes productos químicos, y de las distintas clases de polvo que provienen de las materias industriales, como el plomo, la porcelana y el yeso, que penetrando en los pulmones ó absorbiéndose por la economía, constituyen causas de enfermedades irritativas pulmonales ó tóxicas, y los medios mejores para evitarlas ó prevenirlas; otros se ocupan del mejor modo de evitar las adulteraciones de los alimentos; otros de la manera de mejorar la situación del trabajador en los talleres, dándole aire más puro y enseñándole nociones de higiene, para que él mismo pueda precaver las causas nocivas inherentes á su oficio y también de la construcción de casas y barrios de obreros; otros estudian las medidas que deban adoptar los gobiernos para garantizar las aguas potables de toda infección, así como los medios profilácticos contra las enfermedades infecciosas, para evitar su propagación; otros se ocupan de organizar sociedades de higiene pública en todos los países, y de dar mayor extensión á esta rama de la ciencia en todos los centros

de instrucción pública; de la influencia poderosa de la higiene escolar en los jóvenes, tanto en la segunda infancia como en la edad adolescente; de las medidas contra la propagación del alcoholismo en todos los países civilizados; de las cuestiones de saneamiento de las grandes ciudades, del mejor modo de deshacerse de las inmundicias y de proporcionar casas que reunan las mejores condiciones posibles de lúz y de aire para la clase obrera, del mejoramiento de los establecimientos penitenciarios y de los hospitales. En resumen: todos concurren para resolver una infinidad de problemas sanitarios y de higiene pública, encaminados á conservar la salud de los individuos y á perfeccionar la especie, modificando las aptitudes, mejorando los medios de alimentación, purificando el suelo, el aire y el agua para el habitante de las grandes ciudades, y fortificando la resistencia vital de sus individuos y alejando las diferentes causas de enfermedad.

Pero para la realización verdadera de todos los beneficios que promete el estudio de la *medicina pública*, no bastan los esfuerzos combinados de los hombres competentes de los diferentes ramos de la ciencia social que constituyen las sociedades de higiene en los distintos países; se necesita, además, el apoyo y la ayuda material de los poderes públicos, una legislación sabia y previsora trazada por personas experimentadas y con la colaboración de todos los hombres competentes del ramo, y confiar su ejecución á un Ministerio especial, llamado de la Salud pública. Esta idea fué expresada por primera vez en el Congreso de Higiene Internacional de París, en el año 1878, por el Sr. Chadwick, Presidente del primer Congreso general de Higiene de Inglaterra, y desarrollada muy hábilmente en un discurso admirable, del cual me limito á citar solo un pensamiento tan sencillo como elevado: «Desearía hacer comprender la posi»ción relativa á que tiene derecho un Ministerio de salud pú»blica, comparando los intereses que defiende con los que se »confían á un Ministerio de la Guerra. Este necesita muchos »años de preparación para una época muy lejana, que podría »ser no llegase, para la guerra; y aun cuando surja aquel triste

»acontecimiento, es de corta duración; mientras el combate para »que tendría que prepararse el Ministerio de Salud pública es de »todos los momentos, pues el enemigo que tiene que combatir »es un invasor perenne que siempre está dispuesto á dar y ga»nar batallas, que causa numerosas víctimas y muchas veces »grandes desastres para la nación. ¡Y qué diferencia! Doce años »de preparación para algunos meses que dura el estado activo »del Ministerio de la Guerra, costó á Inglaterra 200 millones de »libras esterlinas respecto al ejército y la armada, la mayor »parte gastos improductivos y que debilitan positivamente las »fuerzas económicas de un país, sin hablar de las perturbacio»nes que deja tras de sí. Los gastos que un Ministerio de Sa»lud pública bien organizado y dirigido por un Ministro com»petente ocasionaría, durante todo su tiempo de acción, serían »infinitamente menores, y aumentaría en mucho las fuerzas »económicas y productivas de la nación.

»Hasta el Ministerio de la Guerra necesita de la cooperación »de la salud pública para la aplicación de las reglas de la »ciencia de la higiene; pues el primer ejército enviado por In»glaterra á Crimea sucumbió por las malas condiciones higié»nicas, y el segundo se salvó gracias á la aplicación de las me»didas sanitarias puestas en práctica por los oficiales del servi»cio de Sanidad, nombrados directamente por el primer Consejo »general de Salubridad pública.»

Esta idea ha encontrado ya eco en las altas regiones científicas y gubernamentales de algunos países de Europa, y no tardará mucho tiempo sin que en Alemania y Francia se encuentren centralizados como en Inglaterra todos los servicios referentes á la salubridad pública, ya bajo un Ministerio particular, ya en una sección especial de los existentes en la actualidad, con una legislación propia, que le confiera poderes ámplios para imponer á los municipios todas las mejoras de saneamiento y de higiene urbana que estime conveniente en beneficio de sus administrados.

Una vez puesto en práctica etse pensamiento, forzosamente tendrán que generalizarse las nociones de higiene pública y

privada, y todas las clases sociales sin distinción llegarán á comprender que, para vivir bien y el más largo tiempo posible, es indispensable no hacer infracciones á las leyes de la higiene y proveerse de todos los medios protectores contra las influencias nocivas que rodean al hombre. Comprenderán mejor la necesidad de tener aire y agua puros y en abundancia para la conservación de la salud, y el peligro que se corre con la infección del suelo por materias orgánicas putrefactas; aprenderán á gozar con medida de todos los placeres y á moderarse en sus deseos, para que no degeneren en pasiones; y una vez adquiridos los hábitos de templanza y de limpieza, mejorarán también las costumbres, tanto privadas como públicas, y se robustecerá al mismo tiempo el sentido moral como el amor á la justicia y á la verdad, que forman el equilibrio estable de toda sociedad amante del progreso unido al orden y á la libertad.

Dr. Ph. Hauser.

INTERVENCION DE LOS ANIMALES

EN LA REPRODUCCION DE LAS PLANTAS

DOS PRECURSORES DE DARWIN

J. G. Kölreuter: *Vorlaufige Nachricht von einigen das Geschlecht der Pflanzen betreffenden Versuchen*, Leipzig, 1761. *(Ensayos relativos á la sexualidad de las plantas).*— Ch. K. Sprengel: *Das neu endeckte Geheimniss der Natur im Bau und in der Befruchtung der Blumen*, Berlin, 1793. *(Descubrimiento del misterio de la estructura y fecundación de las flores.)*

Uno de los resultados más notables y trascendentes de las modernas investigaciones botánicas, es la revelación de capitalísimos servicios que las plantas necesitan recibir de los animales para realizar satisfactoriamente la función más íntima y delicada de su vida, la reproducción.

Hasta hace poco, sólo anotaban los sabios, y pregonaban en todo género de tonos teólogos y filósofos, la inmensa variedad de formas de la servidumbre perpetua á que parecía condenada la planta respecto del animal. Cediendo á la tendencia (hoy todavía dominante, aunque ya no conserve el despótico imperio que ha ejercido en la historia) á suponer que los seres inferiores están destinados donde quiera exclusivamente á servir de meros instrumentos para el desarrollo de los más

elevados en organización y vida, los naturalistas fijaban sólo su atención en los diversos aspectos de este vasallaje, al parecer absoluto, del vegetal al animal. Así como el haber tenido al hombre por fin supremo y único del mundo, y á los animales por esclavos suyos, sin otro destino que el de servir á su dueño, ha sido causa de la ignorancia y menosprecio en que yacen todavía relaciones esencialísimas entre estos dos órdenes de seres, y en las cuales aparece, en realidad, el hombre, no como fin, sino como medio para que el animal se desenvuelva, así también la creencia en la subordinación absoluta de las plantas á los animales ha sido parte á que desatendieran los observadores, durante largo tiempo, algunos de los íntimos enlaces que existen entre ambas esferas, y que muestran supeditado á su vez el animal á la planta, es decir, convertido manifiestamente el organismo superior en puro medio para que viva el inferior, trocado ahora en verdadero fin que sirve aquél humildemente.

No ha brotado, cierto, esta revelación inesperada como fruto exclusivo de meras observaciones empíricas. Han contribuído éstas, sin duda; pero muy subordinadamente, digan lo que quieran pensadores ilustres. Ni la rigorosa precisión, ni la finura sutilísima, ni aun la riqueza extraordinaria con que fueron recogidos y depurados los datos sobre que acaba de fundarse la nueva doctrina, hubieran podido conducir á su establecimiento, sin que precediesen y desplegaran su vitalidad fecunda exigencias ideales, anteriores, en este caso como en todos, á la contemplación de los fenómenos mismos, y cuyo estímulo secreto es donde quiera el primordial resorte que hace despertar á nuestro espíritu y lo lleva á inquirir sólo aquellos hechos cuya existencia ya presiente.

Conceptos generales, ideas, principios, no los hechos en su desnudez y mecanismo, son el primer fundamento de éste, como de todo progreso.

Y en pocas ocasiones testifica la Historia de las ciencias naturales tan vivamente como en esta á favor de la absoluta necesidad en que se encuentran los hechos, para ser fecundos,

de que procedan ó acompañen á su observación por el espíritu del hombre los fulgores de una idea que incite á su descubrimiento ó favorezca su interpretación. Pues, de los fenómenos recientemente observados por Darwin, sobre todo, y entre otros, por Müller, Hildebrandt y Delpino, y que han servido de base á la teoría que hoy se construye, muchos que interpretados con idea hubieran quizás bastado por sí solos para el establecimiento de aquélla, fueron ya conocidos y descritos á fines del pasado siglo; y, sin embargo, quedaron tan absolutamente estériles é ineficaces, que ni influyeron en la ciencia de entonces, ni han influído en la de ahora. Y si Darwin no fija en ellos su atención, instigado por motivos ideales, quizás ignorásemos todavía que en 1761 y 1793 se habían publicado y olvidado á la vez dos libros en que ya se consignaban los capitales datos, cuya novedad y trascendencia teórica han sido tan grandes, sin embargo, cuando reaparecieron en 1862 (1) enlazados por el célebre naturalista inglés á la teoría general de la evolución: al principio, á la idea que influyó en su espíritu, haciéndole presentirlos como exigencias de una ley superior; y presentidos, buscarlos con observaciones; y buscados, hallarlos en su sitio, esto es, dentro del plan evolutivo, de la norma biológica, de la economía, como se dice, de la organización y funciones de las plantas.

No fueron tan afortunados los dos botánicos alemanes precursores de Darwin, quien desenterró sus nombres y trabajos del olvido en que yacían por espacio de medio siglo, haciendo que sean hoy tan venerables é ilustres como desconocidos y desestimados habían sido hasta ahora.

Se llamaba el primero José Teófilo Kölreuter. Fué profesor de Historia Natural en Carlsruhe y superintendente del Jardín botánico desde 1768 á 1786, en que renunció su empleo, contrariado por la oposición de los jardineros subalternos y falto ya,

(1) Ch. Darwin, *On the various contrivances by which british and foreign Orchids are fertilized.* London, 1862. *(De la fécondation des Orchidées par les insectes.* Paris, 1860. Trad. Rezolle.)

por muerte de su protectora, Carolina de Baden, del apoyo que lo había sostenido hasta entonces. Pero esta pérdida, si fué grave para el hombre, no lo fué tanto para el sabio, gracias á la energía con que, fiel á su vocación, lejos de desmayar en su cultivo cediendo á la dureza injusta de la suerte—torpe excusa con que á veces intentan sincerar su abatimiento ó su pereza los espíritus vulgares—prosiguió consagrado, á pesar de todo, á sus observaciones y experimentos, utilizando hasta donde le era posible un jardincito de su pertenencia.

El segundo excede tanto á Kölreuter, si no en entusiasmo científico al menos en idealidad genial y dotes de observación, que sus descubrimientos han eclipsado durante algunos años los de su antecesor, á quien con tanto más motivo hacen justicia ahora Sachs, Darwin y Focke (1), cuanto que sirvieron en todos sentidos sus trabajos de punto de partida á los de Sprengel. Era éste Rector de la parroquia de Spandau cuando empezó á interesarle la Botánica; y tan ciegamente, que descuidando por ella, no ya las atenciones ordinarias de su ministerio, sino hasta el sermón dominical, hubo de ser destituido y marchó á Berlín, donde vivió pobre, tenido por excéntrico y esquivado también por los sabios, enseñando, para mantenerse, idiomas y Botánica, la última aun en los domingos, cuyas mañanas utilizaba en excursiones para herborizar en compañía de algunos aficionados, pagándole éstos de 20 á 30 céntimos por cada hora. Como carecía de recursos y no contaba con apoyo alguno, fuéle imposible dar á luz la segunda parte de su libro, hoy tan estimado; ni un ejemplar de la primera quiso cederle nunca gratuitamente su editor. Desalentado por la poca aceptación de su obra, no supo resistir á un arranque de

(1) J. Sachs: *Geschichte der Botanik von 16. Jahrh. bis 1860 (Hist. de la Bot. desde el siglo XVI hasta 1860)*, pág. 438 y sig.—Ch. Darwin: *Fécond. des Orchid.*, pág. 8.—W. O. Focke: *Zur Geschichte der Kenntniss der pflanzlichen Befruchtungsvorgänge. (Datos para la historia del conocimiento de los fenómenos de la fecundación vegetal). Kosmos*, 1878, Oct.

despecho, que debe parecer muy excusable, sin duda, al discípulo (1) cuyo respeto y gratitud han salvado la memoria del maestro, no del olvido, de la ignorancia de su época. Pero no lo disculparán jamás espíritus menos parciales que, penetrados de más altas exigencias, sepan juzgar mejor los deberes que impone siempre y donde quiera su vocación á todo indagador, ó quien conozca, al menos, la historia, tan dramática á veces, de la formación y gradual cultivo de la ciencia, sembrada toda ella de irritantes menosprecios, contrariedades durísimas y persecuciones violentas. Sólo compasión debe inspirar la debilidad ó la soberbia de Sprengel, que renuncia en absoluto á la Botánica, su vocación manifiesta, irritado por la indiferencia injusta, pero muy explicable, de sus contemporáneos. Infiel á su destino verdadero, dióse desde entonces exclusivamente á la enseñanza de idiomas hasta 1816, fecha de su muerte.

Tales fueron los precursores de Darwin en el reconocimiento de la subordinación esencialísima con que coopera el animal á la vida de la planta, la cual, en realidad, llega á servirse de él como de un órgano indirecto para desplegar con superior plenitud y resultados de mayor trascendencia las funciones que le son inherentes.

Uno y otro creyeron sorprender el misterio de la estructura y fecundación de las plantas, y así lo declaran ambos: Sprengel en el título mismo de su libro, y Kölreuter antes, en un pasaje de su opúsculo, tan semejante en su fondo y en su forma al epígrafe usado por Sprengel, que no es posible desconocer un íntimo enlace entre los pensamientos que expresan sus autores en aquellos sitios. «Ciertamente, dice Kölreuter, otro cualquiera que hubiese hecho antes que yo estas reflexiones, habría descubierto hace ya tiempo *la verdadera causa de la fe-*

(1) *Flora:* 1819, pág. 241. (En J. Sachs: *Historia de la Botánica desde el siglo XVI hasta* 1860. Munich, 1875).

candación (1), rasgando el velo que á él y á todos los naturalistas ocultaba este misterio de la Naturaleza.» Sprengel intitula su obra *Descubrimiento reciente del misterio de la Naturaleza en la construcción y fecundación de las flores.* No fué, pues, en pormenores tan sólo del libro de Kölreuter en lo que se inspiró luégo Sprengel, sino en el fondo mismo de la concepción general allí expuesta; cosa, por cierto, que merecía ser advertida y debemos á Focke el haberla señalado (2).

Las maravillas cuyo descubrimiento anunciaron gozosos en sus libros estos sabios, habrían admirado á su siglo, si ellos hubieran sabido interpretarlas atinadamente á la luz de principios generales aplicados con discreción.

Pero siempre las ideas, y sólo ellas, son las que nos guían en el examen del mundo natural, cuyos fenómenos más leves, los resortes más secundarios de su estructura y mecanismo, no ya las primordiales leyes que los rigen, yacen para nosotros en tenebrosa oscuridad, mientras no la disipa con sus esplendores la razón humana. Así, los datos empíricos recogidos y mostrados á sus contemporáneos por aquellos dos observadores tan llenos de fe y de entusiasmo, á pesar de toda su importancia, por nuevos y sorprendentes que pudieran parecer, aún ofreciendo la solución de un grave enigma del mundo vegetal, no llegaron, con todo, á interesar á los botánicos de entonces.

Era imposible que ejerciesen influjo alguno en la cultura de la época, no porque faltase á ésta la preparación necesaria, como Sachs pretende para tal sorpresa; sino porque las observaciones de uno y otro sabio, lejos de brotar como naturales consecuencias del fondo de un principio supremo; en vez de ofrecerse como postulados necesarios de una idea fundamental; como imposiciones, en suma, de una ley absoluta, aparecían,

(1) *Bestaubung*, que propiamente significa, no la fecundación misma, sino la *polinización*, como traduce V. Tiegen (Sachs, *Traité de Botanique)*: esto es, el contacto del polen con el estigma.

(2) *Kosmos*, l. c.

por el contrario, ó faltas de toda trascendencia, sin conexión alguna con los conceptos primordiales que informaban el pensamiento de aquel siglo, estériles, por tanto, ó tan falsa y torpemente referidos á los principios de la época, cuanto que eran la negación más rotunda de su verdad y eficacia. Necesitábase todo el candor indiscreto, la sencillez tan extremada de estos dos naturalistas, para llegar á interpretar aquellos hechos y exhibirlos á su siglo, según luégo veremos, como testimonio evidente de la verdad de una idea á la sazón dominante: el finalismo, nunca en realidad tan comprometido como en el momento de sentirse aquellos dos sabios alborozados de haber descubierto el misterio de la Naturaleza en la estructura y fecundación de las plantas. Grande era su ilusión al imaginarse que añadían con sus revelaciones una prueba más, y sublime como pocas, á las muchas aducidas en el curso de los siglos anteriores para afirmar en absoluto en lo pequeño y en lo grande el sabio designio que ha presidido á la fábrica del mundo, la exquisita previsión con que todos los pormenores, hasta los más efímeros y leves, se ofrecen discretamente concertados en las criaturas naturales, sin que falte á ninguno su destino propio, su misión peculiar, grandiosa en todo caso, por insignificante que aparezca, ante la pequeñez de nuestro espíritu y la grosería de nuestros sentidos.

No eran, ciertamente, los hechos descritos por Kölreuter y Sprengel revelación de un misterio, como ellos pensaban. Estos sabios no llegaron á ver en muchos de tales fenómenos más que su aspecto meramente exterior, su accidencia peregrina, sin duda, rara, sorprendente, extraña á la finalidad reconocida á los vegetales hasta entonces. Y en cuanto á los demás hechos descubiertos por su sagacidad observadora, si creyeron enlazarlos á aquella idea fundamental, prepotente á la sazón en la cultura filosófica, se engañaron por completo; pues los datos pregonados por ellos como señales clarísimas de la sublime armonía con que había concertado la previsión del Criador las mutuas necesidades de los insectos y las plantas, y los medios que recíprocamente se ofrecían estos seres para

satisfacerlas, lejos de consentir una interpretación favorable al finalismo teológico, eran, al contrario, su mayor censura, según después veremos.

Por manera que, en resolución, los hechos revelados por ambos investigadores, ó fueron concebidos por ellos sin enlace con principios supremos, ó en una relación contradictoria y falsa con las ideas de la época.

No hay que apelar al espíritu de ésta, á su atraso y tendencia, como lo hacen Darwin, Sachs y Focke, para explicar, en parte al menos, la indiferencia con que fueron recibidos los descubrimientos de aquellos dos botánicos y la absoluta esterilidad á que estuvieron relegados por espacio de setenta años. Precisamente por haberse mostrado fieles al pensamiento de su tiempo, se condenaron Kölreuter y Sprengel á radical impotencia para vislumbrar la trascendencia verdadera de todas sus observaciones: cuanto más para hacerla patente á sus contemporáneos. No se adelantaron á su tiempo, como dice Darwin; vivieron en él sin presentir el venidero. El descubrimiento de los hechos revelados por ellos, fué lo prematuro, lo que se adelantó á la época en que debían esos hechos ser observados con fruto, como lo fueron al cabo.

Si estos primeros descubridores hubieran traspasado las fronteras de su época; si hubiesen podido despertarse en ellos exigencias superiores á las sentidas por sus contemporáneos, satisfechos entonces con el principio finalista, llamado todavía—á pesar del aparente descrédito en que hoy yace—á tomar pronto nueva forma y dominar como antes, pero desde más alto, la ciencia natural de nuestros días; si Kölreuter y Sprengel hubieran podido fecundar con ideas superiores á las entonces reinantes su tendencia reconocidamente observadora, experimental, biológica (que pudiera decirse), contrapuesta, por tanto, á la formal, abstracta, sistemática ante todo, que imperaba á la sazón en la ciencia de los vejetales, ni el vacío esquematismo de la botánica linneana, ni la duda que sobre la sexualidad de las plantas abrigaban muchos sabios, aun después de los experimentos decisivos de Camerer, ni ninguna

otra de tales circunstancias meramente exteriores, habría bastado para apartar á los botánicos de fines del siglo XVIII, ni menos á los de toda la primera mitad del XIX, del examen, estimación y perfeccionamiento consiguiente de las observaciones hechas por aquellos dos sabios.

Pero distaron ambos infinito de esta representación excepcional dentro de su época; respondieron de lleno á su espíritu.

Su concepción del organismo y funciones de las plantas en nada esencial diferían de la común entonces. Por eso quedaron fuera de ella, como extraños absolutamente, los fenómenos descubiertos que, ofrecidos en esta desnudez y aislamiento á la consideración de los demás botánicos, no podían, en realidad, interesarles; no eran asimilables, no se incorporaban á la doctrina constituída, ni para darle nuevo apoyo, ni para exigir y promover su reemplazo por otra más comprensiva. Ni fué tampoco otra razón que la comunidad de principios en que se movían aquellos dos indagadores y los demás de su tiempo, la que explica el error en que cayeron, llevados por la tiranía del prejuicio dominante, al referir los otros fenómenos al principio de finalidad y explicarlos como inesperados indicios de su maravillosa eficacia en una más amplia esfera que la supuesta hasta entonces.

Menester fué que estuviesen completamente influídos por la preocupación finalista de la época y la exageraran todavía, para que pudiesen concebir como manifestaciones del finalismo providente, más grandiosas y admirables que las antes conocidas en la estructura y reproducción de las flores, unos fenómenos que, explicados con mayor consecuencia que lo fueron por ellos con arreglo á los principios de su tiempo, probarían que, para conseguir un fin—la fecundación de las flores hermafroditas por sí mismas—la Providencia dotó á estas de los órganos sexuales necesarios y suficientes; pero á la vez los dispuso, como sus cubiertas florales, de tal suerte que no pudieran ejercer unos sobre otros la función á que estaban destinados, complaciéndose en resolver al fin esta antinomia, ha-

ciendo que segreguen las flores néctar apetecido de los insectos y se vistan de colores que los atraigan, para que ellos, tratando de satisfacer su deseo, remuevan las partes interiores de la flor visitada y faciliten de esta suerte su fecundación, imposible de otro modo.

Ciega sumisión al pensamiento de su siglo, é impotencia consiguiente para enlazar con principios superiores los nuevos hechos, incompatibles con las ideas reinantes en su tiempo: estas son las dos notas características de los esfuerzos de Kölreuter y Sprengel, y ellas solas explican satisfactoriamente el fracaso de sus libros. No es maravilla que así ocurriera. Cese ya la sorpresa de muchos naturalistas ante un suceso completamente normal, que se produjo porque debía producirse. Lo contrario es lo que extrañaría profundamente á todo el que llega á discernir la virtualidad fecunda de los hechos cuando nos guían las ideas á su descubrimiento, y su rigidez seca y estéril cuando tropieza fortuitamente con ellos nuestro espíritu. Lo raro hubiera sido que fenómenos concebidos, ó como puros accidentes faltos de enlace con los procesos de la vida vegetal, ó como expresiones de una idea en realidad incompatible con ellos, fenómenos que por lo tanto no conocieron verdaderamente en su integridad y plenitud aquellos dos sabios, ya que no llegaron á verlos en el lugar y relaciones en que se muestran hoy dentro del mundo vegetal, hubiesen con todo llamado vivamente la atención, promoviendo nuevas tendencias en las doctrinas botánicas, haciendo ver horizontes más ámplios, esferas superiores desconocidas hasta entonces. Esto síque pasmaría, no ya á filósofos, á todo pensador reflexivo.

Para influir eficazmente en el progreso de la Botánica, no bastaba, sin duda, que las observaciones de Kölreuter y Sprengel hubiesen anunciado sólo la existencia de mutuas relaciones, constantes, necesarias, entre los insectos y sus flores predilectas; era preciso además que hubieran mostrado la raíz, el fundamento de todas estas relaciones en la esencia misma de unos y otros organismos, en una ley de desarrollo común á to-

dos ellos, en una finalidad superior á sus particulares diferencias.

Presentir esta ley biológica ha sido el mérito de Darwin, que, instigado, no por los hechos inmediatamente, como él mismo supone, sino por verdaderas exigencias ideales, fáciles de mostrar en la ocasión presente, buscó los fenómenos con observaciones asíduas y precisas, y consiguió tan asombrosos resultados, que hay pocos ejemplos de una revolución tan radical y pronta como la producida en la Botánica con la aparición de su libro *Sobre la fecundación de las Orquídeas*, del cual bien pueden estimarse puros desarrollos, ampliaciones ulteriores, cuantos libros, memorias y artículos han publicado después él mismo y tantos otros botánicos, acerca de estas maravillosas relaciones con que parecen condicionarse mútuamente en su vida los animales y las plantas.

Y, sin género de duda, el éxito tan excepcional y rápido que ha coronado los esfuerzos del insigne zoólogo; el influjo tan poderoso que han ejercido sus observaciones en la cultura botánica, no bien han sido conocidas; la fecundidad con que se enlazan á ellas, día por dia, nuevos estudios más y más amplios cada vez, no se deben á otra causa que á la muy decisiva, aunque lo dude la mayoría de los naturalistas, de haber referido Darwin á un principio general y trascendente los hechos expuestos en el libro citado. No fué la novedad de sus datos, ni la profusión de interesantes pormenores que contiene, ni aun el rigor y delicadeza de las observaciones, lo que ha llevado á los naturalistas contemporáneos á conceder al libro de Darwin la atención que negaron á los de Kölreuter y Sprengel los botánicos de su tiempo. Es el fondo ideal de donde hace Darwin brotar los fenómenos que describe, la trascendencia teórica que les asigna, la alta finalidad que reconoce en ellos, lo que realmente explica la extraordinaria acogida y el indecible efecto de un libro que, por lo demás, si se atendiera sólo estrictamente á los fenómenos en él descritos, á los hechos que en él se relatan, sin mirar á ese enlace ideal, fuerza sería confesar sinceramente que no sobrepuja, que cede, acaso, al que

dejaron pasar inadvertido los contemporáneos de Sprengel, y aun los nuestros hasta Darwin.

Estaba reservado á este naturalista filósofo hacer revivir y tornar fecundos los trabajos, hasta entonces estériles, de aquel sabio y de su antecesor; bastó para lograrlo el bienhechor influjo de las ideas que removieron el espíritu de Darwin, guiándolo á la contemplación de aquel orden de fenómenos, tan extraños al parecer, en realidad tan naturales.

Augusto G. de Linares.

EL ORIGEN DEL LENGUAJE

I

No sin razón hace notar un ilustre publicista de la nación vecina, en una de sus obras más conocidas y generalmente estimadas, el hecho singular de extenderse el imperio de la moda á la esfera misma de la investigación científica. «La cuestión del alma de los animales, la del origen del lenguaje, la de las ideas innatas—dice—han estado de moda» (1). Sería ciertamente interesante el investigar las causas de estas predilecciones pasajeras, y en apariencia al menos, injustificadas. La enseñanza más alta y provechosa que resultaría de este examen, sería la de patentizarse en él, de una manera evidente, la existencia de leyes inflexibles, destinadas á regular supremamente aun aquellas relaciones que pudieran aparecer sometidas por entero á la acción arbitraria de las veleidades humanas. Hasta en los mudables caprichos de esa deidad caprichosa por excelencia, existe una cierta lógica, claramente perceptible en sus evoluciones máximas. Es evidente que la toga romana, por ejemplo, se acomodaría tan mal á la actividad turbulenta y febril de los pueblos modernos, como el traje ajustado de éstos á la actitud

(1) J. Simon, *La Libertè.*

uagusta y un tanto teatral del ciudadano del Lacio. Y si aun en estas esferas, en que parece imperar el capricho con absoluto dominio, la moda es, no obstante, significativa de un fondo de relaciones que nada tienen de arbitrarias, ¿cómo admitir esta arbitrariedad cuando de la investigación científica se trata? Las hachas de pedernal, llamadas vulgarmente «piedras del rayo,» han sido conocidas en todo tiempo, y, sin embargo, la Prehistoria no ha nacido hasta que los adelantos de la Geología y de la Paleontología por una parte, y los progresos por otra de la Arqueología y de la crítica histórica, han permitido la interpretación racional de un dato, objeto antes á lo sumo de banal curiosidad y tema predilecto de las creaciones fetichistas de la mitología popular. De igual suerte, con hallarse la realidad entera eternamente presente como un inagotable cuestionario ante el espíritu humano, no es dado sin embargo al pensamiento resolver, ni aun proponerse en cada punto otros problemas, que aquellos que resultan puestos, por decirlo así, ante sus ojos, por la lógica real de su propio anterior desarrollo.

Esto ha tenido lugar con el problema del origen del lenguaje. La oposición fundamental entre la *phusis* y la *thesis* entre las concepciones del lenguaje, ora como una propiedad natural, espontánea, ingénita en el hombre, ora como una obra producida por virtud de intencionado esfuerzo, aparecen ya contrastándose mútuamente desde los primeros albores de la filosofía occidental. Es para Heráclito la palabra inherente al pensamiento, como la sombra al cuerpo; para Demócrito, Platón y Aristóteles, aparece, por el contrario, como algo de artificial, aunque no por eso convencional ni arbitrario; la *estatua vocal*, para valernos de la bella y expresiva imagen del primero de estos filósofos, esto es, la encarnación reflexiva, intencional, artística de las ideas. La oposición entre estas dos concepciones ha venido reproduciéndose constantemente en cada ciclo de la filosofía lingüística. Y, no obstante, por más que cada una de ellas encierre una solución distinta para el problema que nos ocupa, no parece que la filosofía antigua se haya pro-

puesto nunca semejante problema de una manera clara y definida. Desconociendo la historia, al menos en el sentido universal que hoy le atribuimos, como historia de la humanidad, la antigüedad se cuidó poco en general de la investigación del origen de las instituciones humanas. Acaso repugnaban también tales cuestiones á la índole predominantemente dogmática del pensamiento antiguo. Problemas de esta índole debían ser sólo suscitados por una dirección de pensamiento crítica por esencia, atenta á hallar la naturaleza de los hechos más que á determinar las relaciones dialécticas de las ideas, impotente para proponerse la investigación de la naturaleza de las cosas, pero bastante desarrollada para indagar las leyes de su desenvolvimiento, aspirando vagamente á concertar la especulación con los hechos, y buscando en un pasado más bien fantaseado que conocido, armas con que combatir los extravíos y las injusticias del presente. Tal fué el movimiento filosófico del último siglo.

Uno de los caracteres distintivos de aquella etapa intelectual, ha sido la preferente atención consagrada á las cuestiones de origen. Bien es verdad que con su solución se perseguían fines varios, frecuentemente extraños al puro interés de la investigación científica. Tratábase unas veces, en pugna con creencias tradicionales, de explicar de una manera natural y ajena á toda intervención divina la aparición del hombre sobre la tierra y todo el ulterior desarrollo de la civilización; pretendíase otras estigmatizar toda fe en lo sobrenatural, haciéndola derivar de pasiones degradantes y atribuyendo de esta suerte al sentimiento religioso una indeleble mancha de origen, de acuerdo con la afirmación del poeta *primus in orbe deos fecit timor*, y no pocas, en fin, se aspiraba á hallar en las condiciones imaginarias de un supuesto contrato social primitivo, las bases permanentes de la sociedad y el Estado, los principios del derecho y los límites del poder.

Con este mismo sentido, más bien de protesta contra heredadas preocupaciones que de desapasionada investigación de la verdad, surgió entonces el problema del origen del lenguaje.

Ni podía menos de surgir, y aun de ser asunto de preferente consideración, en un momento en que la razón humana aspiraba, antes que nada y sobre todo, á la secularización, por decirlo así, de las ideas. Aquellos grandes revolucionarios del pensamiento comprendían que en la explicación natural de este hecho maravilloso estribaba su mayor victoria, y que, una vez obtenida, se habría hundido definitivamente el último baluarte de los secuaces del pasado. El éxito, por desgracia, no coronó sus esfuerzos; el espíritu humano carecía aún de la preparación necesaria para sondear tamaños abismos. La tendencia del siglo XVIII á las explicaciones artificiosas, es bien conocida. Se ha acusado á aquellos pensadores de carecer de un verdadero sentido filosófico; la acusación es fundada en parte, aunque no tanto ni con mucho como ha querido persuadírnoslo la reacción románico-religiosa de principios del presente siglo. Lo que produce mayor deficiencia en las concepciones todas de aquellos insignes demoledores; lo que falsea muchas veces su crítica y ha esterilizado muchos de sus trabajos, es la falta casi absoluta de sentido histórico. Son ideólogos que pretenden explicar la historia sin comprenderla, y que para darse cuenta del origen de las cosas, de la sociedad como de la religión, del lenguaje como de la civilización ó el derecho, no hacen sino trasladar mentalmente á las épocas primitivas al hombre de su siglo, esto es, del más convencional de todos los tiempos, á semejanza de aquellos pintores italianos que vestían á la Magdalena con el ostentoso traje de corte del siglo XVI. Sus errores nacen de verdaderos anacronismos más bien que de faltas de dialéctica. Así es como Condillac, Condorcet, Maupertuis, Volney, pretendieron resolver la cuestión prescindiendo por completo del análisis psicológico de las facultades humanas y de la consideración histórica relativa á las condiciones psíquicas y físicas del hombre primitivo, para afirmar, bajo formas diferentes pero con unanimidad en el fondo, que el lenguaje no era otra cosa que un producto convencional, originado por la necesidad práctica de la comunicación social, y perfeccionado después lenta y gradualmente, pero siempre por medios

reflexivos. Y es que, consecuentes con su habitual procedimiento, dieron en imaginarse lo que ellos mismos hicieran si, por arte mágico, se hubiesen hallado de improviso desprovistos de la facultad de hablar, y atribuyendo al hombre primitivo la misma solución que ellos, hombres de su tiempo, hubieran dado á tal conflicto, llegaron á la extraña teoría de esa especie de *contrato mímico* de que la palabra procede, hipótesis singularísima que, en la forma cruda en que aparece expuesta por Condillac (1), más bien recuerda la educación artificiosa de los sordo-mudos, que explica la aparición de una facultad humana en los comienzos de la historia. El mismo Rousseau, que aunque parece disentir no pocas veces del espíritu reinante, asume, sin embargo, la representación tal vez más alta de su tiempo, no supo salir de esta esfera de esplicaciones arbitrarias, y cuando lo pretendió lo logró tan sólo apelando, para aclarar el misterio, á misterios todavía más insondables. Hubo un momento en que vió claramente el círculo vicioso que entrañaba el convencionalismo reinante, en que comprendió, para servirnos de una expresión famosa, «que la palabra debía haber sido muy necesaria para inventar la palabra;» pero su concepción semi-mística, equivalente á la negación de toda solución racional, lleva el sello de la sensiblería enfermiza que alternaba por tan extraña manera en aquel espíritu singular con la potente energía de su varonil pensamiento.

Pero el defecto capital de este primer conato de explicación, no radica acaso tanto en lo atificioso de la solución mantenida, cuanto en la manera viciosa de proponerse la cuestión. Bajo la denominación, altamente impropia, de cuestión del origen del lenguaje, se confunden aquí dos problemas de naturaleza totalmente diversa: histórico el uno, relativo á los he-

(1) *Essai sur l'origine des connaissances humaines.* «Para comprender—dice—cómo los hombres *convinieron entre sí* en el sentido de las primeras palabras que *quisieron* poner en uso, basta observar que las pronunciaban en circunstancias en que cada cual había de referirlas á las mismas percepciones.» Y más adelante añade: «El lenguaje de acción disipaba las ambigüedades y equívocos que al principio debían de ser frecuentes.»

chos primitivos en que el lenguaje se manifestó, y filosófico el otro, en cuanto atañe á la facultad del hombre que le ha dado nacimiento. De estas dos cuestiones, la primera es en rigor insoluble, por tratarse de un hecho de tan singularísimo carácter, que precisamente respecto de él, es todo testimonio auténtico imposible. Nos hallamos aquí en pleno dominio de la hipótesis, y sólo cabe razonablemente esperar que nuestras conjeturas vayan aproximándose cada vez más á la verdad, pero sin que logremos alcanzar jamás la certidumbre de que aquello que suponemos sea fiel expresión de la verdad misma. Aun estas conjeturas exigen, para ser legítimas, el conocimiento prévio de dos datos igualmente esenciales y necesarios, á saber: el del lenguaje mismo de un lado, como una realidad antropológica, esto es, en su propia fuente permanente, y de otro el del sistema de condiciones, el del medio todo, interno y externo, en función del cual hubo de realizar el hombre su iniciación en la cultura. De esta suerte, el mismo problema histórico supone la solución del filosófico. De hecho, la glotología se ha esforzado más en determinar la *causa* que el *modo* del nacimiento del lenguaje, bien que no se haya borrado aún por completo el prejuicio originario que tiene fiel expresión en la misma denominación del problema.

En reacción contra el sentido artificial del siglo XVIII, la escuela teológica mantuvo la singular opinión de que el lenguaje era producto de una revelación divina: tal es la afirmación formulada, entre otros, por De Bonald, De Maistre y Lamennais. Debiera creerse, dado el espíritu dominante en esta dirección, que dicha opinión se apoyaría en argumentos de autoridad, en textos terminantes de los libros sagrados, ó cuando menos, en interpretaciones elevadas á la categoría de dogmas por el dictamen de los Santos Padres y consagradas por el asentimiento de la Iglesia. Nada menos que eso: los versículos 19 y 20 del cap. II del *Génesis* que se refieren al particular, encierran una desautorización solemne y absoluta de la teoría revelacionista. Conforme á ellos, «formado que hubo de la tierra el Señor Dios todos los animales terrestres y todas las

aves del cielo, los trajo á Adam para que viese cómo los había de llamar: y en efecto, *todos los nombres puestos por Adam á los animales vivientes, esos son sus nombres propios*. Llamó, pues, Adam por sus propios nombres á todos los animales, á todas las aves del cielo y á todas las bestias de la tierra...» (1). El texto es terminante: no necesita ni admite otra interpretación que la literal. Ante afirmación tan concluyente, lícito es poner en duda la ortodoxia de cuantos nieguen el origen humano del vocabulario primitivo. Pero, ¿existe espectáculo más interesante que el de esos sectarios que pretenden, por un exceso de celo, corregir la Biblia misma? ¿Cabe fenómeno más singular que el de esas declaraciones dogmáticas formuladas pomposamente por publicistas legos? ¿Hay nada más extraño que la intervención que en los asuntos espirituales pretende arrogarse ese elemento ultramontano, compuesto, en su inmensa mayoría, de una serie de seglares, á cuyos ojos láicos la Iglesia misma no resulta bastante eclesiástica? Audacias estas en verdad indisculpables, y dignas de la severa represión que sería de desear las contuviera en bien del prestigio de la legítima autoridad religiosa.

De Bonald (2) intenta fundar en un razonamiento lógico su doctrina de la revelación primitiva del lenguaje; este razonamiento se reduce á una pretendida demostración *ad absurdum*. Para De Bonald, como para muchos de los modernos lingüistas, la inherencia del lenguaje con el pensamiento es tal, que

(1) Hemos preferido servirnos aquí de la traducción de D. Félix Torres Amat. (Segunda edición. Madrid, 1832). El texto de la *Vulgata* dice literalmente:

«19. *Formatis igitur, Dominus Deus, de humo cunctis animantibus terræ et universis volatilibus cœli, adduxit ea ad Adam, ut videret quid vocaret ea: omne enim quod vocavit Adam animæ viventis, ipsum est nomen ejus.*»

«20 *Apellavitque Adam nominibus suis cuncta animantia et universa volatilia cœli, et omnes bestias terræ: Adœ verò non inveniebatur adjutor similis ejus.*»

El vocabulario que resultara de esta enumeración de Adam debió ser, sin duda, incompleto por todo extremo, pero no puede en manera alguna inferirse de aquí, que los versículos trascritos no traten de explicar el origen del lenguaje humano.

(2) *Recherches philosophiques*. I, pág. 163 y siguientes, tercera edición.

no cabe concebir siquiera la existencia del uno sin la del otro. El pensamiento no ha podido crear el lenguaje, pues esto supondría que le había precedido, lo cual es tan inconcebible como que el lenguaje haya precedido al pensamiento. ¿Cómo, pues, salir de esta especie de círculo vicioso? Sólo por la eficacia de una acción superior; mediante una intervención divina. El argumento, como se ve, es poco concluyente. Sin entrar ahora á discutir el carácter de esa inherencia del lenguaje con el pensamiento (que, entendida de la manera que aquí se pretende, suprimiría la capacidad de concebir cosa alguna que carezca de nombre en la lengua, y por tanto la posibilidad de toda investigación y de todo descubrimiento), la recíproca necesidad que entre el pensamiento y el lenguaje se afirma aquí, no probaría, en suma, otra cosa, que la contemporaneidad de ambos, de ningún modo el origen divino del uno ni del otro. En el organismo espiritual el pensamiento y su expresión pueden haber sido coetáneos, como la respiración y la circulación, por ejemplo, lo son en el cuerpo, sin que sea, en manera alguna, preciso apelar á la intervención de un poder superior para explicarse la coexistencia originaria de funciones que se presentan natural y necesariamente enlazadas en una condicionalidad recíproca.

En general la hipótesis, sobre audacísima, es radicalmente impotente para explicar el fenómeno. Atribuir á Dios el origen del lenguaje, no es dar un solo paso para la solución del problema. Sin llegar al grosero antropomorfismo de una revelación positiva del lenguaje, se puede, sin duda, buscar su fundamento en Dios, como fuente suprema de todo bien. El lenguaje sería entonces divino al mismo título que la naturaleza ó el espíritu, la humanidad ó la animalidad, la sociedad ó el derecho, una planta ó un periódico, los caminos de hierro ó las máquinas de coser; cuanto existe, en suma, y constituye un bien de la vida, sea general ó particular, necesario ó arbitrario, natural ó artificial. Tomada en semejante generalidad la afirmación, resulta estéril para determinar la naturaleza propia de cada cosa, al modo de aquella máxima del Apóstol que,

atribuyendo á Dios el origen de todo poder, no nos da por sí sola criterio para discernir la legitimidad de la usurpación. La facultad del lenguaje procederá de Dios en este sentido, no de una manera especial, sino al modo como puede afirmarse, dada esta concepción general del mundo y de la realidad, que de Él proceden igualmente todas las facultades humanas. Mas la trasformación de este poder ó facultad en hecho positivo, la realización actual, efectiva de un lenguaje dado deberá ser concebida como una obra exclusiva del hombre, á menos de sostener la revelación, no ya del lenguaje en general, sino *de una lengua determinada*. Contra esta proposición extraña, que convertiría á la revelación en una especie de enseñanza elemental y á Dios en un pedagogo, alega acertadamente Cousin (1) que los signos dados por Dios no llegarían á constituir lenguaje en tanto que el hombre no les atribuyera determinada significación. Un sabio poco sospechoso de heterodoxia, el ilustre Max Müller, ha observado con gran exactitud que esta hipótesis explica solamente cómo el hombre hubiera podido hablar una lengua ya formada; «pero que el problema de la formación de esta lengua queda tan oscuro como antes» (2). Tal es la impotencia de esta teoría, denominada con razón por Whitney (3) del origen *milagroso*, que no del origen divino del lenguaje. La intervención de este *Deus ex machina* es un recurso cómodo para obviar dificultades; lástima que á tal cualidad no reuna las condiciones que la lógica menos exigente estima necesarias para constituir una hipótesis científica medianamente seria.

Desechadas estas soluciones, cabe únicamente considerar al lenguaje como una propiedad ó atributo del hombre. En este concepto es manifiesto que la noción de dicha propiedad dependerá en un todo de la concepción antropológica que se adopte. Así, según se conciba al hombre como un ser que en-

(1) Prólogo á las obras de Maine de Biran, tomo IV, pág. 15.

(2) *Leçons sur la sciencie du langage.*

(3) *La vie du langage*, Paris. Germer Baillière, 1875.

cierra en sí algo de sustantivo y libre, un espíritu en suma, ó bien como mera parte y órgano de la naturaleza, el lenguaje será también concebido, ora como una cualidad psíquica, desenvuelta primeramente en el fondo de la conciencia y sólo después expresada al exterior por manifestaciones corpóreas, ora como un fenómeno natural y puramente orgánico. Ambas opuestas direcciones tienen cumplida representación en la lingüística contemporánea.

La escuela trasformista considera al lenguaje como una propiedad puramente natural. A sus ojos el lenguaje humano es el solo carácter específico, y en cierta manera la fundamental condición de la aparición de la humanidad misma. Una tribu de autropoídes que, favorecida por el medio, comenzó á trocar en verdadero lenguaje los gritos inarticulados de que antes se sirviera como único medio de expresión, consumó la diferenciación entre el hombre y el mono. Es claro que la cuestión de origen, en el sentido propio de la palabra, encierra para el trasformismo muy escaso interés: lo que usualmente denominamos origen, no es otra cosa, en concepto de esta escuela, que un momento en la evolución. En este proteismo sin límites, en este perpetuo *devenir* de las formas, nada propiamente empieza ni acaba. La trasformación se realiza en una continuidad tal y tan enlazada, que es imposible determinar dónde concluyen una especie ó una cualidad, para dar lugar á otra cualidad ó á otra especie.

El trasformismo tiene en Lingüística una historia muy brillante y una muy alta representación. No es aquí, como pretende serlo en el terreno de la historia humana y en el de la ciencia social, una aplicación hecha como desde fuera de principios ajenos al propio desarrollo de dichas ciencias, revistiendo, por tanto, todos los caracteres de una intrusión de discutible legitimidad. Nació en el seno mismo de la Lingüística, con la obra fundamental del ilustre Schleicher *La lengua alemana*, publicada en 1860 y escrita en el mismo año 1859 en que vió la luz pública el libro de Darwin *Sobre el origen y descendencia del hombre*, sin que el glotólogo, al descubrîr en la vida

del lenguaje la ley de la trasformación, tuviera conocimiento del trabajo inmortal del gran naturalista. Más tarde insistió Schleicher en la aplicación al lenguaje del principio de la evolución, tomada ya en el sentido darwiniano, en sus conocidos estudios sobre *El trasformismo en Lingüística* y la *Importancia del lenguaje para la historia natural del hombre.* Dadas las corrientes dominantes en el pensamiento contemporáneo, las nuevas ideas no podían menos de hallar eco y de hacer numerosos prosélitos. Así ha sucedido en efecto, y hasta tal punto, que la escuela del trasformismo lingüístico, robustecida con el apoyo que le presta su congénere el trasformismo propiamente naturalista, y con el carácter de ciencia natural que, por virtud de la aplicación de los métodos descriptivo y comparativo al conocimiento de las lenguas, es uso hoy atribuir á la Glotología, se ostenta como la representación más genuina del espíritu científico contemporáneo, habiendo logrado imponer no pocas de sus soluciones.

Mas la importancia de la doctrina trasformista en la ciencia del lenguaje no radica tanto en el número y calidad de los que, con sentido de escuela y marcadas preferencias naturalistas la sostienen, cuanto en el apoyo que parecen prestarla los hechos por lo que al desarrollo del lenguaje se refiere. No de otra suerte se explica que el adversario quizá más decidido del trasformismo lingüístico, el ilustre Max Müller, se exprese, no obstante punto menos que como un darwinista convencido al exponer las leyes que rigen el desenvolvimiento de las lenguas. Séanos lícito, al propósito de esclarecer este punto, examinar brevemente las últimas conclusiones á que ha llegado la Lingüística contemporánea por lo que respecta al proceso evolutivo del lenguaje.

El secreto de los progresos rapidísimos realizados recientemente por la ciencia del lenguaje, estriba en la aplicación al estudio de las lenguas del método comparativo. Mediante ella se ha llegado á obtener una clasificación morfológica de todas las lenguas conocidas, y sobre esta base firme ha podido ya fundarse el estudio de las etimologías, antes punto menos que

arbitrarias, el conocimiento exacto de la historia de las palabras y aun de las ideas (1). Este estudio ha versado principalmente sobre el grupo de lenguas que suelen denominarse indogermánicas, y con mayor exactitud indo-europeas. Merced á las pacientísimas investigaciones de Bopp, Grimm, Pott, Schlégel, G. de Humboldt, Schleicher y Müller, el conocimiento de estas lenguas ha alcanzado un grado tal de desarrollo, que puede rivalizar con el obtenido por gran número de ciencias de antigua formación, tanto por lo que respecta á la severidad de los métodos, como por lo que se refiere á la riqueza de los pormenores y á la importancia de las aplicaciones y resultados. Por lo que hace á nuestro propósito, una consecuencia general se desprende de todas estas investigaciones. El antiguo

(1) Pueden calificarse con justicia de inestimables los servicios que la joven ciencia lingüística ha prestado ya á la historia, y de que son, entre otras brillantes muestras, la lectura de las inscripciones cuneiformes, verdadera maravilla de sagacidad, y la reconstrucción admirable, á pesar de sus errores de detalle, que hizo de la civilización entera de los Aryos el ilustre Pictet, en su obra titulada *Les origines indo-européennes ou les Aryas primitifs* (Paris Cherbulier, 1859), trabajo caracterizado gráficamente por su mismo autor con el nombre de *Ensayo de Paleontología lingüística*. Y no obstante, estos descubrimientos son indicio apenas de las fecundísimas aplicaciones que para el conocimiento de la historia de la humanidad ha de recibir en su día la ciencia del lenguaje.

La Mitología comparada, que ha nacido á su sombra y que en brevísimo tiempo ha alcanzado gran desarrollo, merced singularmente á los notabilísimos trabajos de Müller, (V., entre otros, *Nóuvelles leçons sur la science du langage*, traducción francesa de Harris y Perrot, París, 1867-1868). Tomo II *Mythologie comparée* y *La sciencie de la religion* París, 1873), se halla destinada á enseñarnos, no ya sólo la historia de los errores humanos, sino el proceso evolutivo de las ideas. Sólo aquí se ve camino para que la historia humana deje de ser algún día una mera compilación do hechos exteriores, alternada con un cúmulo de apreciaciones arbitrarias, trocándose en exposición verdaderamente razonada, donde el acto externo sea visto como resultado de la evolución de esa fuerza interior, de ese *spiritus intus*, hoy para nosotros inaccesible. Espejo fidelísimo de la conciencia, el lenguaje nos permitirá penetrar en el fondo mismo del espíritu de los tiempos y de los pueblos, apreciar una por una las palpitaciones todas del alma humana, ver pensar y sentir al pasado. Sólo entonces logrará constituirse esa *historia interna*, objeto de tan titánicos cuanto infructuosos esfuerzos, y cuyo conocimiento, que tantas veces han creído haber logrado los pensadores, ilusionados por el engañoso espejismo de los sistemas, ha sido siempre hasta aquí una pura quimera.

análisis gramatical había establecido ya la diferencia entre los dos elementos, radical y formal, constitutivos de toda palabra sujeta á la flexión y destinados á expresar respectivamente el significado capital de dicha palabra y las modificaciones de este significado. La Lingüistica moderna ha venido á mostrar que esta distinción se hallaba muy lejos de ser un recurso consagrado á facilitar artificialmente el análisis gramatical. Por lo que respecta al menos al grupo de las lenguas indo-europeas, es un hecho fuera de duda que ese elemento formativo, representado comunmente por partículas, á veces tan sólo por letras (como acontece, por ejemplo, con la *s* de nuestros plurales), es tan sólo el resíduo de una raíz primitiva, independiente antes y expresiva de una propia idea, pero que poco á poco, en fuerza de ser usada como modificadora de otras raíces, ha ido perdiendo su significación propia y parte de sus letras, para trocarse al cabo en mero elemento flexivo. De esta suerte, el vocabulario entero de las lenguas indo-europeas, incluyendo en él las que, habiendo sido en un pasado más ó menos remoto palabras de propio significado han venido á convertirse al cabo en medios de flexión, puede ser hoy reducido á un número relativamente escaso de raíces primitivas, especie de categorías lingüísticas, cuya trama de combinaciones ha producido toda la riqueza léxica y gramatical de cuantas lenguas á dicho tronco pertenecen. Pero lo que hay de más significativo, es que dichas raíces primitivas afectan siempre, sin excepción alguna en este grupo de lenguas, la forma monosilábica.

Si se combina este hecho con el de poderse reducir todas las lenguas conocidas á tres grupos fundamentales y perfectamente caracterizados, el monosilábico, el aglutinante y el flexivo, se comprenderá fácilmente cómo los lingüistas han sido inducidos á ver en esta clasificación morfológica el resultado de una ley de desarrollo. Así, á la manera como, según Hæckel (1), todo animal reproduce en su período embrionario las formas características de los seres inferiores en la escala

(1) *Histoire de la creation des êtres organisés.* París, 1874. 12.ª lección.

zoológica, toda lengua superior ha debido también, conforme á esta teoría, pasar por los dos períodos, monosilábico de raices sueltas, y aglutinante de raíces mecánicamente unidas, antes de alcanzar la plenitud de desenvolvimiento caracterizada por la flexión. La transición entre el período monosilábico y el aglutinante es, en extremo, sencilla: distínguense ya en chino las raíces llamadas *llenas*, verdaderos elementos radicales, de las *vacías* que, aun teniendo una propia significación, que conservan, se emplean únicamente como modificadoras del sentido de las primeras. Cuando la raíz *vacía* se une á la *llena* de un modo permanente, pero sin que pierda en esta unión ninguno de sus elementos fónicos, la palabra deja de ser monosilábica, para convertirse en aglutinante. El tránsito de la aglutinación á la flexión se efectúa mediante lo que Müller denomina, aunque impropiamente, la *corrupción fonética*, fenómeno que consiste en una serie de trasformaciones que experimentan las raíces, y que pueden ser consideradas como efectos de la tendencia, manifestada constantemente en el desarrollo del lenguaje, á la economía de los medios. Las raíces adheridas, privadas ya de existencia independiente, van sucesivamente perdiendo, al par que su sentido primitivo, gran parte de sus elementos fónicos, especialmente en el punto de contacto entre ellas y las raíces á quienes modifican, y acaban por formar con ellas un solo todo, constituyéndose entonces las lenguas flexivas, como el instrumento más perfecto y adecuado para la expresión del pensamiento.

Esta evolución, análoga en sentir de los trasformistas al proceso genético de los organismos, semejante en concepto de Müller á la sucesión ordenada de las capas que forman la corteza terrestre (1), pasa hoy, á los ojos de la inmensa mayoría de los lingüistas, por un hecho de realidad incontrovertible. La clasificación de Steinthal, que pretende hallar en otros principios morfológicos la característica de las lenguas, ha tenido escaso éxito. La concordancia entre la clasificación de las lenguas ge-

(1) V. *La stratification du langage*. Paris Franck, 1869. *Bibliot. des Hautes Etudes.*

neralmente admitida, y los resultados del prolijo y minucioso análisis á que ha sido sometido el grupo de las indo-europeas, parece hacer prueba plena en pró de una evolución lingüística, análoga en lo fundamental á la evolución orgánica que el trasformismo sustenta. Mas no será ocioso observar, enfrente de esta opinión casi unánime de los lingüistas, que semejante teoría, por sólidos que puedan parecer sus fundamentos, no pasa de ser una hipótesis, suficiente sin duda para explicar el desarrollo de las lenguas indo-europeas tal como hoy las conocemos, pero impotente para darnos razón de gran número de fenómenos lingüísticos, y muy señaladamente, en nuestro sentir, de las formas de flexión propias de las lenguas pertenecientes al tronco semítico.

Schlégel y Renan concibieron el desarrollo del lenguaje como el fruto de una diferenciación interna, semejante también, aunque en otro respecto que la anterior, á la que tiene lugar en el desenvolvimiento de todos los seres orgánicos. Por virtud de este desplegamiento interior, cada tronco lingüístico va produciendo de hecho toda la riqueza de posibles determinaciones que en su naturaleza se hallaban virtualmente contenidas. En el desarrollo gradual de estas interiores virtualidades, se da sin duda progreso, mas no de suerte que una lengua pueda franquear jamás el límite propio del tipo morfológico á que esencialmente corresponde. El carácter peculiar del tipo lingüístico propio de cada lengua, nace con ella y ya no se borra jamás. Así una lengua flexiva lo es desde el primer momento de su aparición, por modestos que sean sus comienzos; por el contrario, una lengua que nace monosilábica ó aglutinante, podrá alcanzar dentro de su tipo morfológico un grado de desarrollo tan grande como se quiera, pero nunca llegará á obtener la perfección que es propia del tipo superior.

Esta teoría de los tipos lingüísticos, que corresponde exactamente en Glotología á la de las especies inmutables en la ciencia natural, ha caído en idéntico descrédito. A los ojos de la casi totalidad de los lingüistas pasa hoy por anticuada, os-

cura y poco conforme con la realidad de los hechos. A la verdad, basta su simple exposición para demostrar que peca realmente de vaga y poco definida. Importa notar, sin embargo, que, á pesar de su apariencia metafísica, no es tan extraña á los hechos como hoy se pretende, y que halla una cierta confirmación en el estudio morfológico de un grupo importante de lenguas.

Es un hecho casi constante el de que los sabios consagrados al cultivo de las lenguas semíticas estimen como de escaso valor las conclusiones más autorizadas de la lingüística contemporánea. Y la razón es muy sencilla; en las lenguas semíticas, á diferencia de lo que tiene lugar en las indo-europeas, las modificaciones que las raíces experimentan son expresadas, no ya sólo por la adición de partículas fijas, sino principalmente por medio de alteraciones en el elemento vocal de la raíz misma. Así, el verbo hebreo *Catál*, matar, hace su futuro *Yctól*, conservando las tres consonantes fundamentales que son características de toda raíz semítica, pero cambiando la naturaleza y disposición de las vocales. Este modo de flexión, constante en las lenguas semíticas, es completamente diverso del de las indo-europeas, en las cuales la alteración de un sonido vocal radical en la flexión de un verbo (*pudo* de *poder; soy*, *fué*, de *ser; vi*, *viste*, de *ver*, etc., etc.), constituye una excepción que, aunque frecuente, trueca el verbo en irregular, y que se explica las más veces de un modo perfectamente natural y en armonía con la regla general, la cual se halla más bien confirmada que invalidada por la excepción misma, como lo prueba frecuentemente este estudio de las anomalías que constituye una verdadera Teratologia del lenguaje. Ahora bien; es de toda evidencia que el hecho de realizarse normalmente la flexión verbal á expensas de modificaciones interiores de la raíz misma, no puede ser explicado de una manera satisfactoria por la teoría dominante. Imagínense cuantas combinaciones se quiera; siempre resultará imposible el darse cuenta, mediante la pura aglomeración de partículas, de ese fenómeno singular que parece mostrar la existencia en las radicales semíticas de una como

interna vitalidad, de un proceso de desarrollo enteramente propio de cada una y en un todo diferente del que resulta de la adición mecánica de elementos gramaticales. Nada, pues, más natural ni más lógico que la repugnancia de los semitistas á aceptar las doctrinas reinantes sobre la vida del lenguaje. Por lo que hace al resto de los lingüistas, no es extraño á la verdad que, deslumbrados por la valiosa conquista obtenida mediante la aplicación de los métodos novísimos, hayan propendido á exagerar el valor de sus hipótesis. Mas bueno fuera que advirtiesen que la teoría evolutiva dominante, insuficiente para explicar lo que hay de más esencial en la conjugación de las lenguas semíticas, es decir de uno de los dos fundamentales tipos de las lenguas flexivas, debiera, en buena lógica, renunciar á su pretensión de constituirse en doctrina general de la evolución lingüística y limitarse á la explicación de los fenómenos en que se manifiesta el desenvolvimiento del tronco indoeuropeo.

Volvamos ya á la exposición de la doctrina trasformista respecto al origen del lenguaje. Para el trasformismo, el lenguaje animal se trueca en lenguaje humano en la misma serie de momentos evolutivos en que se verifica la transicción del animal al hombre. Así, según Francisco Jorge Darwin—hijo del insigne naturalista—«pasaron muchas generaciones de semihombres valiéndose de un conjunto de gritos y exclamaciones naturales, las cuales fueron poco á poco alterándose, perdiendo su forma primitiva y su sentido original, y acabando por convertirse en meros medios mnemotécnicos para aprender las lenguas» (1). Con idéntico sentido, y con no menor vaguedad é

(1) Girard de Rialle, en su trabajo titulado *Le trasformisme en Linguistique*, inserto en la *Revue Philosophique* (tomo VIII, pág. 943), resume de una manera bastante completa la historia de esta dirección lingüística. Entre los datos curiosos que cita, merece especial mención la originalísima opinión de un redactor de la *Westminster Review* (Octubre 1874), en sentir del cual, no sólo el hombre primitivo pudo haber carecido de la facultad del lenguaje, sino que los animales poseerán acaso en lo sucesivo un lenguaje perfecto, no siendo imposible que los perros lleguen á hablar dentro de veinte mil años,

indeterminación, pretende explicar Hobelacque (1) el origen del lenguaje humano. El ilustre glotólogo Whitney (2) no vacila en afirmar, en oposición á esta doctrina, que aun cuando pueda concebirse perfectamente que el lenguaje humano haya sido en un momento dado menos importante y rico que el de las bestias, no se logrará hallar jamás el intermediario entre la expresión meramente natural é instintiva del animal, y la reflexiva y en cierto modo convencional del hombre. Y precisamente en hallar esta transición estriba el fundamento científico de la teoría trasformista. El trasformismo no dejará de ser una hipótesis para trocarse en verdadera doctrina, en tanto que no muestre, de una manera clara, las transiciones por medio de las cuales se realiza la trasformación de las cosas, por lo que toca al menos á las fases capitales de la evolución. Esta exigencia parece hallarse ya satisfecha en el seno de la ciencia natural; no así en el de la Lingüística. Y es que aquí, los caracteres que distinguen al lenguaje animal del humano constituyen, más que una diferencia, una verdadera oposición: son divergencias esenciales y cualitativas, no meramente de grado y cantidad. El lenguaje propio del hombre es articulado, el del animal inarticulado; el uno es espontáneo, libre y aun, en cierto sentido, convencional, el otro fatal y necesario; el primero es general, expresando ideas, el segundo particular, propio sólo para la manifestación de un estado concreto. ¿Cómo se explica, pues, la transición entre estos términos opuestos? Porque afirmar únicamente, como Francisco Darwin lo hace, que tiene lugar *poco á poco*, no es decir nada en definitiva. Es

por ejemplo. De suponer es que, cuando llegaran á adquirir el uso de la palabra, los perros habrían dejado ya de ser perros. De no ser así, ¿cuál no sería el asombro de los discretísimos Cepión y Berganza, al saber que el maravilloso privilegio de que hicieron uso cierta noche al amparo de las viejas esteras del hospital de Valladolid, y que ellos tomaron por dón providencial y milagroso, había de ser, andando el tiempo, patrimonio común de todos los de su raza? A absurdos tamaños conduce el ciego espíritu de sistema.

(1) *La Linguistique.*—París, C. Reinwold et C.ª, 1876.

(2) *La vie du Langage.*

evidente que si tratáramos de explicarnos el cambio de un ser, propiedad ó estado cualquiera en sus opuestos (cómo lo blanco puede convertirse en negro, por ejemplo) no nos daríamos por satisfechos con la simple declaración de que esta transición se va realizando lentamente, mediante un largo trascurso de tiempo, sino que procuraríamos indagar cuáles fueron las causas que han producido dicha evolución y cuáles sus fundamentales momentos. Tal es el defecto de la solución trasformista por lo que hace al problema que nos ocupa. En la forma que hoy presenta, no puede ser considerada sino como una aventurada hipótesis, que si alguna importancia reviste, débela más bien á la exigencia ideal de una evolución continua y progresiva, que á la comprobación experimental de que sin fundamento alguno se envanece.

De más capital trascendencia es todavía el error que entraña el concepto del lenguaje reinante entre los trasformistas. El doctor Onimus le define «un conjunto de actos y *movimientos reflejos*, hijos de la educación y de la costumbre, como la marcha, por ejemplo:» Schleicher entiende que es: «la manifestación perceptible por el oído de un *conjunto de condiciones materiales* en la conformación del cerebro y de los órganos de la palabra con sus nervios, sus huesos, sus músculos, etc.» No se puede llevar más lejos el sentido materialista y mecánico. Es opinión general en esta escuela que el desenvolvimiento del lenguaje coincide con el del cerebro y el de los órganos de la palabra. La autopsia de los afásicos y la observación de gran número de casos patológicos, parecen confirmar la localización cerebral del lenguaje, colocado por Broca en la tercera circunvolución frontal de ambos hemisferios, singularmente del izquierdo; siendo de notar que esta es la única de entre todas las pretendidas localizaciones de funciones psíquicas que haya resistido hasta aquí á los ataques de la crítica.

Procediendo estas doctrinas de una concepción antropológica y aun cosmológica completa, su examen nos llevaría demasiado lejos. Limitémonos á señalar esa tendencia novísima del trasformismo que, en manos de los discípulos—siempre pro-

pensos á exagerar las doctrinas—parece resuelto á trocar aquel gran principio de su ilustre iniciador: «la función hace al órgano,» por esta otra proposición contradictoria; «el órgano determina la función.» Concedamos que, con efecto, fuera el lenguaje el resultado de la actividad de todo el conjunto de órganos necesarios para su producción efectiva: ¿sería por eso lícito buscar su definición en la de estos órganos? ¿No incurriremos en círculo vicioso explicando la función por el órgano, siendo así que éste á su vez, sólo por la función puede ser explicado? ¿Y qué otra cosa es el órgano, en suma, sino la expresión material, la encarnación viva de la función misma que desempeña?

Esta irracional inversión de términos resulta absurda aun tratándose de las operaciones más mecánicas. Si definiéramos el serrar ó el martillar, por ejemplo, como aquellas operaciones que se ejecutan con la sierra ó con el martillo, nuestra definición sería evidentemente inexacta, ya que estos instrumentos, aparte de su uso específico, son susceptibles de infinito número de aplicaciones; y pecaría además contra la exigencia lógica que reclama que sea el instrumento el que se explique por la operación, y no á la inversa. Mas lo que en esta esfera mecánica puede pasar por mero defecto de expresión destituído de trascendencia, se convierte en fuente de gravísimos errores en el orden de los fenómenos psíquico-orgánicos á que pertenece el lenguaje. En el ejemplo propuesto, el examen del instrumento puede darnos alguna idea del uso á que se halla destinado: no hay el menor indicio de que el estudio del cerebro y el de los órganos de la palabra nos proporcione el más ligero dato respecto á la naturaleza y al contenido del lenguaje. Aunque, llegada al más alto grado de desarrollo, la fisiología cerebral pudiera determinar con precisión matemática todos los movimientos que acompañan en las células del cerebro á la concepción de cada idea y de cada palabra, no por eso habríamos dado un solo paso en el conocimiento del lenguaje. Y es que la realidad de éste es toda ella interior, psicológica, objeto, como tal, de contemplación inmediata en nosotros mismos, é

inducida en los demás en vista de manifestaciones exteriores que nos revelan entre ellos y nosotros un fondo de naturaleza común. El desconocimiento de este carácter espiritual del lenguaje es el error capital del naturalismo glotológico, que sólo considera en la palabra la pura expresión externa, como si todo el análisis lingüístico, aun allí donde parece atender únicamente á la envoltura exterior, por decirlo así, del lenguaje, al mero elemento fonético, no tuviera en último extremo por objeto sorprender ese alma que inside en la palabra, la significación, sin la cual fuera el lenguaje forma vacía, *flatus vocis*, para servirnos de la terminología escolástica.

Desechado este concepto puramente material del lenguaje, preciso era considerarlo, sea como una propiedad psíquica, sea como un resultado, un producto del desarrollo del espíritu. Esta última es la solución generalmente adoptada por los glotólogos modernos, bien que deban distinguirse dentro de ella dos direcciones opuestas, estimando unos la aparición del lenguaje como fenómeno espontáneo y anterior á toda reflexión, y concibiéndola otros como un acto intencional y deliberado.

Conforme á la teoría iniciada por Heyse y magistralmente desenvuelta por el ilustre Steinthal (1), el lenguaje es tan natural al hombre como el rumor al bosque ó el canto al pájaro (2). Prodúcese en el fondo del espíritu humano, pero no

(1) En sus obras tituladas *Der Ursprung der Sprache* (Berlín, 1851), y *Gramatik Logik und Psychologie* (Berlín, 1855). Para la breve exposición que sigue nos hemos servido principalmente de las que hacen de esta teoría Renan en su *Origine du Langage*, y Pezzi en su precioso trabajo *Introduction á la Sciencie du langage* (traducción francesa de Nourrisson). La lectura de esta última obrita no será nunca bastante recomendada á todo el que desee formarse una idea, si elemental completa, del estado actual de esta ciencia y de sus fundamentales problemas.

(2) Lo que Steinthal expresa aquí en sentido metafórico, se trocaría en semejanza real y efectiva de confirmarse la hipótesis de Darwin, que, comentando la singular facultad que posee un mono—uno de los Gibbones—de producir una octava completa de sonidos musicales, declara que «este hecho y la analogía le han inducido á creer que los antecesores del hombre comenzaron probablemeute por emitir sonidos musicales, antes de adquirir la facultad de articular el lenguaje» (*L'expresion des émotions chez l'homme et les animaux*, traducción francesa de Pozzi et Benoit). Augusto Laugel (*La voix, l'oreille*

del espíritu individual, sino del social ó colectivo, de ese espíritu común, impersonal, en cuyo seno se han engendrado de una manera irreflexiva, aunque no por eso irracional ni arbitraria, todas las grandes creaciones de la historia. Explorando con fino y delicado análisis las profundidades de la conciencia, para sorprender en ellas lo que pudiéramos denominar con frase sólo en la apariencia paradógica el *momento permanente* de la aparición del lenguaje, esto es, aquel como punto ideal en que deben coincidir todas las condiciones, cuya complexión es necesaria para su producción efectiva, afirma Steinthal que nace, previo un cierto grado de desarrollo psicológico, de una manera necesaria y como ciega, no intencional y reflexiva. Este momento de la aparición del lenguaje es precisamente aquel en que las intuiciones se convierten en ideas. Para el hombre primitivo el objeto real forma un solo todo, cuyas propiedades constitutivas no le es dado separar abstractamente: la nieve y la blancura, el caballo y la carrera, son á sus ojos una misma cosa. Esta distinción abstracta entre el ser y cada una de sus propiedades, se realiza sólo mediante el lenguaje. La idea encarnada en la palabra, es más extensa que la repre-

et la musique) confirma esta opinión cuando, exponiendo las teorías de Helmholtz, afirma que es probable que el lenguaje primitivo del hombre fuera un canto ó modulación con insensible variedad de timbre, lengua esencialmente fluída y susceptible en alto grado de expresar las modificaciones de las cosas y de los actos. Este primer lenguaje debió componerse tan sólo de elementos vocales, los cuales son, por su naturaleza, capaces de modulaciones infinitas. Las consonantes, en las que no cabe tonalidad musical, deben producirse más tarde como verdaderos ruídos, ora explosivos ora duraderos, que acompañan al sonido. De hecho son hoy las últimas que el niño aprende. Según esta teoría, las lenguas primitivas debieron ser riquísimas en inflexiones musicales. El desenvolvimiento de las consonantes, distinguiendo cada vez más las emisiones, hace al lenguaje, en cierto modo, estático y rígido. Entonces cabe la aplicación de esos símbolos abstractos que llamamos letras. De esta suerte tiene lugar la transición del gorgeo al verdadero lenguaje, del balbucear del niño al hablar claro y distinto del hombre.

En confirmación de esta teoría pudiera aducirse el hecho de que las lenguas que se sirven como medio de expresión de la inflexión musical—como tiene lugar en el chino, por ejemplo, donde la modulación llega á alcanzar la extensión de una octava—son al propio tiempo las más pobres en recursos y formas propiamente gramaticales.

sentación, por referirse á una cualidad que el objeto tiene en común con otros, pero es también, al propio tiempo, más restringida—menos intensa, que diría un lógico—por abarcar tan sólo una de entre todas las propiedades que constituyen el objeto. Esta trasformación de las intuiciones en ideas en que el lenguaje realmente consiste, se reproduce cada día, á cada momento, no sólo en todo niño que aprende á hablar, sino en todo hombre que habla. En este sentido interno del hecho, hablar no es reproducir, es *crear* lenguaje. No nace, pues, el lenguaje en un momento determinado; nace siempre que se habla: su esencia es un *devenir* continuo, un perpetuo nacer. El mecanismo de las causas que producen este *devenir*, es tan inconsciente hoy como ha debido serlo para el primer hombre.

Por lo que respecta á la aparición primera del lenguaje, importa tener en cuenta, para apreciar la singularidad de este hecho originario y las diferencias que le separan de los subsiguientes, la especial situación en que debe suponerse al hombre primitivo. Nace el lenguaje en un momento en que las relaciones entre el alma y el cuerpo debieron ser tales y tan íntimas, que todo movimiento realizado en la primera tuviera su eco inmediato en el segundo, principalmente en los órganos de la respiración y de la voz, tal como sucede hoy en el niño y el salvaje. La ley psicológica de la asociación de las ideas ha debido ejercer también poderosa influencia sobre el desarrollo del lenguaje, sirviendo la palabra de medio de relación y enlace entre la imagen presente ante la vista y la conservada por la memoria, y expresándose mediante el lenguaje lo que entre ambas se percibe de común.

Esta doctrina es la profesada hoy, con ligeras modificaciones, por la mayoría de los lingüistas. El mismo Renan (1), á quien no puede negarse la gloria de haber sido uno de los primeros en oponerse á la teoría revelacionista, proclamando la consustancialidad del lenguaje con el espíritu humano, conforma en un todo, por lo que hace á las conclusiones, con la

(1) *Op. cit.*

teoría de Steinthal, difiriendo tan sólo en la forma de su exposición, infinitamente menos determinada y precisa. Max Müller (1), bien que siguiendo un proceso de investigación totalmente diverso y distando mucho, por lo que á este punto se refiere, del rigor científico y profundidad filosófica que caracterizan el trabajo del ilustre profesor berlinés, propone una hipótesis que difiere en realidad muy poco de la expuesta. Analizado el lenguaje en sus elementos constitutivos y reconocido el origen radical de los elementos gramaticales, encuentra Müller que todo el contenido de una lengua cualquiera puede reducirse á un corto número de raíces primitivas, cuya evolución ulterior constituye la riqueza de palabras y de formas de cada particular lenguaje, y á veces—como tiene lugar, por ejemplo, con la lengua madre del tronco indo-europeo—aun de todo un ciclo lingüístico. La significación general que estas raíces primitivas encierran (sol, el que engendra, el que fecunda; luna, la que alumbra; cueva, la que abriga; hombre, según una raíz, el pensador; según otra, el mortal, etc., etc.), diferencia radicalmente el lenguaje humano del animal, haciendo inexplicable la transición de uno á otro. El problema del origen del lenguaje se reduce, pues, al de estos primeros elementos, ya que todos los otros factores constitutivos de las lenguas se derivan ulteriormente de ellos por leyes y procedimientos perfectamente conocidos y determinables. Müller declara que, en su sentir, excede este problema de los límites de la ciencia del lenguaje como tal. Intenta, no obstante resolverlo, pero declarándose adversario decidido de la influencia de la interjección y la onomatopeya en la formación de las primeras raíces, se cierra realmente el camino de toda razonable explicación y se ve precisado á recurrir al cabo á la hipótesis arbitraria de un instinto especial, el *instinto glótico*, por cuya virtud llegó el hombre, á pesar del estado por todo extremo rudimentario de su desarrollo intelectual, á formar estas primeras raíces significativas de ideas generales. La solución,

(1) *Leçons sur la sciencie du langage.*

como se ve desde luégo, se halla destituída de verdadero valor científico. No es, pues, extraño que el mismo Müller—entre cuyas extraordinarias dotes de sabio y de investigador brilla la sinceridad poco frecuente, por desgracia, de reconocer y confesar los propios errores—haya concedido después mayor importancia que á su misma hipótesis, á la propuesta por M. Noire (1), conforme á la cual el lenguaje nace de lo que el autor denomina *simpatía de actividad*, citando al efecto los gritos y exclamaciones espontáneas á que da origen el trabajo en común (entre los obreros, soldados, marineros, etc.), y afirmando que todas las raíces primitivas son susceptibles de un significado de acción (cortar, serrar, correr, etc.), y revisten, en consecuencia, carácter verbal.

Las soluciones todas de esta dirección, han sido recogidas en concepto de consecuencias y comprobaciones á la par de un principio general por Hartman (2), con cuyas doctrinas filosóficas armonizan por completo. Según él, la obra del pensamiento reflexivo, la investigación filosófica, debe mucho al estudio del lenguaje, sobre todo desde que, llegada á su período adulto, la ciencia lingüística ha comprendido que el objeto principal de su análisis debía ser el pensamiento mismo. Así la reflexión, al estudiar el lenguaje, recoge toda la riqueza de genialidad inconsciente que en él inside. De notar es el hecho de que el lenguaje no sigue la marcha progresiva de la cultura general. Desarróllase sólo hasta un cierto límite, pasado el cual, si bien sigue enriqueciendo su vocabulario con palabras nuevas, no adquiere ya elemento alguno fundamental y filosófico; antes, desde el sanscrito al griego, al latín, al alemán, al francés, al inglés y á las lenguas neo-latinas, márcase en tal respecto, una indudable, constante y gradual decadencia. No debe, pues, ser considerado el lenguaje como producto de la reflexión. Ya lo dijo Schelling: es obra del instinto, y no

(1) V. la nota titulada *Un libro sobre el lenguaje*, por D. Manuel B. Cossío, inserta en el núm. 34 del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

(2) En su *Filosofía de lo inconsciente*.

del instinto individual, sino del colectivo, como lo muestra el hecho de que todas las lenguas se desenvuelvan con sujeción á idénticas leyes. El lenguaje se produce, por tanto, íntegramente en el seno del espíritu inconsciente, para venir á constituir luégo el postulado necesario de toda conciencia y de toda reflexión. De esta suerte enlaza la solución de Hartman el instinto glótico de Müller con el espíritu colectivo de Steinthal.

Todas estas doctrinas, para las cuales es el lenguaje un producto espontáneo é inconsciente, afirman, de una manera general, la inherencia del lenguaje con el pensamiento. Pero, ¿no cabría concebir, por el contrario, la preexistencia del pensamiento que, solicitado por la necesidad de la comunicación social, fuera elaborando lenta y progresivamente su lenguaje como verdadera obra artística, engendrada parte á parte en fuerza y á impulso de laboriosa reflexión? La observación de los cambios incesantes que tienen lugar en las palabras y en las formas, y que constituyen la propia vitalidad de las lenguas, el estudio del modo cómo el niño comienza á hablar, la posibilidad de que el adulto aprenda una lengua extraña, son hechos cuya consideración ha conducido á algunos lingüistas, singularmente á Whitney, á negar resueltamente la necesidad de la relación que liga al signo con la idea y á proclamar, enfrente de aquella doctrina, la de la libertad, y aun en cierta manera arbitrariedad, con que el espíritu determina dicha relación en cada punto. Y de aquí fácilmente han sido conducidos dichos sabios á considerar la aparición del lenguaje como un hecho intencional, reproduciendo de este modo, bien que con importantes modificaciones, la teoría de la *thesis* griega y la del convencionalismo del pasado siglo.

Manteniendo este sentido, afirma Whitney (1) que el lenguaje no es un poder ó facultad, sino un resultado, un producto. Elabórase trabajosamente á través de los siglos, constituyendo una como *institución* social. El individuo aprende á hablar en todo el rigor literal de la palabra, ni más ni menos

(1) *Op. cit.*

como aprende la tabla de multiplicación ó las demostraciones de Euclides. El hombre posee, sin duda alguna, medios naturales de expresión, como lo son la acción, el gesto, la pantomima, pero tales medios se refieren únicamente á estados de sentimiento; el pensamiento no tiene en el hombre expresión necesaria. El lenguaje es un auxiliar poderoso de la inteligencia, facilita la realización de las operaciones lógicas, sirve de medio de trasmisión á cada individuo de toda la cultura humana; pero su función más esencial es la comunicación directa del pensamiento, necesidad ineludible de la convivencia social. En esta necesidad de comunicación es donde debe buscarse la causa única de la formación del lenguaje, el cual es, por tanto, un instrumento imaginado y producido con un fin esencialmente práctico. La facultad de que el lenguaje procede, no es una cualidad específicamente distinta de las demás, sino la capacidad general que el hombre posee de adaptar los medios al fin, la misma á que se deben, en suma, todos los descubrimientos. No es, pues, necesario, ni por tanto lícito, apelar á la hipótesis de una tendencia instintiva, sobre todo si se tiene en cuenta que el instinto decrece progresivamente en la serie animal á medida que nos acercamos al hombre.

El punto de partida del lenguaje humano ha debido ser la expresión natural de los afectos, la interjección. De suponer es que la onomatopeya haya ejercido también en sus comienzos una poderosa influencia, mas debiendo entenderse que la imitación de los sonidos no constituye verdadero lenguaje sino en tanto que es realizada intencionalmente, al propósito de expresar algo y con ánimo deliberado de hacerse entender. El significado general de las primeras raíces dimana de que sólo se forman palabras cuando se percibe y expresa una propiedad de las cosas. En suma, el lenguaje es un descubrimiento lentamente perfeccionado con el trascurso del tiempo. La voz no es su instrumento específico, es meramente un medio de expresión entre otros que ha llegado á predominar por un procedimiento de selección, como el que reune condiciones más ventajosas, á saber: deja libres los brazos, fuerza la atención del

mayor número y de personas distantes, exige poco esfuerzo muscular y produce toda una lengua mediante las combinaciones de solos doce ó quince sonidos.

II

Séanos lícito, tratándose de una cuestión todavía oscura y litigiosa, aventurar por nuestra parte algunas observaciones que pudieran servir tal vez de base para una nueva solución, si destituída de autoridad y prestigio, fundada en cambio en datos de incontrovertible evidencia, y cuya verdad á todos es dado reconocer, sin más que la atención inmediata al testimonio auténtico de la conciencia propia.

En un sentido estricto, conforme á la acepción etimológica de la palabra, sólo el lenguaje fónico merecería propiamente el nombre de tal. Y no obstante, los lingüistas son los primeros que, ampliando esta significación sobrado estrecha, nos hablan á cada paso del lenguaje fisionímico, del mímico y del figurativo. Las investigaciones trasformistas han puesto fuera de duda la existencia de un lenguaje animal, compuesto por un sistema de signos, imperfecto sin duda y rudimentario, pero suficiente para satisfacer la necesidad de la comunicación entre los individuos pertenecientes á los grupos superiores de la escala zoológica. De esta suerte vamos siendo conducidos paso á paso al amplio concepto del lenguaje formulado por Krause (1), conforme al cual no es aquél otra cosa que el organismo entero de la *significación*. Hay lenguaje donde quiera que existe un fondo significable y una forma significante, una realidad y un signo adecuado de esa realidad.

Mas ¿cómo hallar, dentro de esta generalísima concepción metafísica, la característica propia del lenguaje humano? Es evidente que no nos es dado concebir, sentir ni querer cosa alguna sin que á esta determinación de nuestro espíritu acompañe inmediata y necesariamente una imagen, una represen-

(1) *Sistema de la Filosofía.—Parte sintética.*—La traducción castellana se ha publicado en edición autografiada.

tación concreta en la fantasía. Así, para ceñirnos á la esfera intelectual, nos representamos con formas adecuadas los objetos determinados que conocemos, ora sean naturales como un paisaje, ora de índole espiritual como una pasión ó un carácter. Cierta vaga imagen, mudable y trasformable, pero persistente esencialmente á traves de sus cambios, acompaña siempre á nuestras concepciones abstractas: así no podemos pensar en el triángulo, por ejemplo, sin tener presente al propio tiempo en la imaginación una cierta forma triangular, un triángulo mental, que no es determinadamente rectángulo, acutángulo ni obtusángulo; equilátero, isósceles ni escaleno, pero que es susceptible de revestir todas estas formas, siguiendo fielmente los cambios incesantes de nuestro móvil pensamiento. Cuando concebimos las entidades meramente ideales, Dios, lo absoluto, el bien, la verdad, solemos, á falta de otra representación determinada, tener fija al menos en la fantasía la imagen de la palabra con que significamos dichas ideas en la lengua. Nada escapa en nuestro espíritu á esta ley de interna representación.

La función psicológica de estas imágenes interiores es, á la verdad, esencialísima. Ellas acompañan siempre á la reflexión y le auxilian como un esquema claro y fácilmente interpretable. Mediante ellas se trueca la idea en ideal, en plan y proyecto definidos para encarnarse luégo en hechos. Sobre ellas se ejerce en primer término la acción de la memoria, que sólo por su intermedio logra trasformar en presente lo pasado. En ellas, finalmente, se fundan esas dos manifestaciones gemelas de la actividad psicológica, el arte y el lenguaje. Arte y lenguaje, con efecto, no son otra cosa, en suma, que la expresión de la realidad interior en representación concreta. Ni cabe entre ambos otra distinción que el predominio de lo bello en el primero, y en el segundo de lo útil; distinción que á su vez se borra y desaparece cuando el arte sirve de elemento lingüístico, por ejemplo, en el geroglífico, así como cuando el lenguaje se ostenta á su vez como forma bella, según tiene lugar en la expresión literaria.

Si, pues, entendemos por lenguaje un sistema de signos concretos expresivos de un fondo significable, es evidente que el fundamento de todo humano lenguaje radica en esta propiedad psicológica de representarnos mediante imágenes cuanto pensamos, sentimos ó queremos, cuanto somos nosotros mismos ó con nosotros se da en relación; todo, en suma, lo que para nosotros existe. En este sentido, puede afirmarse con Heyse, Steinthal, Renan, Müller, Hartman, que el lenguaje es en el hombre propiedad natural, necesaria, espontánea, bien que no sea menester recurrir á la hipótesis del instinto glótico, ni á la intervención de ese espíritu colectivo, entidad tan indefinida y llena de misterios. El lenguaje es inseparable, no ya sólo del pensamiento, sino de la vida toda del alma: es inherente al espíritu mismo, en cuyo seno se produce antes de toda reflexión. No aguarda, para aparecer, el momento psicológico en que las intuiciones se convierten en ideas: esta función de abstracción en que Steinthal hace consistir todo el fondo del lenguaje, no es en realidad sino una operación intelectual que tiene, como todas, como su opuesta, una adecuada expresión lingüística. Bastará para probarlo la sola consideración de que, de cifrarse en esta formación de abstracciones la función entera del lenguaje, sería de todo punto inexplicable la existencia en lengua alguna de los sustantivos.

Hemos sorprendido, pues, en el seno del espíritu la fuente eterna de todo particular lenguaje. Las manifestaciones exteriores que esta interior relación pueda recibir, penden por entero de las condiciones que al efecto procuran el organismo humano y el medio natural en que dicho organismo se desenvuelve y vive. Whitney ha precisado con sumo acierto las razones que han debido asegurar la supremacía del lenguaje fonético. En realidad, la naturaleza del medio de expresión en nada modifica la concepción general del lenguaje. Es evidente que, si en vez de poseer un aparato admirablemente adecuado para la formación de sonidos, el cuerpo humano hubiera puesto á disposición del espíritu mecanismos propios para la producción de luz, de calor, de electricidad, se hubiesen originado

sistemas enteros de expresión compuestos de colores, temperaturas, corrientes eléctricas ó afinidades magnéticas, sin que la esencia de la relación en que el lenguaje consiste fuese por ello alterada en lo más mínimo. La elección del medio no tiene otra influencia en la obra del lenguaje que la que tiene, por ejemplo, la elección del material en la realización de la obra artística, influencia poderosa, sin duda, pero subordinada y ejerciéndose sólo, en todo caso, sobre la manifestación exterior de la creación estética que, como tal, resulta completa y acabada con sólo ser concebida.

Esta indiferencia del medio de expresión procede de la naturaleza misma de la relación del signo con lo significado. La inherencia del lenguaje con el fondo espiritual que en él se manifiesta, no debe entenderse sino como una general necesidad de que todo lo expresable sea expresado; en manera alguna como relación que ligue forzosamente cada acto psiquico con un signo determinado. Antes al contrario, sin desconocer que existe una cierta gradación en esta conveniente adaptación del signo á la realidad significable, es en general posible, por virtud de la interior semejanza que entre todas las cosas existe, que todo objeto sea representado por otro cualquiera. Ni pudiera concebirse de otra suerte cómo el pensamiento halla propia expresión en vibraciones del aire, así como puede obtenerla, por procesos artificiales, en los signos gráficos de la escritura, en las combinaciones de colores usadas, v. gr., en el antiguo telégrafo, en los ademanes convencionales de que se sirven los sordo-mudos, en el llamado «lenguaje de las flores,» etc., etc., etc. Por natural que pueda hoy parecernos la expresión fonética, no existe en realidad razón alguna interna por cuya virtud deba considerarse al sonido como forma más propia que otra cualquiera para la manifestación del pensamiento. Esta misma consideración de la indiferencia del signo explica también, dentro ya del lenguaje hablado, la pluralidad de las lenguas. La palabra no es, sin duda alguna, elegida arbitrariamente: para la existencia de cada una hay, como para todo, una razón suficiente; mas esta razón no estriba en una

exigencia de lo significable mismo, sino en todo un sistema complejísimo de motivos, cuya resultante final es lo que denominamos el *uso*, atribuyéndole sobre el lenguaje esa absoluta soberanía tan gallardamente expresada por el poeta: *quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.*

La primera manifestación del lenguaje se da, por tanto, íntegramente en el seno de la conciencia. En este momento inicial del lenguaje puede afirmarse—tomando la palabra en su más lata acepción—que el hombre se habla á sí propio, habla solo: la forma primitiva del lenguaje es el monólogo. Y es un hecho cuya evidencia basta á mostrar la más ligera reflexión, el de que el monólogo precede siempre necesariamente al diálogo. Cualquiera que sea la forma del lenguaje exterior, forzoso es que comencemos por determinar en nuestro pensamiento el sistema de signos que vamos á emplear para expresarnos; que nos signifiquemos, que nos hablemos, en suma, á nosotros mismos antes de hacerlo á nuestro interlocutor. «El hombre piensa su palabra antes de hablar su pensamiento...,» ha dicho De Bonald... De esta suerte, el lenguaje interior es postulado necesario de toda manifestación externa.

Habituados á hallar en un lenguaje trasmitido por la tradición y consagrado por el uso la expresión obligada de cada pensamiento, no es facil que nos formemos noción clara de lo que debió ser este primer sistema de signos, engendrado espontáneamente por el espíritu, sin norma preestablecida, libre de toda traba y sujeción exterior. Aun en los raros momentos en que la idea rehusa encerrarse en los moldes estrechos del lenguaje positivo, hallamos siempre hoy en la lengua aprendida é impuesta términos semejantes, significaciones próximas, que, si no expresan propiamente la plenitud del concepto, bastan para dar de él señal é indicio por virtud de más ó menos remotas analogías. Frecuentemente nos servimos de combinaciones de viejas palabras, tomadas de las llamadas «lenguas sabias,» al intento de significar ideas ú objetos antes de todo punto desconocidos. El arsenal del lenguaje heredado es de tal manera rico que, con ser en la actualidad tan enorme la suma

de nuevas nociones y descubrimientos, apenas si se cita algún caso de invención de palabras, y aun estos raros neologismos son más bien hijos del capricho que de una verdadera necesidad. La situación del hombre primitivo debió ser, en este respecto, totalmente diversa. Careciendo de toda imposición tradicional, sin guía ni norma para la elección de cada signo, puede suponerse que los primeros hombres, al hacer efectiva su facultad lingüística, obraron un poco á ciegas y al azar, produciendo un primer lenguaje que debió resentirse en alto grado de esa instabilidad tantas veces observada en las lenguas de los pueblos salvajes. Todo era posible, nada aún determinado ni fijo en este momento inicial. El lenguaje comenzó sólo á fijarse cuando, convertido de mera propiedad del individuo en institución pública y medio de comunicación social, recibió cada signo la sanción del tácito asentimiento de todos manifestado por el uso.

Pero, ¿cómo de aquel primer lenguaje individual nace y se engendra el lenguaje social? ¿De qué suerte los hombres coinciden en la determinación de todo un sistema de signos? ¿Cómo el monólogo llega á convertirse en diálogo? Aquí entramos de lleno en el terreno de la hipótesis. Nótese, sin embargo, cuán profundamente se halla modificada en este nuevo punto de vista la posición del problema. No se trata ya de poner frente á frente á dos hombres mudos y de explicarse cómo han podido ir laboriosamente inventando ese medio de inteligencia común antes desconocido; no se trata tampoco de concebir esa inteligencia común con el resultado de una especie de doble vista, de una lucidez maravillosa, llámese espontaneidad, inconsciencia, espíritu colectivo ó instinto glótico, saltando así la distancia que separa la capacidad meramente general del hecho efectivo como por una especie de misterio rayano en el milagro. Trátase simplemente de investigar los medios por los cuales dos ó más hombres, provisto cada cual de una cierta especie de lenguaje propio, é induciendo cada uno la existencia en el otro de idéntica propiedad, han llegado á coincidir en un sistema común de signos. La interjección, como expresión es-

pontánea de las pasiones, y la onomatopeya, empleada con el deliberado propósito de hacerse entender, los gritos y exclamaciones que acompañan al trabajo en común, el juego mímico y fisionímico, la coincidencia más ó menos fortuita de ciertas exclamaciones con situaciones determinadas, la misma mostración de objetos materiales acompañada de sonidos con ánimo de reflexiva convención; cuantos medios han sido propuestos y cuantos puedan ser imaginados, todos deben haber colaborado en la secular información de esa maravillosa creación social. Supongamos que un chino, un hotentote, un malayo, un árabe y un español, por ejemplo, son abandonados en una isla desierta; ¿quién duda que al cabo de algún tiempo se habrá formado entre ellos una especie de lengua común, suficiente al menos para satisfacer las necesidades más imperiosas de la comunicación social, impuesta por su forzada connivencia? Sin ser precisamente idéntica, la situación de los hombres primitivos, es muy semejante. Su lenguaje interior se halla, sin duda, infinitamente menos formado, es, sin comparación, menos preciso que el de los que hemos tomado como ejemplo, pero acaso por eso mismo es más plástico y más susceptible de amoldarse á las exigencias de una convención más ó menos reflexiva. Debe además tenerse en cuenta que un número de raíces sumamente escaso debió bastar para llenar las exigencias de una época de elementalísima cultura, que toda la prodigiosa complexión gramatical de las lenguas adultas es obra de ulteriores evoluciones, muchas de las cuales, las más fundamentales sin duda, han sido ya explicadas por la ciencia, y que aquellas primeras palabras de la humanidad, todavía balbuciente, encierran significados que, por ser sensibles, eran fácilmente concebibles y expresables; habiéndonos mostrado el análisis lingüístico que todos los términos significativos de ideas generales, ideales ó abstractas, preceden de raíces que expresaron primitivamente objetos particulares, materiales y concretos. El primitivo lenguaje social debió ser, sin duda, rudimentario é imperfecto por todo extremo, pero basta hoy á la ciencia este primer bosquejo de lenguaje para expli-

car, por ulteriores desarrollos, la complexidad, verdaderamente prodigiosa, de las lenguas adultas. Quien se imaginara aquel lenguaje inicial, poético como la lengua de la Biblia, ó rico y flexible como la de Homero y Esquilo, se cerraría por completo el camino de toda solución racional. ¿Ni qué mucho que nos asombre y nos aparezca oscura y casi inexplicable la iniciación de la humanidad en estas verdaderas filigranas del lenguaje, cuando todavía es para nosotros un misterio cómo puede el niño, no ya sólo entender el significado de palabras que expresan ideas generales—el bien y el mal, por ejemplo—ni familiarizarse con los complicados matices de nuestra flexión verbal, sino comprender y aplicar rectamente á cada caso las preposiciones y conjunciones, cuyo sentido real es apenas perceptible para la más alta y profunda metafísica?

¿Cómo se realizan semejantes prodigios? ¿Quién engendra esas maravillosas creaciones que, emanando de la oscura masa de pueblos, perdidos aún en la noche de la barbárie primitiva, son, no obstante, incomparablemente superiores á cuanto ha logrado reflexivamente producir en sus más altas manifestaciones el genio individual? No es menester acudir á ningún poder misterioso y sobrehumano para explicarse el hecho. El lenguaje es sencillamente un producto del espíritu colectivo, el cual, á su vez, no es un vago fantasma, un ente subsistente *per se*, sino el concierto armónico de los espíritus individuales. El espíritu que ha creado el lenguaje, es ese espíritu que discurre antes de conocer la lógica, que engendra instituciones cuando aún no existe la ciencia social, que discierne lo justo de lo injusto sin poder formular el concepto del derecho, que descubre y aplica la rueda y la palanca sin aguardar para ello á que se hallen determinadas las leyes de la mecánica. La acción de ese espíritu, ¿es instintiva é inconsciente, como lo pretenden Steinthal, Müller, Renan, Hartman, ó reflexiva é intencional como lo quiere Whitney? En el fundamento mismo de esta aparente contradicción de opiniones existe un manifiesto equívoco. No es necesario tener clara conciencia de una cosa, para servirse de ella como de un medio propio para satisfacer

una necesidad. Es claro que el hombre primitivo no fué elaborando el lenguaje con propósito deliberado, como el escultor modela su estatua. En el fondo del espíritu individual, el lenguaje debió necesariamente engendrarse por virtud de la ley que quiere que ninguna facultad permanezca estéril é inactiva. Pero nada se opone á que la necesidad práctica de la comunicación entre los hombres, necesidad sentida, conocida é intencionalmente satisfecha, haya podido ser el más eficaz de los motivos para la elaboración del lenguaje social. En el hombre primitivo predomina, sin duda, la espontaneidad, pero no de manera que todo en él surja de esa fuente: no es irreflexivamente como se han descubierto el arco y las flechas. Lo que sí es cierto, es que esta primera reflexión no supone en manera alguna el conocimiento de *la teoría* de lo que se hace; antes bien este conocimiento, obra exclusiva de la ciencia, es el fruto de inmensos y seculares esfuerzos. La humanidad, siguiendo la antigua máxima, vive antes de filosofar: primero obra, luégo estudia y analiza sus propias creaciones. A veces el pensamiento reflexivo se esfuerza en vano durante siglos para poder darse cuenta del fundamento de esas creaciones que ha engendrado el espíritu humano bajo la inspiración de la gran maestra de la vida; la necesidad. Los jurisconsultos pertenecientes á la llamada escuela histórica, han comparado frecuentemente el nacimiento y desarrollo del derecho con la producción del lenguaje. Pues bien (y cuenta que tomamos este ejemplo entre mil); todas las sociedades de que tengamos noticia han aplicado una pena á los delincuentes; nadie ha dudado ni duda de la justicia de que el castigo siga inmediatamente al delito, y no obstante, hoy es el día en que los teóricos del derecho no han logrado todavía ponerse de acuerdo respecto del fundamento de la pena y de la razón que legitima la facultad de castigar. ¡Tan de lejos sigue la plena reflexión científica á la producción empírica é insistemática, sin duda, pero siempre en lo fundamental acertada, de la vida del espíritu individual y social!

Alfredo Calderón.

EL PALACIO ENCANTADO[1]

(AL-CASSR-UL-MASHUR)

LEYENDA ÁRABE-GRANADINA

(701 á 713 H.—1302 á 1314 J. C.)

XIV

El alba despuntaba espléndida y brillante en el Oriente, cuando la cabalgata, después de haber caminado toda la noche, se detenía ya lejos de Granada, en una cañada amplia y extensa que cruzaba en sentido oblícuo un riachuelo.

Al O., con su creciente caserío, quedaba *Hissn-al-Lauz* (2), cuyos almenados murallones desaparecian por completo ocultos tras de las empinadas crestas de los montes, al pie de los cuales se abría la cañada; allá, al Oriente, en las mesetas superiores de la sierra, aún no se distinguía, envuelto en la ligera niebla de la mañana, el pueblecillo de Moredha, cuyos tranquilos habitantes, por lo hermoso del terreno, habían dado á aquel lugar el nombre que ostentaba y parecía merecer con justicia (3); y allá, al N., siguiendo la cañada, y si las sinuosidades del suelo lo hubieran consentido, habríase á poca

(1) V. las Revistas de 25 de Octubre, y de 10 y 25 de Noviembre.

(2) El castillo del Almendro, hoy Iznalloz.

(3) Aunque no es conocida en realidad la verdadera ortografía de este nombre, puede, sin embargo, estimarse como *lugar de complacencia* ó de *ventura*.

distancia divisado á Cardela y Guadihortuna, que blanqueaban en medio de aquella vegetación exuberante.

Luégo de hecha con las aguas del riachuelo la ablución legal, apeábanse á la margen opuesta los jinetes, y postrándose en tierra todos ellos, hacían la oración ó *ssalá* de *al-fachrí* (1), con lo cual, y llevando del diestro los caballos, encima de uno de los cuales permanecía sujeto el cuerpo de Seti-Mariem, aún aletargada, penetraban decididamente en la cañada, tan honda y tan quebrada toda ella, que no parecía sino subterránea galería ó que caminaban acaso por las mismas entrañas de la tierra.

Grandes, deformes, encrespados y revueltos eran los cerros, á veces cortados perpendicularmente sobre la cañada, á veces jibosos, en ocasiones levantándose como un bloque gigantesco, otras accidentados y abiertos por grandes grietas horizontales, y otras, por último, subiendo lentamente hasta concluir en agudísima cresta que, á lo lejos, semejaba el gallardo al-minar de alguna mezquita.

Cubiertos en su mayor parte de vegetación, encajonaban en sus caprichosos viajes de tal modo la cañada, que á pesar de ser ésta ancha y relativamente llana como un valle, la luz incierta del alba no conseguía desterrar á aquella hora de tales sitios las tinieblas de la noche, que parecían buscar allí seguro asilo contra el influjo del sol naciente que las disipaba.

Sin detenerse á contemplar el aspecto selvático y grandioso al par de aquel paraje, Isahack, seguido del anciano marabut y de los jinetes de la guardia, prosiguió en su camino.

En el fondo de uno de los recodos de la cañada, al pie de la pequeña sierra que en forma de piña les servía de defensa, como flores de jazmín, se destacaban entre las ramas de los árboles y de los huertecillos que aparecían tendidos hasta el llano algunas casas blancas, de hechura informe y desigual, con sus cubiertas de cañizo las más y algunas con sus tejados ennegrecidos, en los cuales flotaban como penachos al soplo de la brisa matutina matas de jaramago harto crecidas, con sus flores amarillentas y sus verdes y derechos vástagos.

Mas allá, al N., en dirección de Cardela, dominando la sierra, en cuya falda se recostaba con muelle voluptuosidad el pueblecillo, se levantaba erguido y majestuoso, en línea vertical que no alteraban las salientes y rojizas rocas de que se hallaba formado, con algunos

(1) La oración del alba.

arbustos silvestres que brotaban de las hendiduras de la peña, un cerro de mayor elevación y más escarpado que cuantos hasta entonces habían podido allí notarse, el cual parecía tajado de un solo golpe por la espada de algún gigante; y en lo alto, casi tocando con sus almenas en las nubes, ostentábase con su gallarda y cuadrada torre, que hería de filo el sol naciente, un castillo semejante á un nido de águilas y cuya silueta se destacaba como una mancha oscura sobre el azul diáfano y trasparente del firmamento.

Tomado algún descanso y repuestas las fuerzas, mientras una parte de los jinetes, guiados por Isahack y el marabut, seguía la estrecha senda, abierta en la roca viva, que conducía al castillo, llevando el cuerpo de Seti-Mariem entre dos soldados, el resto de la fuerza permanecía en el pueblo cuidando las cabalgaduras.

Por fin, y tras larga y fatigosa caminata, Isahack y los suyos coronaron el cerro, desde cuya cima, ¡cuán sorprendente y cuán hermoso era el espectáculo que á los ojos se ofrecía!

¡Alabado sea Alláh, creador de los cielos y de la tierra! En aquellas alturas, la extensa cañada, cubierta de verdura y regada por diversas acequias que nacían en la falda del cerro del castillo, semejaba honda y oscura sima sumergida en tinieblas; y salvando la vista las cumbres caprichosas de los montes, que por lo accidentados y frecuentes parecían gigantescas y encrespadas olas de un mar tempestuoso, distinguíanse, aún envueltas en la blanca neblina de la mañana, al N. Cardela y Guadi-hortuna, Moredha al E. é *Hissn-al-Lauz*, el fuerte del Almendro, al SO.

Abierta la poterna del castillo, penetraban en él los expedicionarios; y al propio tiempo que el cuerpo de la hermosa nassarena era depositado en una de las cuadras de aquel militar y sólido edificio, Isahack, mostrando al asombrado alcaide el sello del Sultán, recomendábale que honrara á la cautiva como si fuera la esposa del Príncipe, y el marabut, encerrándose con Seti-Mariem, evocaba de nuevo á los genios del bien sus servidores y devolvía la vida á aquella mujer, que hasta entonces había semejado un cadáver.

Cuando volvió en sí, ya hacía largo rato que el kátib y el anciano habían desaparecido; y al contemplar el extraño atavío de aquella estancia, tan distintamente alhajada de como lo estaba su magnífico camarín de la Alhambra, Mariem se creyó presa de alguna pesadilla y sus ojos volvieron á cerrarse, no tardando mucho en acusar lo igual y tranquilo de su respiración que el sueño se había apo-

derado benéfico de su espíritu, para dar descanso al cuerpo, por extremo quebrantado.

.....

Lágrimas de verdadera y profunda pena vertían los ojos del Imám Mohámmad, al dejar en poder del enviado del merinita aquella mujer que él había amado toda su vida, aquella mujer, que había sido su aspiración constante y cuyo amor había logrado merced á la influencia misteriosa de los genios invocados por él, como último recurso, en su desesperación y en su tormento.

La esbeltez de su figura, la morbidez de sus formas, el perfume que exhalaban sus vestiduras, las joyas que la engalanaban, todo, todo demostraba al Príncipe que el sacrificio estaba consumado; que aquella mujer, de la cual quedaba hecho dueño Xohaid en nombre del Sultán de Fez, era la criatura que llenaba todos los momentos de la existencia de Mohámmad.

Por eso, para no poner de relieve ante el guazir del merinita la debilidad de su alma, había huído el Príncipe antes de que sus ojos hubieran podido contemplar al descubierto el semblante de la cautiva de Al-Mantdar, en cuyas miradas se traslucían á través de las lágrimas el asombro y la ansiedad más grandes.

Mucho había fiado en su kátib predilecto, cuyo ingenio inagotable no carecía jamás de recursos; pero Isahack no estaba á su lado para animarle; hacía dos días que no parecía por el palacio, y en balde era que los guazires todos y, en especial Mohámmad Al-Lahmí, tratasen de poner de manifiesto á los ojos del Sultán la conveniencia para Granada de que cediese, para bien del Islam y de su pueblo, sacrificando su corazón á la paz de los muslimes.

Cuando Xohaid hubo partido del alcázar y sobre la arena de la *xareâ* (1) que se abría delante de la morada de los Jazrechitas resonaron los cascos de los caballos, lanzó Mohámmad un suspiro y cayó sollozando sobre uno de los divanes que amueblaban aquel aposento.

Consternados los circunstantes, no se atrevían á prodigar frase alguna de consuelo al Príncipe, y permanecían silenciosos, graves y dolientes; pero de pronto, abriéndose paso entre los cortesanos, penetró hasta el Sultán el kátib Isahack, cuyo rostro resplandecía de satisfacción mal disimulada.

(1) Plaza.

—¡Oh señor y dueño mío!—exclamó, cayendo de rodillas á las plantas de Mohámmad.—¡Que la luz de la alegría vuelva á iluminar tu excelso rostro, y que tu corazón recobre la paz que juzgas perdida para siempre!

Apartó Mohámmad las manos con que cubría el semblante, y fijando la mirada en su kátib, al ver las muestras de regocijo con que éste llegaba á su presencia, dijo con triste acento:

—¡Ya para siempre se apagó la luz en mi alma! ¡Sombras densas y oscuras me rodean, y *Saâda* (1) huyó de mí como huyó Alláh las sugestiones de Xaythán el apedreado!

—Todos los días, ¡oh señor excelso y magnífico! el sol parece caer desfallecido y muerto en lecho de tinieblas; pero al amanecer se ostenta lleno de regocijo y poderoso, y á su presencia huyen desvanecidas las nieblas de la noche!... Tú eres el sol, ¡oh Mohámmad! y ahora te juzgas descaescido y muerto dentro de un sepulcro abrumador y oscuro; ¡pero no tardará en brillar la estrella de la mañana, y despertarás más feliz, más fuerte, más poderoso que nunca! ¡La bendición de Alláh sea contigo!

Comprendió el Sultán que su kátib deseaba decirle alguna cosa reservada, y haciendo seña á los guazires y cortesanos, abandonaron éstos la *cobba*, y así quedaron solos y frente á frente Isahack y Mohámmad.

—Si alguna buena nueva tienes que darme, ¡oh Isahack! no tardes en participármela... ¡Habla, por Alláh! Calma, si á tanto llega la virtud de tus palabras, la angustia que me devora.

—¡Préstame, señor, oído, y cesará tu angustia!—repuso el kátib.—No caerá Seti-Mariem, (¡Alláh la proteja!) en manos del Sultán Abú-Thaleb, ni dejarás tú de gozar su amor, ya que es tu vida.

—¡Qué dices!—interrumpió el Sultán sin poder contenerse.—Pues qué, ¿no han visto mis propios ojos al alma de mi alma salir del recinto de mi alcázar y ser conducida por Xohaid?... ¿No he visto la turbación de su semblante en aquel momento supremo, y la angustia que se había apoderado de todo su ser, como es dueño del mío?... ¡Ah, Isahack! ¡Isahack! No seas cruel, y no te olvides de que hablas al Sultán, tu señor!

—Aquí tienes tu sello—prosiguió el kátib sin hacer alto en la amenaza de Mohámmad, y entregando á éste el que de sus manos ha-

(1) La felicidad.

bía recibido.—¡Que mi alma, oh magnánimo Príncipe, sea condenada á sufrir eternamente los tormentos del *chahanem!* ¡Que la misericordia de Alláh me sea negada en el último trance de mi vida, si te han mentido mis labios! Eso que has visto, eso que han contemplado tus ojos, es sólo ilusión de los sentidos, vanas apariencias sin realidad, porque Seti-Mariem está, es verdad, fuera de las murallas de tu córte, pero está custodiada en uno de tus castillos donde nadie más que tú pueda sospechar su existencia.

Y antes de que volviese el Amir á interrumpirle, púsole al corriente de cuanto había descubierto el marabut por medio de la mágia, y, por tanto, de que la demanda hecha por Xohaid á nombre del Sultán de Fez era sólo para complacer á Sancho Sánchez, el alcaide de Al-Mantdar, marido de Seti-Mariem, cuya muerte habían tenido por cierta hasta aquel entonces, y que aparecía lleno de vida en tierras de Ifrikia, reclamando aquella mujer que le había pertenecido.

—¡Quiero verla, sí, quiero verla!—dijo el Sultán cuando el kátib hubo concluído su relación—Todavía labra en mi espíritu la creencia de que esa esclava es la misma señora de mis pensamientos!

—¡Nó, no es ella!—repuso Isahack—Es una de las muchachas que la servían, y que por orden mía ha reemplazado á Mariem, vistiendo sus joyas y sus trajes.

Y refirió entonces el medio de que se había valido para obligar á aquella cautiva, utilizando para ello un filtro compuesto por él mismo, y cuya eficacia era tal que sólo se desvanecería al cabo de quince días.

Quitóse Mohámmad, al escuchar aquellas nuevas, para él tan lisonjeras como gratas, el ancho collar de oro y hermosas balaxes de cambiantes aguas que traía al cuello, y echándolo sobre los hombros del kátib en señal de reconocimiento, levantóse satisfecho, reiterando su deseo de salir cuanto antes de Granada para ver otra vez á Seti-Mariem, lejos de quien le era imposible la vida.

Aquella noche, con efecto, el Príncipe, acompañado de su fiel Isahack y de algunos soldados, abandonaba secretamente á Granada, y siguiendo el camino de *Hissn-al-Lauz*, llegaba á Piñar, á cuya altísima fortaleza subía sin tomar apenas descanso.

XV

En medio del placer sin límites que experimentaba al considerar que su amada Mariem no sería ya separada de sus brazos, no se ocultaba á la clara penetración del Sultán Mohámmad (¡haya tenido Alláh clemencia de su alma en la otra vida!) la gravedad de aquella suplantación, en la que no había tenido parte.

Comprendía que, viviendo Sancho Sánchez, á quien había dado por muerto después de la feliz sorpresa de Al-Mantdar, y protegiendo el Sultán de Fez al nassarí en los términos que bien demostraba la venida del guazir Xohaid, no duraría largo tiempo el engaño, y que Abú-Thaleb habría de significar de algún modo su enojo por la conducta que todas las apariencias le harían atribuír al Príncipe granadino, lo cual podría ser origen de complicaciones para la seguridad de sus Estados.

Si dejándose llevar de su natural bondadoso, había en un principio pospuesto al bien común el suyo propio, entregando la que él juzgaba ser la misma Mariem,—una vez realizado aquel trueque, no se sentía con fuerzas para sacrificar de nuevo su pasión, y temía que, uniéndose el meriní con el castellano, cayeran ambos de rebato sobre él, caso en el cual, y teniendo en cuenta la rebeldía de su primo el gualí de Guadix, acaso no contaría con elementos suficientes para oponerse á tantos enemigos.

Como el león cercado se apresta á defender en el desierto á sus cachorros, así también Mohámmad se aprestaba, á pesar de todo, á defender á la mujer á quien amaba; y deseoso de que nadie llegara á sospechar en Granada la causa de la guerra que en breve debía estallar según sus cálculos, meditaba la forma en la cual podría gozar sin recelos ni zozobras del amor de aquella mujer, por quien todo su ser se enardecía y por quien todo lo arriesgaba.

Así, pues, mientras Abú-Thaleb, lleno de justo encono, ideaba en Fez la manera de vengar el ultraje que Mohámmad le había inferido burlándose de él, el granadino daba orden á su primer guazir, Mohámmad Al-Lahmí, para que buen número de los cautivos, hechos en las gazúas anteriormente realizadas por Mohámmad II en tierra de Casti-

lla, se pusieran bajo la dirección del jefe de los albañiles (1) secretamente en camino para el pequeño pueblecillo de Píñar, so color de fortificar el castillo y preparar la expedición que proyectaba contra el gualí de Guadix, que se había negado á reconocerle como Amir de Granada.

No con otro propósito que con el de favorecer sus ocultos designios, convocadas las tahâs y al frente de las tropas, salía el Príncipe de su corte algunos días después de aquel en que, cumpliendo su mandato, habían marchado á Píñar los cautivos; y llamando á su presencia allí al jefe de los albañiles, encerrado con él largas horas en el castillo, comunicábale la idea de que, sin pérdida de momento y cuanto antes, taladrando las entrañas del escarpado cerro, fuera en los senos mismos de la roca labrado fastuosísimo palacio, oculto á las miradas de los hombres en tal sitio y con tal arte dispuesto, que nadie pudiera sospechar jamás su existencia, debiendo servirle de corona la enhiesta y resistente fortaleza levantada en la cima de aquel monte.

Iba ya por entonces mediada la sagrada luna de Dzu-l-Hicháh (2), durante la cual se había con toda ostentación y religioso aparato celebrado la *âid-al-kibir* ó páscua grande, y eran tan fuertes los calores y el tiempo tan seco, que no parecía sino que el firmamento caía derretido á los rayos abrasadores del sol, sin que las suaves brisas de la noche alcanzaran á templar los rigores de la estación, ya por extremo adenlatada.

Acampadas á la falda del cerro, donde como nido de águilas se ostenta *Hissn-al-Lauz*, á corta distancia de Píñar, soportaban las tropas inactivas las inclemencias del tiempo, ansiando por momentos trocar aquellas fatigas que les agobiaban por los azares de la guerra, y sin comprender cómo la arrogancia del gualí de Guadix Abú-l-Hachách no había aún dado señales de resistencia, cuando tan cerca se hallaba el Sultán de los dominios de su rebelde primo.

Sentían los guerreros de Granada que el bélico aparato desplegado por Abdil-Láh para reducir á la obediencia al mal aconsejado prócer, y la premura con que el ejército había salido de la corte en son de guerra, á pesar de las prescripciones del Profeta (¡reverenciado sea su nombre!), quedaran reducidos á aquel alarde estéril; y deplo-

(1) Arquitecto.

(2) Mediados del mes de Agosto de 1302.

raban que los siervos del Misericordioso, en lugar de combatir por la gloria del Islam contra los idólatras, se despedazasen entre sí, debilitándose y ofreciéndose como fácil presa á los nassaríes, quienes no de otro modo que el buitre acecha para devorarlos los restos del combate, espiaban el momento oportuno para caer sobre los muslimes cuando éstos carecieran de fuerzas para resistirles y rechazarles.

Cundían y se propalaban entre jefes y soldados la murmuración y el descontento, á que daba apariencias de legitimidad la inactiva permanencia de las tropas en las quebradas de la sierra; pero nadie hubiera osado patentizar su desagrado, guardando ocultos en el fondo de su alma ó en el escondido rincón de las tiendas el recelo y la desconfianza que poco á poco iban apoderándose de los guerreros.

No era, cual éstos sospechaban, desconocida para Abú-l-Hachách la presencia de Mohámmad y de los suyos en el territorio de su inmediata obediencia, ni estaba tampoco desprevenido: antes bien, noticioso de los designios ostensibles del Sultán, habíase puesto en comunicación con el Infante don Enrique de Castilla, que tenía á la sazón la guarda de la frontera por el Sultán don Ferrando, y persistiendo en su propósito de negarse á reconocer la soberanía de su primo, poníase incondicionalmente en manos de los enemigos de la fe, como en otro tiempo lo habían estado sus parientes los Axkilulas bajo el patrocinio y la protección del Sultán Adhefunx *Al-Alim*—para que éstos le ayudasen contra el Amir de los muslimes de Granada, con cuyo objeto había solicitado del Infante le protegiera y amparase con su poder y con su gente.

Mientras tanto, y á fin de dar ocasión á que los refuerzos con viva instancia solicitados de Castilla pudieran engrosar sus huestes, despachaba Abú-l-Hachách á Mohámmad sus emisarios, haciéndole inadmisibles proposiciones de pleitesía, exponiéndole sus agravios y procurando por todos los medios ganar tiempo para sorprender las tropas del Sultán de Granada cuando las suyas propias estuvieran en disposición de provocar el combate; conducta que, sin dejar de ser sospechosa para el granadino, servíale á las mil maravillas, permitiéndole continuar en el castillo de Píñar, donde vigilaba los trabajos que en el corazón del monte ejecutaban con gran premura los cautivos cristianos, y gozaba al par de las caricias de Seti-Mariem, que eran su gloria.

Contribuía poderosamente á explicar, por otra parte, la actitud en

que permanecía Mohámmad con su ejército, la severa prohibición que había hecho Mahoma (¡complázcase Alláh en él!) de pelear en ninguno de los meses sagrados (1); y en tanto que alentaba con su presencia las obras del magnífico alcázar por él ideado en las entrañas de aquel cerro, donde pretendía ocultar al mundo entero sus amores, esperaba, en medio de los placeres inefables del Paraíso, que terminase la luna de Dzu-l-Hicháh con que también terminaba el año, y espirase la de Moharram, con la que daba principio el año siguiente de 702 de la hégira.

En tal disposición se hallaban, pues, los asuntos del reino de Granada, cuando determinado al fin enviaba el Sultán Abú-Thaleb nuevo emisario á la corte de los Al-Ahmares, portador de una carta, harto expresiva, en la cual reprochaba ágriamente el merinita á Mohámmad la doblez inconcebible con que había procedido, y le amenazaba sériamente con invadir y aun apoderarse de sus Estados si no hacía aquella vez solemne y formal entrega de la cautiva de Al-Mantdar á la persona por él mandada con tal objeto.

A la noticia del arribo á Granada de la embajada africana, dejó Mohámmad confiado el mando del ejército á su hermano Nassr, y partiendo para su palacio, recibía en él con toda ostentacion á los embajadores, recelando, y no sin causa, de las intenciones de Abú-Thaleb, aun antes de haber leído la carta de que eran aquéllos portadores.

Puestos en presencia del Sultán granadí, prosternábanse éstos en señal de acatamiento, y haciendo entrega de la misiva del Sultán de Fez, después de cumplidas las ceremonias de costumbre en semejantes actos, alzábase Mohámmad del ancho y levantado asiento que ocupaba, y encarándose con el que parecía hacer cabeza de los enviados, así exclamó con acento tranquilo aunque firme:

—Bien sabe Alláh (¡ensalzado sea!) que he procurado complacer en todo á vuestro señor y dueño Abú-Thaleb (¡derrame Alláh sobre él constantemente sus beneficios!). Duéleme ahora que, lejos de corresponder á la amistad que yo le profeso y á la deferencia con que atendí su ruego, me amenace de la suerte que lo hace. Era la hermosa

(1) Según el *Korán*, durante los meses sagrados, que lo son los de Xagual, Dzu-l-Caáda, Dzu-l-Hicháh y Moharram, está prohibida la guerra entre los fieles creyentes, aunque no contra los idólatras; llegando á tal extremo el rigor, que en todo este tiempo no puede darse muerte á nadie, á no ser en caso de extrema necesidad (*Korán*, sura IX, aleya 36).

nassarena que le envié con su guazir Xohaid la gala de mi harem y la gloria de mi corazón; por complacerle, impúseme el sacrificio de privarme para siempre de las caricias de aquella mujer á quien amo todavía, y preferí vivir sin la luz de sus miradas, sin el calor de su cariño, á dejar de atender el ruego de vuestro señor... ¿Cómo he de hacerle segunda vez entrega de lo que tiene ya en su poder? Decidle, pues, que mientras sus amenazas no me imponen, tampoco, aunque quisiera, me sería dado complacerle segunda vez, cuando la prenda que me pide es la que con harto dolor de mi alma llevó á Ifrikia su guazir Xohaid, y que espero que, convencido de la lealtad de mi conducta, sabrá devolverme la estimación y el afecto que tan necesarios son para sacar triunfante de los *cafres* (1) el Islam y hacer prevalecer la ley á despecho de los infieles.

En tanto que Mohámmad pronunciaba lentamente estas palabras, había dado reiteradas señales de impaciencia uno de los embajadores de Abú-Thaleb, cuyo rostro aparecía oculto bajo la capucha del albornoz que le envolvía; y así que hubo terminado el Sultán, adelantando hacia él, exclamaba sin poder contenerse:

—¡Mientes! ¡Mientes, engendro ponzoñoso de Satán! ¡No tendrás valor para decirme á solas cuanto acaban de manifestar tus lábios desleales!

Quedó el Sultán desconcertado al escuchar aquellas inesperadas imprecaciones, y conteniendo á duras penas su enojo, con grande asombro y temor de los circunstantes, hizo señal á todos de que deseaba quedar á solas con el atrevido.

Obedeciendo en breve, y cuando el rumor de los pasos de africanos y granadinos se hubo extinguido por completo, apresuróse á descender del estrado en que se hallaba, y dirigiéndose al encubierto, que permanecía en pié mudo y silencioso, llegóse á él y adelantó la mano hacia el capuchón que ocultaba su semblante; pero antes de que hubiera podido realizar su deseo de descubrir al enviado, éste había dejado caer á la espalda el albornoz, ofreciendo á las atónitas miradas de Mohámmad el iracundo rostro del alcaide de Al-Mantdar, don Sancho Sánchez.

—¡Mírame!—decía con voz colérica el cristiano.—¡Sí! ¡Yo soy! ¡Yo, á quien no puede engañar tu perfidia! ¡Yo, que vengo á reclamarte el tesoro de pureza que me robaste infamemente! ¡Yo, que por

(1) Los impostores, infieles, y por extensión los cristianos.

la clemencia de Dios he podido sobrevivir, no ya á los golpes de tu espada, sino al dolor de verme separado de mi adorada doña María y de mis hijos! ¿Dónde está, infame, la prenda de mi cariño? ¡Responde!

—¡Alabado sea Alláh! ¡Él solo es grande!—replicó Mohámmad, ya repuesto.—¡Conque al fin, eres tú mismo quien viene á ponerse en mis manos! La humilde cervatilla viene á desafiar al león en su morada! Pues bien, don Sancho, yo no sé más que un modo de contestar á tus insultos. La mano del *mexuar* (1) sabrá imponer silencio á tu lengua maldiciente. ¡Alláh lo ha dicho!: «Observad religiosamente con los infieles los pactos que hayáis celebrado con ellos durante todo el tiempo que duren. Alláh ama á aquellos que le temen» (2). ¿No recuerdas, ¡oh don Sancho! el pacto que celebramos tú y yo después de haberme apoderado de Al-Mantdar? ¿No recuerdas que el premio del vencedor en el combate había de ser la hermosa nassarena, á quien yo adoraba mucho antes de que tus ojos se hubieran recreado por vez primera en la contemplación de su semblante, bello como la luna llena? Pues si aceptaste el pacto, si quedaste vencido en el combate, si triunfó mi brazo de tu brazo y mi espada de tu espada, ¿con qué derecho vienes hoy á reclamarme lo que es mío?

—¡Yo no podía negarme á tu proposición, Príncipe sanguinario, porque era tu cautivo—repuso don Sancho—porque tú eras el fuerte y yo el débil; porque ansiaba entonces, como ahora, derramar tu sangre maldita para hartarme en ella, asesino de mi honra!

—Ten, por Alláh, la lengua, don Sancho—expresó, no sin cólera, el Sultán—y para que veas la lealtad con que procedo; para que veas antes de morir cómo es para mí imposible desprenderme del amor de Seti-Mariem, quiero llevarte á donde está, y escucharás de sus labios la confesión de su cariño. Si después de esto—añadió—pretendes todavía que te entregue á Seti-Mariem, ¡que Alláh tenga piedad de tu alma!

—¡Que Dios maldiga la tuya!—rugió don Sancho lleno de coraje.

—¡Estás en mi poder y me insultas!... ¡Qué importan al león los ladridos del gozque!—exclamó con acento despreciativo el Sultán dirigiéndose á la puerta.

—Te equivocas, Mohámmad—replicó don Sancho siguiéndole.—

(1) Verdugo, ejecutor de las justicias.

(2) *Korán*, sura IX, aleya 4.

No estoy en tu poder, no soy tu cautivo: soy el enviado del Sultán mi señor Abú-Thaleb á quien represento.

—Ya lo veremos, insensato—dijo Mohámmad.—Si tienes un buen corcel—prosiguió, deteniéndose—y no te impone la fatiga, monta en él como yo voy á hacerlo en mi caballo, y sígueme... Oirás de labios de Seti-Mariem tu sentencia.

—¡Acepto, Mohámmad! Y si ella es tan infame, si es tan odiosa criatura como para haber olvidado, no sólo á aquél á quien ante Dios y ante los hombres juró eterna fe, sino también á sus hijos, entregándose lasciva y loca en brazos de una pasión criminal, entonces...

Y don Sancho se detuvo sin acabar de dar forma al pensamiento que latía en su mente.

Recogiéndose después la capucha y volviendo á celar con ella el rostro, á pesar de los fuertes calores y de que el sol brillaba como encendida brasa en el zénit, montó al salir del alcázar el trotón en que había llegado, y despidiéndose de sus compañeros de embajada, esperó allí á que el Amir de los muslimes le encontrase.

Pocos momentos después, oprimiendo los lomos de un poderoso bayo, apareció Mohámmad; y picando espuelas ambos á sus monturas, sin decir palabra salieron al galope, llegando á *Bib-Guadi-Ax* antes de que la escolta hubiera podido alcanzarles.

XVI

Dos horas más tarde, cubiertos de sudor y de polvo, sin haber cambiado entre sí la menor frase, con los labios secos y el corazón palpitante, llegaban á Píñar Mohámmad y don Sancho, y sin detenerse apenas para apearse de sus fatigadas cabalgaduras, trepaban ardorosos y enconados por las pendientes y revueltas del cerro, sobre el cual reflejaban como en un espejo los rayos solares, y llegaban casi sin aliento á las puertas del castillo.

Ni una ráfaga de viento corría en aquellas alturas, ni ellos habían echado de ver que sus ropas estaban empapadas de sudor. Como un torbellino traspusieron el umbral del castillo; y, seguido siempre por don Sancho, con la violencia del huracán desencadenado, atravesaba el Sultán las habitaciones y cuadras de la fortaleza, sembrando el asombro entre el alcaide y los pocos soldados que le custodiaban y guarnecían.

Había, sin embargo, procurado Mohámmad evitar cuidadosamente, al salir á la plataforma del cerro, el que don Sancho pudiera advertir las obras que en él ejecutaban por su mandado; y así que hubieron llegado á una de las estancias vecina á la ocupada por Seti-Mariem, volvióse el Amir hacia el caballero, y con acento breve le dijo:

—Desde este lugar, don Sancho, puedes oir cuanto diga Seti-Mariem y puedes verla á tu albedrío. Permanece, pues, aquí, y cuando te hayas convencido de la verdad de mis palabras, entonces vendré á buscarte.

No contestó don Sancho á la propuesta del muslime; la angustia y la emoción le ahogaban, y la lengua, seca más por el dolor que por la fatiga, negábase indócil á articular sonido alguno; pero asiendo al Sultán por una mano, llevóle al extremo más apartado de la cuadra en que estaban, y allí, con voz apagada y lenta, exclamó:

—¡Mohámmad, Mohámmad! ¡Ay de tí si me engañas! ¡Ay de tí si doña María no confirma tus palabras!

Miró ceñudo el granadino á don Sancho con altanero enojo, y mientras el desventurado alcaide de Al-Mantdar permanecía trémulo y agitado, como clavado sobre el pavimento, el Sultán penetraba en la habitación en que se hallaba Seti-Mariem, no sin dejar entornada la puerta, á fin de que don Sancho pudiera observar y escuchar la voz de la cautiva.

A los oídos del enviado de Abú-Thaleb llegaban claros y distintos el eco de las apasionadas frases de Mohámmad y el timbre argentino de Seti-Mariem que, resonando en su corazón de un modo extraño, mezcla á la vez de desesperación y de alegría, destrozaba sus entrañas, clavándose en ellas como la acerada hoja de un alfanje.

Breve fué el diálogo que sostuvieron Seti-Mariem y el Sultán (¡Alláh le haya perdonado!); pero lo bastante para que, sin ser dueño de sí propio ni poder contenerse, faltando á lo convenido y, mordido y atenaceado por los celos, penetrase don Sancho en el aposento de su esposa.

Quedó sorprendido Mohámmad de la inesperada presencia de su enemigo; y mientras éste, cruzándose de brazos delante de la cautiva, con imponente ademán y amenazador continente, fijaba los ojos desencajados y preñados de profunda cólera en el semblante de doña María, la infortunada señora contemplaba á aquel extraño personaje tranquila y reposadamente, cual si nunca le hubiera visto y como si con él no le ligasen vínculos de especie alguna.

Al fin, rompiendo el embarazoso silencio que reinaba, con voz á un tiempo mismo atronadora y llena de amargura, así exclamó don Sancho, encarándose con la cristiana:

—Era verdad, señora, lo que los labios de este hombre, vuestro amante, me habían confesado; lo que se resistía ¡imbécil! á creer mi corazón; lo que jamás podía esperar de vos, á quien siempre juzgué digna del hombre que tuvo la torpe debilidad de daros cón su nombre su alma en los altares! ¡Era verdad! ¡Y yo, ciego, yo, menguado de mí, os suponía tan pura como la Santísima Madre de Dios, y pensaba que no era la tierra digna de que vuestras plantas la hollasen! ¡Miradme, sí, miradme, como lo hacéis, infame criatura! ¡Que mi presencia os confunda! ¡Que mi maldición os aniquile! ¡Que mi cólera, trasunto de la cólera divina, os destruya para siempre! ¿Qué habéis hecho, señora, de aquel amor que me mentíais? ¿Qué, de aquellos seres á quienes engendró mi locura y mi desvanecimiento en vaso tan frágil, tan miserable y tan hediondo? ¿Tan pronto se ha borrado de vuestra alma el recuerdo de vuestros hijos y el mío, que no me reconocéis, ni hay fibra alguna en vuestro corazón que vibre herida á la memoria de aquellos pedazos de mis entrañas, sacrificados seguramente en aras de vuestra lascivia y de vuestra libidinosa incontinencia? ¡Ah, sí! ¡Maldita, maldita seáis, mujer! ¡Maldita una y cien veces! ¡Pero Dios es justo, Dios nos oye y nos ve, y Él castigará vuestro horrible crímen en el día del juicio!

Detúvose aquí el alcaide para tomar aliento, y dos lágrimas silenciosas rodaron por sus tostadas mejillas.

Entre tanto, Seti-Mariem, fijos siempre los ojos en el semblante de don Sancho, hacía esfuerzos sobrenaturales para comprender el sentido de aquellas palabras que resonaban en sus oídos como el eco medroso y retumbante del trueno, reflejándose en sus divinas facciones la angustia creciente que de ella se iba apoderando á medida que el alcaide avanzaba en sus execraciones y reproches.

Por su parte, el Sultán, afectado realmente, mostrábase indeciso, no sabiendo qué determinación tomar ante las justas quejas del castellano; instantes había en que, dominando en su ánimo los sentimientos de piedad, inclinábase á devolver á don Sancho el tesoro de que le había desposeído; pero la presencia de Seti-Mariem mantenía en su alma vivos sus apetitos y su amor, desvaneciendo los propósitos fugaces de conmiseración abrigados por él breve momento.

Durante aquella páusa, volvió á Mohámmad la cautiva los ojos, y con tono de mortificante indiferencia dijo:

—¿Quién es, ¡oh Mohámmad! este hombre?... ¿Por qué se queja?... ¿Quién esa mujer infame que le ha ofendido?...

Desconcertado por la significación y el tono en que fueron hechas aquellas preguntas, vaciló don Sancho, no sabiendo si era sueño ó realidad cuanto veía... Ignoraba el desdichado que Mariem, presa de extraño y poderoso influjo, se hallaba bajo la acción de una fuerza misteriosa y para él desconocida que, borrando de la conciencia de su esposa el recuerdo de lo pasado, la había trasformado por completo.

—¿No me conoces?—preguntó al postre.—¿Nada te dice mi voz?... ¡Pues bien—añadió, echando atrás la capucha que le cubría—mírame! ¡Tan cambiado me han puesto tu infamia y mi martirio, que no reconoces las facciones del que fué tu señor y tu amante esposo!...

Y después, comprendiendo que algo singular ocurría, de que no acertaba á darse cuenta, repuso, encarándose con el Sultán:

—¿Qué has hecho, qué has hecho, infiel, de esa mujer, que era mi encanto y mi gloria?... ¿Qué filtro infernal la has dado, que has cegado en ella la razón y has ahogado la voz de su conciencia?... No es esta, no, la esposa que me arrebataste... ¡Tú apetecías su cuerpo, y para gozar de él le has arrancado el alma, aquel alma casta y amorosa que fué el encanto de mi vida! ¡Y me traes aquí, para contemplar el cadáver de esta mujer, juzgando quizás que yo consentiría en tu inícuo trato y que permitiría por más tiempo tus infamias!... ¡Te equivocas, Mohámmad! ¡De nada te servirán tu alta estirpe ni el poder de que te hallas revestido como señor de Granada!... ¡Ha llegado la hora de mi venganza, y vas á perecer á mis manos!...

Y desenvainando, rápido como el pensamiento, la gumía que llevaba sujeta á la faja, pretendió lanzarse sobre el Príncipe; pero ya Mohámmad se había levantado y mostraba armada su diestra, preparándose á rechazar al infeliz don Sancho...

—¡Basta!—exclamó el muslime.—¡Si hasta aquí he respetado tu vida, á Mariem, sólo á Mariem lo debes; pero ahora, ahora que vuelvo á tenerte en mi poder, no habrá compasión para tí!

—¡Ni la quiero tampoco!—replicó don Sancho.—Ahora estamos solos: no hay nadie que te defienda, y la justicia de Dios, dirigiendo mi brazo, te hará pagar todos tus crímenes... No llames, ¡cobarde! á

tus secuaces y soldados... Un hombre solo es quien se halla en tu presencia para darte muerte... ¡A tí primero, luégo á ella!

—¡Lo veremos!—tronó el Sultán.

Y arrojándose uno á otro con reconcentrado furor, trabóse entre ambos un combate, que por su feroz naturaleza no podía durar largo tiempo.

Mientras tanto, Seti-Mariem permanecía en su asiento, devorando con los ojos el rostro de don Sancho y haciendo prodigiosos y estériles esfuerzos por traer á su memoria recuerdos que parecían bullir en atropellado montón en su cerebro y no acertaban á romper la espesa niebla que le inundaba.

Cuando, después de breve lucha, en que rodaron enroscados por el suelo el Sultán y don Sancho, profiriendo sofocadas y enérgicas imprecaciones que encendían más el coraje y el odio de que se sentían recíprocamente poseídos ambos combatientes, levantaba Mohámmad sobre el alcaide la ensangrentada gumía para hundírsela en la garganta, lanzó Mariem un grito horrible y cayó desvanecida sobre el pavimento.

Detúvose el Sultán en su arrebato, aunque sin dejar de oprimir por ello á su enemigo; y ganado de nuevo por el odio, alzó iracundo el brazo y hundió por tres veces el arma en el cuello del alcaide, exclamando:

—¡Que el fuego eterno del *chahanem* consuma tu alma y la maldición de Alláh te acompañe!...

Después se levantó de un salto, y sin cuidarse de las heridas que había recibido en el combate, se arrojó sobre Mariem colmándola de caricias, abandonando el cadáver de don Sancho en medio de un charco de sangre que manchaba la alfomba del aposento.

.....

Grande era la indignación con que el Sultán Abú-Thaleb recibía la nueva del atentado cometido en la persona del nassareno por parte del Príncipe granadino; y aprovechando la paz, no grandemente segura, de que disfrutaban sus Estados en Ifrikia, disponía numerosa hueste con que cruzar el mar de *Az-Zocác* y castigar la felonía de Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada, que había pagado con cruenta burla los beneficios obtenidos en otro tiempo de los poderosos Beni-Merines.

Por sigilosa que fuera, acaso, la determinación del Príncipe africano, no lo fué tanto como para que no llegase á oídos del granadino,

quien, comprendiendo que ya para siempre se había hecho imposible la paz entre los siervos del Misericordioso, apercibíase al combate con gran contentamiento de sus súbitos, que jamás habían mirado con buenos ojos á la gente de Ifrikia y á quienes no habían en modo alguno satisfecho ni la victoriosa gazúa de Al-Mantdar, ni tampoco la campaña emprendida contra el gualí de Guadix, Abú-l-Hachách, cuyas pretensiones y cuya insolencia recibían duro castigo, por más que sintieran ahora los granadíes esgrimir sus armas contra sus hermanos.

Cerca de tres años después de los últimos acontecimientos recogidos por los ajbaríes y de la muerte del antiguo alcaide de Al-Mantdar—sometido por completo el rebelde gualí de Guadix y asegurada la paz con Castilla por medio de reparadoras treguas, á que no pudo negarse el Sultán don Ferrando—mientras el Príncipe granadino había visto trocarse la aspereza del erguido monte donde se asentaba el castillo de Píñar en suntuoso palacio, que más parecía obra de hadas que fruto de humano ingenio; mientras se entregaba con deleite sin igual al amor de Seti-Mariem, de quien no había logrado sucesión alguna, agriadas las relaciones de los Sultanes de Granada y de Fez, llegaban, por último, á fatal rompimiento, con verdadero escándalo del Islam.

Iba ya trascurrida la mayor parte del año 705, cuando partía del puerto de Málaga lucida flota á cargo del gualí de aquella cora y cuñado de Mohámmad, Abú-Said Farách, en la que con numerosas gentes de desembarco enviaba el granadino las máquinas de guerra con que proyectaba combatir al merinita y aun apoderarse de algunas poblaciones en Ifrikia.

Zarpaba la escuadra de las costas de Al-Andálus ya mediada la luna de Ramadhán de aquel año (1), y navegando con fortuna, daba fondo, después de penetrar en el *Bahr-Az-Zocác* en *Chezirat-ul-Hadrá*, donde se detenía hasta los comienzos de la siguiente luna de Xagual (2), proveyéndose de vituallas y pertrechos para dar principio á la campaña.

Sabedor de la presencia de la flota granadina, habíase Abú-Thaleb apresurado á reunir su ejército, y saliendo asimismo al encuentro del enemigo, aguardábale en Medina-Sebta, conociendo lo venta-

(1) Abril de 1306 de J. C.

(2) Abril á Mayo.

joso de su posición y lo difícil que habría de serle á Abú-Said Farách el aproximarse á aquella plaza.

Contra todas las previsiones del merinita, que observaba desde la *cassabáh* de Medina-Sebta los movimientos del gualí de Málaga, la flota granadina acercábase en los primeros días de la luna de Xagual á la plaza, y tomando tierra las fuerzas de desembarco á dos millas al Occidente de la misma, posesionábase sin grave resistencia de *Chebel-Muza* (1), mientras el resto de la flota se presentaba en el puerto sobre el *Bahr-Busul*, desde donde comenzaba á batir la fortaleza con *manxaneques* y toda clase de máquinas de guerra.

Levantada sobre siete pequeñas colinas que se tocan, era hermoso, en verdad, el espectáculo que ofrecía Sebta á los ojos de los guerreros de Mohámmad: rodeada de jardines y de huertas y arbolado, que en aquel entonces se mostraban exuberantes de verdura, veíase por el único punto por donde la población toca al continente africano, tendida y pintoresca la comarca de *Balyunix*, en la cual se cultivaban la caña de azúcar y las toronjas, frutas ambas que constituían parte muy principal de su comercio.

Al Oriente alzábase gigantesco *Chebel-ul-Mina*, (2) coronado todavía por los fuertes y blancos muros que labró en su cima el magnífico háchib de Hixém II, el valeroso, el justo, el excelso Mohámmad Abú-Amér Al-Manzor (¡complázcase Alláh en él y haya hecho para él eternas las mansiones del Paraiso!), y en ella se distinguían los altos alminares de sus mezquitas, cuadrados, revestidos de brillantes azulejos, que á los rayos del sol parecían brasas encendidas, y adornados de resplandecientes *tefiehs* (3) que semejaban, sobre el azul del cielo trasparente, fulgurantes estrellas de singular grandeza y hermosura.

Veíase también el apiñado caserío, con sus blancas azoteas, y por entre ellas señalábase el *Zoco* (4) donde con tanto arte se labraba el coral que en abundancia se cogía en los alrededores de Medina-Sebta.

(1) El monte de Muza; llamábase así en memoria del ilustre caudillo el gualí Muza-ben-Nossayr, conquistador de Al-Andálus.

(2) Hoy el Hacho.

(3) Esferas doradas, insertas en un perno de mayor á menor, que servían de remate á los alminares de las mezquitas.

(4) Mercado.

Al propio tiempo que la flota batía los muros de la fortaleza, acometíanla por tierra las tropas de desembarco, apoderadas ya de la feraz comarca de *Balyunix;* pero los esfuerzos del valiente Abú-Said Farách habrían resultado de todo punto estériles sin el eficaz auxilio del alcaide de la *cassabáh*, quien, deseando vengar en el Sultán Abú-Thaleb antiguos odios, daba aquella noche misma silenciosa entrada en la población á las gentes del gualí de Málaga.

Sorprendida la guarnición cuando menos podía esperarlo, eran las tropas del merinita pasadas sin piedad á cuchillo, ¡como si Alláh, en su justicia, no hubiera de pedir en el día del juicio cuenta de aquella sangre musulmana derramada por musulmanes! ¡Como si aquellos siervos del Misericordioso hubieran sido apóstatas ó enemigos empedernidos y declarados del Islam, que Alláh prospere!

¡Que la piedad de Alláh sea para con aquellos que perecieron á manos de sus hermanos! ¡Que su misericordia inagotable haya perdonado á los asesinos!

En tan acerbos momentos, sin fuerzas que oponer á los invasores, Abú-Thaleb buscó en la fuga la salvación, abandonando furtivamente y merced al desconcierto que reinaba la plaza de Sebta, donde había mandado trasladar sus tesoros, donde había creído vencer á los gra-ofrecíase ésta, á que dió nombre de *Bib-as-Sorur*, ó puerta de los placeres, en el costado N. del cerro, y hallábase exornada con tan prodigioso arte, que las labores que enriquecían las diversas partes del arco parecían obra natural, según la habilidad en ella empleada por los artífices.

De bellas proporciones y forma elegante de herradura, apoyábase en cuatro columnillas de trasparente alabastro, en cuyos capiteles de resaltadas y vistosas pencas se leía, en caracteres dorados sobre fondo azul, la exclamación:

La dicha eterna y la felicidad cumplida sean para mi dueño!

Adornaban la archivolta gran número de dovelas, llenas de preciosos relieves, como el tímpano del arco, las cuales, siendo de barro cocido y esmaltado de muy vivos colores, aventajaban en belleza á las obras de la naturaleza misma; y sobre la clave del arco tendíase en sentido horizontal hermosísima tabla de mármol blanco, en la que sobre fondo también azul se leía en dos líneas de graciosos y entrelazados caracteres mogrebinos, esmaltados en oro, la leyenda siguiente:

¡En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso! ¡Alabado sea!

Mandó construir este palacio, asiento de la hermosura, trono maravilloso del amor, encanto de los sentidos y alegría del espíritu, el Sultán pio y generoso el Amir de los muslimes Abú-Abdil-Láh Mohámmad, hijo del excelso, guerrero y virtuoso Sultán, Amir de los muslimes Abú-Abdil-Láh Mohámmad, hijo de Al-Gálib-bil-Láh. ¡Ayúdele Alláh y le proteja! Comenzóse esta obra en la luna de Dzu-l-Hicháh del año 702, *y se terminó con el auxilio de Alláh en la luna de Xagual de* 705.

Penetrando en el interior de aquel extraño edificio, hacíase en primer término anchuroso zaguan, cuya bóveda, de cuajadas estalactitas, presentaba aspecto maravilloso á la luz de las orbes de cristal luciente que le iluminaban constantemente, los cuales parecían una constelación suspendida en aquel paraje, haciendo tomar bulto y relieve á la pintada yesería que decoraba los muros.

Gran número de macetas, en las cuales crecían arbustos enteros, alineábanse á uno y otro lado de aquel aposento, cuyo zócalo de peregrinas aliceres, al reflejo de los orbes de cristal, parecía oro derretido. nadíes y de donde le arrojaba al fin vergonzosamente la traición de uno de sus servidores.

Con la conquista de Sebta y de otras fortalezas llenóse de regocijo Mohámmad, y mucho más aún cuando, de regreso de tan venturosa jornada, ponía en sus manos el gualí de Málaga el rico tesoro de Abú-Thaleb, que algunos hacían subir á un número fabuloso de mitscales.

La muerte del alcaide de Al-Mantdar y la derrota del Sultán de Fez, llevaban la tranquilidad al ánimo del Príncipe al-ahmarí respecto de la hermosa Seti-Mariem, en cuyo amor vivía enloquecido.

Nadie ya podría reclamarle aquella mujer, que era su única gloria; nadie tenía ya derecho para disputarle sus caricias; Juan Sánchez y Jimén Pérez, sus hijos, ¿sabían, por ventura, que aquella que les dió el ser existía?... ¿Conocían, por acaso, lo inmenso del sacrificio que por ellos había ejecutado?... No había, por otra parte, en Granada, fuera del kátib Isahack, del alcaide de Píñar y de algunos otros servidores del Sultán, persona que conociese la existencia de Seti-Mariem, á quien juzgaban hacía largo tiempo en el harem del Príncipe de los Beni-Merines de Ifrikia.

El triunfo, por tanto, había sido completo para el Amir de Granada; y una vez vencida, como por sobrenaturales medios lo estaba, la voluntad de la cautiva, entregábase delirante y ciego al goce de su pasión ardiente, abandonando con frecuencia y de secreto la hermosa capital de sus Estados para disfrutar del amor de la cristiana.

XVII

Con la feliz expedición del gualí de Málaga y la conquista de Medina-Sebta, coincidía precisamente la terminación del maravilloso palacio labrado en las entrañas del monte de Píñar por el desvanecido Príncipe.

Nada había comparable á la magnificencia por él desplegada en aquella obra, que parecía en realidad labrada por los genios: ni los alcázares de Gomdan, Jawarnac y Sedir en el Oriente, tan celebrados de rawíes y viajeros, ni los suntuosos palacios erigidos en Córdoba por la opulencia de los Benu-Omeyyas; ni el famoso de Az-Zahrá, cuyas informes ruinas aparecen todavía á la falda del *Monte de la Novia*; ni el tantas veces ensalzado de Az-Zahira, fundado por Al-Manzor, ni ninguno otro, incluyendo el de la misma Alhambra, podían compararse en esplendor, grandeza y hermosura con el que destinaba para gozar de los amores de aquella mujer, que le trastornaba y enloquecía.

Hendido el monte en su sentido vertical, mientras conservaba al exterior las abruptas apariencias que le hacían inaccesible, encerraba en su seno un tesoro, mil veces más rico y estimable que aquel que en Medina-Sebta había sido arrebatado á Abú-Thaleb por el gualí Abú-Said Farách en pos de la victoria.

Cruzado el ancho foso que se abría delante de la puerta principal,

Trasponíase después estrecho y corto pasillo que daba paso á un pabellón de sorprendente estructura, pues todo él se hallaba suspendido de multitud de columnas agrupadas de tres en tres en los ángulos y apareadas en los intermedios, labradas todas ellas en el limpio mármol que producen las canteras de Macael, y en cuyo centro se ostentaba una fuente, cuya taza era de jaspe verde y cuyo surtidor afectaba la forma de un ave singular, toda ella dorada y cubierta de piedras preciosas, dispuesta con tal artificio, que al borbotear el agua por la garganta del animal, producía un canto melodioso y apacible que convidaba al deleite.

Denominábase aquel pabellón *Cobba-l-bahú*, ó sea el pabellón precioso, y con verdad que nada había en el mundo semejante á él en hermosura, así como tampoco podía existir nada comparable á las estancias que se extendían á uno y otro lado, en torno de un magní-

fico jardín, cuya entrelarga alberca, bordada de arrayanes, de murta, de naranjos, limoneros y otros arbustos, ofrecía en el centro un pabellón de tan prodigioso aparato, que excedía la fama de aquel otro pabellón erigido en los jardines de su alcázar por el Sultán de Toledo Al-Mámun, á quien Alláh haya perdonado, y á cuyo lado la *Cobba-l-bahú* carecía de importancia y de mérito.

Labrado en forma de cúpula ultra-semiesférica, hallábase coronado en su cima por un *teffiéh* de oro á modo de cimera, mientras la cúpula al exterior se mostraba cubierta de doradas tejas, entre las cuales apacían, así como por entre toda la labor exterior del edificio, multitud de lámparas de cristal de diversos colores, dispuestas de manera que, por donde quiera que se mirase cuando estaban encendidas, formaban el nombre de Mariem y el de Mohámmad unidos.

Esbeltas columnas de mármol rosa, en cuyo torno, como sartas de perlas, se enlazaban en espiral porción de lámparas de distintos matices, soportaban la cúpula, entre cuya labrada yesería, ya recorriendo la periferia de los arcos de diferente forma que componían el pabellón, ya dibujando los angreles de la archivolta, ora serpeando caprichosamente por los machones, las impostas y los *farjáhs*, así como por el *arrabaâ* de los mismos, se hallaban lámparas de igual naturaleza que las de las columnas y la cúpula, ora formando estrellas, ora fingiendo en su disposición los nombres de Mariem y de Mohámmad, y finalmente, delineando sobre el *farjáh* (1) de la principal entrada una inscripción en enlazados caractéres cúfico-floridos en que se leía distintamente:

¡Hizo Alláh descender á este paraje las maravillas del Paraiso, para que gozase de ellas en el mundo el Sultán Abú-Abdil-Láh-Mohámmad (¡perpetúe Alláh su felicidad!)—Mariem, la hermosa entre las hermosas, es el sol, y nuestro señor y dueño el Sultán la luna, que en eterno abrazo bendicen la clemencia de Alláh! ¡Ensalzado sea!

Multitud de figuras de oro, cuajadas de preciosas piedras, que semejaban toda suerte de aves, veíanse resaltar entre las labores del interior del pabellón; y cuando el Sultán se hallaba en aquel sitio al lado de Seti-Mariem, y el agua, brotando de la cima de la cúpula, se derramaba á uno y otro lado formando un fanal de cristalina tersura, que cerraba por completo el pabellón, y á través de cuyos hilos reververaban con sus distintos matices las lámparas de la

(1) Arquitrabe.

..., de las columnas y de los arcos, todas aquellas aves prorumpían de concierto en armonioso coro, ya imitando el cántico del ruiseñor en las selvas, ya el de la alondra en los campos, ora el del colorín en la espesura y ora el de otras aves canoras que regocijaban el espíritu.

Había recibido aquel suntuoso é ideal pabellón nombre de *Cobat-uz-Zocháçh*, ó sea *cúpula de cristal*, y era el sitio con predilección preferido por el Príncipe para gozar de los amores de la bella cautiva.

No menos suntuoso, aunque no tan espléndido, era el *Beit-as-senán*, ó aposento de los sueños, que precedía al baño, todo él de mágica grandeza, reuniendo aquel palacio, que apellidó no sin razón Mohámmad *Cassr-ul-mashur*, ó *palacio encantado*, tal suerte de maravillas y prodigios, que nunca, ni en los tiempos de Salomón (¡complázcase Alláh en él!); ni en los de Octavan Kayssar (1), cuya magnificencia era celebrada en todo el orbe; ni en los de *Dzu-l-Carnaïn* (2); ni en los de Harun-Ar-Raxid, tan ponderados; ni en ninguno de los palacios de la antigüedad, ni aun en los soñados por los poetas en *Las mil y una noches*, podía encontrarse cosa que se le asemejase ni pareciera.

Las fábricas más afamadas de Málaga, Granada y Mallorca habían contribuído al brillo de aquel edificio con multitud de corpulentos y elegantes jarrones de porcelana dorada, donde se ostentaban, embalsamando el ambiente, las flores más preciadas; y en el centro de los aposentos reproducíanse los saltadores de aguas perfumadas, que llenaban todo el palacio de atmósfera embriagadora de sensuales delectaciones, á cuyo efecto contribuían los aromáticos pebeteros que esparcían en torno azuladas y olorosas espirales de constante humo.

Había, sobre todo, en aquel palacio una sala llamada la *sala de la figura*, en la cual, sobre labrado pedestal de hermoso mármol blanco, se erguía en adorable actitud una estatua maravillosa, labrada toda ella en mármol rosa, que era la imagen fiel de Seti-Mariem, y la representaba tan á lo vivo, que cualquiera al contemplarla hubiese creído que era la misma Mariem, despojada de sus vestiduras y mostrando al descubierto todos sus tesoros, sus gracias y sus hechizos.

Dos záfiros brillantes eran sus ojos, y el coral imitaba los labios,

(1) El Emperador Octavio.

(2) Alejandro Magno, *señor de los dos cuernos*, según le denominan los musulmanes.

mientras su dorada cabellera resplandecía con el oro de los ad-dinares empleado en ella para producir tan singular efecto.

Aquella era la maravilla de las maravillas, y Mohámmad gozaba muchas horas en la contemplación de tan perfecta imagen, que miró no sin regocijo Seti-Mariem, hallándola perfecta.

Cuando terminada la construcción de aquel edificio penetró en él la hermosa cristiana, á quien acompañaba más enamorado que nunca el Sultán, su regocijo fué tan grande, que no pudo menos de arrojarse en brazos de Mohámmad y colmarle de caricias.

Verdad es que Seti-Mariem se había convertido en otra mujer distinta, desde aquel momento en que al ver herido, ensangrentado y en tierra al infortunado don Sancho, pareció quebrantarse un punto el opaco velo de nebulosa obcecación, derramada sobre su conciencia por los maleficios y las artes del Príncipe, y prorrumpió en aquel grito supremo que le privó de sentido.

Jamás volvió á acudir á su memoria el recuerdo de los tristes tiempos pasados; no había en ella reminiscencia alguna de ninguno de los fatales acontecimientos de su vida; el deseo insaciable del Sultán había penetrado en la sangre de la cautiva, inficionándola, y sólo para él tenía vida y sentimiento, desarrollada en su naturaleza la fogosidad erótica, que la trocaba en la más amante, la más ardorosa de las mujeres.

Por eso sus labios, aquellos labios de coral tanto tiempo pálidos y fríos, habían vuelto á recobrar el calor y el matíz de otros días, de aquellos días en que, siendo niña, conoció y amó á Mohámmad en la capital del Sultán de Castilla Xanchol; por eso sus ojos, aquellos ojos cuya mirada nadie podía resistir sin sentirse atraído, y que desde el triste rebato de Al-Mantdar parecían muertos, como lámparas reanimadas habían recobrado el brillo y el esplendor perdidos con la trasparencia y el encanto que eran nativos en ella, y su cuerpo todo, hermoseado por la última eflorescencia de la juventud, había vuelto á ostentarse con la gallardía y el irresistible atractivo que mantenía encadenado al Príncipe á sus plantas.

El genio de la locura agitaba sin cesar sus alas en aquellas mansiones erigidas para el deleite, y no hubo durante mucho tiempo ser más feliz que Abú-Abdil-Láh Mohámmad, el Sultán de los musulmanes de Granada, el descendiente de Jazrech, el nieto de Saâd-ebn-Obada, el compañero del Profeta!

Largas temporadas, abandonando el alcázar erigido en la colina

Al-hamrâa y los graves negocios de la gobernación de sus Estados, corría frenético á los amantes brazos de Seti-Mariem, descansando en ellos de rencores, asechanzas y disgustos.

Pero semejante conducta, si pudo por algún tiempo permanecer desconocida para las muchedumbres, hubo al cabo de excitar la envidia y la ambición en ellas, murmurándose públicamente de la vida del Sultán, como digna del castigo de Alláh, aunque sin acertarse nunca respecto de la persona que de tal modo le tenía hechizado.

A fin de acallar el general desagrado, en vano fué que Mohámmad procurase hacer pública ostentación de su persona, ya los viernes en la *jothba* predicada en la *Mezquita-Aljama*, ya en festejos preparados al efecto, ya en bélicos alardes, que llevaron en distintas ocasiones el gentío á la *As-sabica* y otros lugares de Granada: la murmuración proseguía, y era preciso de todo punto contenerla.

Siguiendo los consejos de su primer guazir Mohámmad Al-Lahmí y los de su kátib Isahack, y aprovechándose de las riquezas conquistadas en la toma de Medina-Sebta por Abú-Said Farách, daba principio el granadino á la erección de la suntuosa Mezquita de la Alhambra, emulando así el ejemplo que en siglos anteriores le ofrecían los gloriosos descendientes de los Omeyyas en Al-Andálus, al edificar la magnífica Mezquita-Aljama de Córdoba, sin semejante en ninguna de las tierras del Islam.

Mármoles exquisitos de Granada y Almería llenaban las tres naves de un bosque de columnas de dorados capiteles, sobre los cuales volteaban graciosos arcos cuajados de brillante decoración y de sentencias koránicas trazadas en caractéres de oro; pero donde mayor ostentación se hizo, fuera del alminar, con el que procuró oscurecer la fama del famoso de la Mezquita-Aljama de Ixbilia, fué en el *Mihrab*, ó adoratorio, donde tenía él su asiento reservado en la *macssura*, y donde se ostentaba el *al-minbar* para la *jothba* de los viernes. No era ya aquel preciado mosáico bizantino de *foseifesa* que esmalta en la Mezquita de Córdoba la fachada entera y la cúpula del *Mihrab* y pregona la magnificencia y la suntuosidad de Al-Hakem II *Al-Mostanssir-bil-Láh* (¡Alláh le haya perdonado!); eran placas de azulejo dorado, cubierto de labores en relieve de vistoso y peregrino efecto, las que se ostentaban en aquella parte de la Mezquita de la Alhambra.

Como cuajadas pompas de cristal ó de brillante espuma, resplandecía la cúpula de colgantes estalactitas, que no podía mirarse sin

trastorno; y del centro de la misma pendía airosa y gallarda, sostenida por recio cordón de oro y grana, majestuosa lámpara de bronce calado, entre cuyas labores se leía el mote de los Al-Ahmares *Sólo es vencedor Alláh*, trazado en elegantes caracteres mogrebinos. De la vacina donde se colocaba la gran lámpara y donde los días de gran fiesta ardía gran número de cirios, colgaban vistosas y peregrinas manzanas que en progresiva disminución apiramidaban, todas ellas cubiertas de labor y caladas como la pantalla de la misma lámpara, mientras en torno del indicado recipiente y de la pantalla corrían concéntricas dos coronas de luz, donde se miraba porción de vasos de colores, que en las noches de Ramadhán debían, encendidos, producir fantásticos efectos.

Baños, hospitales, escuelas y mezquitas surgieron como por ensalmo del tesoro de Abú-Thaleb, el Sultán merinita, y multitud de trabajadores hallaron con él satisfacción y descanso; pero ninguna de estas obras y otras muchas de caridad que realizó Mohámmad fueron bastante poderosas para acallar la ambición ni la envidia, ni para contentar al populacho, que tildaba de indolente y apocado al Príncipe, viéndole tan distinto de lo que de él esperaba al inaugurar su reinado con la conquista de Al-Mantdar en territorio de Castiila.

Respondiendo al general disgusto, y fiando en la indolencia del Sultán, mientras se ponía secretamente bajo la protección del señor de Denia y Sultán de *Ats-Tsaguer-al-âli* (1), enarbolaba el primero la bandera de la rebelión el gualí de Almería, Soleymán-ben-Rabié tomando título de Sultán é invocando el nombre del barcelonés Ben-Cháymis (2); pero á pesar del aparente abandono en que Mohámmad vivía, no dejó de herirle vivamente la inesperada y desleal conducta de Soleymán, disponiéndose velozmente á castigarla.

XVIII

Hallábase el granadino en *Cassr-ul-mashyr*, cuando la nueva de la rebelión de Soleymán llegaba á noticia del guazir Mohámmad

(1) La frontera alta: Aragón. Todavía, en tiempo de Cervantes, se llamaban en África *tagarinos* ó *tsagarinos* los moros originarios de Aragón. (V. la historia del cautivo de Argel en el *Quijote*.)

(2) Don Jáime II.

Al-Lahmí, cuya fama y reputación de prudente le tenían en grande estima en el ánimo del Príncipe.

Con el deseo de atajar el incendio que parecía próximo á propagarse por todo el reino, y conociendo el lugar donde el Sultán se hallaba—por más que éste jamás le hubiera invitado á visitarle—seguido de algunos oficiales de la guardia y del kátib Isahack, tomaba apresuradamente el camino de Píñar, y dejando instalada la escolta en el castillo, guiado por el favorito de Mohámmad, penetró, no sin admiración y asombro, en las fantásticas estancias de aquel palacio, cuya existencia nadie habría sospechado en tal paraje.

Cuando estuvo en presencia del Amir, prosternóse en tierra reverente y demandó permiso para hablar.

—Grande debe de ser, ¡por Alláh, oh Mohámmad!—dijo el enamorado de Seti-Mariem—la importancia de lo que tienes que decirme, cuando te atreves á turbar la alegría de este alcázar encantado.

—¡Oh señor y dueño mío!—replicó el guazir alzándose—grandes y tristes son, en efecto, ¡asi Alláh me salve! las noticias que me obligan á venir en tal ocasión á tu presencia. Pero no son ya murmuraciones, no son ya amenazas ni temores eventuales de trastornos: el número de los réprobos ha aumentado, y los malos genios han dado cuerpo y animación á la envidia de tus enemigos que, juzgando dormido al león, le desafían, creyéndose seguros ya del triunfo.

—Explica, ¡por Alláh! tus palabras—repuso el Sultán—que me tienes impaciente.

—Señor, el gualí de la cora de Bachana, tu protegido Soleymán, que tanto amor y amistad te fingía, por las sugestiones de Xaythán, se ha rebelado contra tí, declarándose independiente y tomando el título de Sultán, favorecido por los nassaríes de *Ats-Tsaguer-al-âli*.

—¿Será posible?—exclamó Abdil-Láh, lleno de sorpresa y de asombro.—¡Nó! ¡No puede ser, Al-Lahmí! ¡Tú estás equivocado! Soleymán, mi amigo de la niñez, el compañero de mi infancia, ¿rebelarse contra su señor y dueño? ¡Imposible!

—*Gua-Alláh* que así fuese ¡oh excelso Amir de los muslimes!

—¡Castigaré severamente su falsía! ¡Sí! ¡Daré en él ejemplo de mi justicia y de mi cólera! ¡Imbéciles! ¿Han creído, por ventura, que se ha extinguido en mi pecho la energía de los de mi linaje? ¿No les basta haber visto humillado á mis pies, por mi propio poderío, al gualí de Guadix Abú-l-Hachách-ebn-Nassr, que vale mil veces más

que todos ellos juntos? ¡No ha enervado el tiempo la fortaleza de mi espíritu, ni me falta aliento para sembrar entre mis enemigos la desolación y el espanto! ¡Abú-l-Asuad!—exclamó, gritando, ya colérico—¡mi lanza y mi caballo! ¡Yo probaré á esos descreídos, á esos malos musulmanes, que el león no duerme! Que el león vigila, y no deja que nadie le sorprenda!

—Señor—añadió Mohámmad Al-Lahmí—previendo tus deseos, he hecho avisar á los principales caudillos de tu ejército, y á estas horas tendrás en Granada reunidas fuerzas bastantes para aniquilar al rebelde.

—¡Has hecho bien, por tu cabeza!—rugió el Sultán; y ordenando á su guazir que le aguardase en aquel aposento, desapareció tras de una puerta.

Después de recorrer algunas estancias, penetró por fin el descendiente de los Al-Ahmares en el *Beit-as-senán*, donde se hallaba Seti-Mariem, y se arrojó en sus brazos, colmándola de ardientes caricias.

—¿Qué tienes, mi señor, que veo tu semblante contraído y siento sobre el mío latir tu corazón apresurado?—preguntóle la hermosa con cariñoso acento, mientras hundía sus afilados y suaves dedos en la abundante y rizosa cabellera del Príncipe.

—¡Tengo, alma mía—repuso éste—que la deslealtad de mis vasallos me arrebata el único bien que poseo, que es tu amor! ¡Tengo que su infamia me roba los momentos de celestial deleite que aquí, en tus brazos y aspirando tu aliento, disfruto enamorado y loco! ¡Tengo que en breve he de separarme de tí, y sólo Alláh sabe si para siempre!

—¿Qué dices, Mohámmad?—interrumpió la cautiva—¿Por ventura hay algo que amenace tu existencia, para mí tan preciosa?—añadió Seti-Mariem interesada.

—¡Acaso, mi bien, sea esta la vez última que nos veamos!—añadió Mohámmad, incorporándose y desprendiéndose de los brazos de la desacordada cristiana.—¡La guerra me llama; pero no la guerra contra los enemigos de mi religión y de mi patria; no la guerra contra los nassaríes; ¡la guerra contra la ambición de mis vasallos! ¡La guerra contra los que pretenden arrebatarme el trono de Granada!

Alzóse también Mariem del diván en que se hallaba, é irguiendo su torneado cuerpo, al que prestaba singular encanto el traje deslumbrante que vestía, fijó los ojos un momento en el Sultán, y echándole los brazos al cuello y besándole en los labios, contestó:

—¡Así te quiero yo, Mohámmad! ¡Así te veo en mis sueños! ¡Noble, valiente y aguerrido! ¡Como el águila altanera que desafía animosa el huracán y la tormenta! ¡Como el león del desierto que no cuenta sus enemigos para lanzarse al combate!... ¡Vé, ve y triunfa de los que desleales te amenazan y te retan! ¡Vé, y que tu espada vencedora aniquile justiciera hasta el último de ellos!

Hermosa estaba, con verdad, Mariem al pronunciar tales palabras, que como eco dulcísimo de las armonías del Paraíso resonaban en el fondo del corazón del Amir, estimulándole á la lucha.

Nada quedaba en ella, sino aquel arranque nobilísimo, de la antigua matrona castellana; parecía, en su desvanecedora perfección y su arrogante belleza, la perla delicada y esplendente dentro de su concha, en aquellos aposentos maravillosos que el amor había creado para ella, y con aquel traje provocativo y esplendente, que hacía resaltar todas sus gracias.

La virtud y la potencia de los hechizos empleados con ella por el Sultán, le habían dado nuevo ser, plegando su conciencia y su voluntad adormecida para siempre á la voluntad y al deseo de Mohámmad.

Por eso, reflejándose en su alma como en un espejo la ardorosa pasión que poseía el alma del Príncipe, respondía con caricias á sus caricias y con locura á sus locuras.

No era, en realidad, la antigua castellana de Al-Mantdar; la esposa fiel y casta del desventurado Sancho Sánchez de Bedmar, la que se producía de tal modo; aquella mujer había muerto, y en su lugar quedaba otra, creada para el deleite por el deleite de su apasionado verdugo.

Enarnecido por el arranque de Seti-Mariem, Mohámmad pagó con usura la nobleza de aquellas palabras, y fundiendo su alma, al calor de un beso, en los labios de la cautiva, salió del *Beit-as-senán* lleno de entusiasmo.

Esperábale en el zaguán de *Cassr-ul-mashur* el guazir Mohámmad Al-Lamí, y, fuera ya del foso, Abú-l-Asuad tenía de las riendas un fogoso potro ricamente enjaezado, sobre el cual montó Abdil-Láh, siguiéndole á pie, por el arrecife que conducía á través de las breñas al castillo, Al-Lahmí é Isahack-ben-Chábir, ambos en silencio.

Cuando el Sultán apareció en la meseta superior de la colina y hubo penetrado en la plaza de armas del castillo, pudo observar que,

jinetes sobre sus cabalgaduras, aguardaban en aquel sitio sin duda su presencia los adalides y mocademes que habían acompañado al guazir hasta aquel paraje.

Luégo que Al-Lahmí y el kátib se hubieron incorporado al Sultán y posesionado de sus caballos, aquella fuerza, silenciosa, descendiendo de tales alturas, tomó el camino de Granada al galope de los rápidos corceles.

Con la celeridad del rayo, aunque el mensaje recibido por el guazir era secreto, habíase difundido por la hermosa ciudad del Genil y del Darro la nueva de la formidable rebelión del gualí de Almería, y multitud de grupos sospechosos invadían las calles y los zocos, comentando el suceso y augurando fúnebremente para Mohámmad, á quien estimaban incapaz de sofocar el incendio tanto tiempo latente y ya declarado y amenazante.

Los descontentos murmuraban sin rebozo, y en la población se dibujaban, entre los indiferentes, dos partidos que opinaban de muy distinto modo, ya creyendo los más que no osaría el Amir de los muslimes (¡Alláh le haya perdonado!) salir al campo á defender su derecho, ya afirmando calurosamente los otros que Mohámmad, luégo que tuviese noticia del suceso, volaría á destruir al gualí desleal, haciéndole pagar con la cabeza su infame alevosía.

La presencia del Príncipe, escoltado por el primer guazir y los adalides y mocademes más conocidos por su valor del pueblo, puso término á tales controversias, y Mohámmad penetró en la capital de sus Estados en medio del más imponente y lúgubre silencio, que no dejó de afectar grandemente su espíritu.

A la mañana del siguiente día, congregados los *tahâs* de la gente de Elbira y reunido el ejército en las afueras de *Bib-Guadi-Ax*, salía el Sultán con bélico aparato de su alcázar de la Alhambra, y pasando por medio de la ciudad, pudo advertir, no sin dolorosa impresión, que ya no, como antes, los muslimes de Granada se agrupaban para verle, saludarle y bendecirle en nombre de Alláh, sino que parecía que huían ahora sus miradas.

Impresionado por aquella indiferencia que juzgaba no haber merecido, sintió Mohámmad oprimido el corazón; y aunque los augurios con que la suerte se había á él significado al traspasar *Bib-al-Godor* eran favorables, no por ello dejó de sentir vivo dolor, llegando preocupado y triste á las afueras de la ciudad, donde le esperaba otro desengaño.

Nadie había en los adarves ni en los muros; nadie tampoco se asomaba por las abiertas hojas de *Bib-Guadi-Ax*; sólo tres ó cuatro desocupados, tendidos al sol y pasando con fervorosa unción las cuentas de su rosario, se mostraban al lado de los cubos de las murallas que circundaban la gentil Granada y dieron margen por ello á que hiperbólicamente la llamasen los poetas *la ciudad de las mil torres*.

Recordaba, no sin profunda pena, cuán distinto era el espectáculo que había ofrecido á sus ojos aquella ciudad, la capital del Islam vencido en Al-Andálus, cuando en los comienzos de su reinado, y guiado sólo por el deseo, había acometido la victoriosa empresa de Al-Mantdar, bien pequeña é insignificante, ciertamente, al lado de aquellas otras recabadas sobre los nassaríes por su augusto progenitor Mohámmad II Ebn-Al-Gálib-bil-Láh.

Desechando, no obstante, la preocupación de su espíritu, y menospreciando animoso aquella muestra de la irreverente indiferencia de que alardeaban contra él los granadinos, púsose al frente Mohámmad de sus tropas, y tomó en silencio, sin pronunciar alocución alguna y sólo comunicando á los caudillos las órdenes precisas, el camino de Guadix, que, á través de *Albuxarrat* (1), debía conducirle al territorio de Bachana, donde ansiaba llegar á las manos con su antiguo amigo Soleymán, á quien su magnificencia había hecho gualí de aquella cora.

Formada en vistosos haces siguió la tropa al Sultán también en silencio, y de este modo se hizo hasta Guadix la jornada, incorporándosele en este sitio las gentes de aquella *tahâ* al mando del gualí Abú-l-Hacháh-ebn-Nassr, al fin sometido á su pariente.

Por su parte, Soleymán, ayudado por Cháymis Al-Barxeluní, había traspuesto los límites del territorio de su mando y enviado gran número de embarcaciones para posesionarse de *Chezirat-ul-Hadhrá*, no con otro propósito que con el de tener por tal manera sujeto al granadino, amenazándole de un lado con el poderío de Cháymis y por el otro con el de Ferrando-ebn-Xanchol de Castilla, con quien también se puso de concierto.

Para fortuna de Mohámmad, la ciudad de Almería se mantenía fiel á su soberano el Sultán de Granada, á quien abría regocijada sus

(1) La Alpujarra.

puertas; pero Soleymán no se encontraba en parte alguna de la cora, por lo cual, dejando el granadino el cargo y conducta del ejército á su guazir Al-Lahmí, tomaba la vuelta de Málaga, y reclutando allí las tropas del gualí Abú-Said Farách, encaminábase por Ronda á auxiliar á *Chezirat-ul-Hadhrá*, puesta en grave aprieto por el rebelde.

Entre tanto, los nassaríes (¡Alláh los maldiga!) habíanse presentado frente á la ciudad de Almería con el intento de rendirla, cual en tiempos anteriores, aunque momentáneamente, lo había conseguido el Sultán de Castilla Adhefonso VII; y mientras las lluvias y los recios temporales impedían á Mohámmad III realizar sus designios, Soleymán, pasando á Ifrikia, asediaba por mar y tierra con sus gentes á Medina-Sebta, amenazando su conquista.

Como si todo esto no fuera bastante, conocida que fué en Castilla la apurada situación del Sultán de Granada, formóse allí formidable ejército de muchedumbre de gentes, con el cual se apoderaron los nassaríes de la ciudad de *Chebel-Thériq*, que se rindió á convenio, é intentaban hacer lo propio con *Chezirat-ul-Hadhrá*, ya retirados de tales sitios los leones del Islam, desesperados de reducir al maldito Soleymán, á quien Alláh haya dado aposento en las abrasadas honduras del *chahanem!*

Tan apurada era, con verdad, la situación del antiguo debelador de Al-Mantdar, que habría sin duda decaído su ánimo, combatido de tan distintas suertes, sin el eficaz auxilio y la palabra cariñosa y persuasiva de Seti-Mariem, en cuyo seno derramaban sus ojos abundantes lágrimas de desesperación y de cólera.

A sus miradas se ofrecía, no sólo quebrantada, sino destruída la unidad del Imperio de los Al-Ahmares, y proscrito, proscrito y rechazado de Al-Andálus en sus días el Islam, que otro tiempo dominaba en él por completo! Veía amagada de perderse, con su rico territorio, á la alegre Almería, en manos ya del Sultán de *Ast-Tsaguer-al-âlí;* á Chebel-Thériq en poder del Sultán de Castilla y á *Chezirat-ul-Hadhrá* rendida al esfuerzo de los nassaríes; Medina-Sebta, sometida á Soleymán, y como término y remate de todo, el descontento, el odio y la rebelión cerniéndose sobre su cabeza en la misma Granada!

A fin de conjurar la tormenta y hacer en algún modo frente á tantos enemigos, Mohámmad no halló otro recurso que el de acudir al Sultán de Castilla, señor de Granada, y en cuyo nombre él gober-

naba á los muslimes (1), y solicitar la paz, de que se hallaba tan necesitado, lo cual conseguía al postre mediante la entrega de las fortalezas de Quadros, Chanquin, Quesada y Al-Mantdar y cien mil doblas de oro!

¡Triste situación, á que los crímenes de los musulmanes de Al-Andálus habían reducido al Islam, ya decadente y postrado entre los rumíes orgullosos y vencedores!

Rodrigo A. de los Ríos.

(Concluirá)

(1) No se olvide el vasallaje en que se hallaba el reino de Granada, desde la conquista de Jaén por San Fernando en los días de *Al-Gálib-bil-Láh*, respecto del reino de Castilla.

HÉRCULES VENCIDO

CUENTO MITOLÓGICO

En aquellos famosos tiempos en que los dioses y los héroes helénicos habitaban y gobernaban el mundo, Cupido debía andar suelto, ejerciendo cerca de los inmortales análogo oficio al que en los tiempos presentes ocupa al tentador Satanás con respecto de nosotros, míseros mortales; si es verdad que los pecados de nuestra frágil naturaleza son actos inconscientes de la voluntad, y su causa no es otra que las sugestiones maléficas y viles asechanzas del demonio. Porque en la mitología, son cosas llanas, y hasta meritorias, ciertos crímenes, horrores y líos de familia, actos que hoy no pasan sin que al héroe de la tragedia le destaque la autoridad una parejita de la Guardia civil y los tribunales lo condenen al deshonroso patíbulo. Entonces, ó se entendían de otro modo los derechos individuales, ó las gentes eran menos escrupulosas.

Bien que Júpiter, si no daba borlas de doctor en jurisprudencia, prestaba decidido apoyo á héroes esforzados, los cuales, poseídos de nobles deseos y caritativos sentimientos por la humanidad, purgaban el mundo de las plagas y catástrofes que la afligían.

Entre estos varones justicieros y piadosos, el que más se distinguió y aun hoy señalamos como prototipo de los semidioses, fué Hércules. Este ilustre tebano, hijo de Júpiter y Alcmena, vino á la tierra como predestinado para llevar á cabo las más estupendas y arriesgadas hazañas vistas hasta entonces. Él, y solo él, fué sufi-

ciente para dar muerte á la viperina hidra de nueve cabezas que habitaba en los mares de Lerna, y apareciendo de improviso en las riberas del golfo de Argos, devoraba inocentes corderillos y destruía las doradas mieses; él, quien después de tremenda lucha venció al jabalí de Erymantea, que asolaba la Arcadia, y al ciervo con cuernos de oro, del monte Cerynea, teniéndole que perseguir durante un año hasta los Hiperbóreos, y al toro lascivo que perseguía á las doncellas de Creta; él, quien supo, sin herirle, encadenar al terrible Cerbero; él, en fin, quien acertó á conquistar con su fuerza y valor temerario, la dorada piel del león de Nemea, la cual fué su más preciado trofeo y su única prenda de vestir, pues el traje que correspondía á los héroes helénicos era ni más ni menos que las pristinas vestimentas con que natura agració á nuestro padre Adan.

Mas como ya hemos dicho que el mefistofélico Cupido no dejaba vivir en paz á los inmortales, es el caso que debió poner empeño formal en alborotar el corazón de aquel guapo mozo, que no se alteraba en presencia de los mónstruos más feroces y tremebundos.

Hércules se enamoró.

Fué señora de sus pensamientos una princesa de Ecalia, llamada Yola, hija del Rey Eurytos. No hay que encarecer su hermosura, ni la pasión del héroe, circunspecta y honrada cual pocas se acostumbraban entonces. Pero el mismo Cupido, ó la fatalidad, hubieron de trocar el idilio no comenzado en drama sangriento. El Rey Eurytos se envanecía de buen tirador de flechas, y debió ser su vanidad misma la que le indujo á provocar lo que hoy llamaríamos un concurso de arqueros, en el cual, quien venciese su habilidad, y la de su hijo Toxeus, en el juego del arco, obtendría como premio la preciada mano de Yola. Es de suponer que ningún arquero se presentó más formalmente empeñado en vencer que el enamorado Hércules. Y con efecto, las flechas del héroe aventajaron á las de todos los tiradores, mas el vanidoso Eurytos le negó la mano de Yola.

Golpe terrible fué aquel para Hércules. Sin embargo, prefirió ser prudente á usar de violencias, que en cierto modo hubiesen estado justificadas, y quiso mejor ser cruel consigo mismo que con el ladino Rey. Fuese á lejanas tierras, procurando distraer la mortal melancolía que llevaba en el corazón con los riesgos y lances de sus acostumbradas é incesantes aventuras. Hizo de modo la fatalidad que un día se le pusiera á Hércules en su camino el Príncipe Ifitos, otro hijo del Rey de Ecalia. Hércules cegó en presencia del joven, pues el

dormido rencor alzóse de súbito en su corazón pidiendo sin piedad venganza cruenta y horrorosa; la sangre le hirvió furibunda en las venas, y arrojándose sobre Ifitos, dióle muerte con saña feroz.

Pero ¡ay! era Hércules demasiado noble y honrado para que, pasado el vértigo vengativo, no sintiera vergonzoso remordimiento, y al ver sus manos teñidas de sangre inocente no deseara purificarse. Al efecto, lleno de sincero arrepentimiento, marchó á consultar al oráculo délfico, ó sea á confesar con la Pitonisa. Ofreciósele ésta sentada en áureo trípode, solemne y severa por su belleza sobrehumana y por la majestad que su famosa elocuencia le prestaba. La Pitonisa le impuso la penitencia de ponerse en servidumbre y con su salario indemnizar al padre de Ifitos.

El dios Mercurio recibió encargo de vender al esclavo Hércules. No tardó en presentarse comprador. Fué éste un enviado de cierta Reina asiática: la Reina de Lydia, Onfalia. Hízose el trato, y Hércules fué conducido á la corte de su dueña.

Aunque muchas ponderaciones le hizo por el camino el servidor de Onfalia, acerca de la suntuosidad del palacio en que había de tener su vivienda y del boato y esplendor de aquella corte, pálidas se quedaron ante la presencia de realidades tan magníficas y deslumbradoras. Había en aquel palacio numerosos patios rodeados de elegantes columnatas jónicas ó dóricas, y, por tanto, de galerías, cuyos muros de fondo, así como las columnas y los entablamentos, todo estaba ornamentado con preciosas policromias. En los salones y aposentos abundaban estatuas marmóreas de belleza depurada y grandiosa, vasos pintados, tapices babilónicos de gran riqueza, cortinajes helénicos de sencilla ornamentación cerrando algunos intercolumnios; y por lo que hace á los muebles, había ebúrneos lechos para el cómodo descanso diurno, sillas de maderas preciadas con incrustaciones primorosas, y mesitas de pórfido ó serpentina, cuyos pies de bronce eran graciosas estatuitas. Las pinturas de las paredes, representando pasajes legendarios, eran composiciones de mucho mérito y extremada corrección, destacándose las figuras, por lo general, sobre fondos rojos, alguna vez negros y por excepción sobre perspectivas que pasmaban y engañaban á los sentidos. Las puertas exteriores, que eran numerosas, y algunas interiores, estaban guardadas por robustos soldados armados con coraza dorada, por bajo de la cual descendía, graciosamente plegada, la túnica corta franjeada por bajo con meandros azules y rojos; ócreas defendiendo las

piernas de la rodilla al pie; severo casco beocio, dorado y reluciente como lo demás del arnés, echado atrás por tener levantada la inarticulada visera, y con crines rojas coronando la cimera; lanza en la diestra y al lado opuesto escudo oblongo de timbre sonoroso cuando sobre las marmóreas losas del pavimento le descansaban. Dejábanse oir, casi constantemente y en sitios diversos, dulcísimas armonías de flautas é instrumentos de cuerda, tañidas aquéllas y pulsados éstos por mujeres especialmente dedicadas á ello. Y con tales acordes se mezclaban los rumores de la música, no menor grata, si menos artificiosa, de las fuentecillas que había en los patios, entre olorosas flores y arbustos lozanos que prestaban amenidad y frescura al palacio. A todo momento se encontraban servidores del mismo, ora hermosas doncellas vestidas con túnicas elegantes, ora esclavos, griegos los menos y etíopes, egipcios y asirios los más, con extrañas vestimentas y profusión de collares, ajorcas y otros adornos de gusto y de valor.

Pero á todo esto, con ser suntuoso y excelente, sobrepujaba la persona de la Reina tal como se ofreció á los ojos de Hércules, dejándole embobado, y eso que el mozo no venía de arar ni era la vez primera que pisaba estrados reales, aunque fueran femeninos y coquetones. En áureo trono, elevado sobre tres gradas cubiertas con alfombras egipcias y con pieles de tigres, descansaba muellemente Onfalia, cuyo cuerpo acusábase mórbido y airoso á través de la túnica, aunque ésta no era trasparente, sino *chitón* fino de rica lana, color azul muy pálido, moteado de estrellas doradas, y por bajo con cenefa de elevados picos de color rojo oscuro. Encima del *chitón*, descendía hasta poco más bajo de la cintura la especie de dalmática llamada *diploidion*, artísticamente plegada y de igual color y compañeros ornatos que la túnica. El busto de la Reina era severo de líneas, de modelado estatuario, seductor por sus encantos peregrinos; porque si eran los ojos, negros y rasgados, escondían tras de los dormidos párpados un fuego misterioso que abrasaba y atraía al mismo tiempo con imán irresistible; si los labios, bermejos, húmedos y brillantes, sonreían sin desplegarse con indefinible voluptuosidad; si el cútis, era tan nítido, tan suave y de blancura tan extraordinaria, que pudiera creerse circulaba por sus venas leche y sangre mezcladas; si era la nariz, su línea se unía recta con el perfil de la frente y el despejo y limpidez de ésta, las bien arqueadas cejas, las tersas y delicadas mejillas, apenas arreboladas, el puro óvalo del

rostro, tan bien concluído por la suave barba agraciada con imperceptible hendidura y como difumado su contorno por la tibia penumbra que la unía con la garganta, y la esbeltez soberana del torneado cuello, todo, todo producía singular admiración y poderoso hechizo.

Mas no se crea que Hércules repasó y aquilató, aun así ponderándolos, los encantos de Onfalia, pues sus ojos ansiaron doble penetración y otra luz más intensa para mejor admirar hasta saciarse, si saciedad cabía en tan infinito placer; su mente no tuvo energía más que para derrocar de su memoria las mujeres hermosas hasta entonces admiradas, y elevar como única y excepcional aquella que ante sí tenía; y su corazón... ¡ah! su corazón hubo de experimentar dulcísimo desmayo, languidez momentánea de todas sus energías... y algo como dolor agudo que le dejó anheloso y aceleró sus latidos.

Y para que los flemáticos hombres de ahora no se llamen á engaño, debemos decir en este punto que, cuando Hércules así se pasmaba ante Onfalia, hubo de advertir que ésta distraía los ojos brevemente, mirando algo que estaba á las espaldas del héroe; pero éste, ni volvió la cara para mirarlo, y advirtió también que luégo sonreía la Reina. Lo que vió ésta, no fué sino al propio Cupido, el cual, por lo visto, había venido en seguimiento de Hércules, y asomándose por entre las cortinas de un intercolumnio, disparaba certero dardo á la espalda del nuevo esclavo. Cupido y Onfalia sólo se miraron un instante, pero se sonrieron y se comprendieron.

Hemos dicho que Hércules no reparó con serenidad en las descritas bellezas de la Reina de Lydia, de manera que sólo en conjunto la vió y sólo confusamente se enteró de que rodeaban á la gran señora doncellas, niños risueños y esclavos que á usanza oriental mecían cadenciosamente grandes abanicos de plumas, formando con la Reina bellísimo grupo.

Pocas palabras cambió Hércules con su dueña. Embargábale emoción demasiado violenta para ser dueño de hablar, y por otra parte, su misma turbación le ponía en penosa vergüenza, pues parecíale reprochable, por lo impropio en él, que la presencia de una mujer, por hermosa que ésta fuera, le subyugara y postrase, ¡á él vencedor de mónstruos espantables y arrostrador arrojado de los más estupendos peligros! En cuanto á ella, tranquila y afectuosa, dirigió al héroe lisonjeras palabras encomiando sus hazañas, ya famosas y celebradas.

Hércules pensaba que aquella buena señora le iba á emplear,

como Eurysteo otros tiempos, en perseguir y domeñar los brutos, mónstruos y quimeras que infestaran aquel país. Nada de esto; Onfalia le dijo, con frases mesuradas, que tiempo era de descanso para quien tantos riesgos y penas había sufrido por la humanidad, y así, pues, ella, piadosa y magnánima con todos los varones justos y grandes, quería tenerlo cerca y mandarle como al más fiel de sus servidores y menos esclavo de sus esclavos. Pasmado se quedó Hércules con semejante discurso, y allá dentro de sí, bien saben Júpiter y Cupido que se alegró del mandato y le creyó sapientísimo.

Todos los días la Reina le hacía permanecer ante ella largas horas, y aun más, le convidaba á referirla puntual y detalladamente sus victorias y empresas, las cuales escuchaba con sonrisa de complacencia, y ciertas veces muestras de asombro; y como en alguna circunstancia levantara más los párpados y clavara sus ojos pasmados en el rostro del narrador, éste hubo de desconcertarse. A menudo, Hércules padecía mutismos insoportables, y sólo contestaba con monosílabos á las frecuentes y dulces preguntas de la Reina, y si se le hacía contar sus proezas, hacíalo penosamente, de modo que era menester mandarle callar. Eso sí, Onfalia no usaba con él ninguna clase de dominio, ni menos tiranía. Amable, lisonjera, afectuosa cual pudiera serlo una buena amiga, no una Reina.

Un día estaba la hermosa en el misterio de su tocador, mirándose el rostro en un espejillo de pulimentado bronce con mango de plata finamente cincelado; púsose triste, y sumida en reflexiones amargas dejó caer el espejo sobre su regazo, pues estaba sentada, y quedó inmóvil y muda. De pronto, extremecióse sobresaltada al sentir el choque chancero con que la sorprendía una persona. Esta no era otra que Cupido, el cual, riéndose á carcajadas, le ponía las manos sobre las rodillas y la miraba con travesura. Preguntóla el dios niño qué tenía, cuyo era el motivo de su tristeza. Respondióle Onfalia que le apenaba de aquel modo verse envejecer. A lo cual la contestó Cupido, que pues hasta entonces había hallado mágicos mejunges en los tarritos corintios de su tocador para prestar morbidez á sus carnes, tersura á su cútis, melancolía á sus párpados y blancura incomparable á su rostro, ahora también los hallaría, y aun nuevas máculas conque adobarse y componerse, segura de que tales artificios habían de ser poderosos elementos para fraguar el sortilegio que ella y él estaban urdiendo.—Conviene decir, sin que esto valga en descrédito de nuestra heroina, que era ésta una viudita bien conservada ó bien

restaurada; mas con todo, no queremos dar á entender que todos sus encantos eran fingidos y su belleza falsa y de relumbrón; antes al contrario, conviene declarar que Onfalia, por haber tenido los más lozanos y hermosos veinte años que viera la Grecia, era aún digna de ser admirada y enamorada; pero nada es tan ambicioso como lo que ya es rico de suyo.—Largamente conversaron ella y Cupido, acabando por disponer la traza que debían seguir.

Y sucedió que Onfalia ofrecióse á Hércules como olvidada de él, tranquila y risueña, como quien nada apetece para ver colmada su felicidad; no le miraba, ni le incitaba ya á hablar en su presencia. Hércules la contemplaba ratos larguísimos á su sabor; repasaba los encantos visibles de su señora, tomando lo falso por de buena ley. Así inactivo, Hércules hízose caviloso; letal melancolía le embargó el corazón, y éxtasis embriagador los sentidos; fuese convenciendo de que amaba á Onfalia, pero con pasión nunca sentida, pasión arrebatada, impetuosa, vivísima; pasión locamente arrebatada, ferozmente impetuosa y ardorosamente viva, cuanto mejor vislumbraba, á través de las nebulosidades en que su misma pasión envolvía á su pensamiento, que Onfalia, reina de Lydia, no había de ponerle buena cara jamás, y que no le quedaba más recurso que morir de desesperación. Al contemplarse, el mísero, cual maniatado por lo que tanto arraigo había tomado en su corazón, parecióle esteril su vida pasada, sus empresas vanos alardes de fuerza brutal y sus glorias harto efímeras para ufanarse de ellas. ¿Cuánto más noble, más levantado y provechoso, más admirable y magnífico no era enamorar á Onfalia hasta conseguir su amor? Pero, ¡ay! justamente esto es lo que no podía conseguir, ni para intentarlo le valdrían la seguridad y arrojo de que se jactaba. Estaba acostumbrado á luchar con feroces instintos, no con los dulces sentimientos del corazón femenil.

Así andando los días, una tarde reclinóse Onfalia en un lecho, entre las flores y boscajes lozanos y perfumados de un patio y bajo un toldo grana que el templado airecillo estival curbaba y mecía suavemente. Blancas mariposillas revolaban entre las flores, cruzando á menudo por encima de la yacente Reina. La atmósfera, saturada de perfumes vegetales, adormecía embriagando. Onfalia habíase vestido egipcia túnica de trasparente lino, y tenía los cabellos artísticamente recogidos con cintas bordadas; ella misma, pues estaba sola, se abanicaba pausadamente. Hércules llegó, y al verla desde la columnata, no pudo menos de contemplarla con amorosa veneración.

Por vez primera el trasparente vestido le dejaba gustar de la gallarda figura de su amada; parecía un marmol de Paros, esculpido por Dédalo y animado de vida juvenil por Prometeo. Estaba pensativa. No quiso acercarse, temeroso de ser importuno. Mas como Cupido estaba al paño, Onfalia advirtió la presencia del enamorado y le ordenó que se acercara. Hércules obedeció. Invitóle luégo á que se sentase al pie del lecho, y lo hizo; ella incorporóse sobre los cojines en que estaba recostada.

—¿Estás triste, Hércules?—le dijo.

Él no contestó.

—Sin duda—continuó ella—te es enojosa la esclavitud. Acostumbrado á la vida aventurera, te aburres en este descanso forzoso.

—No, Reina—dijo Hércules.—¿Tu esclavitud?... dále otro nombre; llámala felicidad, si quieres.

—¿Por qué estás triste entonces?... ¡Ah!, ya caigo; estás enamorado.

Hércules miró á Onfalia como un estúpido.

—Amas á Yola, la hija de Eurytos—prosiguió ella.

—No—dijo él con súbita energía—te lo juro por Júpiter, mi padre.

Entonces, ya sé la causa de tu tristeza. ¡Pobre Hércules!—prosiguió la ilustre viuda, posando su mano derecha sobre la cabeza del héroe y acariciándole los cabellos.—Te es insoportable y bochornoso el castigo que te impuso el oráculo délfico, y tienes aún remordimientos de la demasía á que te condujo el despecho!

—¡Nó, y mil veces nó!—gritó Hércules.—¡Te juro que si cien hijos tuviera Eurytos, y por castigo de sus muertes hubiera de venir á ser tu esclavo, cien muertes diera á cada uno y cien mil veces arrostrara el furor de la Pitonisa!

—¡Bah!, ¡qué galante eres!—murmuró la Reina, sonriéndose con algo como ironía y separando su mano de encima de la cabeza del héroe.

Éste la miró confuso, ruborizándose de lo que acababa de decir. Pero nada contestó, ni ella dijo palabra alguna.

Tornó á recostarse la Reina, apoyando la cabeza casi al borde del lecho. Su rostro quedó muy cercano al de Hércules. Éste la miró, y Onfalia, sonriéndole con dulzura, entornó los párpados suavemente y pareció quedarse dormida. Cupido, que no andaba lejos ni desocupado, hubo de poner á Hércules en éxtasis de amor, porque se le-

vantó, y después de contemplar silencioso y por largo rato á Onfalia, acercó casta y sigilosamente su rostro al de la viuda y le dió en la mejilla dos besos callados. Él lo hizo pensando que el sueño le encubría; mas Onfalia abrió los ojos y también los labios con una carcajada que dejó al enamorado sin saber lo que le sucedía. Luégo dijo ella:

—¿Se atreve á decir un beso lo que no las palabras?

Y al tiempo de decirle esto, le sonrió con todo el rostro de un modo inefable, que delataba el amor de su alma. Hércules respondió con una mirada también elocuente y apasionada. Onfalia, ruborosa y tímida como una muchacha, incorporóse de nuevo, bajando los párpados. Cupido, entre tanto, reventaba de orgullo.

Y cuenta la fábula que desde aquel día, Hércules, doblemente esclavo de la viudita, le tenía madejas, cuando no el huso de hilar ó el copo de algodón, en tanto que el burlón de Cupido se paseaba fanfarronamente por el palacio, parodiando al héroe. Llevaba puesta y arrastrando la piel del león nemeo, arrojaba flechas con aquel arco invencible é intentaba levantar del suelo la tremebunda maza que Hércules manejara como un palillo de dientes.

Hubo más: por entonces llegó de paso y fué hospedado por la Reina de Lydia el dios Baco, quien montado en un camello y con grande cortejo de ménades, fáunos, sátiros y silenos, venía de la India, donde había hecho propaganda de sus doctrinas. Metidos en bulla la Reina y su amante por el dios y su séquito, celebraron espléndidas saturnales, en las cuales se desbordaron ánforas, *kelebes* y *crateras*, y los odres vaciaron su delicioso contenido. Todos los bebedores coronados de pámpanos, y Hércules, ¡quién lo dijera!, vestido por aquellos insensatos con túnica femenil, todos juntos bailaron hasta caer sin fuerzas, y bebieron y soñaron hasta verse rendidos por el letargo.

Así supo el rapazuelo Cupido vencer al que no fué vencido por ningún hombre entre los más barbados, ni por ningún mónstruo entre los más temibles.

José Ramón Mélida.

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

8 de Diciembre de 1884.

La nación española atraviesa, en estos momentos, por circunstancias políticas de un carácter verdaderamente extraordinario en su accidentada historia.

Disfruta el país, exteriormente al menos, de una calma material envidiable, y el partido político que más se agita y da públicas señales de existencia, apenas si pronuncia una palabra de censura contra la política en boga; no parece sino que vivimos en el mejor de los mundos posibles, y, sin embargo, no existe un resorte de gobierno que no esté más ó menos tirante, una válvula de la opinión independiente que no manifieste de algún modo su actitud hostil al Ministerio.

El período histórico que recuerda el presente momento social, aunque no con idénticos caracteres, es el de aquella dominación de D. Juan Bravo Murillo, en que, desempeñando la cartera de Gobernación D. Manuel Bertrán de Lis, el partido progresista era blanco de todas las iras del poder, y gozaban de inusitada tolerancia las nacientes filas de la democracia, capitaneadas por el insigne repúblico D. Nicolás María Rivero, que celebraba sus grandes *meetings* y reuniones electorales en el teatro del Circo, á la sazón existente en la plaza del Rey.

Los odios del partido moderado de la reforma constitucional, de la tendencia neocátolica, del pomposo ofrecimiento de las economías,

iban encaminados, en primer término, contra los progresistas, divididos de los demócratas más que por doctrinas por los antagonismos vivos entre sus miembros importantes, que cuidaban de fomentar y que miraban con ojos simpáticos los encargados del poder supremo del Estado y sus entusiastas secuaces.

No tememos, no, que los partidos políticos puedan tomar, más pronto ó más tarde, análogos derroteros á los seguidos en aquella también, exteriormente, tranquila época. Si tristísimas experiencias no los detuvieran con la memoria de pasadas enseñanzas, bastaría su fe en las instituciones, su amor, en nada mermado, á la augusta persona que simboliza los intereses dinásticos para la paz pública tan necesarios, los vínculos creados por sinceros juramentos y los peligros que descubre el espíritu menos asustadizo, si extiende un momento la vista por horizontes más lejanos que los señalados por el límite de la legalidad, para abrigar la confianza de que la estructura política actual del país tiene una solidez mayor de la que alcanzaron instituciones análogas, aun en épocas bonancibles de pasados tiempos.

La vida, pues, de los pueblos modernos, no sólo puede, sino que debe realizarse en España sin obstáculos, ni peligros de ninguna clase. El espíritu dominante de la civilización general se ha apoderado por completo de esta sociedad, la menos preparada por sus antecedentes, sin duda, para el sistema parlamentario, pero que desea ya, con tal vehemencia no ser una excepción en Europa que sería locura insigne oponerse sistemáticamente á sus nobles aspiraciones.

¿Encuentra libre camino en su marcha, tiene espacioso cáuce por donde desarrollarse esta opinión, cuanto más tranquila en sus manifestaciones, más imperiosa? Pues la paz se consolidará por la más elocuente de las razones y por la fuerza mayor de los Estados, por el general contento que si intentan turbar los desesperados de oficio, serán para conseguirlo impotentes, mientras un creciente malestar, una común protesta, no venga en auxilio de sus ineficaces y risibles militares confabulaciones y guerreros aprestos.

En el complicado engranaje de esta asombrosa máquina que impulsa á la humanidad en su proceloso camino, existen, Dios lo ha querido así, dos grandes motores en acción por el culto de un pasado que no puede volver, y por el insensato amor á novedades cuya madurez no ha llegado todavía. Dar á los pueblos la dirección precisa para que permanezcan de aquellas dos fuerzas equidistantes, es

el deber de los buenos gobiernos en sus actos, y de los partidos sensatos, en su propaganda.

Todo lo que existe con fuerza vital en la nación española, desciende directa ó indirectamente de la gran Revolución de Setiembre; negar esto, sería negar, por sentimientos que enaltecen poco al ser humano, la realidad de las cosas.

Cifra la patria su esperanza en las atinadas decisiones de la voluntad soberana que ocupa el Trono de sus mayores, la cual, lejos de presidir los destinos del pueblo español, como hoy sucede, tendría, sin aquel providencial suceso, reducida su esfera de acción á la influencia de un consejo cariñoso, al mando de una brigada más ó menos numerosa de soldados, ó á la dirección, menos facultativa que honorifica, del mejor buque de nuestra escuadra.

Las costumbres públicas se han suavizado de manera que ni en el paroxismo de la pasión se atreverían los partidos á tomar resoluciones análogas á las que tantas veces ensangrentaron el suelo nacional, haciendo interminable el catálogo de las víctimas de nuestras luchas civiles.

Si la deuda del país ha aumentado por las guerras interiores y por la natural descomposición que traen fatalmente consigo en el orden administrativo las grandes trasformaciones sociales, nadie descubre ya en su Hacienda aquel fatal engendro precursor de toda revolución, de que nos habló un día en el Senado, siendo Ministro del ramo en el Gabinete del general Narváez el discreto Sr. Marqués de Barzanallana, confesión ingénua que le obligó á dimitir pronto el alto cargo que desempeñaba; se ha aumentado el presupuesto, pero ha crecido la riqueza imponible del país; han doblado ó más los kilómetros de caminos de hierro, fomentadores especiales de la fortuna pública; tenemos mayor número de carreteras, por mucho que dejen que desear todavía; las grandes poblaciones, como Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia y otras, se han extendido, aumentando su población y mejorando notablemente la manera de vivir de sus habitantes; una prudente tolerancia nos ha librado de ser por más tiempo ludibrio del orbe civilizado, aumentando la fe en la religión de nuestros mayores, digan lo que quieran los impertérritos enemigos de las libertades modernas, y ha enaltecido el culto, proporcionándole legítima magnificencia la oblación voluntaria de los fieles, mil veces más grata á los ojos de Dios y más influyente en el ánimo de los hombres que la enfermiza y siempre enclenque protección del Es-

tado; se han llevado á feliz término reformas jurídicas que se creían poco menos que de imposible realización antes; la libertad de la ciencia y la independencia del profesorado habían hecho de la Universidad un gran centro de acción intelectual en que quedaban á sus puertas las intransigencias de secta y los odios de partido, triunfantes transitoriamente en los apasionados tiempos de dominaciones conservadoras; las artes nacionales se habían levantado, y nuestros pintores ocupaban el primer lugar en las Exposiciones generales, y nuestros músicos, arte á que los españoles éramos por tradición refractarios, empezaban á distinguirse en los teatros líricos, en las Academias y en los certámenes del Continente; paseos que tapias egoistas cerraban á la multitud, sirven hoy de expansión á las gentes, sin privilegiada distinción de clase, y un respeto, engendrado por la libertad misma, los conserva, cosa imposible cuando un exceso de vigilancia avivaba la tentativa de infringir órdenes y bandos á todas luces exagerados.

España marcha, como ha dicho, en su pintoresco estilo, Pelletán del mundo; el impulso está dado, y contra él se estrellarán todos los oscurantistas de la tierra; pero si estos gratos recuerdos deben fortalecer en nuestros pechos un verdadero culto por las ideas liberales, digno de la mayor censura sería olvidar tristes escarmientos, que deben servirnos de saludable enseñanza.

No sabemos hasta qué punto esté dentro de la realidad afirmar que la Monarquía de la Revolución tenía en el Código del 69, de nosotros tan querido, garantida una independencia sin la cual esta institución, en los pueblos de origen latino sobre todo, resultará siempre débil.

En este mecanismo de los gobiernos parlamentarios es preciso cuidar también de que los Reyes no caigan nunca prisioneros de los partidos, pues la historia va enseñando que una vez toca á los revolucionarios y otras á los respetuosos conservadores desempeñar el poco envidiable papel de carceleros.

Nosotros, que pertenecimos á la comisión que fué á Italia por el Duque de Aosta para hacerlo Rey de España; que no sufrió alteración nuestro dinastismo porque mandasen radicales ó constitucionales; que nos cupo luégo la voluntaria honra de acompañar á la interesante y virtuosa Reina Victoria en su viaje á Portugal; que tal vez pudimos proporcionarle, en horas de zozobra, no el alimento que el estado delicado de su salud requería, sino medios de existencia

que nadie había cuidado de colocar cerca de la ilustre enferma; que nos separamos de Don Amadeo de Saboya á bordo de la fragata *Roma*: es decir, que si fuimos por el hoy como siempre querido Príncipe de sus pueblos á la patria del Tasso y del Dante, en territorio italiano le dejamos. Esta línea de conducta nuestra, que nadie desmentirá, nos autoriza para creer que sería temerario entregar de pronto y sin sucesivas etapas la Monarquía española á los vientos que suelen levantar en todas partes reformas exageradas que no abona la experiencia. Por el contrario, toda prudencia es poca si se trata de librar á las ideas liberales de la grave responsabilidad de que un Trono sinceramente constitucional, amante del espíritu de su siglo, ocupado por un Monarca valiente y pundonoroso, caiga por abdicación de quien reconoce noblemente que no tiene medios de defenderse, como ya sucedió, único ejemplo que presenta la historia, y que rompe, con alegría de las naturalezas enamoradas del mundo antiguo, la elocuente monotonía de los poderes permanentes derrocados todos bajo la omnímoda influencia de los conservadores.

Los hombres de gobierno, cuanto más liberales sean, más interesados están en que las instituciones permanentes que escudan con su legal responsabilidad, no corran durante su dominación el más leve riesgo; porque de lo contrario, ellos se convierten, á pesar suyo, en auxiliares impagables de la reacción. La causa de las grandes reformas políticas navega todavía en un buque que lleva á su bordo el inapreciable tesoro de la Monarquía. ¡Menguado prestigio el de un piloto que no sepa sacarla siempre á salvo!

Ni pusilánime temor debe supeditar la voluntad de los gobiernos, ni egoistas deseos de una, al fin, efímera existencia, ha de hacerles perder la fe en las promesas en cuyo nombre subieron al poder. La libertad, como dice un elocuente comentarista de la vida del Conde de Cavour, no debe ser materia de un discurso dicerto, ni tema de discusiones sin realidad, sino movil permanente de las acciones y disciplina de los espíritus, sin ponerse al servicio de las pasiones que dividen y agitan á los hombres públicos.

El partido liberal español, en toda su linea de acción, debiera ser más real, por decirlo así, y menos pomposo. Engañado siempre con la fuerza numérica de sus huestes, se divide y subdivide fácilmente, é incauto por nobleza de temperamento, no aprende cuánto le ha costado ser instrumento ciego de la prodigiosa habilidad de sus impertérritos adversarios.

Ni una vez la Revista de España ha incurrido en la falta de contribuir con sus escritos á la separación de los liberales. Predicamos, dentro de los límites de nuestras escasas fuerzas, constantemente, la unión, al ver aparecer la suicida lucha que estalló entre liberales y demócratas en los pasos primeros de la gran Constituyente española; lamentamos públicamente la guerra iniciada en la célebre noche de San José; trabajamos sin descanso para destruir las maquinaciones de todo género con que se pretendía entibiar, si no romper, la sólida amistad que unía á los generales Serrano y Prim; cada vez que durante la dominación liberal se formaba un Ministerio homogéneo, siquiera lo compusiesen nuestros amigos más íntimos, y á nosotros nos esperase á su sombra elevación y rango, hicimos pública declaración de que lo lamentábamos; por eso hoy nos contrista y aflige, presenciando el poco halagüeño cuadro que presenta la política conservadora, la situación de los liberales, porque no hay que ocultarlo si el mal ha de remediarse, devorándose en secreto, y para que el efecto sea más pernicioso, lanzándose, en público, bien poco veladas alusiones.

El partido fusionista, con su numeroso estado mayor, y á nuestro juicio hoy con grandes ramificaciones en la opinión templada de las gentes, permanece unido y compacto, con su jefe á la cabeza; pero, ¿dónde están Posada Herrera y sus Ministros de procedencia constitucional? ¿Qué quieren? ¿A qué aspiran? ¿Cuáles son sus desconocidos ideales? El nombre de Martos, del gran orador demócrata levanta tanta más curiosidad cuanto más pertinaz es su silencio. ¿Quiénes le siguen y quiénes no? Y el dia en que con mayor solemnidad se reune la izquierda dinástica del general López Domínguez, se suspende la publicación del periódico más importante del partido, fundado por quien riñó por su triunfo más recias batallas, y no penetran, ni en el criterio de la escuela, las ideas del Sr. Linares, ni ocupa en el Directorio el puesto de Moret, su, ayer, compañero de ministerio.

El partido conservador busca consuelo á sus pertinaces reveses en esta extraña disposición de las huestes enemigas, y las necesidades inmediatas, precisas, legítimas, ejecutivas de los pueblos, están como olvidadas, pasando el tiempo aquellos que pueden contribuír á su satisfacción en estéril guerra de alfilerazos ó en laberínticos debates sobre temas antiprácticos de filosofías políticas.

No hablemos de los municipios de la Península; ni uno solo repre-

senta ya independiente existencia; cayeron todos, unos detrás de otros; los de las grandes capitales con estruendo, en oscuro silencio los de los pueblos pequeños. Madrid solo quedaba en señal y muestra del respeto que por las instituciones municipales tiene el Gobierno conservador. Vive todavía, pero sus horas están contadas, se ha intentado, por procedimientos que la ley no establece, manchar su reputación, y, cuando esto sucede, se habla de que otros partidos liberales están dispuestos á prestar su concurso á la nueva corporación municipal en ciernes, de real nombramiento. No podemos creerlo: si fuera cierto, ¡qué vergüenza!

¿Y por qué ha sido decretada su ejecución? Los grandes crímenes, que se ocultan en los antros del Ayuntamiento de pronto tan culpable, habían pasado inadvertidos para el Gobierno en los largos meses que lleva de existencia: el noble Marqués de Bogaraya, de elevada alcurnia, debía tener á honra el presidirlo, pues no se comprende de otro modo que estuviera á su frente; los tenientes de alcalde prestaban solícitos sus servicios al Gobierno... pero ¡ah! que ha habido una persona de procedencia conservadora, por cierto, capaz de estimar en lo que vale el cargo que desempeñaba, y que comprendiendo la índole del poder que ejercía, quiso interponer su autoridad paternal para los vecinos de su distrito por ministerio de la ley, *suplicando* á los agentes de la autoridad gubernativa, á los delegados directos del Gobernador de la provincia, que le dejasen pedir á los estudiantes reunidos ó amotinados, pues, para el caso es lo mismo, su dispersión, sin llegar al uso de la fuerza, es decir, lo que el Código manda, lo que el buen corazón exige, lo que el más frío sentimiento de humanidad prescribe, lo que sería delito no hacer y cuya omisión el Diccionario califica con un nombre que no hemos de estampar aquí.

Pues ese concejal, digno, pundonoroso, caballero, humano, que ha cumplido con un riguroso deber, ha sido felicitado calurosamente por sus compañeros, y de esto se desprende, como dos y dos son cuatro, que el Ayuntamiento de la coronada villa está formado por una turba poco menos que de criminales comunes.

¡Tal es la justicia que pone en práctica, para desenvolver, sin duda, el sentido jurídico del país, el elevado criterio conservador!

Mas ¿por qué el Gobierno se encuentra en este estado de irritación? ¿Qué responsabilidad alcanza á los partidos, qué culpa tiene el país, sobre todo, de cuanto pasa? Esto es lo que la gente ignora, sin que

sea fácil encontrar congruente contestación á semejantes preguntas.

Desde cerca de un año que el Ministerio presidido por el Sr. Cánovas dirige los destinos de la nación, nadie había interrumpido la paz de los espíritus, al menos en la región de la ciencia, la que venía disfrutando de una libertad contra la cual no existía en el Ministerio de Fomento, ni en la Dirección de Instrucción pública la menor protesta, cuando un distinguido catedrático de la Universidad tuvo la poco feliz idea de afirmar, apoyado en la legislación vigente y en las declaraciones oficiales mismas del Sr. Pidal, todas favorables á la libertad de la enseñanza y á su completa descentralización, «que el profesor en su cátedra, y como catedrático, es en España también libre, completamente libre, sin más limitación que su prudencia.»—No respondian estas frases en absoluto al estado legal de la instrucción pública entre nosotros, pues la libertad del catedrático tiene sus límites naturales y su sanción que, sin poner el menor obstáculo á la investigación científica, ni al libre criterio y tranquilo desarrollo del estudio, está fundada en las prescripciones que el derecho común impone á todos los ciudadanos.

Los tiempos han pasado, digan en contrario lo que quieran los patriarcas de la escuela conservadora, en que estaba en vigor el criterio del jefe de los doctrinarios, «de que la Universidad no era otra »cosa que el Gobierno, encargado de la dirección universal de la Ins»trucción pública,» y en nuestros días tampoco responde á la verdad de las cosas el dicho de Leibniz—ó Leibnitz, pues ignoramos quién acierta al escribir este ilustre nombre:—«Hacedme dueño de »la enseñanza, y yo me encargo de cambiar la faz del mundo.»—Expresión que podía tener un gran sentido cuando el Rey de Francia exclamaba, sin ser contradicho por nadie:—«El estado soy yo;»—cuando las naciones todas del Continente vivían bajo el yugo del más exagerado absolutismo; cuando ni se hablaba de derechos individuales, ni existía la libertad de imprenta, ni el vapor centuplicaba las fuerzas que ponen en movimiento las máquinas de imprimir, ni había periódicos de noticias que llevaran cierta ilustración política, por precio ínfimo, á todas las clases sociales, ni la experiencia había puesto de relieve, y este es el criterio del partido á que pertenecemos, que, «si en la enseñanza oficial pre»valece un criterio sistemático y apasionado, imponiéndose á la ju»ventud, en contradicción con el espíritu progresivo de los tiempos, »los resultados se manifiestan totalmente opuestos á lo mismo que

»se pretende conseguir, pues semejantes restricciones levantan en el »ánimo inconscientes protestas contra la ciencia oficial; así ha suce- »dido que los agentes más activos de los períodos revolucionarios, »tanto en Francia como en España, todos, sin excepción, estaban »educados por profesores cuyas doctrinas políticas pugnaban con los »ideales á que más tarde los arrebató su fanatismo (1).»

Ilustres prelados á quienes un celo respetable hace olvidar el estado de la opinión en materia de enseñanza, anatematizan, en uso de un derecho legítimo, algunas de las afirmaciones contenidas en el discurso del Sr. Morayta, en documentos que parecían copiados de aquella exposición dirigida al Rey contra la circular de 3 de Marzo de 1881, por la cual recuperaban sus cátedras los profesores separados de la Universidad, firmada por el alto clero y por los miembros más ilustres de la Juventud Católica.

La cuestión batalladora de la libertad de enseñanza, que agita á casi todos los pueblos del Continente europeo, estaba aquí anonadada por la ley, é iba cayendo en olvido bajo la influencia de nuevas costumbres, hijas de la tolerancia y de la mútua y recíproca estimación de los profesores; pero el partido conservador, en esta segunda etapa, está llamado, según se ve, á reverdecer todas las antiguas heridas que medidas reparadoras de otros gobiernos habían logrado cicatrizar, y la oponión pública es la que levanta protestas que el hierro podrá extirpar en buen hora, pero que quedarán latentes, interrumpiendo el sosiego de este pueblo, tan necesitado de reposo verdadero.

La obediencia que tiene por fundamento el temor, no ha creado jamás una paz sólida, siendo verdad innegable la que afirman los catedráticos de Derecho de la Universidad central en el último notabilísimo documento dirigido al Ministro del ramo, de que sin autoridad nadie puede gobernar á los hombres.

Presentaba hace poco tiempo en la Cámara de los Diputados un digno miembro del actual Gobierno, como argumento favorable á las doctrinas de su partido, estar presididas todas las corporaciones científicas de España por individuos de su color político, y la lógica se vuelve hoy contra aquella jactanciosa aseveración con fuerza irrebatible. En Madrid y en provincias, hechos recientes ponen esta verdad de manifiesto.

(1) Circular del 3 de Marzo de 1881.

Mas dejando aparte cuestiones que hoy no se discuten; en abierta contradicción la, por decirlo así, legalidad científica vigente con los discursos de los hombres más importantes del partido que manda, el hecho es que aún está en vigor la organización creada por la circular de Marzo, y que las manifestaciones de los estudiantes en favor de la libertad no eran en el fondo un hecho ilícito ni contrario, sino antes favorable á las instituciones vigentes. Si el Gobierno piensa de distinto modo, ¿por qué no lo dice?, ¿por qué no resucita la Circular del Sr. Marqués de Orovio, tan defendida y ensalzada por los conservadores con sus textos forzosos y sus programas impuestos?. La ambigüedad de las disposiciones legales creará siempre situaciones políticas en que nadie se entienda y en que la confusión de principios engendre fatalmente desorden en la conducta, sin que los que mandan ni los que obedecen puedan distinguir los límites respectivos de sus propios derechos.

Lo confesamos: en medio de la calma aparente á que nos hemos referido en el comienzo de esta desaliñada crónica, temores vagos que habían desaparecido del espíritu de los hombres pensadores, les asaltan de nuevo. El Sr. Cánovas dijo un día, en medio de aplausos que le tributaban, con justicia, amigos y adversarios:—«La Restauración es la continuación de la historia de España;»—lo cual, ó nada quería decir, ó era promesa solemne de que no desconocía la influencia del pasado, ni estaba dispuesto á permitir que se cometieran otra vez errores por los exagerados de sus recien organizadas huestes, contra los cuales se había sublevado la patria entera. Deseaba el Sr. Cánovas en aquella época, relativamente felíz, en que odios injustificados no habían envenenado su carácter, y en que mantenía á raya los ímpetus guerreros del Sr. Ministro de la Gobernación, que no fuéramos singulares en el mundo, razón principal donde se apoyaba para mantener la libertad religiosa, en el sentir de los moderados, verdadera Caja de Pandora, de cuyo fondo brotan todos los males.

Hoy, al proteger con el escudo de su responsabilidad ministerial á los agentes de Orden público que han entrado sable en mano en las cátedras de la Universidad Central, no le arredra al Presidente del Consejo de Ministros, antes desafía, la opinión completamente hostil de las naciones civilizadas.

Los principios y los intereses políticos que simbolizaban las Restauraciones de Inglaterra y de Francia, contaban, como aliadas en Europa, con poderosas instituciones similares. El estado social que

los Stuardos representaron, recibía aliento constantemente de Francia que acababa de asombrar al mundo con sus victorias y que luchaba por sostener su grandeza. La tendencia realista de Carlos X, no pugnaba con las aspiraciones permanentes del Austria, baluarte de las ideas conservadoras entonces; y Rusia, si da instrucciones á su Embajador en París para que desviase el ánimo del Gobierno de aquellas innovaciones peligrosas, no las contradice ni se opone á ellas.

¿Dónde irá la Restauración española, que tantas esperanzas ha despertado en propios y extraños, si las corrientes reaccionarias crecen, como todo lo hace presumir, á buscar moral apoyo? ¿Inglaterra, motejada constantemente de egoista por los conservadores, está ligada á nosotros con algún interés, para ver sin antipatía contrariadas y vencidas en las orillas del Manzanares todas las conquistas, todas las ideas en que se funda su grandeza? ¿Francia, republicana, que acaba de resolver con el más radical criterio las cuestiones de enseñanza, á quien hasta los detalles de los cordones sanitarios han mortificado, interrumpiendo el comercio de ambas naciones y la recíproca comunicación que el hábito había establecido durante los veranos, tributará aplausos á los hechos perpetrados y á las medidas recientemente adoptadas? No son las votaciones últimas del *Reigstach* las más apropósito para presumir que el Príncipe de Bismarck y el Emperador, árbitros absolutos de la política internacional de Prusia, contemplen con agrado el creciente desarrollo de un sistema en que las exageraciones clericales vayan recobrando su antiguo prestigio. La triste suerte de las armas en guerra reciente y los convenios diplomáticos que fueron su natural consecuencia, han separado á Austria demasiado del centro de Europa para que su opinión, que tampoco sería favorable á los acontecimientos últimos, pudiera influir entre nosotros. Las entusiastas protestas de los escolares de Coimbra y de los estudiantes de Roma, ponen de relieve el estado de la opinión en Portugal y en Italia.

Tres excepciones tenía la nación española que obligaban á todo gobierno previsor, según la afirmación elocuente del Sr. Cánovas del Castillo, á no levantar los diques que nos separaban de los demás países ilustrados, para que la civilización moderna, al inundarnos con sus corrientes fertilizadoras, pusiera nuestra civilización á nivel con la de ellos. El odio de los partidos plantea una política diametralmente opuesta á tan patrióticos propósitos, crea una cuarta excepción,

que pudiéramos llamar, si no nos fuera antipática toda frase exagerada, excepción de la barbárie, capaz de recordar, si se llevaran al terreno de la práctica las medidas propuestas por los entusiastas defensores del Gobierno, los tiempos en que se cerraban las Universidades y se abrían las cátedras de tauromaquia.

Pues bien, cuando esto sucede, los partidos liberales permanecen divididos y subdivididos, sin que su totalidad levante solemne protesta contra actos condenados por los periódicos del mundo entero, y por los estudiantes, niños y hombres, de los centros docentes, que fijan su atención en nosotros. Piensen un momento los hombres eminentes que están al frente de los distintos grupos liberales en disidencia la gran responsabilidad que contraen, sirviendo indirectamente á la política triunfante, ante los fallos inapelables de la historia.

José Luis Albareda.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

Por lo mismo que la atención general se viene fijando en el estado de las relaciones internacionales de Alemania con Inglaterra, que parecen ser bien poco amistosas por las causas de que ya hemos hablado en anteriores *Crónicas*, natural es que inspiren profundo interés los sucesos que en el orden de la política interior de cada una de aquellas naciones se han desarrollado recientemente, y que, por su importancia, bastan para hacer formar una idea de cómo son gobernados ambos países y cómo se entiende el arte de gobernar en cada uno de ellos.

El contraste que entre ellos se observa, no puede ser más absoluto.

En Alemania vemos al Canciller del Imperio, es decir, al poder ejecutivo, al Gobierno responsable, frente á frente de un Parlamento elegido nada menos que por sufragio universal, derrotado por éste tres veces en una semana por grandes mayorías, y que, contestando á las razones con insultos y á los votos con amenazas, hace alarde de su desprecio hacia la representación del país y afirma soberbiamente que se puede pasar sin ésta para gobernar á la nación.

Sería tarea ociosa para nuestro propósito en el momento presente pararnos á examinar las cuestiones que han dado lugar á las derrotas parlamentarias del Príncipe de Bismarck. No es nuestro objeto ahora tratar el tema de si los diputados deben tener ó no dietas (ocasión de la primera derrota del Canciller), ni de la conveniencia ó inconveniencia de subvencionar á las empresas trasatlánticas (segunda

derrota), ni de si debe ser derogada la ley que autoriza al Gobierno prusiano á desterrar en ciertos casos á los eclesiásticos, como opinó por inmensa mayoría el Reichstag, ó debe, por el contrario, continuar en vigor, como cree el Príncipe de Bismarck. La primera cuestión es demasiado pequeña para merecer otra cosa que una simple mención. Acerca de la segunda, compréndese la diversidad de opiniones entre el Canciller y la mayoría parlamentaria, por la inclinación natural de aquél á ver principalmente las cosas por el prisma del engrandecimiento exterior de Alemania, al que cree contribuir favoreciendo el establecimiento de grandes líneas de vapores que hagan conocer en todas partes la bandera y los productos de su patria, y por la repugnancia explicable de los diputados á gravar con nuevas cargas al país, so pena de aumentar el déficit, ya muy considerable, de los presupuestos, y también por la falta de confianza de muchos en que los resultados correspondieran al sacrificio necesario para la creación de esas líneas de vapores-correos y comerciales que tanto desea el Príncipe de Bismark, y que éste juzga auxiliar poderosísimo para la realización de sus proyectos coloniales. En cuanto á la tercera cuestión, conocido es el estado de guerra en que se hallan el Estado y la Iglesia Católica en Prusia desde las leyes religiosas de 1873; y no tenemos para qué volver sobre un asunto repetidas veces tratado en este mismo sitio y acerca del cual todo está ya dicho.

Lo característico y lo más importante de los debates á que estos problemas han dado lugar, es el lenguaje del Príncipe de Bismarck, porque retrata, no ya el carácter personal de éste, que esto poco importaría, á pesar de la importancia del personaje, sino la situación parlamentaria de aquel país y la manera de ser de las relaciones entre sus poderes públicos.

Para el Canciller alemán, según ha repetido con insistencia en el Reichstag, la Monarquía es incompatible con el régimen parlamentario, el cual sólo puede funcionar en las repúblicas; y, prescindiendo de los ejemplos de Inglaterra, Italia, Bélgica y Holanda, sostiene que el poder real dejaría de existir el día que se consignase en la Constitución la responsabilidad ministerial ante el Parlamento.

La teoría no es nueva, pues todos los enemigos del sistema parlamentario la profesan, pero sí es extraño ver al primer funcionario de una nación, dirigiéndose precisamente al Parlamento, hacer ostentoso alarde de esas creencias, no perdonando de paso medio alguno para poner de relieve el desprecio que le inspira la representación del país.

La síntesis de todo es que los poderes públicos de Alemania y la nación misma, pues sería falso decir otra cosa, no han admitido todavía el concepto moderno de los sistemas de gobierno y principalmente de la Monarquía, siendo este concepto patrimonio tan sólo del partido liberal. La teoría de que todos los poderes emanan de la voluntad de la nación no tiene todavía raíces en las ideas ni en los sentimientos de Alemania. Allí el Soberano ocupa el trono por la voluntad de Dios; su Gobierno, á él sólo debe cuenta de sus actos; el Parlamento contribuye en modestas proporciones al Gobierno del país, y éste, muy ilustrado y muy laborioso, pero falto aún de educación política, satisfecho de su gloria y de sus conquistas en el exterior, no se da cuenta de que carece de derechos que son tenidos en más que todo por los pueblos cuyos habitantes han dejado de ser súbditos para convertirse en ciudadanos.

Día llegará, ¿quién puede dudarlo? en que Alemania se gobierne á sí misma, de la manera que lo hacen otras naciones, bajo ese punto de vista más adelantadas; pero, mientras tanto, el hecho es que vive como menor de edad, bajo la tutela de sus gobernantes, quienes se preocupan sobre todo de su engrandecimiento en el exterior, no pasándoseles siquiera por la imaginación que su pupilo se permita tener opiniones propias, ó que éstas merezcan ser atendidas.

¡Qué contraste con lo que acaba de ocurrir en Inglaterra!

La cuestión de la reforma electoral había llegado á un punto que hasta la misma Constitución aparecía en crísis, condensándose de tal manera laopinión contra la Cámara de los Lores, por su resistencia á aquella medida, que ya los elementos radicales dirigían sus tiros contra su existencia misma, repitiéndose las violencias de lenguaje de otras épocas igualmente memorables. La conducta de los hombres de Estado de Inglaterra, y sobre todo de Mr. Gladstone, en estas circunstancias, es superior á todo elogio.

Es, en efecto, un espectáculo admirable el de un Presidente del Consejo de Ministros, revestido de todos los prestigios, apoyado por una mayoría compacta, incitado á la lucha por buena parte de sus amigos, que, á pesar de todas sus ventajas, desoye los consejos de la ira, domina los sentimientos que en su ánimo pudieran despertar la resistencia y el encono de sus adversarios, y cifra, por el contrario, su amor propio en hacer á éstos todas las concesiones posibles, á fin de evitar una crisis á las instituciones de su patria.

Este ejemplo debieran tener siempre presente esos jefes de Gobierno para quienes gobernar es no ceder nunca y sostener siempre lo hecho, y que consideran la transigencia y la moderación como debilidad, y sólo la violencia como fuerza.

La transacción convenida entre los jefes de los dos partidos, ó, lo que es lo mismo en el caso presente, entre las dos Cámaras, ha quedado, antes de suspender éstas sus sesiones, cumplida hasta donde era posible. La mayoría conservadora de la Cámara Alta ha votado la reforma electoral, según su jefe lord Salisbury había convenido con Mr. Gladstone; y éste, por su parte, ha presentado en la Cámara de los Comunes el proyecto de división de distritos electorales prometido, y que ha sido ya aprobado en las dos primeras lecturas, haciéndolo cuestión de gabinete. Así, gracias á la prudencia y al patriotismo de todos, la ley de extensión del Sufragio ha sido ya promulgada, y cuando en Febrero vuelva á reunirse el Parlamento, se aprobará la de división de distritos, quedando realizada la tercera gran reforma electoral de Inglaterra.

Si la Cámara de los Magnates de Hungría hubiera desplegado hace algunos meses, en la cuestión de los matrimonios mixtos entre cristianos y creyentes de otras religiones, la prudencia que la de los Lores ha mostrado en la de la reforma electoral, se hubiera librado por algún tiempo más de la reforma que va á sufrir, si es aprobado el proyecto de ley presentado por el Ministerio Tisza á la Cámara de los Diputados.

Contiene este proyecto modificaciones bastante profundas en la composición de aquella Asamblea, pero el Gobierno no se ha atrevido á romper demasiado bruscamente con las tradiciones históricas, y ha respetado, en parte, los elementos que la componían.

En ningún país del mundo se da tanta extensión como en Hungría al derecho hereditario, en cuanto á la composición de la Cámara Alta. De los 800 individuos que en la actualidad la constituyen, 630 pertenecen á ella por su nacimiento, y sólo 170 por razón de sus cargos civiles ó eclesiásticos. Todo miembro de una familia aristocrática, que tiene veinticuatro años cumplidos, entra en ella por derecho propio. Así es que en la votación de la ley sobre los matrimonios mixtos, cuya presentación tanto irritó á la aristocracia húngara, se dió el caso de que aparecieran con derecho á votar 24 individuos de una sola familia, y también se vió la anomalía de que

tomaran parte en la votación miembros de la aristocracia austriaca que reclamaron su derecho fundándose en que poseían el indigenado húngaro, y á pesar de que formaban parte de la Cámara de los Señores de Austria. Tal estado de cosas no podía durar, y el conflicto á que dió lugar la ley de los matrimonios mixtos, puso la cuestión sobre el tapete.

Según el proyecto del Gobierno, sólo pertenecerán á la Alta Cámara los magnates que paguen cierta cuota de contribución territorial, y la cuarta parte de los individuos de aquélla serán vitalicios, nombrados por la Corona. El clero católico y el griego conservarán numerosa representación, aunque el primero no tan grande como la que tiene, pues ahora hasta los Obispos *in partibus* forman parte de la Asamblea por derecho propio. Se da también entrada en esta á algunos representantes de otras Iglesias.

El proyecto, además, quita á la Tabla de los Magnates el derecho de iniciativa en las leyes de carácter constitucional y en las de presupuestos.

Puede preverse desde ahora que la Cámara de los Diputados aprobará dicho proyecto; pero será difícil al Gobierno liberal vencer la resistencia que encontrará en la Cámara Alta. La revolución de 1848, que llamó á la vida política en Hungría á la clase media y á la población rural, no ha hecho aprender ni olvidar nada á la aristocracia, cuya manera de ser y de ver las cosas no ha variado, á pesar de estar en medio de una sociedad cuyo movimiento y cuyo progreso han sido incesantes. El espíritu de clase, aun careciendo de recursos materiales para sostenerlo decorosamente, tiene tanta fuerza en la nobleza húngara, que recuerda la frase de Chateaubriand: «La aristocracia tiene tres edades: la de la fuerza, de la que degenera en la de los privilegios, para extinguirse en la de las vanidades.» La de Hungría se encuentra en la última, y luchará desesperadamente, pero sucumbirá.

Angel de Urzáiz.

REVISTA ARTÍSTICA

LA EXPOSICIÓN LITERARIO-ARTÍSTICA

El creciente desarrollo de la afición á las artes plásticas entre la masa del público, es causa de que las Exposiciones artísticas que anualmente se celebran en Madrid hayan llegado á ser una verdadera necesidad que confirma más y más la existencia, desde hace algunos años, de dos establecimientos para la venta en comisión de obras de arte, siempre concurridos y siempre visitados con interés por aficionados y artistas.

La Exposición nacional del año corriente, con su excepcional importancia, en número y calidad, de obras en todos los ramos de las Bellas Artes, ha despertado muchas aficiones latentes y avivado otras adormecidas, si no por los premios oficiales, que siempre dejan contentos á muy pocos, por el interés que en sí propia entraña la simple exposición al público sereno é imparcial de la obra que, buena ó mala, siempre es producto y resultado de grandes afanes. Y acostumbrado ya el público á los puros goces que procura la emoción estética, acude con afán á cuantas exposiciones artísticas se le ofrecen.

La inaugurada recientemente por la Asociación de Escritores y Artistas en el suntuoso edificio de las *Escuelas de Aguirre*, ha reunido los múltiples atractivos que puede ofrecer una Exposición general de las Artes y de las Letras. No nos compete hablar aquí sino de las primeras, y á ellas vamos á ceñirnos en las siguientes líneas.

La Exposición esencialmente artística de la Asociación de Escritores y Artistas podría calificarse, en su parte pictórica, de exposición de caballete, pues con excepción de unos pocos lienzos, casi todos son del tamaño que así se denomina, y que en realidad es el más asequible á la apreciación y hasta á la simpatía de la mayoría del público. Algunos lienzos de grandes dimensiones hay, como las excelentes composiciones decorativas de D. E. Oliva, *El vino y el tabaco*, y el *Otoño*, así como algunos retratos de medio cuerpo de tamaño natural; y uno ó dos países constituyen, sin embargo, con los tapices y algunos cuadros antiguos, una parte muy considerable en la Exposición literario-artística que, contribuyendo grandemente á la magnificencia del conjunto, realzan en cierto modo el valor de la colección de los cuadros pequeños, elemento indispensable hoy para el ornato de las habitaciones modernas.

Bajo este punto de vista, nada más completo que la colección Hernández, presentada en la sala 8.ª, y las expuestas en las salas 2.ª y 3.ª, sin que esto excluya de ser comprendidas en ellas las obras que se encuentran diseminadas en el salón central y en el de actos.

Mucho y bueno hay allí, y en su conjunto encontramos hoy, como en Exposiciones anteriores, dos notas dominantes: el vigor y buena casta del colorido, y la ausencia de personalidad artistíca en la generalidad de las obras. No encontramos como causa generadora de la primera cualidad otra que la idiosincrasia de los artistas españoles, que por fortuna sigue asistiéndoles lejos de su patria. Puede influir, y de hecho influye en muchos casos, para la concepción de sus obras, el medio artistíco en que viven en París y en Roma sus autores; adviértese en ellas, ya en el dibujo, ya en el estilo, ya en los asuntos, que el artista ha obedecido á tal cual prejuicio dominante en la esfera de su acción; pero en todos los casos el color, que es como si dijéramos la sangre, el elemento esencial de vida en las obras pictóricas, es sentido por los pintores españoles cual si en ellos palpitara por herencia el espíritu del inmortal Murillo. Quien haya visitado los *Salons* de París, á los que acuden en gran número pintores de todos los países; quien conozca el nombre que los españoles se han granjeado allí, no podrá negar nuestro aserto, que resulta plenamente confirmado en la Exposición literario-artística, como ha venido constantemente confirmándose en otras anteriores.

Pero asimismo no se desmiente la segunda condición, por muchos reputada como defectuosa, y que hemos apuntado antes. Con escasas

excepciones, y ciñéndonos á la Exposición actual, las obras que la constituyen presentan una uniformidad en todos los elementos que entran en su composición y ejecución, que las hacen aparecer como resultado de la enseñanza de un solo maestro ó del estudio de una misma escuela, sin que, sin embargo, pueda en rigor decirse cuál sea uno ú otra.

Y anotadas ya estas ligeras consideraciones, entremos á formular algunas de las impresiones que nos han producido las obras expuestas en el edificio de las Escuelas de Aguirre, protestando desde luégo de que lo hacemos sin pretensiones críticas de ningún género.

En la sala central figura, en sitio preferente, el precioso retrato de niña del ya ilustre autor del *Spoliarium*, en el cual ha demostrado á sus apasionados contradictores que maneja el color con igual maestría cuando trata asuntos de imponderable energía que cuando ha de afinarle para las sutilezas de las tonalidades más delicadas; y que si sabe dar á su pincel el poderoso impulso con que produce los toques viriles de su grandiosa composición del *Spoliarium*, sabe asimismo, sin descender al afeminamiento y sin incurrir nunca en el amaneramiento en que incurren muchos artistas, cuando tienen que cambiar de estilo al variar de asunto, obtener el *summum* de la delicadeza y de la elegancia. No es, en nuestro concepto, el retrato de la hija del Sr. Araus una obra acabada en la ejecución; pero tal cual es, tiene importancia sobrada para merecer atención muy preferente, con tanto mayor motivo, cuanto que este artista es uno de los pocos en quienes puede reconocerse una personalidad artística caracterizada en el estilo y en la ejecución.

El proyecto decorativo de la capilla de la orden de Carlos III en San Francisco el Grande, obra del Sr. Plasencia, nos parece obra muy acertada y mejor sentida de lo que generalmente se advierte en asuntos de esta naturaleza, harto difíciles por lo manoseado que el género ha sido en todas épocas y por lo ocasionado que es á incoherentes extravíos. La composición de la parte inferior, sobre todo, creemos que ha de satisfacer á los más exigentes; y en cuanto se puede juzgar en tamaño muy reducido, de lo que ha de ser en todo su desarrollo el asunto, el dibujo y el colorido son de excelente escuela.

Un retrato muy agradable es el que lleva el número 1.544, y fuéralo más si el esmero con que está tratada la cabeza se hubiera extendido al busto.

Aunque se nos antojan un tanto duras de ejecución las frutas del sordo-mudo D. A. María del Carmen, son muy apreciables.

En la sala 2.ª citaremos la escena del *Quijote*, que el hábil artista Sr. Sentenach ha representado con mayor acierto del que suele encontrarse al tratar de trasladar al lienzo los inmortales personajes de Cervantes. Parece ser el momento en que el ingenioso hidalgo se lanza al través de los áridos campos manchegos en busca de aventuras á la hora del alba. Está muy bien sentido el carácter propio del lugar, y aquella figura estrambótica y solitaria, que parte á defender por el mundo una idea muerta, bien representa la melancólica personalidad de todo restaurador de cosas irrestaurables.

Hay además en esta sala un buen retrato, firmado por Izquierdo; otro del diestro Mazzantini, obra de D. Serafín Segovia; dos hermosos países de Ramos Artla, y otro, bueno también, de Carbou y Ferrer.

En la sala 3.ª hay ya más que señalar. Allí está el retrato de Labra por Luna, pintado magistralmente, pero en el cual no ha hallado, en nuestro sentir, el ilustre pintor ni el color ni el toque que convenían al carácter plástico del original; una preciosa y elegante cabeza (1.544), de Salinas, que recuerda el color y la finura de Guido Reni; una hermosa figura de niña, del tamaño natural (871), de Alcázar Tejedor; dos figuras con mucho carácter (1.595), condición tan escasamente hallada por los pintores, de Sentenach; un árabe y una odalisca (1.368), cuya finura de tonos, color castizo é inteligente ejecución acreditan una vez más al fecundo E. Oliva, quien tiene también aquí otras dos medios figuras muy buenas (1.364).

García Hispaleto presenta con el núm. 1.116 una bonita figura, de más expresión y mejor ejecución que dibujo, si bien tiene excelente colorido; Galván y Candela, un retrato de niño muy acertado (1.093); Pérez Rubio un bonito boceto (1.047).

Lo que más abunda, tanto en esta sala como en todo el edificio, son los países. Este genero, las flores y frutas, son los más asequibles á los principiantes, y así no es extraño que abunden los paisistas sobre todo. Sin embargo, por lo mismo que es el género más tratado, suele ser también el que más padece, y así, quien en él sobresale realiza un esfuerzo de mucha importancia. En esta sala 3.ª son dignos de especial mención Ramos Artal, quien tiene tres buenos lienzos. El 1.457 es muy fino de color, algo indeciso en el dibujo y confuso en algunas masas; el 1.458, que es un estudio, tiene muy vigorosa entonación, pero el dibujo se nos antoja algo descuidado y

duro; en cambio el tercero, cuyo número no recordamos, está sumamente acertado en luz, color y carácter; se ve que el pintor trabajó con *amore* el asunto.

Espina es un paisista que aspira á tener personalidad acentuada; parece inspirarse en los principios de la escuela impresionista ó efectista, y si no fuese porque al tratar de llevar estos propósitos á sus celajes le resultan éstos evidentemente falsos, sus trabajos tendrían un mérito más general. El lienzo que lleva el número 1.054, es de ejecución ligera y suelta; los tonos de los últimos términos y los de los árboles son muy acertados, pero el agua y el cielo nos parecen poco ajustados á la verdad del natural: mejor estimamos el número 1.053, gran lienzo de excelentes condiciones, y tampoco desmerece del gran espíritu observador del Sr. Espina el núm. 1.055, muy enérgico y acertado en la entonación, asi como en el dibujo. Campuzano, que tan gallardas muestras de su ingenio tiene dadas en la marina regalada al Ateneo y otras obras, presenta con el número 966 una tabla en que se nota mejor intención que resultado, si bien hay mucho acierto en la luz brillante que ilumina la escena, que es el muelle de una bahía con figuras. Hay además dos buenas marinas de Lafita de los alrededores de Cádiz (1.213 y 1.214), que ostentan gran finura de color en los cielos y mucho acierto en la varia tonalidad de las aguas; *La tarde en la aldea*, de Lafuente y Mellado (971), y un rebaño á la sombra de un cobertizo, notable por la corrección del dibujo, el colorido y la luz. Lástima que por sistema ó por premura resulte bastante abocetado.

No saldremos de esta sala sin recomendar muy especialmente la excelente ejecución, suavidad en el toque y exactitud y finura del colorido de las frutas que presenta la señorita doña Fernanda Francés, y que son de lo más notable en su género (1.085). Las flores, buenas son también, pero no tanto, acaso por exceso de trabajo. Más ligeramente tratadas, hubieran resultado más justas á la distinguida artista.

En la sala 4.ª no podemos mencionar sino algún buen dibujo de figura, una acuarela del malogrado Manresa (1.248) y otras dos de García Hispaleto.

En el salón de actos hay que admirar los dos grandes lienzos decorativos de Oliva: *Vino* y *Tabaco* (1.306), *Flores* y *frutas* (1.307), asuntos tratados con gran amplitud y mucha fuerza de colorido y de expresión. Podrán tacharse de algo incorrectas las figuras, pero todo

o admite el género á trueque de la grandiosidad y el atractivo que el autor ha logrado dar á aquellas dos rollizas mozas. Otros dos lienzos del mismo género, de Irureta: *Pesca* (1.556) y *Caza* (1.557), son muy correctos, pero tienen un color poco agradable y no corresponden á alguna otra muestra de lo que el Sr. Irureta ha sabido hacer en figura y que ocupa muy honroso puesto en el Museo del Prado. Los dos grandes bocetos alegóricos colocados sobre la tarima del estrado, son dignos de examen, y el de la izquierda, sobre todo, tiene muy buenos trozos. Una bonita *Bayadera dormida*, como colorido y ejecución, suelta y justa, es la de Pallares, que lleva el núm. 1389.

Y á su lado tenemos la sala 8.ª donde se ha instalado la colección Hernández. En figura pueden admirarse, sin restricción, la *Manola de oro* (887), de Alvarez Dumont, tan simpática de aspecto como agradable de color; *Lo merca, ¿sí ó no?* (893), de Joaquín Araujo, quien presenta sus dos tipos, tan bien estudiados, del *silogista gitano* y del *adino charro*. Los caballos y mulas en venta están trazados con tanta ligereza como exactitud y precisión. Una bonita figura al carbón (948), de Leoncio Bory; una *Gitana* (1.137), de García Ramos (José), que es para nosotros de lo mejor que se expone, y *Tres hembras juncales* (1.138), de García Ramos (Juan), que son notables, entre otras condiciones, por el carácter exacto que el autor ha sabido darles; las *Costumbres valencianas* (1.174), de Germán Gómez, tablita que no nos explicamos cómo no figura en una colección particular desde el momento en que por primera vez se presentó; una *Cabeza de estudio* (1.195), de Germán Hernández, quien vuelve á presentar su *Esclava de guerra* y una *Virgen* (1.194); *El columpio* (1.207) (espejo decorado), de Martínez del Rincón y su composición *Hoy se saca ánima del Purgatorio* (1270); la *Sorpresa ante su imagen* y *Una dama* (1.290 y 1.291), de Miralles Darmanín, cuyo estilo, entonación y colorido, les dan títulos á la competencia con algunos buenos cuadros de la escuela flamenca antigua; *Un heraldo* (1.312) y *Una aventura del Quijote* (1.314), de Moreno Carbonero, que ostentan toda la energía en el dibujo y colorido de este joven maestro; las *Campesinas romanas*, estudio del nunca bastante llorado Rosales; una *Gitana* (1.525), de Sala; *La alameja* (1.423), caprichosa y bonita figura de Cecilio Plá, y algunas otras, en fin, que no podemos mencionar por no alargar sobradamente esta reseña.

Mucho tendríamos que señalar en el género de paisaje, pero hemos de ceñirnos, por la misma razón, á citar solamente los de Morera

y Galicia (1.317 á 1.320); los de Pinelo, entre los cuales los que llevan los números 1.419, 1.420 y 1.421 son muy notables por la exactitud con que está representada el agua; y sobre todo, el monte *Calvario de Alcalá de Guadaira* (1.4[illegible]8); el de Ramírez, que se nota con el número 1.454; el de Beruete *Recuerdos de Sada* (933), tan justo de color y esmerado en la ejecución como siempre; y por fin, una joya de Casimiro Sainz, el 1.522, que representa un rebaño que se dispone á salir al campo al amanecer.

La pintura de animales está dignamente representada por los lienzos 1.168 á 1.171 de Jiménez y Fernández; en ellos se admira la acostumbrada destreza del artista en dar expresión y vida á gallos, gallinas y pollos en animadas escenas.

En las flores y frutas, nadie puede disputar la palma al gran maestro que tenemos en España, D. Sebastián Gessa, y las cuatro obras señaladas en esta colección con los números 1.161 al 1.164 lo acreditan así una vez más. Discípula digna suya, y si no, temible competidora, es ya la señorita Emilia Menassade, quien presenta unas *lilas* y una *frutas* (1.275 y 1.276), sobre todo, éstas, dignas de un consumado maestro. Sería injusto olvidar á doña Maria Luisa de la Riva, muy hábil también en la pintura de flores y frutas.

Hay también en esta sala muchas y buenas acuarelas, y aunque algunas de ellas, así como muchos de los lienzos y tablas, no es esta la vez primera que se exponen, no hemos juzgado esta razón bastante para retraernos de señalarlos á la atención de nuestros lectores. Los nombres de Pradilla, Luna, Mejía, Fabrés, Casanova y otros aparecen allí al pié de obras tan notables como *El Cardenal*, de éste último (983); el *Viejo tocador de tibias*, de Luna (1.238), la *Zulima* de Mejía y Márquez (1.273), el *Sacerdote de Baco* y *Cercanías de Pontevedra*, de Pradilla (1.429 y 1430), y las dos de Senet, que llevan los 1569 y 1.570.

Por fin, hay muchos y muy buenos dibujos entre la colección de los que han servido para ornar las obras de D. Gaspar Núñez de Arce con las reproducciones mecánicas y reducidas de Goupil.

Poco bueno y casi nada nuevo hay en escultura. El busto de señora, de Sanmartín de la Serna, llama justamente la atención en el centro de la sala 2.ª por su mucha expresión y vida. *La Armonía y la Fortuna*, *El niño y el pato*, los geniecillos que representan los elementos, es todo conocido y reputado justamente por otras tantas obras del ilustre Gandarias. Es digna de llamar la atención la esta-

tua pequeña, bien movida y llena de carácter, del Cardenal Cisneros (1.377), obra de Oms, colocada en el salón central; y allí mismo se puede admirar un bajo relieve que representa una alegoría de Sevilla, de A. Susillo (1.698), tan elegante como bien modelado.

Como obra de talla en marfil, no se cansará de admirar todo amante del arte delicado y bello el hermoso abanico expuesto en el lado derecho del salón central, y cuyo varillaje es un verdadero prodigio.

Hay además distribuídos por diversas salas algunos cuadros antiguos, entre los que debemos señalar *El retrato* de cuerpo entero y tamaño natural de un gentil hombre de la corte de Felipe III y de la escuela de Velázquez, que se encuentra en el salón central. Un *Salvador* del Greco, que, si no es de sus mejores tiempos, tiene la expresión y colorido especial que se admira en su famoso entierro del Conde de Orgáz y en algún retrato del Museo del Prado.

Por fin, llamemos la atención de los curiosos sobre la colección de decoraciones escénicas en miniatura y de bulto habilisimamente presentadas en la sala que en el piso alto hay dedicada al arte dramático.

N.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CECILIA VALDÉS.—Novela de costumbres cubanas, por D. Cirilo Villaverde.—Nueva-York, 1882.

Entre las muchas obras con que las patrias letras enriquecen nuestras librerías, por rara excepción encontramos alguna debida á nuestros hermanos de las provincias españolas de allende los mares, y especialmente de la Grande Antilla, cuya cultura no desmerece en nada al lado de la que reciben los habitantes de la Península. Y si es de lamentar que aquí no lleguen todos los frutos del ingenio de aquéllos, porque esto contribuiría no poco á dar á conocer el estado moral y social de aquella comarca entre nosotros y á establecer las cordiales relaciones que deben existir, no ya sólo entre compatriotas, sino entre los que consagran sus esfuerzos á la honrosa tarea de producir para el arte, eslo más aún cuando se publican libros que, sin duda, merecían alguna más estima de la que generalmente alcanzan.

Una, que ciertamente merecía ser conocida entre nosotros, es *Cecilia Valdés*, novela que con este título dió á luz en Nueva-York el escritor cubano Cirilo Villaverde, y que nosotros recibimos ahora.

Aunque impresa há más de un año, conviene le dediquemos siquiera dos palabras, toda vez que aquí nadie se ha ocupado de ella hasta ahora, que sepamos.

La circunstancia de haber tomado parte activa su autor en los acontecimientos políticos acaecidos en Cuba desde que en dicha isla comenzaron á tener partidarios las tendencias separatistas, no le ha permitido, según él mismo confiesa, escribir esta novela con el reposo y serenidad de ánimo

que estos trabajos exigen. A esto se debe seguramente el tono acre que á veces se emplea al tratar de aquello que se relaciona con la Metrópoli, y los toques fuertes en demasía de algunas pinturas que, á pesar de las correcciones que dice el autor haber hecho en este punto, contiene todavía esta novela.

La acción comienza en la época del año veinte al treinta, en la Habana y en una calle de los barrios que habita la gente de color. Cecilia, la protagonista, es una joven mulata, hija natural de un blanco, rico vecino de la ciudad. La educación descuidada que recibe la conduce á una vagabunda, que la expone á mil peligros en la primera edad; pero su belleza, más tarde, atrae á muchos jóvenes acaudalados, entre los que se encuentra el hijo del que sedujo á su madre, sucediéndose desde este instante una serie de acontecimientos de no escaso interés en su mayoría.

Con este motivo, el Sr. Villaverde presenta, bajo todas sus fases, la vida de Cuba en aquel período, y desde los hechos de carácter puramente privado y particular, hasta alguna de las borrascas que en diversas ocasiones produjeron las contiendas políticas, todo se trae y enlaza oportunamente, presentando cuadros llenos de verdad y relieve, y escenas de marcado sabor local y diestramente dibujadas con los colores de la época.

No se distingue esta novela por la pintura de caracteres ni el análisis psicológico de las pasiones; el talento del Sr. Villaverde y el influjo del gusto entonces predominante en este género de literatura, como asimismo el propósito principal del autor de hacer resaltar la triste condición de determinadas clases sociales por la desigualdad en la legislación, fundada en la ley de castas, y el desamparo en que las dejaba una administración basada en la arbitrariedad, lo llevaba más bien á exponer el modo de vivir de cada raza y la cualidad y forma de las relaciones sostenidas entre ambas, y á dar un tinte socialista á su obra, cuya heroina nos recuerda singularmente á *Flor celestial* en los *Misterios de París*, de Eugenio Sué.

Ceñido, pues, el autor á las costumbres, su perfecto conocimiento de ellas y del régimen político que imperaba en aquel tiempo, permite al lector, mientras recorre las páginas de este libro, hacerse la ilusión de que vive en plena sociedad cubana, entre negros, mulatos, criollos y blancos; porque tanto las fiestas que celebran, como el lenguaje que usan y la naturaleza que los rodea, correspondiendo á la idea que tenemos de aquellos habitantes y aquel clima, contribuye á que aquélla se produzca y se mantenga con gran contentamiento del ánimo.

A más de lo dicho, felicitamos sinceramente al Sr. Villaverde, porque revela un verdadero conocimiento de la literatura y lengua nacional en los

múltiples trozos de nuestros clásicos con que encabeza los capítulos de su obra, y en el empleo de vocablos y locuciones del más puro origen castellano.

Perseveren en esta empresa los hijos de Cuba que desean reformas para la isla; porque formando así opinión favorable á ellas, conseguirán más provechosos resultados que los obtenidos hasta aquí por otros medios.

BIBLIOTECA BIOLÓGICA, Tomo II. *Historia de la Evolución del sentido de los colores*, por Hugo Magnus, con un prólogo del Dr. D. Antonio Machado y Alvarez.—Versión al castellano.—Madrid, 1884.

Poderosas razones de analogía han debido traer á la discusión el problema de la evolución del sentido de los colores, que requiere y solicita, necesariamente, para ser resuelto, el concurso de la Literatura y la Ciencia, la Psicología y la Fisiología, el Arte y la Historia. Con efecto, demostrado el proceso evolutivo en la escala de los seres, hay motivos para sospechar la existencia de idéntica ley en las especies y en el individuo mismo, y por ello el sabio profesor de Oftalmología de la Universidad de Breslau, pidiendo su concurso á la ciencia del lenguaje, á diferencia de Steinthal que en su obra *Origen del lenguaje* lo considera comprendido en el dominio de la Fisiología, plantea é investiga como tema de discusión la teoría de que la visión ha tenido en el hombre poder, primero únicamente para distinguir la luz, faltando por completo el sentido de los colores, saliendo éste en su origen del sentido de la luz, por la excitacion incesante de los elementos sensibles de la retina bajo la influencia de aquella, y aumentando gradual y paulatinamente su aptitud funcional hasta dejar percibir y sentir en los rayos luminosos, no sólo su identidad, sino tambien su color en razon inversa de la cantidad de fuerza viva que poseen, es decir, «mientras mayor es la cantidad de fuerza viva de un color, más pronto ha sido sentido por la retina; mientras más pequeña, más ha tardado la retina en distinguirlo;» habiendo necesitado, por tanto, «menos tiempo los colores de gran intensidad para afectar la retina que los que tienen una intensidad menor.»

Para llegar á estas conclusiones el Dr. Magnus, estudia los datos que le suministran, en expresiones acerca del color, los monumentos literarios de la raza arya y semita, y si bien no consigue probar, como afirma atinadamente el autor del prólogo que figura al frente de la edición castellana, Sr. Machado y Alvarez, con severo juicio, «que comenzó—el hombre—por distinguir la luz de las tinieblas,» «ni tampoco que el orden con que fueron

distinguidos los diversos colores corresponda precisamente al orden con que se presentan en el espectro,» nos ofrece, sin embargo, una hipótesis muy razonable, que se halla enteramente de acuerdo con lo que, según la frase del prologuista de la edición francesa, Sr. Soury, constituye uno de los títulos más gloriosos de la ciencia moderna: «Que las innumerables formas de los organismos vivos, lejos de tener nada de fijo é inmutable, se desarrollan y trasforman indefinidamente bajo la acción de las fuerzas naturales.»

Las conclusiones del Dr. Hugo Magnus no tienen el carácter de afirmaciones científicas, seguramente, en todo el rigor de verdad hallada que tiene esta frase; pero de ella se desprenden, como apunta el Sr. Machado, aspectos importantísimos, y entre ellos «que el estudio concienzudo y severo de la evolución del sentido de los colores tiene una aplicación trascendentalísima á la pedagogia en general y á la educación de los pintores en particular.»

CURIOSIDADES NATURALES Y CARÁCTER SOCIAL DE LOS ESTADOS-UNIDOS, por D. José Jordana y Morera, Ingeniero de Montes.—Madrid, 1884.—Un volumen en 4.°, de 182 páginas.

Bien conocido es de las personas que cultivan las ciencias el nombre del autor del libro cuyo título precede, por las múltiples é interesantes publicaciones en que ha dado á conocer el resultado de sus estudios respecto á las comisiones oficiales que ha desempeñado, ó de los trabajos que privadamente ha ejecutado, llevado siempre de su deseo de extender y difundir el fruto de sus observaciones, hechas con gran discernimiento y elevado espíritu de investigación, y desarrolladas con la profundidad propia de quien posee gran ilustración y extensos conocimientos. Solamente las que se refieren á los Estados-Unidos alcanzan á la cifra de veintiocho, entre libros, folletos ó artículos publicados en revistas ó periódicos, cuyo resultado demuestra evidentemente la laboriosidad del Sr. Jordana y Morera, y las ímprobas tareas que se impuso durante el tiempo que residió en aquella nación para reunir los datos sobre que versan sus publicaciones.

La obra de que se trata es un trabajo literario y ameno, que describe muchas curiosidades naturales y la condición social, juzgando con exquisita imparcialidad y elevado criterio el régimen y constitución de aquel país, del cual Simonin dice: *Hay países que no se cansa uno de ver, entre los cuales figura en primer lugar la gran República americana,* si bien otros escritores lo juzgan severamente.

Describe el libro lo más notable y digno de referencia que ofrecen New-York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Washington, Saint-Louis, Odgen, Sierra-Nevada, California, Yellovostone, el Niágara, el lago Ontario y otras diversas localidades americanas, refiriendo detalles sumamente curiosos, instructivos y amenos, que dan al libro gran atractivo, no sólo para las personas de extensos conocimientos científicos, sino para la generalidad, puesto que el estilo de redacción, tan sencillo como correcto, le pone al alcance de todas las inteligencias.—*E. P. y R.*

Revistas.—The Nineteenth Century.—IV. *¿Waht will the Peers do?*, por lord Brabourne. La extraordinaria agitación que en estos últimos meses ha reinado en Inglaterra, con motivo de la ya antigua cuestión de la conveniencia de que continúe viviendo la Cámara de los Lores, no se ha calmado un tanto hasta que han transigido éstos, ó, por lo menos, contemporizado con el proyecto del Gobierno sobre la reforma electoral, Es, pues, de interesante actualidad el artículo que señalamos, y en el cual su autor trata de probar que la existencia de la Cámara de los Pares encaja de lleno en lo que aquí llamamos el credo democrático.

Lord Brabourne examina la cuestión detenidamente y con gran ingenio, opinando que los enemigos de la Cámara hereditaria han tratado de desfigurar el origen, de escasa importancia, de la agitación, con el propósito de engañar á la opinión; y encontrando que esta cuestión puede considerarse bajo tres formas distintas, que son: la abolición radical de la Cámara, su reforma y su conservación íntegra, va examinando cada uno de estos aspectos, que corresponde respectivamente á un grupo de aspiraciones en el país. El espíritu del artículo es altamente conciliador, y sus resultados en contestación al epígrafe, que los Pares deben apoyar al Gobierno en la cuestión de la reforma electoral, pero sin abdicar de los principios de gobierno que les dictan su honor y su conciencia.

Revista General de Legislación y Jurisprudencia.—*El Derecho penal según la ciencia positivista*, por D. Luis Morote.—Madrid, tomo LI.—Partiendo de la doctrina evolucionista, que en sentir del autor de este artículo es la que impulsa la revolución que en Europa se opera actualmente en las instituciones del derecho y de la moral, comiénzase por afirmar, con Lombroso, que el derecho es un fenómeno natural como el nacimiento, la muerte y la generación. Colocado en este terreno, no vacila en aceptar todas las consecuencias, por graves que ellas sean, tales como la negación del libre albedrío y la libertad humana, á la cual define diciendo

que es la balanza en donde se pesan los motivos de las acciones; si hay uno sólo, determina la acción; si hay varios, el más fuerte impera. Considerando el cerebro como órgano de la inteligencia, la voluntad y el sentimiento, afirma que rigen en sus procesos morbosos las mismas leyes que en las demás partes del organismo; concluyendo que, si la inteligencia sana es función cerebral, la inteligencia enferma será lesion cerebral. Cada uno de estos principios los apoya en abundantes datos fisiológicos y en los estudios frenopáticos. La herencia, el temperamento y el medio ambiente, forman al criminal; y si bien éste no tiene culpa de haber nacido malvado, tampoco lo es de la sociedad haber de castigarle usando de un derecho que no se funda en otra cosa que en la necesidad de limitar la actividad. Para el estudio, pues, de esta rama del derecho, propone sean sustituídas las teorías sobre la responsabilidad, hijas de la antigua metafísica, por las historias clínicas recogidas en los presidios y en los manicomios; en lugar de procesos, un juicio breve oral, en que se decida únicamente la participación del acuerdo en el hecho criminal; y en vez de la vida en común ó el aislamiento, la creación de casas de educación y el establecimiento de manicomios penales para el resto de los criminales.

Aunque este trabajo no es más que un boceto y está hecho con algún desorden, se ha hecho con fe y con vista de los más fundamentales trabajos llevados á cabo sobre la materia; por esto, cuanto por tratarse de nuestro país, en donde las reformas empiezan tarde y marchan muy lentamente, merece este artículo atención especial por parte de los jurisconsultos.

JOSÉ LUIS ALBAREDA,
PROPIETARIO-FUNDADOR.

L. A. RUIZ MARTINEZ,
PROPIETARIO-DIRECTOR.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Al contemplar la serie de sucesos realizados en el tiempo y en el espacio por el hombre, sujeto de la historia; al observar las vicisitudes porque ha pasado la sociedad desde su aparición en la tierra; al considerar el engrandecimiento de algunos pueblos, la caída de otros, la destrucción de vastos imperios que fueron sepultados en el abismo de la nada para no levantarse jamás; al dirigir nuestra reflexiva mirada al espectáculo, tan variado como rico, presentado por la humanidad en su incesante desarrollo, en su marcha siempre ascendente; al reflexionar sobre ese flujo y reflujo de hechos que en confuso torbellino pasan ante los siglos, desapareciendo sin dejar otra cosa más que el recuerdo vivo de su efímera existencia, y al ver, en fin, destruídos tantos trabajos de la humana inteligencia por el trascurso del tiempo, tantas obras de arte arruinadas y tantos santuarios despojados de sus dioses, detiénese el hombre pensador para estudiar é inquirir si todos estos hechos son producto del acaso, si la humanidad marcha á la ventura por desconocidos derroteros, si la fatalidad preside el desenvolvimiento histórico sin darse cuenta, sin tener conciencia de su destino, ó si, por el contrario, la historia tiene sus leyes fijas, constantes, inmutables, á las cuales obedece en su natural desarrollo.

Porque, en efecto: si la sociedad marcha por el ciego acaso;

si no está sometida á ninguna ley que determine su existencia histórica; si todo lo que sucede no tiene una causa en lo pasado y no deja frutos para el porvenir; si no hay un principio que explique esa múltiple variedad de sucesos; si los hechos históricos no son la revelación de una ley y el producto de un designio providencial; si, en suma, la desaparición de tantas razas, así en el mundo oriental como en el griego y romano, no tienen una explicación, confesemos que el mundo moral es de peor condición que el orden físico, y que mientras en todas las esferas de la limitada inteligencia humana se descubre una ley y una causa constante, no hay un principio que determine las vicisitudes de la existencia de los pueblos y regule sus destinos.

Pero no; la sociedad, lejos de marchar á la ventura, tiene sus leyes fijas, constantes, universales, principios inmutables á los cuales está sometida, siendo la Filosofía de la historia, asunto de este trabajo, la ciencia que investiga las causas que producen los sucesos; la que determina esas mismas leyes; la que da á conocer los principios para explicar la marcha de la humanidad, su progreso, sus adelantos en todas las esferas, la desaparición de unos pueblos, el nacimiento de otros, la ruina de naciones que, después de haberse distinguido por su cultura y civilización, dejando en pos de sí luminosos vestigios de su perfeccionamiento, han servido como de trofeo á otras más viriles; la ciencia, en fin, que, interrogando á la humanidad y estudiando su constitución y desenvolvimiento, le marca su derrotero, le asigna las causas de su futura grandeza, de su incontrastable poderío, así como también de su decadencia y ruina, señalándole su designio, si ha de cumplir con su destino acá en la tierra.

¿Cuáles son esas leyes que deben regir á la humanidad y presidir á su desarrollo? ¿Cuál es el punto de partida y el método de investigarlas? Aquí es donde la dificultad principia, produciéndose por la diversidad de escuelas y de sistemas.

Antes de manifestar nuestra opinión en cuestión tan deli-

cada como trascendental, señalaremos el origen y la fuente de la Filosofía de la historia, para después ocuparnos de la formación y progresos de esta ciencia, deteniéndonos en el examen crítico de los más profundos pensadores que con gran elevación de miras la han cultivado brillantemente.

No era posible que la Filosofía de la historia, considerada como ciencia, fuera conocida de la antigüedad. Aunque producto de la observación de los fenómenos sociales, no teniendo delante de sí bastante pasado, no podían elevarse á la idea de descubrir un principio superior al cual se sometieran las mudanzas, los cambios, los trastornos y las vicisitudes de los pueblos. Fué necesario que el espíritu humano extendiera su pensamiento más allá del círculo en que vivía, comparase lo pasado con lo actual, relacionase sucesos entre sí y de ellos dedujera una ley constante para explicar todo el desenvolvimiento histórico. La vida de los pueblos entonces, lejos de considerarse como el centro del género humano, como una unidad inmóvil, en vez de pensar en sí propia, sin salir fuera de sí misma, fué agrandando el círculo de sus relaciones, ensanchó la esfera de su actividad, abrió dilatados horizontes, mostrándose más rico, más prodigioso, más exuberante el principio vital que informaba aquella nueva sociedad. Y el hombre, desde este momento, se sintió impresionado ante el imponente espectáculo de la humanidad, ante la desaparición de pueblos enteros no dejando rastro de ningún género, ante el nacimiento de otros y la repentina y súbita sucesión de fenómenos sociales, dando lugar todo esto á que, recogiéndose en el santuario de su conciencia, meditase acerca de la causa de aquella multitud de hechos, al parecer incoherentes, determinando la ley que los regía y el principio que los explicase.

Estas reflexiones impulsaron necesariamente al espíritu humano en pos de una explicación del destino social, llegando á producir una serie de especulaciones que forman la ciencia denominada *Filosofía de la historia*, ciencia negada por los partidarios de la escuela anti-progresiva, fundándose en que, si bien conocemos el principio de la vida del género humano y

los pasos dados hasta aquí, no conocemos lo bastante para deducir la ley de su existencia. Aseveración es ésta gratuita y en todo infundada, por ser un hecho cierto, evidente, que la historia tiene sus leyes y que la sociedad no marcha á la ventura.

Antes de investigar el origen de la Filosofía de la historia, conviene advertir que aquí no se trata de descubrir el destino del individuo; desentendiéndonos, por consiguiente, de la tan debatida cuestión sobre si el hombre sirve á la sociedad ó la sociedad al hombre, esto es, si el hombre debe ser absorbido por las sociedades para hacerlas grandes y opulentas, ó si el progreso de las sociedades está destinado únicamente á perfeccionar la condición individual; cuestión, por otra parte, en donde se confunde lastimosamente el fin del hombre con el de la sociedad, siendo distintos, puesto que los pueblos cumplen enteramente su destino en la tierra, mientras el hombre lo realiza más allá del sepulcro como evidentemente lo demuestra su naturaleza moral.

Y dicho esto, observamos se encuentra el origen de la Filosofía de la historia en el Cristianismo. El dogma de la unidad del género humano y la idea de que todos proceden de un mismo Padre común, que está en los cielos, bastó para elevar al hombre á la contemplación de la unidad de nuestra especie. Aquella religión vino al mundo á mostrar á la humanidad el objeto social á que aspira incesantemente, llevando en sí los tres principios constitutivos de todas las doctrinas humanitarias: la libertad, la igualdad y la fraternidad; triple fórmula democrática, bello ideal de los pueblos modernos. El Cristianismo, al romper las cadenas de la esclavitud, rehabilita al pobre; enseña la propiedad sagrada que el hombre tiene sobre el trabajo de sus manos; proclama el respeto á la dignidad del virtuoso; encarga al rico la caridad; proscribe las castas, privilegios y derechos exclusivos del paganismo; regenera la familia, haciendo á la mujer igual al hombre y protegiendo su pudor; establece la monogamia y la indisolubilidad del vínculo conyugal, completando su rehabilitación y llamándola á las funciones pú-

blicas en la Religión, en el Estado, en la educación y en las misiones. El Cristianismo, además, al proclamar la unidad de la raza humana, funda el espíritu de asociación entre los hombres, para de esta suerte proporcionarse más fácilmente el bienestar físico, intelectual y moral.

No es de extrañar, pues, que los primeros gérmenes de esta ciencia se hallen en las obras de San Agustín, especialmente en sus *Meditaciones* y en la *Ciudad de Dios*. El ilustre Obispo de Hipona cree podrá el mundo ser conducido providencialmente desde las más remotas edades hasta el Cristianismo; pero esta creencia, esta concepción no tuvo inmediato desarrollo, y fué preciso que, después de los siglos medios, la inteligencia trabajase para ensanchar la esfera de sus conocimientos filosófico-históricos.

El primero que aparece en el orden de los tiempos, es el gran Bossuet, el Pontífice de la Francia en su época, la lumbrera de la Iglesia en el reinado de Luis XIV; Bossuet escribió su *Discurso sobre la Historia universal, para explicar la continuación de la Religión y las mudanzas de los imperios*, y en el título de esta magnífica obra reveló su pensamiento. No podía creer Bossuet al escribirla que echaba los cimientos de una ciencia nueva; por eso, poseído de la verdad cristiana, al ver pasar los pueblos y naciones, al contemplar las mudanzas, y los cambios y la continua sucesión de hechos, observó que la Religión Católica aparecía en medio de tanta devastación y ruinas, y que tan sublime idea eclipsaba á todas las demás, flotando en la atmósfera inmóvil como el sol en nuestro sistema planetario; y agrupando en torno suyo todos los sucesos, dijo: «Todo lo que ha pasado ha sido subordinado á la idea providencial de conservar la Religión de Dios antes de Jesucristo y de propagarla después de su venida.» Consecuente á este pensamiento, los reyes y los imperios sirven de vanguardia al Mesías prometido, y de séquito después de su llegada. Las vicisitudes de la Religión se desarrollan paralelamente con las de las sociedades. Contempla la Religión: 1.°, bajo la ley de la naturaleza y la de los Patriarcas; 2.°, bajo Moisés y la Ley

escrita; 3.°, bajo David y los Profetas; 4.°, después de la vuelta del cautiverio hasta Jesucristo; y, por último, desde Jesucristo y bajo su nueva Ley hasta nuestros días, siempre avanzando y perpetuándose en el mundo. La historia profana la subordina al plan trazado por él anteriormente, explicando las revoluciones de los imperios por la directa é inmediata intervención de Dios y dirigidos todos los sacudimientos sociales á la conservación de la Religión verdadera.

Así dice: «Dios, cuando tuvo necesidad de castigar á su pueblo, se sirvió de asirios y babilonios; se sirvió de los persas para restablecerle; de Alejandro y su primeros sucesores para protegerlo; de los romanos para sostener su libertad contra los reyes de la Siria, que sólo pensaban en destruirlo. Cuando los judíos cometieron el crímen de crucificar al Salvador, los mismos romanos, antes sus protectores, los exterminaron, sirviendo de instrumento á la venganza divina.» Continuando la narración de los sucesos y explicándolos bajo la misma ley: «¿Queréis saber, dice, por qué se engrandeció Roma y se hizo centro de todos los pueblos? Porque Dios la destinaba para ser el vehículo de su palabra y el medio más eficaz de propagar la *buena nueva*. Roma, es verdad, se ensañó en persecuciones sangrientas contra los primeros cristianos; pero entraba en los designios de la Providencia probar á los suyos con el fuego de la persecución. Sin embargo, este crimen de Roma no quedó impune; Dios la entregó á los bárbaros en castigo de sus atrocidades y por haberse embriagado con la sangre de los mártires. Pero, ¡cosa admirable! el pueblo bárbaro cae sobre Roma como sobre una presa codiciada, y recibe de ella misma la Religión, y le permite que sea la cabeza espiritual del mundo bajo la nueva Ley.—Véase, añade, de qué manera han servido los imperios al fomento de la Religión. Y todo esto, había sido anunciado por los Profetas. Daniel, en sus visiones, había profetizado la ruina de Babilonia, de los medos, de los persas, de Alejandro y de los griegos. Fué predicha la ruina de Nínive y las victorias del pueblo de Dios contra Antioco, y por último, fué profetizado el Imperio de Jesucristo, el ver-

dadero Imperio, el Imperio por excelencia, el único para quien no hay ruinas y que durara hasta la consumación de los siglos.»—«Ya ve vuestra Alteza—añade dirigiéndose al Delfín de Francia, á quien había consagrado su obra—ya ve vuestra Alteza que todos los imperios que han existido sobre la tierra han concurrido por varios modos, directos ó indirectos, al bien de la Religión y á la gloria de Dios. Por eso debe aprender vuestra Alteza que todas las cosas humanas no son sino emanaciones directas de la voluntad divina.»

Tal es, en resumen, el pensamiento de Bossuet. Y ahora ocurre preguntar: ¿cuáles son las consecuencias que se deducen del principio sustentado por tan ilustre escritor? ¿No es un corolario necesario de la doctrina sostenida por él la negación de la libertad de los pueblos? Y si esto es indudable, ¿no pugna con la razón ese fatalismo á que llega por haber exagerado el principio con que pretende explicar la historia de la humanidad? Pues qué, ¿no se ha de admitir en los pueblos cierta previsión cuando obran el bien, cuando cumplen con su misión, mereciendo recompensa? Y, por el contrario, ¿no acibaran los días de su existencia con profundos remordimientos cuando practican el mal, cuando prevarican, infringiendo de esta suerte el orden moral? ¿Por ventura, en este sistema, tienen algún valor filosófico el premio y el castigo, el mérito y el demérito? Si los pueblos son movidos inmediatamente por la mano de Dios, así en sus acciones buenas como en las malas, ¿serán libres en sus determinaciones? De ninguna manera. Véanse, pues, las consecuencias de exagerar el principio fundamental que informa el pensamiento de Bossuet, al querer subordinar totalmente á la idea providencial la marcha y el desenvolvimiento histórico, destruyendo así su libre albedrío, puesto que, según el citado escritor, Dios toma por la mano á los reyes ó á las naciones, y las precipita las unas sobre las otras con el fin de realizar sus altos designios. Unas hacen el papel de víctimas, otras el de ejecutores de la justicia divina y el de espectadoras de altos escarmientos, obrando, por consiguiente, sin libertad.

Aparte de este defecto capital, Bossuet tiene el indisputable mérito de ser el primero en haber comprendido de una manera sintética y elevada la historia de la humanidad, distinguiéndose por su brillante concepción respecto al género humano, por el carácter de majestad y grandeza que imprimió á la historia, convirtiéndola en un gigantesco drama, cuyo protagonista es la humanidad, y por el pensamiento magnífico de considerar esta como una gran familia, hija de un mismo Padre, que es conducida por la tierra con una providencial misión.

Si Bossuet había exagerado el principio según el cual los pueblos son movidos inmediatamente por la mano de Dios, la filosofía del siglo XVIII, en cambio, operó una reacción, siendo la fórmula más expresiva de ella el *Ensayo sobre las costumbres de las naciones*, de Voltaire, de escaso mérito, de estrechez de miras, de mezquina crítica y de falseamiento en la parte histórica. Sostiene el filósofo escéptico que el estado salvaje es el primitivo de la humanidad; considera el sentimiento religioso como degradación del espíritu, hijo de su debilidad, juzgando la creencia en Dios como una creación del miedo sostenida por el fanatismo.

La simple enunciación de las materias contenidas en esta obra, donde campea la impiedad y el más frío escepticismo, prueba harto suficientemente el grosero error de semejantes teorías. En efecto: ¿cómo afirmar que es el salvajismo el primitivo estado del hombre, cuando la historia demuestra que apenas fué criado recibió de Dios el desarrollo de sus facultades intelectuales, brillando en su frente el pensamiento, encarnación del Ser Supremo en la conciencia humana, desenvolviéndose en todas sus esferas y satisfaciendo cumplidamente su deseo de saber, causa inmediata del estado de perfeccionamiento en que se encontrara? ¿Cómo arrojar en medio de la tierra al ser más excelente de la Creación, sin dotarle de aquel grado necesario para realizar su fin y cumplir su glorioso destino? ¿Cabe concebir que un Dios de infinita bondad lanzara al hombre en estado completo de salvajismo, haciéndole mil veces de peor condición que los bru-

tos? Los hechos, por otra parte, ¿no están conformes en admitir un primitivo estado feliz y próspero, en donde el hombre, sin esfuerzo alguno, poseía la suma de perfección que después perdió por no haber obedecido la Ley impuesta por Dios? El estado salvaje, pues, lejos de ser un estado primitivo y originario, es una decadencia de la perfección primera. El salvaje, con sus costumbres y su lengua, es un conjunto de ruinas, no un estado embrionario. Y por lo que toca á ser el sentimiento religioso una degradación del espíritu, ¿ignoraba el autor del *Ensayo sobre las costumbres de las naciones,* que precisamente ese mismo sentimiento ha elevado y engrandecido á los pueblos, les ha hecho recobrar su libertad, sacándoles de la abyección y del más feroz despotismo, alcanzando su independencia y haciéndoles sacudir el yugo que los envilecía y degradaba? ¿No sabía, por ventura, que las glorias de muchos de ellos están vinculadas en ese sentimiento, el más complejo de cuantos se presentan en el vasto campo de la ciencia? La religión, lazo misterioso que une á Dios con el hombre, comercio el más íntimo entre la criatura y el Criador, vínculo indisoluble que ata y estrecha al ser necesario con el contingente, al absoluto con el relativo; la religión, el sentimiento religioso, lejos de degradar, como erróneamente supone el escéptico Voltaire, eleva al hombre, le engrandece y le sublima, aproximándole al mismo trono de la divinidad. Con notoria inexactitud supone también ser la creencia en Dios la creación del miedo, sostenida por el fanatismo. Pretender borrar la idea del Ser Supremo de la inteligencia humana, es intentar lo imposible. El nombre de Dios está escrito en todo el universo; pero con más claridad y fuerza que en parte alguna, en el espíritu, y, de consiguiente, en las instituciones humanas. Se halla en las lenguas más bárbaras, en la historia de todos los pueblos, en el fondo de todos los Códigos, en la boca de los sacerdotes, en la cabeza de los filósofos, en la fantasía de los artistas. Es para nosotros la fuente de toda verdad, de toda belleza, de todo bien; es lo que satisface y llena cumplidamente nuestras facultades. Para la inteligencia humana, no hay idea más elevada; para la sensibilidad, no

existe sentimiento más puro; para la voluntad, no se concibe bien más completo. Es el enigma más impenetrable y la solución más clara de todos los enigmas. Limitada la mente humana, nada comprende sin límites, y, sin embargo, nada se explica sin la intervención de lo ilimitado.

No toda la escuela enciclopedista siguió la funesta tendencia de Voltaire al explicar la marcha de la humanidad. Condorcet, sin embargo de pertenecer á ella, tuvo un pensamiento más trascendental, colocándose, por la índole de sus especulaciones entre la filosofía del siglo XVIII y la del XIX. Buena prueba de esta verdad es su *Ensayo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano.*

La escuela filosófica del siglo pasado se había desentendido de ese sucesivo encadenamiento de hechos, había roto las tradiciones de los pueblos, había considerado aislado completamente al individuo y había olvidado su naturaleza. Esta falsa concepción de la historia fué el origen de los más graves errores en las diversas esferas de la vida. Por eso Condorcet ve en la historia elocuentes enseñanzas para los destinos futuros de los pueblos, considera á la naturaleza humana como esencialmente progresiva, profesando el principio de su perfectibilidad indefinida. «En vano, dice, se opondrá lo limitado de nuestras facultades, pues estas no han tenido todas las aplicaciones y desarrollo de que son susceptibles. La humanidad encierra recursos de progreso que el tiempo irá sucesivamente descubriendo.» Este pensamiento fundamental, que informa su modo de concebir la historia, le hace dividirla en *diez épocas*, señalando en cada una de ellas los progresos sucesivos que se han ido realizando. No puede menos de considerarse el trabajo de Condorcet, por más que carezca de imparcialidad, como importante, por el servicio que prestó á la ciencia, mucho más si se atiende á que supo desentenderse de las erróneas apreciaciones de Rousseau y Voltaire.

Aunque Montesquieu no se ocupó determinadamente de investigar las causas de los acontecimientos humanos, deduciendo consecuencias en los distintos órdenes, contribuyó, sin em-

bargo, de un modo indirecto al desenvolvimiento de la ciencia. El *Espíritu de las leyes* y la *Grandeza y decadencia de los romanos*, prueban que no se elevó á una síntesis general sobre la vida de las sociedades, limitándose sólo á examinar las causas secundarias de los sucesos, sin tratar de buscar una causa ni un principio común. Con sumo ingenio y profundidad investiga las relaciones entre las instituciones políticas y civiles, la influencia de diversos accidentes en la vida de los pueblos (el clima, la raza, las creencias); presenta hechos, pero sin subordinarlos á un principio superior, á una ley general que sirva de base á un sistema. Por eso, en realidad, no puede decirse que Montesquieu fué un filósofo de la historia, en cuanto no formula principios, á los cuales somete el desarrollo de la humanidad; pero, no obstante, sus escritos, y especialmente el primero de los ya indicados, fueron superiores á su tiempo, contribuyendo á dar gran impulso al pensamiento filosófico-histórico.

Si en el orden de los tiempos aparece el napolitano Juan Bautista Vico antes de los escritores mencionados, en el orden de las ideas debe colocarse después, por haber sido apreciada su doctrina en el mundo científico á fines del siglo pasado y principios del presente. Es tal la influencia ejercida con su obra titulada *Ciencia nueva*; tal es su originalidad y los profundos conceptos que expusiera dentro de su escuela, que bien puede considerársele como el fundador de la ciencia histórica, sin que sus ideas se encuentren en ninguna de las obras anteriores, ni tengan tampoco afinidad con las de Bossuet, por ser completamente distinto el modo de concebir el desarrollo histórico.

«En medio de la incoherencia de los sucesos que nos presenta la historia, dice Vico, se advierten analogías muy marcadas entre unas épocas con otras, así antiguas como modernas, hasta tal punto, que pudiera decirse que todos los pueblos siguen un camino idéntico.» Si así sucediese, ¿por qué no hemos de procurar poner de manifiesto los hechos que se reproducen siempre en sustancia, ó, por decirlo así, los *constantes*, y distinguirlos de los que son accidentes, ó sean los hechos variables? Pues bien; «yo me propongo, dice Vico, coordinar

los hechos constantes y formar con ellos la historia ideal de todos los pueblos, y, por consiguiente, del mundo; hecho lo cual, son supérfluas y pueden desdeñarse las historias particulares. A este trabajo le doy el nombre de *Ciencia nueva*, porque en efecto, hasta ahora no ha sido conocida. En ella se trata de averiguar cuál es el carácter de los pueblos en los diversos períodos de su infancia, de su virilidad y de su decadencia, á cuyo efecto puede conducir el estudio de la filosofía y de la filología, sirviendo de criterio el sentido común de la humanidad.»

Después de estos preliminares, y entrando en materia, sienta Vico que en el desarrollo de la civilización se distinguen constantemente tres períodos: 1.°, el período divino, ó el de la idolatría; 2.°, el período heróico, ó la barbarie; y 3.°, el período humano, ó la civilización. Llegado un pueblo á este tercer período, no tiene más allá y muere forzosa é indeclinablemente.

«Es de advertir, añade, que esta marcha de los pueblos guarda perfecta analogía con las leyes del pensamiento, si no es engendrada por ellas. Y como nuestro entendimiento no se desarrolla sino por adelantos sucesivos, encontramos en su desenvolvimiento los tres períodos: Al *primero*, corresponde el estado de oscuridad de nuestra inteligencia, absorbida por el imperio de los sentidos. Al *segundo*, el predominio de la imaginación, primera facultad intelectual que se despierta en el hombre. Al *tercero*, el reinado de la reflexión y de la razón, cuyo carácter es más frío y concreto. Este sucesivo desenvolvimiento intelectual, tiene sus correspondientes manifestaciones exteriores en la sociedad humana. A la dominación de los sentidos corresponde el período *divino*. A la preponderancia de la imaginación el período *heróico y poético*, en el cual las ideas se presentan bajo la forma de símbolos llenos de colorido; al dominio de la reflexión, por último, corresponde el período *humano*. Y todos los pueblos del mundo están destinados á recorrer este círculo; porque las leyes del pensamiento no pueden menos de ser unas mismas, mientras exista la misma naturaleza del hombre. Por eso se ve que en el tercer período

surge, por efecto de la reflexión y del análisis, la anarquía en las ideas, la irreverencia hacia la autoridad moral, la relajación de las costumbres; y los pueblos, cayendo en la anarquía y desenvolviéndose, vuelven al estado de naturaleza.»

Para comprobar esta teoría, Vico establece su doctrina acerca de la formación de las primitivas sociedades, y luégo recorre la historia general, y señaladamente la romana, para robustecer la idea *à posteriori*.

Según su teoría acerca de la formación de las primeras sociedades, los hombres, después del Diluvio, vivían en el estado salvaje, dispersos por los bosques, sin constituir ninguna unión entre sí, dominados por las necesidades físicas, sin Dios ni ley. En vano se ostentaban á sus ojos las maravillas de la naturaleza; nada podía despertar su espíritu, sepultado en la materia y embrutecido por el hábito. Pero cuando sintieron el trueno, cuando se vieron deslumbrados por el relámpago y heridos por el rayo, fenómenos atmosféricos que no podían tener lugar si no mucho tiempo después del Diluvio, á causa de la humedad que aquel cataclismo había dejado en la superficie de la tierra, entonces, consternados y llenos de espanto, se buscaron unos á otros, impulsados por el temor de un Ser superior á ellos y que se revelaba de una manera tan formidable. Aquí tenemos el origen de las sociedades y el primer paso del estado *brutal* al social. En este estado, la religión, el matrimonio y el sepulcro son las tres bases sobre las cuales descansa la sociedad.

Los hombres que vivían en los bosques, al formarse la sociedad, se les fueron uniendo, atraídos por las ventajas de la vida colectiva y con el objeto de no ser víctimas de los más fuertes. Fueron admitidos estos hombres en el estado social, pero en una condición desventajosa, en clase de clientes. Los padres de familia, que naturalmente gobernaban en aquel período, formaron al lado de sus hijos su clientela de siervos. Pero pasó tiempo, y los clientes llegaron á pedir tierras y á sublevarse para obtenerlas contra la dominación patricia. Entonces los padres de familia se unieron entre sí para resistir á este co-

mún enemigo, y la sociedad principia su período heróico. Los padres de familia formaron la clase de nobles ó patricios, conservando el triple carácter de jefes, sacerdotes y sabios. Los vencidos estaban en la condición de lo que se ha conocido con el nombre de *vasallos*, clientes ó plebeyos, sin más derecho que el cultivo de las tierras concedidas por los nobles. En esta edad el gobierno fué aristocrático, y aunque no había tranquilidad, los nobles se hacían la guerra, sirviendo los plebeyos á sus expensas. Pero á vueltas de estas guerras, en que los plebeyos se distinguían y adquirían honores, la clase plebeya iba ganando terreno y mejorando su condición moral, compartiendo los privilegios con los nobles.

Por fin llegó un tiempo en que los plebeyos participan del poder, y aquí principia la edad humana, la edad de la razón, y el tercero y último período social. Pero en este período el adelanto y progreso intelectual destruyó los símbolos y las creencias, y aflojó los vínculos que unían á los hombres entre sí; la sociedad quedó sin base ni fundamentos morales, principió á reinar el individualismo, y los pueblos se disolvieron, dispersándose, para caer en la brutalidad primitiva. «He aquí el círculo que recorren constantemente los pueblos, dice Vico, círculo confirmado por la historia.» Caracteriza después cada uno de estos períodos en su *gobierno*, *costumbres*, *lenguas* y *legislaciones*, descendiendo luégo á comprobar con citas históricas cuanto ha sucedido y lo que puede asegurarse sucederá siempre.

La primera edad la llama divina, porque diviniza su imaginación infantil todos los objetos materiales que convertía en dioses. Llama á la segunda *heróica*, porque los héroes eran adorados como descendientes de los dioses por su nobleza natural. A la tercera le llama *humana*, porque se funda en la razón del hombre.

El gobierno de la primera era teocrático; es la edad de los oráculos y de los adivinos. Bajo estos gobiernos, los hombres creen que todo se les manda en nombre de los dioses. En la segunda es heróico ó aristocrático, porque mandan los nobles; en

la tercera manda la razón, bajo cualquier forma que sea; los ciudadanos nacen libres é iguales.

Estos son los principales caracteres de cada una de estas tres edades en que se divide la vida de la naciones. Este círculo, con alteraciones dependientes del clima y de la raza, han recorrido los pueblos antiguos; este círculo recorrió Roma, sobre todo, y este recorre en estos momentos la Europa. ¿Se quieren pruebas históricas? «Cuando Roma, añade, cayó disuelta en su interior por sus liviandades y empujada por los bárbaros, se vió renacer para la Europa la edad divina; se vió á los Reyes Católicos poner la cruz en sus escudos, fundar órdenes religiosas y mandar en nombre de Dios. No hay remedio; *cabañas*, *ciudades* y *academias* marcan los tres grados por que pasan los pueblos. Pero cuando un pueblo ha llegado al último período, infaliblemente se corromperá. Porque se han roto los vínculos que le sostenían, porque la razón individual ha echado por tierra las creencias, porque no se mueve nadie sino por la sed de riquezas y de goces materiales. No hay una idea ni un sentimiento común; cada uno sigue su placer ó su capricho. Es un estado de barbárie, cien veces peor que el período bárbaro de su infancia. Así, pues, no hay que engañarse: en esta barbárie han quedado solos los cuerpos, y no los espíritus; no busquéis almas humanas, porque no hallaréis sino la soledad más profunda; sólo hallaréis bestias salvajes. Que perezca esta sociedad, porque está decrépita; que perezca, porque ha llegado la hora en que debe perecer. Y perecerá, sin duda. A sus puertas habrá ya hordas de bárbaros enviadas por la Providencia y asechando el momento de borrar este pueblo de la tierra.»

He aquí en síntesis el pensamiento de Vico al pretender explicar el desarrollo sucesivo de los acontecimientos humanos y la ley que regula los destinos de la sociedad.

Nos falta tiempo para detenernos á refutar todos y cada uno de los puntos que abraza su sistema, expuesto con alguna extensión; pero no podemos prescindir de hacer algunas reflexiones encaminadas á combatir la idea fundamental que lo informa.

Vico reconoce, es verdad, la Providencia, y le atribuye el gobierno del mundo; pero, por otra parte, hace desaparecer la libertad del hombre; de suerte, que esa Providencia, en rigor, no lo es, y la fatalidad es la que rige los acontecimientos humanos. Ahora bien: el fatalismo aplicado á la historia es un sistema anti-progresivo, y, por consiguiente, absurdo y erróneo bajo todo concepto. Si los pueblos, como los individuos, no obran con conocimiento perfecto del fin que realizan; si están condenados unos y otros á marchar empujados por el ciego acaso; si no son libres en sus determinaciones, entonces es preciso borrar las ideas de premio y castigo, y al recompensarles por sus buenas obras cometemos un acto por el cual premiamos á un agente, á una fuerza que, lejos de tener el principio de su acción, obra de una manera necesaria y fatal; del mismo modo que al castigarlos por sus faltas somos injustos, considerándolos como sujetos dotados de una facultad que ellos no tienen, de la libertad. Es más: el fatalismo hace estacionario á los pueblos, condena todo progreso, rechaza todo perfeccionamiento, los sumerge en la más grande de las abyecciones y en el más cruel de los despotismos, santifica el crimen cubriéndole con el manto de la necesidad y hace al hombre salvaje, por que vulnera, quebranta y viola la ley del progreso, que la humanidad lleva escrita en su frente con caracteres indelebles; ley que en vano quiere desconocerse por algunos espíritus que desearían ver estacionada á la humanidad, sin dirigir sus pasos por la senda del perfeccionamiento social.

Otro de los errores de Vico es suponer que los pueblos, cuanto más se acercan á su perfección, más próximos están á la muerte. Porque algunos pueblos hayan desaparecido, ¿deberemos afirmar que todos corren la misma suerte, y que en llegando á su mayor grado de desenvolvimiento decrecen, precipitándose en su caída hasta su completa destrucción? ¿No vemos, por el contrario, trasmitirse unos á otros sus progresos, sus adelantos, sus mejoras y hasta sus instituciones, formando con estos elementos una suma siempre creciente de perfección moral? ¿No debe considerarse á la humanidad como

una serie de generaciones enlazadas entre sí, de tal suerte que los progresos de la una se trasmiten á la siguiente, formando con todas ellas el saber del género humano? Vico, pues, se equivocó al sentar este principio, puesto en falso por la historia misma.

Tampoco es cierto, como supone Vico, se formase la sociedad primitiva por el temor de un Ser superior, revelándose por medio del rayo, del relámpago y del fuego. No puede creerse que después del Diluvio abandonase el salvaje la vida errante de los bosques por libertarse tan sólo del espanto producido en él por los fenómenos atmosféricos. Este es un error que es preciso rectificar. Si el hombre es sociable, es porque el espíritu de asociación es ingénito en él; es porque así lo reclama su naturaleza física, intelectual y moral; es porque la sociedad es la fuente inagotable de los más dulces sentimientos, manantial perenne de las más caras afecciones; es porque sólo en la sociedad se desarrollan y perfeccionan las facultades del alma; es por ser el vehículo más poderoso de la palabra y el auxiliar más eficaz de la cultura y civilización de los pueblos; es, en fin, por ser el signo evidente del progreso moral y material elevado á su mayor grado. Por eso el hombre fué sociable desde el primer momento, obedeciendo á la voz de la naturaleza que imperiosamente reclamaba la unión con sus semejantes, como el único medio de realizar su fin y cumplir con su glorioso destino.

Por último, Vico toma como punto de partida, para explicar la formación de la sociedad política, la romana, es decir, la lucha entre el elemento aristocrático y el democrático, los patricios y los plebeyos; y de aquí, generalizando el hecho histórico, comprende en él y consigna que de esta manera se formó esta clase de sociedad. El primer grado, la base fundamental de la gran sociedad política, es la familia; la multiplicación de las familias nos da las tribus, y con ellas la formación de la sociedad patriarcal; el engrandecimiento de éstos nos da un pequeño Estado, embrión de la sociedad política perfecta de una nación, que podrá ser mayor ó menor, según que la agregación

de las familias se multiplique, ó por la voluntaria adhesión de los jefes de las tribus, ó por la absorción de los pequeños Estados por medio de la fuerza, como sucede en la conquista. Tal es la marcha progresiva de la sociedad natural á la política; tal ha sido el origen de todas las naciones del mundo: bajo la influencia de un jefe de valor y de talento, se han agrupado las familias en torno suyo, ya porque la respetable autoridad paterna velaba por su bienestar y se encontraban felices al lado de su protector, ya porque las prendas y cualidades relevantes de un hombre distinguido por sus servicios á la multitud, le habían conquistado la estimación y la confianza de todos. Y esto es tan natural, es tan conforme á las tendencias de todos los hombres, que aun hoy día lo estamos viendo en medio de las grandes nacionalidades cultas y civilizadas, y, por consiguiente, en medio de una sociedad política perfecta y que ha llegado á su más alto grado de desenvolvimiento.

Esta es, pues, la marcha que ha seguido la sociedad política en su formación, y no como Vico quiere, hacerla derivar de la lucha entre el patriciado y el plebeyanismo, hecho tomado de la historia particular del pueblo romano.

Si importante aparece la doctrina de Vico para explicar la marcha de la humanidad y las leyes que presiden su desenvolvimiento, no lo es menos la de Herder, cuyo sistema se halla expuesto en la obra titulada *Ideas sobre la Filosofía de la historia de la humanidad*; Herder escribió este libro con entera conciencia de lo que hacía, con el propósito de construir la ciencia de la Filosofía de la historia.

Para desarrollar su idea, no partió de la conciencia humana, haciendo un estudio profundo del sentido íntimo, sino que, por el contrario, su punto de partida fueron las impresiones exteriores, el mundo sensible y fenomenal. Por eso dirige sus miradas al conjunto de seres que constituyen el universo, viendo en esa reunión de astros y planetas que se mueven en el espacio fuerzas ordenadas jerárquicamente, en cuyo centro existe Dios. El universo es para Herder la manifestación exterior de la Providencia creadora. Partiendo de este punto de

vista, desciende á examinar el planeta en que vivimos, y lo considera: 1.°, en sus relaciones con los demás, sujeto á recíprocas influencias y constituyendo el todo armónico de la naturaleza; y 2.°, en su extructura particular y en sus funciones, sin relación á los demás. Observa un conjunto de fuerzas en escala ascendente, desde el mineral al vegetal, desde el vegetal al animal, y desde el último animal de la serie zoológica hasta el hombre. Este es la creación más perfecta de nuestro globo, el más completo reflejo de la divinidad, pero no por eso deja de formar parte del conjunto de la naturaleza y de funcionar con ella. Y como el hombre es una parte de la Creación, aunque la más perfecta, está sujeto á seguir sus leyes y á desenvolverse en el tiempo, al compás de los desarrollos de la naturaleza orgánica.

Según esto, añade Herder, la historia de la humanidad es la historia del desarrollo general de la naturaleza orgánica. Desde que el hombre salió de las manos del Criador, estaba escrita ya su historia en la naturaleza. La índole de la superficie del globo, con el cual estaba en contacto inmediato, debía determinar su modo de ser. Para comprobarlo, se detiene á explicar cómo influyen en el carácter de las sociedades las cordilleras de las montañas, la profundidad de los valles, las sinuosidades de los ríos, la feracidad ó esterilidad de los terrenos, la tristeza ó belleza risueña de los climas. Todos estos accidentes, dice Herder, imprimen un sello indeleble en la fisonomía de las sociedades, como es en sus costumbres, leyes, creencias, gobiernos, en el grado de imaginación y sensibilidad. Así, pues, concluye la misión de la humanidad, que forma parte del conjunto armónico, el cual es representación de una naturaleza espiritual y creadora; la misión de la humanidad está escrita en su constitución orgánica y en la de los seres materiales que la rodean y que influyen en sus movimientos. Sin embargo, añade Herder, yo reconozco que la humanidad es la creación más perfecta, que es la expresión más alta de la divinidad; es más: la humanidad, compuesta de una doble naturaleza espiritual y material, sintiendo necesidades y aspira-

ciones infinitas, que no puede satisfacer en su condición actual, presenta todas las probabilidades de ser una creación transitoria, un vínculo que une dos mundos: el material y el espiritual. Porque el hombre es una inteligencia servida por órganos, pero inteligencia anterior á la constitución de estos órganos y posterior á su disolución. Según esto, no puede realizarse toda su vida aquí. Es preciso que, cuando sus órganos materiales se hayan descompuesto, su espíritu continúe viviendo en otras regiones. Pero aun considerada en sus funciones sobre el globo, le están reservados grandes desarrollos. En suma, la humanidad es perfectible, progresa sin cesar, y no se detendrá hasta que logre realizar sobre la tierra el reinado de la razón y de la justicia, porque tal es su destino. Pero este progreso no depende de sí misma; depende del movimiento de las fuerzas todas de la Creación. El Cristianismo, continúa Herder, es la expresión más pura, la fórmula más completa de los destinos humanos. Su doctrina es la que, uniendo á todos los hombres en una sola familia, realizará el fin á que están llamados.

Como se ve por la ligera exposición de esta doctrina, Herder, reconoce como última y suprema cierta fuerza natural que en su necesario y fatal desarrollo produce cuanto vemos en la Historia. Para él no hay otro móvil de las acciones de la humanidad que las influencias exteriores. Y nosotros preguntamos, el mundo moral, ese mundo que se encierra en las profundidades de nuestro ser, ¿no tiene también su iniciativa? Admitida la influencia exterior, ¿deberá negarse ese influjo grande, poderoso, incontrastable de nosotros mismos sobre los objetos exteriores? ¿No vemos que el hombre modifica la naturaleza, trasforma los agentes del mundo sensible, altera sus elementos constitutivos, dejando sentir su poder personal en todas las obras humanas? ¿Había de dominarse á sí mismo, pudiendo sujetar sus pasiones y sus apetitos desordenados al imperio de la razón, y no había de imponer á los objetos exteriores su ley, su propia y determinada personalidad? Al pretender extinguir Herder la individualidad del hombre y la del ser colec-

tivo, llamado humanidad, desconoce por completo la fuerza activa, el principio constitutivo del ser racional, ignora que su influencia es tan grande que dispone de las fuerzas naturales, sirviéndose de ellas para las diversas aplicaciones de la vida humana. ¿Podrá considerarse el clima, según afirma Herder, como causa de verdadera influencia en la suerte y en el estado de los pueblos? De ninguna manera. La historia demuestra lo contrario. ¿Cómo se explica que aquellas costas del Africa, en donde florecieron los Aníbales, los Tertulianos y los Agustinos, estén hoy ocupadas por tribus bárbaras? ¿Cómo aquella Grecia, emporio de la filosofía en otro tiempo, templo del saber, santuario de la ciencia; aquella nación, que había llevado su cultura artística á los pueblos de la antigüedad, haya descendido hasta encontrarse en el estado en que ahora la vemos? Si bien es cierto tiene alguna muy pequeña influencia el clima en el hombre, también lo es que es modificado por éste, sin que la actividad del ser racional sea susceptible de sufrir coacción.

Del mismo modo que hemos censurado en Vico su fatalismo aplicado á la historia, censuramos en Herder el mismo defecto de que adolece.

Cree, es verdad, en el progreso de la humanidad, pero no como producto de la actividad espontánea, no debido ciertamente á los esfuerzos del espíritu humano, sino que cree en un progreso emanado de la creación orgánica del conjunto de seres que constituyen el universo. Esta doctrina, además de ser fatalista—y ya hemos visto cuáles son las consecuencias que se derivan de este sistema en su relación con la historia—hay también algo, mucho de panteismo; por eso el desarrollo progresivo de la humanidad lo somete siempre y constantemente al tiempo; no admite progreso aislado por establecer en la naturaleza fuerzas naturales jerarquizadas, creyendo que todos los gérmenes de ulterior desenvolvimiento se esterilizan hasta que haya llegado la hora de su fecundación. La humanidad, por consiguiente, no puede acelerar ni retardar su curso; y no pudiendo hacer lo uno ni lo otro, está sujeta á influencias ex-

teriores, las cuales no dependen, en modo alguno, de la actividad del poder personal del hombre. Por eso hemos afirmado que la doctrina de Herder es fatalista, siendo altamente reprobada por las funestas consecuencias que de ella se originan.

Del examen crítico que antecede, resultan ser Bossuet, Vico y Herder los jefes de tres escuelas que han cultivado brillantemente la Filosofía aplicada á la historia, explicando las leyes á las cuales obedece el desenvolvimiento humano. Los tres tienen de común el ser religiosos y cristianos; pero los tres son también fatalistas, al menos bajo el aspecto histórico y político. En efecto; para Bossuet, la Providencia gobierna directa, absoluta y personalmente el mundo; para Vico, son las leyes de la razon; y para Herder, las de la naturaleza. Cada uno de estos sistemas en sí es incompleto; los tres tienen algo de verdad, integrándose ésta con la suma de todos ellos. Así es, efectivamente; la humanidad, en su continuo y progresivo desarrollo, lucha sin descanso con multitud de obstáculos que se oponen al cumplimiento de su designio; tiene que desplegar grandes esfuerzos intelectuales y morales para vencer las dificultades que se oponen á su perfeccionamiento; por todas partes se presentan contrariedades que exigen cierto grado de fuerza para vencer y sobreponerse á ellas; lucha en el orden físico con los agentes del mundo exterior, en el intelectual con el error, que se opone á la posesión tranquila de la verdad, y en el moral con los apetitos, con las pasiones, que sofocan y no dejan oir la voz de la razón. Ahora bien; ¿cuáles son los elementos con que el hombre cuenta, de que la humanidad dispone para salir triunfante de esta incesante lucha que se agita en los diversos órdenes, y mucho más en el moral, causa de su perfeccionamiento? ¿No es la libertad individual, origen de la grandeza y dignidad del hombre, la que no admiten Bossuet ni Vico? ¿No es la voluntad la que rechaza Herder? Si el hombre es sujeto de moralidad; si es responsable de sus actos; si se le atribuyen las acciones; si se manifiesta imponiendo su ley á los seres de la Creación, es por esa actividad

consciente; es por la facultad de querer; es por el imperio incontrastable que ejerce, tanto sobre los agentes exteriores como sobre sí mismo. De ahí que el hombre, por su voluntad, no sólo se impone al mundo sensible, dominando á la naturaleza, sino, lo que es más, extiende su poderío á los demás hombres, y, por consiguiente, á la sociedad en general.

De esto resulta, como lógica consecuencia, que de la armonía de estos tres sistemas puede derivarse, y de hecho se desprende, el verdadero principio: la marcha de la humanidad está sujeta, en su total y completo desenvolvimiento, *al desarrollo de la libertad individual, pero bajo la dirección de la Providencia.* Esta ley inmutable, conforme con la razón y la experiencia, explica de una manera completa y satisfactoria el desarrollo de la sociedad.

Los trabajos que con posterioridad al pensamiento fundamental de Bossuet, Vico y Herder se han publicado en la época actual, no son más que derivaciones, diversos aspectos de cada uno de los sistemas de los tres profundos pensadores ya mencionados. Veamos brevemente los más principales.

Kant, con su *Crítica de la razón pura*, había producido una revolución en el orden de las ideas, asentando el edificio de la ciencia filosófica sobre nuevas bases, y asignando al espíritu humano derroteros desconocidos para la indagación de la verdad. Fichte, Shelling y Hegel habían continuado la obra del filósofo de Kœnisberg, dedicándose especialmente el último de ellos á explicar la teoría histórica de la humanidad. Es para Hegel la Historia la manifestación práctica del espíritu humano, reflejo de la divinidad, ó, para adoptar sus propias palabras, la historia es «el desenvolvimiento universal del espíritu humano en el tiempo.» Según esta definición, debe explicarse por el procedimiento psicológico, reduciéndose á tres términos: posición, negación, afirmación, ó, lo que es lo mismo, tésis, antítesis y síntesis. Siguiendo este proceso, hallamos la historia *sustancial* en Oriente, *individual* en Grecia y Roma, y *libre* en los pueblos germánicos.

El sistema de Hegel es sobradamente vago, no hace aplica-

ciones á la historia, siendo su principio demasiado tirante y de excesiva rigidez.

Federico Schlégel expone su pensamiento conforme con el de Bossuet, aunque dejando más campo al libre albedrío del hombre y de los pueblos. Según él, toda la filosofía se encierra en esta idea: que el hombre, habiendo sido creado libre para elegir el camino bueno ó malo, y habiendo escogido el segundo, degeneró de su naturaleza. «Si el hombre, dice Schlégel, hubiese adoptado el bien, su libertad sería semejante á la de los espíritus angélicos, los cuales son libres, y, sin embargo, abrazan siempre lo bueno. Pero el hombre caído se convirtió en una reunión de dos voluntades, la una buena, representación del genio divino; la otra mala, representación del mal genio. Esto supuesto, la misión, la gran tarea de la humanidad sobre la tierra, es hacer que la voluntad buena prevalezca sobre la mala, que el principio del bien recobre su imperio absoluto sobre el principio del mal. Salió perfecta de la mano de Dios, delinquió después, y es preciso ahora que, con las revelaciones enviadas por la Providencia, se rehabilite á costa de luchas y de trabajos.»

Schlégel, como se ve, considera la Historia á la luz de la revelación cristiana, niega la perfectibilidad indefinida como fin de la humanidad, la cual no tiene otro objeto que alcanzar su rehabilitación moral.

La escuela francesa tiene también cultivadores, que, si bien no han brillado por la profundidad del pensamiento aplicado á la ciencia de los pueblos, merecen, sin embargo, citarse. Tales son Boulanger, Turgot, San Simón y Bonchez.

En la imposibilidad de ocuparnos de cada uno de ellos, lo haremos ligeramente del último de los mencionados, por ser el que cierra este cuadro.

Bonchez ha desenvuelto su teoría histórica en la obra titulada *Introducción á la ciencia de la historia*. Todo su pensamiento se halla sintetizado en estos dos puntos: 1.°, que la humanidad progresa siempre y marcha sin interrupción á la conquista de lo *bueno*, de lo *verdadero* y de lo *justo* en el orden mo-

ral, y á realizar, por consecuencia, la libertad, la igualdad y la fraternidad en el orden social; 2.°, que la marcha de la humanidad guarda perfecta analogía, en su procedimiento, con la manera psicológica de proceder que tiene el entendimiento. La humanidad progresa, dice Bonchez, y aduce pruebas *à priori* y *à posteriori*. Las primeras están sacadas de una ley de analogía; las segundas, de los hechos. Así como la naturaleza física progresa y marcha siempre, sustituyendo una serie de creaciones sucesivas, siempre más perfectas las posteriores que las anteriores, así es forzoso que suceda en la naturaleza moral de la humanidad. El globo ha pasado por trasformaciones sucesivas, no sólo en su estructura propia, desde que era una reunión confusa de materias minerales hasta el presente, sino en sus producciones vegetales y animales. En cada período ha hecho una creación más perfecta que la anterior. Pero así como las creaciones por sí mismas no engendran otras más perfectas, sino que mueren, y las creaciones que las reemplazan son obra de la naturaleza, así en el orden moral cada progreso, cada idea nueva es una revelación de Dios que se cumple y da lugar á otra nueva. Razones *à posteriori* del progreso humano. En el espacio de sesenta siglos que nos presenta la Historia, vemos, dice, á la humanidad progresando por medio de relaciones nuevas en el orden moral, que se suceden, llevando siempre ventajas las últimas á las anteriores. Cada sociedad ha cumplido su objeto y llenado una misión. Los fenicios hicieron florecer la industria y el comercio. Esparta se distinguió por su espíritu guerrero. Atenas, por el desarrollo de las bellas artes. Roma lleva á cabo el pensamiento de dominar al mundo y unir pueblos esparcidos é ignorados los unos de los otros. Todas estas naciones han contribuído al progreso común. ¿Cómo se progresa? Cuestión de procedimiento. Progresa la sociedad en virtud de una ley de analogía propia del individuo. Una sociedad es un ser moral dotado de entendimiento y de voluntad. Para ella rigen en más vasta escala las mismas leyes psicológicas que rigen para cada uno de los individuos que las constituyen. Ahora bien; en cada uno de los actos del

individuo hay que distinguir tres períodos: el período del sentimiento, el del raciocinio y el de la acción. Para obrar, es necesario que el individuo principie amando el fin de sus acciones, interesándose por él, revistiéndolo con los colores de su imaginación, y no obraría si no sintiese un atractivo que le arrastrase hacia su fin. Pero una vez amado el fin, entra el raciocinio para escogitar los medios de lograrlo; por último, amado el fin y conocidos los medios de su consecución, el hombre pasa á la realización exterior, que es el tercero y último período. Así, pues, sentimiento, pasión ó deseo, raciocinio ó cálculo y ejecución, son las tres fases por que pasa toda acción.

Como se ve, la concepción de Bonchez, ni es tan elevada como la de Bossuet, ni explica satisfactoriamente la marcha de la humanidad. Admite el progreso en las sociedades, sí; pero además de ser un progreso vago, indefinido, no determina la ley constitutiva por la cual se rigen; siendo su teoría, por otra parte, una investigación hecha con buen sentido acerca de la manera de vivir y funcionar las sociedades humanas.

Hemos expuesto sucintamente los sistemas ideados por los más profundos pensadores sobre las leyes que presiden al desarrollo histórico; hemos visto á Bossuet hacer intervenir de una manera directa, inmediata y hasta personal á la Providencia en el gobierno del mundo, quitándole al hombre toda libertad, causa inmediata de que puedan imputársele los actos, y, por consiguiente, exigírsele responsabilidad por su conducta; hemos visto á Vico destruir también esa misma libertad, condenando á las sociedades humanas á un círculo de hierro y sujetándola á las duras cadenas del más feroz fatalismo; hemos observado en Herder una serie de fuerzas ordenadas en la naturaleza, á Dios existiendo en el centro de ellas latentemente, y queriendo explicar así la marcha de la humanidad; hemos consignado con Hegel, que la Historia es «el desenvolvimiento del espíritu humano en el tiempo,» subordinando á este principio la explicación de los hechos sociales; se nos ha presentado Federico Schélgel negando la perfectibilidad indefinida como fin de la humanidad, que tiene por único objeto alcanzar su rehabili-

tación moral; y, por último, hemos manifestado la idea de Bonchez, reducida á querer explicar el procedimiento por medio del cual se desenvuelve el género humano, desentendiéndose del fin y de la misión que realiza.

Todos estos sistemas, especialmente los de Bossuet, Vico y Herder, alrededor de los cuales giran las diferentes manifestaciones del pensamiento de los demás escritores ya citados, llevan en sí y envuelven una parte verdadera, siendo falsa la otra. Cierto, muy cierto, es como afirma Bossuet, la acción de la Providencia en el gobierno del mundo; lo es también la participación que toman en él las leyes de la razón, como sostiene Vico; siendo innegable, como proclama Herder, la intervención de las leyes de la naturaleza. Ninguno de estos elementos puede desconocerse en la Historia no gobernando uno solo de ellos solamente, sino los tres. De ahí que de su reunión, de la armonía de todos ellos, de la síntesis comprensiva de estos elementos, brotará el verdadero principio, la ley á la cual obedecerá la humanidad en su continuo y progresivo desarrollo.

Por eso nosotros, al formular como ley de la Historia *el desarrollo de la libertad individual, pero bajo la dirección de la Providencia*, huimos del fatalismo, por contener este sistema gérmenes de disolución, por pretender negar la condición esencial de la voluntad, es decir, la existencia de la libertad, que puede y debe considerarse como un dogma filosófico, político, moral y religioso; la negación de este indiscutible principio conduciría á la abyección más espantosa y al más feroz despotismo. Por otra parte, dando cabida en nuestro sistema á estas dos ideas, absolutamente necesarias é indispensables para llegar á la posesión de la verdad, unimos, formando una síntesis misteriosa, de un lado la acción de la Providencia y la presencia de Dios, y de otro la libertad humana.

Sólo así entendemos puede darse una solución al problema, tan delicado como trascendental, de explicar las leyes del desenvolvimiento histórico, determinando la ciencia de los pueblos.

Mariano Amador.

LOS MALOGRADOS POETAS DE ALEMANIA

Holderlin, Lenau, Günther, Grabbe, Waiblinger y Leuthold.

La historia de la literatura alemana abunda en tragedias, como si la llama de la poesía, el favor de las musas, ese dote tan envidiable de los hombres que aspiran á lo grande, á lo bello, á lo infinito, fuese una maldición. ¡Cuántos poetas extraviados y agitados por la demencia, después de haber derramado sobre el mundo raudales de armonía y cruzado por las regiones de lo ideal, hemos conducido ya á la morada del silencio eterno! Así como los españoles tienen su P. Juan Arolas, el trovador predilecto del Turia, que pulsaba la lira de Ossían, y en el que los alientos de la juventud y un alma de fuego lucharon con el adios al mundo y á sus pompas, apagándose la chispa divina del vate brillante en la monotonía del cláustro, aunque hasta en sus sombras sus pensamientos eran éxtasis deliciosos y poéticos, y dorados ensueños que le conducían, ora á las hadas que moran en palacio de zafir, entre los diamantes y topacios de los harenes, ora al trono de estrellas esmaltado del Señor; así como los españoles lamentan el triste sino de su Larra, que se abrió á sí mismo las puertas del sepulcro, y de su crítico discreto é inspirado poeta D. Manuel de la Revilla, los alemanes lloraremos siempre la desdichada suerte de nuestros vates *Hölderlin*, *Lenau* y *Leuthold* y la desgracia que perdió á los *Günther*, *Waiblinger* y *Grabbe*.

Hölderlin, que en sus himnos titulados *Patmos*, *La peregrinación*, *El Rhin*, se remontaba á las alturas de Píndaro, aunque á veces caía cual Ícaro; *Hölderlin*, que en sus odas tomaba un vuelo atrevido y ditirámbico, escribiendo aquellas composiciones tan cumplidas en la forma como nutridas de pensamientos, que se titulan *El cantor ciego*, *El torrente cadenado*, *Ánimo de poeta*, *Mi propiedad*, siendo junto con Klopstock, nuestro maestro más eminente en los ritmos antiguos, sobre todo en la estrofa, inventada por Alceo; *Hölderlin* que, á pesar de haber sido un helenófilo como el que más, demostraba su patriotismo alemán en sus poesías *La muerte por la patria*, *El canto de los alemanes*, *Á los alemanes*, adivinando ya el tiempo en que los germanos alcanzarían el ideal ansiado de una cultura más armoniosa, era una naturaleza delicada y romántica, que por su cultura clásica fué impelido hacia aquella disonancia indisoluble en que se perdió. El que en su novela sentimental *Hiperion, ó sea el ermitaño de Grecia*, se retrataba á sí mismo, y que en su fragmento dramático *La muerte de Empedocles* nos presentaba en aquel Fausto antiguo un retrato idealizado de sí propio, no vió en su camino sino zarzas que herían sus pies: mediaba una distancia inmensa entre sus sueños, tan altivos, y la realidad, tan estrecha, devorándole en su posición modesta como preceptor, la ambición, jamás satisfecha, el anhelo hacia la bella y armoniosa vida helénica, que consideraba como el paraíso perdido de la humanidad, y la pasión por la madre de sus discípulos de Francfort, la hermosa Diotima, que en su éxtasis llamaba una ateniense. Creyéndose un dios en las regiones de lo ideal, el apasionado de Schiller y de Fichte experimentó el dolor de quedar hombre en la tierra, y se sintió cual extranjero en el mundo que le rodeaba: desde la altiva cumbre á que había llegado en alas de su inmensa fantasía, se estrelló en el seno del abismo. Su vida fué, pues, una tragedia; pero su demencia se hizo un idilio. Viviendo en la noche de la locura, desde 1807 hasta su muerte, acaecida el 7 de Junio de 1843, en casa del ilustre ebanista Zimmer, en Tubinga, el pobre bardo, á quien á pesar de la protección de Schiller ha-

bía faltado la gloria merecida, como uno de los líricos más eminentes de todos los tiempos, tenía siempre el sentimiento de la armonía; continuó escribiendo versos tan armónicos como antes, pero sin sentido alguno, y cuando el anciano tocaba la flauta, parecía que su alma lloraba sobre la tumba de su espíritu. Su sentimiento profundo de suavísima armonía era para él un dón fatal, pues le hizo insoportables las disonancias de la vida real; pero en compensación, cuando estaba privado de la razón, la música era su ángel, su estrella, su tesoro y todo su encanto. El poeta que se perdió por su idealismo exagerado, era una naturaleza encendida por las creaciones armoniosas del espíritu helénico; pero teniendo por divisa las palabras *naturaleza* y *libertad*, sobre todo en los cantos de su juventud, con los cuales embelesaba las márgenes del Neckar, nos parece como el último representante del *período de tempestad* de nuestra literatura.

Nació Juan Christian Federico Hölderlin el 20 de Marzo de 1770, en la ciudad de Lauffen, sobre el Neckar (Wurtenberg). Apenas despertado en el albor de la vida, perdió su padre y había de ser educado por su madre y su abuela. Cursó los estudios teológicos en Tubinga, pero éstos no lograron verter la ambrosía en su alma. Su destino le lanzó por el mundo, no dándole en Wallers Lausan (cerca de Meiningan), en casa de la amiga de Schiller, señora de Kalb, después en Francfort, en casa de un mercader, cuya esposa cantaba el poeta como la síntesis de lo bello, después en Hauptwil, cerca de Constanza, y por fin en Burdeos, sino la posición de preceptor. En 1802 volvió de repente á la patria, pálido como un muerto, los ojos salvajes, vistiendo el traje de mendigo: ya empezaba un oscuro velo á cubrir su espíritu. Y ¡en qué noche tan larga se hundió el desdichado poeta, esa gloria de la poética tudesca!

Las sombras de la demencia envolvieron también al autor de *Fausto*, de *Savonarola* y de *Los Albigenses*, el malogrado poeta *Nicolás Lenau* que, librado de sus dolores por la muerte, acaecida el 22 de Agosto de 1850, descansa en Weidling, cerca

de Viena y de las selvas en que había creado sus *Albigenses* y cantado sus composiciones *A los bosques*.

Él amaba también á la mujer de otro, y estaba, como Hölderlin, bajo la influencia de una educación mujeril, y como en el poeta de Suabia, aumentóse en el bardo de Hungría la sensibilidad con los goces de la música. Pero *Lenau* estaba indiferente y frío enfrente del espíritu de la antigüedad clásica, y, á pesar de sus dudas y á pesar de haberse deshecho del misticismo, guardaba la fe católica; pero cual poeta verdaderamente moderno que ejercitaba una influencia poderosa sobre los vates menores Carlos Bect, Mauricio Hartmann, Alfredo Meissner y Godofredo Keller, encontraba la palabra atrevida para los sentimientos nuevos, coincidiendo la necesidad más entrañable del poeta con el anhelo del tiempo hacia la libertad en la Iglesia y en el Estado. *Lenau* ha dejado rastros de luz en el cielo de nuestras letras, pero no alcanzó la madurez cumplida ni la armonía que le hubiesen hecho apto para sosegar á sus inquietos contemporáneos. A él no le hicieron feliz sus composiciones encantadoras, y en su última poesía, que escribió en Setiembre de 1844, en su viaje por el Danubio de Viena á Linz, exclamaba: «¡A donde se figen mis ojos, todo es vano!»

Lloramos aún con los sentidos versos del desgraciado *Juan Christian Günther*, para quien la poesía era un dón divino; la llama pura que en señal de gratitud hizo elevar al cielo; la amiga á que revelaba, con la timidez y la felicidad del joven, el secreto del primer amor; su genio clemente, su consuelo en la miseria, y una fuente de paz y de recogimiento tranquilo después de las borrascas de sus errores juveniles. Son sus versos un asombro de facilidad y de fantasía, de riqueza de ideas y de verdad del sentimiento: el alemán sale al correr de su pluma en armoniosos ritmos, como si éstos fuesen la genuina forma y modo de ser del habla de Lutero. Su última composición era el postrer adios conmovedor á todos los que le habían hecho beneficios y á la prenda de su corazón. Su propia culpa y la dureza de su padre, inexorable, que arrojaba

del umbral de su casa al hijo arrepentido, le destruyeron en la flor de su vida, lanzándole á la desesperación y á la muerte. Quien escriba la biografía de Günther, que parecía llamado al más brillante porvenir, escucha bramar el *simoun* de las miserias humanas, y apenas descubre un óasis lleno de encantos en la tostada arena.

Nació el malogrado poeta el 8 de Abril de 1695, en Striegau (Silesia) y sucumbió á sus dolores en Jena el 15 de Marzo de 1723. La que le amaba, su novia, le habrá dedicado la flor de la oración, cuyas fragancias se dilatan hasta el trono de la Gracia divina.

Y ¿qué diremos del titán de Westfalia, nuestro *Grabbe*, á quien con justicia han denominado el Miguel Angel de la tragedia, y que junto con Enrique de Kleist, es, sin duda, el mayor genio de que podría vanagloriarse la escena alemana después de Schiller? Para el poeta originalísimo y atrevido, caprichoso y fiero, que fluctuaba entre la clemencia y la arrogancia, y cuya fantasía gigante se perdió en lo inmenso, mientras su grandioso poder creador se complació demasiado en lo escéntrico y en lo extravagante, la poesía se hizo una señal de Caín. Cuando en el Teatro español se estrenan los dramas trágicos de Echegaray, en los pechos ruge el sordo trueno de la ansiedad y se aproxima la irresistible tempestad del entusiasmo; mil corazones palpitan á impulsos de una misma arteria, y el templo de Talía viste sus galas de los grandes días y de las grandes fiestas celebradas en su recinto; pero la escena alemana, esa ingrata, no se ha abierto al genial y exaltado *Grabbe*, en cuyas venas circulaba la sangre genuina de la musa trágica; de modo que este poeta, apasionado de lo horrible, perdió toda moderación, menospreciando las exigencias teatrales, advirtiéndose en sus últimas producciones, que no son sino bosquejos dramáticos, un laconismo amanerado. El bardo se entregó á una vida cínica, y Baco hízose su demonio. ¡Qué malestar moral, qué amargura, qué dejo de escepticismo y de sarcasmo hay en estas palabras que pronunciaba en 1827: «¡No creo ya en nada, ni espero, ni deseo, ni amo, ni odio nada!»

Grabbe no sabía moderarse á sí mismo como artista, ni sabía ser feliz. Pero, ¡qué genio tan grande!

El espíritu de la tragedia y de una fatalidad terrible llenaba su primer drama, que con el título de *El Duque Teodoro de Gothland* publicó en 1827, exagerando aun las hipérboles y las situaciones horribles de *Los bandidos* de Schiller y de *Tito Andronico*, de Shakspeare. Siguió en 1829 su drama peregrino y atrevido en extremo, *Don Juan y Fausto*, en el que trataba de reunir en una sola acción dramática á los dos héroes de la leyenda, al idealista Faust y al sensual D. Juan Tenorio. Con este drama grandioso y con los dos relativos al reinado de los Hohenstasufen, *Federico Barbarroja* y *Enrique VI*, que salieron en 1829 y 30, su genio alcanzó el zénit de su poder creador, no pudiéndose comparar á estos dramas históricos, en cuanto á la concentración dramática, sino *Ricardo II* y *Ricardo III*, de Shakspeare. En 1831 salió su *Napoleón ó los cien días*, que es una poesía gigante, sí, pero una epopeya histórica, escrita en forma dramática más que un drama. Hay un aliento de grandeza y de espíritu histórico en su *Annibal*, siendo lo último que escribió en 1838 su drama *La batalla de Herman*, si drama puede llamarse una aglomeración de escenas, formando cada día de la batalla un acto y constituyendo la escena la misma selva teutoburguesa.

Al pueblo glorioso del Campeador, le diré que *Grabbe*, que en su *Don Juan y Fausto* llama á España un país que en dos mares baña su seno ardiente, escribió también el libreto para una ópera titulada *El Cid*, que había de componer su compañero en las tabernas de Düsseldorf, el músico Burgmüller, siendo la concepción de *Grabbe* una sátira contra los absurdos libretos de ópera.

No podrían imaginarse mayores contrastes que los que había en la fisonomía del autor de *Don Juan y Fausto*, contrastando, según dice Immermann, la belleza de su frente, tan alta, de sus ojos, azules y profundos, con la fealdad de su boca, de su barba y de su cuello.

Nadie ha censurado más las faltas de Shakspeare que

Grabbe; pero éste no logró alcanzar los altos fines que se había propuesto, á saber: la mayor sencillez y claridad posible en la forma y en la acción del drama, una comedia á la par nacional y dramática, caracteres alemanes, una dicción vigorosa, exenta de frases rebuscadas, y hermosos versos. Sin embargo, merece resucitar en la escena alemana; duerme el cantor bajo la sombra del ciprés oscuro, pero deberían vivir sus concepciones en el Teatro alemán como las de D. José Echegaray en el español.

Nació *Christian Diterico Grabbe* en la tierra de Arminio, en la ciudad de Detmold, el 11 de Diciembre de 1801. Jamás podía olvidar las impresiones tristes de su infancia, siendo su padre carcelero. El niño recordó haberse paseado conduciendo al aire libre á un asesino. En 1820 cursó los estudios en la Universidad de Leipzig, llevando en 1822 su tragedia *El Duque de Gothland* á Berlín, donde le admiraron como á un genio original, pero donde, tratando á Heine, empezaba ya á entregarse á una vida desenfrenada. Después de haber estudiado leyes quiso pisar las tablas, y gozó durante cuatro meses del trato de Luis Fieck, á quien había remitido su drama *El Duque de Gothland* con estas palabras: «Autorizo á Vd. á llamarme ante el público un poetastro miserable, si mi drama se asemeja á los de los poetas modernos.» El ilustre Fieck no podía menos de atestiguar la poderosa impresión que había hecho sobre él aquella concepción; pero el crítico añadió un buen consejo al autor, diciendo: «Lo horrible no es trágico, ni el rudo y salvaje cinismo es ironía, ni espasmo es fuerza.»

En 1827 entró el poeta en el ejército de Lippe como auditor. Su matrimonio, que contrajo en 1834 con la hija del archivero Clostermeier, fué infelicísimo, teniendo la culpa quizá ambos esposos. En 1827 salieron sus primeros dramas, llamando la atención general. Su cargo como juez militar no le satisfacía del todo, y habiéndose visto censurado á causa de una falta ligera, su amor propio le obligaba á solicitar su dimisión. Después de haberla recibido abandonó á su mujer, y siendo ya una ruina, aunque fuese una ruina de granito, si-

guió en 1835 una vocación de Immermann, que á la sazón se dedicaba en Düsseldorf á la reforma del teatro alemán; pero que, en vez de estrenar uno de los dramas grandiosos del genial *Grabbe*, dejaba á éste escribir críticas en el diario de Düsseldorf sobre las representaciones de las comedias de otros poetas. Cada día *Grabbe* se hizo más melancólico y desconfiado, y presintiendo su próxima muerte, experimentó la nostalgia hacia su patria. El 12 de Setiembre de 1836 exhalaba su último suspiro en Delmold en los brazos de su buena madre.

Otro malogrado poeta de gran valía es el sabio *Guillermo Waiblinger*, el autor de la novela *Faelon*, de *Cuatro cuentos de Grecia* y de himnos poderosos. Nació en 1804 en Reutlingen, y murió en 1830 en Roma, donde cantaba: «Mi canción es una visión sublime, mi canción es severa como Roma y mi vida.» Las poesías del inspirado *Waiblinger* tienen el rasgo ditirámbico de *Hölderlin*, y si el vate, cuyo espíritu tenía alas de oro para recorrer el infinito, no perdió el juicio como el autor de *Hiperion*, se perdió á sí mismo por su vida licenciosa.

Con *Waiblinger* y *Hölderlin* compararemos al desgraciado *Enrique Leuthold*, artista digno del siglo de oro, poeta atildado, cuyo numen brillaba con diáfana pureza. Susmaestros eran: Platen, Lenau, Heine, Geibel y quizá Alfredo de Musset y Byron. Cantó la primavera, los ruiseñores, el otoño, el crepúsculo, las estrellas, que, cual diamantes, brillaban en el abanico oscuro de la noche, y el sol moribundo que luce inundando de rica y varia luz el cielo, matizando con los colores del arco iris las nubes amontonadas, tiñendo los horizontes y muriendo en una especie de apoteósis radiosa, hasta caer al fin en espléndida tumba de nácares, de rosa, de azul y de oro. Cantó su amor y su esperanza, sus peregrinaciones y sus aspiraciones, y las ilusiones de una dicha soñada. Posee igualmente, é igualmente bien, todos los tonos literarios, lo épico, lo político, lo cómico y satírico. ¡Qué sonidos tan dulces arranca á la lengua alemana en sus muchas y valiosas *gacelas* y en sus hermosas canciones! ¡Qué colorido tan mágico presta á sus preciosos sonetos, pintando la magnificencia presente y pasada

de Génova, la ciudad soberbia de Andrés Doria y de los héroes, tesoros y galeras, y de los pórticos y palacios que aún quedan cual heraldos de glorias pasadas! ¡Qué fuerza popular hay en la canción para beber del lanzquenete vagante, y qué vena humorística tan vigorosa demuestra en sus epigramas, ora graciosos, ora punzantes, y en los cantos admirables que dirige contra sus compatriotas los suizos y contra las almas viles é hipócritas, y en sus quejas sobre la triste suerte de los poetas alemanes! ¡Ay! él mismo había de ser el testigo infeliz de la verdad amarga de su sonoro canto, el representante de la *Bohemia* alemana; en la noche oscura de su existencia no brillaban las estrellas de la gloria; anhelaba una muerte temprana, y, sin embargo, le llenaba de miedo la idea de que muriese antes de haber concluído una obra bella. He aquí la más tranquila de sus aspiraciones: «¡Bien haya el bardo á quien se acerque temprano la muerte libertadora, envolviendo su espíritu las sombras de noche suave, lo mismo que á *Hölderlin* y á *Lenau!*»

Se ha cumplido al pie de la letra aquel deseo: el que amaba sus ideales como el ingenioso Hidalgo á Dulcinea; el que ha sido siempre entusiasta de todo lo grande, y cuya palabra favorita, que tantas veces encontramos en sus versos elegantísimos, fué la palabra *armonía*, había de morir en la casa de locos de Burghölzli, cerca de Zurich. Halló en ésta un asilo en Agosto de 1877, siendo su redentora la muerte el 1.° de Julio de 1879.

La única luz en la noche de su espíritu, era la publicación de sus versos, que sus amigos habían recogido y dado á la estampa en el mismo año en que su autor perdió la razón, elogiándolos con justicia el ilustre poeta suizo Godofredo Keller.

A veces, el pobre loco conoció su miseria, y cuando le recitaban el primer verso de su *gacela* que dice: «Hacia el Occidente pasa el viento,» él mismo recitó el final, ese suspiro de su alma: «¡Ya han pasado los días hermosos!»

Como proemio de sus cantos todos, podrían ponerse estos renglones suyos: «¡Canciones que el viento deshace, caed en la arena cual hojas de un árbol que jamás florecía! Hojas marchitas, mensajeras del próximo sueño de invierno, caed lige-

ramente; cubrid la tumba de muchas esperanzas muertas.»

Pero preguntaremos: el poeta que llevaba doliente el corazón de pena en pena con su dulce canto, y cuyos versos nos cuentan la triste historia del duro padecer, ¿por qué no hizo moneda del oro de sus producciones? Sus poesías alcanzaron tanta boga cuando el autor estaba loco é incurable...

¿Qué alemán no leería con verdadero entusiasmo los gratos acentos, las férvidas trovas con que el bardo helvético, que en Baviera había encontrado una segunda patria, acompañaba las victorias de Alemania en 1870 y 71, y la Restauración del Imperio, que hicieron volver amarillos de envidia á los otros suizos? Aunque *Leuthold* se paseaba en el jardín de la poesía universal, se deleitaba, sobre todo, con las lozanas flores alemanas. Y ¿qué alemán no tendría un sentimiento de gratitud al trovador para quien en el año de los triunfos germánicos, en 1871, florecía una nueva primavera de dulces cantos, una copia de versos que no había brotado de su alma desde el tiempo de sus peregrinaciones juveniles?

En el día hay críticos alemanes que dicen que los versos fluídos de *Leuthold* tienen, no obstante su belleza peregrina, un lenguaje más popular que los de Platen, y que sus asuntos pertenecen á veces al canto popular, por ejemplo, cuando canta la historia siguiente. Ha vuelto un mozo, y quiere avisar á su querida que volvió. Manda, pues, al mensajero: «Cuando ella ría, brillando sus mejillas, dile que yo he muerto; pero cuando sus ojos se humedezcan, dile que yo vivo aún; y cuando incline la mirada piadosa y tartamudee confusa, entonces dile que he vuelto ya y que estoy en la taberna del Cisne.»

El pueblo alemán no ha podido tributar su homenaje á *Leuthold* sino cuando el arpa de sus dolores quedaba en la casa de locos, y cuando el bardo, cuya alma estaba sedienta de armonía y cuyos cantos sonoros no nos hacen ver las ondas turbulentas del mar, sino la claridad de un lago, había abandonado ya esta mísera vivienda.

El 3 de Julio de 1879, unos doce hombres le conducían á la última morada, al cementerio situado en la montaña llamada

Rehalp, bajo la cual se extiende el lago azulado de Zurich. Sobre la huesa del bardo florecerá incorrupto laurel, aunque digan los envidiosos que no fué un poeta primitivo, sino que sus composiciones recuerdan los acentos de Platen y de Heine. Qué hijo de nuestro siglo no ha sido un discípulo de éste que podría llamarse el Aristófanes moderno?

No importa que para su epopeya homérica, titulada *Pentesilea*, haya elegido *Leuthold* un ritmo de Platen; su canto es una verdadera orgía de brillantes que nos marea, y lo mismo que se encomia la *Pentesilea* de Kleist y la *Aquileida* de Göethe, aplaudiremos la *Pentesilea* de *Leuthold*, aunque ésta no esté escrita en hexámetros homéricos.

Añadiremos sólo una palabra. El nombre de *Leuthold*, que ennobleció nuestro malogrado bardo, fué introducido en la poesía por el drama de Schiller, *Guillermo Tell*, llamándose *Leuthold* uno de los mercenarios que habían de obligar á la muchedumbre á saludar el sombrero de que habla la conocida leyenda.

Nació *Enrique Leuthold* el 9 de Agosto de 1827 en el pueblecito de Wetzikon (en el cantón de Zurich). Cursó los estudios jurídicos, filosóficos y literarios en las tres Universidades suizas. Jamás desempeñó ningún cargo pedagógico, sino que en 1854 satisfizo su anhelo de peregrinar viajando por Italia. Por fin, en 1857, se estableció en Munich, tratando á Geibel y á Pablo Heyse y publicó en unión de aquél una colección de traducciones de líricos franceses. Según dice su amigo, compatriota y biógrafo, Jacobo Baechtold, en el fondo de su esencia estaba la sátira. En 1861, el gran lírico se hizo periodista, quedando siempre un hijastro de la fortuna. En vano buscaba en 1876 alivio de sus dolores físicos en Tirol.

Y hoy nuestro llanto baña su tumba fría.

Leuthold ha de ser respetado siempre como uno de los maestros de la poesía alemana, como un artista del ritmo que se ha formado en la escuela severa de Platen y en la popular lírica germana de la Edad Media.

Juan Fastenrath.

Colonia, 4 de Diciembre de 1884.

DE LA HIGIENE FISICA

en sus relaciones con la educación, y especialmente con la del cuerpo

Considerada la educación física bajo un punto de vista general, cabe afirmar que la parte más importante de ella es la que se refiere á su función preservadora ó conservadora, ó sea á la *Higiene*, que en tal sentido se considera como el fin principal de ella, del que los medios de desarrollo no son sino auxiliares. Y no decimos esto porque deje de tener toda la importancia que las personas cultas reconocen hoy, y nosotros le hemos reconocido de buen grado (1), á cuanto dice relación con el desarrollo propiamente dicho del organismo, ó sea con el ejercicio físico; sino porque, aparte de que las aplicaciones de la Higiene son más numerosas y de resultados más inmediatos y tangibles—si vale decirlo así—debe tenerse en cuenta que en muchos casos nos podemos pasar—y nos pasamos efectivamente—sin el ejercicio, ó nos basta por el pronto—que es lo más general—con el que naturalmente hacemos (el juego espontáneo de los niños nos ofrece ejemplo de ello cuando tiene lugar en cierta medida), sin que por ello resulte mal alguno para el cuerpo; mientras que el descuido acerca de ciertos

(1) En nuestro artículo *Las teorías modernas acerca de la educación física de los niños*, publicado en el número de esta REVISTA correspondiente al 25 de Noviembre último.

preceptos higiénicos puede acarrearnos enfermedades que en ocasiones llegan á ser graves, y hasta á producir la muerte. El ejercicio mismo se prescribe en muchos casos, no meramente con el intento de desenvolver y fortificar el organismo, sino como *cuestión de Higiene*; de aquí que esta ciencia sea, además de *conservadora*, eminentemente *progresiva*.

Este último carácter le corresponde, no sólo por el influjo que ejerce en cuanto al desarrollo del cuerpo concierne, sino porque trascendiendo esa influencia de la esfera meramente física, tiene resonancia muy acentuada en la vida económica, intelectual y moral del individuo. Lo que dijimos en el lugar antes citado al intento de mostrar los efectos morales de la educación física, hay que referirlo en su mayor parte á la Higiene, mediante la cual se contraen casi todos los buenos hábitos que entonces mencionamos. Por esto pudo muy bien decir Rousseau (1) que *la Higiene es menos una ciencia que una virtud*, frase á la que si algún correctivo hubiera de ponerse, no sería otro que el de afirmar el carácter de ciencia que de derecho se reconoce hoy á la Higiene, declarando de paso con Joly (2) que no es esta sólo una virtud, sino *una reunión de virtudes*.

Por someras que parezcan estas indicaciones, bastan para que se comprenda que la Higiene juega un papel asaz importante, no ya sólo en la educación física, sino en la total del individuo, y que merece, por lo tanto, especial consideración, máxime cuando prestándosela se pondrán más de relieve las aplicaciones y la trascendencia de la cultura de nuestro organismo. Tal es, pues, el intento á que van enderazadas las observaciones que siguen.

I

Se define generalmente la *Higiene* (3) diciendo que es *el arte de conservar la salud*, á lo que algunos añaden, *y de perfec-*

(1) Rousseau. *Emilio*.—Libro I.

(2) Joly.—*Notions de Pedagogie* (París, 1884), cap. III, pág. 20.

(3) Higiene viene del griego *hugiainem*, que vale tanto como decir *sano, en salud*.

cionarla. Revela esto ya bien claramente toda la importancia que tiene esta rama de las ciencias *somatológicas* (1), cuyo conocimiento á todos nos interesa tan de cerca, por el capital interés que entrañan sus múltiples aplicaciones á la vida fisiológica, y aun, en un sentido más elevado, á la del espíritu. Pero concretándonos á la primera, no cabe desconocer que el interés á que nos referimos es de un orden superior, toda vez que, según la definición que acaba de darse, el objeto de la Higiene es determinar las condiciones generales de la salud y los medios que más bien conduzcan á conservarla, poniendo el organismo en las mejores condiciones posibles para el desempeño de sus funciones *individuales* y *sociales.*

Resulta de esto último que, por sus fines, se refiere la Higiene así á la economía individual como á la social. Si primera y directamente mira á la del individuo, tiende también, mediante ello, á la conservación de la sociedad, en cuanto que ésta se compone de individuos; debiendo tenerse en cuenta que, para atender cumplidamente al primer fin, necesita preocuparse del segundo, toda vez que sin la observancia de ciertos preceptos higiénicos de carácter social, la salud individual se halla constantemente en peligro. De aquí que pueda afirmarse, en los términos que lo hace M. Cruveilhier (2), que todo hombre es responsable bajo, ciertos respectos, de su salud y de su vida, frente á frente de sí mismo y de la sociedad de que es miembro, y responsable también, en ciertos límites, de la salud y de la vida de los seres de quienes es guía y protector natural. Y he aquí por qué el conocimiento de la Higiene—ó al menos de sus más elementales preceptos—se nos impone como un *deber* que á la vez es personal y social.

El carácter sociológico de que resulta revestida la Higiene,

(1) Somatología, del griego *soma*, cuerpo, y *logos*, conocimiento, discurso ó tratado. Ciencias *somatológicas* son, pues, las que tratan del cuerpo: Fisiología, Anatomía, Higiene, Medicina, etc.

(2) Cruveilhier.—*Hygiène générale* (París, lib. Genner Baillière, 4.ª edición; un volumen de la *Bibliotheque utile*), pág. 20.

se manifiesta constantemente en todos los pueblos, á partir desde los más antiguos, como puede comprobarse consultando las instituciones religiosas y civiles de la India, de la China, del Egipto y de la Grecia, por ejemplo (1). Y aunque en sus tendencias haya variado este carácter, la historia autoriza para afirmar que en todas partes, en la China y la India como en el Egipto y la Persia, en Grecia y Roma como en las instituciones de Moisés y Mahoma, en la civilización antigua como en

(1) Los legisladores más antiguos se preocuparon de la preservación de la salud pública. Véanse los libros de Moisés, y se los encontrará llenos de prescripciones y reglas higiénicas —como las abluciones y la prohibición de comer carne de ciertos animales, por ejemplo,—indispensables tratándose de un pueblo que vivía en un clima cálido é ignoraba en absoluto el uso de los paños de aseo.—En la India se consideró la Higiene como uno de los instrumentos de conservación para realizar de las funciones que cada casta tenía el deber de cumplir, y en este sentido se trató de determinar las prácticas materiales, es decir, el modo de alimentación, de ejercicio, etc., que debían dar por resultado efectuar y mantener la distinción de castas, que aquel pueblo consideraba necesaria: bajo la influencia de este pensamiento fué redactado el Código higiénico de Manú, en el cual se encuentran á este respecto prescripciones verdaderamente minuciosas, y entre las cuales se halla la prohibición de comer carnes de animales, prohibición á la que se buscó un fuerte apoyo en el dogma de la trasmigración de las almas.—En la China se adoptan prescripciones análogas, cuyo objetivo capital es el de reglar y determinar cuidadosamente la higiene de la especie, apoyándose al efecto en el matrimonio, que prohiben cuando alguno de los contrayentes padece enfermedad hereditaria, y cuando entre ellos hay desproporción en la edad.—Las leyes de Egipto, de Persia y de Caldea, contenían prescripciones minuciosas, cuyo fin evidente era combatir las nocivas influencias del clima.—Sin tener en Grecia los hábitos higiénicos una sanción religiosa, como la tenían, por ejemplo, en la India, la Persia y la China, se hallaban muy desenvueltos, sobre todo al respecto de los ejercicios corporales: los ejercicios gimnásticos, los juegos públicos y los combates entre atletas, no eran otra cosa que la aplicación de cierta parte de la Higiene.—Entre los romanos es más visible todavía la preocupación por la higiene pública; se sabe, por ejemplo, que en Roma tenían los baños una aplicación continua y sin duda exagerada, y que los depósitos de aguas sucias, los acueductos y los abastecimientos eran objeto de continuos cuidados: cada población tenía un magistrado encargado sólo del departamento de Higiene.—Después de la caída del Imperio romano, y durante la Edad Media, las guerras continuas y la poca unidad del poder debían necesariamente traer á la Higiene un período de estacionamiento, ó mejor, de retroceso, como lo prueba, entre otras cosas que pudieran citarse, el desaseo de calles y habitaciones, que era tal durante dicho período, que su sólo recuerdo causa verdadera repugnancia.

la moderna,—la Higiene ha tenido y tiene el doble fin que le hemos asignado, esto es, que á la vez que individual, es eminentemente social, un instrumento de conservación del individuo y de la sociedad, y en último término, de la especie.

Persiste y se acentúa cada vez más en nuestros días esta doble finalidad de la Higiene, merced, por una parte, á los adelantos de las ciencias naturales, y por otra á los progresos de la Sociología (1), ciencia que, aunque en mantillas aún, enseña, por una de sus leyes *(la solidaridad)*, que lo que afecta á la vida y manera de de ser los individuos, tiene su resonancia más ó menos directa y lejana en la sociedad, y viceversa; de lo cual resulta que, cuanto se hace ó deja de hacer en pró de la conservación del individuo, á la corta ó á la larga influye en la conservación de la sociedad, y, en un sentido contrario, cuanto tiende á asegurar las condiciones de vida necesarias para la conservación del todo social, refluye en beneficio de los miembros que lo constituyen. Este doble movimiento de flujo y reflujo entre las partes y el todo, rige por igual, lo mismo á la vida fisiológica que á la del espíritu, y explica por qué, á la par que la higiene *individual* ó *privada*, se desarrolla, progresa y es actualmente objeto de grandes desvelos y de constantes y minuciosos trabajos la higiene *social* ó *pública*, según de ello dan elocuente testimonio la legislación, la prensa y las asociaciones

(1) Sociología.—En la significación que aquí se la da, es palabra de origen moderno, debiéndose realmente su empleo, con tal acepción, á A. Comte; aunque la palabra sea nueva, la cosa no lo es, pues la Sociología es la ciencia de la sociedad, y la sociedad es el hombre, el cual hace tiempo que empezó á ocuparse de sí mismo. La Sociología, que algunos dicen *Psicología social* (estudio del alma racional como espíritu colectivo), es una ciencia novísima, que ahora empieza á formarse, no teniendo de ella, en realidad, más que bosquejos, entre los que deben citarse estos: E. de Roberty: *La Sociologie, Essai de Philosophie sociologique;* Leopold Bresson: *Idees modernes: Cosmologie-Sociologie;* Herbert Spencer: *Introduction á la sciencie sociale; Principes de sociologie*; Lilienfeld: *Pensamientos sobre la ciencia social del porvenir;* Henri Marion: *De la solidarité morale; Essai de psychologie apliquée;* Moreno Nieto: *Discurso*, leído en la Academia de Jurisprudencia y Legislación en la sesión inaugural del curso de 1874 á 1875.

de todos los países (1); lo cual no quiere decir, ciertamente, que no haya mucho que hacer en materias de higiene pública, pues que por desgracia ofrecen bajo este concepto un estado de atraso indigno de una época que tanto blasona de civilización, aun las poblaciones que pasan por más cultas y mejor acondicionadas: estamos todavía muy distantes del *ideal higiénico*.

En el doble fin que hemos visto que persigue la Higiene, se funda la división más general y menos discutida que se hace de esta ciencia, la que, como queda dicho, es *individual* ó *privada*, y *social* ó *pública*. La primera se ocupa de las condiciones necesarias para conservar la salud de cada individuo (medio en que vive, alimentación, vestido, asco corporal, sueño, etc.), y la segunda, tomando, en vez de individuos aislados, grupos sociales, da reglas y preceptos encaminados á preservar la salud contra los males que pueden sobrevenirle de la aglomeración de personas en lugares determinados y de los agentes capaces de ser nocivos á una colectividad.

De la higiene individual—á la que por referirse con frecuencia, no sólo al individuo, sino á la familia, le cuadra mejor el calificativo de *privada*—se hace á su vez una nueva división, la cual tiene su arraigo y punto de partida en el conocimiento de las leyes que rigen el total desarrollo de

(1) Mientras que los gobiernos de todos los países introducen en los programas de las escuelas normales y primarias la enseñanza de la Higiene, en todas las poblaciones de importancia se crean asociaciones y se fundan periódicos con el objeto de divulgar el conocimiento de esta ciencia, la cual ha sido también, recientemente, objeto de Congresos nacionales é internacionales, figurando además en algunos de los relativos á la enseñanza, como, por ejemplo, en el de 1880 de Bruselas, en el que tan gran parte se concedió á las cuestiones relativas á la *Higiene escolar*, y en el que acaba de celebrarse en Lóndres, de *Higiene y educación* (Agosto de 1884). En esta última capital se ha creado, no há mucho, bajo el patronato de la Reina Victoria, un *Museo de Higiene*, en el que deben figurar los libros, los aparatos y los métodos de enseñanza relativos á esta ciencia, de todos los países; y así en Inglaterra como en Italia, se agita sériamente la idea de crear un *Ministerio de Salud pública*, un verdadero *Ministerio de Higiene*, para la cual hay en casi todas las naciones un centro administrativo especial, á semejanza de nuestra *Dirección general de Beneficencia y Sanidad*, encargado de velar por la higiene pública.

nuestro organismo, y se refiere á las *causas* que pueden influir positiva ó negativamente en ese desenvolvimiento, causas que son otras tantas *condiciones* de la salud, y de las cuales, unas son *inherentes al organismo* (la herencia mórbida, el temperamento, la idiosincrasia, la edad, el sexo, la constitución y la inminencia morbosa) y otras *exteriores á él,* como, por ejemplo, las condiciones en que tanto el ejercicio como el reposo, se llevan á cabo, los alimentos que tomamos para reponer las fuerzas, el aire que respiramos, el calor, la luz y la electricidad á cuya acción se haya sometido el cuerpo, los vestidos que usamos, las habitaciones en que vivimos, etc.

En cuanto á la higiene pública, que parte de igual conocimiento que la privada, y en último término mira al individuo, su división se funda en la naturaleza de los grupos sociales á que más directamente se refieren sus preceptos; así, tenemos higiene *del campo*, *de las poblaciones*, *de los hospitales*, *de las cárceles* y *de las escuelas*, por ejemplo; esto, sin contar con la *higiene internacional*, que origina nuevas divisiones, que no hay motivo para sacar fuera del cuadro general de la pública.

Mediante todas estas divisiones, se determina el plan de la Higiene, al mismo tiempo que se completa el concepto que de ella hemos dado en las líneas que preceden.

II

Se comprende, por lo dicho hasta aquí, el influjo que para la vida toda resulta de la observancia ó del olvido de los preceptos higiénicos, cuya práctica asegura la salud, de la que tan directamente depende el bienestar material y aun los intereses del espíritu; pues, como muy oportunamente se ha dicho, *la salud es la unidad que da valor á todos los ceros de la vida.* A la inobservancia de esos preceptos se debe, como con gran sentido práctico y ejemplos vulgares hace notar Herbert

Spencer (1), que la vida del individuo resulte frecuente y considerablemente deteriorada y abreviada. Y ya hemos visto, por otra parte, que lo que de algún modo altera ó perturba las condiciones de vida de los individuos trasciende al cabo á la colectividad. No se olviden, para acabar de comprender todo el alcance del influjo que la Higiene ejerce, las relaciones tan estrechas que existen entre la salud y la esfera económica (la cual influye á su vez de un modo muy directo y eficaz en las demás esferas de la vida individual y social), y que en los cuidados higiénicos pueden resumirse todas las atenciones—al menos las más capitales y perentorias—que la educación física presupone: si el ejercicio es factor necesario de todo buen desarrollo corporal, la Higiene es condición *sine qua non* de la salud, y, en lo tanto, de la vida; y como ha dicho Raspail, *preserva de la medicina*, como que, en realidad, no es otra cosa que una medicina preventiva (Maquel).

A los pecados que diariamente se cometen contra la Higiene, deben multitud de individuos ese cortejo de dolencias, cuya producción pudiera evitarse mediante algún más interés del que de ordinario se tiene en asunto que tan de cerca nos toca. Y semejantes dolencias, que acusan perturbaciones más

(1) Herbert Spencer.—*De l'Educatión intellectualle, morale et phisique* (París, Germer Baillière, 1878), pág. 22. «Tal vez, dice, no haya persona que no confiese, si la interrogáis, que en el curso de su vida no haya contraído enfermedades de que le hubiera preservado la más simple noción de Fisiología. (Spencer identifica con esta ciencia la Higiene.) En unas, es una enfermedad del corazón, consecuencia de una fiebre reumática contraída por la indolencia en no elegir una habitación convenientemente orientada; en otras, la vista perdida para toda la vida por el exceso de estudio. Ayer era cuestión de una persona, cuya persistente claudicación proviene de que, á despecho del dolor, ha continuado sirviéndose de una rodilla ligeramente herida. Hoy se nos habla de otra que ha tenido que guardar cama durante años, por ignorar que las palpitaciones que sufría eran uno de los efectos de la fatiga de su cerebro. Ya es una lesión incurable, que proviene de algun recio movimiento de fuerza; ya una constitución que nunca se ha visto libre de un trabajo excesivo, contrahecha sin necesidad. Durante estos tiempos vemos por todas partes las perpètuas indisposiciones qué acompañan á la debilidad.»

ó menos profundas de la salud, no sólo nos ocasionan sufrimientos, laxitud, melancolía y pérdidas de tiempo y dinero. sino que nos impiden el cumplimiento de nuestros deberes, imposibilitan frecuentemente los negocios, producen una irritabilidad fatal para la buena dirección de los niños, y hacen de la práctica de las funciones de ciudadano una imposibilidad, y del placer una fatiga. ¿No es, pues, evidente—pregunta el filósofo citado—que los pecados contra el orden físico, tanto los de nuestros antecesores como los propios, disminuyen, más que nada, la vida completa, alterando la salud, y que en una amplia medida, ellos hacen de la vida una enfermedad y una carga, en vez de un beneficio y un goce? (1).

Todo esto lleva á concluir, con Spencer, que «la ciencia que concurre á nuestra preservación, impidiendo la pérdida de la salud, es de una importancia capital; y que si una salud vigorosa *y la energía moral que la acompaña* son para el hombre los primeros elementos de bienestar, la ciencia que tiene por objeto la conservación de esta salud, es una ciencia que no cede á ninguna otra en importancia.»

La frase que de intento hemos subrayado, tiene un alcance que no debemos dejar que pase desapercibido, en cuanto que hace trascender el influjo de la Higiene de la esfera de lo puramente fisiológico ó material, para hacerlo aparecer determinando los estados y las manifestaciones del espíritu. Entraña dicha frase la idea de los *efectos morales*, que ya reconocimos en

(1) Refiriéndose, sin duda, á los males que en este párrafo señalamos como producidos por la falta de Higiene, ha dicho Disraeli, siendo primer ministro de Inglaterra, en un *meeting* celebrado en Manchester, para tratar la cuestión de mejorar la suerte de las clases obreras: «En mi concepto, la mejora de la salud del pueblo es el problema social que tiene la preferencia sobre todos los demás, y que todo hombre de Estado, todo legislador, no importa el partido político á que pertenezca, debe tomar en consideración antes que cualquiera otra mejora. Habitaciones sanas, agua pura, alimentos de buena calidad, aire en abundancia: tales son las condiciones con cuya ayuda podremos contribuir al bienestar y á la felicidad de los hombres. Lo repito: *las cuestiones de higiene aventajan en importancia á todas las demás; y para un hombre de Estado verdaderamente práctico, no hay otras más elevadas.*»

la Higiene al tratar de la educación física, y que dos ilustres representantes de esa ciencia y de la pedagógica (1) están conformes en atribuirle en los siguientes términos:

«Tiene la Higiene de bueno que para alcanzar sus fines, regla la vida, forma los caracteres dando el sentimiento de la medida, despierta las energías, modera á los fuertes, fortifica á los débiles, alienta á los tímidos, acrecienta los ánimos, muestra la influencia de la voluntad, el resultado de una buena dirección, la responsabilidad que nos incumbe y la poca parte que queda al azar en lo que nos sucede; pues nada de lo que ella permite y ordena se obtiene sin el concurso de una voluntad firme y perseverante, de una acción sostenida, de una moderación que conduce á la prudencia y la virtud por el camino que lleva á la salud y al bienestar; de modo que la conquista de la salud, después de ser un fin, se convierte, por una maravillosa reciprocidad, en un medio de conducta, de moralización.»

III

Por lo que dijimos al ocuparnos de la educación física en general, sabemos el poco aprecio que comunmente se hace de las advertencias y los consejos de la Higiene. Aunque la cuestión haya sido ya tratada, merece que nos detengamos á considerarla tomando por base este aspecto parcial de ella.

No se trata ya aquí del ejercicio necesario para desenvolver y vigorizar el organismo, y al que de una manera más ó menos deficiente y anormal atienden todas las personas, aun las que hacen vida sedentaria. Se trata ahora especialmente de los efectos nocivos para la salud que producen, por ejemplo, los alimentos insanos, las comidas y bebidas desordenadas, las malas condiciones de los vestidos, la humedad de las habitaciones, la falta en las mismas de luz y de aire oxigenado, el

(1) Rousselot.—*Pedagogie á l'usage de l'enseignement primaire.* Riant.—*Leçons d'hygiene.*

descuido en el aseo de cuerpo y de ropas, el exceso de trabajo, así intelectual como físico, la carencia de precauciones respecto del ejercio mismo, y, en fin, de otra multitud de circunstancias mediante las que, inadvertida ó conscientemente, se socava la salud y son causa de que la gran mayoría de las personas no llegue á la edad media de la vida—y con más motivo y frecuencia á la vejez—sin haber contraído alguna de esas enfermedades agudas ó crónicas que tan comunes son, ó afectadas de una debilidad general, que después de una existencia lánguida y trabajosa y de una decrepitud prematura, conducen á la muerte antes de tiempo.

Y bajo este respecto, cuyo interés excede á toda ponderación, es en el que el abandono resulta más de relieve, sobre todo tratándose de los niños, á los que no suele faltar el ejercicio corporal. En punto á la observancia de los preceptos de la Higiene, la mayor parte de las gentes viven en constante rebelión, de la cual resulta para la salud un estado de anarquía en el que el número de las víctimas es incalculable. Si se indagaran las causas productoras de las enfermedades y los casos de muerte prematura que diariamente observamos, se pondría de manifiesto que unas y otros son debidos, en su mayor parte, á pecados cometidos contra el organismo por falta de Higiene, pecados que la naturaleza se encarga de que no queden impunes: que siempre hay que arrepentirse de las infracciones de las leyes que rigen á nuestro organismo. Entre estas leyes figuran las de la Higiene, que generalmente se desconocen, por lo que nada de particular tiene, antes es lógico, que no sean obedecidas.

Y aquí nos sale al encuentro una de las causas á que principalmente debe achacarse el abandono en que hemos dicho que están los preceptos de la Higiene. Son esas causas las mismas que señalamos al ocuparnos de la educación física en general, sobre todo la miseria y la ignorancia; pero esta última, que es á la que hemos querido aludir, requiere ahora consideración especial, siquiera no se tenga otra cosa en cuenta que el arraigo que tiene y lo difundida que se halla. Tratándose de

lo concerniente á la manera de gobernar nuestro organismo, la frase *vulgo ignorante*, tiene mucho más alcance del que ordinariamente se le atribuye. Añádase á esto que la ignorancia en materias de Higiene conduce, por una parte, á echarse en brazos del azar, y lleva, por otra, á erigir la superstición en rectora de la vida: no podían imaginarse dos enemigos más á propósito para conspirar con éxito contra la salud. Refiriéndose á Francia, dice un reputado doctor, que puede asegurarse que para la mayoría de los ciudadanos, es todavía desconocida la Higiene y su importancia, afirmación que, no sólo cuadra á nuestra España, sino también á otros pueblos que alardean de ser más cultos, en los que, como el indicado autor añade, aludiendo al suyo, aparte de los raros privilegiados que deben á una buena educación científica más sanas nociones respecto del arte de gobernar su salud, nadie conoce más guía que el azar ó el prejuicio; y es que la idea de que el mundo de la vida está sometido á leyes fijas, invariables, de que se *pueden* conocer esas leyes y de que nos *debemos* someter á ellas, se halla poco difundida en todas las clases de la sociedad, y nada absolutamente en las clases populares (1).

De aquí la innumerable serie de errores y de prejuicios, frecuentemente funestos, que por do quier imperan en todo lo concerniente al régimen de la vida fisiológica. Para el campesino como para el obrero, es del dominio del azar, el imperio del misterio lo que toca á la salud y á las enfermedades. Débese la producción de este hecho, sin duda alguna, á que en Higiene, como en todas las cosas—muy en particular tratándose de aquellas que más ó menos se rozan con las ciencias—*la ignorancia engendra fatalmente la superstición*, porque, como muy atinadamente hace notar el mencionado Pecaut, el que nada sabe de las leyes naturales, es necesariamente llevado á admitirlo todo, aun lo maravilloso y lo absurdo, pues que le falta lo que nos defiende de la superstición: la creencia en el orden de las

(1) Elie Pecaut.—*Dictionaire de Pedagogie et d'instruction primaire*, que se publica en París bajo la dirección de M. Buissón.—Primera parte, vol. I, pág. 1299.

cosas, la fe en leyes inmutables. Por esto la frecuencia con que ciertas gentes consultan, para remediar sus dolencias, al curandero y al saludador, á la sonámbula y á la hechicera, no ya en las poblaciones rurales, sino hasta en las más populosas, y no meramente por personas de condición humilde, sino por gentes de buena posición, según de ello nos ofrece reciente y vergonzoso testimonio—entre otros más comunes que pudieran citarse y de que no hay quien no sepa de algún ejemplo—la inaudita popularidad alcanzada por los llamados *apóstoles*, que indudablemente lo eran—aunque en sentido farisáico—de la ignorancia y la superstición. Y de todo esto proviene el que las gentes á que aludimos apliquen *devotamente* esas fementidas fórmulas, de valor mágico para los que las acogen, y que no pasaran de ser risibles por lo grotescas, si se limitaran á ser inútiles y no provocasen, como es muy común que provoquen, accidentes graves seguidos de desenlaces dolorosos.

No parece que sea necesario de nuevos argumentos para poner en evidencia la parte tan principal que corresponde á la ignorancia en el abandono en que hemos dicho que se tienen generalmente los cuidados y las precauciones que dicta la Higiene de acuerdo con la Fisiología, de la que directamente se deriva y con cuyos progresos se alimenta y desarrolla (1).

IV

Después de las observaciones que preceden, creemos innecesario aducir razonamiento alguno para poner en evidencia

(1) Fisiología, del griego *phusis*, que vale tanto como *naturaleza* y *logos*, conocimiento. Aunque la palabra Fisiología significa propiamente Historia natural, se la emplea en el concepto de ciencia de los fenómenos de la vida, de las funciones de los órganos. Su conocimiento es la base de que parte la Higiene, que tiene por objeto conservar el equilibrio de esas funciones y es, en lo tanto, un derivado inmediato la alumna de la Fisiología, con la que por lo mismo se la identifica, como hemos visto que hace Spencer. No hay Higiene sin Fisiología, como ésta no halla su natural y necesario complemento, sino en el arte de gobernar la salud, el cual se perfecciona á medida que progresa la ciencia fisiológica, que es, pudiera decirse, su filosofía.

la necesidad que se impone de un modo apremiante á todo país que presuma de culto y se preocupe del bienestar físico de los individuos que lo constituyen, de hacer todo linaje de esfuerzos para difundir en las diferentes clases sociales el conocimiento de la Higiene, ó, al menos, de sus más rudimentarios preceptos. Y no hay para qué decir que la instrucción popular—cuya base deben constituirla aquellas nociones que mejor y más directamente contribuyen á facilitar al individuo la realización de la vida completa—es el medio más propio y eficaz para conseguir semejante resultado, máxime cuando á virtud de ella solamente podrá amengurarse el influjo que hemos visto que ejerce todavía la ignorancia, en punto á los principios y reglas que deben servirnos de guía por lo que respecta al gobierno de nuestra naturaleza física.

No debemos ocultar que, aun difundiendo la cultura, quedará en pie una gran parte del mal que lamentamos. Pues—diremos con Herbert Spencer—no pretendemos que la posesión de semejante ciencia remedie el mal por completo y en todos los casos; porque «es evidente que en el actual período de nuestra civilización, las necesidades de la vida obligan con frecuencia al hombre á infringir la ley. Además, es claro que, aun en la ausencia de semejante necesidad, su inclinación le arrastraría á menudo, y á pesar de sus convicciones, á sacrificar un bien futuro á una satisfacción inmediata. Pero pretendemos que la verdadera ciencia, enseñada convenientemente, haría mucho; y puesto que las leyes de la Higiene deben ser reconocidas antes que obedecidas, es preciso que la difusión de esta ciencia prepare para un porvenir más ó menos lejano, una manera de vivir más conforme con la razón» (1).

Que para esta obra debe contarse ante todo con la escuela primaria, parece ocioso decirlo. Y no sólo obliga á ello el carácter enciclopédico que debe ostentar la cultura propia de esa institución social, sino además el hecho de ser los conocimientos que la Higiene suministra de los que más directamente con-

(1) Herbert Spencer.—Ob. cit., pág 25.

tribuyen á darnos medios para la realización completa de la vida, para regir de un modo ordenado y en armonía con la naturaleza humana, las funciones propias de nuestro organismo. Si la escuela prepara para la vida, la Higiene necesita entrar por mucho en los ejercicios escolares. La cuestión está ahora en ver cómo debe llevarse á cabo la cultura que esa ciencia presupone, pues del sentido con que se haga dependerá que los preceptos higiénicos sean eficaces dentro de la escuela misma, tengan resonancia fuera de ella y se incrusten en la práctica de la vida.

El carácter que requiere en la escuela la cultura higiénica, tiene gran analogía con el que exige la cultura moral, que, al cabo, no es otra cosa, en la mayoría de los casos, que una verdadera higiene del espíritu. Empeñarse en suministrar estas dos culturas de la manera abstracta que suponen las lecciones aprendidas de memoria en los libros, ó las máximas que á modo de formularios de recetas se ostentan—más por vía de decorado que de verdadera enseñanza—en las paredes de las clases, y maestro y niños recitan con mejor ó peor sentido, es desconocer la índole de ambas materias y las exigencias de toda buena educación, y convertir en enseñanzas muertas las que más que ningunas otras deben ser enseñanzas vivas. La Higiene, como la Moral, debe respirarse en la escuela. Debe resplandecer en todo lo concerniente á ésta, al intento de que el alumno, mediante las impresiones que á todas horas reciba, se apropie insensiblemente sus preceptos, á la manera que se apropia el conocimiento de las cosas que de continuo le rodean. Debe surgir de la práctica, de los hechos mismos que se producen naturalmente en la vida escolar, de modo que el niño aprenda á apreciar su utilidad, tocando los beneficios que sus aplicaciones reportan. Debe, en fin, ser una Higiene en acción, que tienda á formar en el niño buenos hábitos, más que á suministrarle nociones que sólo sirvan para adornar la inteligencia y hacer vana ostentación de ellas en los días de visita y de exámenes.

Así entendida la enseñanza de la Higiene en la escuela,

puede ejercerse, mediante ésta, una influencia por todo extremo fecunda, no sólo por lo que á los escolares respecta, sino también por lo que á las costumbres públicas atañe. Porque los hábitos higiénicos que en la escuela contraigan los niños, alguna resonancia encontrarán, á la corta ó á la larga, en el seno de la familia, y, por consiguiente, en las entrañas de la vida social. Añadamos, para terminar el punto que nos ocupa, que el influjo de la escuela en esta más amplia esfera, será más eficaz é inmediato si el maestro, penetrándose de su verdadera misión, no se limita á dar á la enseñanza de la Higiene el carácter práctico y experimental que hemos dicho que debe tener (no el dogmático y verbalista que suele dársele), sino que al mismo tiempo aprovecha cuantas ocasiones se le presenten ó le sea dado provocar, para hacer comprender á los padres ó encargados de los niños las exigencias de la Higiene, las ventajas que resultan satisfaciéndolas y los males que se originan cuando no son atendidas. Para esto ha de contar el maestro con que muchas veces las advertencias y los consejos de que al efecto se valga, podrán revestir el mismo carácter práctico y experimental que, según lo indicado más arriba, ha de tener la cultura que dé á sus discípulos. Y es evidente, por otra parte, que la eficacia de toda la labor aquí bosquejada será tanto más grande, cuanto mayor sea el celo que en ella ponga el maestro, más la discreción con que la lleve á cabo y más sólida y apropiada la cultura que sobre el particular posea.

V

Prescindiendo aquí del influjo que la escuela puede ejercer en las costumbres públicas por lo que respecta á las prácticas higiénicas, debemos fijarnos en los efectos que, bajo la misma relación, puede producir en las personas de los alumnos.

Notemos, en primer lugar, la trascendencia que para la vida toda de éstos, tiene la formación de buenos hábitos corporales que reemplacen á los viciosos que de ordinario contraen

los niños, con detrimento de su salud y á veces con grave riesgo de su existencia, que en ocasiones destruyen prematuramente. Sabido es, por otra parte, que, así como los cuidados higiénicos en las escuelas preservan y mejoran la salud de los alumnos, el descuido respecto de ellos, provoca resultados contrarios y hasta da lugar á una serie de afecciones que, por ser peculiares de las escuelas, la Patología designa con el nombre de *enfermedades escolares*. La miopía y las desviaciones de la columna vertebral; el mal persistente de cabeza y las hemorragias de la nariz; ciertas manifestaciones de las paperas y de las escrófulas; la pereza del tubo digestivo y la debilidad de la vejiga ó incontinencia de la orina, son, entre otras, afecciones que, tratándose de niños, se atribuyen con fundamento á la falta en las escuelas de condiciones y cuidados higiénicos. Observaciones minuciosas hechas á este respecto, han mostrado que dichas dolencias y otras más, entre las que no debe olvidarse la tisis, reconocen por causa el exceso de ejercicio intelectual y la falta del físico, las malas disposiciones del mobiliario escolar, que hace adoptar á los niños actitudes viciosas, la escasez y nocivas condiciones de la luz que éstos reciben en las clases, el aire viciado que en las mismas se respira y la humedad y lobreguez de las escuelas, por ejemplo (1).

En uno ó en otro sentido, beneficiándola ó perjudicándola, la escuela ejerce una gran influencia en la salud de los niños. Y claro es que si la sociedad debe á éstos, no sólo la cultura del alma, sino también, y paralelamente con ella, la del cuerpo, en la escuela todo debe conspirar á mantener la salud física de los alumnos en el mejor estado posible.

Una tendencia muy acentuada se nota en nuestros días encaminada á poner en práctica esta proposición, y de ella ha surgido una nueva rama de la Higiene, mediante la cual se han determinado de una manera precisa y minuciosa las aplicaciones de esta ciencia á las escuelas: nos referimos á los es-

(1) Entre otros afamados doctores, han estudiado las enfermedades escolares Cohn, Fahrner, Virchow, Liebreich, Peter von Petershausen, Guillaume y Riant.

tudios comprendidos bajo la denominación de *Higiene escolar* ó *pedagógica*, que con tanta solicitud son cultivados al presente por pedagogos é higienistas.

La Higiene escolar no es otra cosa que la aplicación de los principios y preceptos de la higiene privada á las escuelas y los alumnos que á ellas concurren, aplicación que responde á satisfacer las peculiares condiciones del medio en que el niño debe pasar unas cuantas horas durante el día, y de la actividad que en él ejercita. Difiere ese medio, que no es otro que la *Escuela*, del ordinario, por virtud de la especialidad del fin que en él debe realizarse, ó al menos de la manera como se camina hacia él, y por causa también de la aglomeración de niños sometidos á una misma dirección y obligados á desempeñar en común diferentes trabajos. La índole especial de estos trabajos—*ejercicios escolares*—imprime á la actividad de los educandos un sello característico que le hace diferenciarse profundamente de la que éstos desplegan en el hogar doméstico, aun de aquel en que más y mejor se atienda á la educación. Estas diferencias—que en mayor ó menor grado persistirán siempre y serán tanto más hondas cuanto menos se cuide dentro de la casa paterna de la cultura de los niños—exigen, por lo que á la escuela respecta, cuidados higiénicos especiales, distintos, en su mayor parte, de los que la higiene privada aconseja comunmente. Y no se entienda por esto que estimamos que las atenciones higiénicas que deben tenerse con el niño en la escuela no sean convenientes y respondan al mismo fin en el hogar doméstico; lo que hay es que en éste es muy dificultoso, cuando no imposible, en la casi totalidad de los casos, dar satisfacción cumplida á la mayor parte de las exigencias á que nos referimos, y la educación de los niños no puede revestir, en su marcha y pormenores, el mismo carácter que en la escuela, en la que, por otra parte, surgen nuevas exigencias por virtud de la aglomeración á que hemos aludido, de la vida en común que hacen en ella niños de condiciones distintas y clases sociales diferentes, y de la manera como se ponen en práctica determinados ejercicios, algunos de los cuales no pueden tener lugar

ó resultarían ineficaces y hasta sin sentido, en la casa paterna. Por lo demás, no puede desconocerse que se obtendrían grandes beneficios de acomodar ésta al régimen que la Higiene escolar prescribe para todo lo que se relaciona con la educación de los alumnos.

Pero es lo cierto que la realidad dista hoy y distará por mucho tiempo de este ideal, y que lo verdaderamente factible al presente, lo que la Pedagogia y la Higiene están más en camino de conseguir, es acomodar las condiciones de la escuela primaria á las exigencias de la segunda de esas ciencias, en armonía, que no en oposición, con las necesidades de la primera. Tal es el objetivo que persigue la Higiene escolar, que por esta razón y por las que se originan de las condiciones que antes se han expuesto, entra cada vez más de lleno en el cuadro de los estudios pedagógicos, á los que al prestar eficacísimo y valioso auxilio, ha descubierto nuevos y dilatados horizontes, ensanchando, por ende, los dominios de la Pedagogia y contribuyendo á asegurar el éxito de la educación pública.

Cuanto de un modo más ó menos directo contribuye á preservar la salud de los alumnos contra la acción de los agentes exteriores que le son nocivos, ó contra el influjo de determinados ejercicios que por uno ú otro modo la perjudican, siempre en vista del fin que persigue la escuela y de las condiciones materiales á ésta inherentes, y sin dejar de tener en cuenta las alteraciones que pueden sobrevenir á la salud por motivo de la aglomeración de niños en locales por punto general reducidos, ni las exigencias más comunes que al respecto que nos ocupa surgen en todo lugar y momento de la conservación individual—todo es atendido por la Higiene pedagógica, según de ello nos da idea la complejidad de asuntos que abraza.

De la distribución que ordinariamente se hace de estos asuntos, se originan dos secciones de la Higiene escolar en una de las cuales se agrupa todo lo concerniente á los cuidados personales que exige la salud del alumno en relación consigo mismo, sus compañeros y los ejercicios escolares, y en la otra cuanto respecta á las condiciones materiales á que deben ajus-

tarse la construcción y disposiciones de los edificios de escuelas y del mobiliario de las clases, en correspondencia con dichos ejercicios y la salud de los educandos. Toda la Higiene pedagógica se funda, pues, en la consideración de estos dos factores: el *escolar* y la *escuela*, siendo, en último término, su objetivo la *salud* individual y colectiva de la población escolar.

La consideración del primero de esos dos factores, motiva la parte denominada *Higiene del alumno*, en la que se trata de la preservación de la salud de los niños al respecto de las enfermedades que suelen llevar á la escuela ó contraer en ella, especialmente por contagio, de los accidentes que en la misma pueden sobrevenirles, de su aseo personal, de las precauciones higiénicas que deben tomarse relativamente á los ejercicios físicos y á algunos intelectuales, de la distribución del tiempo y el trabajo, de las atenciones que han de tenerse en lo tocante á las comidas cuando los alumnos las hagan en la escuela, de los castigos corporales, y, en fin, de los consejos y las advertencias que al maestro incumbe dar y hacer á las familias de sus discípulos, al intento de garantir todo lo posible el bienestar físico de éstos y ejercer la saludable y trascendental influencia á que más ariba nos hemos referido.

Considerando el segundo factor, tenemos la *Higiene del medio (de la escuela*, en cuanto vivienda ó medio artificial), y en ella se trata, como ya se ha indicado, por una parte, de las condiciones materiales que deben reunir los edificios para, en vez de perjudicar, garantir la salud de los niños, y, por otra, de las que al mismo respecto necesita estar adornado el mobiliario escolar. En el primer concepto, comprende la Higiene del medio cuanto se relaciona con el emplazamiento, orientación y terreno de la escuela, modo y materiales de construcción, forma, dimensiones, ventilación, caldeo é iluminación de las diferentes piezas que la constituyen, especialmente las clases, respecto de las que también se tiene muy en cuenta el techo, las paredes y el suelo, y, en fin, todo lo que más ó menos directamente pueda contribuir á alterar la salud y dependa de las condiciones del local y de los medios que en él se

empleen para modificar ó suplir los agentes naturales (luz, aire, calor, humedad, etc.). Por el segundo concepto, corresponde á la Higiene del medio determinar las condiciones del mobiliario de las clases—que, como los muebles en la casas, no deja de influir en la higiene de la habitación—al intento especialmente de evitar que los alumnos tomen ciertas actitudes viciosas, que al cabo suelen dar por resultado enfermedades como la miopía y las desviaciones de la columna vertebral; á este efecto, estudia con preferencia la forma, dimensiones y distancias de las mesas-bancos, lo cual no quiere decir que deje de preocuparse de otras clases de mobiliario (el del maestro, por ejemplo) y aun de cierto material de enseñanza, entre el que le merecen especial atención los encerados y los libros, por las relaciones que guardan con la vista.

Tal es, en suma, el contenido de la Higiene escolar. La enumeración que precede, siquiera resulte hecha *grosso modo*, revela la mucha importancia que tiene esta rama de los estudios pedagógicos, que con tanto interés se cultiva al presente en todos los países cultos. Y es que se reconoce, no sólo que la edad en que más peligros hay para la salud es precisamente aquella durante la que asistimos á la escuela primaria, sino que también en ésta se multiplican las causas que pueden alterar nuestro bienestar orgánico, según da de ello testimonio lo dicho más arriba con referencia á las llamadas enfermedades escolares. Por esto el empeño que se pone en todas partes en dotar á la escuela y rodear á los alumnos de las condiciones que la ciencia considera como la más favorables para la salud del cuerpo, y por trascendencia, para la del espíritu.

Las revelaciones que á estos respectos ha hecho y diariamente hace la Ciencia; los progresos cada vez más ostensibles de la Pedagogia; el sumo interés que en todos los pueblos despierta hoy cuanto se relaciona con la buena y completa educación de la niñez; la idea, que cada vez hace más camino, de que al mismo tiempo que á la cultura del espíritu, debe atenderse á la del cuerpo, y, en fin, esa tendencia tan pronunciada que hemos señalado y que en todas partes se ostenta vigorosa,

enderezada á rodear á las nuevas generaciones de cuantas condiciones de vida nos son necesarias para la mejor realización de la existencia y el más cabal cumplimiento de nuestro destino, *para vivir la vida completa*, son las causas á que debe su razón de ser la llamada *Higiene de la infancia*, de la que constituye parte integrante la que acabamos de bosquejar, que por sus especiales aplicaciones recibe la denominación de *Higiene escolar* ó *pedagógica*, cuyo conocimiento interesa al maestro en mayor grado que al higienista y al arquitecto, por más que ni á uno ni á otro deba ser, ni con mucho, indiferente. Porque con frecuencia lo es, ó no se le atiende con el necesario detenimiento, especialmente por parte de los arquitectos, resultan muchas escuelas con condiciones detestables, pudiéndolas tener muy buenas, bajo el aspecto pedagógico-higiénico (1).

VI

La solicitud desplegada por cuanto se relaciona con el régimen higiénico de las escuelas, ha sugerido el pensamiento, que ya empieza á ponerse en práctica en algunas partes, de establecer para las mismas un servicio especial, denominado *médico-higiénico*, á cuyo cargo corre todo lo referente á la salud de los escolares. La idea es en sí buena, pero no deja de ofrecer inconvenientes en la práctica, en cuanto que tiende á levantar dentro de la escuela otro poder enfrente del maestro y

(1) A la producción frecuente de este hecho contribuye, no sólo la deficiencia de cultura de que á este respeto suele adolecer el maestro y la ninguna intervención que se le deja en asunto tan de su incumbencia, sino esa especie de dictadura que en todo lo referente á las construcciones escolares, se abrogan los arquitectos, los cuales es muy común que desatiendan lo principal por preocuparse en demasía de lo accesorio, y que por ello sacrifiquen á las exigencias de un decorado inútil, cuando al mismo tiempo no es de mal gusto, las necesidades que la Pedagogia y la Higiene imponen de consuno. Fuerza es confesar, por otra parte, que no todos los arquitectos poseen la cultura necesaria para dirigir con acierto construcciones escolares, de las que son muy contados los que se preocupan en nuestro pais.

á suscitar mediante ello rivalidades perjudiciales por más de un concepto; esto aparte de que puede dar motivo al entronizamiento en los dominios de la Pedagogia de una dictadura tan absorbente y, en ocasiones, tan dañosa como la que hemos visto que ejercen los arquitectos: la dictadura del médico ó higienista.

Esto, no obstante, el servicio á que nos referimos cuenta ya con muchos partidarios en Europa, y, bien organizado, puede ser grandemente beneficioso para las escuelas y para la salud pública en general.

Es indudable que la salud de los escolares se hallará mejor garantida si con el maestro cuida de ella un médico; pues que por mucha que sea la cultura del primero, nunca será la suficiente para atender cual corresponde á cuantas necesidades se originan en la escuela al respecto que nos ocupa. Fuera de todo punto ilusorio querer que á los conocimientos del pedagogo una el maestro los del higienista y el médico, en la medida necesaria para atender en todos los casos con éxito á las exigencias que diariamente surgen en la práctica, la cual enseña, por otra parte, que son muchas las atenciones que ya pesan sobre el maestro—especialmente sobre el que es celoso y tiene verdadera vocación—para aumentarlas con las muy delicadas y complejas que implica el régimen higiénico á que, según las indicaciones que hemos hecho en el decurso de este trabajo, debe someterse la escuela. La inspección facultativa de que ahora tratamos puede aligerar el cúmulo de las atenciones que agobian al maestro, á la vez que descargar á éste de ciertas responsabilidades, de las no pocas que se originan en la escuela con relación á la salud de los alumnos»

En corraboración de esto último, recordemos lo que con análogo motivo hemos dicho en otro lugar: «Sabido es que una de las garantías para la salud de los escolares es la precaución, puesta en práctica en todas partes, de no admitir en las escuelas niños, si antes no prueban sus padres, mediante la oportuna certificación facultativa, que están vacunados y no padecen enfermedad alguna contagiosa. Pues aun procediendo todo el

mundo con celo é inteligencia (y ya se sabe cómo entre nosotros suelen darse semejantes certificados), se presentan ocasiones en que estos documentos no bastan, siquiera estén dados á conciencia; pues muy bien puede contraer el niño una de esas enfermedades después de haber obtenido del médico el correspondiente certificado, y, no conociéndola el maestro, ser admitido en una escuela y contagiar á alguno de sus condiscípulos. ¿Y cuando la enfermedad la contrae el niño durante el tiempo en que frecuenta la escuela? Tan disculpable es en el maestro que no descubra muchas veces los síntomas de ella, como que en determinadas ocasiones someta á algunos de sus discípulos á ejercicios que puedan serles perjudiciales.» Añadamos que fijar el tiempo que los alumnos afectados de enfermedad contagiosa deben estar sin frecuentar la escuela y adoptar respecto de ésta las medidas necesarias para impedir la propagación del mal entre los demás escolares, es otro de los servicios que puede prestar la inspección facultativa de que tratamos, la que además ha de tener necesariamente intervención respecto de los otros puntos relacionados con la Higiene de los alumnos, tales como la ventilación y la temperatura de las clases, según las estaciones; horas en que deban verificarse en cada época del año los ejercicios físicos y de cultivo, y precauciones que respecto de ellos hayan de adoptarse; designación de los niños que hayan de tomar baños, caso de hallarse establecidos en la escuela, y cuidados que á este respecto deben tenerse, y, por último, prescribir á las respectivas familias el régimen á que convenga someter á aquellos niños cuyo estado de salud requiera atenciones especiales.

Tal es, sumariamente expuesta, la misión que dentro de la escuela está llamada á desempeñar la inspección higiénico-médica, á la que también se impone en las poblaciones donde se halla establecida la obligación de redactar anualmente una *Memoria*, en la que se consignen cuantos datos y observaciones se juzguen conducentes al fin de poder apreciar el origen y las causas de las enfermedades escolares, y los medios más adecuados para preservar y mejorar la salud de los alumnos. A

este efecto, necesita el médico encargado del servicio que nos ocupa, llevar una *Estadística* minuciosa y exacta, formada mediante los datos que le suministre la inspección que ha de practicar en diferentes épocas del año, para comprobar el estado de las clases y demás dependencias de la escuela, así como del respectivo mobiliario, y el examen de los niños á su ingreso y salida, y en las visitas que al efecto debe hacer periódicamente á la misma. Para que semejante Estadística sea eficaz y pueda servir, no sólo de verificación de la Higiene escolar, sino también y en un sentido más extenso, de guía seguro para la Higiene y la Patología de la infancia, debiera comprender, por lo que al alumno respecta: 1.°, datos concernientes al sexo, edad, lugar y fecha del nacimiento del niño y condiciones de sus padres, en lo tocante á su constitución, estado de salud y parentesco, por ejemplo; 2.°, las noticias que suministre el examen somatológico del niño á su ingreso en la escuela y los que sucesivamente se verifiquen durante su permanencia en ella y á la salida de la misma; y 3.°, las observaciones médicas y las notas de higiene terapéutica que el médico crea oportuno consignar (1). Con estos datos y los que acerca de las clases y el mobiliario de ellas deben tenerse en

(1) Según el *Rapport* presentado al Congreso internacional de la Enseñanza, celebrado en Bruselas en 1880, por el Dr. Janssens, inspector del servicio de salud de dicha ciudad, en las escuelas de la misma se lleva esta Estadística que, por lo que respecta al examen somatológico de los alumnos, comprende, con la fecha de las observaciones, datos relativos á la edad, talla y peso de los alumnos, circunferencia y diámetros de la cabeza y el pecho, capacidad pulmonar, fuerza de tracción y color del cabello y de los ojos. En cuanto á las observaciones médicas, los registros se refieren á las lesiones ó enfermedades de nacimiento ó accidentales, al temperamento y la constitución, al estado de las funciones visuales y de la dentadura, á las operaciones dentales practicadas en la escuela, á la revacunación llevada á cabo en la misma, á la medicación preventiva y sus resultados, etc. El aseo, mobiliario, iluminación, calefacción y ventilación de las clases, sin olvidar las dimensiones, el número y orientación de las ventanas de ellas, así como tampoco el estado de otras dependencias de la escuela, especialmente los retretes y urinarios, son datos que también figuran, y por cierto minuciosamente, en los registros á que nos referimos, mediante los cuales se forma la *Estadística* y se redacta la *Memoria* á que más arriba aludimos.

cuenta, según queda indicado, se podrá formar una estadística sumamente útil, y la inspección higiénico-médica de las escuelas dará resultados prácticos y beneficiosos.

Y debe tenerse presente que la organización de este útil servicio no es tan difícil de realizar ni resultaría tan costosa como á primera vista parece. En primer lugar, porque no es necesario que las visitas sean diarias (semanales son generalmente en las poblaciones donde se halla establecido el servicio de que tratamos; en París se dispuso en 1836 que fueran quincenales para las escuelas elementales y superiores, y en 1855, semanales, por lo menos, para las salas de asilo); y en segundo, porque los médicos á quienes se les confíe pueden ser los mismos que tengan á su cargo otros servicios en las respectivas poblaciones (los titulares de los pueblos, los higienistas, facultativos de hospitales, hospicios, etc., de las ciudades, por ejemplo); todo lo cual facilita el establecimiento de la reforma sin graves dispendios, pues el personal existe ya formado y su sostenimiento puede reducirse á una módica gratificación, como ya se practica en los *jardines de la infancia*, de Madrid, en donde, con ser la visita *diaria* (la desempeña el médico del *Colegio Nacional de Sordo-Mudos y Ciegos)*, sólo cuesta al Estado 750 pesetas anuales (1).

Por lo demás, la organización de la inspección facultativa debe llevarse á cabo de modo que resulten bien deslindadas las esferas de acción del médico y el maestro, mirando especialmente á que el segundo no quede como un subordinado del primero, pues si esto no se procura resultará el entronizamiento de la dictadura de que antes hemos hablado. En cuanto se refiera á los ejercicios, condiciones de las clases y el mobiliario, distribución del tiempo, etc., el médico ha de limitarse á llevar

(1) Después de impreso lo que precede, ha visto la luz, en la *Gaceta* del 7 del actual, una Real orden (que tiene la fecha del 18 de Noviembre) creando una plaza de Médico para las escuelas públicas de Madrid. Haciendo caso omiso de algunas consideraciones que nos ha sugerido la forma de dicha disposición, no podemos menos de aplaudirla, en cuanto que representa un nuevo paso dado en el camino de la reforma que nos ocupa.

los registros correspondientes y á aconsejar al maestro, el que si ha de proceder con la seguridad necesaria y no ha de abdicar la dirección que de derecho le corresponde, necesita poseer conocimientos sólidos en cuanto á la Higiene escolar concierne, máxime cuando no podrá contar en todos los momentos con el concurso del médico, ni conviene que esté discrecionalmente á merced de él, á fin de no hacerse solidario de los descuidos de otro, y acaso de exclusivismos mal entendidos y no bien dominados. Al médico, por su parte, corresponderá resolver en todo lo relativo al ingreso, reingreso y baños de los alumnos (habida consideración á sus condiciones somatológicas), á las enfermedades y accidentes que sobrevengan á los escolares y á las precauciones que deban adoptarse en caso de desarrollarse en la escuela ó en la población una enfermedad contagiosa. En una palabra, *aconsejar*, *observar* y *proponer* como higienista, y *obrar* como médico, es el papel que debe asignarse al facultativo dentro de la escuela.

VII.

Todavía puede hacer más la escuela primaria por lo que respecta á garantir y mejorar la salud de los alumnos, á los que, en una buena y completa organización escolar, la *higiene preventiva* ó *medicina higiénica* debería llegar hasta el punto de suministrarles aquellos tónicos y reconstituyentes que su estado somatológico indicase como necesarios. Se entiende especialmente respecto de los niños cuyas familias no puedan llenar estas atenciones, según se practica, por ejemplo, en Bruselas, en donde la Dirección de Higiene, penetrada de los inmensos beneficios que reporta la medicina preventiva, ha querido utilizar el vasto campo de experimentación que le ofrece el conjunto de las escuelas municipales, en provecho de sus tentativas para mejorar la salud de los niños débiles, predispuestos á la escrófula y á la tísis tuberculosa, habiendo obtenido en tan filantrópica empresa el concurso de la administración de

los hospicios y socorros de aquella ciudad, que ha puesto á disposición de dichas escuelas los medicamentos indicados y otros recursos terapéuticos que poseen las farmacias de los hospitales (1). La administración municipal de Bruselas ha comprendido, con gran sentido, que los gastos hechos por este concepto en favor de los escolares (2) le habían de asegurar importantes economías para lo porvenir, sin contar con que la dispensa de las medicinas en las escuelas se presta á una comprobación seria, mientras que los mismos remedios, repartidos en abundancia por la beneficencia, no siempre van á su destino, ó son frecuentemente despilfarrados á domicilio y administrados de un modo irregular. El asunto merece llamar sériamente la atención, por lo que debieran preocuparse de él, entre nosotros, los municipios de poblaciones como Madrid, Barcelona, Valencia y otras por el estilo, así como las asociaciones de beneficencia domiciliaria y las sociedades protectoras de niños.

Por otros medios puede todavía atender la escuela primaria á la salud de los alumnos. No deben olvidarse, ante todo, los llamados *paseos instructivos* ó *excursionos escolares*, que la Pedagogia aconseja como un excelente medio de cultura general, y que tanto se generalizan en las escuelas de los países en que añejas preocupaciones é intereses bastardos, no se sobreponen á los legítimos intereses de la educación. Entre nosotros se hallan todavía poco generalizadas semejantes excursiones, que

(1) El aceite de hígado de bacalao, adicionado con pastillas de menta, y los polvos *zootrópicos* (preparados por la farmacia Erba, de Milán, según la fórmula del doctor Pollí), han constituído alternativamente los principales agentes de la medicina preventiva aplicada en las escuelas de Bruselas.—El hierro, administrado de diferentes maneras, debiera figurar también entre estos medicamentos.

(2) Ascendió este gasto en las escuelas de Bruselas, durante el año de 1878-79, á la suma de 1.295 francos 09 céntimos. En el mismo año fueron asistidos 1.118 escolares, de los que 140 curaron y 521 mejoraron, siendo el resultado nulo en 225 y desconocido en 232. La relación de los curados con los tratados fué, pues, de 12,5 por 100, y la de los que mejoraron de 46,6.— La higiene de los dientes ha sido también tenida en cuenta por esta medicina preventiva, habiéndose comprobado á este respecto afecciones de diversa naturaleza, desde 1876 hasta el referido año, en 2.885 escolares, para los que se puso en práctica la intervención del cirujano dentista.

no bien habían empezado á introducirse en nuestra legislación escolar, han desaparecido de ella como por ensalmo y sin razón alguna que lo justifique (1). Y la verdad es que, si las excursiones escolares son necesarias y de gran utilidad en todas partes, lo son evidentemente más allí donde las escuelas carecen, como sucede entre nosotros, de condiciones higiénicas y de medios para atender á los ejercicios físicos. Porque entre los múltiples fines que mediante ellas se aspira á realizar, figuran los de la *recreación* y la *salud*; pues, como dice M. Paroz (2), «se sabe hoy, sin género de duda, que la escuela engendra cierto número de enfermedades (las de que nosotros hemos hecho mención más arriba) que provienen de un actitud embarazosa y sostenida que comprime la expansión de la vida; de aquí la necesidad imperiosa de recrearse que tienen los niños

(1) A la *Institución Libre de Enseñanza* se debe, entre nosotros, la iniciativa en esta reforma pedagógica, que tan excelentes resultados ha dado y da en dicho centro, y que con tan buen sentido introdujo en nuestra legislación el Ministro de Fomento Sr. Albareda, prescribiendo las excursiones escolares para las alumnas de la Escuela Normal Central de Maestras, y de su escuela práctica, en el Reglamento dado en 27 de Agosto de 1882, como ejecución de la reforma de dicha Escuela, decretada en 13 de Agosto del mismo año; reforma derogada por el Sr. Pidal por decreto de 3 de Setiembre último, á consecuencia del cual se reformó dicho Reglamento en 9 del mismo mes, siendo una de las innovaciones en él introducidas, la de suprimir las mencionadas excursiones, no obstante que las verificadas en los dos últimos años académicos por las normalistas y las alumnas del *Curso especial para Maestras de párvulos* á Toledo, Alcalá de Henares, Guadalajara, Escorial, Robledo y Avila, así como á algunos establecimientos y monumentos de Madrid, dieron excelentes resultados, según muestra, entre otros hechos, el interés que por que las hicieran tenían las familias de las excursionistas. A pesar de esto, algunos, aunque pocos maestros, siguen verificando excursiones con sus discípulos, y desde el curso último las llevan á cabo los alumnos de la Escuela Normal de Maestros de Segovia, merced á la iniciativa de su ilustrado director, D. Gregorio Herráiz, que recientemente ha dirigido una á la Granja, cuya interesante descripción, hecha por uno de los alumnos excursionistas, tenemos presente.

(2) *Memoria* leída en el Congreso internacional de la Enseñanza celebrado en Bruselas en 1880. Véase el volumen que contiene los *Rapports preliminaires*, primera sección, pág. 297. M Paroz es uno de los más notables pedagogos contemporáneos, autor de algunos manuales y de una *Historia universal de la Pedagogia*.

Sobre el sentido y objetos de las excursiones escolares, puede consultarse: B. Subercaze, *Promenades et excursions scolaires* (París. 1881); Julien Hayen, *Quelques refor-*

después que salen de la escuela. Los momentos de recreación, los ejercicios de gimnasia y los juegos, que cada vez entran más á formar parte de la vida escolar, responden á esa necesidad de la naturaleza y son eminentemente favorables á la salud, como asimismo los paseos diarios de los que hacen vida colegiada. Pero esas recreaciones, esos juegos y esos paseos, por útiles que sean, no reemplazan á una excursión algo larga. Y es bueno que de tiempo en tiempo el cuerpo se fatigue por una actividad mayor, y que los músculos y los pulmones tengan un ejercicio más acentuado. Yo he oído de boca de un antiguo médico, que los niños que diariamente hacen alguna carrera de unos kilómetros para ir á la escuela, son más fuertes y enferman con menos frecuencia que los otros. Durante los grandes calores del estío, los maestros de las localidades que tengan cerca un bosque ó una elevación, deberán conducir á estos lugares á sus alumnos, cuando la temperatura de la clase exceda de cierto grado: si no estoy mal informado, los reglamentos escolares ordenan en Prusia cerrar la escuela cuando el calor llega á 26° Reaumur. Y cuando los recursos de los alumnos lo permitan, un viaje á pie de algunos días, en *ziz-zaz*, según el método de Tœpffer, el célebre escritor ginebrino (1), será para maestros y alumnos uno de los medios más eficaces para fortificar de nuevo el cuerpo y darle las fuerzas perdidas en la vida enervante de la escuela.»

No parece que sea necesario aducir otras consideraciones para mostrar la influencia que al respecto de la salud de los

mes dans les ecoles primaires (París, 1882); Torres Campos, *Conferencia sobre viajes escolares* (pronunciada en la Sociedad Geográfica de Madrid y publicada en un folleto, 1882); Durier, *Informe sobre las excursiones escolares en Francia*, presentado al Club Alpino francés (véase el *Boletin de la Institución Libre de Enseñanza* correspondiente al 31 de Agosto de 1883), y la *Circular* dirigida á los padres y encargados de los alumnos de esta Institución (*Boletin* de la misma, correspondiente al 16 de Junio de 1881).

(1) Alude aquí, sin duda, M. Paroz al libro de R. Tœpffer: *Voyages en zic-zac, ou excursions d'un pensionat en vacances dans les cantons suisses et sur le revers italien des Alpes*, del que tenemos á la vista la edición ilustrada hecha en París en 1844.

alumnos, pueden ejercer las excursiones escolares, que, como ya se ha indicado, responden á otros fines de importancia capital para la buena y completa cultura de los niños. Complemento de esta institución, bajo el punto de vista de la salud, es otra más reciente, que tiene su origen en Suiza y que, importada más tarde á Alemania y Austria, empieza á generalizarse en varios otros países. Nos referimos á las *colonias escolares de vacaciones*, nombre que se da á la residencia en los mejores puntos de la montaña ó cerca del mar, durante los meses del estío, de los niños débiles ó convalecientes que asisten á las escuelas urbanas y pertenecen á familias poco acomodadas. Son verdaderamente maravillosos los resultados que se obtienen de estas colonias bajo el punto de vista de la salud y el desarrollo físico de los niños que forman parte de ellas, al extremo de que de regreso, algunos de éstos se han presentado desconocidos hasta para sus madres: tal es lo que habían ganado en color, en robustez y hasta en estatura. En comprobación de lo que aquí afirmamos, véase el relato que hace M. Cottinet, refiriéndose á una de las primeras de estas colonias organizadas en París:

«El 20 de Agosto, dice, la edad media de nuestras niñas era de doce años y medio. Según Quetelet, el aumento normal de peso de una niña de esta edad es de 291 gramos por mes; las nuestras habían aumentado en 2.391, esto es, cerca de nueve veces más. Para la estatura, Quetelet fija el crecimiento en 4 milímetros, y nuestras niñas habían ganado 20; Pagliani estima el desenvolvimiento torácico en 2 milímetros, y ellas lo habían duplicado.—En nuestros niños, la edad media era la de once años y tres décimos. A esta edad asigna Quetelet á los niños un aumento de 150 gramos sólo por mes, y los nuestros habían alcanzado 1.083; término medio, en verdad, calculado con los seis que engrosaron, pues dos de ellos enflaquecieron y uno no tuvo alteración. El resultado parece ser en los niños inferior al obteuido respecto de las niñas; pero el aire excesivamente vivo de Chaumon (donde residió la colonia de alumnos), los ejercicios violentos, los paseos largos al sol, el ali-

mento fuerte, sin bien sóbrio, de la Escuela Normal, explican bastante esta diferencia. En cambio, ¡si se medía el tórax! En nuestros niños se había desenvuelto en un mes tanto como Pagliani quiere que se desenvuelva en un año en los de su edad y sus condiciones: en 16 milímetros. Y, observación curiosa, en los que se habían adelgazado es en los que este desarrollo fué mayor (de 20 milímetros en cada uno). Por lo que respecta á la estatura, los niños habían alcanzado, como las niñas, cinco veces el término medio del crecimiento normal.» (1)

Revelan las indicaciones que preceden lo mucho que en la escuela puede hacerse en favor del bienestar físico de los niños, especialmente de los pobres y malsanos, á los que el más rudimentario sentimiento de caridad aconseja sustraer al mefítico ambiente de los grandes centros de población, al confinamiento, á la ociosidad y al tedio que se ceba en ellos, y sustraerlos siquiera durante esa época del año en que, como el citado Cottinet dice, otros niños más favorecidos de la fortuna escapan á esos peligros y van lejos á hacer provisión de libertad, de alegría y de salud. Y como esto no basta y en mucho tiempo no podrá llevarse á efecto sino en muy exígua medida, importa poner desde luégo en práctica cuantos medios hemos señalado como constitutivos del régimen higiénico á que debe acomodarse la escuela primaria, si de veras se quiere proteger y mejorar la salud de los escolares y con ella la de las nuevas generaciones.

P. de Alcántara García.

(1) *Colonies scolaires de vacances*, premier année (1883); rapport de M. Edmond Cottinet, *administrateur delegué de la caisse des ecoles et du comité des colonies du IX arrondissement*. París, 1884; un folleto.—Análogos resultados ofrecieron las colonias organizadas con escolares de Francfort sobre el Mein (1878 y 1879), y de Berlín y Colonia (1880), como puede verse consultando el trabajo que referentemente á ellas aparece en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 138, correspondiente al 15 de Noviembre de 1882.—Acerca del mismo asunto, debe consultarse también la conferencia que, con el título de *Les caravanes scolaires*, dió en la Sorborna, el 30 de Marzo de 1783, ante los miembros del Congreso pedagógico, M. Durier, vicepresidente del Club Alpino francés, asociación que trabaja con gran entusiasmo por generalizar las excursiones escolares.

LAS CÁMARAS DE COMERCIO[1]

(Conclusión)

Italia.—Como en otras naciones de Europa, esta Asociación tiene su origen en Italia en las antiguas corporaciones de mercaderes, al ménos en las grandes ciudades. Pero en su forma y constitución modernas, unas datan del siglo pasado, otras han ido constituyéndose en el presente. La ley de 6 de Julio de 1882 les dió una reglamentación uniforme á las setenta y tres que existen, en igual número que en Inglaterra. Sesenta y cuatro residen en las capitales de las provincias, y cincuenta y cuatro extienden su jurisdicción á toda la provincia, siendo éstas las que con mayor regularidad se hallan constituídas. Ocho residen en cabezas de distrito, pero alcanza su jurisdicción á toda la provincia; tres la extienden á dos provincias, y trece, por el contrario, sólo la tienen en una parte de su respectiva provincia. Se ha creído que setenta y tres Cámaras eran muchas para el comercio de Italia, pues Inglaterra, que lo tiene mucho mayor, sólo cuenta aquel número. Francia tiene ochenta y cinco, Austria treinta y nueve y Alemania ciento cuarenta y una.

(1) Véanse las Revistas del 10 y 25 de Julio y de 10 de Agosto.

Desde 1867 vienen ocupándose los Congresos mercantiles en la reforma de las Cámaras; unos propusieron su supresión refundiéndolas en doce Cámaras regionales, constituyendo Comités locales dependientes de las Cámaras principales, y cuyo número pudiese ser ilimitado; otros proyectaron suprimir las Cámaras de distrito y de parte de distrito, reuniéndolas á las Cámaras provinciales y unificando de este modo el sistema. Para facilitar el trabajo de las Cámaras regionales, la Cámara de Nápoles propuso dividir en dos clases los asuntos que debiera resolver; los más importantes serían resueltos por la Cámara regional, reunida durante uno ó dos meses, como los Consejos municipales ó las Diputaciones provinciales; los menos importantes ó de menor urgencia se resolverían por una Comisión permanente, nombrada por la Cámara regional y compuesta en general de los miembros residentes en la capital de la región. Otros, por fin, creyeron que bastaba con suprimir pura y simplemente aquellas Cámaras que no tuviesen que ocuparse sino del comercio y de la industria puramente locales.

Otras muchas cuestiones se han suscitado en los Congresos de Génova, Nápoles, Florencia y Roma, relativamente á la elección y atribuciones de las Cámaras.

En 1868 y en 1870 fueron presentados al Parlamento proyectos de ley que respondían á estas exigencias de la opinión; pero el temor de perturbar aquellas instituciones electivas existentes, impuso á la mayoría una gran circunspección, y lejos de alterarlas, en 1878 se dió á las Cámaras de Comercio la más alta satisfacción que pudieran desear, concediéndose á 18 de ellas la representación oficial, con voto en el Consejo superior de Industria y Comercio.

Las atribuciones de las Cámaras italianas son iguales á las que disfrutan las de otros países, y entre los servicios que prestan á la Administración figura como uno de los más importantes el de la estadística; para facilitarle, piden las Cámaras que se obligue por una ley á todo comerciante á hacer cada año ó cada trienio una declaración oficial de las existencias de

su establecimiento comercial y de sus operaciones. En este punto han demostrado una insistencia tenaz desde hace muchos años, y en cinco legislaturas consecutivas fué presentada dicha ley, siendo en cada una rechazada con creciente oposición, pues los representantes del pais reputaban la medida como excesivamente inquisitorial y supérflua, puesto que la nueva legislación comercial, basada en el principio de una gran publicidad, obliga á los comerciantes y á las Sociedades á presentar y registrar muchos de sus contratos y operaciones en el Tribunal de Comercio.

Otro servicio que las Cámaras hacen á la Administración, consiste en suministrarle toda clase de informes útiles relativos á giros comerciales, aranceles de Aduanas, tarifas de consumos, de comunicaciones, etc. El Gobierno puede pedir esos informes; las Cámaras pueden darlos sin que se los pidan, y han solicitado que, en lugar de ser facultativo, en uno y otras sea obligatorio ese servicio.

Diversas leyes les han concedido otras atribuciones de carácter administrativo, así como la dirección de las Bolsas, el nombramiento de mediadores, la ingerencia en las Cámaras de compensación, etc. Pero hoy piden más, y en el proyecto de ley de reorganización pendiente de discusión en la Cámara se pide que los comerciantes é industriales, así como los patronos y obreros, tengan obligación legal de tomar á las Cámaras de Comercio por árbitros en sus controversias; que se les conceda la facultad de nombrar peritos árbitros para resolver las dificultades que puedan surgir entre los comerciantes y los agentes de las Aduanas sobre pagos de derechos *ad valorem*, sobre inobservancia de las prescripciones de la ley, etc.; que se les atribuya el derecho á recibir toda clase de patentes, privilegios, marcas de fábrica con las declaraciones de los industriales á estos documentos anexas; á llevar un registro de ellos y expedir resguardos; de entenderse, en fin, directamente con el Ministro de Comercio en estas materias, etc.

Reclaman, en fin, ciertas atribuciones que les permitirían ingerirse en la administración municipal, como que se les con-

sulte precisamente sobre las ferias y mercados, que se les dé derecho de vigilancia é inspección en las fábricas, manufacturas y talleres, sobre las máquinas empleadas, los productos y materias empleadas, las horas de trabajo de las mujeres y niños, sobre la salubridad de los locales, etc.; facultades que poseyeron en otro tiempo las Cámaras de Comercio en Lombardía y el Veneto.

Existe en Italia el sistema electivo para la constitución de las Cámaras: son electores elegibles los comerciantes, industriales, capitanes de buques, directores de industrias, gerentes de sociedades anónimas, y en comandita, los extranjeros dedicados en el reino, desde cinco años antes, al comercio ó á la industria, *siempre que se hallen inscritos en el censo electoral político.* Esta palmaria contradicción dentro de un sistema esencialmente democrático, ha sido uno de los perjuicios que con más empeño se ha tratado de remover, habiéndose llegado, como en el proyecto de ley del Ministro Castagnola á declarar electores á todos los comerciantes que supiesen leer y escribir. Hoy se propone establecer un censo de 400 liras de renta para la inscripción de los comerciantes en las listas electorales comerciales.

Anteriormente á la ley de 1862, las Cámaras de Comercio tenían en Italia recursos que variaban según las localidades. Unas los recibían del Estado, otras de la provincia, éstas cobraban un derecho sobre los fletes, aquéllas sobre los seguros, etc. Aquella ley uniformó este sistema de ingresos, y desde entonces cuentan las Cámaras, para atender á sus gastos, con:

1.° Rentas de un patrimonio que ascendía á principios de este año corriente á unos 6 millones de pesetas para todas las Cámaras, pero cuya renta de 190.000 no llega con mucho á cubrir sus necesidades.

2.° Derechos de los documentos que expiden; asciende á unas 5.000 pesetas.

3.° Impuesto sobre todos los comerciantes é industriales, proporcional á sus respectivas operaciones.

4.° Recargo al impuesto sobre la renta, que es el existente en Italia.

Este recurso es el que se propone con más probabilidades de ser aceptado para sustituir al anterior.

5.° Impuesto sobre los seguros marítimos, pólizas de cargamento, fletes, etc.

En el nuevo proyecto de ley se indica que, suprimido el artículo 4.° de ese presupuesto de ingresos, el recargo al impuesto sobre la renta no deberá dejarse á la iniciativa de las Cámaras, sino que un real decreto deberá determinar para cada Cámara el máximum de céntimos adicionales al principal del impuesto.

Por fin, respecto á las relaciones entre las Cámaras y el Gobierno, nada se determina sobre reformar lo existente en el nuevo proyecto; sin embargo, está reconocida la necesidad.

La ley de 1862 prescribía que los presupuestos de las Cámaras fuesen aprobados por el Ministro de Comercio; en 1865 se confió esta atribución á los Gobernadores de provincias. La primera no sometía ninguna de las deliberaciones de las Cámaras á la aprobación ministerial, pero resulta que hay algunas que deben ser anuladas por contrarias á las leyes. Por fin, la ley de 1862 autorizaba al Gobierno á disolver las Cámaras, pero no á suspenderlas. Entre estos extremos de tolerancia completa ó de pleno rigor, se busca hoy un término medio.

Estados Unidos.—En la gran República de la América septentrional se encuentra la institución de las Cámaras de Comercio poderosamente arraigada en la constitución del país y en sus costumbres económicas; y es tal su importancia, que se se las considera, hasta cierto punto. como cuerpos políticos.

Son las Cámaras en los Estados Unidos asociaciones constituídas con objeto de allegar noticias, informes y datos relativos á los intereses mercantiles, financieros é industriales; para asegurar la uniformidad de las leyes y usos mercantiles, para facilitar la gestión de los negocios, para proponer convenientes reformas, y para solventar, en fin, cuestiones y diferencias en el comercio. Como se ve, la esfera de acción de las Cá-

sulta norte-americanas es aún algo más extensa que la de demas, si no todas, las de Europa. Así se denominan algunas, como la de Cincinnati: Cámara de Comercio y Casa de contratación, *Chamber of Commerce and Merchant's Exchange.*

Distínguense los miembros en activos y honorarios. Para figurar en la primera categoría se requiere la presentación del aspirante, que ha de gozar de buena fama y de la edad legal, por dos miembros de la Cámara y previa la exhibición de una declaración por escrito de la naturaleza de su ocupación y de cualesquiera otros informes que la Junta directiva pueda exigir. Expuesta durante días al conocimiento público de los asociados esta declaración, puede ser electo miembro activo, si así lo acuerda la Junta directiva, y después de haberse comprometido, bajo su firma, á someterse á los Estatutos, reglas y prescripciones de la Asociación, así como á cualquiera enmienda que en ellas se introduzca.

Los miembros honorarios pueden ser admitidos por la Junta directiva en votación unánime. Sólo puede concederse este honor á una persona de reconocido y eminente mérito cada año, y por él entra á gozar de todos los derechos y privilegios de los miembros activos.

La Junta directiva entiende en el gobierno puramente político de la Asociación, y se compone de un Presidente, dos Vicepresidentes, el Tesorero, el Secretario y diez Vocales, electos todos en asamblea general. El Presidente, el Secretario y el Tesorero, se renuevan cada año; los demás, cada dos.

La parte económica de la Asociación, la administración de sus bienes raíces, la construcción de edificios para su uso, etc., está á cargo de otra Junta, de la que es Presidente el mismo de la Asociación, y cuatro miembros de ella y por ella electos, los cuales conservan el cargo durante cuatro años y prestan respectivamente una fianza de 50.000 dollars á satisfacción de la Junta directiva.

Para ser elegible dentro de la Asociación, es condición precisa pertenecer á ella desde un año antes de la elección, y además ser realmente comerciante, fabricante, banquero, asegu-

rador, trasportador, ó estar dedicado á ocupaciones similares.

La elección para los cargos de la Junta directiva y los de la Junta económica, se verifica directamente en escrutinio secreto por papeletas; no se admiten delegaciones.

Entre los detalles con que está garantida la eficacia legal de la elección, citaremos el de que el Secretario de la mesa nombrada por el Presidente, y que se compone de cinco escrutadores, deberá conservar todas las papeletas electorales hasta dos meses, por lo menos, después de la elección, con objeto de examinarlas y comprobarlas más detenidamente si así lo acuerda la Junta directiva, cotejándolas con las listas extendidas por los escrutadores. Hay que tener en cuenta que, á principios del año corriente, la Cámara de Comercio de Cincinnati contaba con unos cuatro mil asociados, y recordar que las costumbres electorales en los Estados Unidos están lo bastante desarrolladas, para poder dar por seguro, que será muy escaso el número de asociados que no acudan á todas las elecciones.

La Asociación elige un comité nominador de quince miembros, que ha de designar candidatos para todos los cargos que vaquen en el año. Designados los candidatos, se anuncian y exponen al público con seis días de anterioridad á la elección, siendo este requisito indispensable para ser elegible para aquellos cargos.

La Junta directiva tiene facultades para exigir, cuando lo crea necesario, á cualquiera de los empleados, una fianza suficiente á garantizar el fiel y honrado desempeño de su cargo. El Tesorero la presta siempre de 50.000 dollars. Pero especialmente merecen llamar la atención las disposiciones que en los Estatutos de la Cámara de Cincinnati, por ejemplo, tienen por objeto prevenir y castigar las irregularidades de los asociados, así en sus negocios como en sus relaciones con la Asociación.

La Junta directiva tiene facultades para examinar y comprobar toda acusación ó denuncia formulada por escrito contra un miembro de la Asociación, por un consocio suyo y referente á su conducta irregular en el manejo de los negocios.

En el caso en que la Junta reconozca al acusado culpable de alguna de las faltas que se especifican muy detalladamente en los Estatutos, la Junta puede imponer, por mayoría de votos en Junta plena, una reprensión pública en la Casa de Contratación, ó suspenderle en el uso de sus derechos de asociado, ya por un tiempo limitado, que no podrá ser menor de seis meses, ya por tiempo indefinido. Podrá, en fin, acordar su expulsión de la Asociación.

En el caso en que contra el buen nombre de ésta ó su dignidad se hubiese cometido alguna grave ofensa por algún miembro y hubiese esto llegado á noticia de la Junta directiva, ya por rumor público, por denuncia ó por otro cualquier conducto, tiene aquélla el deber de ordenar una información preliminar, que realizará una comisión de su seno. Si la noticia resultase exacta, se notificará al individuo acusado que se presente ante la Junta directiva, la cual, si después de oirle le encontrase culpable, podrá imponerle la reprensión pública, la suspensión ó la expulsión.

Con la pena de suspensión se castiga también á todo miembro que, requerido por la Junta directiva ó por cualquier otro comité ó tribunal constituído reglamentariamente, para atestiguar ó para contestar á las preguntas que le formule el tribunal para el esclarecimiento de los hechos que constituyan la acusación contra un miembro de la Cámara ó de ella se deriven, se negare á atestiguar ó á responder.

Los miembros suspensos como tales pueden ser rehabilitados por la Junta directiva. Los expulsados sólo podrán serlo por la asamblea de la Asociación.

La Cámara de Comercio y Casa de Contratación de Cincinnati, que si bien existe desde 1839, reformó sus Estatutos en 1883, y es la que hemos tomado por ejemplo, presenta tal identidad de caracteres, formalidad y atribuciones con la antigua Universidad de Mercaderes de Búrgos, que nos parece ocioso detallar un tanto el organismo de aquella Asociación.

La Junta directiva ha de nombrar cada año, en su reunión

ordinaria de Octubre, un Comité de arbitraje, compuesto de quince miembros, que no han de pertenecer á la Junta, el cual oirá y decidirá en toda cuestión mercantil que se le someta. Cinco de los miembros del Comité de arbitraje constituirán un Subcomité que reciba y resuelva los asuntos que deban someterse al comité.

También en la misma reunión ha de nombrar la Junta un comité de Apelaciones, formado de quince miembros extraños á la Junta, y cinco de los cuales constituirán un Subcomité que determinará las apelaciones que proceda formular sobre los acuerdos y sentencias del Comité de Arbitraje. Antes de entrar á juzgar todo caso que se les someta, los miembros de uno y otro Comité deberán prestar por escrito ó de palabra el siguiente juramento ó declaración, que ha de tomárseles por el juez de paz ú otro funcionario autorizado para esto:

«Juro solemnemente (ó afirmo) que oiré y examinaré todos los puntos de controversia entre (las partes disensas) en el caso que se somete hoy á juicio, y que daré sobre él una sentencia ó informe justos, con sujeción á la evidencia y según mi mejor entender. Así me ayude Dios.»

Un fonógrafo (1) trascribirá toda prueba oral presentada en estos juicios, y también á él se le exigirá el competente juramento.

De toda sentencia ó informe del Comité de Arbitraje se puede apelar ante el de Apelaciones, y las decisiones de éste son firmes.

Cualquiera persona extraña á la Asociación que tenga alguna controversia con uno de sus miembros, puede acudir á ventilarla ante los citados Comités, siempre que les garantice un miembro de la Cámara.

Por fin, el Presidente de la Cámara, cuya personalidad y atribuciones tanto se parecen, como se va viendo, al antiguo Prior de la Universidad de Burgos, puede nombrar Comités de

(1) Empleamos esta palabra, ya de uso corriente en los Estados Unidos, con la misma razón con que se emplea aquí la de taquígrafo.

Arbitraje especiales para casos determinados, y cuyas decisiones son inapelables.

La cuota anual que paga cada miembro activo para atender á los gastos de la Cámara de Comercio y Casa de Contratación de Cincinnati, es de 25 dollars, pagados por adelantado el 1.° de Setiembre. Si el pago se demora más de treinta días, se le cierra al moroso las puertas de los locales de la Asociación, y quien no satisface la cuota dentro del año, deja de pertenecer á aquélla. La cuota de entrada en la Asociación es de 250 dollars.

Como quiera que la Cámara tiene representación en el Consejo Nacional de Comercio, la Junta directiva nombra cada año delegados de la Asociación para asistir á las sesiones que anualmente celebra dicho Consejo, con objeto de examinar y trasmitir á la Cámara los asuntos que el Consejo haya de someterle, y viceversa.

La Cámara celebra sus asambleas ordinarias y reglamentarias cuatro veces al año en los segundos lunes de los meses de Setiembre, Diciembre, Marzo y Junio, pudiendo celebrar otras extraordinarias siempre que lo pida por mayoría de votos la Junta directiva ó bien veinticinco miembros de la Asociación.

La Lonja ó Casa de Contratación tiene su sesión diaria en todos los días no feriados y durante las horas que la Junta determine.

Las Memorias que anualmente publica el Superintendente de la Cámara acerca del comercio de la localidad, son los tratados que con más provecho pueden consultarse para obtener un conocimiento cumplido de la materia.

Las Cámaras de Comercio son en los Estados Unidos tan numerosas como sus centros comerciales, y su organización ha alcanzado allí el mayor grado de perfectibilidad, á no dudarlo.

Aquí debería terminar nuestro trabajo; pero la reciente presentación al Senado francés por el Gobierno de la República del proyecto de ley relativo á la organización y representación

comercial é industrial en las Cámaras de Comercio y en el Consejo superior, nos impone la necesidad de dar una idea de las reformas que se piensa en introducir en una institución cuyo desarrollo y cuya influencia en los intereses materiales del país es cada vez mayor.

Viene este proyecto de ley á satisfacer necesidades tan cumplidamente comprobadas como generalmente sentidas, y considerándole como la última palabra que, por ahora se ha dicho en esta materia, parécenos que tienen aquí lugar propio é ineludible, para dar fin á la exposición que hemos hecho de lo que son las Cámaras de Comercio.

El Gobierno de la República francesa había ya emancipado de hecho á las Cámaras del rigor administrativo á que las sometieran gobiernos anteriores y durante los últimos años; pudieron apelar á la publicidad, nombrar delegados de su seno que debatiesen intereses colectivos, industriales ó comerciales, hacer representaciones directas ante las Asambleas legislativas, infringiendo reglas disciplinarias á que venían estando sujetas. Pero esta libertad, que no tenía otro fundamento que la tolerancia administrativa, se reconoce y consagra legalmente en el proyecto de ley de M. Ch. Herisson, Ministro de Comercio de la República francesa, en el cual además se establece sobre bases más ámplias y más sólidas la representación industrial y comercial del país.

En el título primero del proyecto se atribuye á las Cámaras, llamadas ahora «de Comercio y de Industria,» porque absorben á las antiguas Cámaras consultivas de artes y manufacturas, la misión de representar *oficialmente* los intereses comerciales é industriales de su circunscripción para ante el poder central declarándolas además establecimientos públicos.

En el título II se determinan las atribuciones de las Cámaras, nunca hasta ahora suficientemente definidas. Establécese en su art. 13 que la Administración deberá consultar á las Cámaras cuando se trate de ciertas cuestiones enumeradas en dicho artículo y que se refieren á intereses esenciales del Comercio ó de la Industria. Ninguna de estas cuestiones podrá,

en adelante, resolverse sin que se haya pedido informe á los representantes autorizados del trabajo nacional. En otros artículos de este mismo título se concede á las Cámaras la facultad de fundar, administrar ó dirigir ciertos establecimientos para usos comerciales, previa autorización del Ministro; se autoriza y reglamenta el concurso financiero que las Cámaras prestan al Estado en la ejecución de las grandes obras de los puertos; y por fin, siguiendo la corriente de las concesiones liberales, se les concede dentro del círculo de sus atribuciones la más completa libertad de recíproca correspondencia y de publicidad de sus trabajos. Se les confiere además una facultad que siempre pidieron en vano, la de celebrar reuniones colectivas para ponerse de acuerdo acerca de los intereses que representan.

Las Cámaras de Comercio han sido elegidas siempre con sujeción al sufragio restringido, esto es, por comerciantes reputados como *notables*, calificación que les atribuye una comisión especial. Este sistema, contrario al principio fundamental de la institución, queda abolido casi por completo en el nuevo proyecto estableciendo el sufragio universal, reforma, sin embargo, muy combatida y que puede decirse que sólo patrocina el Gobierno, quien para responder de antemano á alguna de las principales objeciones que en el Senado, sobre todo, se le han de hacer, establece que todos los matriculados contribuirán á los gastos de las Cámaras con cuotas proporcionales á sus respectivas matrículas. El cuerpo electoral de las Cámaras de Comercio se compondrá, pues, de todos los negociantes é industriales inscriptos en las listas electorales municipales matriculados desde seis meses antes. Los elegibles deberán, además, haber cumplido treinta años de edad.

Pero esta universalización del sufragio ofrece aún, para los más decididos partidarios de las Cámaras, el inconveniente de que se mezcle en las elecciones la política, y de que, si no se crean categorías en la industria y en el comercio, existe el riesgo de que en ciertos centros se compongan las Cámaras exclusivamente de taberneros, pues que esta clase consti-

tuye la mayoría de los comerciantes é industriales matriculados.

No será, pues, el sufragio universal en toda su pureza, sino un sistema mixto de difícil calificación y sometido, en cierto modo, al poder central, el que consentirá establecer la suspicacia de clases dentro del comercio y los resabios que el doctrinarismo mercantil ha impuesto en este punto, manteniendo todavía una gran distancia entre la organización reformada de las Cámaras actuales y la que tienen en los Estados Unidos estas asociaciones, libres allí de toda preocupación que no sea la del *self-interest*.

En la parte económica se realiza una positiva reforma, disponiéndose que á los gastos de las Cámaras contribuyan todos los asociados matriculados en el Comercio y la Industria, que sean electores, con cuotas proporcionadas á la importancia de su matrícula. A otros puntos económicos toca la reforma; pero, si bien los mejora con relación á la situación que hasta ahora habían tenido, sigue manteniendo la intervención y tutela del Estado en muchas de las operaciones de las Cámaras, sujetas, por ejemplo, en su contabilidad á los inspectores de Hacienda.

Por fin, las Cámaras de Comercio y de Industria quedan bajo la amenaza consignada en el art. 39 del proyecto de ley de ser disueltas por un decreto á propuesta del Ministro de Comercio, en cuanto contravengan á las disposiciones de dicha ley.

Otra mejora que por largo tiempo se ha estado reclamando ha logrado la representación comercial. Es el establecimiento de Cámaras de Comercio francesas en el extranjero; hoy existen ya en gran número en todas las principales regiones del globo.

Como se ve, la constitución de las Cámaras de Comercio en las naciones europeas, sobre todo, está muy lejos todavía de ser un problema definitivamente resuelto en la práctica, hasta el punto de que se ponga aun hoy en tela de juicio la utilidad de esta institución en Italia, de que en Bélgica se hayan suprimido por una ley en 1874; y son muy dignas de estudio las

contradicciones que en esta materia se observan. En Bélgica, donde las llamadas Cámaras de Comercio no fueron sino organismos parecidos á nuestros Consejos y Juntas de Industria y de Comercio, no se atrevieron á reorganizarlas bajo un sistema electivo, puro, reforma cuya necesidad se patentizaba por la creciente y espontánea aparición de Asociaciones libres que se iban formando para llenar el vacío que las Cámaras oficiales dejaban y cumplir la misión que hubieran debido realizar. Así se fundaron en la Edad Media las célebres corporaciones de mercaderes; pero precisamente este recuerdo fué la causa de que el Gobierno belga rechazase la reorganización de las Cámaras sobre la base electiva, creyendo encontrar en la historia de las ciudades italianas, en la de Francia y hasta en la de la misma Bélgica, motivos para temer la influencia, en ocasiones poderosa, que llegaron á adquirir en la política las antiguas asociaciones de mercaderes. ¡Acaso surgieron como temerosos fantasmas las sombras de Esteban Marcel y de Arteveld ante los proyectos reformistas, y los anonadaron! Pero si así fué, si no hubo otras razones para paralizar aquel movimiento de la opinión, parécenos que el Gobierno belga pecó de excesivo temor, y ni con su conducta ni con sus argumentos logró demostrar que las Cámaras libres, constituídas sobre bases razonables, no puedan hacer grandes servicios á los intereses materiales de una nación.

Lo que sucede en Inglaterra, y más aún en los Estados Unidos, asi lo demuestra. En ambos países están constituídas como cualesquiera otras sociedades particulares; su organización corresponde al carácter, á las costumbres, á las tradiciones históricas y legislativas de aquellos pueblos; y en Inglaterra, asociadas las setenta y tres que existen en los tres reinos, denominándose *Asociación general de las Cámaras de Comercio*, constituyen una especie de Congreso, de Parlamento comercial, que reside en Lóndres, como ya hemos dicho.

Pero aquí surge otra contradiccion. El último Congreso celebrado en Lóndres, ha reconocido que, contra la costumbre y la necesidad de independencia que existe en Inglaterra, las Cá-

maras se sienten demasiado libres, muy separadas del Gobierno. Esta independencia absoluta es causa, según afirman los que están en contra de ella, de que las cuestiones de interés general, como la estadística industrial y comercial, considerada y tratada con perfección por las Cámaras de otros países, esté en Inglaterra completamente descuidada. Las Cámaras inglesas no prestan ningún apoyo al Estado, ni lo reciben de él para las instituciones que sostienen; siéntense demasiado apartadas, ó por lo menos sin una intervención tan directa como la desean, de las cuestiones aduaneras, de trasportes, de comunicaciones, de política colonial, etc. Parecen, en fin, estar dispuestas á ceder al Estado una parte de su independencia, para participar en cambio de su preponderancia y en su alta gestión.

Queda, pues, reducida la cuestión de las Cámaras de Comercio entre estos dos términos: las Cámaras absolutamente libres é independientes, ó las Cámaras oficiales, hoy ya solamente en uso en España. Los términos medios empleados en casi todas las naciones de Europa, tienden á modificarse en sentido independiente, hacia la organización perfecta que tienen en los Estados Unidos, casi idéntica á la que tuvieron las Universidades de Mercaderes en Castilla en la Edad Media, y que, después de todo, creemos había de ser de más fácil planteamiento en España actualmente que en ningún otro país de Europa, pues, entre otras razones, nos lo prueban así la existencia de estas asociaciones, en algunos puntos similares á las Cámaras libres, la creciente difusión de costumbres públicas entre las clases comerciales y obreras, y más que nada la idiosincrasia democrática de la gran masa de la sociedad española, nunca desmentida en su esencia.

Reforma es esta que se impone cada vez con mayor fuerza, pero de tan sencillo planteamiento, que ha de bastar, en nuestro concepto, la menor iniciativa con entereza presentada y con tenacidad sostenida, para que resuciten en nuestra patria, acomodándose á la sociedad moderna, las antiguas Universidades, y la igualen en este punto con el país que marcha al frente de la civilización, con la gran República norte-americana.

Felipe Benicio Navarro.

EL PALACIO ENCANTADO[1]

(AL-CASSR-UL-MASHUR)

LEYENDA ÁRABE-GRANADINA

(701 á 713 H.—1302 á 1314 J. C.)

XIX

¡Cuán distinta era para Mohámmad la realidad que tocaban sus manos, de aquellas otras esperanzas que alentaban su espíritu al tomar posesión de la sultanía!

Enardecido entonces por el ejemplo de su ilustre progenitor, juzgaba empresa fácil y hacedera la de devolver al Islam en Al-Andálus el esplendor que había perdido para siempre.

Sueños generosos que, á través de los tiempos, abrigan y abrigarán constantemente los musulmanes. ¡Así Alláh haga prosperar su ventura!

¡Cuántas veces, al recorrer las calles de la opulenta Ixbilia, allá en la edad ya desvanecida de sus floridas mocedades, cuando se disponía presuroso á acudir al pie de las celosías de Mariem, que le juzgaba afiliado al bando de los impostores (2), cuántas veces se había

(1) Véanse las Revistas de 25 de Octubre, 10 y 25 de Noviembre y 10 de Diciembre.

(2) Los cristianos. En concepto de los musulmanes son impostores todos aquellos pueblos que no admiten la unidad divina en la forma que la predicó Mahoma; porque el profeta de Koraix, para combatir la idolatría, el fetichismo y las demás aberraciones

dolido de la pérdida de aquella ciudad insigne y de la parte que en tal desdicha había tomado, al servicio del Sultán de Castilla, su propio abuelo *Al-Gálib-bil-Láh!*

¡Cuántas veces había soñado afanoso en rescatar á Ixbilia, en recuperar el territorio perdido vergonzosamente por los muslimes y emular la gloria de aquel caudillo, Mohámmad Abi-Amér Al-Manzor, cuyas hazañas y proezas prodigiosas cantaban los rawíes, maravillosamente ponderadas por la tradición y por la leyenda!

¿Qué valía el reino de Granada al lado de aquella infinitud de reinos y comarcas que en Al-Andálus y en Ifrikia rendían parias á los califas sucesores de Ebn-Moâwia?

Fuertes, poderosos, teniendo á sus plantas humillados á los nassaríes, eran los Beni-Omeyyas el ideal de Mohámmad III de Granada, cuya aspiración única consistía en emular su grandeza y recuperar su poderío.

Pero ¡ay! que los crímenes de los siervos de Alláh habían dado margen á su desdicha!

¡Alláh, el Clemente, el Misericordioso, había consentido, en su infinita sabiduría, que los musulmanes sufriesen ahora el afrentoso yugo de los nassaríes, y no eran ya aquellos en que Mohámmad vivía los tiempos en que el guerrero, el valeroso háchib de Hixém II paseaba triunfante de uno á otro extremo las regiones todas de Al-Andálus, sembrando el espanto y la muerte entre sus enemigos!

Acaso fuera él, el descendiente de los Anssares, que habían ayudado al Profeta (¡reverenciado sea su nombre!) á extender la palabra de Alláh por el universo, el encargado por el destino para devolver al Islam el prestigio de que carecía, y sus soldados, nietos de aquellos que habían invadido Chezirat-al-Andálus y la habían sometido á su esfuerzo heróico, los que volvieran á reducir á la impotencia á los rumíes, ahora orgullosos de su prosperidad y otro tiempo humillados por la espada de los conquistadores!

religiosas á que se hallaban entregados los pueblos y tribus de la Arabia en la época de su predicación, tuvo que levantar sobre todo el principio de la unidad de Dios, *Al-Láh*, ó sea el Dios por excelencia, el Dios único, formando el Credo musulmán: *Alláh es único, no engendró, ni fué engendrado, ni tiene semejante alguno*, con lo cual negaba la naturaleza divina á Nuestro Señor Jesucristo, á quien, sin embargo, llama *espíritu de Alláh* y á quien cuenta en el número de los Profetas.

Pero todos aquellos sueños de grandeza se habían desvanecido como por encanto.

Veía Mohámmad cuál era su pequeñez al lado de los Sultanes de Castilla y de *Ats-Tsaguer-al-âli*; cuán dolorosa era la ruina del Islam, esclavizado, avasallado y dependiente de sus irreconciliables enemigos, sin que los hijos de Granada pudieran en modo alguno sacudir aquel yugo afrentoso, pues no era su número, aun reuniendo el de las mujeres, comparable con el de los hijos que producían los extensos territorios que en Al-Andálus poseían los Sultanes nassaríes.

Contaba con que la ambición y la discordia habrían para siempre desaparecido entre los muslimes, á quienes pensaba en cien combates llevar á la victoria; y la rebeldía del gualí de Guadix primero, y después la deslealtad del que regía la cora de Bachana, habíanle demostrado, con el descontento general de sus vasallos, cuán equivocado estaba en sus cálculos de gloria.

Invadidos por uno y otro lado sus dominios, sentíase sin fuerzas para contrarrestar el impulso de sus enemigos, y renegaba de su suerte, quebrantado el ánimo y perdidas las ilusiones de la juventud, tan amorosamente otro tiempo acariciadas.

¡Cómo había de poder recuperar á Ixbilia del poder de los rumíes, si no le era dado impedir el que éstos, una por una, le arrebatasen sus ciudades y tenía que humillarse ante ellos!

Abismado en semejantes pensamientos, una vez conseguida, á costa de las poblaciones citadas, la tregua con Castilla, tomaba sombrío y silencioso Abú-Abdil-Láh Mohámmad la vuelta de Granada, lleno de duelo el corazón y de negras sombras el espíritu.

Durante su camino, si no ostensibles señales de desagrado, halló por todas partes glacial indiferencia, sin que fuera el recuerdo de Mariem bastante poderoso para disipar las nieblas que oscurecían su alma.

En balde, así el guazir Mohámmad Al-Lahmí como su kátib predilecto Isahack-ben-Chábir, procuraban divertir su ánimo á otros asuntos para él más agradables.

Sombrío y ceñudo, con la desesperación pintada en el semblante, cruzaba la Serranía de Ronda y llegaba á las puertas de la capital, que parecía un sepulcro.

¿Qué se había hecho de aquel entusiasmo con que era recibido por los granadíes al regresar de la expedición de Al-Mantdar y del triunfo, logrado por las armas, sobre el gualí de Guadix, su rebelde pariente?

¿Por qué ahora las calles estaban solitarias y no resonaba grito alguno de bienvenida en las silenciosas celosías de las casas ni en los zocos y xareâs?...

¡Cómo concertaban aquella soledad y aquel silencio con el desencanto del Príncipe! ¡Cómo amargaban más aún su inconsolable disgusto!

Apenas llegado á su Alcázar de Medinat-al-hamraá, despojábase apresurado Mohámmad de los arreos militares, y tomando un caballo de refresco, sin procurar descanso á su cuerpo fatigado, seguido por algunos oficiales de su guardia, encaminábase á Píñar, ansioso de hallar un corazón cuyos latidos respondiesen á los del suyo y encontrar quién le compadeciese y esforzara.

De este modo, presa de horrible angustia, con el alma destrozada por la evidencia del cruel desengaño que había sufrido, pretendía presentarse en los maravillosos y subterráneos aposentos de *Cassr-ul-mashur* para arrojarse en los amantes brazos de Seti-Mariem, sorprendiéndola con su presencia inesperada.

Era ya la caída de la tarde de uno de los postreros días de la luna de Xaâban de 708 (1). El tiempo estaba frío, y oscuros nubarrones, amontonados primero sobre las cimas de la sierra y extendidos luégo por el viento, cubrían la inmensidad de los cielos, poblándola de sombras cada vez más espesas.

Los últimos rayos del sol, pálidos é inciertos, reflejando en las nubes, bordábanlas de ligeras cenefas de amarillento fulgor, cercadas por una aureola gris, manchada á intervalos por negruzcas rayas.

De trecho en trecho, á través de las tierras labrantías, blanqueaba algún que otro caserío, cuya silueta se recortaba, á los últimos destellos del ceniciento día, sobre el oscuro fondo que formaba la masa indecisa y vaga de los lejanos montes.

¡Silencio y soledad por todos lados! A aquella hora, en que desde la plataforma de los alminares de las mezquitas invitaban á la oración los muedzanos en los lugares habitados, el hermoso campo de Granada, yermo por la estación, presentaba muy triste aspecto.

Húmeda y como adormecida en el trabajo de la gestación estaba la tierra: los árboles ofrecían indefensos á los vientos sus desnudos troncos, y sus ramas secas y nudosas se levantaban con ademán suplicante al firmamento.

(1) Mediados de Febrero de 1 309.

Embozado en los pliegues de su ancho haique, contemplaba Mohámmad, conteniendo los suspiros, el cuadro que á tales horas brindaba la naturaleza.

No se oía en aquellos campos rumor alguno, fuera del que producían los cascos de los caballos sobre el pedregoso arrecife y el zumbido del viento; ni el eco de la voz del campesino que torna fatigado á sus hogares entonando alguna canción para distraer el camino; ni el ligero gorgear de las aves, que habían huido á más templadas regiones en el invierno; ni siquiera el monotono y estridente canto de la cigarra, que anima en otras épocas los campos.

Parecía que caminaba Mohámmad por un desierto, ó á través de un pueblo cuyos habitantes hubieran sucumbido, como en otros días las ciudades malditas, víctimas de la cólera del Omnipotente.

Poco á poco las sombras fueron espesándose, y á medida que la cabalgata iba aproximándose á Píñar, crecía la oscuridad en torno, confundiendo los objetos pavorosamente.

Nada importaba al Sultán de Granada que la noche le sorprendiese en tal expedición: no le imponían las sombras, ni su corazón temblaba; y por eso, abstraído en sus meditaciones, dejaba correr á su voluntad la cabalgadura por el camino de Píñar, excitándola de vez en cuando con el agudo acicate.

De pronto, y al volver un recodo, ya cerca de la garganta donde tiene asiento el pueblo, el caballo dió un bote que casi desarzonó al jinete, y se encabritó con violencia.

Antes de que el Príncipe se hubiese repuesto, un bulto en las sombras avanzó hacia él, y mientras sujetaba con fuerte mano por la barbada al fogoso bruto, oyó el Sultán la voz de un hombre que con acento extraño á él se dirigía, exclamando:

—¡Por fin!

—¿Quién eres?—preguntó colérico el Sultán empuñando al mismo tiempo su espada y desembozándose.

—Dí más bien que quiénes somos—replicó otra voz á su espalda.

—¡Quien quiera que seáis, apartáos—rugió Mohámmad—ó probaréis el temple de mi espada damasquina!

—En balde es que lo intentes—dijo el primero con acento sosegado.—Modera, ¡oh Mohámmad! tu enojo y oye nuestra voz.

—Luego ¿sabéis quién soy?—interrogó el Amir, conteniéndose á duras penas.—Y ¿no os amedrenta lo horrible del castigo que os aguarda por vuestro atentado?

—¡Nó, Mohámmad!—No nos amedrentan tus amenazas, y no serás tú ciertamente quien las ejecute en nosotros. La impaciencia te ha hecho adelantar á los jinetes de tu escolta, y estás solo, solo y en nuestro poder!

—¡Por Alláh, que me encanta vuestra osadía! ¡No ha menester el Sultán de Granada de otros brazos que los suyos para desembarazarse de vosotros, miserables!

—¡Detente, Mohámmad, si en algo estimas tu existencia!

—¡Basta!—gritó el amante de Mariem, levantando en alto su espada y clavando despiadado los acicates en los ijares de su cabalgadura.

Pero ésta, después de un ligero temblor, dando un bote cayó al suelo, y Mohámmad rodó por tierra.

Antes de que hubiera podido levantarse, estaban sobre él los dos desconocidos y misteriosos personajes, quienes arrancando de sus manos el arma que esgrimía, y quitándole al par las que llevaba sujetas del tiráz que rodeaba su cintura, le ayudaron á alzarse.

Mohámmad entonces, lívido de coraje, cruzóse de brazos con arrogante y provocativo ademán, exclamando:

—¡Aquí me tenéis! ¿Quiénes sóis? ¿Qué me queréis?

—¡Camina delante de nosotros, desventurado, y cuando estemos en presencia de la que tú llamas Seti-Mariem, entonces sabrás quiénes somos!—respondió en tono lúgubre uno de los desconocidos.

Escuchábase ya cercano el rumor de los caballos de la escolta, y reanimado por aquella próxima esperanza, negóse resueltamente el granadino á satisfacer los deseos que sus ocultos enemigos le manifestaban; pero éstos, sin parecer preocuparse por semejante circunstancia, añadieron:

—¡Cerca están tus soldados, Mohámmad, y dentro de breves instantes los tendrás á tu lado; pero no te servirá de nada su auxilio: porque antes de que lleguen aquí, si no te has decidido, habrás entregado tu alma maldita á Satanás! ¡Decide!

—¡A mí!—gritó con ronco acento el Príncipe, para llamar la atención de su escolta—¡A mí!

—¡Cobarde!—rugió amenazante uno de los desconocidos—¿Eres tú el bravo, el que se llama león de la guerra, y tiemblas ahora delante de nosotros como el criminal delante de sus jueces? ¡Valiente, cuando triunfas de los débiles! ¡Cobarde, cuando te hallas en presencia de los fuertes!

—Mientes, tú, quien quiera que seas—exclamó frenético el Sultán.—¡Dame, dame mi espada, dame un arma cualquiera con que pueda defenderme y luchar á un tiempo mismo con vosotros dos, y veréis si es cierto que tiembla mi corazón! ¡Brava hazaña, por Alláh, la vuestra, después de que me habéis alevosamente desarmado! Pero aun así no me amedrentan ni vuestras amenazas, ni vuestros insultos!

Nadie contestó á su razonada queja; y en aquella actitud provocativa, con el rostro ceñudo y el corazón agitado por la cólera, permaneció el Príncipe algunos momentos, esperando la respuesta ó la acometida de aquellos singulares enemigos que se atrevían á la augusta persona del Imám de los muslimes.

El zumbido del viento, al agitar las ramas secas de los árboles, fué el único rumor que oyó Mohámmad como respuesta á sus palabras arrogantes, sintiendo, en cambio, que un frío intenso, glacial y extraño, naciendo en su propio pecho, iba poco á poco extendiéndose por todo su cuerpo, cuando atraídos por los gritos que antes había lanzado, llegaban hasta el Sultán sus oficiales.

—¡A mí!—volvió á repetir Mohámmad con voz desfallecida.

—¡Oh señor mío!—exclamó el oficial que había llegado primero, apeándose de un salto del caballo que montaba y dirigiéndose al Sultán.—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?

En balde, mientras hablaba el soldado, trataba el Sultán de sondear las tinieblas buscando á los dos desconocidos.

Éstos habían desaparecido en la sombra por completo.

—No es nada—contestó el Príncipe con tembloroso acento, procurando tranquilizar á los suyos, que ya le rodeaban sobresaltados —*Raiján*, mi pobre *Raiján* (1) ha debido tropezar contra alguna peña y me ha derribado.

—¿Estás por desventura herido, oh señor nuestro?...—tornó á preguntar de nuevo el que había hablado primeramente.

—Nó... nó...—repuso Mohámmad vacilante.—Ayudad á mi pobre *Raiján*, y no nos detengamos más tiempo.

Levantado el bruto, volvió en él á montar el granadino, y aunque sentia que los oídos le zumbaban y que iba de él apoderándose extraña debilidad, caminó animoso, seguido muy de cerca por la escolta, hasta llegar al castillo de Píñar, donde se separó de ella, penetrando después solo en *Cassr-ul-mashur*.

(1) *Raiján* significa viento.

XX

La presencia y las caricias de Seti-Mariem hicieron olvidar al pronto al Príncipe lo misterioso de aquella aventura que no acertaba á comprender, y sus negros presentimientos se desvanecieron como por encanto cuando en el esplendor del *Beit-as-senán* se halló en brazos de su amante.

Algunas sombras oscurecían, á pesar de todo, su semblante, y cuando penetró en la estancia sentía cierta tibia humedad en sus ropas y cierto decaimiento en su espíritu, que no pasó inadvertido para Seti-Mariem.

—¿Qué tienes, amor mío?—preguntó ésta al estrechar sobre su pecho la cabeza de Mohámmad.—¿Por qué tus ojos no brillan con el fulgor de otros días y contrae tu rostro la huella del pesar y del disgusto? Pero, ¿qué es esto?—añadió, llevándose rápidamente las manos á los ojos.—¡Sangre! ¡Sangre, Mohámmad! ¿Estás herido?

Y con febril precipitación comenzó á desabrochar las ropas del Sultán, quien, por su parte, doblaba la cabeza en silencio y perdía el sentido.

—¡Sangre! ¡Sangre!—repetía Mariem con acento dolorido—¡Sangre!

—¡Sí, sangre!—exclamó á sus espaldas lúgubremente una voz.—¡La sangre del enemigo de tu dicha, infeliz; la sangre de aquél que ha sido causa de tu desventura!

Volvióse rápida Mariem al escuchar tales palabras, y vió á su lado dos sombras, más que dos hombres, envueltas en recios balandranes y encubierto el rostro.

Lanzó un grito la cautiva, y poniéndose en pie de un salto, quedó frente á frente de los dos desconocidos, toda trémula y con el corazón palpitante por la sorpresa.

Los encubiertos permanecieron breve instante contemplándola, no sin emoción, y al cabo, rompiendo aquella pausa, ya algún tanto repuesta de su asombro, exclamó Seti-Mariem, como poco antes lo había hecho en el silencio de la noche el Príncipe:

—¿Quiénes sois?... ¿Qué queréis?...

—¿No nos conoces, desventurada?... ¿Nada te dice, nada te re-

cuerda, infeliz, el eco de nuestra voz?—respondió con amargura uno de los desconocidos.

—¿Tan desvanecida estás—añadió el otro en el mismo tono—que no hallas en tí misma la respuesta?

—¡Mírame!—dijeron á un tiempo mismo ambos, dejando caer á la espalda la capucha del balandrán que les envolvía, y colocándose de manera que pudiese Mariem, á la luz de las encendidas lámparas, contemplarles.

Eran, uno y otro, mancebos de gentil apostura y noble continente, que habrían cumplido apenas los veinticinco años, y su hermoso semblante, adornado de negra y rizosa barba, aparecía empañado por cierta sombra indefinible de melancolía que les hacía por todo extremo interesantes.

Iban vestidos de extraña manera, pues mientras les envolvían récios balandranes de paño oscuro y fuerte, ostentaban debajo ricas prendas mezcladas muslimes y cristianas, que les daban singular aspecto.

Quedó un momento Mariem suspensa contemplándoles, sin dar señales de conocerles, y ellos, en tanto, la devoraban con los ojos, como si quisieran por allí dejar escapar su alma y que penetrase ésta en el adormecido corazón de la cautiva.

Por fin, y después de aquel silencio embarazoso, exclamó uno de ellos con expresión amarga:

—¿No nos conoces, desdichada mujer?... ¡No nos conoces! ¡Y, sin embargo, nos has llevado en tus entrañas, nos has prodigado en otro tiempo tus ardientes y puras caricias, nos has amado con todo tu corazón, según decías!

—¿Quiénes sóis? ¿Quiénes sóis?—repetía entre tanto Mariem, abriendo sus ojos desmesuradamente y llevándose ambas manos á la cabeza, cual si pretendiese con aquel ademán recoger todos sus recuerdos, recuerdos que habían huído para siempre de su perturbada y oscurecida memoria por voluntad del Príncipe y por efecto de misteriosas influencias!

—¿Quiénes sóis?—decía mirándoles—¡Oh!... ¡Nó, no os conozco! ¡No os conozco, y, sin embargo...!

—¡Que no nos conoceís, señora!—exclamó tristemente el mayor de los mancebos—¡Oh! ¡Recordad, recordad por Dios! ¿No hay en vuestro ser nada que se conmueva á nuestra vista?... ¡Desventurados! ¡Desventurados de nosotros!

Y sin poder contenerse, rompió en acerbo llanto.

Presa de singular inquietud, paseaba la cautiva sus miradas de uno á otro joven, sin que las tinieblas que reinaban en su alma se desvaneciesen: ¡sin que una sola de las fibras de su adormido corazón se extremeciera!

—¡Tanto han cambiado, señora, vuestros hijos!—repuso el que hasta allí había hablado—¡tanto, que ya no los conocéis!... ¡Miradnos!... ¡Somos Juan Sánchez y Jimén Pérez, vuestros hijos! ¡Aquéllos que abrigásteis en vuestro regazo, que alimentásteis con vuestra sangre! ¡Oh!—continuó como hablando consigo mismo—cuando después de tan largos años de triste orfandad, de amarga vida y de horribles penalidades, logramos llegar hasta ella para rescatarla! ¡Cuando tocamos el término de nuestros afanes!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de nosotros! ¡Esfuerza nuestro espíritu, quebrantado ya con tantos golpes!

Y se dejó caer sobre el diván, tropezando con el cuerpo inerte del Príncipe.

—¡Mis hijos!—decía Mariem con extraña agitación—¡Mis hijos!... ¡Yo no he tenido nunca hijos!... ¡Nó!... ¡Mentís! ¡Yo no he conocido, yo no he amado nunca á otro hombre que á Mohámmad!... ¡No os conozco, nó! ¡No sé quiénes seáis!

Entre tanto, el Sultán iba poco á poco volviendo del desmayo, y entrecortados suspiros salían penosamente de sus labios, pálidos y secos.

—¡Loca, loca!—exclamaba desconsolado Juan Sánchez, mientras su hermano permanecía en sombrío silencio y con la cabeza inclinada.—En pos de tantos riesgos para encontrarla, ¡en qué estado, Dios mío, nos la presentas!

—No hay tiempo que perder, hermano—dijo Jimén con lúgubre acento.—¡El enemigo eterno de nuestra dicha recobrará en breve el sentido, y antes de que tal suceda, es preciso que estemos ya lejos de aquí con nuestra madre!

—¿Y hemos de dejarle así, Jimén?—interrogó Juan, señalando al Príncipe con la mirada.

—¡Nó!—repuso aquél con acento colérico.—¡Nó! ¡La hora de la venganza ha sonado! ¡La sangre de nuestro padre pide sangre, y nuestra honra mancillada exige el castigo del culpable!

Y desenvainando la broncha que pendía de su cintura, encaminóse hacia donde permanecía, aún aletargado, el cuerpo de Mohámmad.

—¡Detente!—exclamó Juan Sánchez, interponiéndose rápido como el pensamiento entre su hermano y el Sultán.—No es de hidalgos como nosotros vengar nuestra afrenta en hombres inermes... Atendamos primero á nuestra madre: volveremos luégo á buscar á este hombre.

Seti-Mariem, en tanto, había continuado en pie, sin acción ni movimiento. Clavados los ojos en el suelo, enarcadas las cejas y toda sacudida por inacostumbrada emoción, parecía una estatua, no llegando á sus oídos siquiera el eco de las palabras cambiadas entre sus hijos.

Antes, sin embargo, de que hubiera podido comprenderlas, lanzábanse ambos de improviso sobre ella, y levantándola en sus brazos, huyeron de aquel sitio, á pesar de los gritos y de las protestas de la cautiva.

Ya era tiempo, porque Mohámmad, en el punto en que ellos desaparecían, abrió los ojos extraviados y paseó sus miradas por el *Beit-as-senán*, sin darse cuenta del paraje en que se encontraba.

Incorporóse lentamente, y pasando la diestra por la cara, trató de coordinar sus recuerdos.

—¿Dónde estoy?—dijo, recorriendo con los ojos la lujosa estancia.

—¡Ah, sí!... ¡Ya recuerdo!... ¡Ya recuerdo!... ¿Y Mariem?—se preguntó al cabo de un instante.—Aquí, aquí á mi lado estaba... ¿Por qué no está ya?... ¿Qué extraña pesadez es esta que embarga todo mi cuerpo?

Y como al pasar sus manos por el pecho notase que éstas se hallaban mojadas, acercóse vacilante á una bujía y allí vió que estaban manchadas de sangre.

—¡Sangre! ¿Estoy herido?—Y se volvió á palpar.—¡Sí—añadió—¡Sí, estoy herido!... Aquellos hombres... Pero, ¿y Mariem?... ¿Dónde está Mariem?... Tal vez haya ido á buscar algún remedio para mi herida... ¡No tardará en volver á mi lado!... ¡Ella, ella es la única criatura que me ama! ¡Su voz tiene para mí encantos irresistibles y basta para disipar mis duelos! En otro tiempo, yo era feliz... También me amaban mis vasallos. ¡Alláh me sonreía desde su Trono, y parecía que la felicidad y la prosperidad iban para siempre á reinar en Granada!... Pero ahora!...

Y se interrumpió breve espacio en su meditación, quedando mudo y pensativo.

Tras de aquella pausa, procuró incorporarse, aunque sin poder conseguirlo por completo, exclamando:

—¡Mariem no vuelve! ¿Me habrá abandonado como me abandonan todos mis vasallos? ¡No puede ser! ¡Ella me ama! ¡Los genios han derramado con largueza en su corazón los efluvios de la pasión que me enciende, y esta pasión hace ya mucho tiempo que llena su existencia! ¡Mariem!—gritó—¡Mariem!

Nadie contestó á su llamamiento, y Mohámmad, llenó de inquietud, logró al postre levantarse y se dirigió á los aposentos de la hermosa cristiana, llamándola siempre.

Iba ya á trasponer el umbral de aquella cámara, cuando aparecieron á sus ojos los dos desconocidos que llevaban el capuchón sobre el rostro.

—En balde la llamas, ¡oh Mohámmad!—exclamó uno de ellos deteniéndose delante del Príncipe.—¡Mariem no contestará á tu voz ya nunca!

—¡Apartáos sombras, espíritus malditos que os interponéis en mi camino! ¡Apartáos!—clamó el Sultán abriendo los brazos y retrocediendo á pesar suyo.

—¡Nó, Mohámmad!—replicó Juan Sánchez avanzando á medida que el granadino retrocedía.—¡Ha sonado la hora de nuestra venganza y tu castigo!

—¿Quiénes sóis?—dijo Abdil-Láh turbado.

—¿Quieres saberlo? ¡Quizás tengas tú más memoria que esa infortunada mujer cuya razón has oscurecido alevosamente! ¡Míranos pues, si te atreves, cara á cara!

Y descubriéndose ambos hermanos á la par, cruzáronse de brazos delante del asesino de don Sancho.

No era, en verdad, fácil que éste pudiese recordar las facciones de Juan Sánchez y Jimén Pérez, en quienes apenas había reparado cuando la conquista de Al-Mantdar, y mucho menos aún después del tiempo trascurrido, durante el cual se había operado la natural trasformación de aquellos mancebos, ya convertidos en hombres.

Pero Juan Sánchez era por extremo parecido al desventurado alcaide, esposo de Seti-Mariem, y al fijar el Príncipe sus vagos y despavoridos ojos en el semblante del joven, creyó que ante él se levantaba vengadora la sombra de don Sancho, cuya sangre había derramado dos veces.

—¡Don Sancho!—clamó.—¡Oh, tú, el Señor del Trono excelso,

el Misericordioso Alláh! ¡Grandes deben ser mis culpas cuando consientes que los muertos se levanten de sus sepulcros para venir á mi presencia!—añadió alzando al cielo la mirada.

—Te equivocas, Mohámmad—replicó Juan Sánchez.—¡No soy aquél á quien diste traidora muerte! ¡No soy aquél cuyo nombre has deshonrado!... Somos sus hijos, que hoy te pedimos estrecha cuenta de la sangre de nuestro padre, á quien tenga Dios en su gloria, y de la honra que nos has arrebatado!

Al escuchar al arrogante castellano, operóse en el ánimo del Príncipe vigorosa reacción, y fortalecido por ella, á pesar de la debilidad de que era víctima, encaróse con los dos mancebos diciendo con acento alterado por la cólera:

—¡Ah! ¿Sóis vosotros? ¡Vosotros, á quienes perdoné la vida á ruegos de Seti-Mariem; á quienes dí libertad y colmé de riquezas para que regresáseis á Castilla! ¡Vosotros, quienes en las sombras de la noche, y prevaliéndoos de ellas, me habéis asaltado en el camino! ¡Vosotros, quienes después de herirme cobardemente, osáis insultarme aquí porque me véis abandonado, solo y sin alientos! ¡Vosotros, quienes decis me habéis arrebatado á Seti-Mariem!... ¿Venís, pues, á desafiar al león en su cueva? ¿Venís á desafiar al Sultán de Granada? ¡Insensatos! ¿Olvidáis que estáis aquí, ahora, en mi poder, que no podéis salir del recinto de este palacio, y que á una voz mía vuestras cabezas rodarán por el pavimento? ¡Insensatos!

—¡Nó! No estamos en tu poder—replicó Jimén Pérez, animoso.—¡Eres tú, por el contrario, quien se halla en el nuestro, y vas á perecer á nuestras manos! ¿Crees, por ventura, que hemos de perdonarte la sangre de nuestro padre? ¿Crees que hemos de tener piedad de aquél que ha mancillado la pureza y la castidad de la que nos dió el ser, trastornando su cerebro y ahogando para siempre en ella la voz de la conciencia? ¡Oh! ¡Nó! ¡Nó, miserable! ¡Asesino sin corazón! ¡Tu hora ha llegado, y nada ni nadie podrá salvarte, porque es la justicia de Dios la que arma nuestro brazo, y es su mano omnipotente la que nos protege y anima! ¡Prepárate, pues, á morir!

—Aquí nos tienes—añadió Juan Sánchez.—¡Escoge entre nosotros á aquel que quieras para que la justicia de Dios se satisfaga! ¡Que hasta que uno de los dos te haya dado muerte ó tú nos hayas muerto á los dos, como mataste á don Sancho Sánchez de Bedmar, nuestro padre, no hemos de salir de aquí! ¡Escoge!

—¡Pues entonces, ven tú—rugió el Sultán—y probarás mi esfuer-

zo! ¡No han entibiado los años el ardor de mi pecho ni tiembla ya mi mano como antes! ¡Ven!

Y tomando la espada que le tendía en silencio Jimén Pérez, Mohámmad se puso en guardia.

Entonces, lanzando cada uno su grito de guerra, trabóse entre aquellos dos hombres singular y encarnizado combate, que presenciaba el segundo hijo del alcaide de Al-Mantdar, esperando tranquilo el término de la lucha.

XXI

Cuando después de pactadas las treguas que á solicitud del granadino concedía á éste el Sultán de Castilla, mediante la entrega de las fortalezas de Quadros, Chanquin, Quesada y Al-Mantdar y el tributo de cinco mil doblas de oro, los nassaríes abandonaban el asedio de la plaza de *Chezirat-ul-Hadhrá*—apartándose de las batallas de los castellanos, dos jóvenes guerreros tomaban el camino de Chien, y trasponiendo las fronteras de Castilla penetraban en el territorio del Islam, donde luégo que hubieron cambiado de traje se hicieron pasar por fugitivos de la plaza de Chebel-Thériq, conquistada poco antes por Ferrand-ben-Xanchol á los muslimes.

Bajo tales apariencias, llegaban muy en breve á la ciudad de Granada, donde, informados de la ausencia del Príncipe é impuestos muy al por menor de cuanto ocurría, no tardaron en cerciorarse de las pocas simpatías que entre los musulmanes se había granjeado Abú-Abdil-Láh Mohámmad III, á quien motejaban de abandono, por preferir las amantes caricias de cierta cautiva á los intereses del Islam en Al-Andálus, no faltando quien llegara hasta suponer que se había vendido cobardemente al tirano de Castilla, razón por la cual desmembraba el territorio de su propio reino, como parecía probarlo la entrega de las fortalezas antes mencionadas.

Susurrábase, aunque no con entera seguridad, que el nieto de los Al-Ahmares permanecía, en tiempo de paz, la mayor parte del año retirado en uno de los castillos de las inmediaciones de Granada, donde la voz pública aseguraba que había mandado labrar secretamente magnífico palacio para morada de la cautiva nassarí, con quien mantenía amorosas relaciones, y hasta se indicaba que el referido castillo era el de Píñar, en las inmediaciones de Hissn-al-Lauz,

noticias todas que con gran diligencia recogían los dos nassaríes, á quienes, sin sospecha de lo que eran, un soldado etíope, de la guardia del Sultán refería, incitado por sus preguntas, la muerte del alcáide de Al-Mantdar, cuyo cuerpo había él mismo arrojado, por orden del gobernador del castillo de Píñar, desde los adarves de aquella fortaleza al abismo sobre el cual el referido castillo se levanta.

Corría entre tanto la voz de que Mohámmad llegaría en breve á Granada, de regreso de la desafortunada expedición contra los castellanos; y con efecto, confundidos entre la muchedumbre de curiosos que presenciaron en silencio la entrada del Príncipe en su córte, viéronle ambos donceles subir á su palacio de la Alhambra, de donde á las pocas horas, y aprovechando el crepúsculo de la tarde, le miraban salir, escoltado por algunos jinetes, para tomar el camino de Píñar, á donde se dirigía, sin duda alguna.

Aprovechando las sinuosidades y revueltas del camino, y tomando por atajos, seguíanle muy de cerca los jóvenes rumíes; y cuando juzgaron propicia la ocasión, por haberse adelantado el Sultán á las gentes que le acompañaban, habíanle salido al encuentro con ánimo de que les guiase y condujera al lugar secreto donde guardaba á la cautiva, en cuya presencia querían vengarse de aquel hombre, causa y origen de su orfandad y de su desventura, si, como sospechaban, la mujer que guardaba como un tesoro en tal paraje, era la esposa de don Sancho Sánchez, su padre.

No quiso la suerte que se realizasen sus deseos, por la repentina presencia de la escolta del Sultán; y ocultándose en las sombras, siguieron cautelosos al Príncipe, á quien, después de haber dejado á sus oficiales en el castillo, vieron desaparecer tras de la puerta que daba entrada á *Cassr-ul-mashur*, cuya existencia nunca hubieran sospechado.

Indecisos, pero al mismo tiempo animados por el espíritu de la venganza, que les poseía, permanecieron Juan Sánchez y Jimén Pérez, pues ellos eran, delante de la puerta del palacio subterráneo breve instante; después, y conociendo el lugar donde debía estar encerrada su madre, doña María, cuya trasformación no sospechaban, comenzaron á recorrer aquellos sitios, no sin grave exposición de sus personas, dada la configuración del escabroso terreno en que se hallaban.

Al cabo de algún tiempo, como percibiesen por entre la juntura de dos enormes peñascos extraña claridad, siguieron el contorno de

aquella masa escueta que se erguía en el espacio, y dieron, por último, con la boca de un precipicio que se abría á sus pies amenazante.

Después de rápida consulta, y ayudados de los salientes y de las plantas que crecían entre las breñas, decidiéronse, no sin riesgo, á descender por el precipicio, lo cual efectuaron, encontrándose con una cueva ó almoguera á piso firme, por la cual penetraron así que tuvieron la certidumbre de que seguía la dirección de los enormes bloques graníticos por entre los cuales habían descubierto poco antes en la cima, la extraña claridad que denunciaba allí la existencia de lugares habitados.

Al extremo de la almoguera hallaron con regocijada sorpresa una *cobba* ricamente alhajada, y cruzándola con toda clase de precauciones, no tardaron, por los gritos que Mariem había lanzado al ver llenas de la sangre de Mohámmad sus propias manos, en orientarse, siguiendo siempre la dirección de aquellos gritos, merced á los cuales llegaban al *Beit-as-senán* en la ocasión de que el Príncipe caía desmayado; ¡que los designios de Alláh, el Excelso, serán siempre desconocidos para las criaturas!

Luégo que ambos mancebos se hubieron apoderado de Seti-Mariem, cuya locura les había profundamente afectado, dejábanla asegurada en la *cobba* inmediata á la caverna por donde habían hallado entrada al *Cassr-ul-mashur*, y deseosos de extremar su venganza, tornaban al *Beit-as-senán*, donde permanecía Mohámmad, empleando esta vez más tiempo en orientarse, pues desconocían por completo la disposición de aquel palacio subterráneo.

La lucha entablada entre Juan Sánchez y el Sultán duró muy breve tiempo, á pesar del encarnizamiento y el ódio de los combatientes: la fatiga, la debilidad y los años, habían, con cierta especie de supersticioso temor, enervado las fuerzas del granadino, mientras Juan Sánchez, joven, habil y robusto, como encarnación de la justicia divina, continuaba sin aparente cansancio esgrimiendo su tajadora espada.

La sangre de uno y otro corría en abundancia; pero ellos no parecían, sin embargo, sentirlo, ni se cuidaban más que de ofender y defenderse.

Mientras tanto, Jimén Pérez continuaba impasible en su sitio, contemplando con sorda cólera aquel espectáculo, que hacían más extraño el lugar en que se hallaban y la luz reverberante de las lám-

paras, encendidas para iluminar sólo escenas de amor, y no escenas de sangre y de muerte.

Al fin, lanzando agudo grito, dejó el Sultán caer su espada, y llevando la mano al pecho, sintió que sus piernas vacilaban y que la habitación giraba en torno suyo.

Después, como impulsado por fuerza irresistible, cayó derribado en tierra, con los ojos abiertos y los labios contraídos, aunque sin pronunciar palabra alguna.

—¡La justicia de Dios está cumplida!—exclamó lúgubremente Juan Sánchez, limpiando el ensangrentado acero y volviéndolo á la vaina—¡Qué Dios maldiga tu espíritu, y que Satanás se apodere de él por todos los siglos de los siglos.

—Amén—repitió Jimén Pérez.

Y volviendo ambos á cubrir sus cabezas con el capuchón del balandrán que vestían, abandonaron el aposento, dirigiéndose al lugar donde habían dejado á su madre.

Procurando acallar sus gritos, condujéronla en brazos fuera de la cueva; y anudando allí sus largas fajas, ceñían con uno de los extremos el talle de Seti-Mariem, mientras con el otro Jimén Pérez trepaba, no sin fatiga, por las breñas, ayudado de su hermano Juan Sánchez, consiguiendo, tras de inauditos esfuerzos, sacar de aquellos lugares á la cautiva.

En la falda del monte, á otro lado de la garganta en que se hallaba el pueblecillo, les aguardaban sus caballos, y montando en ellos, abandonaban al escape á Píñar, tomando la dirección de la frontera.

. . . . . .

El sobresalto y la indignación de los muslimes fueron grandes cuando tuvieron conocimiento del grave estado en que se hallaba el Sultán y conocieron por sus labios el riesgo que había corrido.

Porque la espada de Juan Sánchez no había logrado, merced á la protección de Alláh, separar el alma de aquel cuerpo, y que *Malak-al-maut* batiese sus negras y medrosas alas sobre la frente del nieto de los Al-Ahmares! ¡Alabado sea Alláh! ¡Ensalzado sea!

Largo tiempo duró la convalecencia del Príncipe, retardada por la certidumbre de la ausencia de su amada Seti-Mariem, siendo, por desventura, inútiles las gestiones que se hicieron para conseguir averiguar el paradero de los hijos de don Sancho, quienes segura-

mente habían puesto en salvo sus personas y la de su madre, penetrando en territorio de Castilla.

De las indagaciones hechas, con más interés y amor que fortuna, por el kátib Isahack-ben-Chábir, á quien encomendaba principalmente el Sultán tan delicado encargo, resultaba que al día siguiente de aquel en que había sido tan peligrosamente herido Mohámmad, dos jinetes, conduciendo uno de ellos una mujer, habían aparecido en los pueblos de la frontera de Chien, sin que nadie acertara á dar mayor número de explicaciones.

Aquel desventurado suceso, el disgusto con que los musulmanes veían la inacción del Príncipe en las circunstancias verdaderamente azarosas por que el Islam atravesaba, amenazado en Almería por el Sultán de Aragón; la enemistad que se había granjeado el guazir Abú-Abdil-Láh Mohámmad Al-Lahmí con el poderoso alcaide Abú-Bekr Atik-ebn-Al-Maul, pariente del Amir y las banderías que se habían formado en todo el reino, con otras más de análoga especie, causas eran legítimas de la profunda amargura que llenaba el corazón del nieto de *Al-Gálib-bil-Láh*, para quien ya la vida no ofrecía atractivo alguno, separado como estaba del único bien que había gozado, de la única mujer que había poblado de encantos su existencia!

Así, pues, cuando el día primero de la luna de Xagual de aquel año de 708 (1) formidable rumor y vocerío, que resonaba en todos los ángulos de la ciudad, subía amenazador y soberbio, como el clamor del oleaje combatido por la tempestad, hasta llegar á las puertas de su mismo Alcázar de la Alhambra, proclamando Sultán de Granada á su hermano Abú-l-Choyux Nassr, oyó Mohámmad aquel griterío desenfrenado y aquella voz del pueblo casi con regocijo, pues le aliviaba de un peso con el que no podía su decaído espíritu.

La turba desenfrenada, que apoderándose de la persona del guazir Al-Lahmí, le daba horrible muerte casi á presencia del Príncipe y saqueaba violenta y destructora como un incendio la morada de sus señores, no causó espanto alguno en su pecho; y haciendo allí, en presencia de la muchedumbre, abdicación y renuncia de la sultanía, apresurábase á reconocer á su hermano como su señor y su dueño, mientras aniquilado, poseído de la mayor indiferencia, sin alientos para nada, carcomido por la desesperación, acataba la orden del nue-

(1) 14 de Marzo de 1309.

vo Sultán, marchando á Al-Munnecab (1) sin pronunciar sus labios la menor protesta.

—¡Loado sea Alláh!—exclamaba al abandonar el amurallado recinto de la que fué su corte, para encerrarse en la fortaleza designada por su hermano.—¡Loado sea Alláh, que en su misericordia infinita me concede la paz por mí tanto tiempo codiciada! ¡Que Alláh prolongue los días y los bienes del Sultán mi señor Abú-l-Choyux-Nassr, y le esfuerce y le proteja!

XXII

Destruídos por la vencedora espada del Amir Nassr los proyectos del Sultán Cháymis, á quien llaman los rumíes *Al-Adel* (2), obligándole á levantar el cerco de Almería, y desvanecidas al par las esperanzas del tirano de Castilla (¡á quien maldiga Alláh!), Granada volvió, aunque no para siempre, á recobrar la tranquilidad perdida, y con ella renacieron la animación y el entusiasmo de los buenos muslimes.

Entregado á sus propios tormentos, llegaban á oídos de Mohámmad en su forzado retiro nuevas tan lisonjeras para el Islám, y regocijábase de ellas como verdadero siervo del Misericordioso, llorando siempre la ausencia de Seti-Mariem, que era la única aspiración de su quebrantada vida.

No era ya posible, no, que sus ojos volvieran á mirar aquel rostro peregrino, más hermoso que el de la luna llena; que volviesen á escuchar sus oídos aquel acento, cuyo eco vibraba todavía en su corazón con dulzura inefable y superior á la música regalada de las huríes del Paraíso! ¡No tornaría ya á embriagarse con el perfume deleitoso que exhalaban los labios de aquella mujer, rojos como la flor del granado, frescos como la alborada y sonrientes como las promesas del mismo Alláh! ¡No sentiría más sobre el suyo los latidos amorosos de aquel corazón que encerraba sólo para él tesoros de cariño por influjo de los buenos genios!

El pasado era para él horrible pesadilla, y en sus sueños veía siem-

(1) Almuñécar.

(2) *El Justo*, don Jáime II.

pre alzarse á su presencia con sombrías tintas la figura de aquellos dos donceles, que le pedían cuenta de su honra y que le arrebataban el tesoro por él más preciado en la tierra!

Inútiles habían sido todos los esfuerzos que había hecho para asegurar la posesión de Seti-Mariem, cuya imagen celestial aparecía en su delirio para desvanecer las sombras que envolvían todo su ser y que le agobiaban bajo su mortal pesadumbre!

Separado de ella, valiera más que la desenfrenada soldadesca que había dado cruel é inmerecida muerte á su guazir Al-Lahmí, hubiese también cortado el hilo de su existencia, que ya no tenía objeto!

Todas sus ilusiones habían desaparecido, y su única aspiración consistía en recobrar á Seti-Mariem.

¿Cómo era posible que lo realizase, si la voluntad del Sultán le prohibía trasponer los límites de aquella fortaleza?

Por eso, cuando extraña dolencia, apoderándose de Abú-l-Choyux Nassr, hizo que en los adormecidos partidarios de Mohámmad despertase la ambición, y juzgando ya muerto al nuevo Sultán, sacasen de aquel retiro al vencedor de Al-Mantdar para hacerle entrar de nuevo en Granada, latió su corazón apresurado como en los días de su juventud, y alentado por vaga esperanza, aceptó los ofrecimientos de los que se decían sus partidarios, sólo para utilizar los medios poderosos que su restauración en el trono podría facilitarle para buscar á su adorada.

Pero Alláh en sus decretos inexcrutables no lo permitió: porque al trasponer las puertas de la ciudad, alegre y regocijado rumor de músicos instrumentos anunció á Mohámmad y anunció á sus partidarios que el Sultán había felizmente recobrado la salud, con cuyo motivo, picando presuroso espuelas á su cabalgadura, sin detenerse á escuchar á sus partidarios, cruzando por Granada como un loco, salía por *Bib-Guadi-Ax*, y tomaba al escape el camino para él tan conocido de Hissn-al-Lauz!

Como aquel dia, por él nunca olvidado, en que después de su regreso de *Chezirat-ul-Hadhrá*, había corrido ansioso á Píñar para buscar en las espléndidas *cobbas* de *Cassr-ul-mashur* los brazos de su amada, caía la tarde lenta y sombría sobre el campo despojado por el invierno de todas sus galas.

Negros nubarrones iban poco á poco apoderándose del cielo y borrando las huellas del día, triste como lo estaba el espíritu del

Príncipe, mientras sobre las crestas caprichosas de los montes se hacinaba en confuso remolino aquella masa oscura y amenazante como la maldición del Excelso.

De vez en cuando rasgaba el negro velo rápida y velozmente el cárdeno relámpago, y retumbaba el trueno en los espacios, y el eco de los montes lo repetía y llevaba acrecentado aquel horrísono estruendo hasta los lejanos límites del horizonte.

Gruesas y espesas gotas de agua comenzaron á caer, y en breve las sombras de la noche se condensaron, llenándolo todo de pavorosa negrura.

Y Mohámmad, sin cuidarse del desorden de los elementos, caminaba, caminaba oprimiendo los lomos de su cabalgadura, cuyos herrados cascos despedían chispas fugaces sobre los guijos del arrecife.

Mezclábanse y se confundían en su frente, bajo la capucha del albornoz que le cubría, las gotas de sudor y el agua que mojaba sus vestiduras; pero él no sentía nada, y persiguiendo en la alucinación de sus sentidos el fantasma vaporoso de su adorada Mariem, seguía cabalgando sin reposo, sin que le detuviese en su frenética carrera ni la voz de los elementos ni fuerza alguna.

Por fin llegó á la cañada, y atravesando el riachuelo que la surca, penetró en el desfiladero que coronaba por uno de sus extremos el castillo

Buscó, más por instinto que por conocimiento del terreno, el camino que había él hecho labrar para subir al monte, y subió por él sin vacilar, como impulsado por fuerza superior irresistible.

Pocos momentos después se detenía delante de la puerta de *Cassr-ul-mashur*, y apeándose de un salto, trasponía el umbral de aquel palacio y se internaba por él rápidamente.

¿A dónde iba?

¿Qué buscaba en aquellos lugares y á tales horas?

Cruzó como una tromba el solitario zaguán abandonado, y, guiado por el sentimiento que le embargaba, después de recorrer algunas estancias, penetró en la *sala de la figura*, aquella *cobba* que había tantas veces presenciado sus locuras con Seti-Mariem.

Allí, sobre el pedestal, en el mismo sitio en que él la había colocado, se alzaba muda y silenciosa aquella imagen de piedra de su adorada.

Las tinieblas lo envolvían todo; pero á pesar de ellas y sobre ellas,

Mohámmad veía sus brazos abiertos como para estrecharle, su boca sonriente y su seno desnudo é incitante.

Abrazándose á aquella imagen insensible, prodigábala las más tiernas caricias, como si con ellas quisiera darle animación y vida; y sus labios, en atropellado y confuso rumor, pronunciaban frases de cariño, que el eco vagoroso repetía por el ámbito solitario de la estancia.

Fuera, oíase el retumbar del trueno, el zumbido del huracán que introducía sus mil lenguas roncas y atronadoras por la puerta del alcázar, y el estallido de la tormenta.

Parecía que fuerzas superiores, la mano de Alláh el Omnipotente conmovían las entrañas de la tierra, al mismo tiempo que agitaban los senos insondables del firmamento.

De pronto oyóse pavoroso estrépito; cual si el monte se hubiese desgajado entero sobre ellas, crugieron como aplastadas las bóvedas de la *cobba*, y una luz rápida y vivísima, esparciendo en torno, penetrante y trastornador, el olor del azufre, vino á herir la frente de la imagen de Mariem, á que se hallaba asido Mohámmad, y recorriendo aquellos puros contornos, tallados en el mármol frío, detúvose un momento en el cuerpo del Príncipe, que caía en tierra (1).

Desplomáronse luégo las techumbres, ardió cuanto de precioso había en *Cassr-ul-mashur* y volvió todo á quedar en profunda oscuridad y para siempre!

¡La mano de Alláh, guiando el rayo, había aniquilado á Mohámmad y sepultado su cuerpo en medio de aquellas, las últimas ruinas de su amor profano é inextinguible!

—¡Alabado sea Alláh!

. . . . . .

XXIII

Los siglos han pasado y las generaciones se han sucedido las unas á las otras.

No queda en Al-Andálus nadie ya que reverencie las altísimas verdades del *Korán*, ni quien confiese que no hay divinidad sino en

(1) Murió Mohámmad el 3 de la luna de Xagual de 713 (21 de Enero de 1314).

Alláh, el Único, que no tiene semejante á Él, y que Mahoma es el enviado de Alláh!

La sangre de los muslimes, sin embargo, antes y después de la rendición y entrega de Granada se ha mezclado con la sangre de los nassaríes; nuestros hijos, pues, aunque cegados en la falsa religión y apartados de la claridad de la palabra del Profeta (¡complázcase Alláh en él!) continúan disfrutando de los deleites con que brinda aquella tierra hermosa que enriquecieron á porfía, con los tesoros de sus artes y de sus industrias, los muslimes; y todavía, para gloria de los siervos del Misericordioso, se levantan en pie, produciendo el asombro y la admiración de los nassaríes, el fastuoso alcázar de los Al-Ahmares en la Alhambra (¡Alláh vele sobre él y le proteja!) y otros restos de su cultura, largo tiempo negada y desconocida.

Entre las maravillas que todavía se conservan en Granada de los días de la dominación musulmana, existe, no lejos de un pueblecito llamado Píñar, situado al E. de Hissn-al-Lauz ó Hiznalloz, como á cosa siete leguas de la antigua corte de los Al-Ahmares, una cueva verdaderamente admirable, formada por los restos de aquel alcázar subterráneo mandado labrar por el Amir Abú-Abdil-Láh Mohámmad III de Granada en las entrañas de la tierra. La obra de la Naturaleza, unida á la obra de los hombres, á través de los siglos ha hecho de aquellas informes ruinas un espectáculo prodigioso, ante el cual se detiene la razón humana sorprendida, sin acertar á explicárselo. ¡Tal es la omnipotencia de Alláh y la pequeñez de sus criaturas!

La entrada actual de esta cueva se abre por el costado N. de un cerro por esta parte cortado perpendicularmente, que cuenta unos trescientos metros de altura, y sobre el cual se levanta aún un castillo desmantelado y ya medio en ruinas, cuyos muros principales se conservan, á pesar de la acción sorda y destructora de los tiempos. En la dirección de N. á S. adviértese en el cerro una profunda grieta sin rellenar, tapizada de multitud de cristalizaciones, extendiéndose la cueva en el sentido mismo que la grieta indica. Para subir cómodamente, hay una rampa empedrada, de unos cinco metros de elevación, resto del camino mandado hacer por el Sultán Mohámmad III; la entrada á la cueva conserva todavía la figura de un arco, con dimensiones proporcionadas, y el primer espacio donde estuvo el zaguán del *Cassr-ul-mashur*, puede contener, con desahogo, según los escritores, hasta mil seiscientos hombres.

El techo es bastante elevado, si bien en algunos puntos parecen

desprenderse enormes masas petrificadas de estalactitas, que sobresalen con irregularidad; tienen la figura de dos arcos ojivales, y en el vértice ó unión de ambas cuerdas sigue la grieta hacia la parte superior del cerro con dimensiones bastante reducidas; el piso es harto desigual, hallándose á cada paso tropiezos y obstáculos que casi le hacen intransitable; en el extremo de este primer aposento se pierde la luz natural; el higrómetro da 90° y el termómetro centígrado 12°.

Siguiendo aquella dirección por un corto espacio, angosto y bajo de techo, se llega á un pequeño salón de dimensiones regulares, donde hay un número indefinido de productos elaborados según las leyes generales á la materia, viéndose con asombro varias cristalizaciones de figura piramidal, más ó menos bien caracterizadas, y fustes y capiteles labrados conforme el arte prescribe, columnas de orden arquitectónico perfectamente marcado ó grupos caprichosos é irregulares, cuyo conjunto forma un todo admirable. Aquellas son las ruinas de la *Cobba-l-bahú*, y el higrómetro marca allí 95°, mientras el termómetro baja á 11° de la escala centígrada.

Continuando en la misma dirección y con leve inclinación en el pavimento, llégase á otro espacio, en el que se ve una especie de lecho colosal, á que los nassaríes llaman mausoleo, de figura elegante, adornado de columnas, frisos y otros objetos curiosos. En la cúspide del cono truncado que se eleva majestuoso en el centro, y que otro tiempo fué surtidor de aguas olorosas, parece verse esculpido un casco adornado con plumas, y al pie un arrogante león que le defiende. Las paredes y el techo están revestidas de multitud de incrustaciones prismáticas, cónicas y piramidales, entre las cuales sobresale una á manera de llorón, donde la naturaleza hace alarde de las inmutables leyes á que ha sujetado la materia inorgánica.

Nuevo motivo de sorpresa ofrece una magnífica y agradable cascada, sobre la que pequeña porción de líquido infiltrado resbala pausadamente y con misterioso murmullo por la multitud de cristalizaciones prismáticas que la forman, para depositarse en una serie de tazas de dimensiones diferentes y lanzarse luégo por un profundo barranco. Imposible parece, escriben los nassaríes desconociendo la historia de los amores de Mohámmad III y la bella Seti-Mariem, que en la variedad de objetos cuyas figuras son tan diferentes y caprichosas no haya intervenido el arte.

A la espalda se mira un arco ancho, airoso y de harta elevación,

adornado de mil caprichosas cristalizaciones; en este sitio el higrómetro de 100° y el termómetro señala cerca de 9° en la escala centígrada.

A poca distancia del mismo lugar, siguiendo la dirección S., hállase el *abismo*, dicho así en razón de su grande profundidad; es un espacio circular formado por dos conos truncados unidos en la base, cuyo punto de intersección se halla en el plano donde está el observador; aquello es ya sólo lo que queda de la deliciosa *Cobbat-uz-Zochách*, donde tantas horas de alegría vieron trascurrir enamorados Seti-Mariem y el Príncipe Mohámmad. ¡Alláh haya tenido compasión de sus almas!

De aquí se retrocede en dirección NO. por una senda bastante angosta y peligrosísima, observándose en todo el tránsito grupos de cristalizaciones y columnas cada vez más caprichosas y variadas, ya adornadas de frisos y relieves maravillosos, ya con pequeñas estalactitas de diferentes figuras y dimensiones. Vencido este obstáculo, tómase otra vez la dirección S. para contemplar otro aposento donde hay multitud de cilindros más ó menos perfectos, de diámetro variado y de distinta longitud, que cuelgan del techo como amenazando desplomarse, y que son las vigas de la techumbre con tanto arte fabricadas por los artífices allí empleados por el nieto de Al-Ahmar I.

Por otra pendiente se entra á admirar el último y grandioso asombro. Sin parar mientes en la infinidad de objetos que se notan suspendidos del techo, cuyos grupos desiguales dicen que semejan adornos góticos, se ve una *campana* cristalizada, incompleta por el costado que mira al S., la cual, al choque de una piedra, produce un sonido claro y misterioso que, dilatándose por aquellas suntuosas cavidades, imprime en el alma religioso recogimiento.

Revolviendo luégo al O., hay una roca cristalizada con labores y modillones varios, dibujos y relieves primorosos y diferentes adornos; y, por fin, en la dirección NNO. se ve ya la luz natural y se llega al último departamento, donde dos grupos cristalizados, unidos y semejantes á dos estátuas, forman la conclusión de la prodigiosa cueva.

Aquel lugar, que el rayo y el laborar constante de los siglos han cambiado, fué en otro tiempo la *Cobba de la figura*. ¡Allí, una de aquellas estátuas, hoy deforme, representaba la imagen hechicera de Seti-Mariem, y la otra, á ella unida en perenal abrazo, es el cuerpo del Sultán Mohámmad, á quien la justicia del Excelso castigó de tal modo por aquellos amores con la hija de los enemigos del Islam!

Los habitantes de Píñar que desconocen esta historia, y á quienes extraña semejante grupo, juzgando por el traje de una de las figuras, han dado en llamarles *el prior y la priora*, porque dicen que tienen el aspecto de dos fráiles (1).

Así, como aquel desventurado Príncipe que, olvidando las saludables enseñanzas de la palabra divina revelada á Mahoma (¡reverenciado sea!) por el ángel Gabriel, y posponiendo á sus apetitos la gloria del Islam, se entregó en brazos de Xaythán por el amor de una mujer infiel, así perecerán cuantos osen quebrantar las leyes divinas!

¡Alabado sea Alláh, Señor de los dos mundos! ¡La bendición de Alláh sea sobre nuestro Señor y dueño Mahoma y sobre los suyos! Amén.

Rodrigo A. de los Ríos

(1) Tomamos casi al pie de la letra la descripción de la maravillosa *Cueva de Píñar* de un artículo publicado en el periódico *La Alhambra*, que vió la luz en Granada hacia el año 1843, y que firma el antiguo Catedrático y Rector, que ha sido, de aquella Universidad Literaria, Sr. D. Francisco de Paula Montells y Nadal, quien visitó la expresada *Cueva* en Mayo de 1841.

NOTA. Por inadvertencia se halla dos veces repetida la correspondencia de *Bib-Elbeira* ó *Bib-Elbira* en el trascurso de esta leyenda. La perspicacia de los lectores bastará para observar este error disculpable, así como para salvar las erratas que hayan podido deslizarse.

UNA CHISPA DE LA FRAGUA

(CUENTO)

Dedicado á Armando Palacio Valdés.

I

—¡Qué guapa se ha puesto Carmencilla, la hija del maestro carpintero!—exclamó un viejo que se hallaba sentado junto á una tapia tomando el sol, envuelto en un sucio capote gris, los pies abrigados por unas zapatillas negras de forro amarillo y la cabeza cubierta por un gorro de terciopelo verdoso.

En tanto Carmencilla, con menudo paso, se dirigía al obrador, y el viejo íbala siguiendo con la vista embobado y sonriente, como si hubiese de robar con la mirada algo de aquella juventud para su debil corazón.

—La verdad es que Carmencilla es de lo mejorcito del barrio—replicó una castañera que cerca del viejo había puesto sus bártulos, y movía de continuo el pucherete en que chisporroteaba al hornillo la golosina de los chicos, caliente y sabrosa.

En esto, una mozita llamada Maricuela atajó á los que hablaban, diciendo con pique y encoraginada:

—No sé qué vale la Carmuncha; ¿qué tiene de particular? Nada. Si parece una muñeca de á real y medio.

La tal Maricuela tenía un rostro enjuto y pequeño, pero en él ya la envidia había puesto sus tintas lívidas, el despecho sus rasgos ásperos y la malicia sus perfiles agudos.

—Calla, que te come el gusano—dijo la castañera; le tienes en el cuerpo y no te deja vivir.

—Nó—replicó el viejo—ya se la ha comido. ¡No he visto criatura más envidiosa!

Lo cierto era que, en bien ó en mal, todos se ocupaban de Carmencilla; como que se hallaba en esa edad en que las muchachas son aún un poco niñas y ya son algo mujeres. En las muchachas, como en las flores, la hermosura primera, al aparecer, copia á la aurora; vese un fulgor instantáneo, que es la explosión de mil deslumbrantes destellos.

Carmencilla tenía la risa de la infancia en los labios, y en los ojos la pudorosa gravedad de la mujer.

Alguien nos ha contado que esa gran fuerza que todo lo renueva, por todo circula constantemente, y que por esto se abren los capullos y de ellos escapan millares de mariposas, que antes fueron negros gusanos y tuvo el capullo como resorte y sorpresas de cubilete por mágia singular; no miento si aseguro que de los verdes y de los rojos, de los prolongados ó de los redondos botones estallan las corolas, y que la savia remoza los árboles viejos, y por fin, que algo de esta energía, algo de este efluvio bajó á Carmencilla y detúvola en su corretear de niña, dejándola en un delicioso asombro y sorprendida, como quedaría un pájaro que se sintiese trasformar en ángel.

Carmencilla había pasado antes por dos épocas bien extrañas. En una, los vestidos veniánle siempre cortos á la infeliz criatura, tenía las manos algo descarnadas, las piernas largas y los brazos delgados.

Una luz muy débil, más bien un vago explendor en los ojos, una boca risueña y unos dientes pequeñitos y blancos, dejaban la esperanza de que andando el tiempo no había de ser del todo fea la pobre muchacha.

Por esta época, al pasar un día Carmencilla por delante de la fra-

gua, Gonzalo el herrero, mozo de unos diez y siete años, la dijo con risa picaresca y tono zumbón:

—¡Larguirucha! ¡Vaya una caña de pesca que vá á tener tu padre contigo!

Siguióse otro tiempo, durante el cual Carmencilla se puso gruesa, un poco basta, hecha un taleguillo por lo rechoncha, hecha una figurilla de feria por lo colorada y barrosa; pues bien, cuando la gente menos lo esperaba apareció linda y preciosa como un pino de oro.

La última vez que Carmencilla se había retratado, lo hizo en seis plaquitas de ferrotipia por una peseta, é hiciéronle unos retratos, que con sólo mirarlos, daba gana de hacer añicos el aparato fotográfico. Parecía que el sol, haciendo burlas, había intentado chasquear á la muchacha, como para darle á entender que el color y la vida de su cara no admitían copias, y así podía ella mofarse de los fotógrafos como el mismo sol de los pintores.

—Ni más ni menos, ¡bendito Dios! ¡Cualquiera diría que ésta es ella!

Empleaba al decir esto fina ironía el herrero Gonzalo, montado en la bigornia, apoyando una mano en el mango del macho-martillo y mirando una copia del retrato de Carmencilla, que tenía en la otra.

Cabalito; como que aquella mancha negruzga, aquella cara borrosa, era un retrato de Carmen, que tenía unos ojos que brillaban á lo mejor como dos luceros, y unos labios coloraditos y pequeñuelos, que en risas y palabras sonaban mejor á los oídos de Gonzalo que el alegre puntear de la bandurria.

—¿Verdad que no es ella?—preguntó Gonzalo á Melitón, su mancebo de fragua, mostrándole la plaquita.

—¿Quién?—contestó éste, alzándose de puntillas y alargando el cuello para mirarla.

—¡Bah! ¡si nadie la conoce! ¡Carmen, la hija del maestro carpintero.

—¡Anda!—exclamó Melitón—así se parece eso á ella, como un gallo á la luna. ¡Si parece que han querido retratar la Maricuela!...

—Eso, eso—replicó, lleno de contento, Gonzalo—eso... se muere de envidia por ella.

Luégo el herrero quedó pensativo, mirando con fijeza al rincón de

las birutas, como si estuviera preocupado en mandar por más á Periquillo, el aprendíz, que tal creyó éste al verle mirar á aquéllas con insistencia.

Pensaba Gonzalo en Carmencilla, que poco tiempo hacía era una niña y jugaba al corro con otras no lejos de la fragua. Habíase hecho ya una mujer. ¡Qué delicada!, ¡qué bella! su cútis era blanquísimo, y debiera ser fino como la seda; se negaría Gonzalo á posar en las mejillas de la niña sus manos ennegrecidas y ásperas; antes que hacerlo, hubiera preferido cortárselas! ¡Qué talle!, ¡qué pie! Si Gonzalo hubiera sabido pintar, la hubiera retratado maravillosamente, mejor que nadie.

Carmencilla, además, era muy buenaza, muy simplona; tenía *menos picardía* que un niño de seis años... y eso que murmuraban ya de ella... nadie la conocía como Gonzalo. De pronto se levantó y comenzó á vocear:

—Vaya, vaya... Perico, no te duermas. ¡Aire!, ¡al fuelle! Y tú, Melitón, coge el macho y dame la estampa, que debemos acabar pronto la labor. ¡Caldea esas barras!, ¡listos!—Decía esto como para azuzar á los otros, pero en realidad por estimularse á sí mismo, como quien huye del adormecimiento que causa contemplar las elucubraciones de un sueño deleitoso.

Metió un pie en el estribo y tiró del fuelle Periquillo, raído y negro como un diablo, y á los resoplidos acompasados y fuertes, unióse el traqueteo de los martillos.

La fragua estaba vomitando llamas y avivando ascuas.

Dióse entonces para Gonzalo un doble trabajo; enardecido se hallaba en su faena, y no parecía sino que tenía al propio tiempo una fragua en su cabeza; tal era el número de pensamientos que á ella acudían, y si con recia insistencia forjaban las manos el hierro, con ferviente vehemencia á la vez forjaba esperanzas, unía recuerdos la fantasía del obrero enamorado.

Tomó unas tenazas, cuyos dos lados al juntarse formaban la cabeza de una serpiente, siendo los dos remaches del eje como dos ojos, y el pedazo de hierro sacado de la fragua una lengua de fuego; sobre esta lengua comenzó á golpear.

Entonces fué cuando le acudió á la memoria el recuerdo del día

que vió á Carmencilla salir de misa con un manto amplio como el de una mujer.

Puso el martillo tajadera sobre el hierro, color de caramelo entonces, miró rápidamente á Melitón y éste descargó recios golpes de macho para cortar la barra. Habían sido muy tontos los padres en colocarla en un obrador al que iba sola todas las mañanas y del que volvía sola todas las tardes. ¡A saber qué clase de compañeritas tendría en él, y qué hombres la perseguirían por las calles!... Entonces, como si tal pensamiento le irritara, prestándole fuerza para el trabajo, comenzó á golpear furiosamente con rudo martilleo sobre la señal marcada por la tajadera.

Por supuesto, que aquello lo hacían los padres por codicia, y eso que el carpintero no estaba mal, ni mucho menos... ¡Anda, que la chica más podría perder que ganar al cabo del tiempo! Doblaba entonces el obrero una barra recién caldeada y dióle una ó dos vueltas al pico de la bigornia, como quien arrolla una cinta.

Si va al obrador, no será mujer de su casa, y el que la eligiera por mujer no querría, seguramente, que fuese al obrador. Gonzalo no lo permitiría, si con ella se hubiera de casar. Este solo pensamiento caldeó las mejillas del herrero y las puso más coloradas que el hierro que entonces forjaba.

¡Casarse con ella! ¿y por qué nó?

Por un rápido movimiento introdujo el hierro en la tina, lo cual produjo un chis... chis... y una nubecilla de humo blanco que saltó hasta el techo.

El caso es que tenía ya la muchacha humillos en la cabeza; puede que se le hiciese poco un trabajador como él... Se acicalaba mucho y quería ir como una señorita casi, cuando iba al obrador; ¡mala señal! habían dicho algunos. Pudiera ser... pero no; Gonzalo nada temía.

La madre de Carmen le había dado á Gonzalo aquel retrato de su hija para que él se lo diera á su madre... eran vecinas ambas y amigas antiguas. Gonzalo pensó cumplir el encargo... aunque le daban intenciones de tirar el retrato. Hubiera pegado un coscorrón por torpe al fotógrafo, lo mismo que hubiera pegado á la Maricuela por enredadora y mentirosa; ¡pues no se había atrevido á decir que

había visto á Carmencilla acompañada de un señorito! Y algunos lo habían creído. Tan bien la conocían ellos como había sabido retratarla el fotógrafo... Gonzalo, sólo él la sabía estimar de todas veras; él tenía viva su imagen, y él conocía toda la inocencia de su alma.

Entregóse después á ese menudo martillear por el que los de su oficio hacen con el martillo un delicado trabajo, y luégo, en tanto se caldeaba otro barrote, acordóse del domingo en que, vestido con un pantalón de pana negro, su chaqueta, su pañuelo de seda azul al cuello, su reloj y su gorra alta como las de los fumistas franceses, fué á sacar á bailar á Carmen, y ésta le dijo:

—Gonzalo, aunque te raspen no perderás tu olor de infierno.

El obrero quedó con este recuerdo apesadumbrado y triste. Tal vez no podré jamás ser amado por ella... esto pensaba, mirando por la ventana el sol que se escondía al Occidente, formando sobre los oscuros montes, con nubes y reflejos, un inmenso horno de fragua.

Otras nubes oscuras al Oriente anunciaban lluvia.

II

El único que no había creído á Maricuela, era Gonzalo el herrero; bien lo hubiera esperado así Carmencilla; Gonzalo era un buen muchacho. Con su cara sucia todo el día, sus maneras toscas y su palabra brusca, valía más que todos.

¡Que la habían visto con un señorito! es verdad, pero porque el tal la importunaba.

¡Ah! si lo hubieran sabido todo, ¿qué habrían pensado?

Volvía del taller Carmencilla, preocupada con tales ideas, y apresuraba el paso; una nubecilla oscura amenazaba lluvia. Carmencilla iba mal humorada aquella noche.

Hacía días, un caballero muy elegante, no mal parecido, habíala seguido hasta el obrador, y luégo la había esperado á la salida. Esto

la puso contenta, ¿por qué no confesárselo á sí misma? Tenía ella quien la esperaba, como tantas otras.

—Mira, Carmencilla, no prestes oídos á ningún moscón—le había dicho Margarita, la oficiala mayor del taller—esos sólo quieren. . divertirse...

En esto de divertirse, no veía nada malo Carmencilla; pero sí en el acento con que se lo había dicho Margarita. Aquel tonillo grave y aquel gesto de desprecio, le infundieron temor.

Una mañana que había salido temprano de casa, caminó como de paseo por las calles...lo que ella miró y remiró los escaparates! Fija y embobada había contemplado el de un joyero... mostrábase en él un collar de piedras... ¡qué decir de piedras, de estrellas! tal lucían sus reflejos y colores... infundíale respeto aquella maravilla para el cuello de una duquesa; pero lo que verdaderamente le cautivaba la vista y la ataba con los fuertes lazos del capricho... era una sortija con escarcha de brillantes, como gotas de luz apiñadas para formar un foco... allí estaba aquello en su estuchito de raso...

—¿Qué miras?—le dijo una compañera del obrador que acababa de llegar al mismo punto.

—¡Ah! ¿eres tú?—dijo Carmencilla—miro esa sortija. ¡Oh, qué cosa más linda!... Chica, no vendría mal á nuestras manos.

No habrían dado dos pasos, cuando apareció ante Carmencilla el caballero que la había seguido los días anteriores, y acercósele á hablarla.

—Señorita, he sabido que le gusta á Vd. esto; recíbalo como una prueba de amistad...

La paloma tornóse en gavilán; la hija del pueblo, la madrileña, pronta á disparar un reproche, un rayo de gracia, como un rayo de fuego...

—Empiédrese Vd. con ellas... la boca, y mascará más recio.

El instinto de pudor que salva á la mujer, la inspiraba.

Y desapareció indignada... luégo lloró de rabia; cosió nerviosa, pinchando más veces sus finos dedos con la aguja que cruzando con ella la tela, y cuando llegó la hora, caminó, caminó apresurada hacia su casa; molestábanle los transeuntes, encontrábalos más torpes y pesados que otras noches; le mareaban los coches; tenía una amar-

gura íntima en el alma, y un despecho, una ira reprimida pensando en las palabras que, al saber lo que le había acaecido, le dijera Margarita:

—¡Quería comprarte! Hombres así, no nos estiman. Créeme, lo primero es verse estimada.

Estaba cerca de su barrio; para llegar á él debía atravesar por despoblado; apresuró el paso, la nube se había agrandado... según caminaba por un estrecho senderito, Carmencilla oyó el alegre trique-traque de la fragua, el más alegre ruído de su barrio.

De pronto comenzó á llover, fuerte, muy fuerte; Carmencilla caminó de prisa. Pasar este farol, luégo el de más allá... bueno, el otro... ya no quedan más que dos que dejar á la espalda. ¡Qué lejos le parecía su casa!... Pasó rápidamente por delante de la fragua... pero la lluvia era torrencial... retrocedió... ¿Por qué no guarecerse en la fragua? Así lo hizo.

Gonzalo quedó sobrecogido de sorpresa...—Pasa, Carmen, que pronto cesará la lluvia –dijo Melitón á la joven.

¡Qué infierno aquél! Veíase el escobillón mojado, que Periquillo zarandeaba sobre el fuego como un hisopo del demonio; el viento, penetrando en la fragua, mantenía el humo de ésta en el techo, ofreciendo el aspecto de una cubierta de gasas; Gonzalo, con un rayo en la mano, el brazo tendido á la bigornia y un martillo en la otra mano, ayudado del oficial, por ocultar su turbación, sin duda, siguió con más brío su trabajo... los martillos cayeron sobre el hierro... las chispas rojizas saltaron, y las cascarillas desprendidas de la calda como estrellitas brillantes... Una de estas cayó... sobre el dedo anular de Carmencilla.

—¡Ay!—gritó al sentir una viva sensación pasajera y ardiente.

El trabajo cesó.

—¡Bah, eso no es nada!... un ligero escozor que no dura nada... ¿dónde ha sido?—exclamó Gonzalo.

—Aquí, en la mano.

—Luégo una motita morada que dura dos días... Pero yo lo curaré, si me lo permites, Carmen; y diciendo y haciendo, acercóseá la joven con una plumita impregnada de aceite, y tomando su mano con la mayor delicadeza... tímido, respetuoso... enamorado.—¡Oh, esto

bien lo vió Carmencilla!—pasó la pluma por la leve quemadura; al ver que había sido en el dedo anular dijo sonriente:

—En el mismo sitio en que podías llevar una sortija.

La joven se extremeció. Mas bien pronto sintióse confiada, contenta; había puesto para ella Gonzalo un banco, y sobre él doblada la badana por almohadón, dejando hacia bajo la parte sucia y ennegrecida.

¡Aquella mujer gozaba, satisfecha de una dignidad á que ciertamente tenía derecho! Entonces se fijó en que Gonzalo era hermoso; parecía que aquella vigorosa presencia la prometía amparo... Además, él no había dado oídos á la Maricuela...

—¿Sabe Vd., Sr. Gonzalo?... ya no vuelvo al obrador.

Le llamaba de usted. Le amaba; acababa de reconocer en él el poderío del fuerte.

III

Gonzalo fué amado.

Después de hablar, cuatro semanas más tarde, al Sr. Pedro, el carpintero, y á la señora María, feos y envejecidos, que mostraban sus cabezas calvas y sus rostros de mal humor, semejantes á la de un perro ratonero que solía aparecer, gruñendo, por debajo del banco, se dispuso la boda, y Gonzalo y Carmencilla se casaron.

Hasta Maricuela hubo de alegrarse.

Y hoy, frente por frente á la fragua, en un cuartito barato, hay una ventanita orlada de campanillas y madreselvas, y que ofrece una delantera de floridos tiestos: desde allí Carmencilla ve el rojo infierno de la fragua, donde hay para ella un montón de rubíes, chispazos de brillantes, un aspecto más seductor que el del escaparate, y se produce un ruído que la estimula á cantar con ese gozo que sienten las mujeres donde viven y reinan, y Gonzalo, á su vez, desde

allí mira al cielo mismo; en aquel marco de flores aparece ella; otras veces, su voz dulce le estimula poderosamente al trabajo...

Murmura él alegremente.

¡Y pensar que aquel necio había querido comprar con una piña de brillantes lo que Gonzalo había conquistado con una chispa de la fragua!

José Zahonero.

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

22 de Diciembre de 1884.

Esta será la última Crónica del año de gracia de 1884.

Echemos, de despedida, una rápida mirada sobre los negocios públicos, con la confianza de que, al empezar año nuevo, tomarán un sesgo más en armonía con los intereses generales del país.

No está la cotización de los títulos que representan la Deuda del Estado más alta que al entrar en el poder la encontraron los conservadores, que tanto declamaban contra las medidas económicas del partido que preside el Sr. Sagasta; no presentan los datos oficiales mayores rendimientos en las rentas públicas; no se ha sostenido la exportación de nuestros vinos comunes á Francia y, lejos de aumentar, ha mermado la de los generosos que produce Jerez y sus pueblos comarcanos; ha disminuído la salida de minerales de todas clases que entraña el rico subsuelo de la Península, y ni una determinación ha aparecido en la *Gaceta* dirigida á fomentar la agricultura española, fuente casi exclusiva de nuestra prosperidad, tan necesitada de ayuda eficaz y constante impulso.

Hemos vivido cerca de un año sumergidos en el más *dolce farniente* administrativo, sin más interrupción que la producida por el injustificado cambio de casi todos los Ayuntamientos de España, y de no pocas Diputaciones provinciales; por no sabemos cuántos periódicos multados y procesados; por las medidas sanitarias que ya metían,

como vulgarmente se dice, el corazón en un puño á todos los españoles, ya levantaban solemne protesta contra las trabas que á la libre circulación de cosas y personas ponían las disposiciones oficiales, caprichosamente, en todas partes; por las reclamaciones del Gobierno italiano, que colocaron en el innecesario y triste caso al Gabinete de Madrid de dar respuesta poco en concordancia con el carácter nacional, y angustiosas para las conciencias católicas, tan mimadas de los conservadores en asuntos de menos importancia; por las quejas elocuentes que en la opinión general han levantado los vergonzosos acontecimientos universitarios, atrayendo sobre nosotros la atención del mundo civilizado del modo menos favorable; y esta es la hora en que no sabemos, de una manera definitiva, si el *modus vivendi* con Inglaterra está definitivamente aceptado, si las Cámaras americanas aprobarán el convenio con los Estados Unidos, si está firmado, como se asegura, y con qué condiciones, el empréstito de Cuba, y qué respeto merecerá, en fin, en la Conferencia alemana, la toma de posesión de las costas de Africa por los pescadores españoles, aunque, enemigos de todo sistemático pesimismo, esperamos tranquilos los resultados á nuestro decoro é intereses más convenientes.

La próxima apertura de las Cortes debe poner término á este período de inacción, según los importantes proyectos de ley anunciados, procedentes de Gobernación y de Gracia y Justicia, y eso que nadie tiene la menor idea de las reformas económicas y que, según de público se afirma, deben ser extraordinarias.

No ha llegado el momento de que se pueda sinceramente emitir juicio imparcial sobre leyes en su totalidad casi desconocidas, y de cuya estructura sólo se saben los detalles publicados por los periódicos de noticias; pero no se nos tachará de escribir en el sentido de una oposición apasionada si afirmamos que no son buenas leyes las que han de satisfacer las necesidades más apremiantes de la sociedad española, sino un examen de conciencia, por decirlo así, de los partidos para inaugurar una época en que se cumplan, buenas ó malas, las que á la sazón existan.

Seráfica paciencia muestran, en verdad, los pueblos al fijar su y concebir esperanzas todavía en preceptos escritos, que han de quedar siendo letra muerta, ó que farisáicas interpretaciones han de tras-

formar siempre que la pasión de partido ó el favoritismo lo hagan necesario.

Erróneo sería creer é injusto exigir á un partido sólo la modificación que necesitan nuestras costumbres públicas; y, por más que de conseguirlo le resultaría gloria envidiable, el mal está, por desdicha, tan arraigado, que, sin un común esfuerzo, es inutil pensar siquiera en su remedio. La generalidad ha llegado á un escepticismo tal, que escucha con irónica sonrisa promesas que debían abrir risueños horizontes, y nadie tiene confianza en las palabras más sinceras de los hombres políticos, ni en los propósitos más rectos de los partidos.

La recomendación de tiempo atrás tiene más eficacia para la común creencia, que los méritos mejor probados y las prescripciones más terminantes de leyes y reglamentos; cualquiera persona colocada en mediana posición social, se queda absorta de las peticiones que de diario recibe; y si se niega á poner su relativo influjo al lado de la demanda, puede abrigar la seguridad de crear en el momento el crítico más despiadado de su conducta, cuando no un enemigo implacable.

Intenta el Gobierno dar nueva organización á las Diputaciones provinciales y á los Municipios, ahora que, justamente, son más numerosas que nunca las causas criminales destituídas de sólido fundamento, incoadas contra diputados y concejales cuyo verdadero delito consiste en estar afiliados á alguna de las fracciones de la oposición, y, sobre todo, van á discutir los Cuerpos Colegisladores medidas encaminadas á rodear de baluartes inexpugnables la libertad del sufragio.

Muchas veces lo hemos dicho, siempre lo están repitiendo en coro los miembros más reputados de los partidos y las publicaciones, sin distinción de matices, de mayor circulación é importancia: en el ejercicio del derecho electoral está el cáncer verdadero de nuestras instituciones; y, fenómeno digno de tenerse en cuenta, no ha existido, desde mucho antes de la Revolución, época que pueda presentarse, necesario es decirlo con valor, como saludable ejemplo de que los ciudadanos españoles hayan emitido el voto con absoluta independencia.

Extraño caso, debido á circunstancias accidentales, será el de al-

guna localidad ó corporación científica en que, cual pasajero astro luminoso, se hayan verificado unas elecciones sin la presión de la influencia oficial, sin los atropellos de los agentes de la Administración, sin el avasallador imperio de las turbas.

La ley electoral en vigor fué redactada por una notable comisión de estadistas de partidos diferentes, y, si en la extensión del derecho de votar lucharon pareceres distintos, en el organismo de las garantías hubo gran conformidad de opiniones, admitiéndose las novedades más esenciales por unanimidad de votos, confiados todos en que, si las innovaciones se aceptaban con rectitud por los encargados de aplicar los remedios ideados, los abusos existentes desaparecerían bien pronto.

Muy luego se vió que sólo se había variado el sistema de las antiguas falsificaciones, llegándose á practicar las modernas con un descaro que no habían conocido nuestros mayores, ni en el nombramiento de los antiguos procuradores, ya dados á escandalosos engaños, ni en la elección de los diputados á Cortes en los tiempos primeros del constitucionalismo.

El principio de escudar las operaciones electorales con la salvaguardia de la justicia, ha dado un resultado contraproducente, pues ha puesto de relieve que el poder judicial no resiste, entre nosotros, por desgracia, á la presión que suelen ejercer sobre él los gobiernos, con honrosas excepciones.

Lo hemos dicho antes y lo repetiremos cien veces; el mal no ha de encontrar remedio sino en una total trasformación de la sociedad en que vivimos, para lo cual se necesita del concurso de todos, y principalmente de las Comisiones de Actas; en una palabra, de la rectitud de las Cámaras legislativas.

En distintas ocasiones han sido las crónicas políticas de la Revista de España acerbamente criticadas, por suponer en nosotros cierto afán inmoderado de presentar enseñanzas de otras naciones que nos han precedido en el ejercicio del sistema parlamentario y aducir citas, más ó menos oportunas, de Inglaterra principalmente. Reconocemos el defecto y bajamos la cabeza ante las censuras. Pero ¿dónde, si no, encontrarlas? Nadie nos hará confesar, porque no lo creemos, que los españoles son inferiores, por condición y raza, á la mayoría de los

seres que pueblan el Universo, para ejercitar pacíficamente los derechos que conceden al hombre todos los Códigos fundamentales de las naciones modernas; y si las reformas no han llegado entre nosotros á robustecer la contextura legal que fortalecen sus instituciones en otros países, la responsabilidad hay que buscarla en cuatro siglos de absolutismo material y moral, que hicieron de la nación española una extraña excepción en el orbe civilizado.

Lo único que hemos heredado de nuestros padres, fuera de una tradición de olvidadas glorias, los antecedentes que debemos á los pasados tiempos, el fundamento que nos legaron nuestros mayores, para entroncar el régimen político del antiguo sistema representativo español con las modernas instituciones parlamentarias, habría que buscarlo exclusivamente en las trampas electorales; pues tiene origen tan antiguo el que la fuerza ó la astucia triunfen de las leyes, que, como dice un ilustrado escritor moderno, siendo electiva la Corona en tiempo de los Reyes godos, sólo Wamba subió al Trono por el tranquilo acuerdo de una elección.

Posesionados los conservadores del mando por las discordias intestinas de los liberales, sin el temor de que se repitieran los errores cometidos por antiguas coaliciones, el patriotismo aconsejaba una política de relativa templanza, que fuese poco á poco dulcificando los odios que dividen entre sí á los bandos en guerra, pues de este modo los cambios políticos se verifican sin trastornos, siempre dañosos para el natural y ordenado desarrollo de los intereses generales; pero, sea por el indomable temperamento de los Ministros que llevan la verdadera dirección de la actual política, sea por un inveterado achaque del carácter nacional, sea porque las parcialidades mismas arrastran en estas luchas á sus respectivos jefes, pronto se vió que el partido conservador, lejos de ceder á las exigencias de los tiempos, volvía con el deliberado propósito de extremar sus antiguas mañas, menos ciertamente en los preceptos que en la práctica, para que sirviera de regocijo á las huestes vencedoras el ver á sus enemigos presos en sus propias redes.

Las leyes se aplicaron como jamás pudieron idearlas sus autores, persiguiendo con ellas los fines más discordantes con su verdadera naturaleza.

Pronto tomó el Gobierno una forma de dominio, la más contraria al tranquilo reposo en que se ejercita la justicia, sintiéndose la nación entera oprimida por un partido, que la sojuzga más que la dirige, por el inmoderado vasallaje que imponen por do quiera altivos caciques.

Tener razón es ya cualidad baladí, y en triunfar á todo trance estriba el brillo del flamante principio de autoridad.

En esta situación social van á discutirse leyes políticas de la mayor importancia, que tienden á garantir derechos sistemáticamente olvidados, y bien puede con anterioridad asegurarse que no faltarán brillantes disertaciones; pero, ¿gana mucho el prestigio de las instituciones fundamentales con este perenne divorcio entre las palabras y los actos? Si el partido liberal ha de volver al poder, alguna vez, para incurrir en las mismas faltas que en otras ocasiones haya cometido, preferimos que permanezca caído siempre.

Es preciso que se borre hasta el recuerdo de cierta índole de procedimientos. Hay que comprometerse formalmente, y como hombres de honor, á que se cierre definitivamente la era de suspender Diputaciones y destituir Ayuntamientos, sin reparar en las prescripciones de la justicia y como obligado preliminar de las funciones electorales ó como premio de amigos entusiastas. Justo es que llegue un día en que se cumpla el precepto fundamental del sistema representativo, viniendo á las Cortes los verdaderos delegados de los distritos, los representantes de sus opiniones é intereses, en vez de imponer á éstos desconocidos y acaso impopulares diputados.

Un sentimiento, hijo de la realidad, que se encarga de acelerar el Ministerio con su conducta, inicia, al fin, un paso de concentración dado por los hombres eminentes del partido democrático, dirigido hacia las filas del antiguo liberalismo. La necesidad de la unión es indiscutible, y ante ella deben olvidarse las pasadas discordias. El culto á las ideas liberales la impone, y nuevos laureles ceñirá á su frente el que haga mayores sacrificios, si alguien tuviese que hacerlos, lo que abiertamente negamos.

Los adelantos de la ciencia jurídica; las conquistas del derecho moderno; las ideas políticas en todas partes dominantes, bajo formas distintas, de gobierno; el espíritu incontrastable de los tiempos; el

natural desenvolvimiento de la civilización moderna, llevan en su seno savia democrática suficiente para que los elementos liberales se organicen en una gran familia capaz de resistir y vencer este esfuerzo de reacción, más ó menos embozada, que se está llevando á cabo en la nación española.

Hemos sido los primeros en declarar con franqueza, coincidiendo en opiniones con las personas más importantes de la oposición, que el partido conservador no debía caer del poder tan pronto; antes al contrario, el interés público reclamaba que diese solución á las cuestiones económicas, políticas y sociales que él mismo había creado; pero es indudable que el poder suscita dificultades capaces de hacer peligroso este período de su mando, por la suma de descontentos que cada día crea y por la índole de las protestas que con sus propios hechos voluntariamente levanta.

Las relaciones que han de existir entre los poderes responsables y los pueblos que gobiernan, pueden compararse á la función propia de las cuerdas de un melodioso instrumento; flojas, no suenan; en la medida conveniente, producen ecos armoniosos; y tirantes, saltan.

Hemos tomado de Francia, con otros resabios, la manía de hacer leyes que varíen á cada instante los organismos políticos y administrativos, y no es esta, sin embargo, la obra principal de los gobiernos. Decía un hombre del antiguo Imperio, y tenía razón al decirlo: No son leyes lo que nos hace más falta, ciertamente, sino hombres.» Y si no hacéis, añadía, hombres capaces de influir y de dirigir los negocios públicos, crearéis una máquina que los teóricos encontrarán tal vez muy buena, pero que se entorpecerá siempre á falta de los necesarios motores. No hay que hacerse ilusiones: los gobiernos que se oponen al desarrollo natural de la libertad, no tendrán jamás á su lado el apoyo de las nuevas generaciones, cuya ayuda es altamente conveniente, y sin cuyo concurso será siempre difícil buscar una gradación pacífica entre el presente y lo porvenir.

Deseoso, sin duda, de dotar á España de esta libertad práctica, dentro de la cual pueden desarrollarse todas las aspiraciones legítimas, no ha titubeado el Sr. Sagasta en celebrar una conferencia con el Sr. Moret, y otra con el Sr. Martos, buscando puntos de concordia á

fin de que la idea liberal pueda realizarse engrandecida con el apoyo del mayor número de adeptos y más esclarecidos sostenedores.

No nos contentamos nosotros, ciertamente, con ver á estos distinguidos repúblicos, ni á sus inteligentes amigos, en los umbrales del partido liberal, contribuyendo á su inmediato triunfo con una desinteresada benevolencia, deseamos que formen parte integrante de la gran familia, que dividan con nuestros amigos de siempre la gloria de la lucha y la responsabilidad del mando.

Si están persuadidos, como nosotros creemos, de que la Revolución sería hoy una gran desgracia y de que la reacción es una gran vergüenza, ¿por qué vacilar? Recuerden de qué manera tan expontánea aplaudía sus elocuentes discursos la mayoría presidida por el señor Sagasta, y cuan penosa impresión hacían en ella sus censuras.

Hora es de confundirnos todos en una aspiración común y de abrazarnos como verdaderos correligionarios. Las poblaciones que no necesitan cicatrizar heridas de amor propio lo sienten así, y un salvador instinto ha iniciado el movimiento; secundemos todos estas patrióticas aspiraciones.

La ira que nuestra anunciada amistad levanta en los adversarios es patente indicio de su conveniencia.

La creciente unión de los elementos liberales pone fuera de sí á los partidarios del Gobierno del Sr. Cánovas, cuyos órganos en la prensa critican y censuran á cuantos siguen tan necesaria conducta, siendo blanco de sus ataques los Sres. Moret y Martos, mientras cubren de flores el camino y rodean de incienso á los que creen tenazmente separados de este centro común de acción política tan favorable á los intereses de la Monarquía.

El espectáculo no presenta novedad por cierto; por el contrario, es consecuencia de líneas anteriores de conducta. Cuando en tiempo de S. M. la Reina Isabel el General Prim luchó denodadamente por sostener á los progresistas dos años más en el campo de la legalidad, los conservadores de entonces le atacaban duramente y le presentaban como el último de los demagogos. Cuando D. Amadeo de Saboya gobernaba con los constitucionales, liberales templados de siempre, los conservadores llevaban á las urnas sus amigos, deudos y cria-

dos, con la consigna de votar al candidato más exagerado de cuantos se presentaran en la lucha. Cuando el último Ministerio presidido por el Sr. Sagasta ejerció una influencia favorable á los intereses dinásticos resolviendo las cuestiones en el sentido liberal, pero con el pulso necesario para evitar agitaciones nunca al interés público convenientes, los conservadores fomentaban y apoyaban las disidencias nacientes en la compacta mayoría que sostenía á aquel Gobierno y que levantaban enfrente, como bandera de combate, reformas políticas las más contrarias al credo y doctrina naturales de la escuela conservadora.

Si se estudia con recto espíritu y se analiza con imparcial juicio la historia política de la nación española, sobre todo desde que comienza su regeneración constitucional, se encontrará á los llamados del orden partidarios por excelencia promoviendo constantemente disturbios, cuyas inmediatas ni trascendentales consecuencias les arredran si han de dar por resultado, períodos más ó menos efímeros en que las necesidades públicas postren á la nación bajo su mando.

Abreviemos esta Revista, con la confianza de que el año entrante se inaugurará con mejores auspicios que termina el presente. Esperamos que los fríos pertinaces del rudo invierno que estamos atravesando templarán los ímpetus gubernamentales, dulcificándose poco á poco la tirantez política de ahora, que coloca diariamente á los periódicos bajo la acción de los Tribunales de justicia; que ha castigado á cierto número de estudiantes, quizá los menos culpables de los disturbios pasados; que ha establecido separaciones y antagonismos en todas partes lamentables, y más en los cláustros universitarios; que impulsó á formar, según parece, aquel terrible expediente que se cierne sobre la corporación municipal de Madrid; que ha promovido la remoción general de los concejales incapaces de doblar su cerviz ante la influencia oficial; que sostiene las causas contra los miembros de los antiguos municipios, cuya sustanciación resulta interminable en las Audiencias territoriales; que tiene en olvido, por largo espacio de tiempo, sin justificación alguna, las medidas, sobre todo, de carácter económico, exigidas por los intereses públicos. Conózcase al fin el pensamiento del Ministerio en toda su extensión y magnitud, que ya es tiempo; vean de una vez los representantes del

país y lanación entera las necesidades apremiantes de nuestras Antillas y los recursos con que se cuenta para satisfacerlas; sépase con seguridad qué tratados internacionales están terminados y cuáles corren peligro de malograrse; y, ó desaparezca el Gobierno actual de las regiones oficiales, lo que inmediatamente no deseamos, en verdad, ó empiece una nueva época en que contribuya á la tranquilidad general de los ánimos la templanza de todos.

.....

José Luis Albareda.

CRÓNICA POLÍTICA EXTERIOR

África sigue siendo la parte del mundo que atrae la atención general. Además de la cuestión de Egipto y de las que está tratando la Conferencia de Berlín, cada día llega el anuncio de haber sido ocupado algún territorio africano por cualquiera de las potencias europeas, que se apresuran á tomar posiciones y asegurar ventajas en un continente que parece hoy blanco de las codicias de todas, y en el que la colonización va haciendo tan rápidos progresos, que pronto no quedará en toda su extensísima costa un solo punto que no sea propiedad de alguna nación civilizada.

A punto ha venido, por esto, la reunión de la Conferencia de Berlín, la cual, contra las previsiones de muchos, está dando feliz cima á sus trabajos, quizá no á gusto de todas las naciones, sobre todo de las que ya poseían grandes territorios en África, pero sin provocar las complicaciones que se temían y sin herir gravemente los intereses ya creados.

Desde el momento en que tantos Estados que no habían ejercido en estos últimos tiempos influencia alguna en África eran convocados para fijar reglas respecto al comercio y á la navegación de los dos ríos más grandes de aquella parte del mundo, era evidente que las naciones que venían disfrutando allí una posición privilegiada habían de hacer algunos sacrificios en beneficio de los últimos llegados. En realidad, sin embargo, estos sacrificios se reducen por

ahora á muy poca cosa, porque las modificaciones introducidas en el régimen de las regiones ya explotadas por el comercio europeo son insignificantes; pero las ventajas que tal ó cual pueblo pudiera esperar, para un porvenir más ó menos lejano, de la explotación exclusiva de ciertas regiones todavía poco exploradas, cuyas salidas naturales se hubiera asegurado, tendrá que resignarse á repartirlas con otros en condiciones de igualdad, absoluta en cuanto al Congo, relativa respecto al Niger.

Tres cuestiones principales constituían, como es sabido, el objeto de las deliberaciones de la Conferencia: el Congo, el Niger, las condiciones necesarias en lo sucesivo para la toma de posesión de territorios africanos aún no ocupados por naciones civilizadas. La primera, salvo lo que se refiere á la neutralización de los territorios comprendidos en la cuenca del río y lo relativo á la construcción del ferrocarril del bajo Congo, puede considerarse ya resuelta definitivamente. Respecto á la segunda, la Conferencia ha llegado también á un acuerdo. Falta la tercera, que no es la menos importante; pero la solución propuesta por Alemania parece probable que sea aceptada por todos, al menos en su punto más esencial, que es obligarse cada Estado á dar parte á todos los demás de las adquisiciones de territorios que haga en África. Alemania, por cierto, ha predicado con el ejemplo en este punto, pues ha notificado á las demás naciones la lista de los territorios sobre que ha establecido su protectorado. A decir verdad, la innovación propuesta por el Gobierno alemán es necesaria; y basta para demostrarlo el hecho de que existan multitud de tratados contradictorios celebrados por los mismos jefes negros con distintas potencias, lo cual permite á éstas reivindicar unas contra otras territorios extensísimos, en virtud de actos igualmente auténticos. La publicidad internacional del acto de toma de posesión y la determinación de un mínimum de ocupación efectiva, pondrían término á abusos que pueden producir, en un momento dado, graves complicaciones entre países civilizados.

Así pues, si la Conferencia deja resueltos, como ya no se puede dudar, los puntos sometidos á su examen, su celebración no habrá sido inútil, sino muy al contrario beneficiosa, por haber fijado reglas en cuestiones que ya no podían continuar, sin riesgo de la paz de Eu-

ropa, en el estado de incertidumbre é indeterminación en que se encontraban.

La última complicación que ha surgido en la cuestión de Egipto ha sido la exigencia simultáneamente formulada por los Gobiernos de Alemania y de Rusia, de que se les dé representación en la Comisión de la Deuda de aquel país.

Evidentemente, la situación de Inglaterra es cada día más difícil. Esta es la hora en que aún no ha recibido contestación de las demás grandes potencias á las proposiciones que hace ya muchos días las dirigió acerca de la manera de resolver las dificultades egipcias; y en vez de esa contestación, que espera con impaciencia, se encuentra con la demanda de Alemania y de Rusia, claramente dirigida contra ella, y que, con el apoyo que tiene de las otras naciones, es una prueba más de su aislamiento en Egipto. Aun atrayéndose, como parece se ha atraído, á Italia mediante ciertas concesiones en el mar Rojo, claro es que la partida es muy desigual, teniendo enfrente á los tres imperios y á Francia, el jefe de cuyo Gobierno, M. Ferry, acaba de declarar en el Senado que esta última potencia, en la cuestión de Egipto, está de acuerdo con Alemania, Austria-Hungría y Rusia.

Dada la actitud de las cuatro naciones mencionadas respecto á la Gran Bretaña, parece que no queda á ésta más recurso que asumir por completo la responsabilidad de la administración de Egipto, ó ceder su puesto á otras potencias que acometan esta tarea. La solución preferida naturalmente por Inglaterra, que sería ocupar esta nación el Egipto y gobernarlo, pero sin responsabilidad alguna política ni financiera, y dirigiendo á su antojo, como hasta ahora, todos los actos del Gobierno egipcio, que viene á ser su testaferro, es imposible que llegue á ser aceptada por las otras potencias. Este fué el plan propuesto á la Conferencia de Lóndres, que lo rechazó, y que, con algunas variantes, está ahora sometido á los Gabinetes europeos.

Ahora bien; si, como parece natural, es otra vez rechazado, Inglaterra tendrá que hacer una de dos cosas: ó violar la ley de liquidación y destinar al pago de otras atenciones una parte considerable de las rentas expresamente afectas al servicio de la Deuda, á fin de proveer á las necesidades de la Administración y al pago de los inte-

reses del empréstito que se contraiga para satisfacer las indemnizaciones de Alejandría, ó no tocar aquellas rentas y hacer frente á las necesidades urgentes de Egipto con sus recursos propios. La gravedad de este dilema para Inglaterra salta á la vista, porque la primera solución provocaría una coalición europea contra ella, y la segunda constituiría una carga que rechazaría la opinión pública de aquel país.

La verdad es que, no atreviéndose el Gobierno inglés presidido por Mr. Gladstone á dar al problema egipcio la solución radical de establecer el protectorado británico sobre aquel país, convirtiéndolo en una especie de colonia y gobernándolo como tal, cuya solución, sobre todo si se hubiera consumado cuando la cuestión empezó á revestir gravedad, quizá no hubiera ofrecido grandes dificultades internacionales; no atreviéndose, decimos, Mr. Gladstone á anexionar el Egipto á Inglaterra, todas las salidas posibles del conflicto están llenas de complicaciones. Por muy contenta se daría Inglaterra con la que le facilitaría el apoyo en Egipto de Francia, á cambio del que ella diera á esta en China; pero no está el Gobierno francés propicio á esta combinación. Es verdad que, por otro lado, tampoco lo está á sacrificar algo de su amor propio haciendo una paz modesta con China, á fin de poder obligar á Inglaterra á hacer concesiones en los asuntos egipcios. Y así siguen éstos esperando un golpe de casualidad ó de habilidad que los resuelva y ponga término á la situación tirante y peligrosa creada por aquéllos á Europa.

Al fin prevaleció en el Parlamento francés el criterio de reformar la organización del Senado en el sentido de hacer todo éste electivo en las mismas condiciones por los departamentos.

Los debates que precedieron á este resultado, hacen poco honor á los vencedores. Querían éstos, según decían, democratizar el Senado, y para esto suprimir los Senadores vitalicios, en lo cual se podrá decir que procedían con más ó menos razón, pero es forzoso reconocer que con lógica. Pero donde ésta les ha faltado por completo, ha sido al defender su sistema contra los partidarios de la elección por sufragio universal directo. Obligados por sus principios á proclamar éste como la forma de expresión más perfecta de la voluntad nacio-

nal, no podían refutar los argumentos de los que querían aplicarlo á la elección de Senadores; pero como no les convenía esto, apelaron al recurso de decir que un Senado elegido de esa manera anularía á la Cámara de los Diputados; es decir, hablando con claridad, tendría demasiada autoridad, sería demasiado bueno; y vemos á un Parlamento democrático, partidario ¿qué decimos partidario? adorador del sufragio universal, al cual proclama única fuente de derecho, rechazar su extensión á la elección de Senadores, por la monstruosa razón de que valdría mucho el Senado que de él saliera.

Ni los más encarnizados enemigos de la democracia francesa hacen á ésta tanto daño como los que se llaman y quieren pasar por sus únicos defensores.

La democracia no es una teoría, ni una institución que se establece y se derriba; es un estado de la sociedad, originado en la naturaleza y en la historia; es la consecuencia inevitable del desarrollo de la humanidad. Pero el ser todo esto, no la libra de estar sujeta y adolecer de imperfecciones, como todo lo humano; y la misión de los que se llaman sus partidarios convencidos, no debía ser poner de relieve sus defectos, sino procurar dominarlos, á fin de atraerla las simpatías de los indiferentes y el respeto de los adversarios.

Angel de Urzáiz.

REVISTA ARTÍSTICA

INAUGURACIÓN DE LA SECCIÓN DE BELLAS ARTES EN EL ATENEO DE MADRID

Acordado hace más de un año en este centro de ilustración y cultura que la sección de Literatura y Bellas Artes se subdividiese en dos, no pudo, sin embargo, organizarse definitivamente en el curso anterior, por dificultades inherentes á la instalacíón de la Sociedad en su nuevo edificio. Obstáculos que suscitó principalmente lo avanzado de la estación y del curso, opusiéronse tan sólo á la realización de un proyecto que, recibido con aplauso unánime, ha sido acariciado con la simpatía y el calor con que se acoje todo cuanto tiende á recrear el ánimo é instruir la inteligencia dentro de las más altas esferas del arte.

No hubo, pues, que vencer oposición de ningún género ni librar batalla alguna para organizar la sección de Bellas Artes, como se ha supuesto por algunos maldicientes, adversarios, al parecer, del Ateneo científico, literario y artístico; y encargadas de tan honrosa empresa personas que á su extraordinario valer unen un gran amor al arte y á la institución, llegó al mejor término que pudiera desearse

aquella organización y el programa de la sesión inaugural. Ofrecían, por otra parte, más que suficiente garantía de lo satisfactorio del éxito los nombres de las personas que se habían encargado de aquélla. Los reputados maestros Arrieta é Inzenga, el ilustre orador y concienzudo estético D. Gabriel Rodríguez, con los distinguidos artistas señor Gerner, González y Tragó, habían de llevar á cabo la empresa, que, si para algunos era arriesgada, dados el carácter y tradiciones del Ateneo, no era dudoso para los que conocían la discreción, saber y maestría de sus mantenedores. No se habrán olvidado, sobre todo, las memorables sesiones musicales de un género enteramente nuevo entre nosotros, que los Sres. Rodríguez é Incenga realizaron hace algunos años en la Institución Libre de Enseñanza, y de esta suerte no era un ensayo lo principal de la función solemne.

Honrado el Ateneo con el más selecto concurso de bellas y elegantes damas que ocupaban todos los asientos de las espaciosas tribunas, y absolutamente lleno el salón, dió principio la sesión en la noche del 10 de Diciembre, ocupando el estrado, además de los distinguidos concertantes, la mesa de la sección compuesta por los señores Arrieta y Landecho, Presidente y Vicepresidente, y los Secretarios, señores Beruete, Mourelo y González.

El distinguido maestro D. Emilio Arrieta, Presidente de la Sección, pronunció un sencillo, pero sustancioso discurso, en el que, después de dar expresivas gracias al Ateneo por haber acordado la organización de una Sección dedicada al divino arte, á que ha consagrado su vida entera, así como por haberle elegido Presidente de aquélla:

«Quisiera—dijo—que mis palabras fueran melodías de Schubert, que penetraran en vuestros corazones y los conmoviesen para inclinarlos á la benevolencia. Yo no soy orador; sólo estoy acostumbrado á expresar mis pensamientos por notas.»

Luégo, extendiéndose en sentidas consideraciones acerca de la importancia trascendental que la música tiene hoy en todos los pueblos civilizados, á cuya cultura en tan alto grado contribuye, añadía:

«En los más adelantados constituye una verdadera institución; en Alemania, por ejemplo, no sólo se ejecuta en el teatro, ó constituye

lazo de unión entre los estudiantes de diversas Universidades, ó entre las gentes de los diferentes pueblos: la música en Alemania es más que institución; es un arte nacional; es, al propio tiempo, institución doméstica, como lo demuestra el extenso desarrollo que desde tiempos ya antiguos ha alcanzado allí ese género de música, que en Italia se denomina *di camera*, y es la que se ejecuta por pocos instrumentos, en salones pequeños, y que cuenta en su rico repertorio las más prodigiosas creaciones del génio de Mozart, Beethoven, Haydn y tantos otros.

»Podría decirse que los alemanes son músicos aficionados á otras cosas; es allí tan alta la idea que de la música se tiene, y tan popular su concepto, que un crítico no encontró mejor medio de elogiar un cuadro del célebre Mackart, que, decir: «Era una sinfonía de brillantes colores.» Procuremos que así como en Alemania todo se relaciona con la musica, no se relacione aquí todo con las corridas de toros...

»¡Por estas razones, bien merece la música que la honremos! Ella expresa todo lo que el lenguaje humano no acierta á explicar, y yo creo que el Ateneo de Madrid ha realizado un verdadero progreso trayendo á su seno la música, y no sólo á manera de paréntesis en las árduas y difíciles tareas científicas; no sólo como tregua á las discusiones en que se ventilan los problemas de mayor trascendencia, lo mismo en el orden de las ciencias naturales que en el de las sociológicas y morales: la música viene además al Ateneo como verdadera enseñanza; que mucho hay que estudiar y aprender en los cantos populares con que el labriego se distrae del cansancio y el pueblo celebra sus alegrías ó conmemora sus tristezas, en las maravillas musicales realizadas por los genios del arte y en las obras inmortales que, al igual de los monumentos arquitectónicos, señalan el momento álgido de los grandes progresos del arte.»

Habíanle dolido, sin duda alguna, al entusiasta maestro, ciertas vulgaridades de dudoso gusto y de segura inexactitud que acerca de la entronización de la música en el Ateneo se habían formulado, protestó, y en un chispeante párrafo, muy aplaudido, púsolas en evidencia, aludiendo con mucho ingenio y ática crítica, al entusiasmo conque, no hace muchos meses, cierta parte de la sociedad madrileña,

que afecta gran amor á la música, acudía á escuchar *peteneras* á la *papillote*.

«Nada debe temer—añadió—el Ateneo de la música. Preséntase modesta y sin otra recomendación que ser hermana de la poesía, de la pintura y de la arquitectura, y sólo pretende que la oigáis y la juzguéis. Es la más joven, pero no la menos adelantada de las preciosas hermanas, y quiere ofreceros y presentaros todas las galas de su juventud y de su hermosura incomparable.»

Y después de dar una idea de lo que la Sección se disponía á realizar, terminó su discurso recordando con gran oportunidad una décima de una de las mejores composiciones que escribió el inolvidable Ayala en alabanza de la música, y que por lo poco conocida que es creemos oportuno trascribir aquí:

«Es la música el acento
que el mundo arrobado lanza
cuando á dar forma no alcanza
á su mejor pensamiento:
de la flor del sentimiento
es el aroma lozano;
es del bien más soberano
presentimiento suave,
y es todo lo que no cabe
dentro del lenguaje humano» (1).

Terminado entre vivos y prolongados aplausos este discurso, cedió el Sr. Arrieta la presidencia á D. Gabriel Rodríguez, á quien se aprestó á oir el numeroso y distinguido concurso, con toda la atención y el interés que excitaban el ilustre orador y el acertado asunto que había elegido para su conferencia.

Era el tema de ésta: *Consideraciones generales sobre el origen y naturaleza de la música*, y la trató el Sr. Rodríguez en dos partes, examinando en la primera los caracteres distintivos de toda arte bella, para deducir que la música lo es, puesto que los reune todos, y dis-

(1) *En el album de mi amigo Adolfo Quesada.*—Publicada en *La América* del 27 de Diciembre de 1864.

curriendo en la segunda acerca del origen y misión de la música como bella arte, de sus efectos inmediatos sobre el hombre, y, por último, de su importancia como elemento artístico de la civilización.

En cuanto al primer punto, prometió el orador que prescindiría de toda hipótesis de alta estética ó abstrusa filosofía. «No es este momento oportuno—dijo—para tratar semejantes cuestiones, y así, me contentaré con indicar aquellos caracteres que yo creo deben concurrir en todo arte, para que nos impresione y conmueva. Ante todo diré, que entiendo por *arte estético*—y no se crea que voy á dar una definición metafísica—toda manifestación artística que produce en nosotros emoción estética, esto es, una excitación particular, en cuya virtud sentimos con mayor fuerza y experimentamos placer ó pena, relacionado este efecto, de una parte con la excitación artística, y de otra con nuestro estado psicológico actual. De este modo, el arte estético tiende á exagerar las emociones, á excitar sus sentimientos y á hacernos experimentar estados pasionales que responden á algo parecido á una sacudida eléctrica, que invade todo nuestro organismo. Los goces producidos por este arte, las mismas ideas que despierta en nosotros, son violentos; nacen instantáneamente y sin precedentes; parecen brotar de un choque brusco ó de una agitación poderosa, así como brotan luz y calor de las descargas eléctricas. La emoción estética es, en este sentido, algo de que no podemos darnos exacta cuenta; se siente porque la impresión del arte despierta aquel sentimiento que sin duda alguna existía en nosotros, pero que ha brotado y excitado á la vista de la belleza realizada en la pintura, ú oyendo las admirables notas de una gran composición de Mozart ó de Beethoven.»

Continuó luégo el Sr. Rodríguez diciendo que «si no es posible definir concretamente la emoción artística, ni dar del *arte estético* un concepto exacto y perfectamente claro, pueden, sí, señalarse sus caracteres esenciales, reducidos á estos tres determinantes: orden, vida, misterio y esa especie de sacudida eléctrica que produce la excitación antes dicha.

»El orden en la obra estética es la exacta y perfecta apreciación del conjunto, y se refiere á la dependencia de sus elementos. Consi-

derando á la Naturaleza como obra eminentemente artística, resulta de este orden que, ni se refiere á aquella coordinación matemática de los números, ni aun obedece á cierto espíritu científico y de clasificación, en cierto modo. El orden en la producción artística está en la armonía de las partes, en las relaciones generales de los elementos, y, más que nada, en el desarrollo de la idea. Refiérese determinadamente al contraste y á la transición, que, cuando no existen y se camina á saltos, no se producen en manera alguna obras de arte. No se ve ni se percibe, pero existe, y existe como condición esencial, en cuanto regula los primordiales elementos del arte.

»Por lo que toca á la vida, es precisamente el carácter más principal de toda obra artística que por tal se tenga. Cuantos elementos la forman, han de vivir y palpitar en ella, pues sólo la vida impresiona y excita el sentimiento. La vida es el origen y fundamento de todo arte, el cual es sólo manifestación suya; por eso, cuanto más palpite y se sienta en la producción artística, tanto más ha de impresionarnos ésta. Así se comprende, poniendo atención en las obras de arte de mayor mérito; y aun el vulgo, cuando quiere tributar el mayor elogio á un cuadro, á una estatua, expresa su admiración diciendo: *parece que está vivo.*»

Además de estas condiciones, cree el Sr. Rodríguez que ha de llenar la obra artística la del misterio, esto es, «que debe conservar oculto el origen de esa vida y aquel orden, de tal suerte, que se sientan y no se razonen, que no se advierta ni comprenda el *procedimiento*. Toda gran manifestación del arte contiene en la proporción, en la línea, en el color ó en la nota, algo misterioso que se impone al hombre sin que él lo advierta, y en esto consiste el principal mérito de la obra artística; pues de lo contrario, de haberse revelado, desde el principio, cuanto encierran las maravillas del orden, las palpitaciones de la vida, los encantos del misterio, la obra de arte pierde por completo su valor y la condición de belleza, hasta el extremo de no impresionarnos en manera alguna, ni poseer el dón especialísimo de excitar y engrandecer nuestros propios sentimientos. La expresión artística, en este misterio consiste, y es inútil buscarla en otra parte. Por estas razones decía el gran poeta Gœthe que «una obra de arte en la que al punto se percibe el designio del

»autor, nos desagrada y la rechazamos por no cumplir su fin es»tético.»

»En la condición del *misterio* reside, además, el mayor encanto del arte, pues cada manifestación suya nos parece á modo de descubrimiento ó revelación de bellezas sin cuento. De este misterio, así como de los otros caracteres, no se percata el verdadero artista, y esto constituye lo inconsciente del arte; esa maravillosa propiedad, que no se acierta á definir, por la cual se realizan espontáneamente obras estéticas de gran mérito que el mundo admira.»

Para el Sr. Rodríguez, los caracteres de orden, vida y misterio, en cuya virtud la obra de arte alienta, vive y palpita, son la causa del efecto de sacudida, rápido, instantáneo, sobre nosotros, por el cual también, sin notarlo, se perciben los caracteres dichos que encierran, sobre todo en la música, el secreto de la expresión.

Ocupándose luégo en el origen y significación de la música, el Sr. Rodríguez dijo que no era preciso recurrir á disquisiciones filosóficas para encontrar el origen de la música, bastando observar, de una parte los hechos, de otra los caracteres propios de este arte. Es su elemento el sonido, y siendo ella, como tal arte, pura creación del hombre, en la voz y en la palabra se ha de hallar su origen. En vano es atribuir éste á imitaciones del canto de las aves y de otras onomatopeyas naturales. Si los animales, y con especialidad los pájaros, producen sonidos, y si estos sonidos expresan estados de ánimo, nada sabemos acerca de sus causas psicológicas, ni de los sentimientos que las originan.

«A fin de determinar el origen y naturaleza de la música, es preciso fijarse en que es un arte eminentemente expresivo, y que la expresión en ella se consigue subiendo, bajando ó alargando y disminuyendo el sonido. Ahora bien; si la voz humana, en cuanto revela estados internos diferentes, posee iguales cualidades, bien podemos atribuirle el origen de la música. Los estados pasionales se indican por distintas entonaciones de voz: á la indiferencia convienen los tonos medios; al amor, á la pasión, al ódio, á la indignación, corresponden los tonos altos ó los bajos.»

En este sentido y punto prosiguió el Sr. Rodríguez comentando á Herbert Spencer en su teoría sobre «el origen y función de la mú-

sica,» aclarando muchos de sus conceptos y haciendo en conjunto una exposición tan cumplida como amena y agradable acerca del carácter y expresión de la voz, que, además de dar forma sensible, por decirlo así, á ciertos estados pasionales, tiene la facultad de despertar en los oyentes los mismos ó parecidos afectos.

«No es otra cosa la música—prosiguió diciendo el Sr. Rodríguez—y así se logra realizar la belleza con ella. Así lo consiguieron los grandes maestros, y así se realiza hoy y ha de realizarse siempre.

»Por lo demás, la expresión se efectúa en la música por dos medios generales: la voz humana y los instrumentos. La primera ha sido la forma más antigua, y la expresión que con la voz se consigue de tan diversas maneras es superior á la que pueda procurar el instrumento más perfecto.»

Después de explicar que, para facilitar la comprensión de algunas de las diversas maneras como se produce la expresión por medio de la música vocal, se darían algunos ejemplos prácticos por los distinguidos artistas que le habían prestado su concurso para aquella conferencia, pasó el Sr. Rodríguez á indicar algunos puntos relativos á los efectos generales de la música. «Dependen éstos en gran parte —decía—del estado pasional de los individuos; pero tal audición no impide señalar un carácter especial de la música, el de que sus armonías unen á los hombres de más opuestas ideas en un mismo sentimiento de admiración y amor al arte y á la belleza; de aquí que no pueda negarse ni desconocerse la función social de la música, que es eminentemente civilizadora; y por esto debemos contribuir al desarrollo de la afición á la música, que es, por todos conceptos, el arte del porvenir.

»En las ideas que aquí he presentado—añadía el Sr. Rodríguez, como para apoyar la autoridad de sus palabras, que de ninguna más que de la propia necesitan—abundan y coinciden dos pensadores notables, entre quienes median trescientos años: Herbert Spencer y Alfonso de la Torre. El primero, positivista y libre pensador; católico é idealista el segundo; lo cual prueba que en materias de música nada influyen ni el tiempo ni las ideas religiosas y filosóficas; y para terminar esta conferencia, voy á leer los párrafos en que los dos citados escritores coinciden hablando de la música:

»Dice Spencer en el siglo XIX: «Si la función de la música consiste »en cooperar á la formación del lenguaje de las pasiones, podemos »decir que prepara el advenimiento de esa felicidad superior, de la »cual la misma música nos da vago presentimiento. Ese sentimiento »indeterminado de un placer desconocido; ese sueño confuso de una »vida ideal y generosa, es una profecía en cuya realización ha de te»ner la música gran parte.

»La misteriosa facultad que hay en nosotros de ser afectados así »por la armonía y la melodía, muestra que no somos incapaces de »realizar las alegrías más perfectas, que la melodía y la armonía nos »hacen presentir. En esta hipótesis, el poder y la significación de la »música son hechos inteligibles; de otro modo, son un misterio.»

Admitidos como probables estos corolarios, el Sr. Rodríguez opina que la música debe ponerse al frente de las Bellas Artes, porque es la que más íntimos y puros goces procura al ánimo, la que más hace por la ventura de la humanidad.

Leyó luégo, poniendo con ellos término á su conferencia, los siguientes párrafos del bachiller Alfonso de la Torre en su *Visión delectable*, en los que supone que, apareciéndosele la música en figura corpórea, le habla de esta suerte:

«.....

Yo soy refacción y sentimiento singular del alma, del corazón y de los sentidos, y por mí se excitan y despiertan los corazones en las batallas, y se animan y provocan á causas árduas y fuertes; por mí son librados y revelados los corazones penosos de la tristura y se olvidan las congojas acostumbradas. Y por mí son excitadas devociones y afecciones buenas para alabar á Dios supremo y glorioso, y por mí se levanta la fuerza intelectual á pensar, trascendiendo las más espirituales, bienaventuradas y eternas.»

Terminada la notable oración del Sr. Rodríguez, frecuentemente interrumpida por nutridos aplausos, y de la cual no hemos dado sino un extracto frío é incoloro, por insuficiencia de memoria nuestra, comenzó la parte práctica de la sesión, á decir verdad, esperada con gran deseo por toda la concurrencia que de bote en bote llenaba el vasto salón de sesiones.

Comenzóse por tres cantos populares españoles muy característi-

cos: los dos primeros, del siglo XVI, tomados de la famosa obra del célebre Salinas, titulada *De musica libri septem*, y su sencillez declara la época y su estilo; sobre todo, el último verso de ambas, algo parecido al canto llano de la Iglesia, denota la procedencia popular. Presentáronse como un ejemplo de la expresión, por la voz, sin modulaciones y de la manera más simple que puede obtenerse; ellos corresponden á un período ó época de la infancia del arte, y en ellos, como decía el Sr. Rodríguez, puede observarse el tránsito de la palabra hablada á las primeras manifestaciones del arte.

Por parecido estilo fué el segundo canto, recogido y notado por el Sr. Inzenga en la huerta de Murcia; todo en él indeterminado y vago recuerda esa música tan generalizada en Andalucía, y que es legítima y directa herencia de los árabes.

Las señoritas Ortíz, Lorenzo y Guidotti cantaron acompañadas, al piano, por el Sr. Inzenga, estas canciones, con una perfección y un gusto que les valieron entusiastas aplausos, viéndose precisadas á repetirlas.

Como ejemplo de otro tiempo más adelantado y de otra forma de expresión en la música, se oyó después un terceto de la famosa ópera de Cimarosa, *Il matrimonio segretto*, muestra admirable de expresión cómica en esa aplicación que tiene la música á la acción y al drama y constituye el espectáculo llamado *Opera*. Cómica en la obra citada, es trágica en el tercer ejemplo presentado, y fué una balada á tres voces, letra de Gœthe y música de Schubert, notabilísima por ambos conceptos y que produjo en el público profunda impresión, justificando plenamente las acertadas previsiones de los distinguidos organizadores de la sesión inaugural al tratar de hacer perfectamente comprensibles con ejemplos las anteriores teorías musicales.

En cuanto á la expresión por la música misma, esto es, sin el auxilio y concurso de la voz humana, el Sr. Rodríguez había hecho ya notar su opinión de que los instrumentos no son ni imitación de la voz, ni cosa aislada y separada de los artistas, antes bien, algo como parte integrante de su misma formalidad, constituyendo excelente medio para aprovechar los sonidos en mayor escala; solos, producen admirables efectos; y unidos, forman la orquesta, base y fundamento de los grandes espectáculos musicales de nues-

tros tiempos. A modo de ejemplo de música pura, instrumental ó independiente, se dió el trío en *do menor* (ob. 66) de Mendelsohnn, para piano, violín y violoncello, que, magistralmente ejecutado por el Secretario de la sección, Sr. González de la Oliva, consumado pianista, por el Sr. Gerner, violoncelista *virtuoso*, que puede ser maestro en su dificilísimo instrumento, y por el hábil violinista Sr. Tragó, dió una idea exacta de los medios y variantes de la expresión musical en cuantas manifestaciones reviste.

El éxito de esta primera sesión de la Sección de Bellas Artes no pudo ser más satisfactorio, y la consecuencia, que se espere con verdadero afán, la segunda, que, según se dice, se verificará en el próximo mes de Enero y versará sobre la «Historia del piano.»

F. B. N.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Biblioteca de las Tradiciones populares españolas.—Tomo VI.—Director, D. Antonio Machado y Álvarez.

«La incorporación del saber vulgar al saber científico, en lo que respecta al conocimiento del subsuelo, del suelo y de sus producciones—dice acertadamente el Sr. Machado y Álvarez, Director de la Biblioteca cuyo tomo VI nos ocupa, en el notable prólogo para él escrito—es en España de inmenso interés.» Y, con efecto; un átomo de esa masa imponente que forma el conocimiento humano, aun cuando parezca cosa baladí y despreciable, es condición indispensable de certeza, pues que en sí lleva, por igual que los preciados raudales de ciencia acumulada, algo que es á la vez ley del hombre y de la naturaleza que le comprende; indiferenciada como la del pueblo, ó constituyendo una actividad especial, como la del científico, la observación y la experiencia, como los datos, tienen siempre el valor de únicos factores del progreso en la ciencia.

Y aplicada esta consideración á la empresa, en verdad árdua, de formar mapas demo-topográficos, mediante los cuales ha de estudiarse «palmo á palmo todo el territorio español,» resulta aún más patente su trascendencia; porque si es indispensable para el fomento y desarrollo de la riqueza pública, no lo es menos para el conocimiento de la historia patria.

«Si la tierra española—aduce á este propósito el Sr. Machado—guarda en sus entrañas minerales riquísimos, aguas cuyas virtudes medicinales

pueden competir con las mejores de Europa; si nacen y se crían en ella árboles y flores de los más remotos y opuestos climas; si en sus mares y ríos existen abundantes veneros de riqueza para la piscicultura, ella, como teatro de nuestra historia, guarda y encierra joyas de no menos valor.» «Nacionalidad España, compleja y riquísima en elementos etnológicos—continúa—sobre su suelo y en sus nombres topográficos subsisten las huellas de diferentes razas y civilizaciones. Quizá ninguna nación del mundo pueda compararse con la nuestra en la riqueza y la heterogeneidad de elementos que han entrado en su composición. Iberos, celtas, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, godos, árabes, vándalos, alanos y suevos, gitanos, berberiscos y normandos pasaron por este suelo.

He aquí demostrado todo el alcance de una obra de esta naturaleza en las breves, pero atinadas observaciones, del Sr. Machado, que dejamos apuntadas y que explana con abundante doctrina; consideraciones que condensa en esta certísima afirmación: «Conocer nuestro pueblo y el suelo que pisamos, ha de ser la más sólida y firme base de nuestro mejoramiento y de nuestra futura grandeza.

Respondiendo á esta idea el Sr. D. Matías R. Martínez, literato extremeño, ya conocido por sus trabajos sobre las doctrinas de Santo Tomás y sus estudios filosóficos sobre Calderón, ha escrito ahora *Los apuntes para el mapa topográfico-tradicional de Burguillos,* villa de Extremadura, de cuya Sociedad de Folk-Lore es Presidente.

Figura al frente de esta obra, que revela una inmensa laboriosidad y no escasa suma de conocimientos, una *Introducción* que, sin pretensiones de serlo, puede considerarse como el boceto histórico de dicha villa más importante que conocemos, dado que ni el Sr. Barrantes en *El aparato bibliográfico para la historia de Extremadura,* ni el célebre Muñoz Romero en su *Diccionario histórico-biográfiico de todas las villas, aldeas, ermitas y santuarios de España,* traen indicación alguna de monografías de mayor interés sobre este pueblecito de Extremadura, que existió ya primitivamente en tiempo de los romanos, como se comprueba por las inscripciones citadas en esta obra, algunas de las cuales, que no se hallan en Cean Bermudez, ni en el *Corpus inscriptionum Æcclesiarum*, de Hübner, y aun en épocas anteriores, como en la de los celtas, que, según Estrabon, vinieron á la Beturia, ó país comprendido entre el Anas y el Betis (Guadiana y Guadalquivir).

A esta introducción, en que se sigue siglo á siglo la historia de Burguillos, á contar desde que fué rescatada de los árabes por los caballeros templarios, sigue el *Nomenclator* en que, por índice alfabético, se exponen

la situación, nombres, causas de denominación y, á veces, noticias históricas importantes de *setecientos cincuenta y cuatro sitios* comprendidos en el término de la villa que, según el común sentir, mide desde el pueblo á los linderos E. y O. legua y media, una legua al lindero del N. y tres cuartos de legua al lindero del S. Un cálculo, sólo aproximado, sobre tales datos, hace ver que el Sr. Martínez ha llegado á la determinación de *un nombre* por cada *cuadrado de cuatrocientos metros de lado,* determinación que no alcanza seguramente ninguno de los mapas publicados hasta ahora, inclusos los hechos por el Instituto Geográfico, que por su objeto tampoco la exige tan al pormenor como los demotopográficos, cuyo ideal, según frase del Sr. Machado ya apuntada, es conocer *palmo á palmo* el suelo que pisamos.

Las denominaciones de los sitios aparecen tomadas, en la mayoría de las casos, según el mismo Sr. Martínez nos enseña, del *reino orgánico*, de la *flora*, de la *fauna*, de las *razas,* de los *nombres*, de los *apellidos*, de las *construcciones*, de los *oficios, propiedades, mitografía* é *historia,* hecho que justifica plenamente la importancia de los mapas topográficos tradicionales desde el doble punto de vista de la naturaleza del suelo y de considerar á éste como teatro de la historia nacional.

Para la indagación del origen más ó menos probable de estas denominaciones, el Sr. Martínez, no sólo ha consultado la tradición oral, sino las *Ordenanzas municipales* de 1530 y los *Acuerdos concejiles* de 1730, con otros documentos, tanto públicos como de carácter privado, que las autoridades del pueblo y los vecinos pusieron galantemente á su disposición, deseosos de cooperar á tan patrióticos fines.

En dichos documentos, como en los *Boletines de Venta de Bienes Nacionales*, escrituras de todo género, expedientes de minas, etc., hállase un rico arsenal de nombres tópicos vulgares, desprendidos unos y modificados otros al pasar de boca en boca durante el trascurso de los siglos; pero la tarea de rebuscarlos es sumamente árdua, y demuestra en quien la emprende una gran voluntad y un gran amor al país. De éste, como de otros trabajos análogos, puede decirse con razón que son tan penosos y deslucidos, como útiles y de verdadera importancia. El Sr. Martínez merece por ello toda clase de plácemes.

Hay, sin embargo, otra cualidad que avalora el libro del Sr. Martínez, primer ensayo en su género, y es la *difícil facilidad* de su estilo y la sencillez y la claridad con que describe los lugares, arte de inmenso valor en esta clase de obras, y cuyos tropiezos sólo puede apreciar quien los ha intentado alguna vez.

Escasa, sin duda, esa obra en elementos tradicionales, en ella hallará el mitógrafo, el filólogo y el jurisconsulto, conocimientos muy aprovechables, constituyendo un motivo de alegría para los que con gran amor á la patria y profundo sentido deseen fomentar el estudio de la *corografía*.

Publicaciones varias.—Obras completas de D. José María Pereda, tomo II.—*El buey suelto*...—Madrid, 1884.—Alcanzada por el Sr. Pereda la popularidad á que le daban derecho su ingenio superior de novelista y sus singulares condiciones de prosista galano, hánse consumido en poco tiempo las ediciones de sus libros, y se ha hecho preciso repetirlas, en vista de las nuevas demandas que el público hacía de los mismos. A esto obedece la nueva edición que, con el título de «Obras completas de Pereda» está haciendo la casa Tello, y de la cual han visto ya la luz *Los hombres de pró, Don Gonzalo González de la Gonzalera* y *El buey suelto*... que, como saben nuestros lectores, es una de las más amenas y entretenidas del escritor montañes.

Safo, costumbres de París, traducción de D. Eduardo López Bago.—Madrid, 1884.—El afán por conocer aquellas obras que adquieren de súbito gran renombre, unido al indudable mérito de algunas de ellas, nos lleva frecuentemente á traducir determinadas producciones de nuestros vecinos los franceses, que sin duda van al frente del movimiento que se opera hoy en la literatura. Recientemente ha recibido este honor la novela *Sapho*, ultima creación del autor de *Los Reyes en el destierro*. No cumpliéndonos hacer la crítica de esta obra, por pertenecer á otra literatura, hemos de limitarnos á decir que el Sr. López Bago, conocido novelista, á título de partidario entusiasta del naturalismo, ha hecho la versión al castellano, mereciendo la más cordial felicitación del autor, según carta que se inserta á la cabeza de la misma, por la exactitud y corrección con que se ha verificado.

Recopilación de las Constituciones vigentes en Europa y América, por D. Francisco de Heredia.—Tomo II.—Madrid, 1884.—Al dar cuenta de la aparición del primer tomo de esta obra, llamamos la atención de nuestros lectores acerca de su importancia, por ser, sin duda, la más completa de cuantas en su género se han publicado en España; y hoy, al ocuparnos del segundo, sólo nos cumple afirmar de nuevo su valor ciertísimo como libro de consulta para los cultivadores de la ciencia política. Comprende este último tomo las Constituciones de Francia, Estados Unidos, Nueva-York,

Pensilvania, California, Mississipí, América Central, Yucatán, Costa-Rica, Guatemala, Haiti, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Santo Domingo, nación Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay, Venezuela, Imperio del Brasil y Canadá, y concluye con una tabla analítica de las principales materias que abrazan los textos constitucionales, que facilita en mucho la búsqueda de los datos.

Enciclopedia católica.—Demostración cristiana, por el Dr. Francisco Hettinger, vertida de la quinta edición germánica por D. F. G. Ayuso.—Tomos I y II.—Madrid.—La obra del célebre teólogo alemán Dr. Hettinger, ha alcanzado muy justo renombre, y sería, en verdad, ocioso detenernos á analizarla. Con criterio ceñidamente ortodoxo y en forma de conferencias, brillantes por su forma y contenido, hace versar su autor la discusión, en los dos tomos publicados hasta ahora por el Sr. Ayuso, sobre la duda religiosa, los órdenes de verdades, Dios, su existencia y su esencia, el materialismo, el panteismo y el hombre. Conocido el Sr. Ayuso como sabio lingüista, tampoco son de este lugar los encomios que merece por su esmerada y correcta traducción, pues que su nombre es superior á cuanto pudiésemos consignar en este punto.

A la misma biblioteca, *Enciclopedia católica*, pertenece el opúsculo *Cabos sueltos de historia ó hechos importantes de la historia y de las tradiciones de los pueblos, examinados á la luz de los descubrimientos modernos*, escrito por D. F. G. Ayuso, con el objeto de discutir las conclusiones asentadas por el profesor de Historia Universal de la Universidad Central, señor Morayta, en su discurso leído en la inauguración del curso académico de 1884-85.

Revistas.—Revue Philosophique de la France et de l'etranger.—París, Diciembre.—*La Sugestión mental y el cálculo de las probabilidades*, por Ch. Richet.—I. Entre la multitud de causas desconocidas para el individuo cuya conciencia no comprueba más que sus efectos, y que originan esa complicada labor de la inteligencia humana que por procesos aun en misterio impenetrable combina todas las representaciones del pasado y todas las influencias del presente para *llegar* á una idea, á una imagen, á una sensación ó una voluntad, dice el autor de este precioso, interesante y curioso artículo, Sr. Richet, es necesario colocar la sugestión, esto es, la influencia del pensamiento humano vecino al nuestro, que aun siendo débil, con frecuencia ineficaz, casi siempre desapercibida, no deja por ello de exis-

tir, repercutiendo sobre nosotros y modificando en determinado sentido el curso de nuestras imaginaciones.

He aquí cómo el Sr. Richet plantea el problema, entrando en uua serie de experiencias y demostraciones que en este lugar no pueden seguirse: *Dada una designación arbitraria cuya probabilidad es conocida, ¿cambia la probabilidad de esta designación por el hecho de la sugestión mental?* A esta cuestión, afirma, las experiencias permiten responder afirmativamente, dando una conclusión de *probabilidad en favor de la realidad de la sugestión mental, que puede ser representada por* $^2/_3$

JOSÉ LUIS ALBAREDA,
PROPIETARIO-FUNDADOR.

L. A. RUIZ MARTINEZ,
PROPIETARIO-DIRECTOR.

ÍNDICE DEL TOMO CI

NÚMERO 401

Páginas.

¿Debe considerarse la Psicología como ciencia natural? por **D. Alejandro San Martín**, profesor de la Universidad de Madrid..... 5

El teólogo, poeta y fisiognomista Juan Gaspar Lavater, por **D. Juan Fastenrath**, C. de la Academia Española..... 45

El Catolicismo sin adjetivos, por **D. Nicomedes Martín Mateos**, C. de la Academia de la Historia..... 61

El palagio encantado.—*Leyenda árabe-granadina*, por **D. Rodrigo Amador de los Ríos**..... 78

Las estátuas vivas.—*(Cuento)*, por **D. J. Zahonero**..... 102

Crónica política interior, por **D. F. Calvo Muñoz**..... 111

Exterior, por **D. Angel de Urzáiz**..... 122

Dramática.—Las criaturas del genio y las creaciones del pueblo.—*Don Juan Tenorio*, por **D. Julio Barrocál**..... 127

Notas bibliográficas..... 140

NÚMERO 402

El orden público, por **D. G. de Azcárate**, profesor de la Universidad de Madrid..... 161

Las teorías modernas acerca de la educación física de los niños, por **D. Pedro de Alcántara García** 169
El siglo XIX considerado bajo el punto de vista médico-social, por el **Dr. D. Ph. Hauser,** C. de la Academia de Medicina..... 202
Estudios populares de filosofía positivista.—*El Cósmos*, por **D. Octavio Lois** 225
Cultura de la clase obrera en Alemania, por **D. B. Antequera.** 247
El palacio encantado.—*Leyenda árabe-granadina*, por **D. Rodrigo Amador de los Ríos** 259
Crónica política interior, por **D. José Luis Albareda**..... 285
Exterior, por **D. Angel de Urzáiz**..... 298
Revista literaria.—*La oratoria del Sr. Moret y su discurso en la apertura del Ateneo*, por **Orlando** 304
Notas bibliográficas..... 316

NÚMERO 403

Omnipotencia del poder ejecutivo, por **D. Gumersindo de Azcárate,** profesor de la Universidad de Madrid..... 321
El siglo XIX considerado bajo el punto de vista médico-social, por el **Dr. D. Ph. Hauser,** C. de la Academia de Medicina..... 333
Intervención de los animales en la reproducción de las plantas.—Dos precursores de Darwin, por **D. Augusto G. de Linares,** profesor de la Universidad de Valladolid..... 359
El origen del lenguaje, por **D. Alfredo Calderón** 371
El palacio encantado.—*Leyenda árabe-granadina*, por **D. Rodrigo Amador de los Ríos** 407
Hércules vencido.—*Cuento*, por **D. José Ramón Mélida** 441
Crónica política interior, por **D. José Luis Albareda**..... 450
Exterior, por **D. Angel de Urzáiz** 462
Revista artística.—*La Exposición Literario-Artística* 467
Notas bibliográficas 471

NÚMERO 404

Páginas.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA, por **D. Mariano Amador** 481

LOS MALOGRADOS POETAS DE ALEMANIA HOLDERLIN, LENAU, GÜNTHER, GRABBE, WAIBLINGER Y LEUTHOLD, por **D. Juan Fastenrath** 508

DE LA HIGIENE FÍSICA EN SUS RELACIONES CON LA EDUCACIÓN, Y ESPECIALMENTE CON LA DEL CUERPO, por **D. P. de Alcántara García** 519

LAS CÁMARAS DE COMERCIO, por **D. Felipe Benicio Navarro** ... 551

EL PALACIO ENCANTADO.—*Leyenda árabe-granadina*, por **D. Rodrigo Amador de los Ríos** 566

UNA CHISPA DE LA FRAGUA.—*Cuento*, por **D. José Zahonero** 592

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por **D. José Luis Albareda** 602

EXTERIOR, por **D. Ángel de Urzáiz** 612

REVISTA ARTÍSTICA.—*La inauguración de la Sección de Bellas-Artes en el Ateneo* 617

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS 629

NOTA

Con esta Revista acompañamos á nuestros suscritores cuatro páginas sueltas, que deberán sustituir en la encuadernación del tomo CI á las que con el mismo folio se publicaron en el número 403, por contener aquéllas algunos errores de compaginación.

AP
60
R4
t.101

Revista de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY